POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS I - IV

INTRODUCCIÓN DE
A. DÍAZ TEJERA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH RECORT



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 38



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de esta obra ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

Depósito Legal: 11829 - 1981.

ISBN 84-249-0082-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1981. — 5256.

INTRODUCCIÓN

I. VIDA DE POLIBIO

1. En la batalla de Pidna, en el año 168 a. C., el cónsul romano Paulo Emilio venció al rey Perseo de Macedonia. Este acontecimiento fue trascendente para la Hélade, en general, y crucial para Polibio: un año más tarde, en el 167, es llevado como rehén a Roma por no haberse mostrado abiertamente filorromano en dicha batalla. La vida, pues, de Polibio queda así dividida en dos grandes etapas: una anterior, en su patria y como hombre de acción y con mirada hacia el futuro; la otra, posterior, en Roma, como hombre de análisis y con mirada histórica y retrospectiva. El año 168, pues, es determinante en la vida de Polibio.

2. Su fecha de nacimiento [1] la podemos situar entre 210 y 200 a. C. Ello se deduce de los siguientes datos: a) Polibio fue elegido embajador [2], en misión diplomática ante Ptolomeo V Epífanes, con su padre Licortas y Arato, hijo del famoso Arato de Sición, en el año 181 y «cuando —se dice textualmente— aún no tenía

---

1 Para un análisis de los problemas en detalle, así como para una discusión bibliográfica, cf. A. Díaz Tejera, *Polibio, I*, Madrid-Barcelona, 1972. (En adelante, citado Díaz Tejera, *Polibio*.)

2 Polibio, XXIV 6, 3-5.

la edad legal»; b) Polibio fue nombrado hiparco[3] de la Liga aquea en el año 170. Ahora bien, dado que, según doctrina común[4], era inadmisible participar en asambleas federales antes de los treinta años, parece congruente deducir que Polibio no pudo nacer antes del 210, pues en ese caso ya tendría la edad legal para ser embajador, pero tampoco después del año 200, porque entonces habría sido hiparco antes de la edad de treinta años y embajador a los diecinueve, una edad demasiado ilegal.

3. Sin embargo, cabe precisar algo más dentro del margen de tiempo entre 210-200. Y ello, porque hay que suponer que tenía al menos dieciocho años cuando se encontró[5] en Sardes con Quiomara, la mujer del rey galo Ortiagonte, encuentro que, en opinión de Mioni[6], se sitúa en el año 190-189. Puede deducirse, en consecuencia, que Polibio nació hacia el 209 ó 208 a. C., fecha bastante diferente de la propuesta por Walbank[7], que defiende con argumentos no muy convincentes que Polibio no pudo nacer antes del año 200. Y si la fecha del 209 ó 208 de su nacimiento se combina con la noticia de Ps. Luciano[8] de que el historiador vivió ochenta y dos años, entonces Polibio debió de morir hacia el año 127 a. C.

4. Polibio nace en Megalópolis, capital de la Liga aquea, en Arcadia, región ideal de la poesía bucólica.

---

[3] Polibio, XVIII 6, 9.

[4] No así K. Nitzsch, *Polybius. Zur Geschichte antiker Politik und Historiographie*, Kiel, 1824, pág. 118.

[5] Polibio, XXI 38.

[6] E. Mioni, *Polibio*, Padua, 1949, pág. 4. En adelante, citado Mioni, *Polibio*.

[7] F. W. Walbank, *A historical Commentary on Polybius, I-III*, Oxford, 1957, 1967 y 1979, pág. 7. En adelante, citado Walbank, *Commentary*.

[8] *Macrobioi* 23.

Fue hijo de Licortas, un hombre honrado, hiparco [9] en el año 192 y estratego en el 184-182. Fue, de otro lado, discípulo de Filopemen, militar consumado [10], que luchó en Selasia [11] en el año 222, completó la obra de Arato [12], reformó el ejército aqueo [13] y fue considerado como un auténtico hombre de estado [14] en la segunda centuria. El ambiente familiar, pues, no podía serle más propicio y adecuado para adquirir una formación política y militar.

5. Sin embargo, los estudiosos hablan también de una formación literaria y filosófica de Polibio. En este punto todas las precauciones son pocas. Desde luego en su obra se dice que había estudiado música [15] y que le gustaba la medicina y la geografía. Igualmente, el propio Polibio hace referencia, ya a poetas célebres, como Homero, Simónides, Píndaro y otros, ya a historiadores como Heródoto [16], Tucídides [17], Jenofonte [18]. Con todo, estas citas y alusiones no deben entenderse en el sentido de que Polibio poseía una educación literaria profunda. Una cultura dada genera un ambiente del que, sin necesidad de un conocimiento directo, cualquier hombre de formación media participa. Cuestión muy diferente implica las alusiones a historiadores como Timeo, Filarco, Teopompo y Éforo: a éstos los estudia y critica desde una concepción historiográfica propia.

---

9 T. Livio, XXXV 29, 1.

10 Cf. P. Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, París, 1965, pág. 554. En adelante, citado Pédech, *La Méthode*.

11 Polibio, II 67-69.

12 Polibio, II 40, 6.

13 Polibio, X 22, 6.

14 Cf. Hoffmann, «Philopoemen», *RE* 21, cols. 76-95.

15 Polibio, IV 20, 3.

16 Polibio, XII 2, 1.

17 Polibio, VIII 1, 1.

18 Polibio, VI 45, 1.

6. Y se ha discutido hasta la saciedad si esta concepción historiográfica propia la elabora Polibio desde posturas estoicas o peripatéticas. Me inclino a pensar, frente a autores como Hirzel[19] y otros, que si hoy hay que hablar de una concepción filosófica, ésta debe ser la filosofía peripatética. Pues, de un lado, en general cita a autores peripatéticos, como Aristóteles, Teofrasto y Dicearco y, de otro, Megalópolis recibe un código de leyes elaborado por el peripatético Prítanis[20]. Y, además, la fórmula básica[21] de *cuándo, cómo* y *por qué,* con la que quedan enmarcados los hechos históricos, remeda de cerca las célebres categorías aristotélicas[22].

7. Ello no quiere decir que Polibio conociera a fondo la filosofía de Aristóteles ni que desconociera totalmente la doctrina estoica. Pero sí parece que su concepción historiográfica se conjuga y se explica mejor a partir de los postulados de la filosofía peripatética, porque incluso el contenido de Fortuna, del que tanto se insiste como de procedencia estoica, se ve racionalizado en Polibio.

8. De su ambiente familiar podría deducirse que Polibio intervino intensamente en la vida política. Sin embargo, aparte su nombramiento de embajador, en el año 181, ante la corte de Ptolomeo, su actividad política se reduce a los años 170-168. En el 170 es elegido hiparco de la Liga aquea. Pero es un momento clave: por entonces se desarrollaba la tercera guerra mace-

---

19 Cf. R. Hercord, *La Conception de l'histoire dans Polybe,* Lausana, 1902, págs. 76-94, donde se discute la tesis de Hirzel. En adelante, citado Hercord, *La Conception.*

20 Polibio, V 93, 8.

21 Cf. aquí págs. 24 y sigs.

22 Cf. A. Díaz Tejera, «Concordancias terminológicas con la *Poética* en la historia universal: Aristóteles y Polibio», *Habis* 9 (1978), 33-48.

dónica, una guerra entre Roma y Macedonia, ciertamente, mas con irradiación a toda Grecia. La Liga aquea, que había manifestado una postura de neutralidad, al fin decide enviar una embajada al cónsul Q. Marcio Filipo poniendo a su disposición el ejército. Polibio marchó en esa embajada. Pero fue demasiado tarde [23], porque ya el cónsul acampaba en la propia Macedonia y no necesitaba de aliados. Se permitió, incluso, la arrogancia de pedir a la Liga aquea que negara el envío de cinco mil soldados que Apio Claudio Centón, entonces en el Epiro, había solicitado.

9. En el año 168, Paulo Emilio vence a Perseo y todo quedó decidido [24]. Se felicitó al cónsul romano, pero también le fue entregada una lista, en número de mil, con los nombres de aquellos que habían seguido un comportamiento tibio para con Roma. Estos sospechosos, entre los que iba Polibio, debían justificarse en Roma, justificación que duró diecisiete años.

10. Polibio llegó a Roma en el año 167 y en el 150, junto con trescientos prisioneros que aún sobrevivían, recuperó la libertad oficial, sin duda debido a la influencia de P. Cornelio Escipión Emiliano y a la de Catón. Su estancia en Roma, frente a sus compañeros que fueron recluidos en ciudades de Etruria, fue, por tanto, bastante larga, pero en modo alguno dura, es decir, no privada totalmente de libertad.

11. Y debe quedar claro que Polibio gozó en Roma de libertad de movimientos, porque ello implica el que pueda entenderse con ciertas garantías [25] el cómo fueron redactadas las *Historias*. Las pruebas son bastantes convincentes. He aquí las más significativas: a) A diferencia de los otros rehenes, él se queda en Roma y

---

[23] POLIBIO, XXVIII 13.
[24] POLIBIO, XXX 13, 1.
[25] Cf. aquí págs. 23 y sigs.

además entra en el círculo de los influyentes y cultos Escipiones. Llegó a ser maestro[26] de Escipión Emiliano. b) Podía salir de caza con Escipión, según dice el propio historiador, que cita el lugar, esto es, la región[27] de Agnania. Esto sucede en el año 162 y, por la misma época, se permite el riesgo de preparar la huida del príncipe seléucida Demetrio[28]. c) Visitó en varias ocasiones[29] a los locros epizefirios, considerados compatriotas suyos. d) El propio Polibio afirma que hizo el recorrido a través de los Alpes para informarse de las vicisitudes que había sufrido Aníbal cuando éste los cruzó en el año 218. Esta visita debe situarse antes del año 150 como bien opina Pédech[30]. e) Asimismo puede afirmarse que Polibio vino a España en el año 151, en compañía de Escipión Emiliano, a la sazón tribuno militar[31] de Licinio Lúculo.

12. Parece, pues, demostrado que el confinamiento de Polibio en Roma no fue el de un hombre retenido en el Lacio bajo pena de muerte, como opina Cuntz[32], sino que, por el contrario, gozó de máxima libertad, con la excepción de poder marchar a Grecia. Y no cabe duda de que esa libertad de movimientos le permitió adquirir, ya del círculo culto en que se movía, ya de sus numerosos viajes, un bagaje de conocimientos y noticias, de primera mano, muy útiles para la elaboración de su obra histórica.

13. En el año 150, Polibio regresa a Grecia. Y, claro está, vuelve cargado de evidencias culturales y

---

26 POLIBIO, XXXI 23-24. DIODORO, XXI 26, 5.

27 POLIBIO, XXXI 14, 3; 15, 2; 29, 8.

28 POLIBIO, XXXI 11, 15.

29 POLIBIO, XII 5, 1-3.

30 *La Méthode*, pág. 528.

31 Cf. H. NISSEN, «Die Oekonomie des *Geschichte* des Polybios», *RhM.* 26 (1871), pág. 271; MIONI, *Polibio*, pág. 13, y WALBANK, *Commentary*, pág. 4 y pág. 383 a III 48, 12.

32 D. CUNTZ, *Polybios und sein Werk*, Leipzig, 1902, págs. 46-49.

políticas. No es el mismo hombre que un día tuvo que abandonar su patria. Ahora, de una parte, siente agradecimiento hacia Roma y, de otra, se percata de que Roma se constituye en atalaya desde la que todo el acontecer histórico del momento recibe explicación. Mas, al mismo tiempo, mantiene vivo su amor a la tierra de sus mayores. De aquí que pueda estar tanto del lado de Roma como de Grecia.

14. Esta bipolaridad personal de Polibio enmarca su actuación a partir de su libertad oficial. Durante la segunda guerra púnica fue solicitado por Roma como experto militar y acudió sin reservas. Acompañó a Escipión Emiliano y así pudo conocer la zona norte de África. Por el propio Polibio sabemos que estuvo presente en el asedio [33] y destrucción de Cartago en el año 146. Pero, mientras Polibio había compartido con su acción el triunfo de Roma sobre Cartago, en su propia tierra, la ciudad de Corinto, orgullosa de patriotismo, caía calcinada bajo el mismo poder, en septiembre del mismo año 146. Y el historiador, en persona, según nos cuenta [34], asistió igualmente a la quema y saqueo de Corinto: no deja de ser una jugada irónica de la Fortuna. Polibio no aprobó la conducta soberbia de Roma, pero tampoco el comportamiento orgulloso de los griegos.

15. Esta situación casi trágica de los últimos años de Polibio encuentra su síntesis en el encargo que le hizo el Senado de conciliar los derechos de vencedores y vencidos, lo que le permitió volver, una vez más, a Roma [35]. Esta función de conciliador la comprendieron bien los propios griegos, al grabar al pie de una estatua levantada en su honor, en Megalópolis, lo siguien-

---

33 Polibio, XXXVIII 19, 1.
34 Polibio, XXXIX 2, 2.
35 Polibio, XXXIX 8, 1.

te[36]: «Grecia, de haber seguido los consejos de Polibio desde el principio, no habría decaído, y cuando Grecia erró, sólo él pudo ayudarla algo.» O aquellas otras palabras, en versos elegíacos, que, según Pausanias[37], rezaban en otra estatua colocada en el ágora de su ciudad natal: «recorrió toda la tierra y el mar, fue aliado de los romanos e hizo cesar la cólera contra los griegos». Nada más congruente y sintético.

16. Poco más se sabe de Polibio hasta su muerte. Según Estrabón[38], estuvo en Alejandría, probablemente hacia el 140 a. C. También quizá en Rodas, donde consultó los archivos de la ciudad conforme deducen algunos del propio Polibio[39]. Su viaje a Numancia es hipotético, y de acuerdo con la cronología establecida por nosotros, de que murió hacia el año 127, muy poco probable[40].

II. LA OBRA DE POLIBIO

A) *Estructura de las «Historias»*

1. Polibio es conocido por su magna obra las *Historias.* Cierto es que escribió tratados menores, de los que no ha sobrevivido nada. Lo sabemos ya por el propio Polibio, ya por otras fuentes: por ejemplo, en X 21, 5-8, dice el historiador que no se entretiene sobre el estratego Filopemen, porque acerca de él ya ha compuesto una monografía en tres libros. Al respecto, re-

36 PAUSANIAS, VIII 37, 2.

37 PAUSANIAS, VIII 30, 9.

38 XVII 1, 12.

39 XVI 15, 8.

40 La noticia transmitida por CICERÓN, *Ad Fam.* V 12, 2, de que Polibio escribió una *Numantinum Bellum,* sigue siendo extraña. Es la única noticia, y si es verdad que esta obra fue compuesta, debió de serlo después del año 133.

sulta interesante observar que este tipo de tratados, aunque no subsista fragmento alguno, tuvo su influencia. *La vida de Filopemen* de Plutarco está basada fundamentalmente en el tratado de Polibio, de tal suerte que Pédech[41] ha podido, creo que con éxito, reconstruir, a partir de la de Plutarco, la de Polibio. Con todo, no siempre el caso es tan simple. A veces los estudiosos deducen consecuencias arriesgadas a partir de hipótesis. La obra *La Guerra de Numancia,* que Cicerón atribuye a Polibio y sólo por aquél es mencionada, no resulta seguro que Polibio la hubiera escrito. Sin embargo, sobre esa hipotética obra se analizan las fuentes de *La Historia de Iberia* de Apiano[42], lo que, de otra parte, indica la autoridad que los estudiosos han atribuido a Polibio en materia historiográfica. Autoridad fundamentada en su gran obra histórica.

2. Las *Historias* fueron divididas por su autor en cuarenta libros[43]. De ellos se conservan completos los cinco primeros; del VI al XVIII se disponen de extractos antiguos, amplios y en los que se registra el libro al que pertenecen los extractos, lo que garantiza su orden propio. A partir del XVIII sólo se conservan fragmentos que provienen de los florilegios realizados por orden de Constantino Porfirogéneta[44].

3. La obra polibiana narra la realidad histórica que va desde el año 265, comienzo de la primera guerra púnica, hasta el año 146, final de la tercera guerra púnica y destrucción de Corinto. Ésa es la realidad histórica y el período narrado por Polibio en cuanto

---

41 P. Pédech, «Polybe et l'Éloge de Philopoemen, *REtGr.* 64 (1951), 82-103.

42 Cf. A. Sancho Royo, «En torno al *Bellum Numantinum* de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-41. Cf. también nota 40.

43 Polibio, III 32, 2.

44 Cf. más adelante, págs. 46-47.

resultado. Pues, desde el punto de vista del propósito original del historiador, esa realidad, en cuanto totalidad, no fue concebida así; lo que implica revisión de propósitos sobre la misma elaboración de las *Historias.* Y esta programación y revisión la proporciona el propio Polibio ya desde el libro primero [45] y de forma detallada en los tres capítulos del libro tercero [46]. Su esclarecimiento tiene gran interés.

4. El propósito central fue historiar el período que abarca desde el año 220, comienzo de la segunda guerra púnica, hasta el 168, que coincide con la batalla de Pidna. A la parte de la obra, libros III-XXX, que narra ese período, la llama Polibio «la obra propia» [47]. Pero antes contamos con los dos primeros libros, I-II, que constituyen una especie de «preparación», de «introducción», donde los hechos son narrados por encima y con la intención de que sirvan de antecedentes explicativos de lo que viene después. La realidad histórica de estos dos primeros libros es la que va desde el año 265, y así continúa la *Historia* de Timeo, hasta el año 220, donde terminan los últimos hechos narrados por Arato de Sición y comienza su obra propiamente dicha, hasta el año 168.

5. Cabe preguntar cómo se distribuye este período real en la obra histórica. Los capítulos segundo y tercero del libro III nos servirán de guía. Y en efecto, de su análisis queda claro que el hilo conductor es la segunda guerra púnica. Todo el libro tercero se dedica al estudio etiológico de esta guerra y termina cuando los cartagineses han invadido Italia y han puesto a los romanos [48], tras la batalla de Cannas, en un peligro grave. A este peligro alude Polibio con las siguientes

[45] Polibio, I 1, 8.
[46] Polibio, III 1, 3.
[47] Polibio, III 26, 5.
[48] Polibio, III 2, 1.

palabras: «A continuación —comienzo del libro III—, intentaremos explicar cómo, en esta época, Filipo de Macedonia libró una guerra contra los etolios, tras la cual dispuso los asuntos de Grecia y se lanzó a compartir las esperanzas de los cartagineses.»

6. La obra, en este punto, deja como una atmósfera de amenaza sobre Roma y pasa a narrar los acontecimientos de Grecia y Asia: en Grecia se da razón de la guerra de los aliados, narrada en IV 3-37, 57-58, y V 1-30, 91-106, y que termina con la paz de Naupacto en el año 217. En Asia, se trata de la guerra que se inició en el año 219 entre Antíoco y Ptolomeo Filopator por la Celesiria, narrada en V 31-87, y de la guerra de los rodios y Prusias contra Bizancio, narrada en V 38-52. Por tanto, la atmósfera amenazante con que termina el libro III, se agrava aún más en el IV y V con una posible alianza entre Filipo y Aníbal como, según hemos visto, explicita el propio Polibio[49]. Desde un punto de vista historiográfico, la explicitación alberga un efecto extraordinario en función del libro VI. El historiador, sin duda, quiere resaltar que grande fue el peligro que se cernía sobre Roma, pero mayor y más efectiva fue la *uirtus romana* que permitió conjurar la amenaza. Y esa *uirtus romana,* esa virtualidad constitucional y política es la que Polibio describe en el libro VI. Este libro, al igual que el libro XII, constituye una especie de escorzo en la linealidad histórica, pero supone aguda visión de historiador, no sólo por el contenido, sino precisamente por su posición dentro de la obra. Este libro viene a dar razón de por qué la amenaza se tornó éxito: «Aquí —anuncia Polibio[50], precisamente, al comienzo del libro III—, detendremos nuestra exposición y trataremos de la constitución ro-

49 Polibio, III 2, 3.
50 Polibio, III 2, 6.

mana; demostraremos luego que las características de esta constitución contribuyeron, al máximo, no sólo a que los romanos dominaran Italia y Sicilia, sino también a que extendieran su imperio a los iberos y a los galos, y además a que, tras derrotar militarmente a los cartagineses, llegaran a concebir el proyecto de dominar el universo.»

7. Esta recuperación ocupa el relato de los libros VII-XV, pues el libro XV pone fin a la guerra anibálica en la célebre batalla de Zama, con lo que el peligro que amenazaba a Roma desaparece. En medio, se narra la conquista de Italia y Sicilia: estas conquistas configuran el trenzado principal que se realiza en los libros VII al XIV; de forma intercalada y en un segundo plano, se historia la conquista de Iberia en VIII 38; IX 11; X 2-20, 34-40; XI 24-33. También la conquista de la Galia cuyo texto no ha sobrevivido. De otra parte, se insertan narraciones, sin duda exigidas en el plano cronológico, sobre la ruina de Hierón, las rebeliones en Egipto y acerca de la ambición de Antíoco y Filipo.

8. Como puede observarse, Polibio, en un primer propósito, polariza su quehacer histórico en torno de Roma y su contexto más próximo hasta la batalla de Zama: los libros III al V presentan los hechos que sitúan a Roma en una situación límite. El libro VI pone en primer plano el vigor y la excelencia de la constitución romana que salva esa situación límite, y los libros VII al XV —excepción hecha del XII— narran los acontecimientos triunfales de Roma hasta la batalla de Zama que son consecuencia de la excelencia de la constitución romana.

9. Mas la victoria sobre Cartago entraña un punto de partida para trazar una nueva dirección historio-

gráfica. Al comienzo del capítulo[51] tercero del libro III, Polibio anuncia que cambiará el escenario histórico hacia Grecia y sus contornos, lo que, en verdad, implica la realización del propósito universalista romano: hasta aquí Roma tenía puestas sus ambiciones en Occidente; ahora, asegurada su posición, mira con fuerza hacia Oriente. Y como no podía ser menos, esta realización se distribuye en tres momentos bien diferenciados. En primer lugar, la segunda guerra macedónica entre Roma y Filipo, habida entre los años 200-197, por la que la hegemonía de Macedonia sobre Grecia se pierde. Su expresión histórica se encuentra en el libro XVI, donde da comienzo; en el libro XVIII 1-12, 16-27, 33-39, donde se narra el período de acción bélica, y en XVIII 42-48, que cuenta el final de dicha guerra.

10. En segundo lugar, la guerra contra Antíoco, entre los años 192-187. En torno a esta guerra se narra una serie de acontecimientos por los que los romanos adquieren indiscutible supremacía en Asia Menor. Esta guerra y sus acciones paralelas debieron ocupar, en cuanto expresión literaria, los libros XV al XXV. Por último y en tercer lugar, se registra la tercera guerra macedónica con el triunfo sobre Perseo en la batalla de Pidna y la ruina total de Macedonia, entre los años 171-168. Esta última realidad histórica habría sido narrada en los libros XXVII al XXIX. El libro XXX se dedicó a la celebración del triunfo de Paulo Emilio por los propios griegos.

11. Estos tres momentos, en su conjunto, ocuparían, pues, los libros XV al XXX. Y, con ello, termina el programa que había sido trazado en el libro III: en una primera travesía, Roma, en Occidente, logra la victoria sobre Cartago; en una segunda, Roma, en Oriente, logra la victoria sobre Perseo. Y, así, se cum-

---

[51] POLIBIO, III 3, 1.

plió «el que los romanos en cincuenta y tres años no completos pusieron bajo su dominio el mundo habitado»[52].

12. Mas la obra polibiana no termina con la narración de los acontecimientos que cierran el año 168. Polibio decide ampliar su obra hasta el año 146, con diez libros más, hasta el XL. Y da razón del porqué de esta ampliación: de un lado, para explicitar la conducta del vencedor absoluto; de otro, porque fue testigo ocular de los hechos y participó en muchas de las acciones[53]. Sin duda, son razones que la capacidad historiográfica de Polibio no podía dejar de aprovechar. Si bien, desde un punto de vista objetivo, esta tercera travesía implica como el resultado sintético del dinamismo dialéctico de las dos primeras travesías. Pues ahora, en ese período, tanto Occidente como Oriente quedan absorbidos dentro del poderío romano: Cartago es totalmente destruida y Corinto —y, con ello, toda Grecia pierde su libertad— saqueada y arrasada. Roma se torna dueña y señora del mundo conocido. Mas ello lleva una responsabilidad y es, quizá, el modo como se comportó Roma lo que más interesó a Polibio.

13. Sin embargo, esta parte de las *Historias* ha llegado muy fragmentaria y se vuelve difícil descubrir su estructura originaria. Con todo, parecen seguros los siguientes momentos: que el libro XXXIV constituía una monografía dedicada a describir los lugares conquistados[54], y que el libro XL, del que no se conserva fragmento alguno, recopilaba toda la obra de las *Historias*. Y no resulta aventurado aceptar que el libro XXXIV serviría para dividir este período en dos vertientes: la primera, de dominación tranquila por parte

52 POLIBIO, I 1, 5.

53 POLIBIO, III 4, 6 y 4, 13.

54 Cf. P. PÉDECH, «La géographie de Polybe: structure et contenu du livre XXXIV des *Histoires*», *REtCl.* 24 (1956), 3-24.

de Roma de los estados conquistados, durante los años 168-151; la segunda vertiente, de nuevas alteraciones y alborotos, lo que pudo influir en el cambio que se observa en Polibio respecto a la excelencia de la constitución política romana.

14. He aquí, de manera muy apretada, de un lado, la realidad histórica y, de otro, su conformación historiográfica: un período que va desde el año 265 hasta el 146. Su expresión literaria recorta dicho período en varias facetas: los dos primeros libros, a modo de introducción, los años 265-220; los libros III-XXX, los años 220-168, en dos momentos claros: el primero hasta la batalla de Zama, libro XV, y el segundo, hasta la batalla de Pidna, libro XXX[55]. Y, por último, los libros XXXI-XL, los años 168-146, con la destrucción total de Cartago y Corinto.

B) *Fecha de composición de las «Historias»*

1. Se trata de un problema difícil y complejo, pues al no disponer de notificación explícita, su análisis debe partir de los datos que la obra proporciona. Y estos datos se encuentran en las alusiones a hechos históricos, en general bien fechados; a los viajes de Polibio y en las descripciones geográficas[56].

2. Pues bien, la postura que hoy es más aceptada al respecto podría resumirse así: a) Que Polibio comenzó a escribir las *Historias* en el exilio y, con más probabilidad, hacia su final. b) Que los quince primeros libros los compuso antes del año 146. c) Que los restantes los redactó después del año 146.

---

[55] Recuérdese que éste estaba dedicado al triunfo de Paulo Emilio.

[56] Como ya practicó R. Hartstein, «Über die Abfassungszeit der *Geschichten* des Polybios», *Philologus* 45 (1886), págs. 715 y siguientes.

3. Esta postura, en líneas generales, puede ser defendida con los siguientes hechos. Respecto al aserto a), de que Polibio no comenzó a escribir su obra antes del año 168, queda claro por el pasaje I 1, 5, donde se dice que el objetivo de la obra es narrar cómo Roma en cincuenta y tres años se hizo dueña de casi todo el mundo habitado. Pero esos cincuenta y dos años terminan con la destrucción del reino de Macedonia. En cuanto al aserto b), que los quince primeros libros fueron escritos antes del 146, parece probado porque, de un lado, se habla de la Confederación aquea como floreciente aún[57] y, de otro, porque, en IV 74, 8, Polibio aconseja a los eleos que procuren recobrar su inmunidad al saqueo. Asimismo, porque, en XV 30, 10, se cuenta que los niños en Cartago y Alejandría participan en los tumultos ciudadanos no menos que los hombres. Y, claro es, se vuelven difíciles estas apreciaciones en una Grecia sometida a Roma y en una Cartago destruida. A su vez, en lo que respecta al aserto c), esto es: que los libros restantes, XVI-XL, fueron compuestos después del año 146, se apoya, de una parte, en que no hay indicio alguno de que fueran compuestos antes y, de otra, en que, en XVIII 25, 9 y en XXIX 12, 8, se alude a la destrucción de Cartago. Por lo demás, el hecho es meridiano para los diez últimos libros conforme a lo que hemos dicho[58].

4. Con todo, debe aceptarse una vez más que esta tesis es admisible en líneas generales. Porque surge una dificultad en la claridad del razonamiento. Me refiero al hecho de que se producen varios pasajes que contradicen esta tesis. De éstos sólo voy a citar cuatro, en la medida en que por oposición esclarecen el razonamiento. Contradicen el aserto b) los pasajes III 4, que presentan las razones por las que se amplía la obra

[57] Polibio, II 37, 8-10.

[58] Cf. lo dicho aquí en pág. 20.

hasta el año 146; III 5, que adelanta el programa, y sobre todo, III 32, 2, donde Polibio habla de su obra compuesta de cuarenta libros. Contradice el aserto c) XXXI 11-15: aquí se narra el episodio de la huida de Demetrio. Su descripción es tan viva que no se tiene dudas de que fue escrito al tiempo de su realidad. Ésta sucedió en 162. Pero, según la tesis general, el libro XXXI fue escrito después del año 146.

5. Ahora bien, puesta en parangón la tesis general con estos pasajes que perturban la propia tesis general, la solución que aportan los estudiosos es que dichos pasajes han sido insertados una vez que la obra había sido terminada. Es, desde luego, la solución tópica en este tipo de problemas. Sin embargo, mi opinión [59], ya expuesta en otra ocasión, difiere en parte. Para mí —y me apoyo sobre todo en el episodio de Demetrio— la *elaboración definitiva* de la obra no tuvo lugar antes del año 146. Seguro, por supuesto, para los diez últimos libros. Los anteriores, en cambio, y a excepción hecha de I-II, habían ido siendo redactados por partes conforme a la información y las circunstancias de los hechos y, sobre todo, desde la perspectiva del cómputo por olimpíadas. Así Polibio dispuso de un material ya ordenado y en parte redactado. Mas la redacción definitiva, con el ensamblaje de toda la labor previa, tuvo lugar después del año 146. Por tanto, los pasajes que hay que considerar como inserciones tardías no son tales, sino producto de una elaboración total y definitiva. La explicación propuesta no contradice, en realidad, la tesis general, sino que la apoya y da sentido a los numerosos pasajes considerados como inserciones [60].

---

59 Díaz Tejera, *Polibio*, págs. LXIX y sigs. Al respecto, reseña y opinión de Pédech, *Rev. Philologie* 52 (1978), 169-170.

60 Cf. Pédech, *La Méthode*, págs. 563-572, y Walbank, *Commentary, I*, pág. 296.

C) *Concepción historiográfica de Polibio*

1. Polibio, dentro de la historiografía antigua, ocupa un lugar destacado por su concepción del fenómeno histórico y su manera peculiar de interpretarlo. Ya desde el comienzo mismo de su *obra propia*[61] define su posición: «el trabajo y objeto de nuestra empresa consiste única y exclusivamente en escribir el cómo, el cuándo y el porqué todas las partes conocidas del mundo habitado vinieron a caer bajo la dominación romana». Roma, pues, significa la realidad energética que genera las acciones históricas, pero es misión del historiador no sólo captar esa realidad, sino el dar cuenta razonable de los hechos históricamente dados. Para ello, Polibio configura, quizá conforme a modelo peripatético[62], una especie de categorías que, de forma constante, enmarcan los fenómenos de suerte que éstos se encuentren encuadrados en esas categorías y, a la vez, expliciten su razón de ser. Y esas categorías o dimensiones son *modo, tiempo* y *causa.*

2. Cabe, sin embargo, una observación urgente, pues podría parecer que las tres categorías se encuentran en el mismo plano de importancia e, incluso, que se trata de tres dimensiones discretas. Y no es así. La dimensión de causa trasciende a las dos primeras, pues no basta decir cuándo un hecho sucedió, ni tampoco cómo, sino que se hace necesario aclarar el porqué ese cuándo y el porqué ese cómo. El cómo y el cuándo son como los moldes en que se insertan los fenómenos históricos; la causa, por el contrario, no sólo explicita el acontecimiento en sí, sino la forma que toman tales moldes: «afirmamos[63] que los elementos más necesa-

---

61 Polibio, III 4.
62 Cf. aquí nota 22 y *art. cit.* en dicha nota.
63 Polibio, III 32, 6. Asimismo, Pédech, *La Méthode*, pági-

rios de la historia... son sobre todo los relativos a las causas».

3. Mas la dimensión de causa se relaciona con otras dos dimensiones, la de *inicio* y la de *pretexto*. Su análisis, pues, requiere un enfoque global y no por separado. En efecto, el texto que mejor refleja el pensamiento polibiano al respecto se encuentra en III 6-7. Polibio comenta que algunos historiadores de Aníbal, cuando exponen las causas de la guerra entablada entre Roma y Cartago, aducen como primera causa el sitio de Sagunto por los cartagineses y como segunda el paso del río Ebro. Polibio observa aquí que estos dos hechos son los inicios, pero no las causas. Es como si se admitiera —añade el historiador— que el paso de Alejandro a Asia hubiera sido la causa de la guerra contra los persas. «Éstas son cosas —cito textualmente— propias de hombres que no han descubierto en qué se diferencia y cuánto se contrapone el inicio de la causa y del pretexto. Porque la causa y el pretexto son lo primero de todo, y el inicio, en cambio, la última parte de las mencionadas. Yo sostengo —continúa Polibio— que los inicios de todo son los primeros intentos y la ejecución de obras ya decididas; causas, en cambio, lo que antecede y conduce hacia los juicios y las opiniones; me refiero a nuestras concepciones y disposiciones y a los cálculos relacionados con ellas.»

4. El texto es explícito y no necesita de un comentario exhaustivo. Basta deducir las conclusiones. Y éstas son: a) Que lo más relevante es la noción de causa y que ésta se diferencia del inicio no sólo porque, paradójicamente, es anterior, sino porque está en la

---

nas 432-495, y WALBANK, *Commentary, I*, pág. 35. También DÍAZ TEJERA, *Polibio*, pág. LXXVI, donde se practica un análisis filológico.

base de toda acción. b) Que la causa la constituye una serie de operaciones mentales, ideas, razonamientos, sentimientos, que, apoyándose en la realidad, abocan a una decisión que determina el fenómeno histórico: el que los griegos pudieran retirarse de Asia sin encontrar oposición y el paso cómodo de Agesilao, permiten a Alejandro conformar un plan razonado de marchar contra los persas. La causa, pues, es una operación mental pero no gratuita ni utópica. El inicio, por el contrario, se mueve en el plano de la acción y de lo real; la toma de Sagunto es el comienzo de la segunda guerra púnica. La causa hay que buscarla en las consideraciones de todo tipo que se hacen en torno al poderío de Cartago y a las aspiraciones romanas. En este nivel teórico se encuentra, asimismo, la noción de pretexto que es el otro término que aparece en el pasaje citado. La noción de pretexto se descubre, ciertamente, en el plano intelectual, al igual que la causa, pero frente a la noción de principio. Mas la causa da lugar a la acción, mientras que el pretexto justifica la causa y el inicio a la vez: adquiere un carácter axiológico evidente. Alejandro formula como pretexto de la guerra contra Asia el castigar las injurias [64] de los persas contra los griegos.

5. Así, pues, la concepción historiográfica de Polibio se ve teñida de gran dosis de intelectualismo, en la medida en que la dimensión de causalidad reposa en el plano de las ideas y de los razonamientos. Sin embargo, este intelectualismo no implica una formulación tan abstracta como del texto citado podría conjeturarse. Polibio tiene gran cuidado en dejar claro que se trata de una formulación, fruto de su pensar historiográfico, sin duda, y que, en cuanto tal, le sirve de categoría acusadora y explicativa para preguntar a la

64 Polibio, III 6, 12; Diodoro, XVI 89, 2.

realidad histórica. De tal suerte que esa formulación recibe contenido concreto e histórico, ya mediante los personajes y protagonistas de los acontecimientos que encarnan y proyectan ese plano intelectual, ya mediante las constituciones que permiten que ese plano intelectual se realice.

6. La atribución, pues, de un excesivo intelectualismo a Polibio no es correcto. Lo que acontece es que Polibio es un historiador que, no sólo descubre lo que constituye el contenido del cuándo y cómo, sino que interpreta y, para ello, necesita de categorías formales de pensamiento que, en dialéctica real, encarna en los personajes históricos y en las instituciones políticas.

7. En efecto, el individuo, como personaje histórico, es el forjador de un conjunto de operaciones mentales que conforman la dimensión de causa. Se explica que sea llamado «causante» y «responsable» de la acción[65] y se explica, asimismo, que grandes acontecimientos históricos reciban el nombre del agente histórico principal: la segunda guerra púnica es llamada con el nombre de «guerra[66] de Aníbal». Y se habla, igualmente, de la guerra de Cleómenes[67], de la de Filipo[68] y de la de Perseo[69]. No debe extrañar, por tanto, que un estudio de los personajes históricos en Polibio coincida necesariamente con el análisis de la causalidad histórica, en cuanto que aquéllos son forjadores y encarnan el plano intelectual.

8. Si se opera con inteligencia y con previsión[70], es probable acertar en el éxito: Antígono es para los

[65] POLIBIO, I 43, 2.
[66] POLIBIO, I 3, 2.
[67] POLIBIO, I 13, 5, y II 46, 7.
[68] POLIBIO, III 32, 7.
[69] POLIBIO, III 3, 8.
[70] POLIBIO, IX 12, 4.

lacedemonios causante de los mayores bienes[71], y Filipo, el hijo de Amintas, es el que da origen a la grandeza del reino de Macedonia[72]. Y, por supuesto, es igualmente válido el caso contrario: si se opera con ignorancia e irreflexión, el fracaso es casi seguro. Claudio[73] fracasa en Drépana porque actúa al «azar y sin cálculo». Perseo emprende sus acciones sin congruencia y con falta de cálculo, y ello le conduce al fracaso total.

9. De otra parte, la causalidad histórica alcanza también su plasmación real en las constituciones políticas. Polibio concede, en su obra, particular atención a este tema, si bien deben distinguirse dos aspectos fundamentales. El primero, la constitución como plasmación de causalidad y su mutua interacción. El segundo, la constitución política en sí, en cuanto se analiza su origen, su composición, perfección y evolución, aspecto este último tratado de forma original en el libro VI.

10. Tocante al primer aspecto, el capítulo segundo del libro VI (y en concreto los parágrafos 8-10) es revelador. Dice textualmente: «lo que atrae y reporta utilidad a los estudiosos es precisamente el estudio de las causas y la elección de lo mejor en cada caso. Pues ha de considerarse en todo asunto como causa suprema tanto para el éxito como para el fracaso la estructura de la constitución política, pues de ella, como de una fuente, no sólo surgen todas las intenciones y proyectos de los actos, sino también el resultado». Este texto[74]

---

71 POLIBIO, V 9, 9.

72 POLIBIO, V 10, 1.

73 POLIBIO, I 52, 1-2.

74 Cf. para una interpretación más detallada, A. DÍAZ TEJERA, «La Constitución política en cuanto causa suprema en la historiografía de Polibio», *Habis* 1 (1970), 31-43.

desmiente de raíz la opinión de Hercord[75] de que Polibio es poco explícito respecto a la interacción entre constitución política y causalidad. Aquí, por el contrario, Polibio defiende que la constitución política es no sólo causa histórica, sino causa suprema, en la medida en que es fuente de la que surge el plano intelectual, donde se forjan las operaciones mentales de que hemos hablado. El resurgir de Roma después del desastre de Cannas se debió a la constitución romana, y la Liga aquea logra la adhesión de todo el Peloponeso gracias a sus leyes.

11. Mas tampoco la constitución es una formulación abstracta. Pues «los fundamentos[76] de toda constitución son las costumbres y las leyes. Porque —se añade[77] más adelante— cuando observamos que las leyes y costumbres de un pueblo son acertadas, juzgamos sin temor que por ellas sus hombres también serán rectos y su constitución acertada.» De nuevo se observa en Polibio esa dialéctica real de relación entre plano intelectual y realización concreta. Es más, Polibio llega a puntualizar que una constitución casi perfecta como la romana, si no hubiera dispuesto de hombres como Escipión que la proyectaran con su virtualidad en la realidad histórica, habría rendido muchos menos éxitos a Roma[78]. El hecho queda demostrado por las derrotas de Roma ante Cartago hasta la llegada a escena de Escipión.

12. Tocante al segundo aspecto, esto es, al análisis de la constitución política en cuanto a origen, composición y evolución, Polibio le dedica el libro VI de su obra. El tema es complejo y aquí sólo lo esbozamos.

---

75 *La Conception*, pág. 142.
76 POLIBIO, VI 47, 1.
77 POLIBIO, VI 47, 2.
78 POLIBIO, XVIII 28, 6-11.

Para un estudio más detallado remito a K. von Fritz [79], cuyo trabajo, pese al título, está dedicado casi enteramente a Polibio. También a K. F. Eisen [80] y a un artículo mío [81], donde hago un estudio de tipo filológico concreto. Pues bien, Polibio dedica la parte central del libro VI a la descripción de la constitución política romana. Pero observa que dicha constitución es una resultante a partir de estadios anteriores y de combinaciones de regímenes más simples. Al estudio de estos estadios y elementos simples, a su devenir cíclico y a la constitución mixta se dedican los diez primeros capítulos del libro. En primer lugar, el autor presenta y discute el número de elementos simples que habrán de intervenir en el proceso cíclico y ofrece [82] como constituciones simples y originarias, «la realeza», «la aristocracia» y «la democracia». Todas ellas históricamente documentadas. Sin embargo, Polibio se hace una objeción: que, de un lado, las tales constituciones no son las mejores y más perfectas, pues la constitución óptima resulta del sincretismo de lo más pertinente de las tres mencionadas. Se refiere, por supuesto, a la constitución mixta. De otro lado, que tampoco son las únicas, porque se realizan otras, semejantes en apariencia, pero que objetivamente conforman su degradación, como «la tiranía», «la oligarquía» y «la oclocracia». Se trata, pues, de dos series paralelas, cada una en su nivel ético, que se corresponden en sentido vertical: a la realeza corresponde la tiranía; a la aristocracia, la oligarquía, y a la democracia, la oclocracia o gobierno

---

79 *The theory of the mixed constitution in Antiquity. A critical analysis of Polybius' political ideas*, Nueva York, 1954.

80 *Polybiosinterpretationen*, Heidelberg, 1966.

81 A. Díaz Tejera, «Análisis del libro VI de las *Historias* de Polibio respecto a la concepción cíclica de las Constituciones», *Habis* 6 (1975), 23-34.

82 Polibio, VI 3, 5.

desordenado de la muchedumbre. Y es en esta correlación donde se produce el fenómeno cíclico de las constituciones y en la que se reproduce, no obstante, la posibilidad de que el fenómeno cíclico, casi de tipo natural, se interrumpa. Esta interrupción se efectúa —observa Polibio— bajo presión racional, y entonces provoca la constitución mixta: ésta viene a ser una selección racional de lo mejor de las constituciones consideradas perfectas [83].

13. Polibio habla también de otro tipo de constitución que llama «monarquía» o gobierno de uno solo y que tiene lugar «espontánea y naturalmente». En ella se constituye jefe el hombre que sobresale en fortaleza física y en valor. Mas este tipo de constitución queda un tanto desligado de la serie de seis y sirve para abrir y cerrar el fenómeno cíclico. Polibio es muy claro en este sentido: «la monarquía es el primer sistema que espontánea [84] y naturalmente se establece». Y en otro pasaje [85], una vez que ha sobrevenido la oclocracia, afirma: «se mantiene ésta —la oclocracia— hasta que, sumida en una total degeneración salvaje, encuentra de nuevo un amo y monarca». Es evidente que así el ciclo se cierra: el final, el sistema de uno solo, es, a su vez, el principio y viceversa y, en medio, un proceso rítmico que consiste en la degradación de un régimen simple seguido de la ascensión de otra forma simple originaria. Y si se da la posibilidad de que este ritmo, casi biológico, sea interrumpido por la razón, entonces surge la constitución mixta.

---

[83] Cf. Díaz Tejera, *art. cit.*, pág. 29.
[84] Polibio, VI 4, 7-11.
[85] Polibio, VI 4, 9.

D) *Historia pragmática y método apodíctico*

1. Polibio habla con frecuencia de historia pragmática. Y es de observar que no ha resultado fácil delimitar con exactitud este sintagma. Los estudiosos parten, en general, del pasaje IX 1, 2, donde se hace referencia a tres tipos de narraciones históricas: un tipo que trata de genealogías, otro que trata de fundaciones de colonias y otro que versa sobre las acciones de los pueblos, los estados y personajes políticos. Este último tipo es el que más atrae al hombre que se ocupa de cuestiones de estado.

2. Pues bien, de los tres tipos, Polibio ha elegido el último, y sobre él versa su quehacer histórico. De suerte que por historia pragmática ha de entenderse la narración de las acciones que han llevado a cabo los distintos pueblos y los distintos dirigentes. Y, claro es, desde este punto de vista, la historia es útil, pues enseña cómo han actuado los personajes históricos y cómo se han comportado los estados, tanto bajo el aspecto de éxitos como de fracasos. Por ello, resulta extraño —comenta Polibio[86]— que «los que escriben de fundaciones callen la educación de los hombres que manejaron los asuntos en general».

3. De nuevo observamos en Polibio un historiador, no tanto descriptivo cuanto intérprete de la interacción entre agente histórico y sus realizaciones, lo que permite, a mi modo de ver, centrar y definir lo que Polibio entiende por historia pragmática: «la narración de los hechos políticos y militares encuadrados en cuanto hechos, en la triple dimensión de modo, tiempo y causa y *bajo la dirección*[87] *de una mente rectora*».

---

[86] X 21.

[87] Díaz Tejera, *Polibio*, pág. LXXXIX. Y para más detalle,

4. De otra parte, el concepto de método apodíctico también ha sido muy discutido. En principio hay que decir que no se trata de historia apodíctica[88], sino de método apodíctico. Pero, además, dicho método es aplicado en la historia propia y ni siquiera en los dos primeros libros que le sirven de introducción, pues en éstos sólo se recuerdan por encima los acontecimientos[89]. En cambio, en el libro III 1, 3, cuando comienza la verdadera historia, tras señalar cuál fue la función de los dos primeros libros, dice que ahora intentará exponer los hechos «con demostración». Por lo tanto, la historia en su sentido más estricto requiere demostración, no las biografías ni las narraciones someras. Y si la verdadera historia consiste en enmarcar los hechos en las categorías de tiempo, modo y causa y, además, bajo un plano intelectual en cuanto operaciones mentales y bajo qué tipo de constitución, parece congruente deducir que el método apodíctico consiste en demostrar que ese cómo y ese cuándo y esa causa y esas operaciones mentales y esa constitución política son las dimensiones que realmente dan razón y demuestran el fenómeno histórico.

E) *La noción de Fortuna en la historiografía polibiana*

1. Nuestro intento de presentar la concepción historiográfica de Polibio como fruto de elaboración coherente y lógica parece derrumbarse con la noción de Fortuna. Pues sorprende que, dentro de una dimensión pragmática, apodíctica y etiológica de la historia, tenga

---

cf. K. E. PETZOLT, *Studien zur Methode des Polybios und zu ihrer historischen Auswertung,* Munich, 1960, págs. 3-20.

[88] Este sintagma sólo aparece una vez en II 37, 3, y en un contexto problemático.

[89] Cf. WALBANK, *Commentary, I,* pág. 8.

cabida un contenido como el de Fortuna que apunta a una vertiente no racional. Sin embargo, la cuestión no es tan sorprendente.

2. Mucho se ha discutido sobre este tema y desde todos los ángulos. Aquí podríamos resumir las distintas posturas a tres: a) La que sostiene[90] que Polibio atribuye a la Fortuna una entidad objetiva y personal y determinante del destino humano. Casi un ser supremo; algo parecido, como anticipación, al Dios cristiano que rige el universo. Esta postura, sin duda radical, es suavizada por Von Scala[91] en el sentido de que, si bien admite ese poder personal de la Fortuna, lo circunscribe a la influencia de Demetrio Falereo, pero que después, bajo influencia romana, la noción de Fortuna queda relegada a un azar caprichoso. b) La segunda postura defiende el extremo opuesto: que para Polibio la Fortuna no es más que un término de expresión[92] cómoda o, a lo sumo, representaría lo contingente y desconocido del fenómeno histórico[93] o, con palabras de A Rover[94], «sería la X de la historia». c) Por último, se da una tercera postura, la más moderna y que, en realidad, es una postura de compromiso y dualista. Se apoya esta postura en un pasaje de Polibio del libro XXXV 17, donde se dice que debe atribuirse a la Fortuna y a la Divinidad lo que queda fuera de la mente y de la previsión humanas. Y se ofrecen dos ejemplos: uno, los fenómenos naturales, y otro, la rebelión de los mace-

---

90 Cf., entre otros, Hirzel, *Untersuchungen zu Cicero's philosophischen Schriften*, Leipzig, 1881, II, págs. 847-907, y E. G. Shiler, «Polybius of Megalopolis», *AJPh.* 48 (1927), 31-81.

91 R. von Scala, *Die Studien des Polybios*, Stuttgart, 1890, páginas 174 y sigs.

92 G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, III, 1: *La Fortuna secondo Polibio*, Turín, 1907-1923, págs. 213-215.

93 Hercord, *La Conception*, págs. 121-122.

94 «Tyche in Polibio», *Convivium* 24 (1956), pág. 286.

donios bajo un falso Filipo. El propio Polibio, quizá sin percatarse de ello, provoca un dualismo en la noción de Fortuna.

3. Así lo interpreta Mioni [95] cuando habla de la Fortuna como naturaleza de un lado, y de la Fortuna como lo desconocido, de otro. Igualmente, Siegfried [96], al distinguir el *autómaton* absoluto y el *autómaton* relativo. En la misma línea, Walbank [67] sostiene que unas veces la Fortuna significa azar y casualidad, y otras, un poder superior que determina los hechos históricos. Por último Pédech [98], con más finura, observa que, en unas ocasiones, la Fortuna adquiere una función finalista [99] y, en otras, adquiere la misión de llenar los vacíos que las otras formas de causalidad, individuos y constituciones, dejan en la argumentación de los hechos. Se carga, entonces, del contenido de «causa [100] adyuvante».

4. Como puede observarse, los distintos análisis no presentan una solución convincente de la noción de Fortuna. Por mi parte [101], he desarrollado un intento de síntesis y de explicación. En resumen, mi tesis es la siguiente: en primer lugar, que hay que partir de la propia opinión de Polibio sobre la Fortuna, cuando dice que «quiere tratar sobre la cuestión de la Fortuna en cuanto el género de historia pragmática lo permite». Y añade en el texto citado [102] que es lícito recurrir a la Fortuna sólo cuando el hombre, en cuan-

---

95 POLIBIO, pág. 145.

96 *Studien zur geschichtlichen Auschaung des Polybios,* Leipzig, 1928, págs. 28 y sigs.

97 *Commentary,* págs. 16-26.

98 *La Méthode,* págs. 337-343.

99 POLIBIO, I 4, 1.

100 POLIBIO, XXXI 25, 10.

101 DÍAZ TEJERA, *Polibio,* pág. XCVIII.

102 POLIBIO, XXXVI 17.

to tal, no puede captar las causas de un hecho o, con otras palabras, cuando la explicación de los acontecimientos caen fuera de las operaciones mentales. Luego la Fortuna no contradice el principio de causalidad sino, por el contrario, lo presupone.

5. En segundo lugar, el contenido de la Fortuna puede manifestarse en forma adjetival. Esto es, que en una empresa bien calculada y meditada, por tanto bajo el análisis racional, un pequeño accidente o suceso puede aparecer «inesperadamente» y «de forma casual». Aníbal, un personaje que opera racionalmente y prototipo histórico para Polibio, sitiaba Capua; de repente, levanta el asedio y marcha sobre Roma y acampa cerca de la capital[103]. Pero en el día fijado para atacar la ciudad, entran Gneo Fulvio y P. Sulpicio con una legión. De este hecho dice Polibio que «fue una coincidencia inesperada y casual». Aníbal había sopesado los mínimos detalles y en función de sus operaciones mentales se desarrollaban los hechos históricos. Mas una sombra en esa claridad racional hecha por tierra sus propósitos y su realización. Luego también ese hecho casual, inesperado, no calculado, desde el punto de vista objetivo, funciona como causa. La Fortuna actúa, pues, aquí como factor histórico, pero de forma adjetiva y no total.

6. En tercer lugar, que la Fortuna puede realizarse no en un suceso aislado y, por tanto, adjetival, sino que puede trascender el proceso histórico en su conjunto. En ese caso, la Fortuna se substantiva y adquiere misión totalizadora de causa indeterminada de la realidad, que el hombre no acaba de comprender. La empresa de Roma en su total complejidad, incluida la propia existencia de Roma y por qué en ese

---

[103] Polibio, IX 5, 6-9.

tiempo y no en otro, queda fuera de la causalidad humana pero no, obsérvese, de la realidad histórica.

7. La Fortuna, pues, sustituye la imposibilidad racional del hombre, ya de forma adjetival, ya substantiva. Pero del hecho de que el agente histórico o el historiador ignoren la razón de la presencia de un acontecimiento, no se desprende que ese acontecimiento no funcione como causa en el plano objetivo de la realidad. La noción de Fortuna, por tanto y aunque parezca paradójico, sólo tiene sentido en una concepción intelectualista de la historia. Es el caso de Polibio.

F) *El concepto de historia universal*

1. Polibio plantea, en varias ocasiones, la distinción entre historia universal e historia particular, como puede ser la de las monografías. Y, por supuesto, considera de mayor utilidad y más científica la historia universal. El autor [104] lo expresa con un símil: así como no es posible contemplar la belleza y lozanía de un cuerpo viviente, viendo sólo sus miembros, del mismo modo el conocimiento de las partes de la historia sólo procura una noción, no una ciencia. No es extraño, pues, que Polibio critique a los autores de crónicas locales e, incluso, a aquellos que, pese a extenderse en el tiempo y en el espacio, presentan los hechos desconexos y aislados.

2. A mi modo de ver, deben distinguirse dos nociones básicas en el concepto de historia universal en Polibio. De una parte, lo universal en cuanto los propios acontecimientos abarcan la zona espacial conocida o, al menos, influyente en ese momento y se entretejen mutuamente. De otra, lo universal en cuanto categoría formal histórica y propia de la sagacidad del historia-

[104] Polibio, I 4, 7, y III 1, 7.

dor para descubrir aquellos factores que proporcionan unidad y conexión.

3 Respecto al primer aspecto de realidad objetiva, el propio Polibio es consciente. Observa[105] que antes del año 220 a. C. los acontecimientos del mundo habitado se producen desligados, pues en Occidente se enfrentan Roma y Cartago, mientras que en Oriente se producen la guerra de los aliados y la lucha por la Celesiria. Son dos zonas espaciales que tienen su órbita propia, aunque se da una primera aproximación cuando Roma pasó a Iliria[106]. Con todo, dentro de cada órbita, Polibio procura encadenar los acontecimientos: la primera guerra púnica tiene su origen[107] en la conquista de Italia por Roma; ésta, a su vez, produce la guerra de los mercenarios en Cartago y ésta, asimismo, incita a los romanos a conquistar Cerdeña, lo que enciende el odio que desemboca en la segunda guerra púnica.

4. En Grecia, mientras tanto, la rivalidad entre ambas Ligas, la de aqueos y etolios, da lugar a la guerra de Cleómenes, y ésta obliga a una alianza entre aqueos y macedonios[108]. Mas, a partir de aquí, ambas órbitas se cruzan y los acontecimientos se entretejen como «un todo orgánico». La expresión de esta conexión se encuentra en el discurso de Agelao en la conferencia de Naupacto[109]. Advierte Agelao que los griegos deben «evitar las luchas intestinas y percatarse del peligro que se avecina desde Occidente, pues sea el vencedor Roma o Cartago, no se conformará con sus límites». Estas palabras iban dirigidas fundamentalmente a Filipo de Macedonia y tuvieron la virtud de adivinar los puntos

---

[105] POLIBIO, I 4, 2.

[106] POLIBIO, II 12, 7, y sobre todo, K. E. PETZOLT, *ob. cit.*, páginas 93-100.

[107] POLIBIO, I 6, 7; 12, 7.

[108] POLIBIO, II 37, 8.

[109] POLIBIO, V 104.

concretos en los que había de producirse la conexión histórica y universal del momento.

5. Respecto al segundo aspecto, Polibio capta, desde muy pronto, que los acontecimientos que se producen en el período narrado en su obra penden de dos factores básicos que le permiten contemplar de «forma sinóptica»[110] los hechos históricos. De un lado, la Fortuna, la voluntad ciega de la propia realidad histórica, que dirigió casi todos los acontecimientos hacia una sola parte y a todos inclinó hacia un único y mismo fin[111]. De otro, Roma, que, dotada de una constitución política excelente y con hombres reflexivos y llenos de ideas, camina casi inexorablemente hacia el éxito total. Conexión, pues, de los hechos históricos y mirada sinóptica constituyen las dos características fundamentales del concepto de historia universal en Polibio.

G) *Las fuentes de la historiografía polibiana*

1. Esta cuestión es harto difícil. Parece evidente que Polibio utilizó fuentes literarias, documentos oficiales y archivos. Pero cuáles y en qué medida, es tema en el que no hay ni seguridad ni unanimidad entre los estudiosos. Como observa Walbank[112], «la vasta literatura que existe sobre las fuentes de Polibio es quizá desproporcionada respecto a los resultados conseguidos».

2. Mas de lo que no cabe duda es de que Polibio tenía, incluso, un criterio personal en el uso de esas fuentes. Un pasaje del libro XII es elocuente en este

---

110 Polibio, I 4, 2.
111 Polibio, I 4, 1.
112 *Commentary, I,* pág. 26.

sentido. Dice[113] así: «como la medicina, la historia pragmática comprende también tres elementos: el primero consiste en la información por las fuentes escritas y la yuxtaposición del material de las mismas; el segundo, en la visita a las ciudades y a los países para conocer los ríos y los puertos y, en general, las peculiaridades y la distancia de tierra y mar, y el tercero se aplica a la actividad política».

3. Se me antoja que así es como procedió Polibio y así es como se debe enfocar el análisis de las fuentes polibianas. Que Polibio utilizó fuentes literarias es claro y, sobre todo, para los dos primeros libros. Sin duda Arato de Sición, fundador de la Confederación aquea y que escribió sus Memorias en treinta libros, así como Filarco, autor de una historia de Grecia y Asia en veintiocho libros y que abarcaba el período que va desde 272-220, constituyeron una fuente para los asuntos de Grecia[114]. Igualmente, Fabio Pictor, que muestra una predilección por la tradición romana, y Filino de Agrigento que, por el contrario, descubre simpatía por Cartago, debieron servir de antecedentes históricos para la narración de los asuntos de Occidente. Desde luego, Polibio se inclina más por Fabio que por Filino. No obstante, se torna difícil saber, con exactitud, lo que Polibio toma de uno o de otro. Los autores[115], en este punto, difieren mucho, aparte de que casi todos admiten que Polibio utilizó otras fuentes literarias.

4. Porque, en efecto, no resulta sorprendente el que tomara noticias e información de Timeo, sobre todo en lo relativo a Hierón[116], pese a que Polibio

113 Polibio, XII 25 e.

114 Polibio, II 56, 2; 47, 11.

115 M. Gelzer, «Römische Politik bei Fabius Pictor», *Hermes* 68 (1933), 129-166. P. Pédech, «Sur les sources de Polybe: Polybe et Philinos», *REtAn* 54 (1952), 246-266.

116 Polibio, I 8, 3-9.

muestra cierta aversión hacia él. En la misma línea pudo utilizar a Éforo, de quien tomó, al menos, la idea de historia universal y la de dedicar un libro a la geografía [117].

5. A partir del libro II y, concretamente, respecto a la segunda guerra púnica, se acepta que, por el lado romano, siguieron siendo fuente principal [118] Fabio Pictor y L. Cincio Alimento que, pretor en Sicilia en 210/9 y prisionero [119] de Aníbal, escribió una historia de Roma desde sus orígenes. Por el lado cartaginés, además del ya citado Filino, también Sósilo [120] de Lacedemonia, que, según Diodoro [121], narró en siete libros las empresas de Aníbal. Quizá Sileno de Calacte, como testigo ocular de las hazañas de Aníbal, pudo informar directamente a Polibio [122].

6. De otra parte y ahora no referente a la guerra anibálica, cabe suponer que Polibio conoció la obra de C. Acilio, que escribió en griego una historia romana desde sus comienzos [123] hasta el año 184, pese a los reparos de Walbank [124]. Asimismo, A. Postumio Albino, autor de una historia pragmática [125]. Éstas son las líneas principales de las fuentes literarias. Mas debe observarse que Polibio asume, frente a las fuentes, una postura crítica y nunca de yuxtaposición textual. Baste comparar las opiniones de Fabio y también las de los historiadores de Aníbal sobre las causas de la segunda guerra púnica, para comprender su modo de

---

117 POLIBIO, V 33, 2.

118 POLIBIO, III 8, 1.

119 T. LIVIO, XXI 38, 3.

120 POLIBIO, III 20, 5.

121 XXVI 4.

122 Cf. WALBANK, *Commentary, I*, pág. 28, y MIONI, *Polibio*, página 121.

123 CICERÓN, *De los Deberes* III 32, 1, 5; T. LIVIO, XXV 39.

124 *Commentary, I*, pág. 29.

125 POLIBIO, XXXIX 1.

operar. Para aquéllos, la causa fundamental fue el ataque a Sagunto y la ambición de Asdrúbal y Aníbal. Para Polibio, en cambio, es precisamente la primera guerra púnica, con sus secuelas de odio en los cartagineses y de ambición en los romanos, sobre todo con la toma de Cerdeña[126].

7. De otro tipo son las fuentes de los diversos tratados, grabados en placas de bronce. Se hallaban éstas en el *tabularium* de los ediles curules sobre el Capitolio. No debe dudarse de que Polibio consultó estos tratados, pues son los únicos textos oficiales que cita literalmente[127]. Cierto es que, al respecto, ha surgido la dificultad de que el tratado de 212 entre romanos y etolios, cuyo texto se ha encontrado en Acarnania, no coincide con la versión que trasmite Livio, tomada *al parecer* de Polibio[128]. La dificultad sería, en verdad, grave, si el texto fuera el del propio Polibio.

8. Igualmente puede aceptarse que Polibio consultó los *Annales Maximi* del pontífice Máximo, pese a que su publicación, a cargo de P. Mucio Escévola, debió de ser hecha entre 131-114. Y, por supuesto, pudo examinar los archivos privados[129] de los Escipiones: Polibio cita[130] la copia de dos cartas del Africano, una enviada al rey Filipo y otra al rey Prusias[131].

9. Mucho más dudoso resulta el que Polibio consultara los archivos aqueos. El pasaje XXII 9-10, donde se describe con demasiado detalle una asamblea de la Liga aquea, podría apoyar una respuesta afirmativa.

---

[126] POLIBIO, III 6, 1 y 9, 6.

[127] A. DÍAZ TEJERA, «En torno al tratado de paz de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2 (1971), 109-126.

[128] Cf. discusión en PÉDECH, *La Méthode*, pág. 383.

[129] R. LAQUEUR, *Polybius*, Leipzig, 1913, págs. 126-146.

[130] X 9, 1.

[131] XXI 8.

Son muchos los autores [132] que defienden esta tesis. Sin embargo, el argumento a favor es débil; pues, de un lado, ese calor en la descripción, tratándose de la Liga aquea, puede explicarse de la propia vida familiar de Polibio [133] y, de otro, una respuesta afirmativa obligaría a admitir que Polibio escribió su obra después del año 146, lo que contradice lo defendido anteriormente [134].

10. Más problemático todavía resulta aceptar que el historiador griego consultó los archivos rodios y los archivos del Senado romano. En el primer caso, el pasaje XVI 15, 8, donde Polibio critica a Zenón y a Antístenes por considerar éstos que fueron los rodios los vencedores en la batalla de Lade, «según —dice— se conserva en el Pritaneo de los rodios», no permite, sin más, claro es, una postura positiva. Respecto al segundo caso, la información de las sesiones del Senado podría haberla recibido Polibio del círculo de los Escipiones sin necesidad de una consulta directa. Que ésta le estuviera permitida, no es extraño, pero no hay indicio alguno que lo pruebe.

III. TRANSMISIÓN DEL TEXTO DE LAS «HISTORIAS» DE POLIBIO

A) *Tradición manuscrita*

1. De Polibio, como es normal en una obra de la antigüedad, se dispone de citas de autores clásicos, algunas de interés, como la de Ateneo, porque indican el número del libro del que han sido tomadas. De otra parte, los papiros han sido poco generosos con Poli-

---

132 Cf. MIONI, *Polibio*, pág. 123 y bibliografía.

133 Cf. aquí págs. 7 y sigs.

134 Cf. pág. 22.

bio: el más importante es el *Pap. Berlin 9570*, editado por U. Wilcken y que apoya conjeturas antiguas. Pero el texto de la obra histórica de Polibio nos ha llegado fundamentalmente a través de manuscritos. Y se impone señalar que sobre la tradición manuscrita de Polibio se cuenta con un libro de J. M. Moore[135], que analiza todos los problemas al respecto, con especial atención a la mutua relación entre las distintas familias y, dentro de éstas, de los diferentes manuscritos.

2. Pues bien, dentro de la tradición manuscrita cabe conformar tres grupos diferenciados, no ya por su contenido, sino también por su procedencia. El primer grupo lo constituyen los manuscritos que contienen íntegros los cinco primeros libros. Los más importantes son: *Vaticanus Gr. 124* (A), del siglo X: se trata de un magnífico manuscrito en pergamino; *Londinensis Gr. 11728* (B), del siglo XV, y procede directamente del anterior; *Monacensis Gr. 157* (C), que, sobre base paleográfica, ha sido fechado en el siglo XV y gusta de correcciones propias; *Monacensis Gr. 388* (D), del siglo XIV, que fue colacionado con la edición príncipe; *Parisinus Gr. 1648* (E), de hacia finales del siglo XIV; *Vaticanus Gr. 1005* (Z), de finales del siglo XIV, del que he colacionado[136] la parte dedicada al libro I, y lo he utilizado en mi edición; *Vindobonensis Phil. Gr. 59* (J), un manuscrito excelente del siglo XV: sólo contiene el libro I y no completo, y la parte final del V 94, 9-111-10. También lo he colacionado[137] y ha sido utilizado en mi edición. Este grupo, del que existen otros manuscritos

---

135 *The manuscript tradition of Polybius*, Cambridge, 1965. Al respecto, cf. mi reseña en *Emerita* 34 (1966), págs. 219 y sigs. Asimismo, mi artículo «Análisis de los manuscritos polibianos *Vaticanus Gr. 1005* y *Vindobonensis Gr. 59* y de sus aportaciones al libro I de las *Historias*», *Emerita* 35 (1968), 121-147.

136 Cf. DÍAZ TEJERA, *art. cit.*, pág. 121.

137 DÍAZ TEJERA, *art. cit.*

muy recientes[138], es dividido en dos secciones: una, los manuscritos A y B, con escolios, y otra, C D E Z J, sin escolios, y que recibe el nombre de *tradición bizantina.*

3. El segundo grupo lo forman aquellos manuscritos que derivan de un florilegio antiguo con extractos de los dieciocho primeros libros. A todo este grupo se le denomina *excerpta antigua.* Entre todos los códices sobresale el *Urbinas 102* (F), quizá del siglo X, que es el único manuscrito que contiene extractos de los libros I-XVIII. Ninguno de los demás transmite fragmentos de los cinco primeros libros, y de aquí que el nombre de *excerpta antigua* se aplique, en general, a aquellos manuscritos que contienen fragmentos a partir del VI hasta el XVIII[139]. Con todo, no existe homogeneidad en este grupo, hasta el punto de que se lo divide en tres apartados: a) los manuscritos que contienen extractos de los libros VI-XVIII. Entre ellos, por citar algunos[140], además del *Urbinas 102,* ya mencionado, están el *Monacensis Gr. 338* (D), que tiene la particularidad —y, por eso, fue incluido en el primer grupo— de que transmite íntegros los cinco primeros libros. Lo mismo ha de decirse del *Mediceus Laurentianus Gr. 699* (G). La diferencia entre el D y G consiste en que el D está escrito de la misma mano, mientras que el G presenta distinta mano a partir del VI. Por último, debe añadirse el *Parisinus Bibl. Nat. Gr. 2967,* posiblemente del siglo XV. b) Este apartado lo componen aquellos códices que transmiten extractos de los libros VII-XVIII, pero omiten[141] los del libro VI. Son

---

138 Cf. SCHWEIGHAEUSER, *Polybii «Historiarum» quidquid superest,* Oxford, 1822, pág. 109.

139 MOORE, *ob. cit.,* pág. 55.

140 La lista completa, en MOORE, *ob. cit.,* págs. 56 y sigs.

141 Cf. MOORE, *ob. cit.,* pág. 74.

un total de trece y se les asigna la letra G con subíndice numérico. Entre ellos se encuentra un *Matritensis Gr. 4741*, del siglo XVI. c) El tercer apartado lo forman los manuscritos que ofrecen extractos de los libros VI, XVIII y X, por este orden. Son un total de trece. Se los designa con la letra H seguida de subíndice numérico. Los más básicos son *Mediceus Laurentianus 80, 13* (H), *Marcianus Gr. VII* (H) y *Leidensis Gr. 2* (H).

4. Como se sabe, la edición príncipe de los libros VI-XVIII fue publicada por Hervagen, en Basilea, en el año 1549. Se admite, aunque con ciertas dificultades, que esta edición tuvo como fuente un manuscrito escurialense, numerado VIB6, perdido en el incendio de 1671. Si es así, lo que es previsible, la edición hervagiana sería un superviviente del manuscrito escurialense. De otro lado, conviene señalar que existen manuscritos [142] que contienen pequeñas partes de los *excerpta antiqua.* Entre ellos se cuenta con un *Scorialensis Y-III-10*, posiblemente del siglo XVII y que presenta tres manos diferentes, correspondientes a los distintos extractos.

5. Finalmente, llegamos al tercer grupo, denominado *excerpta constantiniana.* Es la fuente principal para los libros XX-XXXIX, pues del XIX y XL no queda nada, salvo citas de autores antiguos. Estas compilaciones se hicieron por encargo de Constantino Porfirogéneta y abarcaban a los historiadores antiguos. Se dividieron en cincuenta y tres títulos, de los que sólo han sobrevivido seis: *De uirtutibus et uitiis, De sententiis, De insidiis, De stratagematis, De legationibus gentium ad Romanos* y *De legationibus Romanorum ad gentes.* Cada uno de esos títulos está representado por uno o varios manuscritos: a los extractos *De uirtutibus et uitiis* los representa el manuscrito *Turonensis 980*

---

142 Cf. MOORE, *ob. cit.*, págs. 109 y sigs.

(P); a los extractos *De sententiis*, el *Vaticanus Gr. 73* (M), un palimpsesto descubierto a principios del siglo pasado por Angelo Mai, del siglo X. Es muy importante, porque también contiene extractos de todos los libros anteriores, lo que permite configurar, en comparación con los otros códices, toda la tradición manuscrita de Polibio. Los extractos *De insidiis* los transmite el *Scorialensis I11* (Q), de primera mitad del siglo XVI: para la edición de este título sólo se cuenta con este manuscrito, pues el otro, un *Parisinus*, está muy incompleto. Los extractos *De stratagematis* se encuentran en un *Parisinus Gr. 607* (T), de hacia el siglo X.

6. Mayor complejidad ofrecen los extractos *De legationibus*. Se acepta que tanto los manuscritos de «las delegaciones de los romanos ante los pueblos» como de las de «los pueblos ante los romanos» proceden de un manuscrito *Scorialensis Iω4*, perdido en el incendio ya mencionado de 1671. Aparte esta noticia, varios son los manuscritos [143] que contienen los extractos *De legationibus gentium ad Romanos*: entre ellos un *Scorialensis RIII21*, que debe ser completado con el *Scorialensis RIII13*, pues transmite lo que falta a aquél. Asimismo, son varios los que ofrecen los extractos *De legationibus Romanorum ad gentes*, y también aquí se dispone de un *Scorialensis RIII14*.

B) *Ediciones y traducciones*

1. Dada la complejidad en la transmisión manuscrita de la obra de Polibio, no es de extrañar que a la edición completa de las *Historias*, precedieran ediciones parciales, acompañadas de todo tipo de dificultades y deficiencias. En realidad, hasta la edición de Isaac Casaubon, dada en París, en 1609, no puede afir-

---

143 Cf. MOORE, *ob. cit.*, pág. 140.

marse que Polibio dispone de una *edición más o menos* completa.

2. Antes, en 1530, Vicente Heinecker, más conocido con el nombre de Obsopeo, editó los cinco primeros libros y añadió, al final, la versión latina que había confeccionado Nicolás[144] Perotti. Años más tarde, en 1549, en Basilea, Juan Hervagen amplió el texto de edición hasta el libro XVII. Hasta el *XV* lo tradujo Nicolás Perotti. Por primera vez se editan los extractos antiguos y, según hemos indicado, el manuscrito que sirvió de base fue el *Scorialensis VIB6.* Poco después, comienza, en parte, la edición de los extractos constantinianos, por separado, según los títulos: los primeros fueron los *De legationibus,* a cargo de Fulvio Orsini. Dede decidirse que los manuscritos sobre los que Orsini se basó pertenecieron al arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín, en los que éste había anotado al margen importantes observaciones y que Orsini utilizó sin mencionarlo.

3. Por entonces aparece la edición de Casaubon, que aprovecha las ediciones parciales anteriores, añade una nueva versión latina y confecciona una sinopsis cronológica. Pero lo importante es señalar que, para los extractos antiguos, utiliza el manuscrito *Urbinas* 102 (F). Con todo, Polibio no era editado completo: faltaban otros títulos de los extractos constantinianos. Henri de Valois publicó los de *De uirtutibus* que luego recoge Jacob Gronov en una edición en tres volúmenes, publicada en 1670 y reimpresa en Leipzig en 1764. Por la misma fecha, 1763-4, ve la luz la edición de Ernesti, sin novedad textual alguna, aunque sí con un interesante glosario. Mas mención aparte merece la edición de Schweighäuser, en ocho volúmenes, publicada en Leipzig en 1789-1795. Lleva traducción —la de

---

[144] Cf. SCHWEIGHAEUSER, *ob. cit.,* pág. 74.

Casaubon corregida—, un amplio comentario y un léxico que, aunque no completo, ha sido el único hasta estos años en que está en vías de publicación el excelente de Mauersberger. En honor de Schweighäuser hay que hacer notar que todos los estudios posteriores que sobre Polibio se han hecho dependen en gran medida de esta edición.

4. Todavía la edición de Schweighäuser no es completa. Posteriormente a ella se editan los extractos *De sententiis, De insidiis*, y *De stratagematis*. Estas ediciones parciales despiertan la conciencia de que Polibio necesita una edición íntegra y total. Primero aparece la de F. Dübner, patrocinada por la casa Didot, en París y en 1839. Luego, la de Bekker, en Berlín, en 1841. Poco más tarde, la de Dindorf en la colección Teubneriana, en cuatro volúmenes, Leipzig, 1866-68. Esta edición, corregida y muy mejorada por Büttner-Wobst, aparece de nuevo en cinco volúmenes en 1882-1905, y todavía los volúmenes I-II son perfecccionados en su aparato crítico en 1922-24. Para Weidmann, Hultsch realiza una edición en cuatro volúmenes, Berlín, 1867-72, que a mí me parece un modelo de trabajo. Con observaciones muy pertinentes se reeditan los volúmenes I-II en los años 1888 y 1892, respectivamente.

5. A partir de las ediciones de Büttner-Wobst y de Hultsch, el texto de las *Historias* de Polibio ha quedado fijado en su totalidad en relación, naturalmente, con la transmisión de los manuscritos. Pese a ello, ha de añadirse, dentro de la Loeb Classical Library, la de W. Paton, con traducción en seis volúmenes y que ya lleva tres ediciones: la primera apareció en 1922. El texto griego sigue el elaborado por Büttner-Wobst. En vías de publicación, la fundación Budé lleva a cabo la edición de la obra polibiana a cargo de dos especialistas, P. Pédech y J. de Foucault. Esta edición utiliza ya el manuscrito *Vaticanus Gr. 1005* (Z). En España,

la Fundación Bernat Metge ha editado con traducción en catalán los cinco primeros libros, a cargo de A. Ramon y Arrufat, en 1929. Esta edición continúa hoy día bajo la responsabilidad de M. Balasch, que ya ha publicado hasta el libro XII. El texto sobre el que se apoya es, asimismo, el de Büttner-Wobst. Por último, la Colección Hispánica, Alma Mater, ha iniciado una edición a cargo de Díaz Tejera, de la que sólo ha sido publicado un tomo que contiene parte del libro I. Esta edición utiliza por primera vez el manuscrito *Vindobonensis Phil. Gr. 59* (J).

6. En cuanto a traducciones, dejando a un lado las ya citadas por ser a su vez ediciones, indicamos la de Evelyn S. Shuckburgh, *The Historiae of Polybius*, dos vols., Bloomington, 1889. Esta traducción se ha reeditado en 1962 con una introducción de Walbank. En París, y en 1921, Pierre Waltz ha traducido a Polibio en cuatro volúmenes. En Italia, G. B. Cardona, en dos volúmenes y en los años 1948-49, ha realizado una buena traducción acompañada de numerosas noticias sobre la transmisión manuscrita. En Alemania se cuenta con la de Hans Drexler, en dos volúmenes, editada en Zurich en 1961; aparte la traducción en sí, que es excelente, al final se ofrece un índice de los aspectos históricos más interesantes. En España existe una traducción de Ambrosio Ruy Bamba, helenista del siglo XVIII, cuyo título es así: *Historia de Polibio Megapolitano, traducida del griego por D. Ambrosio Rui* (sic) *Bamba*, Madrid, en la Imprenta Real, MDCCLXXXVIII. Se reeditó en 1914. La traducción sigue la edición de Juan Pablo Krauss, hecha en 1764.

A. Díaz Tejera

BIBLIOGRAFÍA

A) *Estudios generales sobre Polibio*

K. J. Beloch, *Griechische Geschichte,* IV 1-2, Leipzig, 1922-27.

U. Cuntz, *Polybius und sein Werk,* Leipzig, 1902.

G. De Santis, *Storia dei Romani,* III 1, Turín, 1907-1923.

K. F. Eisen, *Polybiosinterpretationen. Beobachtungen zu Principien griechischer un römischer Historiographie bei Polybios,* Heidelberg, 1966.

E. Ibendorff, *Untersuchungen zur darstellerischen Persönlichkeit des Polybios,* Rostock, 1930.

B. Lavagnini, *Polibio,* Civiltà moderna, Florencia, 1936.

E. W. Marsden, F. Paschoud, A. Momigliano, *Polybe,* Fondation Hardt, Ginebra, 1974.

K. Meister, *Historische Kritik bei Polybios,* Wiesbaden, 1975.

E. Mioni, *Polibio,* Padua, 1949.

P. Pédech, «Notes sur la biographie de Polybe», *Les Ét. Class.* 29 (1961), 145-156.

G. C. Richards, «Polybius of Megalopolis the Greek Admirer of Rome», *Class. Jour.* 40 (1944), 274-291.

C. Schick, «Polibio de Megalopoli; le principali questioni sulle *Storie*», *Paideia* 5 (1950), 369-383.

E. G. Sihler, «Polybius of Megalopolis», *AJPh.* 48 (1927), 38-81.

S. B. Smith, «Polybius of Megalopolis», *Class. Jour.* 45 (1949), 5-12.

R. von Scala, *Die Studien des Polybios,* Stuttgart, 1890.

F. W. Walbank, *Polybius,* Londres, 1972.

F. W. Walbank, P. Pédech, H. Schmitt, D. Musti, G. A. Lehmann, C. Nicolet, C. Wunderer, *Polybios; Lebens- und Welt-*

anschaung aus dem zweiten vorchristlichen Jahrhundert, Leipzig, 1927.
K. ZIEGLER, «Polybios» (1), *RE* 21, cols. 1439-1578 (1953).

B) *Composición de las «Historias»*

A. DÍAZ TEJERA, «La Constitución política en cuanto causa suprema en la historiografía de Polibio», *Habis* 1 (1970), 31-43.
H. ERBSE, «Zur Entstehung des polybianischen Geschitwerkes», *RhM.* 94 (1951), 157-179.
— «Polybios Interpretationem», *Philologus* 101 (1957), 269-297.
M. GELZER, «Die hellenische prokataskeué in zweiten Buch des Polybios», *Hermes* 75 (1940), 23-37.
— *Die Achaica im Geschichtswerk des Polybios,* Berlín, 1940.
— *Über die Arbeitswiese des Polybios,* Sitzung, 1956.
— *Die pragmatische Geschichtsschreibung des Polybios,* Berlín, 1955.
M. GIGANTE, «La Crisi di Polibio», *La Parola del Passato* 6 (1951), 31-53.
R. HARTSTEIN, «Über die Abfassunszeit der *Geschichten* des Polybios», *Philologus* 45 (1886), 715-18, y 53 (1894), 756-762.
R. HERCORD, *La conception de l'histoire dans Polybe,* Lausana, 1902.
R. LAQUEUR, *Polybius,* Leipzig, 1913.
K. LORENZ, *Untersuchungen zum Geschichtswerk des Polybios,* Stuttgart, 1931.
H. NISSEN, «Die Oekonomie des *Geschichte* des Polybios», *RhM.* 26 (1871), 241-282.
P. PÉDECH, «Polybe et l'Éloge de Philopoemen», *REtGr.* 64 (1951), 82-103.
— *La Méthode historique de Polybe,* París, 1965.
K. E. PETZOLT, *Studien zur Methode des Polybios und zu ihrer historische Auswertung,* Munich, 1960.
F. W. WALBANK, «Polybius, Philinus and the first Punic», *Class. Quart.* 39 (1945), 1-18.

C) *Estudios sobre problemas históricos*

R. L. BEAUMONT, «The date of the first treaty between Rome and Carthage», *JRomEst.* 29 (1939), 74-86.

E. J. BICKERMANN, «Bellum Antiochum», *Hermes* 67 (1932), 47-76.

— «Bellum Philoppicum. Some Roman and Greek views concerning the causes of the second Macedonian War», *Class. Philol.* 40 (1945), 137-148.

J. CARCOPINO, «La traité d'Hasdrubal et la responsabilité de la deuxième guerre punique», *REtan.* 55 (1953), 258-293.

A. DÍAZ TEJERA, «En torno al tratado de paz de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2 (1971), 109-126.

J. V. A. FINE, «The background of the social war of 220-217 B. C.», *AJPh.* 61 (1940), 129-165.

J. VALLEJO, «De nuevo Polibio y el tratado del Ebro», *Emerita* 20 (1952), 493-498.

D) *Sobre las fuentes de Polibio*

K. J. BELOCH, «Polybios Quellen im dritten Buche», *Hermes* 50 (1915), 357-373.

E. BABBA, «Studi su Filarco. La biografie plutarchee di Agide e di Cleomene», *Athenaeum* 35 (1957), 3-55 y 193-239.

P. BUNG, *Fabius Pictor der erste römische Analist. Untersuchungen zur über Aufbau Stil und Inhalt seines Geschichtswerkes an Hand von Polybios I-II*, tesis doct., Colonia, 1950.

V. LA BUA, *Filino-Pollibio, Sileno, Diodoro*, Palermo, 1966.

P. PÉDECH, «Sur les sources de Polybe. Polibe et Philinos», *REtAn.* 54 (1952), 246-266.

H. TRAENKLE, *Livius und Polybios*, Basilea, 1977.

J. VALETON, *De Polybii fontibus et auctoritate disputatio critica*, París, 1879.

E) *Sobre el libro VI y su contenido*

C. O. BRINK, F. W. WALBANK, «The construction of the sixth book of Polybius», *Class. Quart.* 49 (1954), 97-122.

A. DÍAZ TEJERA, «Análisis del libro VI de las *Historias* de Polibio respecto a la concepción cíclica de las Constituciones», *Habis* 6 (1975), 23-34.

K. VON FRITZ, *The theory of the mixed constitution in Antiquity. A critical analysis of Polybius' political ideas*, Nueva York, 1954.

K. GLASER, *Polybios als politische Denker*, Viena, 1940.
W. THEILER, «Schichten im 6. Buch des Polybios», *Hermes* 81 (1953), 296-302.
F. W. WALBANK, «Polybius and Roman constitution», *Class. Quart.* 37 (1943), 73-89.

F) *Sobre diversas cuestiones*

A. ÁLVAREZ DE MIRANDA, «La irreligiosidad en Polibio», *Emerita* 24 (1956), 27-65.
M. BALASCH, «La religiosidad en Polibio», *Helmantica* 23 (1972), 365-391.
T. BÜTTNER-WOBST, *Die Florentiner Handschriften des Polybios*, Leipzig, 1894.
A. DÍAZ TEJERA, «Análisis de los manuscritos polibianos *Vaticanus Gr. 1005* y *Vindobonensis Gr. 59* y de sus aportaciones al libro I de las *Historias*», *Emerita* 35 (1968), 121-147.
— «Concordancias terminológicas con la *Poética* en la historia universal: Aristóteles y Polibio», *Habis* 9 (1978), 33-48.
P. FRACCARO, «Polibio e l'accampamento romano», *Athenaeum* (1934), 154-161.
P. PÉDECH, «La méthode chronologique de Polybe, d'après le récit des invations gauloises», *Comt. rend. de l'Acad. des Inscriptions et Belles-Lettres* (1955), 367-374.
A. ROVERI, «Tyche en Polibio», *Convivium* 24 (1956), 275-293.
J. VALLEJO, «Polibio y la geografía de España», *Emerita* 22 (1954), 278-288.
— «Livio, XXI 17 (XXI 25 y 26), Polibio, III 40 (con III 107) ¿textos irreconciliables?», *Emerita* 12 (1944), 140-152.
F. W. WALBANK, «The geography of Polybius», *Class. Mediaev.* 9 (1947), 155-182.

G) *Léxicos y comentario*

A. MAUERSBERGER, *Polybios-lexicon, a-k...*, Berlín, 1956-1966.
J. SCHWIEGHAEUSER, *Polybii quidquid superest*, vol. VIII, Leipzig, 1975. Reimpreso por separado, Oxford, 1882.
F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius, I-III*, Oxford, 1957, 1967, 197...

LIBRO I

Elogio de la historia como ciencia[1]

Si los autores que me han precedido hubieran omitido el elogio de la historia[2] en sí, sin duda sería necesario que yo urgiera a todos la elección y transmisión de tratados de este tipo, ya que para los hombres no existe enseñanza más clara que el conocimiento de los hechos pretéritos. Pero no sólo algunos, ni de vez en cuando, sino que prácticamente todos los autores, al principio y al final, nos proponen tal apología; aseguran que del aprendizaje de la historia resultan la formación y la preparación para una actividad política; afirman también que la rememoración de las peripe-

1 Si los autores que me han pre-
2 los hechos pretéritos. Pero no sólo algunos, ni de vez

[1] Los cinco primeros capítulos de este libro tienen un doble objetivo: ganarse la atención del lector y fijar el contenido de la obra, señalando además el propósito del autor al componerla.

[2] Aunque, para los griegos, la historia no fue nunca considerada como una ciencia en el sentido riguroso de la palabra. sino que siempre comprendieron en ella un componente artístico, sin embargo la consideraron como un saber, de categoría y trascendencia excepcionales. Tucídides la había definido como «una adquisición para siempre», y Heródoto encabeza su obra diciendo que pretende, con ella, que las gestas de los hombres no caigan en el olvido; así entronca con la tradición épica. Cicerón recogió la antorcha con su expresión, que se ha hecho proverbial: *historia magistra vitae, testis temporum.* Polibio enlaza claramente con la máxima ciceroniana.

cias ajenas es la más clarividente y la única maestra
que nos capacita para soportar con entereza los cam-
3 bios de fortuna. Es obvio, por consiguiente, que nadie,
y mucho menos nosotros, quedaría bien si repitiera lo
4 que muchos han expuesto ya bellamente. Porque la
propia originalidad[3] de los hechos acerca de los cuales
nos hemos propuesto escribir se basta por sí misma
para atraer y estimular a cualquiera, joven y anciano,
5 a la lectura de nuestra obra. En efecto, ¿puede haber
algún hombre tan necio y negligente que no se interese
en conocer cómo y por qué género de constitución
política fue derrotado casi todo el universo en cin-
cuenta y tres[4] años no cumplidos, y cayó bajo el im-
perio indisputado de los romanos? Se puede compro-
6 bar que antes esto no había ocurrido nunca. ¿Quién
habrá, por otra parte, tan apasionado por otros espec-
táculos o enseñanzas que pueda considerarlos más pro-
vechosos que este conocimiento?

2 La originalidad, la grandeza del argumento objeto
de nuestra consideración pueden comprenderse con
claridad insuperable, si comparamos y parangonamos
los reinos antiguos más importantes, sobre los que los
historiadores han compuesto la mayoría de sus obras,
2 con el imperio romano. He aquí los reinos que mere-
cen esta comparación y parangón: en cierta época los
persas consiguieron un gran reino[5], un gran imperio,

---

[3] Polibio pretende ganarse lectores dando a su obra un enfoque distinto del que le han dado otros historiadores contemporáneos suyos o anteriores. Como verá el lector, la crítica positiva o negativa a la obra de otros historiadores se repite una y otra vez en la obra polibiana.

[4] Estos cincuenta y tres años se cuentan desde el principio de la segunda guerra púnica (220/219) a la batalla de Pidna (168/167). Es la primera parte de la obra de Polibio, que abarca los libros I-XXIX.

[5] El período culminante del imperio persa en la antigüedad

pero siempre que se arriesgaron a cruzar los límites
de Asia pusieron en peligro no sólo este imperio, sino
sus propias vidas. Los lacedemonios pugnaron largo 3
tiempo para hacerse con la hegemonía sobre [todos]
los griegos, y cuando, al fin, la consiguieron, lograron
conservarla indiscutidamente doce años escasos[6]. Los 4
macedonios dominaron Europa desde las orillas del
Adriático hasta el río Danubio, lo que, en su totalidad,
parecería una pequeña parte del territorio aludido.
Pero, posteriormente, aniquilaron el poderío persa y 5
se anexionaron el imperio de Asia. Sin embargo, aunque
dieron la impresión de que se habían apoderado de
muchas más regiones y estados, dejaron la mayor parte
del universo en poder de otros, porque no se lanzaron 6
nunca a disputar el dominio de Sicilia, ni el de Cer-
deña, ni el de África, y en cuanto a los pueblos occiden-
tales de Europa, belicosísimos, digámoslo escuetamen-
te: ni tan siquiera los conocieron. En cambio, los ro- 7
manos sometieron a su obediencia no algunas partes
del mundo, sino a éste prácticamente íntegro. Así esta-
blecieron la supremacía de un imperio envidiable para
los contemporáneos e insuperable para los hombres
del futuro. Por descontado: estos temas se entenderán 8
mejor, en su mayor parte, por medio de esta obra mía,
la cual hará ver también más claramente, por su propia
naturaleza, hasta qué punto las características de la
historia política[7] ayudan a los estudiosos[8].

---

viene constituido por los reinados de Ciro (559/529) y Darío (522/486), en los cuales adquirió su máxima expansión geográfica.

[6] Desde la victoria del espartano Lisandro, en Egospótamos (404, final de la guerra del Peloponeso), hasta la victoria de Conón sobre los espartanos (394), en la batalla de Cnido.

[7] Aquí sale por primera vez un concepto que será capital en la obra de Polibio: la historia política. Cuando Polibio aplica a la historia el adjetivo griego *pragmatikós* se refiere a la narración de sucesos políticos y militares en el sentido moderno, excluyendo connotaciones partidistas o didácticas; la historia

3 En cuanto a la cronología, el inicio de nuestro tra-
bajo lo constituirá la olimpíada ciento cuarenta[9]. Los
hechos históricos comenzarán, entre los griegos, por
la llamada Guerra Social[10], la primera que Filipo, hijo
de Demetrio y padre de Perseo, emprendió contra los
etolios, apoyado por los aqueos; entre los habitantes
del Asia, por la guerra de Celesiria, que se hicieron mu-
2 tuamente Antíoco y Ptolomeo Filopátor[11]. En lo tocante
a los países de Italia y de África [el principio de este
estudio], lo formará la guerra que estalló entre ro-
manos y cartagineses, llamada por la mayoría guerra
Anibálica[12]. Estos hechos son continuación de los últi-
mos que se narran en el tratado de Arato de Sición[13].
3 En las épocas anteriores a ésta los acontecimientos del

---

pragmática, pues, o de los hechos, es un concepto ya muy afín al de historia moderna. Añadamos que Polibio es el primer autor de la historia que, dentro de sus posibilidades, planea una «historia universal». El contenido de esta nota no se ve afectado en nada por el de la siguiente.

8 El texto griego de los parágrafos 7-8 está muy corrompido en todas las fuentes manuscritas, y el texto original es imposible de restituir. En este punto concreto me aparto de la edición de Büttner-Wobst, y ofrezco la traducción del texto ofrecido por Lorenz, recogido por F. W. Walbank, *A historical Commentary on Polibius, I,* Oxford, 1957 (citado, desde ahora, Walbank, *Commentary,* ad loc.), pág. 41. Con mínimos retoques, acepta también este texto P. Pédech, en su edición del libro I de Polibio, *Polybe, Histoires I,* Collection des Universités de France, París, 1969 (citado, desde ahora, Pédech, *Polybe,* I, o el volumen que corresponda), pág. 20.

9 Son los años 220/216.

10 El lugar es, exactamente, IV 60-87 y V 1-30.

11 Exactamente, V 34-86.

12 Es la llamada segunda guerra púnica, narrada en todo el libro III.

13 Arato de Sición fue, a la vez, general e historiador; militarmente dirigió, con éxito diverso, las tropas de la Liga aquea. Es protagonista de partes extensas de la obra de Polibio; su caracterización como historiador la da el mismo Polibio en II 56, 1; su actuación como general la comenta en IV 8-14.

mundo estaban como dispersos, porque cada una de
las empresas estaba separada en la iniciativa de con-
quista, en los resultados que de ellas nacían y en otras
circunstancias, así como en su localización. Pero a 4
partir de esta época la historia se convierte en algo
orgánico, los hechos de Italia y los de África se entre-
lazan con los de Asia y con los de Grecia, y todos co-
mienzan a referirse a un único fin. Por esto hemos 5
establecido en estos acontecimientos el principio de
nuestra obra, porque en la guerra mencionada los ro- 6
manos vencieron a los cartagineses, y, convencidos de
haber logrado ya lo más importante y principal de su
proyecto de conquista universal, cobraron confianza
entonces por primera vez para extender sus manos al
resto: se trasladaron con sus tropas a Grecia y a los
países de Asia.

Si estos estados que se disputaron la soberanía 7
mundial nos fueran familiares y conocidos, no sería
necesario, naturalmente, que nosotros escribiéramos los
sucesos anteriores, y que describiéramos el propósito
o el poder con que se lanzaron y emprendieron accio-
nes tan grandes e importantes. Pero como la mayoría 8
de los griegos desconoce el poder que antaño tuvie-
ron romanos y cartagineses, e ignoran sus hazañas,
hemos creído indispensable redactar este libro y el si-
guiente como introducción a nuestra *Historia*. Así el 9
que se dedique a la investigación de los hechos actua-
les se evitará dificultades en cuanto al período ante-
rior, y no deberá indagar las resoluciones, las fuerzas
y los recursos que usaron los romanos cuando se lan-
zaron a esas operaciones que les convirtieron en seño-
res —me refiero a nuestra época— de todo el mar y de
toda la tierra. Bien al contrario: los que usen estos 10
dos libros y la introducción que contienen, verán muy
claro que los romanos se arrojaron a tales empresas
con medios sumamente razonables, y que por ello

lograron el imperio y el gobierno de todo el mundo[14].

4 La peculiaridad de nuestra obra y la maravilla de nuestra época consisten en esto: según la Fortuna[15] ha hecho inclinar a una sola parte prácticamente todos los sucesos del mundo, y obligó a que tendieran a un solo y único fin, del mismo modo también ⟨es preciso⟩, valiéndose de la historia, concentrar bajo un único punto de vista sinóptico, en beneficio de los lectores, el plan del que se ha servido la Fortuna para el cum-
2 plimiento de la totalidad de los hechos. Lo que acabo de notar es lo que nos ha impulsado y estimulado más a dedicarnos a la historia, y también, además, el hecho de que nadie, entre nuestros contemporáneos, haya emprendido la confección de una historia general. De ser así, yo no habría puesto tanto empeño en una obra
3 de estas características. Pero ahora me he dado cuenta de que muchos investigan guerras particulares[16] y hechos ajenos a ellas; sin embargo, nadie se dedica, al menos por lo que nosotros sabemos, a dilucidar la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo

---

14 La idea de Polibio es clara: la historia universal sólo la hace verdaderamente posible una nación (aquí, muy concretamente, el imperio romano) que tenga por ideal dominar el universo.

15 Sale aquí por primera vez la Fortuna, que juega un papel importante en la concepción religiosa de Polibio. Nosotros mismos hemos estudiado el tema. M. Balasch, «La religiosidad en Polibio», *Helmántica* XXIII (1972), 365-391.

16 Por ejemplo: Filarco, que narró la historia de los seléucidas (222/187) centrada en la figura de Antígono III. Polibio aprecia poco a estos autores de monografías, cuyas críticas encontramos repetidamente a lo largo de su obra. Cf. I 14, con la crítica de los historiadores Fabio y Filino. Fundamental en la crítica histórica de Polibio es el libro XII de su obra, en el que el historiador Timeo, autor de la obra *Sikeliká* (*Historia de Sicilia*), sale muy malparado. Pero por otras fuentes su historia parece que es apreciable. Polibio lo mencionará inmediatamente (5, 1).

y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culmi-
nación. [Por ello] he creído absolutamente necesario 4
no omitir ni dejar pasar, sin detenerme en ello, la obra
más bella, y al mismo tiempo más útil, de la Fortuna.
Ésta, ciertamente, realiza muchas cosas novedosas e 5
interviene de continuo en las vidas de los hombres,
pero, francamente, no había realizado jamás una obra
semejante ni había propugnado un conflicto como el
actual. Y esto es lo que resulta imposible de captar en 6
los autores de monografías, a no ser que se viaje a
todas las ciudades más ilustres, recorriéndolas una
por una, o bien, ¡por Zeus!, que se contemplen por
separado, pintadas, y se suponga en el acto, por ello,
que se ha visto el mapa de todo el universo, la dispo-
sición global del mundo y su ordenación, lo cual re-
sulta absolutamente inverosímil. Porque, en general, 7
los que están convencidos realmente de que a través
de las historias monográficas tienen una adecuada vi-
sión del conjunto, creo que sufren algo parecido a los
que han contemplado esparcidas las partes de un cuer-
po antes dotado de vida y de belleza, y ahora juzgan
que han sido testigos oculares suficientes de su vigor,
de su vida y de su hermosura. Pero si alguien recom- 8
pusiera de golpe el cuerpo vivo y consiguiera devol-
verle su integridad, con la forma y el bienestar de su
espíritu, y luego, ya conseguido esto, mostrara de nuevo
el cuerpo a aquellos mismos, estoy seguro de que todos
confesarían al punto que antes habían quedado muy
lejos de la verdad, y que habían sido parecidos a los
que sufren visiones en sueños. Es verdad que la parte 9
puede ofrecer una cierta idea del todo, pero es impo-
sible que proporcione un conocimiento exhaustivo y
un juicio exacto. Por eso hay que considerar que la 10
historia monográfica aporta poca cosa al conocimiento
y al establecimiento de hechos generales. Sin embargo, 11
a partir del entrelazamiento y la comparación de todos

los hechos entre sí, y además de su semejanza y su diferencia, sólo así uno lograría y podría alcanzar, al propio tiempo, el goce y el provecho proporcionados por la historia.

Introducción al libro I. Origen de la primera guerra púnica

5 Estableceremos como punto inicial de este libro la primera travesía que los romanos efectuaron fuera de Italia. Este comienzo sigue inmediatamente a los sucesos en los que se detuvo Timeo[17] y cae en la olimpíada
2 ciento veintinueve. Convendría, pues, explicar cómo y cuándo los romanos, que ya habían resuelto satisfactoriamente sus problemas en Italia, se lanzaron a cruzar el mar hasta Sicilia, y aclarar con qué medios lo hicieron. Tal isla fue el primer territorio exterior a
3 las regiones italianas que los romanos invadieron. La causa de esta travesía debe ser expuesta sin más, evitando así que al indagar la causa de la causa, el comienzo y la investigación de todo lo expuesto, llegue a
4 carecer de fundamento. Debe escogerse como principio un momento reconocido y aceptado por todos, que permita por sí mismo la visión de los acontecimientos. Incluso si es preciso, remontarse algo en el tiempo y hacer una recapitulación que abarque los momentos
5 intermedios, porque si se ignora el momento inicial o, ¡por Zeus!, se discute, será imposible pedir aceptación y crédito para lo que siga, mientras que si se ha dispuesto de un principio reconocido acerca del punto inicial, todo el desarrollo subsiguiente resultará aceptable para los lectores[17 bis].

---

17 Para el comentario histórico de este primer libro, cf. WALBANK, *Commentary*, págs. 46-47.

17 bis Literalmente, el texto habla de «los oyentes» (*toîs akoúousin*). Todavía Polibio piensa, ante todo, en un auditorio informado de su obra histórica a través de lecturas públicas, como en tiempos de Heródoto.

Había empezado el año decimonono después de la 6
batalla naval de Egospótamos[18], que es el decimosexto anterior a la que se libró en Leuctra[19]. En este año 2
los lacedemonios firmaron con el rey de los persas la paz llamada de Antálcidas[20], y Dionisio el Viejo, tras derrotar a los griegos de Italia en la batalla habida junto al río Eléporo[21], asediaba Regio. Por su parte, los galos[22] habían tomado, y retenían por la fuerza, la ciudad de Roma, a excepción del Capitolio. Los ro- 3
manos concertaron treguas y un cese de hostilidades

18 Río que está en el Quersoneso Tracio, ante cuya desembocadura se libró la batalla naval que decidió la derrota definitiva de Atenas en la guerra del Peloponeso (405).

19 Tras la hegemonía espartana subsiguiente a su victoria en la guerra del Peloponeso, sigue una meteórica hegemonía tebana entre las dos batallas de Leuctra, Tebas contra Esparta, con victoria de la primera (371, decidida por el genio militar de Epaminondas) y de Mantinea (362), ganada también por los tebanos contra una confederación peloponesia. Pero en ella murió el general vencedor, Epaminondas (362), y el papel de Tebas en el desarrollo de los asuntos griegos quedó relegado a un segundo plano.

20 La paz de Antálcidas, llamada también «paz del Rey», por haber sido impuesta a los griegos por el emperador persa en el año 386, hizo que Esparta perdiera la hegemonía en el Asia Menor (en la costa meridional, el Quersoneso rodio y la isla de Rodas), pero que recuperara la hegemonía en Grecia. Los más perjudicados fueron los atenienses. Pero la hegemonía tebana seguirá inmediatamente. Como nota el profesor A. Díaz Tejera, *Polibio, Historia I/1*, Madrid-Barcelona, 1972 (citado, desde ahora, Díaz Tejera, *Polibio*), pág. 16, nota al pie, el principio absoluto del que parte Polibio es la toma de Roma por los galos (387/386).

21 Es el actual río Stilaro, al N. de Caulonia, en Bruttium. Dionisio I de Siracusa derrotó allí, en el año 389, a un ejército de veintisiete mil italiotas, lo cual le permitió asentarse firmemente en Italia. La ciudad de Regio le ofreció, sin embargo, tenaz resistencia.

22 Primera aparición de los galos en la historia de Polibio, en la que saldrán con frecuencia. Pero su protagonismo principal lo ejercen en II 17-35.

satisfactorio para los galos, y dueños de nuevo de su
país contra toda esperanza, consideraron tal circuns-
tancia como principio de su desarrollo, y en los tiempos
siguientes guerrearon contra los limítrofes de su ciu-
4 dad. Se convirtieron en señores de todos los pueblos
latinos[23] tanto por su valor como por su buena estre-
lla en los combates; después lucharon contra los tirre-
nos, seguidamente contra los celtas, y a continuación
contra los samnitas, colindantes [éstos] con el país de
5 los latinos por el Norte y por el Este. Pasó cierto
tiempo; los tarentinos, que habían tratado con inso-
lencia a unos legados romanos, se atemorizaron por
ello, y se atrajeron a Pirro; fue en el año anterior al
de la expedición de los galos que fue aniquilada en
Delfos, y ellos se vieron forzados a navegar hacia Asia.
6 Los romanos, tras someter a los etruscos y a los sam-
nitas, tras haber vencido, además, en muchas batallas
a los celtas de Italia, atacaron entonces por primera
vez las partes restantes de ella. No era su intención
hacer la guerra por un territorio extranjero, sino, en
la mayoría de las veces, por algo que ya era suyo y
les pertenecía. Sus contiendas contra samnitas y galos
habían convertido a los romanos en verdaderos cam-
7 peones en las acciones de guerra. Sostuvieron brava-
mente estas hostilidades, y acabaron por desalojar de
Italia a las fuerzas de Pirro; guerrearon de nuevo y
destrozaron a los que habían hecho causa común con
8 él. Se convirtieron, pues, en dueños de todo, contra
lo que cabía esperar, ya que sometieron a todos los
habitantes de Italia, excepción hecha de los galos. Y a

---

23 A raíz de la situación apurada de Roma ante los galos, los pueblos latinos tendieron a separarse de ella. Tíbur y Preneste formaron una liga por separado. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

continuación emprendieron el asedio de los romanos que entonces dominaban en Regio[24].

Mesina y Regio, ciudades fundadas a ambos lados 7
del estrecho, habían sufrido una suerte singular y semejante. Por lo que atañe a Mesina, en una época no 2
muy anterior a los hechos de que ahora nos ocupamos, los campanos, que actuaban como mercenarios a las órdenes de Agatocles[25], y que antes se habían visto cautivados por la belleza y por las demás ventajas de la ciudad, así que se les presentó una ocasión favorable resolvieron de inmediato violar las treguas; entraron 3
como amigos, se apoderaron de la población, expulsaron a unos ciudadanos y degollaron a otros. Después 4
de hacer esto, tomaron a las mujeres y a los hijos de aquellos a quienes habían desposeído tal como la Fortuna[26] se los distribuyó en el momento mismo del crimen; luego se repartieron las riquezas restantes, y todo el territorio, y se quedaron con ello. Como se apo- 5
deraron rápida y fácilmente de un hermoso país y de una bella ciudad, no tardaron en encontrar imitadores de su fechoría. En el tiempo en que Pirro[27] había cru- 6

24 La situación es clara: los romanos acudieron a asediar a otros romanos que, mandados por Decio, habían logrado hacerse con el dominio de la ciudad de Regio mediante una traición.

25 Agatocles es el tirano de Siracusa con el título de rey.

26 Además de lo dicho en la nota 15, un amplio estudio sobre la Fortuna en Polibio puede verse en Díaz Tejera, *Polibio*, páginas XCI-XCVII.

27 Era a principios del año 281. Pirro fue llamado por los tarentinos, atemorizados por el empuje de los romanos hacia el N. Es el momento de la gran expansión del dominio cartaginés; Cartago dominaba todo el mar Tirreno con bases en Cerdeña, en Sicilia y en las Baleares. Un mapa del imperio cartaginés de este tiempo puede verse en *Grosser Historischer Weltatlas*, editado por la Bayerische Schulbuch Verlag, I Teil, Vorgeschichte und Altertum, Munich, 1972 (citado, desde ahora, *Weltatlas*, I), pág. 37. Una valoración general del mundo griego en este momento, en H. Bengston, *Griechische Geschich-*

zado el mar hasta Italia, los reginos, sobrecogidos por
tal expedición y temerosos de los cartagineses, que eran
la primera potencia marítima, consiguieron de los ro-
7 manos una guarnición y ayuda. Llegaron, pues, y du-
rante cierto tiempo guardaron la ciudad y la confianza
depositada en ellos; eran cuatro mil en número, man-
8 dados por Decio Campano. Con todo, acabaron por
emular a los mamertinos, a los que tomaron por co-
laboradores. Estos romanos, codiciosos de la estratégica
situación de esta ciudad y de la prosperidad de los
reginos, debida a sus propiedades, traicionaron el pacto
que les unía a ellos, arrojaron del país a unos ciuda-
danos, degollaron a otros, y se adueñaron de la ciudad;
no de otra manera habían procedido los campanos.
9 Todo ello enojó a los romanos, pero de momento no
pudieron hacer nada, porque estaban embarcados en
10 las guerras antedichas. Cuando se vieron libres de
ellas cercaron y bloquearon la ciudad de Regio, tal
11 como arriba indiqué. Y lograron el triunfo. Durante
la misma acción mataron a la mayor parte de los ase-
diados, que se defendían encarnizadamente porque pre-
veían el futuro. Pero cogieron vivos a más de trescien-
12 tos, que enviaron a Roma. Los cónsules los condujeron
hasta el foro, les mandaron azotar y los decapitaron a
todos con hachas, según es uso entre los romanos. Con
aquel castigo pretendían levantar en lo posible la con-
13 fianza que sus aliados habían puesto en ellos. Y devol-
vieron, al punto, a los reginos su país y su ciudad.

8 Los mamertinos [28] (pues los campanos que se habían
apoderado de Mesina se habían aplicado a sí mismos

---

te, Munich, 1950 (citado, desde ahora, BENGSTON, *Geschichte*), páginas 372 y sigs.

28 El nombre «mamertino» parece derivarse de Mamertos, equivalente, en lengua campana, al Marte de los romanos. Quizás haya aquí una alusión a la belicosidad excepcional de estas gentes.

este nombre), mientras se beneficiaron de la alianza pactada con los romanos que retenían Regio, no sólo dominaron con seguridad su territorio y su ciudad, sino que inquietaron cada cierto tiempo la frontera de los cartagineses y de los siracusanos, y se hicieron pagar tributos en muchas partes de Sicilia. Mas cuando 2
se vieron sin la ayuda mencionada porque los que dominaban en Regio estaban asediados, fueron empujados inmediatamente por los siracusanos a su ciudad. Las causas de ello fueron, entre otras, las siguientes:

No mucho tiempo antes, las tropas de los siracusa- 3
nos, apostadas en Mergane[29], rompieron con los que residían en la ciudad, y en Mergane misma nombraron sus propios generales: Artemidoro, y el que después de estos hechos fue tirano de Sicilia, Hierón[30], quien entonces era muy joven, desde luego, pero a quien su noble linaje dotó de capacidad para reinar y actuar. Hierón, pues, recogió el mando, con la ayuda de algunos 4
íntimos entró en la ciudad, logró dominar a sus adversarios políticos, y dispuso con tanta prudencia y magnanimidad los asuntos que los siracusanos, que nunca aceptaban que los soldados eligieran a sus jefes, en aquella ocasión acordaron por unanimidad tener a Hieron como general en jefe. Ya en sus primeras de- 5
cisiones Hierón evidenció a los buenos observadores que abrigaba aspiraciones superiores a las del generalato.

Veía que los siracusanos, cada vez que mandaban 9
fuera a sus tropas, y a sus magistrados con ellas, se peleaban entre sí, y siempre maquinaban cambios políticos. Se dio cuenta, además, de que Leptines[31] so- 2

---

29 Mergane: no se ha logrado identificar este topónimo con el de ninguna población siciliana actual.

30 Una apreciación de la figura de Hierón, en BENGSTON, *Geschichte*, pág. 388.

31 Obscuro personaje del que no se sabe nada. El caso no

bresalía mucho, en prestancia y en crédito, del resto de los conciudadanos; el pueblo tenía de él una opinión excepcional. Traba, pues, parentesco con él, ya que quería dejarle en la ciudad como lugarteniente cada vez que él debiera salir personalmente con las
3 tropas para alguna acción. Efectivamente, toma por mujer a la hija del mencionado Leptines, y tras comprobar que sus antiguos mercenarios le eran desafectos, además de levantiscos, los conduce en expedición militar, dirigida en apariencia contra los bárbaros, dueños
4 de Mesina [32]. Acampó cerca de Centóripa, frente al enemigo, estableció la línea de combate a lo largo del río Ciamosoro [33], y él personalmente mantuvo la caballería y la infantería nacionales a una cierta distancia, como si quisiera entablar batalla con el enemigo en otro lugar. Puso en la vanguardia a los mercenarios y permitió que murieran todos abatidos por los bárba-
5 ros. Mientras éstos eran masacrados él efectuó sin peligro la retirada, junto con sus conciudadanos, hacia
6 Siracusa. Tras poner fin a este asunto de modo efectivo, alejados ya de su ejército los elementos turbulentos y revoltosos, reclutó personalmente un número suficiente de mercenarios, y ya ejerció con seguridad el
7 mando militar. Al observar que los bárbaros, debido a su éxito, se revolvían con más audacia y temeridad, armó y entrenó enérgicamente a las tropas ciudadanas, las hizo salir y entablar combate con el enemigo en la
8 llanura de Milea, junto al río llamado Longano [34]. In-

---

es infrecuente en la obra de Polibio, pero no se precisarán más en estas notas.

32 Cuando se trate de topónimos o gentilicios existentes hoy y muy conocidos, se dará siempre la versión actual del nombre en castellano.

33 Centóripa, la actual Centuripe, cerca de las fuentes del actual río Salso, el antiguo Ciamosoro.

34 Milea es una pequeña llanura que está al N. de Mesina, pero no en la orilla del Longano, que fluye algo más al S.

fligió una severa derrota al adversario, y logró coger prisioneros a sus generales; así atajó la osadía de los bárbaros, y tras su regreso a Siracusa fue aclamado rey[35] por todos los aliados.

Los mamertinos, privados primero del apoyo de los 10
de Regio, como dije más arriba[36], estaban entonces, debido a las causas aducidas, en la más completa de las bancarrotas en sus propios recursos. Unos buscaron refugio entre los cartagineses, y les cedieron su ciudadela y sus propias personas, en tanto que otros 2
enviaron a los romanos embajadores que les ofrecieran la ciudad y demandaran ayuda, fundándose en que eran hermanos de raza. Los romanos vacilaron mucho tiem- 3
po, porque, en su opinión, saltaba a la vista lo absurdo de la ayuda: pues el hecho de que quienes poco tiempo 4
antes habían ejecutado con el suplicio mayor a sus propios ciudadanos por haber traicionado los pactos establecidos con los reginos, ahora ayudaran a los mamertinos, que habían cometido algo semejante no sólo contra la ciudad de Mesina, sino contra la de Regio, era en sí un error difícilmente justificable. Pero sin 5
dejar de ver, en último término, las claras objeciones, veían también que los cartagineses habían sometido no sólo los territorios de África, sino además muchos de España[37], que eran dueños de todas las islas del

---

35 Esta afirmación de Polibio es dudosa: en Siracusa nunca existió el título de «rey», aunque en realidad el gobierno fuera monárquico. La institución de la tiranía se prolongó en Siracusa y sobrevivió a las restantes de Grecia, precisamente por la suma habilidad de sus tiranos.

36 Cf. I 8, 1-2.

37 Los límites y la modalidad de la dominación cartaginesa en España en esta época son inciertos: se trataría del S. y del SE., más que nada con algunas bases de operaciones y un vago dominio territorial sobre ciertas zonas; lugares seguros parecen ser Malaca (Málaga), Abdera (Adra) y Calpe (Gibraltar), y sobre todo Cartago Nova, la actual Cartagena.

6 mar de Cerdeña y del mar Tirreno. Los romanos consideraban con razón que, si los cartagineses se apoderaban, por añadidura, de Sicilia, les resultarían vecinos temibles y excesivamente gravosos, pues les tendrían rodeados y ejercerían presión sobre todas las regiones
7 de Italia. Resultaba claro, en consecuencia, que si los mamertinos no alcanzaban la ayuda, los cartagineses
8 someterían al punto Sicilia. Porque en cuanto se adueñaran de Mesina, que ahora se les entregaba, en breve plazo iban a destruir Siracusa, porque dominaban prác-
9 ticamente todo el resto de Sicilia. Previendo esto los romanos, y considerando que no podían abandonar Mesina ni permitir que los cartagineses tendieran un

---

No es a satisfacción plena como el traductor utiliza el claro anacronismo «España» en las referencias polibianas a la Península Ibérica. Pero PÉDECH (*Polybe,* I) y PATON (este último en su edición de Polibio, *Polybius, The Histories,* Cambridge, Massachusets, 1960, en seis volúmenes), traducen, sin excepción, «Espagne» y «Spain», respectivamente; también «Spain», WALBANK, *Commentary,* ad. loc.. También traducen «Italia» cuando llega el caso, pero el paralelismo no me parece convincente. «Iberia» y «Península Ibérica» son las alternativas posibles. DÍAZ TEJERA, *Polibio,* traduce por «Iberia», y SCHWEIGHÄUSER, en la versión latina de su edición del texto griego, *Polybii Historiarum reliquiae,* París, 1839, traduce por «Hispania». La traducción «Iberia» adolece, a mi entender, del defecto de que, si se acepta, debe aplicarse este nombre a partes de la península claramente no ibéricas, así, por ejemplo, a propósito de la incursión de los cartagineses, mandados por Amílcar, por tierras de Salamanca y de la cuenca del Duero (III 14). Polibio escribe, en griego, ciertamente «Iberia», pero el concepto polibiano y el actual de Iberia no coinciden, me parece. De hecho, el dominio de los cartagineses en nuestra península fue siempre limitado a tierras andaluzas y del Levante español, con alguna ramificación hacia el N.: Barcelona parece ser fundación cartaginesa, sobre cinco poblados ibéricos preexistentes. De todos modos, estoy de acuerdo en que traducir el griego de Polibio «Iberia» por «España» es una triste solución, pero la única aceptable, a un problema insoluble.

puente para sus incursiones contra Italia, hicieron largas deliberaciones.

El Senado rechazó categóricamente la petición por 11
las causas antedichas: las ventajas de prestar esta ayuda se veían contrapesadas por lo absurdo del auxilio a
los mamertinos. Pero la plebe, que estaba arruinada 2
por las guerras anteriores y clamaba por una recuperación, fuera la que fuera, decidió finalmente la ayuda, ello tanto por lo que se acaba de exponer en cuanto al interés común que presentaba esta guerra, como porque los generales andaban señalando, a cada uno
en particular, las grandes y evidentes ventajas. El pue- 3
blo aprobó por votación el decreto, y los romanos nombraron general a uno de los cónsules, a Apio Claudio. Le enviaron con la orden de pasar hasta Mesina y
prestar allí ayuda. Los mamertinos lograron expulsar al 4
general cartaginés, que ocupaba ya la ciudadela, en parte con intimidaciones y en parte con engaños, llama-
ron a Apio y pusieron la ciudad en sus manos. Los car- 5
tagineses crucificaron a su general, convencidos de que había evacuado la ciudadela por negligencia y cobardía.
Luego tomaron posiciones: con su flota junto al cabo 6
Peloríade[38], y con su infantería en las llamadas Sines,
establecieron un enérgico bloqueo sobre Mesina. Fue 7
entonces cuando Hierón, persuadido de que las circunstancias actuales eran las más indicadas para arrojar totalmente de Sicilia a los bárbaros que retenían
Mesina, pactó con los cartagineses, tras lo cual salió 8
de Siracusa y se puso en marcha hacia la ciudad mencionada. Acampó frente a ella, junto al monte llamado Calcídico[39], y cerró por allí la salida a los de la ciudad.

---

38 El actual Capo di Faro, promontorio al NE. de Sicilia. No sabemos, en cambio, qué son las Sines: quizás se trate de algún lugar al N. de Mesina.

39 Tampoco podemos localizar este topónimo, pero por el

9 El general romano Apio cruzó de noche y por sor-
10 presa el estrecho, y llegó hasta Mesina. Al ver que el
enemigo ejercía por todas partes gran presión sobre
la ciudad, pensó que sería para él un deshonor y ade-
más un riesgo dejarse asediar, ya que el enemigo do-
11 minaba mar y tierra. Empezó, pues, por enviar legados
a ambos bandos, con la intención de apartar de la gue-
12 rra a los mamertinos. Pero como nadie le atendió, al
final decidió, obligado por las circunstancias, afrontar
13 los peligros y atacar a los siracusanos. Hizo salir su
ejército y lo dispuso en orden de combate; por su
14 parte, el rey de Siracusa bajó presto a la pelea. La
pugna duró largo tiempo, pero Apio logró superar al
enemigo y persiguió a todos sus contrarios hasta sus
15 trincheras. Despojó a los cadáveres y se replegó hacia
Mesina, mientras que Hierón, que empezó a recelar del
éxito final del intento, cuando sobrevino la noche se
retiró a toda prisa hacia Siracusa.

12 Al día siguiente, cuando Apio se dio cuenta de la
retirada de los antedichos, cobró ánimo, y decidió no
2 diferir el ataque contra los cartagineses. Ordenó a sus
soldados que la comida se hiciera en el momento ade-
cuado, y salió del campamento al amanecer.

3 Trabando combate con los adversarios, les infligió
gran número de bajas, y al resto les obligó a huir en
4 desbandada a las ciudades cercanas. Apio explotó estos
éxitos, levantó el cerco de Mesina, y desde entonces
hacía marchas impunemente, en las que se dedicaba a
talar los territorios de los siracusanos y también los
de aquellos que se les habían aliado, sin que nadie se
le opusiera en campo abierto. Finalmente, acampó en
los alrededores de Siracusa e inició su asedio.

---

desarrollo de la operación militar se trata, sin duda, de una prominencia al S. de Mesina.

Ésta fue la primera expedición de los romanos fuera 5
de Italia con un ejército, y fue por las razones y en el
tiempo indicados. Considerando que era el comienzo 6
más adecuado para el conjunto de la exposición, la
establecimos como principio, remontándonos un poco
más en el tiempo, para no dejar ninguna duda en
cuanto a la explicación de las causas. Saber cómo y 7
cuándo los romanos, que habían tropezado con dificul-
tades en su propio país, empezaron a progresar, cono-
cer cómo de nuevo, dueños ya de la situación en Italia,
se lanzaron a empresas fuera de ella, lo supusimos
necesario para los que van a seguirnos. Así dispondrán
de una apropiada visión de conjunto de aquello en que
se cifra la actual supremacía romana. Por esto, tampoco 8
hay que extrañarse en lo que sigue, si alguna vez, al
tratar de las naciones más famosas, nos remontamos
en el tiempo. Lo haremos para alcanzar unos princi- 9
pios, a partir de los cuales se perciban con claridad
los puntos de partida, cómo y cuándo se lanzó cada
una para llegar a la situación en la que actualmente
se encuentra. Es precisamente lo que acabamos de
hacer con los romanos [40].

Pero ya es hora de que abandonemos esto, y expon- 13
ga yo mis propósitos. Voy a señalar, de manera breve
y resumida, los hechos que comprenderá esta *Intro-
ducción* [41]. Los primeros, por orden, serán los ocurridos 2
entre romanos y cartagineses en la guerra de Sicilia [42].

---

40 Aquí aparece por primera vez algo que se dará frecuentemente en la obra de Polibio: una recapitulación de lo expuesto anteriormente, que a su vez fundamenta algo, aquí exactamente dos cosas: el método polibiano de redactar su historia y el acceso de los romanos a su supremacía política indiscutida.

41 Se refiere al contenido de los libros I y II.

42 Se trata de la primera guerra púnica entre romanos y cartagineses; hasta ahora, Polibio no la había citado; duró de los años 264-241.

3 Conectada con ella estará la guerra de África, y enla-
zada con esta última la de Amílcar en España; seguirá
4 la que hicieron Asdrúbal y sus cartagineses. Por el
mismo tiempo que éstas fue la primera expedición de
los romanos hacia Iliria[43] y estas partes de Europa.
Además de las dichas, pertenecen a esta época las
campañas de los romanos contra los celtas de Italia.
5 Paralelamente a todo ello se producía en Grecia la lla-
mada guerra de Cleómenes, con la que pondremos fin
al conjunto de la *Introducción* y al libro segundo.
6 No nos ha parecido necesaria, ni útil para nuestra
audiencia, una enumeración detallada de los hechos
7 mencionados. En efecto, no nos proponemos historiar-
los, pero hemos decidido mencionarlos de forma resu-
mida como preparación adecuada a los hechos de los
8 que vamos a hacer la historia. Por ello, de todo lo
dicho tocaremos lo más importante, en su orden cro-
nológico, y nos esforzaremos en enlazar el final de esta
Introducción con el principio y el objeto de nuestra
9 *Historia.* Con un método así, la exposición será se-
guida, y en nuestra opinión enlazaremos de manera
satisfactoria las cosas ya relatadas antes con las otras.
Haremos accesible y fácil de comprender para los es-
tudiosos, por medio de esta disposición, el camino hacia
10 lo que está aún por decir. Intentaremos exponer algo
más cuidadosamente la primera guerra que surgió en-
11 tre romanos y cartagineses por Sicilia; es difícil en-
contrar otra guerra más prolongada que ésta, con pre-
parativos más completos, con acciones más seguidas,
con un número mayor de batallas y de peripecias que
las que en la citada guerra afectaron a los dos bandos.
12 En aquella época los dos estados conservaban intactas
sus instituciones, no les había favorecido demasiado la

43 Son los territorios de la actual Yugoslavia y Albania.

Fortuna[44], y sus fuerzas eran muy semejantes. Por 13
eso, los que quieran comprender bien la peculiaridad y la pujanza de cada uno de ellos deberán formar su juicio no tanto por las guerras que siguieron a éstas como por ella misma.

Crítica de los historiadores Filino y Fabio Píctor

No menos que todo lo aducido 14
me ha incitado a detenerme en esta guerra el hecho de que los que parece que han escrito con más conocimientos de ella, Filino y Fabio[45], no nos han transmitido la verdad como hu-
biera debido de ser. No supongo que estos hombres 2

---

[44] Aquí el texto original (*metria tais tychais*) es de interpretación dudosa. SCHWEIGHÄUSER, en su traducción latina (cf. nota 37), tradujo *fortunis mediocres,* versión que los traductores modernos no interpretan del mismo modo. PÉDECH, *Polybe,* I, página 34, nota el pie, dice que ambos estados, Roma y Cartago, tenían «une situation moyenne». PATON, en su edición (cf., asimismo, la nota 37), traduce «the two states were... moderate in fortune», traducción ambigua, quizás intencionadamente, porque el término inglés crucial «fortune» puede significar el griego *tyche* o los medios materiales (fortuna, riqueza). En el otro lado está WALBANK, *Commentary,* ad loc., que se inclina decididamente por el griego *tyche* como fortuna, destino, y propone la interpretación siguiente: Roma y Cartago merecen su pujanza y su prosperidad más a su propio esfuerzo y virtudes morales que a la ayuda de la Fortuna. En su texto, Pédech traduce «une modeste part de chance», con lo que parece abonar la interpretación de Walbank. Pero, ya en el siglo XVIII, GRONOVIO había traducido el lugar *fortunis sufficientes,* es decir, señalaba que Roma y Cartago contaban con medios suficientes para sostener una guerra larga. DÍAZ TEJERA, *Polibio,* traduce «moderados en los beneficios de la fortuna», interpretación que no se aleja de la presente traducción. El sentido general de la palabra *tyche* parece excluir la traducción de Gronovio.

[45] Se trata de dos historiadores antiguos, siciliano el primero y romano el segundo, iniciadores en Roma del género histórico. Filino historió la primera guerra púnica y se mostró favorable a los cartagineses; la obra de Fabius Pictor se titulaba *Annales* y narraba la historia de Roma desde los amores de

hayan mentido a propósito, a juzgar por sus vidas y sus ideas. Pero creo que les ha ocurrido aproximada-
3 mente lo que a los enamorados. Debido a sus ideas y simpatías, Filino cree que los cartagineses lo hicieron todo con prudencia, con nobleza y con valor, y los romanos, todo lo contrario; Fabio piensa exactamente al
4 revés. En los demás aspectos de la vida esta inclinación no debe, seguramente, rechazarse. El hombre cabal debe ser amigo de sus amigos y de su país; debe también compartir con los amigos el odio a los enemigos
5 y el amor a los amigos. Pero cuando se toma conciencia del carácter propio de la historia, debemos olvidar todo esto[46]. Con mucha frecuencia nos tocará alabar a los enemigos y exornarles con los máximos elogios, cuando sus actos así lo requieran, y muchas veces también reprochar y despreciar vergonzosamente a los más allegados, cada vez que lo exijan sus faltas de
6 conducta. Pues lo mismo que un ser viviente privado de la vista es totalmente inútil, así lo que queda a la historia, una vez eliminada la verdad, resulta ser un
7 relato inservible. No debe, pues, el historiador dudar en recriminar a los amigos ni en elogiar a los enemigos, ni debe asustarse, tampoco, de encomiar ahora y vituperar después a los mismos, ya que es imposible que aquellos que se mueven en empresas acierten siempre, ni es tampoco verosímil que yerren continua-

---

Dido y Eneas hasta su época contemporánea. A pesar de la crítica desfavorable que de ellos hace Polibio, seguramente han sido sus únicas fuentes para describir la primera guerra púnica; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

46 En el conjunto de la obra de Polibio hay, ciertamente, narraciones y explicaciones particulares y concretas no exentas de alguna puerilidad, pero con todo prepondera enormemente la gran seriedad con que nuestro autor se toma su obra de historiador. Por lo demás, acerca de la concepción polibiana de la historia puede leerse con fruto DÍAZ TEJERA, *Polibio*, páginas LXXII-XCI.

mente. En las obras históricas debemos prescindir 8
de los protagonistas, y debemos adaptar las afirmacio-
nes y los juicios que sean precisos sólo a los hechos.
En lo que sigue se puede comprobar la justeza de 9
nuestra aseveración.

Cuando da comienzo a los hechos, en su segundo 15
libro, Filino afirma que cartagineses y siracusanos ha-
bían empezado la guerra y asediaban militarmente
Mesina. A continuación explica que los romanos, nada 2
más llegar por mar a la ciudad, hicieron una salida
contra los siracusanos, y que, al sufrir grandes pérdi-
das, se replegaron hacia Mesina. Con todo, salieron
de nuevo, esta vez contra los cartagineses, y sufrieron
un duro golpe, pues perdieron bastantes soldados, que
cayeron prisioneros vivos. Tras explicar esto afirma 3
que Hierón, después de este choque, perdió de tal
manera la cabeza, que no sólo pegó fuego, al instante,
a su propio atrincheramiento y a sus tiendas y huyó
de noche a Siracusa, sino que además abandonó a su
suerte a todas las guarniciones distribuidas por el te-
rritorio de los mesinenses. E igualmente dice que los 4
cartagineses tras la refriega dejaron inmediatamente
sus trincheras y se diseminaron por las ciudades, sin
atreverse a presentar combate en campo abierto. En-
tonces sus comandantes, conscientes de que la masa
de sus hombres se había acobardado, determinaron no
decidir la confrontación por las armas. Los romanos, 5
prosigue Filino, les persiguieron, y no se limitaron a
talar el territorio de cartagineses y siracusanos, sino
que tomaron posiciones junto a la propia Siracusa, y
se dispusieron a emprender el asedio. Todo esto, a mi 6
modo de ver, está lleno de absurdos de todo tipo, y no
necesita en modo alguno de discusión. En efecto: pre- 7
senta como fugitivos que rehuyen el campo abierto,
que acaban asediados y acobardados en su espíritu a
los mismos que nos había mostrado como sitiadores

8 de Mesina y vencedores en aquellos combates. En cam-
bio, los que había señalado como derrotados y asedia-
dos, luego nos los exhibe como perseguidores y dueños
inmediatos del campo abierto, y, finalmente, como
9 sitiadores de Siracusa. Es totalmente imposible que
esos hechos concuerden entre sí; ¿cómo podrían ha-
cerlo? Por el contrario, es preciso que sean falsas o
bien las primeras suposiciones, o bien los resultados
10 de los sucesos. Lo que responde a la verdad es lo úl-
timo, porque los cartagineses y los siracusanos se reti-
raron de los lugares abiertos, y los romanos hostili-
zaron al punto Siracusa, como este historiador declara,
11 y atacaron también Equetla [47], plaza situada en el límite
de los dominios cartaginés y siracusano. Es preciso,
pues, reconocer que son falsos los comienzos y las
premisas, y que, a pesar de la inmediata victoria de los
romanos en los encuentros librados cerca de Mesina,
12 Filino nos relató que ellos habían sido derrotados. De
este historiador se puede constatar que procede igual
a lo largo de toda su obra, y lo mismo cabe señalar
13 de Fabio, como se demostrará oportunamente [48]. Tras
exponer las razones que han aconsejado esta digresión,
volveremos a los hechos y procuraremos, componiendo
una narración seguida, conducir a los lectores, median-
te pocas palabras, a hacerse una idea concreta, en lo
que se refiere a la guerra citada.

Prosecución de la guerra. Alianza de Roma y de Hierón

16 Cuando, procedentes de Sicilia,
llegaron a Roma las noticias de
los éxitos de Apio y sus legiones,
Manio Otacilio y Manio Valerio,
nombrados ya cónsules, fueron
enviados a la isla como generales, y con ellos, el ejér-
2 cito íntegro. Los romanos tienen, además de las legio-

[47] Plaza fuerte situada entre Camarina y Leontini.
[48] Cf. III 8.

nes de los aliados otras cuatro formadas totalmente
por ciudadanos, que son reclutadas anualmente[49]. Cada
legión cuenta con cuatro mil soldados de a pie y tres-
cientos de a caballo. Cuando los romanos comparecie- 3
ron en Sicilia, la mayor parte de las ciudades deserta-
ron de siracusanos y de cartagineses, y se les pasaron.
Hierón, al observar la agitación y el estupor de los 4
sicilianos, así como el número y la fuerza de las legio-
nes romanas, calculó, por todas estas razones, que era
más seguro depositar las esperanzas en los romanos
que en los cartagineses. Sus reflexiones le llevaron a 5
este partido, y envió una embajada a los cónsules con
vistas a un tratado de paz y de amistad. Los romanos, 6
por su parte, no lo despreciaron, mucho menos te-
niendo en cuenta su propio avituallamiento: en efecto, 7
los cartagineses dominaban el mar, y preocupaba a los
romanos que les interceptaran por todas partes los avi-
tuallamientos, pues padecían grave escasez de víveres
ya antes de que las legiones efectuaran la travesía.
Los romanos, pues, aceptaron satisfechos la amistad 8
de Hierón, ya que consideraron que iba a serles muy
útil en el aspecto citado. Hicieron un pacto, en virtud 9
del cual el rey devolvería sin rescate los prisioneros a
los romanos, y, además, añadiría cien talentos. Desde
entonces los romanos comenzaron a tratar a los sira-
cusanos como amigos y aliados. El rey Hierón, una 10
vez confiado a la protección de los romanos, fue pro-
porcionándoles suministros según sus necesidades, y
desde entonces reinó sin temor sobre los siracusanos,
sin otra ambición que las coronas y los honores que

[49] Esta descripción de las legiones romanas no es siempre válida. En momentos graves, por ejemplo, los siguientes a la batalla de Trasimeno (III 106-108), la composición de la legión se modifica. El lugar clásico de la descripción de la legión y del campamento romano lo ofrece precisamente Polibio en VI 19-42.

11 le tributaran los griegos. En efecto, es opinión general que él ha sido el más ilustre de todos, y el que se aprovechó por más tiempo de su propia perspicacia, tanto en su vida privada como en su actividad política.

17 Cuando estos acuerdos fueron transmitidos a Roma, y el pueblo aceptó y ratificó los convenios con Hierón, los romanos decidieron no enviar, en adelante, todas
2 sus tropas a Sicilia, sino dos legiones únicamente. Pensaban que, gracias a la alianza con el rey, aquella guerra ya les era menos gravosa, y suponían, además, que sus fuerzas dispondrían con más holgura de lo pre-
3 ciso. Los cartagineses, al ver que Hierón se les había convertido en enemigo, y que los romanos, por otra parte, se habían comprometido a fondo en la empresa de Sicilia, pensaron que era precisa una preparación más completa, con la que fueran capaces de afrontar
4 al enemigo y seguir con sus posesiones en Sicilia. Por eso reclutaron mercenarios de la región que se halla frente a Sicilia, muchos ligures y galos, iberos en número aún mayor que el de éstos, y los enviaron todos a Sicilia.

Toma de Agrigento

5 Observando los cartagineses que la ciudad de Agrigento era la más adecuada para sus preparativos y, al mismo tiempo, la plaza más fuerte que tenían en sus dominios, concentraron en ella sus aprovisionamientos y sus tropas, pues habían decidido utilizar la ciudad como base de operaciones para esta guerra.
6 Los cónsules romanos que habían establecido los acuerdos con Hierón habían regresado a Roma, y los nombrados para sucederles, Lucio Postumio y Quinto Ma-
7 nilio, acudieron a Sicilia con las legiones. Comprobaron las intenciones de los cartagineses y los preparativos que se hacían en Agrigento, y decidieron acometer con

más audacia la empresa. Por eso se desentendieron de 8
la guerra en los demás frentes, llevaron su ejército
íntegro contra la ciudad misma de Agrigento y la hostilizaron; habían acampado a ocho estadios[50] de ella
y bloquearon dentro de sus muros a los cartagineses.
Como estaba entonces en su apogeo la recolección del 9
trigo[51], y el asedio se presentaba largo, los soldados
romanos se lanzaron con un afán imprudente a la recogida del cereal. Los cartagineses, al ver que el ene- 10
migo se había esparcido por su territorio, efectuaron
una salida y atacaron a los recolectores. Tras ponerlos
en fuga con facilidad, unos cartagineses se dirigieron
a saquear el campamento; otros, contra los puestos de
los centinelas romanos. Y la excelencia de sus institu- 11
ciones[52] salvó, entonces como en otras muchas ocasiones, la causa de Roma. Pues la pena decretada entre
los romanos para que el que abandona su puesto es la
capital, y también para el que acaba por huir y dejar
su sitio de centinela. Por eso los romanos se opusie- 12
ron tenazmente a los enemigos, y aunque perdieron a
muchos de los suyos, mataron a un número todavía
mayor de cartagineses. Al fin lograron rodear a los 13
adversarios, que estaban a punto de arrancar ya el
atrincheramiento, dieron muerte a unos, y, atacándole
e infligiéndole bajas, persiguieron al resto hasta Agrigento.

Después de todo esto los cartagineses fueron más **18**
precavidos en sus ataques, y los romanos, por su parte,
fueron a forrajear con una mayor cobertura. Puesto 2

---

50 Entre los romanos, un estadio tenía 178,6 metros, igual que el ateniense. El de otras ciudades griegas tenía una longitud inferior. Las indicaciones de distancia en Polibio, frecuentísimas, se deben calcular siempre según el estadio romano.

51 Estamos a principios del año 262.

52 Instituciones: recubre el término griego *ethismós,* de contenido algo vago, pues indica a la vez las instituciones políticas y las leyes y costumbres.

que los cartagineses salían sólo para pequeñas escaramuzas, los cónsules romanos dividieron su ejército en dos partes. Una quedó junto al templo de Asclepio[53], delante de la ciudad; la otra acampó en los distritos
3 de ella orientados hacia Heraclea. Los romanos fortificaron el espacio intermedio entre sus dos campamentos, a ambos flancos de la ciudad, y por la parte interior trazaron un foso que les proporcionó seguridad contra los que salieran de la población; por la parte exterior abrieron un segundo foso que les resguardaba de los ataques procedentes de fuera, e interceptaba, además, la entrada en la ciudad de lo que habitual-
4 mente se introduce en las plazas asediadas. Los espacios vacíos entre los fosos y los campamentos, los ocuparon con puestos de guardia, tras fortificar, a distan-
5 cias fijas, los lugares que eran estratégicos[54]. Todos los demás aliados iban juntando para los romanos vituallas y el material restante, y lo transportaban a Herbeso[55]; personalmente desde esta ciudad, no muy distante, los romanos llevaban y traían sin cesar sus mercancías, y así, llegaron a disponer copiosamente
6 de todo lo necesario. Cartagineses y romanos permanecieron unos cinco meses en las misma situación, sin lograr obtener unos encima de otros una ventaja decisiva, excepto las ocasionales que sucedieran en las

53 Emplazado en lo que hoy es ya casco urbano de Agrigento, hacia la parte S. de la ciudad. Normalmente estas indicaciones vienen tomadas de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

54 Como buen conocedor de las tácticas bélicas, porque, en último término, Polibio era un militar profesional, él se complace una y otra vez, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de su obra, en la descripción minuciosa de los dispositivos de los ejércitos en los inicios de la batalla, y en el desarrollo de ésta, y también en la reseña detallada de las obras de fortificación o de técnicas de asedio.

55 Se ignora la localización de este topónimo.

propias escaramuzas. Pero los cartagineses llegaron a 7
pasar hambre por el número de hombres encerrados en la ciudad, no menor a los cincuenta mil, y Aníbal, el general de las tropas sitiadas, ya en situación apurada, enviaba continuamente mensajes a Cartago que
anunciaran tal circunstancia, y demandaran ayuda. Los 8
cartagineses llenaron sus naves con los soldados y elefantes que lograron reunir, y enviaron con las naves
hacia Sicilia, a Hannón, el otro general, quien, tras 9
concentrar en Heraclea los bagajes y las tropas, primero conquistó, tomándola por sorpresa, la ciudad de Herbeso. Así privó a las legiones enemigas de los mer-
cados y avituallamientos necesarios. Con ello ocurrió 10
que, en realidad, los romanos fueron a la vez sitiadores y sitiados, y llegaron a tal punto de falta de alimentos y de escasez de lo necesario, que pensaron
con frecuencia en levantar el asedio, cosa que habrían 11
acabado haciendo si no hubiera sido porque Hierón puso todo su empeño y astucia en disponer para los romanos el avituallamiento adecuado y necesario.

Con todo ello, el ya citado Hannón se dio cuenta 19
de que los romanos estaban debilitados por las enfermedades y por las privaciones, puesto que vivían en un ambiente pestilente; a sus tropas, en cambio, el cartaginés las creía en buena disposición para la ba-
talla. Recogió sus elefantes, que eran unos cincuenta 2
en número, y el resto de su ejército. Avanzó a toda prisa desde Heraclea; había ordenado previamente a la caballería númida que avanzara por delante y, una vez cerca del atrincheramiento enemigo, lo hostilizara e intentara provocar a la caballería romana. Después volverían grupas y se replegarían hasta reunirse con
él. Los númidas ejecutaron estas órdenes y atacaron 3
uno de los campamentos, pero los romanos hicieron al punto una salida con su caballería y acometieron
con ardor a los númidas. Éstos siguieron sus instruc- 4

ciones y se replegaron hasta reunirse con Hannón y
sus hombres, pero luego se revolvieron, se desplegaron
y atacaron al enemigo matándole muchos soldados y
5 acosando al resto hasta el atrincheramiento. Realizado
ya esto, los de Hannón acamparon encima de los ro-
manos, a unos diez estadios de distancia de ellos, tras
6 apoderarse de una colina llamada Toro[56]. Y así estu-
vieron dos meses en esta situación, sin hacer nada
decisivo, sino limitándose sólo a escaramuzas diarias.
7 Pero Aníbal transmitía señales de fuego[57], que hacía
continuamente desde la ciudad, y enviaba constantes
mensajes a Hannón advirtiéndole que la masa ya no
podía soportar el hambre, y que muchos de los suyos,
empujados por la necesidad, estaban desertando hacia
el enemigo. El general cartaginés decidió arriesgarlo
todo, y, por su parte, los romanos no estaban menos
8 dispuestos por las causas ya señaladas. Los dos ban-
dos, pues, sacaron sus tropas al lugar que separaba los
9 campamentos y trabaron combate. La refriega duró
largo tiempo, pero al final los romanos lograron poner
en fuga a los mercenarios cartagineses que luchaban
10 en vanguardia. Éstos mercenarios se precipitaron contra
sus propios elefantes y contra las demás formaciones,
que estaban situadas detrás, y entonces se produjo la
confusión en el ejército entero de los cartagineses[58].
11 El repliegue fue general; la mayor parte de sus hom-
bres sucumbió, y algunos consiguieron refugiarse en

56 Otro topónimo imposible de localizar con seguridad; como sea, se trata de una loma no muy distante de la ciudad de Agrigento.

57 Polibio describe minuciosamente la ejecución de estas señales en X 43-45.

58 Aquí el texto griego pone exactamente «de los fenicios»: da el nombre de fenicios a los cartagineses, porque éstos, como es sabido, descendían de las colonias fenicias establecidas en el N. de África.

Heraclea. Los romanos se apoderaron de casi todos los
elefantes y de la totalidad del equipo. Al llegar la no- 12
che, como los romanos, por la alegría del éxito, y tam-
bién por la fatiga, descuidaran algo sus guardias,
Aníbal, que desesperaba de su situación y estaba con-
vencido, además, por lo que acabamos de decir, de
que disponía de una buena ocasión para salvarse, hacia
medianoche salió de la ciudad con sus fuerzas merce-
narias. Había mandado rellenar los fosos con capazos 13
repletos de paja, y sacó sin ningún riesgo a sus fuerzas
sin que el enemigo se apercibiera. Al día siguiente los 14
romanos se dieron cuenta de lo ocurrido, y después
de establecer algún contacto con los de la retaguardia
de Aníbal, se lanzaron en masa hacia las puertas. No 15
tropezaron con ninguna resistencia, cayeron sobre la
ciudad y la saquearon, hicieron gran número de pri-
sioneros y se adueñaron de un gran y variado botín.

Primera creación de una flota romana

Llegó al Senado romano la no- 20
ticia de los hechos de Agrigento,
que suscitaron una gran alegría;
las aspiraciones de los romanos
fueron a más, y ya no se limita-
ron a lo que al principio habían calculado. No les pa-
reció suficiente haber salvado a los mamertinos y el
provecho que habían extraído de esta misma guerra [59].
Tenían la esperanza de ser capaces de arrojar por com- 2
pleto a los cartagineses de Sicilia, y de que, logrado
esto, sus intereses iban a experimentar un gran auge,
y se dedicaron por entero a estos proyectos y a los
planes que a ellos se referían. Veían que sus fuerzas 3
terrestres progresaban razonablemente, puesto que los 4
generales que habían nombrado, Lucio Valerio y Tito

[59] Para Polibio, la toma de Agrigento por los romanos es un momento muy importante en la historia de Roma, pues nos hace ver la posibilidad de expulsar a los cartagineses de la isla de Sicilia. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Octacilio, para suceder a los que habían procedido al
cerco de Agrigento, daban la impresión de tratar satis-
5 factoriamente las acciones de Sicilia. Pero los cartagi-
neses eran dueños absolutos del mar, y por esto la
6 guerra, a los romanos, les resultaba indecisa. Si bien
inmediatamente después, dueños ellos de Agrigento,
muchas ciudades del interior se les pasaron, temero-
sas de las fuerzas de tierra romanas, un número to-
davía mayor de poblaciones costeras desertó de los
7 romanos, por miedo a la flota cartaginesa. Por todo
esto, los romanos veían cada vez más que la guerra
se inclinaba ya hacia un lado, ya hacia el otro, y ello
por las causas citadas. Veían, además, que las fuerzas
navales cartaginesas devastaban con frecuencia Italia,
y que África, finalmente, quedaba siempre indemne;
por todo lo cual, se lanzaron al encuentro con los
8 cartagineses también por mar. Y no es este detalle el
que menos me ha empujado a confeccionar una me-
moria algo más prolija de la guerra en cuestión. Así
no se desconocerá el origen [60], el cómo y el cuándo, y
las causas por las que los romanos se lanzaron por pri-
9 mera vez al mar. Fue porque vieron que la guerra se
les alargaba; entonces, y no antes, emprendieron la
construcción de naves, de cien quinquerremes y de
10 veinte trirremes [61]. Pero como sus armadores no tenían

60 En este pasaje, Polibio parece contradecirse con sus afirmaciones hechas en III 25, donde dice que los romanos ya traficaban por mar. Sin embargo, la contradicción es más aparente que real: Polibio debe de referirse, en este lugar ahora anotado, a una flota estrictamente militar, de la que, con toda seguridad, los romanos no han dispuesto antes.

61 La forma y disposición de estos navíos de guerra no es algo tan decidido como algunos tratados de arqueología pueden hacer creer (véase Walbank, *Commentary*, ad loc.). Sin embargo, en líneas generales debe valer la descripción que de los buques de guerra griegos se da en R. Maisch, F. Pohlhammer, *Instituciones griegas* (traducción del alemán por Wilhelm Zotter),

la menor práctica en la armadura de quinquerremes, porque por aquel entonces ningún pueblo de Italia usaba de tales embarcaciones, esta parte de su programa les causó grandes dificultades. Por ellas princi- 11
palmente se puede echar de ver el coraje y la audacia de la decisión tomada por los romanos, ya que sin 12
tener, no ya unos recursos razonables, sino desprovistos en absoluto de ellos, sin haber tenido antes nunca un programa marítimo, sino pensando en él entonces por primera vez, emprendieron la cosa con tal arrojo que aun antes de adquirir experiencia en la materia, atacaron sin dilación a los cartagineses, quienes, recibido de sus antepasados, ejercían un dominio marítimo indisputado. Como prueba de la verdad de mis 13
afirmaciones y de lo increíble de su atrevimiento puede servir esta consideración: cuando emprendieron por primera vez el transporte de sus fuerzas hacia Mesina, los romanos no disponían ni de una sola nave ponteada, ni tan siquiera de naves largas, ni aún de esquifes [62]. Se sirvieron de quinquerremes y de trirre- 14

Barcelona, 1931, págs. 150-151: «La trirreme era un barco de construcción sencilla, de 40 a 50 metros de longitud por sólo unos cinco metros de ancho, de escaso calado y de borda poco elevada, con tres hileras de remeros muy juntas y dispuestas en un plano algo inclinado. Un recio espolón blindado de hierro, unido a la proa, servía para atacar a la embarcación enemiga al chocar con ella. El palo mayor, elevado en el centro del buque, se solía desmontar antes de iniciar una acción naval, empleándose entonces sólo las jarcias del palo de mesana, usado de mástil auxiliar, enderezado en la parte delantera del navío; ambos llevaban una vela cuadrada tendida de un mastelero; en la popa estaban montados dos grandes remos gobernalles, que hacían las veces de timón. A partir del 330 a. C., la marina ateniense se valía también de tetrarremes (—cuadrirreme), y desde 325, de pentarremes (de cuatro a cinco órdenes de remos respectivamente).»

62 Aquí se citan tres clases de navíos no de guerra: la nave de mayor calado, llamada en latín *navis constrata* o bien *tecta*,

mes de los tarentinos y de los locrios, e incluso de los eléatas y de los napolitanos, y en tales navíos trans-
15 portaron temerariamente sus tropas. Y fue en esta ocasión, concretamente, cuando los cartagineses les atacaron en el estrecho, y una nave suya protegida por puente se acercó tanto, debido a su ardor, que encalló y cayó en manos de los romanos[63]. La usaron como
16 modelo, y según ella construyeron toda su escuadra. Si no hubiera ocurrido esto, es notorio que sus desconocimientos les hubieran frustrado enteramente la empresa.

21 Mas no fue así: mientras unos se preocupaban de la construcción de las naves y trabajaban en su puesta a punto, otros reclutaban sus dotaciones, y, en tierra,
2 les enseñaban a remar del siguiente modo: hacían sentar en los bancos de remeros dispuestos en el suelo, a los hombres ordenados según luego estarían en los asientos de las naves, colocaban al cómitre en el centro, y habituaban a todos a echarse hacia atrás mientras movían los brazos hacia sí mismos y luego se inclinaban hacia delante extendiendo los brazos. Debían cesar o iniciar los movimientos según las instruc-
3 ciones del cómitre. Cuando éstos estuvieron entrenados, al mismo tiempo que terminaban las naves, las botaron; se ejercitaron durante poco tiempo con maniobras reales en el mar; luego zarparon, bordeando la costa

---

una embarcación más ancha y cubierta, adecuada para el transporte. Las naves largas, *naves longae,* son embarcaciones en general, con el único denominador común de no ser de guerra ni ponteadas; finalmente, los esquifes eran naves ligeras y descubiertas, aptas para el transporte a corta y a media distancia.

63 Todos los editores y traductores de Polibio tienen este episodio por un lugar común, una invención fantástica de la que echan mano varios historiadores, entre ellos el nuestro. Por lo demás, el episodio entraña una contradicción: los romanos habían cruzado anteriormente militarmente el estrecho de Mesina, I 16, 1.

italiana según las órdenes del cónsul. El almirante que 4
los romanos habían nombrado para su fuerza marítima,
Cneo Cornelio, pocos días antes había ordenado a los
capitanes que, así que la flota estuviera dispuesta, zar-
paran con rumbo al estrecho; él personalmente se hizo
a la mar con diecisiete naves y se adelantó hacia Me-
sina, con el afán de preparar lo que la escuadra nece-
sitaba con más urgencia. En Mesina se le presentó una 5
oportunidad de tomar la ciudad de Lípari, y él, con
esta esperanza, mantenida con excesiva ligereza, fue
navegando con las naves antedichas y fondeó frente a
la ciudad. Aníbal, el general de los cartagineses, ente- 6
rado de lo que había ocurrido en Palermo, envía a
Boodes, un miembro del Senado cartaginés[64], con
veinte naves. Boodes zarpó de noche y rodeó en el 7
puerto a los de Cneo. Al sobrevenir el día, forzó a las
dotaciones romanas a huir hacia tierra, y Cneo, ató-
nito, sin poder hacer nada, acabó por entregarse al
enemigo. Los cartagineses, dueños de las embarcacio- 8
nes y del almirante contrario, regresaron al punto hacia
Aníbal. Y pocos días después, a pesar de haber sido 9
tan claro y reciente el infortunio de Cneo, a punto
estuvo el propio Aníbal de caer de plano en un error
semejante. Efectivamente, enterado de que la escuadra 10
romana, que costeaba Italia, estaba cerca, quiso averi-
guar el número y la disposición general del enemigo.
Tomó cincuenta naves y se hizo a la mar. Dobló el cabo 11
de Italia y cayó sobre el enemigo que navegaba en
orden y en formación de batalla; perdió la mayoría de

---

64 En Cartago había dos consejos u órganos de gobierno, el senado propiamente dicho, de cien miembros, llamado «consejo», dentro del cual actuaba otro organismo compuesto de treinta senadores llamado gerusía. Pero Polibio no respeta siempre esta terminología, y alguna vez aparece el término *sanedrín* sin referencia clara a uno de los dos organismos.

sus naves, y él logró escapar inesperadamente y contra toda lógica con las que le quedaron.

22 Después de todo esto los romanos, que se habían aproximado a las costas de Sicilia, enterados del desastre ocurrido a Cneo Cornelio, establecieron contacto inmediatamente con Cayo Duilio, jefe de las fuerzas
2 de tierra, y le esperaron. Conocedores igualmente de que la escuadra cartaginesa estaba cerca, hicieron los
3 preparativos para una batalla naval. Pero lás naves romanas eran de construcción deficiente y muy poco marineras, por lo que alguien propuso a los romanos para el combate el uso de un ingenio, los llamados después «cuervos»[65], cuya disposición era la siguiente:
4 estaba colocada de pie en las proas una viga cilíndrica, de cuatro brazas de longitud, de un diámetro de tres
5 palmos. Este mástil tenía en su extremo superior una polea, y tenía además, adosada a él, una pasarela formada de tablas clavadas con clavijas transversales; esta

---

65 Los traductores PÉDECH y PATON, en sus traducciones respectivas, *ant. cits.*, admiten, sin más, la existencia real en la flota romana de estos artilugios llamados «cuervos». Pero WALBANK, *Commentary,* ad loc., opone serios reparos y acaba negando su existencia en esta oportunidad. En flotas de gentes ya experimentadas en cosas de mar habían existido, como el mismo Walbank apunta, máquinas parecidas, así los atenienses en Sicilia, TUCÍDIDES, VII 41, 2. Pero, apunta Walbank que, por lo rudimentario de la construcción de la flota romana, un «cuervo» así (que vendría a ser como una grúa giratoria, en el extremo de cuyo cable hubiera unos garfios para levantar pesos) habría hecho zozobrar, sin duda, incluso una quinquerreme. El benedictino ANTONIO RAMON, en su traducción catalana *Polibi, Història,* Barcelona, 1929 (citado desde ahora RAMON, *Polibi,* I), página 20, apunta una observación interesante: ¿cómo los cartagineses, más duchos en cosas marítimas que los romanos en este momento, podrían extrañarse ante tales máquinas? Lo lógico hubiera sido lo contrario. Sin embargo, PATON, *Polybius. The Histories,* I, pág. 61, que anota su traducción de Polibio con gran parsimonia, aquí da, en una nota, una detallada descripción del «cuervo».

pasarela tenía cuatro pies de anchura y seis brazas de longitud. Estas tablas tenían un orificio longitudinal 6 en el que se instalaba el poste, a dos brazas de la extremidad de la pasarela. Ésta disponía de dos barandas, una a cada lado, a la altura de la rodilla, en toda su longitud. En el otro extremo de la pasarela se ajus- 7 taba una pieza parecida a un majadero de hierro, acabada en punta, que en su ápice tenía una argolla, de manera que el conjunto parecía un trillo de molienda. A esta argolla se sujetaba un cable, mediante el cual, 8 en el abordaje de los navíos, se levantaban los cuervos por la polea del mástil y los soltaban contra la cubierta de la nave enemiga, unas veces por la proa, y otras virando para hacer frente a los ataques que se producían por los flancos[66]. Cuando los cuervos 9 conseguían aferrar las tablas de la cubierta y juntar así las dos naves, si éstas se embestían entre sí de flanco, los soldados saltaban por todas partes; si se había realizado por la proa, pasaban por parejas por el mismo cuervo. Los soldados que iban en cabeza pro- 10 tegían el frente descubierto de la tropa oponiendo sus escudos a los tiros enemigos; los que seguían aseguraban los flancos, apoyando sobre las barandas los bordes de sus rodelas. Los romanos, pues, preparados de este 11 modo, aguardaban el momento de una batalla naval.

[66] Aquí, en el texto griego, me aparto de Büttner-Wobst, cuya lectura no parece dar sentido, y me inclino por la de Pédech, que incluye entre corchetes la preposición *katá* (*eis*, Paton, con resultado similar), como podá ver el lector que consulte un texto griego. La traducción latina de Schweighäuser *circumacta navi* (= imprimiendo al navío un movimiento de rotación) no parece dar una interpretación correcta del texto; lo más natural es que, sobre la cubierta del buque gire el «cuervo» —si es que realmente existió— contra la nave que debe ser atacada. Pero Pédech se inclina por la interpretación de Schweighäuser (PÉDECH, *Polybe*, I, ad loc., nota al pie de la página 48).

23 Cayo Duilio, así que tuvo noticia del revés sufrido por el almirante de la fuerza naval, confió el ejército de tierra a los tribunos y él se trasladó personalmente
2 hasta la flota. Informado de que el enemigo talaba la región de Mileíte, navegó hacia allí con toda su ar-
3 mada. Cuando los cartagineses lo observaron, se hicieron a la mar gozosos y a toda prisa, con ciento treinta naves. Despreciaban la inexperiencia de los romanos, y así navegaron de frente, enfilando las proas del enemigo, por considerar que el riesgo no merecía una formación, sino que pensaban dirigirse a un botín evi-
4 dente. El mando lo ejercía Aníbal, aquel que había conseguido sacar de noche las fuerzas cartaginesas de Agrigento; tenía una heptera[67] que había pertenecido
5 al rey Pirro. A medida que se iban acercando, al ver los cuervos que se levantaban en las proas de cada nave, los cartagineses vacilaron algún tiempo, extrañados por la construcción de aquellos ingenios; pero al cabo desdeñaron al adversario, y las naves delanteras
6 avanzaron audazmente para iniciar el ataque. Los barcos que trababan combate quedaban firmemente enlazados por estos ingenios, los romanos pasaban inmediatamente a través del propio cuervo y entablaban batalla sobre las cubiertas. De los cartagineses, unos murieron, y el resto se entregó, atónitos ante lo ocurrido, pues la refriega acabó siendo casi como un combate en
7 tierra. También por eso los cartagineses perdieron, con sus dotaciones, las treinta primeras naves que habían efectuado la embestida, entre las que se contaba la del propio almirante, Aníbal, que de manera extraña e ines-
8 perada logró huir en un bote. El resto de las naves cartaginesas navegaba de frente, como para el abordaje, pero cuando, en su aproximación, vieron lo ocu-

67 La heptera es un navío con una sola hilera de remos, de siete remeros en cada uno.

rrido a las naves que les precedían, viraron y evitaron la acometida de aquellos ingenios. Confiados en la ra- 9
pidez de sus naves, esperaban efectuar la acometida, sin riesgo, unos por los flancos, y otros, adelantándose, por la proa. Pero los ingenios se erguían frente a ellos 10
por todas partes y se abatían todos a la vez, de manera que las naves que se acercaban se veían cogidas sin solución posible; al final, los cartagineses se retiraron y huyeron, estupefactos por la novedad de lo ocurrido y tras haber perdido cincuenta navíos[68].

La guerra entre los años 260-256

Contra lo que hubieran podido 24
creer, los romanos habían visto coronadas por el éxito sus esperanzas navales, lo cual duplicó su ardor y su empuje en aquella guerra. Fue entonces cuando desembarcaron en Sicilia 2
y rompieron el cerco de Egesta, cuyos habitantes estaban ya en situación extrema. Después dejaron Egesta y capturaron por la fuerza la ciudad de Macela[69].

Después de la batalla naval, Amílcar[70], el general 3
de los cartagineses, nombrado jefe de las fuerzas de tierra, estaba en las proximidades de Palermo. Supo que en las legiones romanas había desavenencias entre los romanos y sus aliados, surgidas porque todos pretendían ocupar las primeras filas en las batallas. In- 4
formado también de que los aliados habían acampado en solitario entre Paropo y las termas de Hímera, cayó

68 Éste es el desenlace, según Polibio, de la llamada batalla de Milas (hoy Milazzo), en el brazo de tierra que une a la isla de Sicilia un promontorio situado a poca distancia del Capo di Faro. La batalla se libró en el verano del año 260.

69 Macela: seguramente se trata de la actual Macellaro, cerca de Camporeale, al E. de Egesta.

70 Este Amílcar no es el más conocido Amílcar Barca, el general cartaginés más famoso, que, según veremos más tarde, jugará un papel importante en las operaciones bélicas del N. de África y de España.

por sorpresa sobre ellas con todas sus fuerzas cuando
aún movían su campo, y mató casi cuatro mil hom-
5 bres. Después de esta operación, Aníbal, con las naves
que había conseguido salvar, zarpó hacia Cartago, y,
transcurrido poco tiempo, levó anclas desde allí hacia
Cerdeña; había tomado consigo más naves y algunos
6 de los trierarcos más notables. No mucho más tarde
los romanos, en Cerdeña, le encerraron en un puerto.
Tras perder muchas naves, los cartagineses supervi-
7 vientes le detuvieron al punto y le crucificaron. Pues
los romanos, al tiempo de lanzarse al mar, al punto
comenzaron a intervenir en los asuntos de Cerdeña.
8 En el año siguiente las legiones romanas de Sicilia
9 no hicieron nada digno de mención; únicamente, por
aquel entonces, tras recibir a sus nuevos comandantes
recién nombrados, Aulio Atilio y Cayo Sulpicio, se lan-
zaron contra Palermo porque allí pasaban el invierno
10 las tropas cartaginesas. Los cónsules se aproximaron
a la ciudad con su ejército íntegro, y lo formaron en
orden de combate. Pero el enemigo no salió de la
ciudad a su encuentro, y los romanos dirigieron enton-
11 ces su arremetida contra la ciudad de Hipana [71], y en
la primera embestida la tomaron por la fuerza. Con-
quistaron también Mitístrato [72], que resistió largo tiem-
po el asedio porque está situada en territorios muy
12 abruptos. Se apoderaron, además, de la ciudad de Ca-
marina, que no hacía mucho había desertado de ellos,
aproximando al muro sus máquinas de guerra y des-

---

71 Hipana, ciudad hoy desaparecida, pero cuyas ruinas se han descubierto en unas excavaciones realizadas en el monte Cavalli, al O. de Palermo.

72 Mitístrato, población de Sicilia central, en el curso superior del río Hálico, llamada hoy Le Platani. Así Pédech, *Polybe*, I, ad loc., pero para Walbank, *Commentary*, ad loc., esta localización no es segura. *Weltatlas*, I, la sitúa según Pédech (pág. 41).

truyéndolos. Igualmente se adueñaron también de Enna y de otros muchos villorrios dominados por los carta- 13
gineses. Cuando hubieron culminado todo esto se dispusieron para el asedio de Lípari.

Al año siguiente, el general romano Cayo Atilio fon- 25
deó frente a Tindáride[73] y observó que la flota cartaginesa navegaba en desorden. Ordenó a sus propias dotaciones seguir a los cartagineses que iban delante, y él personalmente, con diez naves que le acompañaban en la navegación, se lanzó por delante de las otras.
Al ver los cartagineses que parte del ejército enemigo 2
estaba todavía embarcado, que parte había ya dejado el puerto, en tanto que los primeros estaban ya muy lejos de los suyos, dando media vuelta les afrontaron,
y consiguieron cercar a estas diez naves, y las destru- 3
yeron, a excepción de la del almirante, a la que poco faltó para que la aprisionaran con su dotación, pero esta embarcación destacaba por su cuerpo de remeros, y era además muy marinera, por lo que se salvó inopi-
nadamente del peligro. El resto de las naves romanas, 4
que había zarpado después, se concentró rápidamente. Formaron un frente y cargaron contra el adversario; aprisionaron diez naves con sus tripulaciones, y hundieron ocho más. El resto de la flota cartaginesa se retiró hacia las islas llamadas de Lípari.

Después de esta batalla naval, convencidos los dos 5
bandos de que habían luchado con un riesgo sensiblemente igual, se dedicaron más de lleno a la organización de sus fuerzas marítimas y a organizar un pro-
grama naval. En este período las fuerzas de tierra no 6
hicieron nada digno de mención, sino que pasaron el
tiempo en pequeñas acciones ocasionales. Preparán- 7
dose, como apunté, para el verano inmediato, los ro-

[73] El cabo Tíndaro, al O. de Mesina, en la costa N. de Sicilia.

manos botaron trescientas naves largas ponteadas[74], y 8 tocaron tierra en Mesina. Zarparon de allí y navegaron dejando Sicilia a su derecha, doblaron el cabo Paquino[75] y pasaron de largo hacia Écnomo, porque también el ejército romano de tierra estaba en aquella 9 misma región. Los cartagineses se hicieron a la mar con trescientas cincuenta naves ponteadas. Primero se detuvieron en Lilibeo[76], zarparon de allí y fondearon su flota cerca de Heraclea de Minos.

Batalla de Écnomo

26 El plan de los romanos consistía en navegar hacia África y desplazar la guerra allí; así, a los cartagineses les peligraría no sólo Sicilia, sino también sus vidas y 2 su propio país. Los cartagineses habían decidido lo contrario, porque habían comprobado que África es

---

[74] Se trata de otro tipo de nave, a sumar a las reseñadas en notas anteriores.

[75] Estamos en el año 256. El cabo Paquino es la punta SE. de Sicilia. El monte Écnomo, citado a continuación, es una colina sobre la orilla derecha del río Hímera (hoy río Salso). Un croquis del dispositivo de las fuerzas de ambos bandos en la batalla de Écnomo, con un comentario sobre los problemas técnicos y de interpretación filológica, en WALBANK, *Commentary*, ad loc. (el croquis, en la pág. 84). Hay que decir, en general, que el comentario de Walbank anota y discute con gran precisión, en todas las operaciones militares narradas por Polibio, los efectivos combatientes, su ubicación en los terrenos, las rutas de los ejércitos, etc., pero aquí, naturalmente, no podemos seguir sus exposiciones; por esta vez, sólo dejaremos constancia de ellas.

[76] Primera aparición de este topónimo, que desde ahora jugará un papel muy importante en las primeras fases de la historia de Polibio. En realidad, este topónimo se refiere al cabo más occidental de Sicilia (hoy cabo Boco) y una población que estaba en sus laderas (hoy Marsala). Generalmente, Polibio da por conocida de sus lectores la duplicidad de esta referencia, y escribe «Lilibeo» sin ulteriores precisiones, que deben suplirse en cada caso por el que lee. Aquí, por ejemplo, se trata indiscutiblemente del cabo.

muy susceptible de ser atacada, y que toda la pobla-
ción de sus territorios se convierte en manejable una
vez éstos han sido invadidos. No podían, pues, diferir
la batalla, sino que tenían prisa por correr el riesgo
y presentar combate naval. La intención de unos era 3
obstruir el paso, y la de los otros la de forzarlo, lo
cual hacía palmario que el choque inminente surgiría
de tales voluntades contrapuestas. Los romanos orga- 4
nizaron sus preparativos para las dos eventualidades,
para una acción naval y para un desembarco en terri-
torio enemigo. Por eso escogieron la flor y nata de sus 5
fuerzas terrestres, y dividieron en cuatro cuerpos las
fuerzas que se disponían a utilizar. Cada cuerpo tuvo 6
una doble denominación, pues el primero se llamó
«legión primera» y «división naval primera», y así el
resto, por este orden. Y el cuarto adoptó todavía una
tercera denominación, pues sus soldados fueron llama-
dos «triarios», según el uso de las fuerzas terrestres [77].
En su conjunto, esta fuerza naval venía a contar con 7
unos ciento cuarenta mil hombres; cada nave estaba
tripulada por trescientos remeros y ciento veinte sol-
dados. Los cartagineses se prepararon principalmente, 8
si no exclusivamente, para una acción naval. En número
rebasaban los ciento cincuenta mil hombres, número
deducido por el de sus naves. Por todo ello, no sólo 9

---

77 Una descripción detallada de la composición y configuración del ejército romano la da el mismo Polibio en VI 21, 7-10. En realidad había sólo tres clases de tropas, *velites, hastati* y *principes;* los *triarii* eran unas tropas, cuya denominación señalada era popular y no oficial, pertenecientes a cualquiera de los tipos aludidos, de hombres de más edad, o, al revés, muy jóvenes, y, por consiguiente, poco experimentados. Pero la organización del ejército romano no fue siempre la misma; léase la entrada «armies, roman», en el *The Oxford Classical Dictionary,* 2.ª ed., Londres, 1972, donde se da una historia sucinta de las distintas fases que en su organización tuvo el ejército romano.

quien hubiera estado presente y lo hubiera visto con sus propios ojos, sino quien sólo lo supiera de oídas, se habría quedado atónito ante las proporciones de la batalla, y ante la potencia y la abundancia de recursos de las dos naciones, a juzgar por el número de hombres y naves.

10 Los romanos, como veían que habrían de navegar por alta mar y que el enemigo disponía de naves muy veloces, intentaron por todos los medios encontrar una
11 formación segura e impenetrable. Disponían de dos hexeras[78], en las que navegaban los dos jefes, Marco Atilio Régulo y Lucio Manlio[79]; las situaron en cabeza y
12 a la misma altura. A continuación de cada una fueron colocando las naves en hilera, disponiendo la primera agrupación tras una, y la segunda tras la otra. La distancia entre las naves paralelas de cada agrupación de la flota era progresivamente mayor. Las naves tenían las proas orientadas hacia el exterior[80] y se cu-
13 brían mutuamente. Luego de ordenar las dos formaciones así, sencillamente, en forma de cuña, añadieron a las anteriores la tercera legión con frente de una sola

---

[78] Otro tipo de navío no reseñado hasta ahora: se trata de una nave larga y ponteada, que tenía seis hombres en cada remo.

[79] Cónsules en los años 256/255. El primero era *consul suffectus*, es decir, había sido nombrado cónsul por fallecimiento de su predecesor en pleno ejercicio de su cargo. Los cónsules eran importantes, y los años romanos se designaban por sus nombres. Eran dos, y durante el período de la república romana constituían la más alta y suprema magistratura política y militar. Al sobrevenir el imperio, perdieron sus prerrogativas políticas, pero conservaron íntegramente las militares, aunque a veces los emperadores prorrogaban ilegalmente sus mandatos (que seguían siendo anuales) o daban este cargo, por razones políticas o de amistad, a personas incapaces. El consulado como institución duró casi tanto como el imperio romano, pues desapareció en el año 534 de nuestra era.

[80] Es claro que, en esta formación, las naves romanas no se oponían frontalmente a las cartaginesas.

nave, y cuando éstas estuvieron colocadas también[81],
la figura total de la formación resultó un triángulo. A 14
continuación colocaron las naves encargadas del transporte de caballos, y las pusieron a remolque de las
naves de la tercera formación. Y detrás de estos trans- 15
portes establecieron aún una cuarta formación, la de los llamados triarios, que extendieron con una nave de fondo, de manera que rebasara por las dos alas las
naves de ambas agrupaciones. Y una vez combinados 16
todos según la manera indicada, la configuración total de aquella formación fue la de una cuña cuya parte superior era hueca y su base, en cambio, maciza. El conjunto resultó eficaz y práctico, y al mismo tiempo difícil de romper.

Por este mismo tiempo los comandantes de los car- 27
tagineses arengaron brevemente a sus tropas, y tras señalar que si triunfaban en la batalla naval pelearían después en una guerra por Sicilia, pero que si perdían pondrían en peligro su propia patria y sus familiares,
les ordenaron el embarque en las naves. Todos cum- 2
plían las órdenes con celo, porque preveían el futuro por lo que se les había dicho, y se hicieron a la mar
llenos de confianza y suficiencia. Al ver los almirantes 3
cartagineses la formación del enemigo se acomodaron a ella; dispusieron las tres cuartas partes de su flota en una hilera de una sola nave de fondo, extendieron su flanco derecho hacia alta mar, con la idea de rodear al adversario, y situaron todas sus naves enfilando de
proa al enemigo. La cuarta parte la colocaron a la 4
izquierda de toda la formación, orientada en sentido
oblicuo a la costa. Mandaba el ala derecha de los car- 5
tagineses Hannón, el derrotado en la lucha por Agri-

[81] Es decir, en oposición a las naves de los otros dos lados del triángulo que formaba la disposición de la flota romana, esta tercera línea de naves, que formaría la base del triángulo, presentaba las proas frente al enemigo.

gento; disponía de naves con espolón y de quinquerre-
mes, más veloces para la maniobra de rebasar las alas
6 enemigas. Al cuidado del ala izquierda estaba Amílcar,
el que había combatido en la batalla naval de Tindáride,
que, en esta ocasión, luego de entrar en combate en el
centro de la formación, recurrió a la siguiente estrata-
7 gema en el transcurso de la batalla. Como los romanos
se apercibieron de que los cartagineses se habían des-
plegado en formación poco compacta, lanzaron su ata-
8 que por el centro; y así comenzó la batalla. Pero en
seguida los cartagineses formados en el centro, según
se les había ordenado, se retiraron huyendo, para que-
brar así la formación romana. Se replegaron, pues,
precipitadamente, y los romanos les acosaban con ardor.
9 De este modo las dos primeras formaciones se lan-
zaron en persecución de los fugitivos, y quedaron se-
paradas de ellas las formaciones tercera y cuarta que
remolcaban las naves del transporte de caballos, y la
de los triarios, que permaneció con ellas para prote-
10 gerlas. Cuando los cartagineses creyeron que las dos
agrupaciones primeras se habían alejado lo suficiente
de las otras, a una señal dada desde la nave de Amíl-
car, todos se revolvieron a la vez y trabaron combate
11 contra los atacantes. En el violento combate que se
entabló los cartagineses llevaban la mejor parte, por-
que gracias a la rapidez de las evoluciones de sus naves
atacaban fácilmente y se retiraban a toda velocidad.
12 Pero por la energía que ponían en el combate, por el
hecho de haber amarrado, con sus cuervos, las naves
cartaginesas que se les aproximaban, y al mismo tiem-
po porque luchaban con ellos ambos generales, a cuya
vista entraban en liza los soldados, los romanos goza-
ban de esperanzas en nada inferiores a las de sus opo-
13 nentes. Tal era el desarrollo de la batalla en esta zona.

28 Entretanto Hannón, que mandaba el ala derecha
y que en el primer momento del choque se había man-

tenido a distancia, pasó al mar abierto y arremetió contra las naves de los triarios, a las que puso en grave situación y aprieto. Los cartagineses que se habían ali- 2 neado paralelamente a la costa modificaron su alineación anterior y formaron frontalmente, orientaron sus proas contra el enemigo y atacaron a las naves que remolcaban los transportes de caballería; estas cortaron las amarras, aceptaron el combate y peleaban contra el adversario. En su conjunto, el choque presentaba 3 tres frentes, y se desarrollaban tres combates navales muy separados entre sí por lo que al lugar se refiere. Al inicio del encuentro las fuerzas de ambos bandos 4 eran muy igualadas, lo que hacía el choque indeciso. Sin embargo, el desenlace de esta batalla fue el más ra- 5 zonable en cada frente, como es natural en todos los casos en que los efectivos de los que luchan son muy igualados: los que iniciaron el combate señalaron ya 6 su desenlace[82]. Los hombres de Amílcar, efectivamente, acabaron por verse rechazados y se lanzaron a la fuga. Lucio Manlio iba amarrando las naves apresadas, y 7 Marco Régulo, que veía la lucha entablada en torno a los triarios y a los transportes de caballos, se lanzó con gran empeño a ayudarles con las naves que todavía estaban intactas de la segunda formación. Estableció 8 contacto y trabó combate allí mismo con los hombres de Hannón. Los triarios se rehicieron rápidamente, a pesar de que ya escapaban vergonzosamente, y redoblaron su coraje en la batalla. Los cartagineses se vieron 9 atacados por los que tenían delante, y asaltados además por la espalda, con lo que se vieron en apuros. Rodeados inesperadamente por aquellos romanos que acudían en socorro de los suyos, se retiraron y se replegaron

[82] Aquí el texto griego presenta dificultades, que se pueden ver en cualquier edición crítica; la traducción es según la lectura de Büttner-Wobst.

10 a alta mar. En aquel mismo momento Lucio Manlio ya navegaba de regreso y, además, veía que la tercera agrupación romana se veía asediada contra la costa por el ala izquierda de los cartagineses; Marco Régulo, por su parte, había dejado ya en seguridad a los triarios y a los transportes de caballos. Ambos se lanzaron
11 a prestar socorro a los que corrían peligro. Lo que pasaba se parecía a un asedio; y los romanos habrían sucumbido con seguridad desde mucho tiempo antes si no hubiera sido porque los cartagineses, temerosos ante los cuervos[83], se habían limitado a mantener a los romanos junto a la costa cogidos por una barrera pero sin atacar y abordar sus barcos por miedo a quedar
12 trabados. Los generales[84] romanos acudieron al instante, cercaron a los cartagineses y apresaron cincuenta naves enemigas con sus dotaciones; unas pocas naves
13 lograron escapar escurriéndose junto a la costa. El choque, en sus partes, tuvo la disposición descrita; el fin del combate naval se inclinó a favor de los romanos, que perdieron veinticuatro naves, por más de treinta[85] los cartagineses. Ninguna nave romana cayó en manos de éstos con su dotación; en cambio, a la inversa, sesenta y cuatro de los cartagineses cayeron en poder de los romanos.

---

83 Es evidente que aquí Polibio afirma que los romanos no utilizaron los «cuervos» o artilugios descritos en I 22. Esto parece confirmar la teoría expuesta allí por WALBANK, *Commentary*, ad loc., de que su uso por los romanos fue un mito, o, en caso contrario, creyeron que su uso les era más desventajoso que positivo.

84 Indudablemente son los cónsules, pero Polibio les llama, a veces, «generales».

85 Esta referencia es a las naves hundidas; la siguiente es a las naves apresadas.

Marco Régulo, en África

Después de este triunfo los romanos completaron su avituallamiento, repararon las naves capturadas al enemigo, prodigaron a las dotaciones los cuidados merecidos por su victoria y se hicieron a la mar con rumbo hacia África. Las naves que singlaban a vanguardia tocaron el cabo llamado de Hermeo[86], que está situado delante del golfo de Cartago, y que se adentra en el mar en dirección a Sicilia. Allí esperaron a las restantes, que les seguían detrás. Los cónsules concentraron toda la flota y navegaron a lo largo del país, hasta llegar a la ciudad llamada Áspide[87]. Allí desembarcaron, vararon en tierra las naves, las rodearon con un foso y una trinchera, y se dispusieron a asediar a la ciudad, que sus gobernantes se habían negado a entregársela voluntariamente. Los cartagineses supervivientes del desastre naval navegaban de regreso, y seguros de que el enemigo, crecido por el éxito logrado, iba a navegar en seguida contra la propia Cartago, vigilaban con sus fuerzas terrestres y marítimas los lugares cercanos a la ciudad. Enterados de que los romanos habían desembarcado sin encontrar resistencia, y de que asediaban Áspide, renunciaron a vigilar un posible ataque por mar, reunieron sus fuerzas y se dedicaron a proteger la ciudad y el país. Los romanos se apoderaron de Áspide, dejaron una guarnición en la plaza y en el territorio, y enviaron mensajeros a Roma que dieran noticia de lo ocurrido y pidieran instrucciones sobre qué debía hacerse en el futuro, cómo debían emprenderse las operaciones. Tras ello levan-

29 2 3 4 5 6

[86] Actualmente el cabo Bon, al NO. de Túnez (y de la antigua Cartago).

[87] Aspis, la llamada por los romanos Clupea, un poco al S. del cabo Hermeo, fue para los romanos magnífica base de operaciones.

taron con diligencia el campo y con todas sus tropas
7 se lanzaron a devastar el país. No surgió nadie para impedírselo, y ellos derribaron muchas quintas lujosamente edificadas, se apoderaron de un botín cuantiosísimo de cuadrúpedos, y condujeron a sus naves más
8 de veinte mil esclavos. Entonces llegaron de Roma unos mensajeros que expusieron que uno de los cónsules debía permanecer con tropas suficientes, mientras que
9 el otro debía reintegrar la flota a Roma. Y se quedó Marco Régulo, al que confiaron cuarenta naves, quince
10 mil soldados de a pie y quinientos de a caballo. Lucio Manlio recogió las tripulaciones y la gran masa de prisioneros, costeó Sicilia con toda seguridad y se presentó en Roma.

30 Los cartagineses, al ver que los preparativos del enemigo duraban bastante tiempo, primero eligieron de entre ellos a dos generales, Asdrúbal [88], hijo de Hannón, y Bóstar; después enviaron legados a Amílcar [89], que se encontraba en Heraclea, que le llamaran a toda
2 prisa. Amílcar recogió quinientos jinetes y cinco mil soldados de a pie, y se presentó en Cartago. Fue nombrado tercer general, y deliberó con Asdrúbal sobre lo
3 que cabía hacer en aquellas circunstancias. Acordaron defender su territorio y no permitir que fuera devas-
4 tado impunemente. Marco Régulo ya hacía bastantes días que andaba en correrías, saqueando las ciudades no amuralladas según entraba en ellas, y asediando a

---

[88] Los nombres cartagineses se repiten mucho, y por eso hay que precisar siempre de quién se trata. Este Asdrúbal no tiene nada que ver con el que, principalmente en el libro III de Polibio, actúa en España y en Italia; el citado ahora será enviado, más tarde, a Sicilia (en los años 255/254, y hará su última aparición vencido por el cónsul Cecilio ante los muros de Palermo, aunque allí no muere ejecutado, como indica WALBANK, *Commentary,* pág. 89.

[89] Este Amílcar es el mismo de I 24, 3.

las amuralladas. Al llegar a Adi[90], población de cierta 5
importancia, acampó en sus cercanías y emprendió con
suma diligencia los trabajos de asedio. Los cartagine- 6
ses, presurosos por prestar socorro a la ciudad, deci-
dieron disputar el campo abierto, por lo que sacaron
a sus tropas de la población y ocuparon una colina que 7
dominaba, ciertamente, al enemigo, pero que resultaba
inadecuada a sus fuerzas, y acamparon en ella. Además, 8
como habían depositado sus principales esperanzas en
su caballería y en sus elefantes, al abandonar las lla-
nuras para encerrarse a sí mismos en lugares escar-
pados y poco transitables, no iban a hacer otra cosa
más que enseñar a los enemigos cómo debían actuar
contra ellos. Que fue lo que realmente ocurrió. Los 9
jefes romanos, efectivamente, con su experiencia se
dieron cuenta de que, debido a aquellos parajes, los
elementos más eficaces y temibles del enemigo se ha-
bían convertido en inútiles, y así no aguardaron a que
los cartagineses descendieran hasta la llanura y forma-
ran en ella. Aprovecharon su propia oportunidad, y 10
a las primeras luces escalaron la colina por ambas
laderas. A los cartagineses los caballos y los elefantes 11
les fueron totalmente inservibles. Sus mercenarios acu-
dieron en su ayuda con empeño y valor, y lograron
rechazar y poner en fuga a la primera legión romana,
que se replegó. Pero cuando avanzaron para caer sobre 12
ellos, se vieron rodeados por los romanos, que escala-
ban la otra ladera, por lo que retrocedieron, y, a conti-
nuación, todos los cartagineses huyeron al punto del
campamento. Los elefantes y la caballería en cuanto 13
alcanzaron la llanura se retiraron sin peligro de nin-
guna clase. Los romanos persiguieron a la infantería 14

90 La identificación de este topónimo es dudosa. Quizás sea la actual Ouchna, la Utina de los romanos, a 25 km. al S. de Túnez.

breve trecho, y tras destrozar la trinchera del campamento cartaginés, recorrieron todo el país e iban devastando impunemente las ciudades. Tras adueñarse de la ciudad que se llama Túnez[91], población muy estratégica para proyectar ataques, y situada también muy favorablemente contra Cartago y su comarca, acamparon en sus proximidades.

31 Los cartagineses, derrotados poco antes por mar y ahora por tierra, no por culpa de cobardía en sus tropas, sino por la incapacidad de sus jefes, cayeron en una situación difícil desde todos los puntos de vista.
2 En efecto, a lo ya dicho se sumaba que se veían atacados por tribus númidas, que causaron a sus tierras daños no inferiores, sino superiores a los que les ha-
3 bían causado los propios romanos. Los que por miedo huían del campo a la ciudad causaron en ella un hambre atroz y un desánimo grande, en parte porque eran muchos, y en parte también ante la perspectiva de un
4 asedio. Marco Régulo, por un lado, veía a los cartagineses derrotados por tierra y por mar, y pensaba que no le faltaba mucho para apoderarse de su ciudad, pero por otro, se temía que el nuevo general mandado desde Roma llegara demasiado pronto, y así fuera él quien recogiera el honor de la campaña. Entonces invitó a
5 los cartagineses a concluir una paz. Éstos atendieron gustosamente su invitación y le enviaron a sus prohombres, que, una vez se reunieron con el cónsul romano, distaron tanto de inclinarse a hacer nada de lo que se les proponía, que ni tan siquiera consintieron
6 en escuchar unas exigencias tan gravosas. En efecto: Marco Régulo, como si su victoria fuera ya total, creía que los cartagineses debían aceptar todo lo que él les
7 concediera como simple gracia y favor. Pero los carta-

91 La ubicación de la antigua Túnez coincide exactamente con la actual.

gineses consideraron que aun cuando llegaran a verse sometidos, no se seguiría de ello nada más duro que las imposiciones de entonces. De modo que se retiraron no sólo disgustados por las proposiciones, sino además ofendidos por la dureza de Marco Régulo. El senado 8
cartaginés escuchó las proposiciones formuladas por el general romano, y aunque ya casi había renunciado a todas las esperanzas de salvación, con todo se mantuvo tan viril y noble que prefirió soportarlo todo y tantear cualquier empresa, cualquier oportunidad a condición de no tolerar nada ruín o indigno de sus hazañas pretéritas.

Jantipo

Por aquel entonces navegó hacia Cartago un reclutador de mercenarios, uno de aquellos que habían sido enviados antes a Grecia; llevaba consigo [a la ciudad cartaginesa] un gran número de soldados, entre los cuales estaba un cierto Jantipo, lacedemonio, individuo que había recibido una formación espartana y la experiencia militar correspondiente. Al enterarse 2
este hombre de la derrota sucedida, del cómo y del cuándo se produjo, después que vio lo que quedaba de los preparativos de los cartagineses, así como la cantidad de caballos y de elefantes, hizo al punto sus cuentas y demostró a sus amigos que los cartagineses no habían sido vencidos por los romanos, sino por la impericia de sus generales. Las circunstancias hicieron 3
que las palabras de Jantipo llegaran pronto a las tropas y a los generales mismos. Los gobernantes decidieron llamarle para hacer una prueba con él. Jantipo 4
visitó a los magistrados y les expuso sus argumentos: por qué habían fracasado ahora, y cómo, si le hacían caso y utilizaban las llanuras en sus marchas, en sus acampadas y en sus confrontaciones, podrían procurarse seguridad fácilmente y derrotar al enemigo. Los 5

generales[92] aceptaron aquellas palabras, y convencidos, al punto le confiaron el mando de sus fuerzas.

6 Según se iba divulgando esta opinión de Jantipo, se producían en el pueblo rumores y conversaciones lle-
7 nas de esperanza. Y cuando sacó el ejército delante de la ciudad y lo dispuso en orden, y empezó a hacer maniobrar a la formación, a transmitir órdenes según las reglas militares, evidenció una diferencia tan enorme respecto a la impericia de los generales anteriores, que el gentío aplaudía y clamaba que se apresurara al máximo el choque contra el enemigo, convencido de
8 que nada malo ocurriría si mandaba Jantipo. Ante esto los generales, al comprobar que, de forma inesperada, la masa había recobrado la moral, la exhortaron en términos adecuados a aquella oportunidad, y al cabo de pocos días reunieron a las tropas y salieron en cam-
9 paña. Su ejército se componía de doce mil soldados de infantería y de cuatro mil jinetes. El número de elefantes se aproximaba al centenar.

33 Los romanos, al ver que los cartagineses hacían marchas por lugares llanos y que establecían sus campamentos en parajes abiertos, estaban extrañados y *confundidos por* el hecho en sí; sin embargo, se dieron
2 prisa por aproximarse al enemigo. Tomaron contacto con él, y el primer día acamparon a unos diez estadios
3 de distancia de los enemigos. Al día siguiente, los jefes de los cartagineses deliberaron sobre las medidas a
4 tomar en aquellas circunstancias, mientras que los soldados, ansiosos por combatir, formaban corros, gritaban el nombre de Jantipo y creían que se les debía

---

[92] Hay que completar lo dicho en la nota 64, en el sentido de que lo que allí se precisa es el ejercicio del poder civil, pero además hay un estamento aristocrático, en Cartago, que ejercita funciones estrictamente militares, si bien supeditado al poder civil. Los representantes más característicos de este estamento militar son los generales.

sacar al punto. Los generales, al ver el ardor y el em- 5
puje de la tropa, y cómo, además, Jantipo les advertía
con juramentos que no dejaran pasar aquella oportu-
nidad, ordenaron a los soldados prepararse y autori-
zaron a Jantipo para que dispusiera las operaciones
como le pareciera conveniente. Con este permiso, Jan- 6
tipo hizo salir a los elefantes y los dispuso en hilera
de a uno al frente de toda la fuerza; colocó detrás, a
una distancia prudente de ellos, la falange cartagine-
sa[93]. Situó a unos mercenarios en el ala derecha, y a 7
los más ligeros los colocó en la vanguardia de ambas
alas, junto con los jinetes. Los romanos, cuando vieron 8
al enemigo en formación, le salieron animosamente al
encuentro. Temiendo y previendo la carga de los ele- 9
fantes, colocaron a los vélites en vanguardia, y detrás
situaron muchos manípulos[94] de fondo; en cuanto a la
caballería, la distribuyeron en ambas alas. Al adoptar 10
una formación general más estrecha que antes, pero
más profunda, habían intuido con acierto su lucha
contra los elefantes, pero fallaron totalmente en sus
cálculos contra la caballería cartaginesa, muy superior
a la romana. Cuando ambos bandos hubieron dispuesto 11
la formación conforme a sus planes, tanto en su con-
junto como en todas sus partes, aguardaron en orden
vigilando el momento de la arremetida.

---

93 La falange cartaginesa: los ciudadanos cartagineses nunca combatieron fuera de África: en sus campañas en Sicilia, en Italia y en España eran cartagineses sólo los mandos, pero la tropa era íntegramente mercenaria.

94 El *manipulum* romano constaba de dos centurias, lo cual no significa que el número de sus hombres fuera exactamente el de doscientos, pues precisamente en la época de Polibio no llegaba a los cien hombres. Cada manípulo tenía su propio estandarte (*signum*), y en él ejercía el mando el centurión de la legión colocada a la derecha. Más tarde, la cohorte suplantará al manípulo como unidad táctica. Normalmente, el manípulo formaba en tres líneas, cuyas unidades últimas cubrían los espacios intermedios de las líneas primeras de vanguardia.

34 En el instante en que Jantipo ordenó a los conductores de los elefantes avanzar y romper las filas enemigas, y a la caballería rodear al adversario por las dos
2 alas y atacar, entonces el ejército romano comenzó a entrechocar sus armas, según es uso entre ellos, y tras lanzar el grito de guerra se lanzó contra los enemigos.
3 Pero la caballería romana huyó en seguida de ambas alas, porque la cartaginesa era muy superior en nú-
4 mero. En cuanto a la infantería, los alineados en el ala izquierda esquivaron la acometida de las bestias y, llenos de menosprecio por los mercenarios, embistieron el ala derecha de los cartagineses, a los que, después de forzarles a la huida, acosaron y persiguieron hasta
5 su trinchera. En cuanto a los que se oponían directamente a los elefantes, los primeros cayeron ante la violencia de las bestias, y rechazados y pisoteados, perecieron a montones ante aquella fuerza descomunal; sin embargo, gracias a la profundidad de las líneas que estaban detrás, la formación resistió compacta en
6 su conjunto, un cierto tiempo. Pero, cuando los que ocupaban las últimas filas, rodeados por todas partes por la caballería, se vieron forzados a revolverse y a luchar contra ésta, y cuando los que intentaban abrirse paso hacia adelante a través de los elefantes y se reagrupaban en la formación, a la espalda ya de las bestias, chocaron con la falange cartaginesa todavía
7 ordenada e intacta, fueron aniquilados. Entonces, puestos en aprieto por todas partes, los romanos fueron en su mayoría pisoteados por la fuerza extraordinaria de las fieras; el resto fue acribillado, en el mismo lugar de la formación, por la gran masa de jinetes; unos po-
8 cos, finalmente, lograron darse a la fuga. Pero como huían por lugares llanos, también de éstos unos murieron ante las fieras o a manos de la caballería cartaginesa, y quinientos aproximadamente que huían con su general, el cónsul Marco Régulo, cayeron poco des-

pués en manos del enemigo, y fueron capturados vivos todos, incluso el propio cónsul. Allí murieron unos 9
ochocientos mercenarios cartagineses, los alineados contra el ala izquierda de los romanos. De éstos se salvaron unos dos mil, a quienes no alcanzó la persecución efectuada por los que hemos citado; éstos quedaron a salvo del peligro. Pero la masa restante del 10
ejército romano pereció, a excepción de Marco Régulo, el cónsul, y los que huían con él. Los manípulos ro- 11
manos que se salvaron consiguieron llegar, por un golpe de suerte, a Áspide. Los cartagineses, tras des- 12
pojar a los cadáveres, se llevaron al general junto con los prisioneros y se retiraron a su ciudad, exultantes de gozo por los hechos entonces acaecidos.

Quien considere correctamente este episodio puede 35
deducir de él muchas cosas que contribuirán a corregir la vida de los hombres. Por lo ocurrido al cónsul Marco 2
Régulo se hizo evidentísimo a todos que se debe desconfiar de la Fortuna[95], sobre todo en los éxitos. El 3
hombre que poco antes no sentía ni compasión ni misericordia para con los vencidos, un momento después se vio obligado a pedirles su propia salvación personal. Aquella sentencia de Eurípides, que ya antigua- 4

---

[95] Esto es típicamente polibiano, un ejemplo del uso moral de la historia: Marco Régulo, que poco antes había exigido condiciones durísimas a los cartagineses para un pacto, ahora se ve ante la humillación de la derrota. No debemos jactarnos de nuestros éxitos, pues, incluso inesperadamente, el fracaso está a la puerta de la esquina. No estamos lejos del pensamiento estoico. Por lo demás, en la antigüedad, de este Marco Régulo corrió ampliamente una noticia sin ningún viso de verosimilitud: se decía que los cartagineses le permitieron trasladarse a Roma para presentar al senado romano las condiciones cartaginesas de paz; si éstas eran rechazadas, él debía regresar a Cartago para ser ejecutado. Pero esta leyenda en tiempos de Polibio no existía aún, pues es indudable que nuestro autor la hubiera recogido como historia, principalmente si se piensa en el carácter didáctico de este pasaje.

mente parecía muy sabiamente formulada, de que «una decisión sabia vence las manos de muchos»[96], entonces
5 se vio confirmada por los hechos. Un solo hombre y una sola inteligencia aniquilaron a una muchedumbre que parecía invencible y aguerrida, y levantaron al máximo un estado totalmente caído, y los ánimos de unos soldados que ya se habían resignado al dolor.
6 He recordado esto para que aproveche a los que lean
7 libros de historia. Todos los hombres disponen de dos métodos para perfeccionarse: o bien mediante lo que les ocurre a ellos mismos, o mediante lo que ocurre a los demás. El método más eficaz es el de las peripecias
8 personales, pero el más inofensivo el de las ajenas. Por eso, el primero no debe ser elegido voluntariamente jamás, puesto que logra la corrección a base de grandes sufrimientos y peligros; hay que perseguir siempre el otro, porque en él es posible ver lo mejor sin
9 sufrir daño. Quien considere este asunto desde esta perspectiva deberá juzgar que la mejor educación para las realidades de la vida es la experiencia que resulta
10 de la historia política: ella es lo único que, sin causar perjuicio, produce en toda situación y circunstancia jueces correctos de lo mejor. Y baste con lo dicho hasta aquí acerca de este tema.

Desastres navales romanos

36 Los cartagineses, a quienes todo había resultado conforme a sus planes, no hubo exageración que omitieran en su gozo, ni en la acción de gracias a la divinidad
2 ni en las demostraciones de mutua amistad. Y Jantipo, que había proporcionado tan gran contribución y esfuerzo a la causa de los cartagineses, no mucho tiempo después embarcó y se marchó. Su decisión fue razo-

[96] Esta sentencia pertenece a la tragedia *Antíope*, hoy perdida, de EURÍPIDES. (NAUCK, fr. 220.)

nable y prudente, porque las acciones notables e ines- 3
peradas engendran profundas envidias y punzantes calumnias, que los nativos, ciertamente, son capaces de soportar porque tienen parientes y muchos amigos. Pero los extranjeros se ven pronto abrumados por
unas y otras, e incurren en peligros. Hay también 4
otra explicación acerca de la marcha de Jantipo, que intentaremos exponer en detalle cuando tengamos una oportunidad más adecuada que la presente[97].

Los romanos, cuando se les anunció lo que en África 5
había sucedido tan inesperadamente, se dedicaron al punto a reponer su flota y a recoger a los soldados
que habían podido salvarse en África. Después de esto, 6
los cartagineses acamparon junto a Áspide y la asediaron, con el propósito de apoderarse de los hombres
que habían logrado escapar de la batalla, pero no pu- 7
diendo tomarla en modo alguno por el coraje y la audacia de aquellos romanos, acabaron por desistir del
cerco. Entonces les llegó la noticia de que los romanos 8
disponían su flota y de que estaban a punto de realizar otra vez una navegación hacia África. Unos cartagineses, pues, se pusieron a reparar naves, mientras que
otros construían embarcaciones totalmente nuevas. Do- 9
taron rápidamente doscientas, con las que zarparon
para vigilar la incursión del enemigo. Al comienzo del 10
verano[98] los romanos botaron trescientos cincuenta bajeles, nombrando comandante a Marco Emilio y Servio Fulvio, y les ordenaron zarpar. Ellos se hicieron
a la vela, y navegaron costeando Sicilia, con la inten- 11
ción de dirigirse a África. No lejos del cabo Hermea se tropezaron con la flota cartaginesa, la pusieron fácilmente en fuga a la primera arremetida y apresaron

---

97 Esta segunda explicación de la marcha de Jantipo de Cartago no se encuentra en ninguna parte de la obra que nos queda de Polibio.

98 Del año 255 a. C.

12 ciento catorce naves con sus tripulaciones. Recogieron
de Áspide a los jóvenes que habían permanecido en
África y pusieron de nuevo rumbo hacia Sicilia.
37 Ya habían cruzado sin riesgos el estrecho[99] y se
acercaban al país de los camarinenses, cuando se aba-
tieron sobre ellos un temporal tan fuerte y unas cala-
midades tales, que no se alcanzan a describir adecua-
2 damente, a causa de la magnitud de lo sucedido. De
las trescientas sesenta y cuatro[100] naves sólo se salva-
ron ochenta. En cuanto al resto, unas naufragaron, y
otras, estrelladas por el mar embravecido contra los
bajíos y los promontorios, llenaron la costa de astillas
3 y de cadáveres. La historia no constata una catástrofe
marítima mayor que ésta, ocurrida de una sola vez.
Pero la culpa debe atribuirse no tanto a la Fortuna
4 como a los comandantes. Los pilotos, en efecto, habían
aducido muchas pruebas de que no se debe navegar
a lo largo de la costa de Sicilia bañada por el mar
africano, porque allí está llena de acantilados y carece
de buenos fondeaderos. Además, la navegación se efec-
5 tuaba entre las subidas de Orión y del Perro[101], es decir,
todavía no había desaparecido una constelación y ya
se elevaba la siguiente. Pero los jefes no repararon
en nada de lo que se les advertía, y salieron de alta

---

99 La palabra griega correspondiente significa, efectivamente, estrecho, pero la expresión es excesiva: se refiere al mar que separa Sicilia de África.

100 El número de naves que aquí indica Polibio ya no resulta exacto: las trescientas cincuenta equipadas por los romanos y las ciento catorce capturadas a los cartagineses arrojan un total de cuatrocientas sesenta y cuatro embarcaciones. Al ser el error de cien naves justas, es posible una equivocación en la tradición manuscrita griega.

101 El Perro es una constelación que aparece en nuestro cielo durante el verano, hacia el mes de julio; la estrella Sirio forma parte de ella; Orión, en cambio, aparece a principios de invierno, de modo que la navegación romana fue hacia el otoño.

mar: con la exhibición del éxito conseguido querían
intimidar a algunas de las ciudades situadas a lo largo
de su derrotero, y así hacérselas suyas. Pero por unas 6
pequeñas esperanzas tropezaron con catástrofes enor-
mes. Entonces los jefes romanos reconocieron su ig-
norancia.

En general, los romanos utilizaban la violencia para 7
todo, creídos de que sus propósitos deben forzosa-
mente llevarse a cabo, y de que nada es imposible
para ellos una vez lo han acordado. En muchas em-
presas tienen éxito debido a este arrojo, pero en
otras fracasan claramente, principalmente en lo tocan-
te al mar. En tierra realizan sus empresas contra hom- 8
bres y contra obras de hombres, y logran coronar mu-
chas de ellas debido a que utilizan su fuerza contra
semejantes; con todo, alguna vez también ven sus
acciones frustradas. Pero cuando se lanzan a luchar 9
con el mar y los elementos y los violentan, caen en los
mayores desastres. Lo cual ya muchas veces, y enton- 10
ces en particular, les ocurrió, y les ocurrirá hasta que
lleguen a corregirse de su violencia y de la audacia
que les lleva a creer que ellos en cualquier época pue-
den correr y navegar por todas partes[102].

Enterados los cartagineses del desastre de la arma- 38
da romana, y creyendo que infundían respeto por
tierra a causa de su éxito anterior, y por mar, debido
al mencionado desastre de los romanos, se dedicaron
con más afán a sus preparativos terrestres y marítimos.
Enviaron inmediatamente a Asdrúbal[103] a Sicilia, con- 2
fiándole las tropas que ya tenía y las que acababan
de llegar de Heraclea, y, con todas ellas, ciento cua-
renta elefantes. Le enviaron, pues, y a continuación 3

---

102 Otro pasaje diríamos didáctico de Polibio, en el que parece haber cierta influencia estoica.

103 Se trata de Asdrúbal, hijo de Hannón (I 30, 1).

equiparon doscientas naves, y dispusieron todo lo que,
4 además, se precisa para una navegación. Asdrúbal navegó sin ningún riesgo hasta Lilibeo[104], donde entrenó a sus tropas y a los elefantes. Era evidente que se
5 proponía disputar el campo abierto. Los romanos se enteraron con detalle de lo ocurrido por los supervivientes del naufragio, y quedaron muy dolidos, pero, como no querían ceder de ningún modo, decidieron construir otra vez, con las maderas astilladas, ciento
6 veinte naves. Las acabaron totalmente en tres meses, lo cual apenas si es creíble. Entonces los que habían sido nombrados comandantes, Aulio Atilio y Cneo Cor-
7 nelio, dispusieron la flota y zarparon. Cruzaron el estrecho, recogieron en Mesina los buques salvados del naufragio, y con trescientas naves pusieron rumbo hacia el puerto de Palermo, ciudad de Sicilia que era la plaza más fuerte del dominio cartaginés[105]. Y em-
8 prendieron su asedio. Concentraron sus trabajos en dos lugares, y tras disponer todo lo restante, aproxi-
9 maron las máquinas dé guerra. Una torre que estaba junto al mar cayó fácilmente y los soldados romanos forzaron esta posición, tomaron por la fuerza la llamada Ciudad Nueva y, como al ocurrir esto peligraba ya la llamada Ciudad Antigua, sus habitantes la rindieron
10 inmediatamente. Una vez dueños de ella, los romanos zarparon de regreso a Roma, tras dejar una guarnición en la ciudad.

39 A continuación, al llegar el verano, los cónsules nombrados, Cneo Servilio y Cayo Sempronio[106], zarparon con toda la flota, pusieron rumbo a Sicilia y desde
2 ella se dirigieron a África. Fueron navegando a lo largo de la costa y efectuaron muchísimos desembarcos, en

104 Aquí se trata de la ciudad. Es evidente que el general cartaginés llegó allí, desembarcó y entrenó a sus tropas.

105 Desde la pérdida de Agrigento. Cf. I 17, 5.

106 Estamos en el año 253/2.

los que no lograron nada digno de ser tenido en cuen-
ta. Y llegaron a la isla de los lotófagos, llamada Me-
ninge[107], no lejos de la pequeña Sirte. Allí, desconoce- 3
dores del lugar, cayeron en unos bajíos, sobrevino la
marea baja, los barcos encallaron y se vieron en un
gran apuro. Pero después de algún tiempo el mar cre- 4
ció de una manera totalmente inesperada. Los romanos
arrojaron toda la carga y a duras penas lograron
aligerar las naves. Tras esta operación zarparon de 5
una manera muy parecida a una fuga. Tocaron Sicilia,
doblaron Lilibeo y fondearon en Palermo. Desde allí 6
navegaron temerariamente por alta mar, hacia Roma,
y sufrieron de nuevo una tempestad tan enorme que
perdieron más de ciento cincuenta naves.

Los de Roma, a la vista de todo esto, a pesar de 7
que en cualquier empresa eran excepcionalmente ce-
losos de su prestigio, entonces, por la enormidad y la
frecuencia de las calamidades, renunciaron a reunir
otra escuadra, forzados por las circunstancias. Depo- 8
sitaron las esperanzas que les quedaban en sus fuerzas
de infantería, y enviaron a Sicilia a los cónsules Lucio
Cecilio y Cayo Furio con las legiones. Equiparon úni-
camente sesenta naves para transportar los víveres a
las legiones. Las peripecias mencionadas de los roma- 9
nos convirtieron en más esclarecidas las gestas de los
cartagineses: en efecto, dominaban sin temor el mar, 10
ahora que los romanos se habían retirado de él, y te-
nían grandes esperanzas en sus fuerzas de tierra. Y
era razonable que sintieran así, pues los romanos, es- 11
parcida la fama de que en la batalla de África los ele-
fantes habían roto sus filas y habían liquidado a la
mayoría de sus hombres, estaban tan aterrorizados 12

107 Actualmente la isla de Djerba, donde Homero coloca a los legendarios lotófagos (*Odisea* IX 82-104). Esta isla no está lejos de la costa de Túnez. Otros identificaban Meninx con la pequeña Sirte.

ante estas bestias, que en los dos años siguientes a estas acciones, cuando estaban ya alineados frente al enemigo en la región de Lilibeo o en la de Selinunte, a cinco o seis estadios de él, no se atrevieron jamás a iniciar la batalla ni a descender a lugares llanos, te-
13 merosos de la acometida de los elefantes. Durante este período sólo tomaron, tras asediarlas, a Termo[108] y Lípari, manteniéndose en parajes montañosos y poco
14 accesibles. Por ello, al ver los romanos el abatimiento y el terror de sus ejércitos de tierra, cambiaron de pa-
15 recer y resolvieron probar suerte en el mar. Eligieron cónsules[109] a Cayo Atilio y a Lucio Manlio, construyeron cincuenta naves, enrolaron dotaciones y concentraron una escuadra, desplegando gran actividad.

Batalla de Palermo[110]

40 Asdrúbal, el jefe de los cartagineses, había notado, en las confrontaciones anteriores, la desmoralización de los romanos. Sabedor de que uno de los cónsules había regresado a Italia con la mitad de las fuerzas, y de que Cecilio continuaba en Palermo con la otra para proteger las cosechas de los aliados, pues ya era
2 el tiempo de la recolección[111], recogió a las tropas de Lilibeo, avanzó y acampó junto a los límites del territo-
3 rio de Palermo. Cecilio le vio confiado, y quiso provo-

---

108 Las termas de Hímera, llamadas hoy Termini, en la costa N. de Sicilia.

109 La traducción estrictamente literal del texto griego es «nombraron generales», pero Walbank indica expresamente que la expresión griega significa aquí, simplemente, «eligieron cónsules», WALBANK, *Commentary*, ad loc., que sigue PÉDECH, *Polybe*, I, sin citarle. PATON, *Polybius*..., obvia la dificultad con una traducción muy libre: «In the consulship of Gaius Atilius and Lucius Manlius we find them building fifty ships.»

110 En griego, Panormus. Cf. la nota 32.

111 A principios de verano del año 250, seguramente en el mes de junio.

carle al ataque, por lo que contuvo a sus fuerzas dentro
de las puertas de la ciudad. Asdrúbal, lleno de osadía 4
ante esto, y creyendo que Cecilio no se atrevía a salirle al encuentro, se puso en marcha audazmente con todo su ejército y descendió hacia el territorio de Palermo a través de los desfiladeros. Taló las cosechas 5
hasta llegar a la ciudad, pero Cecilio persistió en el propósito adoptado, hasta provocar a Asdrúbal a cruzar el río[112] que fluye por delante de la población. Cuando 6
los cartagineses hubieron hecho pasar a sus bestias y a sus tropas, Cecilio envió a sus tropas ligeras para que las hostigaran. Con ello forzó que el ejército cartaginés íntegro se dispusiera en orden de batalla. Ceci- 7
lio comprobó que sus planes se iban cumpliendo. Situó a algunos vélites ante el muro y el foso, con la orden de que cuando los elefantes se les aproximaran, les acribillaran con una nube de dardos. Si llegaban a 8
verse presionados, debían refugiarse detrás del foso, para hacer salidas desde allí y disparar contra las fieras que se les acercaran. Dispuso que los obreros del 9
ágora transportaran los proyectiles y que los depositaran fuera de la ciudad, junto a los cimientos de la muralla. Él personalmente se había apostado, con los 10
manípulos, en la puerta que daba al ala izquierda del adversario, y enviaba cada vez más hombres a las escaramuzas. En el momento en que el choque se hizo ya 11
más general, los que conducían a los elefantes quisieron emular a Asdrúbal. Con el deseo de lograr por sí mismos el éxito, se lanzaron todos contra la primera fila romana, que pusieron en fuga fácilmente y persiguieron hasta el foso. Pero al llegar allí, los elefantes 12
fueron heridos desde el muro por los arqueros y acribillados por los eficaces y nutridos disparos de jabalina y de azagaya que lanzaban las tropas de refresco que

112 Actualmente este río se llama Oreto.

13 se hallaban alineadas ante el foso. Agobiados por las flechas y llenos de heridas, se desordenaron rápidamente, se revolvieron y se dirigieron contra los suyos, pisoteando y matando a muchos cartagineses, desbara-
14 tando las formaciones y destruyéndolas. Al verlo Cecilio hizo una enérgica salida con sus hombres, que arremetieron de flanco sobre los enemigos ya confundidos; las suyas eran tropas de refresco y en buen orden. Infligió una severa derrota a los adversarios, mató a muchos de ellos e hizo huir el resto a la des-
15 bandada. Capturó diez elefantes con los indios [113] que los guiaban y, después de la batalla, cercó a las restantes fieras, que se habían deshecho de sus guías, y se
16 apoderó de todas. Después de llevar a buen término esta operación, nadie dudó en reconocer a Cecilio como causante de que las tropas de tierra recobraran el ánimo en beneficio de Roma, y de que éstas volvieran a dominar el campo abierto.

Asedio de Lilibeo

41 La noticia de este éxito llegó a Roma, y los romanos se llenaron de gozo, no tanto por aquella derrota del enemigo, que se vio despojado de los elefantes, como porque los suyos habían cobrado ánimo, tras haber
2 superado a las fieras. Ello hizo que los romanos se confirmaran en su proyecto inicial, el envío de los generales, con la flota y las fuerzas marítimas, al teatro de operaciones, con el afán de acabar como fuera
3 con esta guerra. Hechos los preparativos para la expedición, los generales zarparon, con doscientas naves, y pusieron rumbo a Sicilia. Era el año decimocuarto
4 de esta guerra. Fondearon junto a Lilibeo, y tras reunir-

113 «Indio» en Polibio significa simplemente «conductor de elefantes», sin prejuzgar para nada el origen de este personal. El *Diccionario de la Real Academia* admite los términos «cornac» y «cornaca», pero me parecen galicismos excesivos.

se allí con sus ejércitos de infantería, emprendieron el asedio, porque si triunfaban aquí podrían extender fácilmente la guerra al África. Los jefes de los carta- 5
gineses opinaban prácticamente lo mismo, y hacían los mismos cálculos que los romanos. Por eso, consi- 6
derando que todo lo demás era accesorio, se dedicaron por entero a prestar ayuda a la plaza, a combatir y a soportar todo por la ciudad citada, puesto que ya no les quedaba ninguna otra base, a excepción de Drépana[114], y los romanos dominaban todo el resto de Sicilia.

DIGRESIÓN SOBRE SICILIA

Para evitar que la narración resulte poco clara a 7
los que no han estado en este país, intentaré ofrecer a los lectores una idea acerca de la orientación de su emplazamiento.

En su conjunto, por lo que se refiere a su orienta- 42
ción, Sicilia[115] tiene, si se la relaciona con Italia y su extremidad, un emplazamiento paralelo a la situación del Peloponeso respecto al resto de Grecia y sus promontorios; la única diferencia que existe entre ambos 2
es que Sicilia es una isla y el Peloponeso una península. El espacio que le separa del resto de Grecia se recorrre a pie, mientras que el que hay entre Sicilia e Italia, por mar. La figura de Sicilia es triangular, y 3

114 La moderna Trepani.

115 Si bien la isla de Sicilia presenta una forma sensiblemente triangular, de un triángulo casi equilátero, cuyo vértice inferior, el cabo Lilibeo, está desplazado ligeramente hacia el E. en referencia a los otros dos vértices, los cabos Pelorias y Paquino, es indudable que los geógrafos de la antigüedad erraron en cuanto a la orientación general de la figura geométrica que ofrece la isla, pues tuvieron el cabo Lilibeo como muy desplazado hacia occidente en relación con los otros dos. Amplia exposición, en WALBANK, *Commentary,* ad loc.

los vértices de cada ángulo toman la disposición de un
4 promontorio. El primero, orientado hacia el Sur y que
se adentra en el mar de Sicilia, se llama cabo Paquino;
5 el segundo tiende hacia al Norte y limita el estrecho
en su parte occidental. Este cabo, que se llama de Pelo-
6 ríade, dista de Italia unos doce estadios. El tercero se
enfrenta al mismo continente africano y, gracias a su
situación favorable, domina las puntas avanzadas [116] de
Cartago, a unos mil estadios de distancia de ellas. Se
llama el cabo Lilibeo [117]; está orientado en dirección
7 Sudoeste, y separa el Mar Africano del de Sicilia. En
él hay una ciudad que tiene el mismo nombre que el
lugar, y que estaba entonces asediada por los roma-
nos. Sus muros la aseguraban excepcionalmente, y la
rodeaba un foso profundo; además el mar tiene allí
bajos, y la entrada en el puerto debe hacerse a través
8 de ellos, lo cual requiere gran práctica y habilidad. Los
romanos establecieron dos campamentos cerca de la
ciudad, uno a cada lado, y fortificaron el espacio inter-
medio entre ambos con un foso, una estacada y un
muro. Luego empezaron a hacer obras contra la torre
9 más cercana al mar, que daba al Mar Africano. A fuer-
za de añadir constantemente nuevos preparativos a los
anteriores y de extender los equipos de las obras, los
romanos terminaron por derrumbar las seis torres con-
tiguas a la citada, y empezaron un ataque simultáneo
10 contra las restantes por medio de arietes. Como el
asedio se hacía enérgico y pavoroso, y diariamente
había torres que se derrumbaban y otras que amena-
zaban ruina, y como las obras romanas penetraban
11 cada vez más en la ciudad, entre los asediados reinaban
consternación y confusión terribles; dentro de la plaza

116 Se trata de los cabos Bon y Farina.

117 Un plano con la disposición del cabo Lilibeo y la ciudad del mismo nombre, en WALBANK, *Commentary*, pág. 106.

había, además de la masa de la población, unos diez mil mercenarios. El general cartaginés Imilcón no 12 omitía nada que fuera factible, o levantando contramuros[118] o excavando contraminas, y no era pequeño el apuro que proporcionaba al adversario. Además, 13 efectuaba salidas diariamente, y atacaba las máquinas de asedio, por si lograba incendiarlas. Para ello lanzó muchos e inesperados golpes de mano, tanto de día como de noche, de manera que a veces hubo más muertos en estos choques de los que habitualmente hay en las batallas campales.

Así estaban las cosas, cuando algunos de los oficia- 43 les de mayor rango de entre los mercenarios conspiraron entre ellos con la intención de entregar la ciudad a los romanos[119]. Persuadidos de que sus subordinados les harían caso, salieron de noche de la ciudad hacia el campamento romano y entablaron conversaciones con el general. Pero el aqueo Alexón, que ya en 2 una ocasión anterior había salvado a los de Agrigento, cuando los mercenarios siracusanos urdían traicionarles, también entonces fue él el que primero se enteró de lo que se tramaba, y lo denunció al general de los cartagineses. Éste, al oírlo, reunió al instante a los ofi- 3 ciales restantes y les exhortó encarecidamente, les prometió grandes dones y mercedes si se le mantenían leales y no participaban en la conspiración de los que habían salido. Ellos acogieron bien sus palabras, e 4 Imilcón inmediatamente después envió con ellos para que se presentaran ante los galos a Aníbal, hijo de aquel Aníbal muerto en Cerdeña, ya que durante la campaña había surgido gran familiaridad entre ellos.

---

118 Es decir, muros paralelos a los destruidos por los romanos.

119 La traición descubierta a tiempo es una constante en la obra de Polibio; cf., por ejemplo, III 78, 1-4, sólo por citar un caso.

A los restantes mercenarios les envió a Alexón, porque
le eran leales; él era hombre muy aceptado por ellos.
5 Aníbal y Alexón reunieron y arengaron a la masa de
mercenarios garantizándoles, a la vez, las recompensas
prometidas a cada uno por el general, y lograron per-
suadirles fácilmente de que fueran fieles a lo tratado.
6 Por esto, cuando los que habían salido se aproxima-
ron a la muralla y pretendieron arengarlos y decirles
algo acerca de los ofrecimientos de los romanos, los
mercenarios no sólo se negaron a atenderles, sino que
ni tan siquiera quisieron oírles; por el contrario, empe-
zaron a tirarles piedras y dardos hasta que se aleja-
7 ron huyendo de la muralla. Poco les faltó, pues, a los
cartagineses, debido a la causa citada, para perder su
8 empresa, traicionados por los mercenarios. Si Alexón
antes había salvado, por su lealtad, no sólo a la ciudad
y al país de Agrigento, sino también sus leyes y su li-
bertad, en esta ocasión fue la causa que evitó que los
cartagineses cayeran en un desastre total.

44 En Cartago[120], aunque no sabían nada de esto, pen-
saban en las dificultades de un asedio, por lo que lle-
naron cincuenta naves de soldados, exhortaron con pa-
labras adecuadas a esta operación al hombre a quien
habían conferido el mando, Aníbal, hijo de Amílcar,
trierarco y primer amigo[121] de Adérbal, y le enviaron
con urgencia, con la orden de no retardarse y de soco-
rrer a los sitiados gracias a un oportuno golpe de auda-

---

120 Un plano de la ciudad de Cartago en *Weltatlas*, I, pág. 37.

121 «Primer amigo» era algo así como un título nobiliario que se aplicaba a los que vivían en el entorno inmediato de un gran personaje. Su título parece de origen persa (cf. Esquilo, *Los Persas* 3: «los Fieles del rey»), pero fue habitual en las cortes helenísticas. En cuanto al término «trierarco», en realidad significaba el comandante de una trirreme, pero en Polibio el uso de este término es fluctuante, y a veces significa el almirante de toda una escuadra.

cia. Aníbal zarpó con diez mil hombres, fondeó en las 2
islas llamadas Egusas[122], situadas entre el cabo Lilibeo
y Cartago, y aguardaba el momento oportuno para la
navegación. Aprovechando un viento favorable bastante 3
fuerte, desplegó todas las velas y a favor del viento de
popa fue navegando hacia la misma boca del puerto
con los hombres armados y dispuestos para el combate
sobre las cubiertas. Los romanos, en parte por lo sú- 4
bito de la aparición, y en parte atemorizados por la
posibilidad de que el viento les empujara hacia dentro
del puerto enemigo, renunciaron a impedir la entrada
de los refuerzos y se quedaron en la costa atónitos por
la audacia de los enemigos. Toda la población, corrien- 5
do desde la ciudad a congregarse sobre los muros, se
angustiaba por lo que fuera a suceder, y al mismo
tiempo se llenó de alegría por aquella esperanza ines-
perada; incitaba con aplausos y griterío a los que ya
navegaban enfilando la bocana. Aníbal, que se había 6
introducido en el puerto de manera tan peligrosa y
temeraria, fondeó dentro de él e hizo desembarcar sin
riesgo alguno a sus tropas. Todos los habitantes de la 7
ciudad rebosaban de gozo, no tanto por la presencia
del auxilio, aunque gracias a ellos concibieron grandes
esperanzas y aumentaron sus tropas, como por el hecho
de que los romanos no se habían atrevido a obstacu-
lizar la entrada de los cartagineses.

Imilcón, el general de la plaza, al ver el ardor y el 45
buen ánimo tanto de los que estaban en la ciudad, gra-
cias a la presencia de los refuerzos, como de los recién
llegados, que desconocían las desgracias que les rodea-
ban, deseoso de aprovechar íntegramente el brío de 2
unos y de otros para pegar fuego a las obras enemigas,
los convocó a todos a una asamblea; hizo una larga 3
arenga con palabras adecuadas a aquellas circunstan-

---

122 Hoy son las islas Favignana y Levanzo, al O. de Sicilia.

cias, y les contagió un ardor extraordinario, tanto por
la magnitud de las promesas hechas a los que se dis-
tinguieran personalmente por su valor, como por los
dones y recompensas que recibiría de los cartagineses
4 todo el ejército. Hubo aplausos generales y un clamor
de que no se difiriera la acción, antes bien, debían ya
mandarles. Imilcón les alabó, agradeció su gran em-
peño y les despidió con la orden de que se retiraran
a descansar por el momento, y de que obedecieran a los
5 oficiales. No mucho más tarde convocó a éstos, asignó
a cada uno los lugares apropiados para el asalto, les
indicó el santo y seña y la hora del ataque y ordenó a
los comandantes estar en sus posiciones con todos sus
6 hombres al despuntar el día. Éstos obedecieron, e
Imilcón sacó sus fuerzas al amanecer y atacó al punto
7 las obras por muchos lugares. Los romanos ya pre-
veían lo que iba a ocurrir, de modo que no permane-
cieron ni inactivos ni impreparados, sino que dispu-
sieron las defensas allí donde se requerían, y lucharon
8 corajudamente contra los adversarios. En poco tiempo
todos entraron en la liza, y se empeñó un duro com-
bate alrededor del muro; los de la ciudad eran no
menos de veinte mil, pero los de afuera les superaban
9 en número. Y en el mismo grado en que los hombres
luchaban no alineados, sino revueltos y cada uno a su
manera, la lucha se hizo más terrible, como si dentro
de tan enorme muchedumbre se hubiera entablado
un duelo y una rivalidad propios de quienes comba-
10 ten en lucha singular o de unidad contra unidad. Pero
el griterío y apelotonamiento se dieron al máximo junto
11 a las obras de los romanos. Los que, en los dos cam-
pos, habían sido situados en este lugar desde el prin-
cipio, unos para poner en fuga a los defensores de
las obras, los otros para impedirlo, desplegaron tal
brío y encarnizamiento, aquéllos en su intento de ahu-
yentar al enemigo, éstos en su enérgica resolución de

no ceder, que acabaron por morir todos en sus puestos del principio. Al mismo tiempo se mezclaban con 12
ellos portadores de teas, de estopa y de fuego, quienes se lanzaban por todas partes y atacaban con tal audacia las máquinas de guerra, que los romanos se vieron en el apuro más extremo, pues no lograban rechazar la acometida adversaria. Pero el general de 13
los cartagineses, observando que en la batalla le morían muchos hombres sin conseguir apoderarse de las obras, que era el objetivo propuesto, ordenó a los trompetas tocar retirada. Los romanos, que estuvieron a 14
punto de perder todo su material, al final quedaron dueños de sus obras y retuvieron todas sus posiciones con seguridad.

Después de estos hechos, Aníbal zarpó, todavía de 46
noche, con sus naves, sin que los enemigos lo advirtieran, y se dirigió a Drépana, al encuentro de Adérbal, el general de los cartagineses. Lo estratégico del lugar 2
y la belleza del puerto que está junto a esta plaza habían inducido desde siempre a los cartagineses a poner un especial interés en su custodia. Este lugar dista 3
de Lilibeo unos ciento veinte estadios.

En Cartago querían saber qué ocurría en Lilibeo, 4
pero no lo conseguían, porque unos estaban sitiados y los otros sometidos a una vigilancia estrecha. Un hombre perteneciente a la nobleza[123], Aníbal, llamado el rodio, les anunció que se adentraría, navegando, en el puerto de Lilibeo, que lo inspeccionaría todo con sus propios ojos y que se lo expondría. Los cartagineses 5
oyeron con agrado este ofrecimiento, pero no le dieron crédito porque los romanos bloqueaban con su escua-

123 Aquí la tradición manuscrita griega vacila; el códice Vindobonense dice lo contrario: «perteneciente a la masa». Pero el hecho de que el nombre de este Aníbal venga acompañado de su gentilicio indica nobleza, y por esto es preferible la lectura adoptada.

dra la boca del puerto contra cualquier intento de pe-
6 netración. Mas Aníbal el rodio aparejó su propia nave,
se hizo a la mar y puso rumbo hacia una de las islas
que hay delante de Lilibeo. Al día siguiene, aprove-
chando un viento favorable que se levantó en el mo-
mento oportuno, y hacia la hora cuarta, ante la sor-
presa de todo el enemigo que contemplaba su audacia,
7 entró en el puerto. Y dispuso sin dilación su marcha
8 para el día siguiente. El cónsul romano pretendió vi-
gilar con más cuidado el paraje de la bocana, y dispuso
por la noche las diez naves romanas más marineras;
él mismo, situado junto al puerto, iba observando lo
9 *que ocurría, así como todo su ejército.* Las naves de
la bocana estaban al acecho por ambos lados, y se ha-
bían arrimado a los escollos lo más posible, con los
remos en alto para atacar y capturar la nave que iba
10 a salir. El rodio hizo su salida a alta mar a la vista
de todos; con sus maneras desafió al enemigo por su
audacia y por la velocidad de su singladura. En efecto:
no sólo salió con la nave y sus hombres intactos, pa-
11 sando rápido por entre las naves romanas, inmóviles,
sino que, tras adelantarse algo, se detuvo e hizo que
sus hombres levantaran los remos en señal de provo-
12 cación al enemigo. Remaba a un ritmo tan vivo que
nadie se atrevió a zarpar en pos de él. Y se alejó tras
insultar con una sola nave la flota adversaria íntegra.
13 Desde entonces hizo esto muchas veces, lo cual resultó
muy útil a los cartagineses, pues siempre les aclaraba
lo que era urgente, e infundía ánimo a los asediados;
a los romanos, les aturdía con su osadía.

47 Contribuía mucho a su audacia el hecho de que su
experiencia le había señalado muy exactamente la en-
2 trada del puerto a través de los bajíos. Hecha la tra-
vesía, desde la parte de Italia enfilaba de proa la torre
que está junto al mar, de manera que cubría toda la

línea de las torres de la ciudad orientadas hacia el
Africa; sólo de esta manera es posible, si se navega
con viento favorable, dar con la bocana del puerto.
Muchos cobraron ánimo por la audacia del rodio, y co- 3
nocedores también de aquellos parajes, se animaron a
hacer lo mismo. Y los romanos, enojados con lo que
sucedía, empezaron a terraplenar la bocana del puerto.
Pero en la mayor parte de los puntos su intentó fra- 4
casó, debido a la profundidad del mar y a que nada
de lo que arrojaban lograban que cuajara ni prendiera.
Lo que echaban, el oleaje y la fuerza de la corriente
lo esparcía en el acto, y se les desparramaba. En un 5
punto donde había un bajío lograron, tras muchas fa-
tigas, que se les sostuviera un terraplén, en el que en-
calló una cuatrirreme que había hecho una salida noc-
turna. Los romanos la capturaron: sobresalía por la
construcción de su estructura. Los romanos, una vez 6
se hubieron apoderado de ella, la dotaron de una tri-
pulación escogida, y acechaban a todos los que entra-
ban navegando, principalmente al rodio. Precisamente 7
éste había penetrado de noche, y después se hizo a la
mar a la vista de todos. Vio que la cuatrirreme le ata-
caba con toda intención, reconoció a la nave y se alar-
mó. Primero intentó vencerla en velocidad, pero cogido 8
por la habilidad de la otra tripulación, al final viró y
se vio obligado a trabar combate con el enemigo. Su- 9
perado por el número y la selección de la dotación de
la nave romana, el rodio cayó en manos del adver-
sario. Los romanos, dueños entonces también de esta 10
nave, muy bien equipada, la dispusieron según sus ne-
cesidades, y así anularon la audacia de los que nave-
gaban hacia Lilibeo.

Los asediados activaban enérgicamente sus defen- 48
sas, pero habían renunciado a derrumbar y a destruir
los dispositivos del enemigo, cuando he aquí que se 2

levanta un viento, contra los mismos soportes[124] de los ingenios de guerra, de tal fuerza e ímpetu que hacía tambalear las galerías y, con su violencia, se llevó las
3 torres protectoras. En este momento unos mercenarios griegos advirtieron que aquel cambio les era propicio para destruir los ingenios romanos, y comunicaron su
4 observación al general cartaginés. Éste la acogió, y al instante dispuso las medidas necesarias para la operación. Aquéllos jóvenes, entonces, formaron grupos compactos, y desde tres lugares pegaron fuego a las obras.
5 Y como sus aparejos eran muy combustibles, porque eran viejos, y la fuerza del viento arreciaba y hacía trastabillar los soportes de las torres y de los ingenios bélicos, la acción devoradora del fuego resultó fuerte y eficaz, mientras que la defensa y el auxilio de los romanos terminaron siendo tan difíciles como inútiles.
6 En efecto, tal era el desconcierto que producía la catástrofe a los que intentaban salvar las obras, que eran incapaces de comprender y ver lo que se estaba desarrollando. Cegados por el hollín que les caía encima, por las centellas y por la densa humareda, no pocos caían y perecían sin lograr acercarse al lugar donde
7 debía efectuarse la defensa. Y cuanto más embarazosa era la situación para los romanos por las causas ya dichas, tanto más fácil lo era para los incendiarios.
8 Pues todo lo que cegaba y dañaba era llevado por el soplo del viento y empujado contra los enemigos,

[124] Aquí el texto griego no es muy claro: PATON, *Polybius*, apunta «los aparatos que hacían avanzar los ingenios de guerra, y SCHWEIGHÄUSER, *Polybii...*, «in ipsas machinas quae admovebantur». Es menos convincente. La idea parece ser que los ingenios de guerra (principalmente arietes y catapultas) estaban clavados a plataformas movibles, que podían avanzar o retroceder, según se necesitara; además, estaban protegidas por unos cobertizos que defendían, principalmente, a los servidores de las piezas. Es lo que en latín se llamaba *vinea*. Las torres protegían el conjunto. El viento, naturalmente, era un terral.

mientras que los disparos o las teas destinadas a los
defensores y a la destrucción de las obras daban en
el blanco, porque los que los tiraban veían bien los
lugares que tenían delante, y sus proyectiles eran efi-
caces: los golpes resultaban devastadores, ya que la
fuerza del viento ayudaba a los que los lanzaban. La 9
destrucción acabó por ser tan completa, que el fuego
inutilizó los soportes de las torres y las estructuras de
los arietes. Todo esto hizo que los romanos renuncia- 10
ran a seguir el asedio con ayuda de máquinas. Exca-
varon un foso en torno a la ciudad, la rodearon de una
trinchera circular, envolvieron su propio campamento
con un muro y confiaron la operación al tiempo. Los 11
de Lilibeo reconstruyeron su muralla, que había sido
destruida, y soportaron el cerco ya con confianza.

Batalla de Drépana

Llegó a Roma la noticia de este 49
estado de cosas, y después fueron
muchos los que anunciaron que
la mayor parte de las dotaciones
de la flota se habían perdido en
las obras y en el asedio en general. Entonces, los ro- 2
manos reclutaron con todo celo marineros, juntando
unos diez mil, y los enviaron a Sicilia. Cuando atrave- 3
saron el estrecho, y llegaron a pie al campamento de
Lilibeo, el cónsul romano, Publio Claudio[125], reunió a
los tribunos[126] y les manifestó que era el momento de
navegar hacia Drépana con toda la flota, porque Adér- 4
bal, el general cartaginés que detentaba allí el mando,
no estaba preparado para tal eventualidad. Ignoraba,
en efecto, la presencia de las tripulaciones romanas,
y estaba convencido de que la flota enemiga no podía
navegar por la pérdida de hombres sufrida durante el

[125] Estamos en el años 249/248.

[126] Se trata de los *tribuni militum.* Durante la época republicana, que es la que historia Polibio, eran los oficiales de más edad de cada una de las legiones.

5 asedio. Los tribunos asintieron sin poner dificultades,
y Publio Claudio hizo embarcar al punto las dotaciones
ya veteranas y también las recién llegadas; pero en
cuanto a las tropas encargadas de los abordajes, esco-
gió de todo el ejército a los mejores que se habían
presentado voluntarios porque la navegación era corta
6 y el lucro les parecía seguro. Realizados todos estos
preparativos, se zarpó a media noche sin que los ene-
migos lo notaran. Los romanos emprendieron la nave-
gación agrupados al principio, con la costa a su de-
7 recha[127]. Las primeras naves aparecieron en Drépana
al amanecer, y Adérbal, al verlas, primero se extrañó
8 ante cosa tan inesperada. Sin embargo, se recobró
pronto, y al observar el ataque naval de los romanos,
decidió intentar y soportar todo antes que permitir
9 verse sitiados y sufrir el asedio previsible. Con este fin
concentró inmediatamente a sus dotaciones en la costa
y por medio de una proclama reunió a los mercenarios
10 de la ciudad. Ya congregados, les imbuyó en breves
palabras la idea de que podían esperar la victoria si se
atrevían a una batalla naval, y les recordó las penali-
dades de un asedio si se mostraban remisos al consi-
11 derar el peligro. Los mercenarios se declararon dis-
puestos con prontitud a la batalla, y clamaban que se
les condujera sin tardanza a ella. Adérbal alabó y acep-
tó su ardor, ordenó que embarcaran a toda prisa, que
observaran su nave y que le siguieran, a popa de ella.
12 Aclaró, pues, lo dicho con toda diligencia, y él mismo
fue el primero en iniciar la navegación. Salió casi ro-
zando las rocas, por el lado de la rada opuesto a aquél
por donde penetraba el enemigo.

50 Publio Claudio, el cónsul romano, vio que, contra
lo que él esperaba, los enemigos ni cedían ni se que-
daban inactivos ante aquella arremetida naval, sino

127 Es decir, en dirección N.

que estaban prestos a combatir. De sus naves, unas se 2
encontraban ya dentro del puerto, otras en la misma
bocana, mientras que las restantes estaban ya muy pró-
ximas a ella. Ordenó a toda su escuadra virar en re-
dondo y navegar de nuevo hacia fuera. Pero este viraje 3
hizo que las naves que estaban ya en el puerto choca-
ran contra las de la bocana, lo cual ocasionó una gran
confusión entre las tripulaciones, y, además, al entre-
chocar unos navíos con otros, se quebraban mutuamen-
te las hileras de remos. Con todo, los trierarcos iban 4
alineando paralelamente a la costa los buques que iban
saliendo, e inmediatamente les disponían de manera
que presentaran la proa al enemigo. Publio Claudio 5
había navegado desde el inicio detrás de toda la es-
cuadra; entonces, en plena navegación, viró hacia alta
mar, y se situó a la izquierda de su formación. Adér- 6
bal, por su parte, rebasó en aquel mismo momento la
izquierda adversaria con cinco naves de gran calado,
y situó la suya de proa contra el enemigo, desde alta
mar. Y al tiempo que iba navegando, transmitía órde- 7
nes, por medio de sus oficiales, a las que establecían
contacto con él, para que se unieran a su alineación e
hicieran lo que él mismo. Situadas ya todas de frente, 8
dio la señal por medio de la consigna, y empezó el
ataque frontal. Los romanos permanecían junto a la
costa, porque iban recogiendo las naves que salían
del puerto, de lo que les resultó una gran desventa- 9
ja, porque iban a librar la batalla pegados a la tierra
firme.

Cuando estuvieron a poca distancia, las dos naves 51
capitanas dieron la señal, y ambas escuadras se arre-
metieron mutuamente. Al principio la pugna fue inde- 2
cisa, porque ambos bandos echaban mano, como si
fueran soldados de marina, de lo más escogido de sus
tropas terrestres. Pero, poco a poco, los cartagineses 3
se iban imponiendo, porque en el conjunto de la re-

4 friega tenían muchas ventajas. Eran muy superiores en
velocidad por la sobresaliente construcción de sus na-
ves y por el entrenamiento de sus tripulaciones; ade-
más, les favorecía mucho el paraje, pues habían dis-
5 puesto su formación en alta mar. Si algunas de sus
naves se veían acosadas por el enemigo, retrocedían a
6 alta mar con toda seguridad, por su gran rapidez; des-
pués se revolvían contra las naves atacantes que les
perseguían, navegaban en torno suyo, arremetían contra
ellas de refilón cuando también viraban, y las romanas
se veían en apuros debido a su pesadez y a la impe-
ricia de sus dotaciones. Recibían una lluvia de impac-
7 tos y se hundían en gran número. En cambio, si una
nave de la formación cartaginesa corría peligro, la ayu-
daban prestamente desde sitio seguro y la sacaban del
riesgo; para ello navegaban desde el mar abierto junto
8 a la popa de la nave amenazada. Naturalmente, a los
romanos les ocurría todo lo contrario. Los acosados
no podían retroceder, ya que libraban la batalla junto
a la tierra firme; cada vez que una de sus naves se
veía acorralada por las que tenía enfrente, o bien caía
en los bajíos y encallaba de proa, o bien se estrellaba,
9 empujada contra la costa. La impericia de las dota-
ciones romanas y la pesadez de sus naves hacía impo-
sible algo que proporciona grandes éxitos en las bata-
llas navales: navegar entre los navíos enemigos y salir
10 por detrás contra los que pelean contra la formación
propia[128]. Ni siquiera podían todavía socorrer por la
popa a los que lo necesitaban, porque los que querían
prestarles ayuda se encontraban pegados a la costa y
11 no disponían ni de un mínimo espacio. Al ser tal el
desastre general de la batalla, y como unas naves ha-
bían encallado en los bajíos y otras habían naufragado,

[128] Es una táctica muy corriente en las batallas navales antiguas.

el cónsul romano, al ver lo ocurrido, se lanzó a la fuga
desde el flanco izquierdo, bordeando la costa, y con él
treinta naves, las que tenía más cerca. Los cartagine- 12
ses se apoderaron de los navíos restantes, noventa y
tres en número, y también de sus dotaciones, a excep-
ción de aquellos hombres que lograron escapar por
haberse estrellado sus naves contra la costa.

Librada esta batalla naval, Adérbal alcanzó un gran 52
prestigio entre los cartagineses, puesto que gracias a
él, a su previsión y audacia, se había llegado a un tér-
mino feliz. Publio Claudio, por el contrario, se vio entre 2
los romanos muy desacreditado y acusado, porque se
había lanzado de una manera irracional e impremedi-
tada a aquella empresa, y por su culpa había infligido
un daño no pequeño a la ciudad de Roma. Por eso, a 3
continuación le sometieron a juicio y le impusieron
una fuerte multa y duras condenas. Sin embargo, los 4
romanos, a pesar de estos sucesos, como ambicionaban
el dominio universal, encajaron el desastre sin descui-
dar sus posibilidades, sino que se aplicaron a la pro-
secución de las operaciones. Por eso, llegado el tiempo 5
de la elección de los magistrados, y nombrados los
cónsules, a uno de ellos, Lucio Junio[129], le mandan sin
dilación a abastecer de víveres a los que asediaban
Lilibeo, y de las demás mercancías y provisiones para
el ejército; como escolta dotaron sesenta naves. Lucio 6
Junio, al llegar a Mesina, recogió las naves que le salie-
ron al encuentro desde el campamento y desde otras
partes de Sicilia y se trasladó rápidamente a Siracusa
con ciento veinte naves de guerra y casi ochocientas
naves de carga que transportaban las mercancías. Desde 7
allí, después de entregar a los cuestores la mitad de

[129] Aquí Polibio sufre una confusión, ya que Lucio Junio Pulo no era sucesor, sino colega de Publio; estamos en el año 249.

los barcos de carga y algunas de las naves de guerra, les mandó zarpar de inmediato, pues tenía gran inte-
8 rés en avituallar al ejército de lo que necesitara. Él se quedó en Siracusa para recoger a los que en la navegación desde Mesina habían quedado rezagados y para recibir la entrega de trigo que le harían los aliados del interior.

Más desastres navales romanos

53 Por el mismo tiempo, Adérbal remitió a Cartago los hombres aprisionados en la batalla naval, y también las embarcaciones cap-
2 turadas. Entregó a su colega en el mando, Cartalón, treinta naves, además de las se-
3 tenta que él mismo había traído, y le destacó con la orden de caer de improviso sobre la flota enemiga fondeada en Lilibeo, apoderarse de las naves que pudiera
4 e incendiar las restantes. Cartalón cumplió las instrucciones, se hizo a la mar al rayar el alba, pegó fuego a unas naves enemigas y remolcó otras, con lo que sobrevino una gran confusión en el campamento de los
5 romanos. En efecto, mientras corrían a proteger sus buques entre un gran griterío, Imilcón, el que defendía Lilibeo, cuando ya se hizo de día observó lo ocurrido,
6 y mandó allí, desde la ciudad, a los mercenarios. Y los romanos, como los peligros se cernían sobre ellos por todas partes, cayeron en un desánimo no pequeño
7 ni vulgar. El almirante cartaginés, que había logrado tirar de algunos navíos e incendiar otros, una vez realizado todo ello se apartó algo de Lilibeo en dirección a Heraclea y quedó al acecho, con la intención de cerrar el paso a los que navegaran hacia el campamento.
8 Cuando los vigías le avisaron de que naves de todo tipo se dirigían, en gran cantidad, hacia allí y ya estaban cerca, levó anclas y se hizo a la mar, movido por el afán de trabar combate, porque a causa de su
9 anterior victoria, menospreciaba a los romanos. En-

tonces mismo los laúdes que habitualmente navegaban
al frente de la formación anunciaron a los cuestores,
mandados desde Siracusa a los puestos avanzados, la
aproximación de los enemigos. Los cuestores[130] no se 10
creyeron con efectivos suficientes para una batalla na-
val, por lo que fondearon delante de un villorrio[131] de
los que habían sometido. No tenía puerto, pero dis-
ponía de atracaderos, y unos brazos de tierra le res-
guardaban frente a la costa. Los siracusanos desem- 11
barcaron allí, montaron las ballestas y las catapultas
que sacaron de la ciudad y aguardaron la llegada del
adversario. Cuando los cartagineses se aproximaron, 12
inicialmente se dispusieron a bloquearlos porque esta-
ban convencidos de que los hombres, aterrorizados,
se retirarían hacia el villorrio, y ellos podrían apode-
rarse sin riesgo de las naves. Pero, como su esperanza 13
no prosperaba, sino que, por el contrario, los romanos
se defendían con entereza, y como el paraje presentaba
dificultades de toda especie, arrastraron unos pocos
transportes cargados de vituallas y se retiraron hacia
un río, fondearon allí, y así aguardaban la salida de
los romanos.

El cónsul que había quedado en Siracusa, cuando 54
hubo cumplido sus propósitos, dobló el cabo Paquino
con rumbo hacia Lilibeo; ignoraba totalmente lo ocu-
rrido a los que habían zarpado con anterioridad. Los 2
vigías señalaron al almirante cartaginés la reaparición
del adversario, por lo que navegó velozmente a alta
mar, con la intención de entablar combate contra
estos romanos a la mayor distancia posible de la otra
flota enemiga. Junio había avistado de lejos la escua- 3
dra de los cartagineses, con su gran número de navíos,

130 Aunque la función de los *quaestores* era básicamente administrativa, ello no excluye que alguna vez, como precisamente aquí, lleguen a ejercer un mando militar.

131 Parece que se trata de la población de Gela.

y no se atrevió a establecer contacto. Pero tampoco
podía ya huir, por la proximidad del enemigo. Viró,
pues, hacia unas aguas agitadas y peligrosas desde
4 todos los puntos de vista, y fondeó en ellas; prefería
sufrir lo que fuera preciso, a dejar que el enemigo se
5 apoderara de su ejército íntegro. Dándose cuenta de
la situación, el almirante cartaginés renunció a expo-
nerse y a acercarse a aquellos parajes, y ocupó un
promontorio, delante del que fondeó, y observaba a las
6 dos flotas, apostado entre ambas. Pero, como sobre-
vino un temporal y el estado del mar presagiaba una
mar arbolada más general, los pilotos cartagineses que,
por su conocimiento de aquellos parajes y el cariz del
tiempo preveían lo que se avecinaba y predijeron lo
que sucedería, convencieron a Cartalón de huir de la
7 tempestad y doblar el cabo Paquino. Cartalón, efecti-
vamente, aceptó con buen juicio el consejo, y los carta-
gineses, tras muchas penalidades, rebasaron a duras
penas el cabo, y lograron fondear en lugar seguro.
8 Mientras tanto, cuando sobrevino la tormenta, las flo-
tas romanas, como aquellos parajes no disponían en
absoluto de abrigos, quedaron destrozadas de tal modo,
que ni siquiera de los restos del naufragio quedó nada
aprovechable, pues ambas resultaron inutilizadas por
completo por este desastre imprevisto.

55 Ello hizo que los cartagineses volvieran a levantar
2 cabeza y que sus esperanzas progresaran otra vez. Los
romanos, por su parte, que ya habían sufrido antes
descalabros, pero ahora un desastre general, abandona-
ron totalmente el mar, aunque continuaron dominando
la tierra firme. Los cartagineses, superiores, pues, en lo
naval, no excluían totalmente la idea de apoderarse
3 también de los territorios. Tanto en Roma como en los
campamentos de Lilibeo todo el mundo se lamentaba,
tras tales acontecimientos, de los desastres reseñados.
4 No se descartó, sin embargo, el propósito que les había

llevado al asedio; unos ponían todo su empeño en apro-
visionar por tierra, mientras que los otros resistían en
su lugar con todas sus fuerzas. Tras el naufragio, 5
Lucio Junio regresó al campamento y, abrumado, se
puso a idear algo nuevo para realizar alguna cosa con
éxito; le urgía resarcirse de los estragos sufridos. Así 6
que aprovechó un pretexto insignificante y se adueñó
de Érice mediante una intriga. Con ello, dominó el
templo de Afrodita [132] y la ciudad. Érice es un monte 7
junto a la costa de Sicilia, en el lado que está frente
a Italia, situado entre Drépana y Palermo, pero más
seguro y colindante con Drépana. Por su altitud supera
en mucho a los demás montes de Sicilia [133], a excepción
del Hercte. En la misma cumbre de esta altura, que 8
es una llanada, se levanta el templo de Afrodita Eri-
cina, el cual, sin duda alguna, es el más suntuoso de
Sicilia, tanto por las riquezas que alberga como por la
magnificencia de su construcción. La ciudad está si- 9
tuada debajo mismo de la cumbre, y la ascensión hacia
ella dura mucho y es penosa desde todas partes. Lucio 10
Junio estableció una posición en la cumbre y, al propio
tiempo, otra en los accesos a Drépana. Vigilaba con
cuidado ambos parajes, pero aún más el de la cuesta,
convencido de que con ello no sólo retenía con segu-

---

132 Es el templo de Afrodita Ericina, donde se practicaba la prostitución sagrada.

133 Aquí hay un problema de crítica textual, que condiciona la traducción; la lectura griega adoptada es la de Büttner-Wobst. Pero PÉDECH, *Polybe,* I, ad loc., conjetura que se trata del monte llamado antiguamente Heircte (hoy Castellaccio); el monte Érice es, sin duda, el actual San Giuliano. Sea como sea, el monte aquí aludido no es el más alto de Sicilia. Con todo, el término griego no significa necesariamente «alto»; puede significar «imponente», «excepcional», en cuyo caso, aun ignorando la causa que hace que Polibio califique el monte así, la falsedad de su afirmación desaparecería.

ridad la población, sino que además dominaba todo el monte.

Estrategia de Amílcar Barca

56 Después de esto, los cartagineses nombraron comandante a Amílcar, el llamado Barca[134], y le confiaron la dirección de su flota.
2 Él, pues, tomó el mando de las fuerzas navales, y navegó hacia Italia para devastarla;
3 era el año dieciocho de aquella guerra. Taló la Lócride[135] y el país de Brutio, zarpó de allí con toda su escuadra y desembarcó en la región de Palermo, donde conquistó el lugar llamado Hercte, situado entre Érice y Palermo, en el litoral. Este punto aventaja mucho a los demás: su emplazamiento es muy apto para la seguridad de los campamentos en una estancia pro-
4 longada, porque se trata de un monte abrupto y suficientemente alto, que se yergue dominando los territorios circundantes. El perímetro de la corona superior no es inferior a los cien estadios, y bajo ella, las tierras que la rodean ofrecen buenos pastos y son, además, cultivables. La montaña está excelentemente situada en cuanto a los vientos marinos, y carece en
5 absoluto de animales mortíferos. La cercan barrancos infranqueables, tanto del lado del mar como viniendo de tierra adentro; el espacio intermedio entre ellos
6 precisa sólo una defensa pequeña y reducida. En este monte hay también un mamelón que sirve tanto de fortaleza, como de excelente atalaya del país que tiene
7 a sus pies. Dispone de un puerto muy favorable para efectuar incursiones contra Italia tomando como base Drépana y Lilibeo, y en él hay agua en abundancia.
8 Hacia él hay sólo tres accesos, los tres muy escabro-

134 Estamos en los años 247/246.

135 Los locrios epicefirios habían fundado una colonia al S. de Italia, a la altura de la actual Reggio, pero en la costa del mar Jonio.

sos, dos por tierra y uno por mar. Amílcar, pues, 9
acampó aquí, de modo arriesgado, ciertamente, ya que
no tenía a su alcance ni ciudad amiga ni otra esperanza, y se había situado en medio del enemigo. Pero
llevó a los romanos combates no pequeños ni ordinarios. En primer lugar, desde allí hacía incursiones 10
por mar, y devastaba el litoral italiano hasta el territorio de Cumas, y, además, al haber acampado los ro- 11
manos frente a él, delante de la ciudad de Palermo,
a una distancia aproximada de cinco estadios, trabó
con ellos muchos combates de todo tipo durante casi
tres años. Pero hacer una narración pormenorizada
de estas luchas es imposible.

En efecto, como cuando, en la pelea por una co- 57
rona, dos púgiles sobresalientes por su coraje y sus
aptitudes se asestan ininterrumpidamente golpe tras
golpe, a los espectadores y a los propios contendientes
les es imposible realizar un pronóstico y explicar cada
golpe y cada acoso; en cambio la conjunción del vigor 2
y del ardor de ambos hombres permite hacerse una
idea suficiente de su saber, de su potencia y de su ardimiento. Esto es lo que ocurría con los generales citados[136]. Un autor sería incapaz de enumerar las ideas 3
y las modalidades con que cada día se tendían emboscadas y contraemboscadas, daban golpes de mano y
libraban escaramuzas; para los lectores ello sería inacabable, y, al mismo tiempo, la utilidad de tal lectura
sería nula. Pero la exposición general de los hechos y 4
el desenlace definitivo de las operaciones permitirán
una comprensión mejor de lo reseñado. Allí no se omi- 5
tió ninguna de las estratagemas registradas por la
historia ni ninguna argucia ofrecida por la ocasión o
por circunstancia concurrente ni nada de aquello que

[136] Polibio ha citado sólo al general cartaginés, pero no al romano: ha sufrido, pues, un *lapsus*.

6 una audacia enérgica e imprevisible exige. Muchas eran las causas que imposibilitaban una decisión: las fuerzas de ambos eran aproximadas en número, las tierras que rodeaban las trincheras eran igualmente inaccesibles por su fragosidad; la distancia entre ambos
7 campamentos era muy pequeña. Aquí radicaba la causa principal de que día tras día hubiera encuentros parciales continuos, pero nunca se librara una batalla
8 campal. Pues siempre ocurría que en los combates morían sólo los que llegaban a las manos; en cambio, los que retrocedían quedaban inmediatamente fuera de peligro, bajo la protección de sus propias defensas, y de nuevo se revolvían y regresaban al combate.

58 Sin embargo, la Fortuna, a fuer de árbitro imparcial[137], les arrebató, contra todo pronóstico, del lugar indicado y del modo de lucha, y les encerró en una contienda más peligrosa en un espacio más reducido.
2 En efecto, a pesar de que los romanos custodiaban el Érice tanto en su cumbre como al pie del monte, tal como expusimos[138], Amílcar ocupó la ciudad de los ericinos, que estaba entre la cima y los que acampaban
3 al pie de la montaña. Así, de modo imprevisible, los romanos, dueños de la altura, tuvieron que soportar un asedio y sufrir sus peligros, mientras que los cartagineses, batidos desde todas partes, resistían increíblemente, tanto más cuanto el aprovisionamiento no les llegaba con facilidad, ya que se comunicaban con el mar por un paraje únicamente, el cual disponía de una
4 sola ruta. Pero también aquí los dos bandos, que empleaban uno contra otro toda suerte de recursos y armas propios de un asedio, que soportaban toda clase de penalidades, cuando hubieron probado ataques y

---

137 Referencia al uso griego, según el cual en cualquier competición, cuando el resultado era indeciso, un árbitro decidía quién era el vencedor.

138 I 55, 6-10.

peleas de todo tipo, acabaron por trenzar la corona 5
sagrada[139], no extenuados y vencidos por el sufrimiento,
que es la tesis de Fabio Pictor, sino como hombres
invictos e impasibles. Lo que ocurrió fue que, antes de 6
superar un bando al otro en los dos años que lucha-
ron en aquellos parajes, la guerra concluyó de otra
manera.

La situación del Érice y de las fuerzas de tierra 7
tenía este desarrollo, pero Roma y Cartago parecían
dos gallos de pelea de buena raza cuando luchan por
su vida. Muchas veces, éstos han perdido ya el uso de 8
las alas por encontrarse extenuados, pero conservan
el coraje intacto, y siguen asestándose golpes[140] hasta
que, cayendo maquinalmente uno encima del otro, se
agarran por una parte vital, y, entonces, uno de los
dos acaba por morir. Así, romanos y cartagineses, ren- 9
didos ya de fatiga por los lances ininterrumpidos, aca-
baron convirtiéndose en insensibles, y sus fuerzas se
paralizaron, agotadas por los impuestos y gastos con-
tinuos.

Pero los romanos luchaban con el mismo ánimo en 59
busca de recursos materiales, aunque hacía casi cinco
años que habían renunciado totalmente a las operacio-
nes navales, debido a sus descalabros[141], y, además,
porque estaban convencidos de que con sus tropas te-
rrestres decidirían la guerra. Sin embargo, al ver 2

139 Pese a lo dicho en la nota 137, alguna vez ni el árbitro era capaz de decidir un vencedor, en cuyo caso la corona destinada a él se ofrendaba a los dioses.

140 No todos los traductores interpretan así la frase griega correspondiente; SCHWEIGHÄUSER, *Polybii...*, traduce exactamente lo contrario: *omittunt aliquantisper plagas*. Pero el verbo griego recubierto aquí por «asestar» siempre significa, en Polibio, «disparar», aunque en general presenta también la acepción de «omitir».

141 Se refiere, principalmente, a los descalabros de Camarina (255).

entonces que la empresa no prosperaba según sus
cálculos, principalmente por la audacia del general car-
taginés, decidieron depositar por tercera vez sus espe-
3 ranzas en las fuerzas navales. Suponían que sólo a través
de este proyecto, si lograban conducir su empresa con
acierto pondrían un final ventajoso a esta guerra. Y
4 acabaron por lograrlo. Primero habían cedido a los
azares de la Fortuna y se habían retirado del mar; des-
pués fueron derrotados en la batalla naval de Dré-
5 pana. De modo que entonces hicieron la tentativa por
tercera vez, y gracias a ella vencieron: cortaron los
aprovisionamientos por mar a los campamentos carta-
gineses del Érice, y acabaron definitivamente la guerra.
6 En esta empresa, el espíritu bélico fue decisivo, porque
en el erario público ya no había dinero para el pro-
yecto, pero por la emulación y la generosidad que de-
mostraron los hombres más importantes hacia el bien
7 común se encontró el medio de llevarlo a cabo. En
efecto, cada uno individualmente, o entre dos o tres,
según las posibilidades, se prestaron a abastecer una
quinquerreme ya equipada, a condición de recobrar
los gastos si la empresa se desarrollaba tal como es-
8 peraban. De esta manera, no tardaron nada en disponer
doscientas naves quinquerremes, que fabricaron si-
guiendo el modelo de la embarcación rodia [142], y, a con-
tinuación, nombraron jefe supremo a Cayo Lutacio y
9 le enviaron con la flota a principios del verano. Éste
apareció inopinadamente en los parajes de Sicilia, pre-
cisamente cuando la flota cartaginesa se había retirado
en su totalidad a sus bases, y se apoderó del puerto
de Drépana y de las posiciones y fondeaderos próximos
10 a Lilibeo. Concentró las máquinas de guerra alrededor
de la ciudad de Drépana y, luego de disponer todo lo
demás para el asedio, se dedicó infatigablemente a

142 Cogida a Aníbal el rodio (I 46, 4-13; 47, 1-10).

ello, haciendo todo lo posible; al mismo tiempo, como 11
preveía la arribada de la flota cartaginesa, y no dejaba
de tener presente el plan inicial, según el cual sólo me-
diante una batalla naval se podría obtener una decisión
irreversible de la guerra, no toleró que el tiempo trans-
curriera de manera inútil ni ociosa. Cada día ordenaba, 12
a las dotaciones, maniobras y ejercicios adecuados a
la operación que planeaba; perseveró, además, en los
entrenamientos restantes, y en muy breve tiempo con-
virtió a sus soldados de marina en atletas para las
maniobras futuras.

Batalla naval de las islas Égatas

Los cartagineses, cuando supie- 60
ron que, contra lo que ellos sos-
pechaban, los romanos se habían
hecho a la mar y que otra vez
les disputaban el dominio del
mar, equiparon al instante sus buques, los cargaron 2
de trigo y de las demás provisiones, y enviaron la
flota: no querían que en los campamentos del Érice
llegara a faltar nada de lo necesario. Nombraron a 3
Hannón[143] jefe de la fuerza naval, y éste, después de
zarpar con dirección a la isla llamada Sagrada[144],
donde recaló, siguió avanzando, presuroso por llegar
a Érice sin que los enemigos lo advirtieran, para de-
positar las provisiones y aligerar el peso de las naves;
después cogió como marineros a los mercenarios más
aptos, y a Amílcar Barca con ellos, para pelear contra
el adversario con tal ayuda. Cayo Lutacio, avisado de 4
la presencia de Hannón y de los suyos, adivinó sus pro-
pósitos. Recogió del ejército de tierra a los hombres

---

143 No debe de ser el Hannón vencido en Agrigento (I 18, 8) y derrotado en Écnomo (I 28, 1 y sigs.), porque los cartagineses raramente confiaban el mando a un general derrotado repetidamente.

144 La isla llamada actualmente Maretimo, la más occidental de las Égatas.

más fuertes y navegó hacia la isla de Egusa[145], situada
5 frente a Lilibeo. Allí arengó a sus fuerzas en términos adecuados a la ocasión, y luego hizo saber a los pilotos
6 que al día siguiente se libraría la batalla naval. Al rayar el alba, con las primeras luces, Lutacio, viendo que se había levantado un fuerte viento que le dificultaba la navegación de cara, y, en cambio, la favorecía al enemigo, porque el mar estaba movido y encrespado, inicialmente vaciló acerca de lo que cabía
7 hacer en aquellas circunstancias, pero luego calculó que si trababa la batalla durante la tormenta, lo hacía contra Hannón, contra sus fuerzas navales y contra
8 unas naves todavía cargadas. En cambio, si esperaba la bonanza y, con este aplazamiento, permitía el paso del enemigo, que llegaría a establecer contacto con su propio campamento, debería vérselas con naves muy maniobreras, y además aligeradas, contra los hombres más vigorosos del ejército de tierra y, lo más grave, contra la audacia de Amílcar Barca, que era entonces
9 más temible que ninguna otra cosa. Por todo ello, decidió no desaprovechar la ocasión presente; vio que las naves enemigas navegaban a toda vela, y él mismo
10 zarpó con rapidez. Debido a su entrenamiento, las dotaciones romanas capearon fácilmente el temporal y Lutacio desplegó en muy poco tiempo sus naves de una en fondo; dispuso su flota de proa contra el enemigo.

61 Al ver que los romanos les interceptaban la travesía, los cartagineses bajaron las vergas[146], se exhor-
2 taron de nave a nave y embistieron al enemigo. Pero como la situación de ambas partes era la inversa a la de la batalla naval que se había librado en Drépana, también, naturalmente, el final de la batalla fue de

---

145 Cf. nota 122.

146 Porque hasta entonces habían navegado a favor del viento, sin necesidad de remar. Pero, en las batallas navales, las embarcaciones siempre se movían a remo, con el velamen abatido.

signo distinto. En efecto, los romanos habían modifi- 3
cado la construcción de sus buques, y habían eliminado
toda la carga, a excepción de lo indispensable para
una batalla naval; las dotaciones, bien entrenadas, die-
ron un rendimiento muy superior; además, poseían
soldados de marina escogidos de los campamentos de
tierra, unos hombres que no sabían ceder. Y a los car- 4
tagineses les ocurrió lo contrario. Sus naves, lastradas,
resultaban poco útiles para correr el riesgo, sus dota-
ciones eran completamente bisoñas y habían embar-
cado de manera ocasional. Los combatientes eran re-
cién alistados y experimentaban por primera vez
aquellos sufrimientos y penalidades. Pues como los 5
cartagineses creían que los romanos ya nunca iban a
disputarles el mar, los desdeñaron y descuidaron sus
fuerzas navales. Así pues, derrotados en muchas partes 6
en el mismo momento de iniciar el choque, abando-
naron rápidamente; perdieron, hundidas, cincuenta na-
ves, y les fueron cogidas setenta con sus dotaciones.
Las que quedaban levantaron sus vergas y, merced a 7
un viento favorable, se replegaron de nuevo a la isla
Sagrada de manera tan inesperada como feliz; cola-
boró con ellos un viento que sopló en el instante pre-
ciso en que lo necesitaron. El general romano regresó 8
a sus campamentos de Lilibeo, y allí se hizo cargo de
las naves capturadas y de los prisioneros, trabajo no
pequeño, porque los prisioneros cogidos en el encuen-
tro no bajaban mucho de los diez mil.

Fin de la guerra. El tratado de paz

Los cartagineses se enteraron 62
de aquella inesperada derrota.
Empujados por su ardor y sus
ambiciones, estaban dispuestos a
continuar la guerra, pero sus re-
cursos ya habían llegado al límite. Ya no estaban en 2
situación de aprovisionar a sus fuerzas de Sicilia, pues-
to que ahora dominaba el mar el adversario. Si las

abandonaban, lo cual, en cierto modo, era una traición,
ya no disponían ni de fuerzas ni de generales para
3 hacer la guerra. Por ello, mandaron sin dilaciones
mensajeros a Amílcar Barca y le otorgaron plenos
poderes en todos los campos. Amílcar, entonces, ac-
tuó de manera muy propia de un general juicioso y
4 prudente, porque mientras la situación presentó al-
guna esperanza razonable, no dejó de hacer nada, por
terrible o arriesgado que pareciera; por el contrario,
había tanteado, más que cualquier otro general, todas
5 las posibilidades de victoria. Pero cuando la situación
le fue tan adversa que ya no quedaba medio razonable
para salvar a los que tenía a sus órdenes, cedió a las
circunstancias de manera sensata y objetiva, y envió
6 mensajeros a tratar de tregua y de paz. Pues hay que
considerar que es propio de un auténtico general ser
capaz de ver tanto la oportunidad de vencer, como la
de abandonar.

7 Lutacio aceptó con gusto tales proposiciones, porque
comprendía que los romanos estaban agotados y can-
sados de aquella guerra. Ellos y los cartagineses pu-
sieron fin a sus diferencias con un pacto redactado así:
8 «Que haya amistad entre romanos y cartagineses bajo
las cláusulas siguientes, si las ratifica el pueblo ro-
mano: los cartagineses se retirarán de toda Sicilia,
no lucharán contra Hierón, ni tomarán las armas con-
9 tra los siracusanos ni contra sus aliados. Devolverán a
los romanos los prisioneros sin rescate alguno, y abo-
narán a los romanos dos mil doscientos talentos de
Eubea en un plazo de veinte años.»

63 Todo esto fue comunicado a Roma, y el pueblo no
estuvo conforme con tal pacto, sino que envió a los
decémviros para que se encargasen de las negociacio-
2 nes. Éstos, una vez allí, no cambiaron ninguno de los
acuerdos generales, pero impusieron condiciones más
3 duras a los cartagineses. Redujeron a la mitad el

tiempo de abonar los impuestos, que, además, subie-
ron en mil talentos, y añadieron la orden de evacuar
las islas que hay entre Italia y Sicilia.

La guerra suscitada entre romanos y cartagineses 4
por el dominio de Sicilia acabó así, con las cláusulas
citadas. Habían luchado ininterrumpidamente durante
veinticuatro años [147]. Entre las que conocemos por haber
oído hablar de ellas, se trata de la guerra más larga,
más continuada y más relevante. En ella —para no 5
hablar de los restantes combates y fuerzas que hemos
dicho más arriba—, ambos bandos trabaron una vez
combate naval con más de quinientas quinquerremes,
y en otra ocasión, poco faltó para que fueran sete-
cientas las quinquerremes contendientes. En esta gue- 6
rra los romanos perdieron unas setecientas quinquerre-
mes, incluidas las hundidas en los naufragios, y los
cartagineses unas quinientas, de manera que los ad- 7
miradores de las flotas y las batallas navales de Antí-
gono, Ptolomeo y Demetrio [148], cuando conozcan estos
números, es natural que se pasmen ante la magnitud
de estos hechos. Además, si se tiene en cuenta la su- 8
perioridad real de las quinquerremes sobre las trirre-
mes con que lucharon los persas contra los griegos,
y después atenienses y espartanos entre sí, no se
podrán en absoluto encontrar fuerzas tan potentes que
hayan batallado en el mar como las de ahora. Ello 9
evidencia lo que ya establecimos al principio: no por
la Fortuna, según sostienen algunos griegos, ni por
casualidad, sino por una causa muy natural, los ro-
manos, entrenados en tales y tan rudas campañas, no

[147] Del 264 al 240.

[148] Alusión a la batalla de Salamina de Chipre (306), de Cos (260), Andros (hacia el 240). Los personajes citados son Antígono Gonatas, Ptolomeo Filadelfo y Demetrio Poliorcetes. Las caracterizaciones de estos personajes pueden verse en Bengston, *Geschichte,* págs. 382-3, 380-1 y 362-5, respectivamente.

sólo intentaron audazmente la hegemonía y el gobierno
del universo, sino que, además, consiguieron su pro-
pósito.

64 ¿Cuál es entonces la causa, podría objetar alguien,
de que los romanos, que habían obtenido el dominio
universal y detentaban ahora un poder mucho mayor
que el de antes, no pudieran dotar aquel número de
2 naves ni hacerse a la mar con tales flotas? Tendremos
ocasión de examinar la causa de esta dificultad cuando
lleguemos al tema de la constitución, sobre la que ni
nosotros deberemos hablar de un modo marginal, ni
3 los oyentes deberán atender con distracción, porque
es un espectáculo hermoso, pero, por decirlo así, casi
desconocido hasta ahora. La culpa de ello radica en
4 los historiadores: unos son incompetentes y otros han
5 hecho una exposición confusa y totalmente inútil. Desde
luego, en la guerra que acabamos de exponer se puede
constatar que los objetivos de ambos estados fueron
muy semejantes, no sólo en las operaciones, sino tam-
bién en su bravura y, principalmente, en su rivalidad
6 por buscar la hegemonía, con la única diferencia de
que los soldados romanos fueron no poco superiores
desde todos los puntos de vista; pero hay que consi-
derar el mejor general de esta época, tanto por su
juicio como por su audacia, a Amílcar, el llamado
Barca, padre auténtico de Aníbal, el que más tarde
hizo la guerra a los romanos.

La guerra de los mercenarios contra Cartago

65 Tras esta paz, a ambos estados
les ocurrió algo particular, pero
2 muy semejante[149]. Una guerra ci-
vil enfrentó a los romanos contra
los llamados faliscos, pero la ter-
minaron de manera rápida y conveniente a sus inte-
reses, al hacerse dueños de su ciudad en pocos días.

[149] Polibio presenta también tendencia a establecer parale-
lismos entre hechos históricos y a poner de relieve las dife-

Los cartagineses, en cambio, en aquella misma épo- 3
ca se vieron envueltos en una guerra no pequeña ni
despreciable contra sus propios mercenarios númidas
y africanos, que se les sublevaron. En ella soportaron 4
muchos y grandes horrores, y al final vieron en peligro
no ya unos territorios, sino sus propias vidas y el
suelo de su patria. Muchas razones aconsejan dete- 5
nerse en esta guerra; la expondremos breve y resu-
midamente, según nuestro plan inicial. Los sucesos de 6
entonces permitirán de forma insuperable conocer la
naturaleza y características de lo que muchos llaman
una guerra sin cuartel, y, además, por lo que en esta 7
guerra ocurrió se podrán ver muy claramente las pre-
visiones y precauciones que deben tomar, con gran
anticipación, quienes utilizan tropas mercenarias. Se
comprenderá, en tercer lugar, en qué se diferencian,
y hasta qué punto, las tropas mezcladas y bárbaras,
de las educadas en costumbres políticas y en leyes
ciudadanas. Pero, sobre todo, lo ocurrido en aquellas 8
circunstancias hará ver las causas que llevaron a la
guerra que estalló entre cartagineses y romanos en
tiempos de Aníbal. Acerca de los móviles de esta gue- 9
rra citada hay discusión no sólo entre los historiado-
res, sino incluso entre los que la hicieron, de modo
que es útil presentar a los estudiosos la explicación
auténtica.

Pues nada más pactarse la paz ya citada, Amílcar 66
Barca trasladó las fuerzas que estaban en Érice a Li-
libeo, y él resignó inmediatamente el mando; el co-
mandante de la ciudad, Gescón, se encargó del trans-
porte de las tropas de África. Previendo lo que iba a 2
suceder, tuvo la sensatez de embarcarlas por partes,

rencias entre los griegos y los bárbaros, sin tener por tales a romanos, naturalmente. Cf. el parágrafo núm. 7 de este mismo capítulo.

3 que iba separando y despachando a intervalos. Pretendía dar un respiro a los cartagineses, para que los que iban desembarcando y cobrando el resto de lo que se les adeudaba se marcharan de Cartago hacia sus puntos de origen, antes de que les cogieran por sor-
4 presa los siguientes. Firme en este propósito, Gescón
5 iba organizando así lo referente al traslado. Pero los cartagineses, en parte porque iban escasos de dinero, debido a los gastos anteriores, y, además, porque estaban convencidos de que los mercenarios renunciarían a una parte de los sueldos si recibían y congregaban a todos en Cartago, retenían allí, con esta esperanza, a los que iban desembarcando y les iban
6 reuniendo en la ciudad. Pero, como ocurrían muchos desórdenes, tanto de noche como de día, los cartagineses ya en los primeros días recelaron de aquella multitud y de la intemperancia con que se comportaba, por lo que rogaron a los comandantes de los mercenarios que les retiraran a todos a una ciudad llamada Sica[150]; ellos abonarían a cada hombre un áureo[151] para lo más urgente hasta que tuvieran dispuestas las soldadas y hubieran llegado los que aún quedaban.
7 Los comandantes se avinieron sin disgusto a salir, pero querían dejar allí sus equipajes, tal como habían hecho en ocasiones anteriores, porque creían en un regreso
8 inmediato para cobrar sus estipendios. Pero los cartagineses temían que los mercenarios, tras haber regresado después de tanto tiempo, unos por añorar a sus hijos, y otros a sus mujeres, o bien se negarían rotun-

150 Parece que se trata de una población, Sica Venecia, actualmente El Kef, a 160 km. al S. de Cartago; más tarde los romanos la convirtieron en colonia romana.

151 El áureo de oro equivalía a un didracma de plata, que pesaba 118 gramos de este metal. El sistema monetario cartaginés seguía exactamente igual al fenicio, y no tenía nada que ver con el romano o los griegos.

damente a irse, o bien, si se iban, regresarían otra
vez; si era así, la ciudad conocería desórdenes no me-
nores. En previsión de ello, obligaron brutalmente a 9
aquellas tropas a llevarse consigo los bagajes, cosa que
no querían en absoluto. Los mercenarios, concentrados 10
en Sica, gozaban, después de mucho tiempo, de ocio y
de relajamiento, que es lo más anormal para soldados
de oficio, y que casi es, por decirlo así, el origen y la
causa única de revoluciones. Vivían licenciosamente,
y la inactividad invitaba a algunos de ellos a calcular 11
exageradamente el pico que se les adeudaba. Concre-
taron la deuda en cifras que la excedían enormemente,
y afirmaban que tal cantidad era la que se debía exigir
a los cartagineses. Todos recordaban las promesas que 12
los generales les habían hecho cuando les exhortaban
en momentos de peligro, y alimentaban muchas espe-
ranzas, es más, una gran confianza, en las compensa-
ciones que obtendrían.

Por eso, cuando todos los mercenarios estuvieron 67
ya reunidos en Sica, Hannón, que entonces era el jefe
supremo de los cartagineses de África, se presentó allí
y les dijo que no se les podían satisfacer las esperan-
zas ni cumplir las promesas; se refirió, por el contra-
rio, a la dureza de los tributos, a la falta absoluta de
recursos de la ciudad, y explicó su intento de que re-
nunciaran a una parte del salario que, como él reco-
nocía, se les adeudaba. Al instante se produjeron la 2
sedición y el motín; había reuniones continuamente, ya
por linajes, ya asambleas generales. Los mercenarios 3
no eran todos de la misma nacionalidad ni hablaban
idéntico idioma, por lo que el campamento se llenó de
confusión, de tumulto y de lo que llama alboroto. Los 4
cartagineses usan siempre de tropas mercenarias y
heterogéneas, para evitar que se pongan de acuerdo
rápidamente y se subleven, y, además, no resulten
díscolas para los oficiales. Desde este punto de vista

su cálculo es acertado, si alistan su ejército entre mu-
5 chos linajes. Pero cuando estallan la ira, el odio o el
motín nunca aciertan a enseñar, a aplacar y a hacer
6 cambiar de actitud a estas gentes ignorantes. Pues es-
tas tropas no se comportan con una maldad humana,
una vez que se dejan llevar súbitamente por la cólera
o la calumnia contra quien sea, sino que acaban por
convertirse en fieras salvajes y actúan como enloque-
7 cidos. Esto es lo que ocurrió entonces entre aquellos
mercenarios. Allí había iberos y galos, algunos ligures
y baleares, y no pocos semigriegos [152] que en su mayo-
ría eran desertores y esclavos. Pero la mayoría eran
8 africanos. Por eso, ni era posible reunir a todos a la
vez y celebrar una asamblea, ni encontrar cualquier
9 otra solución al problema. En efecto, ¿cómo sería po-
sible? Era impensable que el general dominara las
diversas lenguas de cada grupo, y la organización de
una asamblea por medio de un gran número de intér-
pretes, que debían repetir lo mismo cuatro o cinco
veces, era casi más imposible, por así decir, que lo
10 anterior. La única solución viable era hacer las exhor-
taciones y las demandas por medio de los jefes res-
pectivos; Hannón procuraba hacerlo continuamente.
11 Pero, en último término, ocurría que los jefes o no
entendían lo que se les decía, o bien, alguna vez, se
manifestaban de acuerdo con el general, pero decían a
los soldados lo contrario, unos por ignorancia y otros
12 por maldad. Ello motivó que todo rebosara de descon-
cierto, desconfianza y confusión. Y, por encima de todo,
los mercenarios creían que los cartagineses no les man-
daban con toda intención a los generales conocedores

152 Es decir, mestizos. Tras el imperio de Alejandro Magno, fueron frecuentes los matrimonios de soldados griegos y mujeres no griegas. Ni los griegos ni los romanos vieron con buenos ojos este mestizaje, que se dedicaba, principalmente, a ser soldados de fortuna.

de las penalidades sufridas por ellos en Sicilia, que eran los que les habían formulado las promesas, y que, por el contrario, habían comisionado a uno que no les había acompañado jamás. El caso es que aca- 13
baron por negarse a oír a Hannón. No se fiaban de los jefes subalternos, y, enfurecidos con los cartagineses, se dirigieron contra su ciudad. Acamparon a una distancia de unos ciento veinte estadios de Cartago, en el lugar llamado Túnez; eran más de veinte mil.

Los mercenarios en Túnez. Origen de la revuelta

Los cartagineses constataban 68
entonces con sus propios ojos su imprevisión, pero la cosa ya no tenía remedio. Congregar en 2
un solo lugar una cantidad tan grande de mercenarios había sido un gran error, porque no tenían ninguna esperanza de ayuda militar entre las fuerzas ciudadanas. Peor aún era que habían 3
obligado a marcharse a aquellos hombres con sus bagajes, mujeres e hijos. Si hubieran podido usar a éstos como rehenes, habrían podido deliberar acerca de la situación con mayor seguridad, y hubiera resultado más fácil convencer a los mercenarios de lo que se les pedía. Pero entonces los cartagineses, asustados por 4
la proximidad de su campamento, soportaban todo, en su afán de propiciarse a los mercenarios enfurecidos: les ofrecían mercados rebosantes de provisiones, que 5
les vendían al precio que ellos estipulaban, pues lo fijaban los mercenarios, y despachaban constantemente embajadores de sus consejos de ancianos para prometerles que harían cuanto se les pidiera, siempre que estuviera a su alcance. Pero los mercenarios cada día 6
ideaban reclamaciones nuevas, porque, por un lado estaban llenos de confianza al ver el pavor y el pánico de los cartagineses, y por otro lado los despreciaban, convencidos de que a causa de los peligros arrostrados 7
en Sicilia contra los campamentos romanos no sólo

los cartagineses iban a ser incapaces de hacerles frente
con las armas, sino que tampoco ningún otro hombre,
8 al menos con prontitud. De ahí que cuando los car-
tagineses se hubieron avenido a las soldadas, los mer-
9 cenarios exigieron el precio de los caballos muertos.
Los cartagineses aceptaron también esto, y entonces
los mercenarios afirmaron que debían cobrar las ra-
ciones —hacía mucho tiempo que se les debían— al
10 precio mayor alcanzado durante la guerra. Total, que
siempre inventaban algo nuevo y convertían la transac-
ción en imposible[153], por culpa de los muchos hombres
11 revoltosos y malvados que entre ellos había. Aun así,
los cartagineses prometieron todo lo posible, y se avi-
nieron a nombrar árbitro de lo que allí se discutía a
12 uno de los que hubieran sido generales en Sicilia. Pero
los mercenarios no estuvieron de acuerdo en que fuera
Amílcar Barca, con quien habían arrostrado peligros
en la isla; creían que éste les había despreciado más
que los demás, por no haber acudido a ellos como le-
gado, y por haber dimitido voluntariamente, según pen-
13 saban, del generalato. Para con Gescón, en cambio,
estuvieron muy predispuestos: había sido general en
Sicilia, les había atendido en muchas cosas, y más
que nada en su retorno. De modo que le confiaron el
arbitraje de lo que se controvertía.

2 Gescón llegó, por mar, con el dinero, navegó hasta
Túnez y recibió primero a los comandantes, tras lo
69 cual juntó a la masa reunida por linajes. Les reprochó
lo sucedido, intentó explicarles las circunstancias de
entonces, y, más que nada, les exhortó en vistas al
futuro: les pedía que se mostraran benignos para los

---

[153] Aunque el sentido general del texto griego es claro, no lo es en sus detalles. Puede significar: a) poniendo obstáculos a la paz mediante condiciones que no pueden ser satisfechas, o bien b) elevando el montante de los sueldos adeudados a cantidades que los cartagineses no podían satisfacer.

que desde el principio les habían pagado. Finalmente, 3
pasó a abonar el resto de las soldadas, procediendo al
pago por linajes.

Había allí un esclavo campano que había desertado 4
de los romanos, un hombre vigoroso y tremendamente
audaz en la guerra; se llamaba Espendio. Temía que 5
su dueño le recuperara, que le maltratara y que le
hiciera ejecutar según las leyes romanas; ello hacía
que se atreviera a decir y a hacer cualquier cosa, con
el afán de romper los tratos con los cartagineses. 6
Junto a éste había un africano, Mato, un hombre libre
que había participado en las campañas y había sido
el principal agitador en los disturbios reseñados. Le
angustiaba la idea de que le hicieran pagar las culpas
de los otros, y por eso compartía la misma opinión
que los secuaces de Espendio. Mato reunió a los afri- 7
canos y les hizo comprender que cuando los linajes
restantes hubieran cobrado y se hubieran retirado a
sus países, los cartagineses descargarían sus iras con-
tra ellos; pretenderían, por medio de tal castigo, llenar
de miedo a todos los africanos. Tales palabras excita- 8
ron rápidamente a la masa. Se aprovechó un pretexto
mínimo, el hecho de que Gescón abonaba las soldadas
y dejaba para más tarde el precio del trigo y de los
caballos, y se corrió rápidamente a una asamblea. Mien- 9
tras Espendio y Mato acusaban y calumniaban a Ges-
cón y a los cartagineses, se escuchaba y atendía con
cuidado a lo que se decía. Pero si otro se adelantaba 10
para aconsejar, ni tan siquieran esperaban a saber si
estaba allí para contradecir o para apoyar a Espendio,
sino que al instante le apedreaban hasta causarle la
muerte. Durante las reuniones mataron a muchos de 11
este modo, tanto jefes como soldados rasos. La única 12
palabra que entendían todos era «¡apedréale!», porque
eso era lo que hacían continuamente. Y, sobre todo, lo
hacían siempre que se reunían, borrachos, después de

13 las comidas. Cuando alguien empezaba a proferir
«¡apedréale!», la víctima resultaba lapidada desde todas
partes y con tal rapidez que, una vez se había adelan-
14 tado, le era ya imposible escapar. Por esta causa nadie
se atrevió a dar consejos, y los mercenarios nombra-
ron jefes suyos a Mato y a Espendio.

70 Gescón se daba cuenta de todo el desorden y del
tumulto, pero consideraba por encima de todo la con-
veniencia de su país. Veía que, con el salvajismo de
los mercenarios, los cartagineses iban a correr un ries-
2 go total, y por ello se exponía e insistía, ya convocando
a un trato personal a los jefes, ya reuniendo y aconse-
3 jando a los mercenarios por linajes. Sin embargo, los
africanos que no habían percibido todavía el abono de
víveres, creídos de que debía hacérseles efectivo, se
presentaron altaneramente. Gescón quiso censurar su
insolencia, y les dijo que lo pidieran a Mato, su gene-
4 ral. Esto enfureció a los africanos de tal modo que,
sin dejar transcurrir ni el más breve tiempo, se lanza-
ron primero al pillaje del dinero que encontraron a
mano, y después detuvieron a Gescón y a los cartagi-
5 neses que estaban con él. Mato y Espendio compren-
dieron que, si se cometía alguna fechoría o alguna
traición, la guerra estallaría inmediatamente, por lo que
atizaron las locuras de la chusma, saquearon los ajua-
res de los cartagineses y su dinero; luego esposaron
a Gescón y a los suyos de manera ultrajante y los me-
6 tieron en la cárcel. Desde entonces guerrearon ya sin
disimulo contra los cartagineses, después de esta con-
jura impía y contraria a los derechos humanos co-
munes [154].

7 La guerra contra los mercenarios, también llamada
8 africana, tuvo estas causas y comienzo. Los hombres
de Mato, pues, realizaron todo lo narrado, y enviaron

[154] Observaciones de este tipo son muy frecuentes en Polibio.

sin dilaciones legados a todas las ciudades del África:
las exhortaban a la libertad y solicitaban ayuda y cola-
boración en la empresa. Casi todas las gentes de África 9
respondieron con entusiasmo a su llamada en favor
del alzamiento contra Cartago. Pusieron gran interés
en mandar todo tipo de recursos y refuerzos, y los
sublevados se dividieron y emprendieron un doble
asedio: unos cercaron Útica y otros Hipozarita[155], por-
que estas dos ciudades se habían negado a sumarse a
la revuelta.

Reflexiones sobre las condiciones de la guerra

Los cartagineses se habían man- 71
tenido siempre de los productos
del país, juntaban sus preparati-
vos y provisiones con los ingre-
sos de África, y también estaban
acostumbrados incluso a hacer las guerras sirviéndose
de tropas extranjeras. Y, en esta ocasión, no sólo que- 2
daron privados inopinadamente de todo ello a la vez,
sino que vieron que todo lo mencionado se les revolvía
en contra, de modo que acabaron por caer en un gran
desánimo y una desesperanza completas, porque las
cosas les habían salido al revés de como las habían
calculado. Pues, agotados en la guerra de Sicilia sin 3
interrupción, ahora abrigaban la esperanza de que,
concluidas las treguas, alcanzarían algún respiro y una
situación satisfactoria, pero les sucedió lo contrario: 4
surgió el principio de una guerra peor y más terrible.
Pues antes pugnaban contra los romanos por Sicilia, 5
pero entonces, al emprender la guerra civil, iban a
arriesgar sus propias vidas y su patria. Además de esto, 6
no disponían de armamento en cantidad suficiente, ni
de fuerza naval ni de material para construir buques,
después de haber sufrido derrotas tan importantes en

155 Útica es la actual Djebel Menzel Goul, a 32 km. al NO. de Cartago. Hipozarita es la actual Bizerta.

el mar. No tenían tampoco provisiones, ni esperanza,
cualquiera que fuera, de amigos y aliados externos que
7 acudieran a ayudarles. Todo ello hizo que vieran cla-
ramente la diferencia real entre una guerra contra ex-
tranjeros y al otro lado del mar, y el levantamiento y
8 la revuelta civiles. Pero ellos eran los máximos res-
ponsables de estos males tan enormes.

72 En la guerra precedente, los cartagineses, creyendo
tener pretextos razonables, habían gobernado con suma
2 dureza a los habitantes de África: les habían arreba-
tado la mitad de todas sus cosechas y habían impuesto
sobre las ciudades el doble de los tributos anteriores,
sin conceder ninguna exención a los pobres ni la más
3 mínima reducción en lo que cobraban. Admiraban y
honraban no a los generales que trataban a las gentes
con suavidad y benevolencia, sino a aquellos que les
aportaban más tributos y subsidios y a los que pro-
cedían peor con las poblaciones del país. Entre estos
4 últimos se contaba Hannón. Así pues, los hombres no
precisaron de una exhortación para sublevarse, sino
5 sólo de una señal; y las mujeres, que habían tolerado
hasta ese momento los arrestos de sus maridos e hijos
a causa de los tributos, entonces en cada ciudad se con-
juraron a no ocultar nada de lo que poseían y se des-
pojaron de sus joyas sin ninguna vacilación para con-
6 tribuir a pagar las soldadas. Surtieron con tanta
abundancia a los hombres de Mato y de Espendio,
que no sólo abonaron a los mercenarios lo que restaba
de sueldo según las promesas que se les habían hecho
para que se sublevaran, sino que desde entonces hubo
7 sobra de provisiones. De modo que los que deben to-
mar decisiones, si quieren acertar, han de mirar no
sólo al presente, sino también, e incluso más, al futuro.

Primeras hostilidades. Errores de Hannón

A pesar de hallarse en tales di- 73
ficultades, los cartagineses, que
habían nombrado general a Han-
nón, porque anteriormente había
sometido la región de Hecaton-
tápilo[156] en África, reclutaron mercenarios y armaron
a los ciudadanos que estaban en edad militar. Orga- 2
nizaban y entrenaban la caballería de la ciudad, y
equipaban las naves que les quedaban, trirremes y
quinquerremes y los navíos más grandes. A Mato le 3
llegaron setenta mil africanos, que él distribuyó, y
asediaba con impunidad Útica e Hipozarita. Su cam-
pamento, establecido en Túnez, no corría peligro, y
logró incomunicar a los cartagineses y el resto de
África.

La ciudad de Cartago está emplazada en un golfo[157]. 4
Por su posición tiene forma alargada, como de una
península, rodeada de mar en su mayor parte, y tam-
bién por un lago. El istmo que la une al continente 5
africano tiene unos veinticinco estadios de anchura.
No lejos de este sitio, y por el lado que da al mar,
está la ciudad de Útica; por el otro lado, el del lago,
está Túnez. Entonces los mercenarios acamparon en 6
ambos lugares, aislando a los cartagineses del resto
del país, y empezaron a amenazar la ciudad misma.
Tanto de día como de noche avanzaban hasta el pie
de la muralla y causaban un terror y una confusión
totales en la población cartaginesa.

Hannón se dedicaba a los preparativos bélicos en 74
la medida de sus posibilidades; y estaba realmente
bien dotado para ello. En cambio, cuando salía a cam- 2

156 No es segura la localización de este topónimo. Quizás se trate de Tebessa, hoy territorio argelino, cerca ya de la frontera tunecina.

157 Cf. nota 120. Para el emplazamiento de Cartago, ver WALBANK, *Commentary*, pág. 138.

paña con las tropas, era un hombre bien distinto. Desaprovechaba torpemente las oportunidades, y en el conjunto de las operaciones se mostraba inexperto e
3 indolente. Primero quiso socorrer a los asediados de Útica. Llegó a intimidar a los enemigos por el número de sus elefantes, pues disponía de no menos de cien, y a continuación, a pesar de esta ventaja inicial decisiva, maniobró tal mal que estuvo a punto de perder,
4 incluso, a los mismos asediados. En efecto: mandó traer desde Cartago[158] las catapultas, las ballestas y, en resumen, todo el material para un asedio. Acampó delante de la ciudad y empezó a disparar contra el
5 atrincheramiento adversario. Los elefantes se abrieron paso vigorosamente contra el campamento rival, y el enemigo, incapaz de resistir su peso y el ímpetu de su
6 ataque, huyó en desbandada del campamento. Muchos de ellos sucumbieron heridos por las bestias; los que se salvaron se refugiaron en un altozano escarpado y muy boscoso, confiando en la seguridad que ofrecía el
7 propio lugar. Hannón estaba acostumbrado a las peleas contra númidas y africanos. Éstos, cuando han sufrido una derrota, abandonan el lugar y huyen durante dos o tres días, lo que hizo suponer al cartaginés que había llegado al término de la guerra y que su victoria era
8 total y definitiva. Se despreocupó, pues, de sus soldados, y no atendió en nada a su propio campamento, sino que entró en la ciudad y se dedicó al cuidado de
9 su persona. Pero los mercenarios que habían huido a la colina se habían formado en la audacia de Amílcar Barca. Las luchas de Sicilia les habían habituado a retroceder, unas veces, en el mismo día, y volverse de
10 nuevo para acometer al enemigo. Entonces se aperci-

158 El griego dice más vagamente «desde la ciudad»; contra Walbank, *Commentary*, ad loc., que interpreta «desde Útica», prefiero traducir, con Pédech, *Polybius*, «desde Cartago».

bieron de que el general se había retirado a la ciudad
y de que la mayoría de los cartagineses, confiados en
exceso por la victoria anterior, se habían diseminado
fuera del campamento. Se agruparon, pues, los merce-
narios, y atacaron el atrincheramiento; mataron a mu- 11
chos soldados y obligaron a los demás a huir vergon-
zosamente bajo las puertas y murallas. Se apoderaron 12
de todo el bagaje y de todo el material de los asedia-
dos, que Hannón, al mandarlo sacar de la plaza para
juntarlo con el restante, en realidad lo había puesto
en manos del enemigo. Y no sólo en esta oportunidad 13
su comportamiento fue negligente, sino que al cabo de
pocos días el adversario acampó frente a él en la ciu-
dad llamada Gorza[159], y Hannón dispuso de dos opor-
tunidades para vencer en formación de batalla y de
otras dos en un ataque por sorpresa, incluso cuando 14
los enemigos habían cambiado el emplazamiento de su
campo muy cerca de él, y él, al parecer, les había
dejado escapar en ambas ocasiones por su negligencia
e irreflexión.

Amílcar toma el mando. Batalla de Mácara

Los cartagineses, al ver que 75
Hannón disponía desacertada-
mente las acciones, volvieron a
nombrar general a Amílcar, el
llamado Barca, y le enviaron 2
como comandante a la guerra de entonces. Le entre-
garon setenta elefantes, los mercenarios que habían
conseguido alistar y los que habían desertado del ene-
migo. Junto con ellos iban los caballos de que dispo-
nía la ciudad y los soldados de a pie: el total era de
unos diez mil. En su primera salida, Amílcar aterro- 3
rizó al enemigo por lo inesperado del ataque, rompió
su moral y logró levantar el cerco de Útica, mostrán-

159 No podemos localizar este topónimo, pero debía respon-
der a una población situada entre Útica e Hipozarita.

dose así digno de sus hazañas anteriores y de lo que
esperaba el pueblo de él.
4 Lo que hizo en aquella ocasión fue lo siguiente: el
istmo que une Cartago al África está flanqueado por
colinas de difícil tránsito, cuyos pasos hacia la región
están tallados en la roca. Los hombres de Mato habían
ocupado con destacamentos todos los lugares estraté-
5 gicos que atravesaban las mencionadas alturas. Ade-
más fluye por allí, no lejos de los lugares por donde
se sale de la ciudad, un río llamado Mácara[160], de gran
caudal, lo que hace que sea infranqueable, en la mayor
parte de su curso, el acceso al país desde el interior
de la ciudad. Encima de él hay tendido sólo un puen-
te. Vigilar su paso por él resulta sencillo, puesto que
6 junto al mismo hay edificada una población. Por todo
lo cual los cartagineses no sólo no podían recorrer el
país con su ejército, sino que ni tan siquiera a los que
querían infiltrarse aisladamente no les resultaba fácil
7 pasar desapercibidos al enemigo. Amílcar, consideran-
do esta situación, después de calcular todas las posibi-
lidades y ocasiones a causa de la dificultad de la salida,
8 concibió el siguiente plan: se había dado cuenta de
que si los vientos soplaban en cierta dirección, en la
desembocadura del río mencionado se formaba una
barra de arena y se producía en la misma boca un vado
fangoso. El general cartaginés dispuso su ejército en
orden de marcha, manteniendo en secreto la operación,
9 y se puso a esperar la coyuntura señalada. Cuando se
presentó el momento, salió de noche sin que nadie lo
notara, y al rayar el alba hizo que su ejército vadeara
10 el río por aquel lugar. La acción fue sorprendente
tanto para los de la ciudad[161] como para el enemigo, y

160 Actualmente es el río Magierda, en la antigüedad se llamaba Bagradas.

161 Seguramente se trata de Útica.

Amílcar avanzó por la llanura, caminando contra los
que custodiaban el puente.

Al comprobar lo ocurrido, Espendio y los suyos 76
avanzaron hacia el llano con la intención de ayudarse
mutuamente, tanto los que estaban fuera de la ciudad
guardando el puente, que eran no menos de diez mil,
como los evadidos de Útica, que rebasaban los quince
mil. Cuando hubieron establecido contacto, creyeron 2
que habían atrapado en medio a los cartagineses, se fue-
ron pasando con rapidez la contraseña al tiempo que
se exhortaban entre sí, y se lanzaron a trabar com-
bate. Pero Amílcar iba avanzando con los elefantes en 3
primera línea, tras ellos los jinetes y la tropa ligera, y
al final la infantería pesada. Cuando vio que el ene- 4
migo atacaba con prisas excesivas, ordenó a todos los
suyos dar la vuelta. Mandó a los de vanguardia que se 5
revolvieran y que iniciaran al punto la marcha, y dis-
puso que los que al principio iban en retaguardia gi-
rasen y se enfrentasen al ataque de los enemigos. Los 6
mercenarios y los africanos, convencidos de que los
cartagineses huían aterrorizados, deshicieron su forma-
ción, atacaron y vinieron valientemente a las manos.
Pero cuando la caballería cartaginesa se aproximó a sus 7
unidades y, efectuado el giro, ofrecía resistencia, al
tiempo que el resto de los de Amílcar contraatacaba,
los africanos se asustaron ante la conducta tan ex-
traña, cedieron al instante y se lanzaron a la fuga como
si actuasen en desorden y en desbandada. Unos, al caer 8
sobre los que avanzaban desde atrás, morían y traían
el desastre sobre sí mismos y sobre sus compañeros,
aunque la mayoría murió pisoteada y a manos del aco-
so de la caballería y de los elefantes. Entre mercenarios 9
y africanos perecieron unos seis mil; dos mil cayeron
prisioneros, y los restantes consiguieron huir, unos a
la ciudad que había junto al puente y otros al cam-

10 pamento cercano a Útica[162]. Tras alcanzar la victoria
del modo descrito, Amílcar persiguió de cerca al ene-
migo y se apoderó, al asalto, de la ciudad contigua al
puente; los rivales que la ocupaban la habían abando-
nado y se habían refugiado en Túnez. El general car-
taginés recorrió luego el resto del país. Consiguió
atraerse a unas ciudades, pero la mayoría tuvo que re-
11 ducirlas a la fuerza. Esto disipó durante algún tiempo
el pasado desaliento de los cartagineses y les infundió
cierta audacia y confianza.

Siguen las operaciones. Alianza con los númidas

77 Mato, por su lado, insistía en
el asedio de Hipozarita y acon-
sejaba a las gentes de Autárito,
caudillo de los gálatas, y a Espen-
dio, que no perdieran el contacto
2 con el enemigo: debían rehuir los parajes llanos, por
la cantidad de elefantes y caballería de que disponía
el contrario, y efectuar sus marchas por los flancos
de los montes, atacando siempre que ellos estuviesen
3 en cualquier dificultad. Al propio tiempo de estas su-
gerencias envió legados a los númidas y a los africa-
nos en demanda de ayuda para no desaprovechar aque-
4 lla ocasión de obtener la libertad. Espendio tomó en
Túnez todos los hombres de ambos linajes, unos seis
mil, y partió en campaña, siguiendo a los cartagineses
por los flancos de los montes; además de las tropas
mencionadas, disponía de los gálatas de Autárito, apro-
5 ximadamente dos mil. La parte restante del contin-
gente inicial de éstos había desertado y se había pa-
6 sado a los romanos en el campamento de Érice. Este

162 La narración de esta batalla por parte de Polibio es confusa, principalmente porque la terminología técnica militar griega no concuerda con los movimientos de las tropas cartaginesas. Véase Walbank, *Commentary*, ad loc., y la explicación que, prescindiendo de las dificultades observadas por el comentarista inglés, ofrece Pédech, *Polybe*, I, pág. 121, nota al pie.

refuerzo de númidas y africanos estableció contacto
con las tropas de Espendio cuando Amílcar había
acampado en una planicie rodeada de montañas por
todas partes. Los cartagineses se encontraron súbita- 7
mente con el campamento de los africanos enfrente
de ellos, con el de los númidas detrás y el de Espendio
en un flanco, una situación grave y de salida difícil.
En aquellos tiempos Naravas, que era un númida 78
de los de linaje más ilustre y estaba poseído de ardor
belicoso, hombre siempre inclinado a favor de los car-
tagineses, tendencia que le venía ya de familia, enton-
ces se reafirmó en ella, gracias a la admiración que
sentía por Amílcar como general. Creyó que la ocasión 2
era propicia para encontrarle y entenderse con él.
Llegó al campamento cartaginés con cien númidas, se 3
aproximó al atrincheramiento, se quedó allí con auda-
cia, mientras hacía señas con la mano. Amílcar, admi- 4
rado de su arrojo, le mandó un jinete, y Naravas le
manifestó que quería mantener una entrevista con el
general. El jefe de los cartagineses no sabía en abso- 5
luto qué hacer y desconfiaba. Entonces Naravas entregó
a sus hombres su caballo y sus lanzas y se presentó,
desarmado y lleno de confianza, en el campamento. Los 6
cartagineses estaban por una parte asombrados y, por
otra, estupefactos ante su audacia; sin embargo, le
recibieron y se reunieron con él. En las conversacio- 7
nes, Naravas dijo que él estaba a favor de todos los
cartagineses, y que su máxima ambición era llegar a
ser amigo de Amílcar Barca: se había presentado allí
para unírsele y colaborar lealmente con él en todos
sus planes y acciones. Tan grande fue la alegría de 8
Amílcar cuando le escuchó, tanto por el valor de pre-
sentarse como por la franqueza del joven durante el
encuentro, que no sólo aprobó aceptarle como aliado
en sus acciones, sino que le juró entregarle por mujer
a su hija si observaba aquella fidelidad hacia los car-

9 tagineses. Establecidos los pactos, Naravas compareció con los númidas que tenía a sus órdenes, unos dos
10 mil. Con este refuerzo, Amílcar presentó batalla al enemigo. Los hombres de Espendio establecieron contacto en aquel lugar con los demás africanos, bajaron todos a la llanura y trabaron combate contra los car-
11 tagineses. Se produjo una dura lucha, en la que vencieron los de Amílcar: sus elefantes batallaron espléndidamente, y Naravas prestó un servicio muy brillante.
12 Autárito y Espendio lograron huir; de los restantes cayeron unos diez mil, y cuatro mil fueron cogidos pri-
13 sioneros. Obtenida la victoria, Amílcar concedió a los prisioneros que lo desearan pasar a formar parte de su ejército, y les armó con los despojos tomados al
14 enemigo. Congregó a los que lo rehusaron, y les dijo en una arenga que les perdonaba sus errores de hasta entonces; por eso, consentía en que cada uno se fuera
15 donde prefiriera. Pero les conminó a que, en adelante, nadie levantara las armas contra los cartagineses, porque el que resultara capturado se vería castigado inexorablemente.

Motín de los mercenarios de Cerdeña

79 En aquella misma época[163] los mercenarios que estaban de guarnición en Cerdeña imitaron a los hombres de Mato y de Espendio, y atacaron a los cartagineses de
2 la isla. Encerraron en la acrópolis a Bóstar[164], que era entonces el comandante de aquellos mercenarios, y allí
3 le mataron con otros compatriotas. Los cartagineses enviaron a un segundo general con más tropas, a Hannón, pero también éste se vio abandonado por sus soldados,

163 El motín anticartaginés de Cerdeña coincide con la segunda batalla entre Amílcar y Espendio.

164 Este Bóstar no es el que aparece en el cap. 30 de este libro, sino otro jefe cartaginés de rango inferior, por el título griego (boetarco), que significa «jefe de tropas auxiliares».

que se pasaron a los rebeldes, cogieron vivo al citado 4
general y le crucificaron sin pérdida de tiempo. Luego idearon los tormentos más inusitados y martirizaron hasta la muerte a todos los cartagineses residentes en
la isla. Finalmente, después de poner bajo su dominio 5
las ciudades, mantuvieron con firmeza el poder sobre la isla hasta que se sublevaron contra los sardos, que
les arrojaron a Italia. De este modo se separó, de Car- 6
tago, Cerdeña, una isla importante por su extensión, por el número de sus habitantes y por la fertilidad
de su suelo. Muchos han tratado prolijamente de esta 7
isla, y no creemos necesario repetir lo conocido por todos.

Atrocidades de los mercenarios. Suplicio de Gescón

Mato y Espendio, y con ellos 8
Autárito, el gálata, vieron la benignidad con que Amílcar trataba a los prisioneros. Temieron que los africanos y la masa de mercenarios, atraídos por aquel proceder, se acogieran a la impunidad que contemplaban, y, por ello, reflexionaron e imaginaron algo inaudito, que por su impiedad
enfureciera a las masas contra los cartagineses. Acor- 9
daron reunir la asamblea, y una vez congregada, introdujeron un correo fingidamente enviado por sus par-
tidarios de Cerdeña. En una carta se explicaba que 10
debían vigilar cuidadosamente a Gescón y a todos los que estaban con él, cogidos por traición en Túnez, como anteriormente se ha explicado, porque algunos del campamento actuaban a favor de los cartagineses
e intentaban salvar a los encarcelados. Espendio tomó 11
esto como pretexto, y empezó a aconsejar que no se fiaran de la benignidad que el general de los cartagi-
neses manifestaba con respecto a los prisioneros: pues 12
no era la intención de perdonarles la vida lo que le había llevado a tratarles de aquel modo, sino el propósito de «apoderarse de nosotros gracias a la libera-

ción de aquéllos, porque pretende castigar no sólo a *unos pocos, sino a todos nosotros,* si confiamos en él».
13 Además les previno de que custodiaran bien y no dejaran escapar a Gescón ni a los suyos, porque entonces el enemigo les despreciaría, y ellos dañarían enormemente su propia causa si permitían huir a un personaje importante, general excelente, que, como es natural,
14 sería para ellos el enemigo más terrible. Espendio hablaba todavía, cuando llegó otro correo que fingió ser enviado desde Túnez, y que hizo declaraciones semejantes a las del correo de Cerdeña.

80 A continuación tomó la palabra el gálata Autárito. Declaró que en su situación la única salvación posible consistía en abandonar cualquier esperanza depositada
2 en los cartagineses; quien se aferrara a la benignidad de ellos era imposible que les resultara aliado de fiar.
3 Por esto, reclamó que sólo confiaran, escucharan y prestaran atención a los que propusieran en cada momento las medidas más duras y feroces contra los cartagineses, y les exhortó a considerar traidores y enemigos a quienes dijeran lo contrario de los anteriores.
4 Tras estas palabras, aconsejó torturar y matar a Gescón, a los apresados con él y a cuantos cartagineses
5 habían hecho cautivos más tarde. Autárito era muy eficaz en la asamblea, puesto que muchos entendían
6 su lengua. Pues como hacía mucho tiempo que se dedicaba a la milicia, sabía hablar fenicio, y el uso de esta lengua halagaba a la mayoría, porque estaban familiarizados con este idioma, debido a la gran dura-
7 ción de la campaña anterior. Por eso, la masa estuvo unánimemente de acuerdo con él [165], y cuando se retiró

165 Esto no está muy de acuerdo con lo que se dijo en I 67, 8-10, que a un cartaginés le era imposible hacerse entender por una masa *de mercenarios. Nótese que aquí se dice* que Autárito hablaba fenicio.

le llenaron de alabanzas. Y aunque muchos, de todos 8
los linajes, se adelantaron a la tribuna y pedían que
Gescón no fuera torturado, porque él era el causante
de muchos beneficios que habían obtenido, sin embargo, nada de lo que decían resultaba inteligible, porque hablaban todos a la vez, ni cada uno en particular
hacía entender sus consejos por hablar en su propio
idioma. Y, además, cuando se descubrió que querían 9
renunciar al castigo, uno de los congregados gritó
«¡que le apedreen!», y todos a una lapidaron a los que
se habían adelantado a hablar; sus allegados se lleva- 10
ron los cadáveres como si hubieran sido descuartizados
por fieras. Luego los hombres de Espendio cogieron 11
a Gescón y a los suyos, unos setecientos en total, los
alejaron un poco del campamento y empezaron por
amputarles las manos, comenzando por Gescón, a quien 12
entre todos, poco tiempo antes, habían elegido y proclamado bienhechor, nombrándole a la vez árbitro de sus disensiones. Tras amputarles las manos, les seccionaron la nariz y las orejas a aquellos desgraciados, los castraron, les quebraron las piernas y los arrojaron, vivos aún, a una fosa.

El infortunio se anunció a los cartagineses, que ya 81
no podían hacer otra cosa que lamentarlo con indignación; enormemente dolidos por esta desgracia, enviaron legados a Amílcar y al otro general, a Hannón, en demanda de ayuda y de venganza para aquellos infelices. Despacharon heraldos a tratar de la devolución 2
de los cadáveres con aquellos impíos. Éstos se negaron 3
a devolverlos y, además, dijeron a los que se habían presentado que no les fueran remitidos más heraldos ni ninguna legación, porque a los que comparecieran les aguardaba el mismo castigo que había correspondido a Gescón. Para el futuro decretaron y se reco- 4
mendaron entre sí castigar con la muerte a todo cartaginés que cayera en sus manos, y amputar las manos

y remitir así a Cartago al aliado de los cartagineses
que capturasen. Y esta decisión, la cumplieron con
rigor.
5 Al considerar estos hechos, nadie vacilaría en decir
que no sólo en los cuerpos de los hombres nacen úl-
ceras y tumores que se inflaman y acaban por conver-
6 tirse en incurables, aún más en las almas[166]. Pues si
se aplica un tratamiento sobre tales úlceras, a veces
no se hace más que irritarlas y conseguir que su acción
corrosiva sea más rápida; en cambio, si no se cuidan,
por su propia naturaleza corrompen las partes inme-
diatas, y no cesan hasta destruir los tejidos interiores.
7 De modo semejante, a veces nacen en las almas po-
dredumbres y gangrenas tales que logran que entre
los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel
8 que el hombre. A éstos, si se les concede perdón y
benignidad, creen que lo que de verdad hay es ase-
chanza y falacia; se convierten en más desconfiados y
9 hostiles hacia sus bienhechores. Y si se les devuelve
mal por mal, emulan en coraje; en tal caso, para ellos
no hay nada, por terrible que sea o por prohibido que
esté, que no acepten, y aun reputan por buena tal
audacia; terminan en un paroxismo que rebasa el na-
10 tural humano. La causa y el componente principal de
esta conducta radican en las malas costumbres y en
una educación pésima recibida ya en la infancia. Pero
hay muchas otras cosas que también influyen: las prin-
cipales son la soberbia y la avaricia de los que mandan.

[166] Esta digresión sobre la capacidad de ferocidad que se da en el ser humano presupone, en Polibio, una aceptación muy clara de la teoría platónica de la existencia, en el hombre, de un alma distinta del cuerpo, y que perfecciona con él al ser humano. WALBANK, *Commentary*, hace un breve recorrido de esta teoría en el mundo grecolatino, *ad loc.*, aunque sin acentuar demasiado la dependencia platónica de esta doctrina de Polibio.

En aquella oportunidad se dieron en el cuerpo de mercenarios, y aún más en sus cabecillas. 11

Defección de Útica y de Hipozarita

82 Amílcar, molesto por el frenesí de los enemigos, llamó a Hannón a su presencia, convencido de que si reunía los dos ejércitos acabaría más rápidamente la campaña. Mataba en pleno combate a aquellos de 2
quienes lograba apoderarse, y a los que le eran llevados vivos, los arrojaba a las fieras, porque veía que la única solución era aniquilar por completo al adversario. Pero cuando parecía que los cartagineses podían ya 3
abrigar esperanzas más consistentes en aquella guerra, su causa sufrió un giro total e inesperado: sus genera- 4
les, que habían reunido sus fuerzas, se pelearon de tal modo que no sólo dejaron pasar sus oportunidades contra el adversario, sino que la rivalidad surgida entre ellos proporcionó a éste muchas ocasiones contra los cartagineses. En Cartago se enteraron de la situación 5
y ordenaron que uno de los generales se retirara, quedándose el otro; quienes debían elegir el general eran los soldados. Paralelamente a estos hechos sucedió 6
que perdieron totalmente por mar, a causa de una tormenta, los mercados de aprovisionamiento procedentes de los parajes que llamaban Los Emporios[167]; confiaban al máximo en ellos, tanto en lo referente a los víveres como en el resto de lo que necesitaban. Lo que 7
les venía de Cerdeña, ya expliqué antes que lo habían perdido, cuando precisamente esta isla les era de gran utilidad en circunstancias críticas. Sin embargo, lo peor 8
fue la deserción de las ciudades de Hipozarita y de Útica. Habían sido las únicas de África que no sólo habían soportado con valentía la presente guerra, sino

---

167 El actual golfo de Qabes, frente a la Sirte Menor.

que en los tiempos de Agatocles[168] y de la incursión de los romanos[169] habían resistido con entereza. En suma, jamás habían deliberado algo contrario a los
9 cartagineses. Entonces, además de su paso absurdo a los africanos, tras él les exhibieron la máxima familiaridad y confianza, y contra los cartagineses, en cambio,
10 evidenciaron una cólera y un odio implacables. Mataron a todos los que habían acudido en su socorro, unos quinientos, con su general, y les arrojaron por la muralla; pusieron la ciudad en manos de los africanos, y, a pesar de las peticiones de los cartagineses, ni tan siquiera accedieron a enterrar a aquellos desventurados muertos.

Asedio de Cartago

11 Estos acontecimientos envalentonaron a Mato y a Espendio, que se dispusieron a asediar la
12 ciudad misma de Cartago. Pero Amílcar Barca, con la ayuda del general Aníbal[170] —pues éste era el que los ciudadanos habían enviado a las tropas después que éstas decidieron que era Hannón quien debía retirarse, según los poderes que los cartagineses les habían otorgado
13 cuando los dos generales altercaron entre sí— y Naravas, comenzó a recorrer el país interceptando los aprovisionamientos dirigidos a Mato y a Espendio. El númida Naravas fue un auxiliar muy útil en esto y en

---

168 Este Agatocles, que conquistó Útica e Hipozarita en el año 307/6, viene brevemente caracterizado en BENGSTON, *Geschichte*, pág. 368.

169 Esta campaña norteafricana del cónsul Régulo es muy dudosa. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

170 Este nombre es muy frecuente entre los cartagineses, y por consiguiente el de aquí resulta de identificación imposible; lo único claro es que no se trata del hijo de Amílcar Barca, que será el protagonista principal, en España y en Italia, de la segunda guerra púnica.

otras acciones. Esto era lo que realizaban las fuerzas 14
en campaña.

Los cartagineses, asediados por todas partes, se vie- 83
ron obligados a recurrir a las ciudades aliadas. Hierón, 2
que siempre durante la presente guerra había puesto
gran empeño en todo lo que los cartagineses le fueron
pidiendo, porque estaba convencido de que le convenía 3
a él en particular, para su dominio de Sicilia y para
la amistad con los romanos, salvaguardar los intereses de Cartago, para evitar que los romanos, vencedores, tuvieran la posibilidad de llevar a cabo sin esfuerzo sus planes. Tal cálculo era prudente y hábil.
Pues no hay que descuidar nunca este principio, ni 4
hay que contribuir al engrandecimiento del poder de
nadie hasta el punto de que sea imposible disputarle,
incluso, lo que es un derecho reconocido. También 5
los romanos observaron lo justo según los pactos, y
pusieron todo su celo. Al principio hubo alguna con- 6
troversia entre ambas ciudades, porque los cartagine- 7
ses desviaban hacia Cartago a los que navegaban procedentes de Italia hacia África para aprovisionar al
enemigo. Habían cogido así casi a quinientos romanos.
Esto en Roma causó enojo, y envió una embajada. Se 8
estableció un pacto según el cual los romanos recobraron a todos los suyos. Esto les satisfizo tanto, que
decidieron devolver a los cartagineses los prisioneros
que todavía retenían de la guerra de Sicilia. Desde 9
aquel momento atendieron con buena disposición y benevolencia a todos los llamamientos de los cartagineses. Permitieron a los comerciantes exportar a Car- 10
tago lo que ésta precisaba, e impidieron hacer lo
propio con los enemigos de los cartagineses. No dieron 11
oídas a los mercenarios de los cartagineses en Cerdeña, que llamaron a los romanos cuando desertaron
de Cartago, y se negaron a admitir a los de Útica,
que se les entregaban. Los romanos, pues, observaron

escrupulosamente los pactos. Y con la ayuda de los amigos mencionados los cartagineses sostenían el asedio.

84 Pero Mato y Espendio y los suyos eran no menos
2 sitiados que sitiadores. Amílcar les había puesto ante tal carencia de aprovisionamientos que acabaron por
3 verse obligados a levantar el asedio de Cartago. Transcurrió algún tiempo, y reunieron a los africanos y a los mercenarios más vigorosos, en conjunto unos cincuenta mil hombres —entre ellos se contaba el africano Zarzas con los que estaban sujetos a sus órdenes—, y se lanzaron de nuevo a seguir en paralelo en campo abier-
4 to a los de Amílcar y a acecharles. Evitaban los lugares llanos, atemorizados por los elefantes y por la caballería de Naravas; intentaban adelantarse a ocupar
5 los lugares montañosos y angostos. Y en estas ocasiones no eran inferiores a sus enemigos ni en iniciativa ni en audacia, pero su inexperiencia les hacía sufrir
6 muchas derrotas. A lo que parece, entonces se pudo ver cuál es la auténtica diferencia que hay en lo militar entre una experiencia metódica y la capacidad de mando y la inexperiencia rutinaria e irracional de un
7 soldado. Amílcar, a fuer de buen jugador, aislaba a muchos enemigos en operaciones parciales, les cortaba
8 el paso y les mataba sin combatir. Otras veces, en batallas campales, atraía a unos a emboscadas insospechadas y les aniquilaba, a otros les salía al paso inesperadamente, tanto de día como de noche, y les llenaba de pavor; arrojaba a las fieras, sin hacer excepciones,
9 a los que conseguía atrapar vivos. Finalmente, acampó por sorpresa ante sus rivales en lugares desfavorables para las conveniencias de éstos, pero propicios para su propio ejército, y les puso en gran aprieto. Los mercenarios no se atrevían a arriesgarse en un combate, ni podían escapar, interceptados en todas direcciones por un vallado y un foso. El hambre acabó por

obligarles a devorarse unos a otros; la divinidad[171] les 10 daba una respuesta adecuada a la impiedad y a la crueldad que habían mostrado para con los demás. Debido al peligro no se atrevían a salir, pues su de- 11 rrota era evidente, y no menos lo era el castigo de los que caían prisioneros. Lo más alejado que tenían de su mente era llegar a un trato con los cartagineses, conscientes de lo que ellos mismos habían cometido. Y esperando siempre ayuda desde Túnez[172], que era 12 lo que les habían prometido sus jefes, fueron entregándose a todo tipo de delitos contra ellos mismos.

Fin de los mercenarios

Cuando, de manera tan impía, 85 hubieron terminado con los prisioneros, a los que usaban de alimento, se sirvieron de los cuerpos de sus esclavos, pero de Túnez no les llegaba ayuda alguna. Entonces llegó a 2 ser evidente el peligro de tortura que amenazaba a los jefes, debido al estado desesperado de la masa. Autárito, Zarzas y Espendio determinaron entregarse al enemigo y tratar de pactar con Amílcar. Enviaron, 3 pues, a un heraldo y recibieron permiso para enviar una embajada; acudieron, en número de diez, a los cartagineses. Amílcar estableció con ellos el pacto si- 4 guiente: «De entre los enemigos, los cartagineses elegirían a diez, los que quieran; soltarán a los restantes, puesta sólo la túnica.» Tan pronto como se acordó 5 este pacto, Amílcar dijo que, según las condiciones,

---

171 WALBANK, *Commentary*, identifica sin más «divinidad» y «destino», pero el hecho de que aquí Polibio utilice un término distinto (*daimonion*) es significativo. Véase nuestro artículo: BALASCH, «La religiosidad...», pág. 376, nota al pie.

172 Aquí no se ve bien cómo concibe Polibio la situación. En 84, 3, Mato y Espendio dejan el asedio de Túnez, y aquí se presupone que, al menos, Mato está delante de la ciudad. O Polibio se ha confundido o sus mismas fuentes son defectuosas.

elegía a los presentes. Los cartagineses se apoderaron así de Autárito, de Espendio y de los jefes más desta-
6 cados. Los africanos, enterados de la detención de sus jefes, creyeron que habían sido traicionados, porque ignoraban las cláusulas del trato. Ello hizo que se lan-
7 zaran a las armas. Amílcar les rodeó con sus elefantes y el resto de sus tropas, y mató a todos los mercenarios, más de cuarenta mil, en el lugar llamado «La Sierra», que ha recibido esta denominación por la similitud de su configuración con la forma de esta herramienta[173].

86 Después del éxito que acaba de exponerse, los cartagineses, que antes ya desesperaban de su salvación, concibieron de nuevo una gran esperanza de mejorar su estado; el mismo Amílcar, con Naravas y Aníbal,
2 recorría el país y las ciudades. Muchos africanos se rindieron y se les pasaron a causa de la victoria lograda. Los de Cartago sometieron la mayoría de ciudades, y llegaron a Túnez. Se aprestaron a asediar a
3 Mato y a sus hombres. Aníbal estableció su campamento en el lado que da hacia Cartago; en el lugar
4 opuesto, Amílcar. Después hicieron avanzar hasta el pie de los muros a los prisioneros que tenían de Espendio,
5 y los crucificaron a la vista de todos. Pero Mato se apercibió de que Aníbal, confiado, se comportaba con negligencia y confianza excesiva. Atacó, pues, su atrincheramiento, mató a muchos cartagineses, les echó a todos del campamento, se apoderó de su bagaje ínte-
6 gro y cogió vivo al general, a Aníbal. Le condujeron inmediatamente a la cruz en que había sido crucificado Espendio, y después de torturarle cruelmente, depusie-

---

[173] Este razonamiento de Polibio no resulta muy convincente. El nombre de «sierra» debe de ser, más bien, debido a un macizo montañoso que presente vagamente tal figura; para un lector español, la comparación con la montaña de Montserrat es ineludible. De todas formas, la identificación del accidente geográfico en cuestión es imposible.

ron el cadáver de Espendio y crucificaron vivo al cartaginés; seguidamente degollaron a treinta de los cartagineses más ilustres en torno al cadáver de Espendio.
Como hecho a propósito, la Fortuna proporcionaba a 7
ambos bandos alternativamente ocasiones de excederse
en la venganza de unos contra otros. Amílcar Barca 8
supo muy tarde el ataque que habían realizado los de la ciudad, debido a la distancia que mediaba entre ambos campamentos. Y ni aún, cuando lo supo, pudo apresurarse a llevar socorros, porque el terreno era
sumamente fragoso. Levantó, pues, el asedio de Túnez, 9
se llegó hasta el río Macara y acampó junto al mar, en su desembocadura.

Los cartagineses se volvieron a desanimar a la vista 87
de lo inesperado de tal peripecia; acababan de recobrar los ánimos, y al punto decayeron otra vez sus
esperanzas. Pero no por ello dejaron de actuar en 2
vistas de su salvación. Eligieron a treinta miembros 3
del senado, y después armaron a Hannón, el general que antes se había retirado, y, con él, a los ciudadanos que restaban en edad militar. Con ello echaban mano de su último recurso. Enviaron estos hombres a Amíl-
car Barca. Había orden expresa, de parte del senado 4
cartaginés, de que, como fuera, los generales cesaran en sus diferencias anteriores; en vista de la situación,
debían forzosamente ponerse de acuerdo. Los senado- 5
res expusieron muchos y variados razonamientos a los generales, a los que habían obligado a entrevistarse, y les forzaron a ponerse de acuerdo y a atender a lo que
se les decía. Y desde entonces Hannón y Amílcar an- 6
duvieron ya siempre a la una, y lo realizaron todo se-
gún el parecer de los cartagineses. Mato y los suyos, 7
derrotados en combates parciales —habían librado muchos en torno a la ciudad de Leptis [174] y de otras ciu-

[174] Leptis, ciudad cartaginesa situada a gran distancia del

dades—, acabaron por lanzarse a decidir la situación
en una batalla campal. Por su lado, también los car-
8 tagineses tendían a ello. Ambos bandos convocaron a
sus aliados para la confrontación, y reunieron a las
guarniciones fuera de las ciudades. Se iban a jugar el
9 todo por el todo. Cuando unos y otros estuvieron dis-
puestos para el choque, se alinearon y trabaron com-
10 bate. Triunfaron los cartagineses, y la mayoría de los
africanos pereció en la misma refriega; los que consi-
guieron refugiarse en una ciudad se rindieron no mucho
más tarde; Mato fue cogido vivo por el enemigo.

88 Después de la batalla, las partes restantes de Africa
2 se sometieron inmediatamente a los cartagineses. Pero
las ciudades de Útica e Hipozarita, que no tenían nin-
gún motivo para pedir la paz, ya que no quedaba para
ellas ni misericordia ni perdón debido a sus ataques
3 anteriores, prosiguieron la resistencia. Incluso en estos
crímenes tiene una gran importancia la moderación,
4 y no realizar voluntariamente nada irreparable. Hannón
acampó por un lado, y por el otro Amílcar Barca, que
obligaron rápidamente a los uticenses a establecer un
5 pacto según los intereses de Cartago. La guerra afri-
cana, que había producido tantas dificultades a los
cartagineses, acabó de esta manera. No sólo volvieron
a ser dueños de África, sino que castigaron como se
6 merecían a los causantes de la defección. Al final los
jóvenes se pasearon en triunfo por la ciudad, infligien-
7 do todo tipo de torturas a Mato y a sus hombres. Los
mercenarios lucharon contra los cartagineses tres años
y cuatro meses en una guerra que, por lo que sabemos
de oídas, superó en mucho a las otras en crueldad y
crímenes.

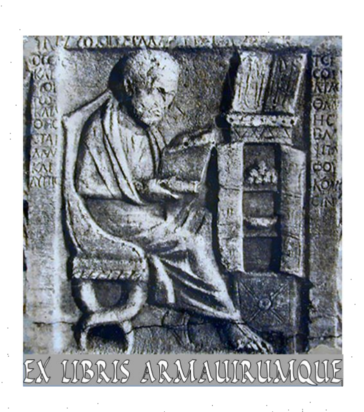
---

mar. La guerra se había desplazado muy hacia el S., pero Polibio hace de ello una referencia sumaria, sin detallar las operaciones.

Roma desposee a Cartago de Cerdeña

En esta misma época los mer- 8
cenarios desertores de Cerdeña
llamaron a los romanos, quienes
decidieron navegar hacia la isla.
Los cartagineses se enojaron, por- 9
que consideraban que el dominio de Cerdeña les corres-
pondía más a ellos, y dispusieron una campaña contra
los que les habían desposeído de la isla. Los romanos 10
lo tomaron como pretexto, y decretaron la guerra con-
tra Cartago: sostenían que los cartagineses se prepa-
raban no contra los sardos, sino contra Roma. Los 11
cartagineses, que contra toda esperanza, se habían sa-
lido de la guerra acabada de exponer, estaban entonces,
desde todos los puntos de vista, en condiciones pésimas
para reemprender hostilidades, ahora contra los roma-
nos. Así que, cediendo a las circunstancias, no sólo 12
evacuaron Cerdeña, sino que encima entregaron a los
romanos mil doscientos talentos en evitación de una
guerra inmediata [175]. Así transcurrieron los hechos.

175 La anexión definitiva de la isla de Cerdeña a Roma se da en el año 238 a. C.



LIBRO II

1 *Recapitulación* En el libro anterior a éste hemos precisado la fecha en que los romanos, tras haber unificado a Italia, iniciaron sus empresas fuera de ella; después, cómo pasaron a Sicilia, y los motivos que les indujeron a hacer
2 la guerra contra los cartagineses por esta isla; en tercer lugar, la época en que empezaron a juntar fuerzas navales, y lo que ocurrió a ambos bandos hasta el final, cuando los cartagineses evacuaron totalmente Sicilia y los romanos se apoderaron de la isla, a excep-
3 ción de las partes gobernadas por Hierón. A continuación emprendimos la narración del motín de los mercenarios contra los cartagineses, la del estallido de la guerra llamada africana, con las impiedades cometidas hasta la victoria de una de las partes, y el final inesperado que tuvo la empresa hasta su conclusión
4 con el triunfo de los cartagineses. Ahora se pretende una exposición sumaria, según nuestro plan inicial, de lo que siguió [1].

[1] Esta recapitulación ofrece un modelo excelente de la concepción polibiana de la historia. Por un lado, centra al lector ante el pasado ya expuesto y lo que se va a exponer seguidamente, sin excluir alguna breve reflexión moral. El «plan inicial» es el expuesto en I 4, 1-11, y también en XIII 1, 7-8. Sobre el concepto de historia universal en Polibio, cf. Díaz Tejera, *Polibio*, págs. CXI-CXV.

Amílcar, en España

Los cartagineses, tan pronto 5
como hubieron enderezado sus
asuntos de África, alistaron tro-
pas y enviaron inmediatamente a
Amílcar a los parajes ibéricos.
Amílcar recogió este ejército y a su hijo Aníbal, que 6
entonces tenía nueve años, atravesó las columnas de
Héracles[2] y recobró para los cartagineses el dominio
de España[3]. Pasó casi nueve años en los lugares citados 7
y sometió a muchos iberos, unos por la guerra y otros
por persuasión. Y acabó su vida de una manera digna
de sus hazañas anteriores. En una refriega contra 8
unos hombres muy fuertes, dotados de un gran vigor,
se arrojó al peligro con audacia y sin pensárselo. Allí
perdió la vida corajudamente[4]. Entonces los cartagine- 9
ses entregaron el mando a Asdrúbal, yerno de Amílcar
y trierarco.

La guerra de Iliria

Fue en esta época[5] cuando los **2**
romanos pasaron por primera
vez a la Iliria[6] e intentaron ha-
cerse por la fuerza con esta parte
de Europa. Los que quieren com- 2
prender a fondo nuestra exposición deben considerar
este hecho no superficialmente, sino con detención,
así como la formación y el crecimiento del imperio de
los romanos. He aquí las causas que les hicieron pros- 3
perar: Agrón[7], rey de los ilirios e hijo de Pleurato,

---

[2] El estrecho de Gibraltar.

[3] Los años que Amílcar pasó en la Península, a los que se alude seguidamente, son 237-229.

[4] Según Tito Livio, Amílcar murió ahogado al cruzar un río (XXIV 41, 3); otras fuentes le hacen morir asesinado por un bárbaro.

[5] Estamos en el año 229.

[6] Cf. nota 43 del primer libro.

[7] Un reyezuelo que controlaba las tribus que habitaban la Dalmacia y los territorios al S. de ésta; estas gentes vivían de

4 disponía de fuerzas terrestres y navales en gran número, procedentes de los que anteriormente a él habían
5 reinado en Iliria. Demetrio[8], el padre de Filipo, persuadió a Agrón con dinero para que ayudara a los medio-
6 nios, asediados por los etolios[9]. Éstos jamás lograron convencer a aquéllos para que ingresaran en su confederación[10], y entonces se habían propuesto someterles
7 por la fuerza. Los etolios salieron a campaña con su ejército íntegro, acamparon en torno a la ciudad de los medionios[11] y la asediaron muy de cerca; empleaban en la empresa todas sus tropas y todos sus inge-
8 nios bélicos. Llegó el tiempo de la elección de comandantes[12], y era inevitable cambiar de general. Los asediados estaban ya en circunstancias críticas, y cada
9 día parecía que iban a rendirse. El general que estaba todavía al mando de los etolios les dijo que, puesto que él había arrostrado las penalidades y los peligros que comportaba el asedio, era justo que le fuera concedida la distribución de los despojos, una vez obtenida la victoria, y también una mención en la dedicación
10 de las armas[13]. Pero algunos, y especialmente los que

---

la piratería, que practicaban con unas naves de carga pequeñas y muy manejables, *lembi* en latín, cuya versión castellana más aproximada es «esquife».

8 Demetrio II de Macedonia (239-229) y Filipo V (221-179).

9 Primera aparición de los etolios, a los que Polibio profesaba una aversión manifiesta, tanto porque por dos veces habían destruido su ciudad natal de Megalópolis, como porque demostraban lo que hoy llamaríamos un talante decididamente democrático frente a la Liga Aquea, de orientación más conservadora.

10 Sobre esta confederación etolia, cf. BENGSTON, *Geschichte*, pág. 398.

11 Medión, en la Acarnania, cerca de la población actual de Katouna.

12 Los etolios elegían a todos sus magistrados y cargos militares en Termo, en el equinoccio de otoño.

13 La referencia es a un uso, quizás de un vago sentido religioso, por el cual se inscribía el nombre del general vencedor en las armas cogidas al ejército vencido.

pretendían el generalato, le discutían las afirmaciones
y aconsejaban a la asamblea a no decidir por anticipado: se debía permitir que, al azar, la Fortuna con-
cediera a quien quisiera la corona. Los etolios acor- 11
daron que si el general que iban a nombrar se apoderaba de la ciudad, compartiría con el anterior tanto la distribución del botín como la dedicación de las armas.

Éste fue el acuerdo; y al día siguiente, según es la 3
costumbre de los etolios, se debía hacer la elección y
realizar la toma de posesión del mando. Pero aquella 2
noche cinco mil ilirios navegaron a bordo de esquifes hacia el territorio de Medión, hasta unos parajes cercanos a la ciudad. Echaron anclas, y ya de día desembarcaron ocultamente y con presteza. Luego avanzaron en el orden que en ellos es habitual, en secciones,
contra el campamento etolio. Los etolios, al ver lo ocu- 3
rrido, se desconcertaron por la sorpresa y la audacia de los ilirios. Sin embargo, hacía mucho tiempo que tenían una alta idea de sí mismos, de modo que con-
fiaron animosamente en sus tropas. Situaron delante 4
mismo del campamento propio, en un terreno llano, a los hoplitas y a la mayor parte de su caballería; al resto de ésta y a su infantería ligera las emplazaron en lugares estratégicos favorables, delante de su atrinche-
ramiento. Los ilirios cargaron primero contra la in- 5
fantería ligera: por su número y por el peso de su formación la obligaron a retroceder. Después forzaron a la caballería, que se había lanzado al combate, a re-
plegarse hacia su infantería pesada. Finalmente ata- 6
caron sin dilacciones, desde las alturas en que se habían situado, a los etolios formados en la llanura, y los pusieron rápidamente en fuga; los medionios desde su ciudad arremetieron simultáneamente contra
los etolios. Mataron muchos enemigos y cogieron un 7
número aún mayor de prisioneros; además se apodera-

8 ron de todo el bagaje. Cumplidas las órdenes de su
rey, los ilirios cargaron en sus esquifes sus propios
bagajes y el botín. Luego se hicieron a la mar, en na-
vegación de regreso a su país.
4 Los medionios habían alcanzado una salvación ines-
perada. Se reunieron en asamblea, en la que delibera-
ron acerca de diversos temas, entre ellos el de la de-
2 dicación de las armas. Decretaron inscribir al jefe que
había tenido el mando efectivo de los etolios y a los
que habían pretendido sucederle, según el decreto de
3 los propios etolios[14]. Por lo ocurrido en aquella ocasión
la Fortuna mostró su poder característico, y lo realizó
como si lo hiciera exprofeso para los demás hombres.
4 Concedió a los medionios infligir en brevísimo tiempo
a los enemigos lo que ellos mismos creían que iban a
5 sufrir. Los etolios, por su parte, con aquel revés im-
previsto evidenciaron a todos que no se debe deliberar
sobre el futuro como si fuera pretérito, ni se debe
concebir una esperanza demasiado segura en cosas que
aún pueden ocurrir de otro modo. Somos hombres:
siempre hay que ceder su parte a lo inopinado, princi-
palmente en los asuntos bélicos[15].
6 Después que arribaron sus esquifes, el rey Agrón
oyó de los comandantes el relato del combate. La vic-
toria sobre los etolios, gente realmente muy soberbia,
le llenó de alegría: se dio a la bebida y a festines y
enfermó de una pleuritis que en pocos días le produjo
7 la muerte. Le sucedió en el reino su mujer, Teuta[16],
quien confió la dirección del gobierno, al menos en
8 buena parte, a sus amigos. Pero, con un cálculo muy

[14] Esta inscripción es burlesca, naturalmente.

[15] También Polibio echa mano de lugares comunes manidos en el pensamiento de los hombres.

[16] En calidad, diríamos, de reina regente, pues el verdadero sucesor era el hijo de ambos, Pinnés. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

propio de mujeres, consideró únicamente el éxito que
acababan de obtener, y no tuvo en cuenta para nada
los intereses extranjeros: a los ilirios que navegaban
por su cuenta, les otorgó licencia de depredar a aque-
llos con los que se toparan. Después juntó una flota, 9
una fuerza no inferior a la anterior, y la mandó hacerse
a la mar; ordenó a los jefes que consideraran cual-
quier país como enemigo.

Los enviados realizaron su primer ataque contra 5
Elea y contra Mesina, regiones que los ilirios devas-
taban continuamente. En efecto, sus costas son dilata- 2
das, y las ciudades principales distan mucho del mar,
de modo que cuando los ilirios desembarcaban el so-
corro a las poblaciones litorales resultaba lento y tar-
dío. Esto hacía que los ilirios atacaran impunemente
y devastaran siempre estos territorios. Aquella vez 3
fondearon frente a la ciudad de Fénice[17], en el Epiro,
con la intención de aprovisionarse. Allí entraron en 4
tratos con unos galos que estaban en la Fenicia como
mercenarios de los epirotas; su número era de unos
ochocientos. Los ilirios pactaron con ellos la entrega
de la ciudad. Desembarcaron con la colaboración de
estos galos, con cuya ayuda, proporcionada desde den-
tro, se apoderaron de la ciudad y de lo que había en 5
ella. Al saber lo ocurrido, los epirotas acudieron celo-
samente y con todas sus fuerzas en socorro de Fénice.
Llegaron a sus proximidades y se desplegaron a orillas
de un río que fluye junto a la ciudad. Arrancaron,
para más seguridad, las tablas de un puente, y acam-
paron. Entonces supieron que Escerdiledas[18] se les 6
acercaba por tierra con cinco mil ilirios, a través de

[17] Capital del Epiro, a doce kilómetros, tierra adentro, de la población actual albanesa de Saranda.

[18] Súbita aparición de este personaje, que jugará un cierto papel. Puesto que su hijo se llama Pleurato, igual que el padre de Agrón, seguramente Escerdiledas es hermano de éste.

los desfiladeros de Antigonea [19]. Se dividieron, y mandaron una parte de ellos a defender Antigonea; los restantes se lo pasaban despreocupadamente; descuida-
7 ban las guardias diurnas y las nocturnas. Los ilirios sabían que los epirotas se habían dividido, y además conocían su descuido. Efectuaron una salida nocturna, colocaron tablas en el puente, cruzaron el río sin peligro alguno y ocuparon un lugar inexpugnable, donde
8 pasaron el resto de la noche. Ya de día, los dos bandos formaron frente a la ciudad y los epirotas fueron derrotados. Muchos de ellos murieron, pero fue capturado vivo un número aún mayor. Los restantes lograron huir al territorio de Atintania.

6 Debido a estos reveses, los epirotas perdieron toda la confianza que tenían en sí mismos, y enviaron legados a los etolios y al pueblo de los aqueos. Solicitaban
2 ayuda urgente. Los demandados se compadecieron de las desgracias de los epirotas y les atendieron; acu-
3 dieron inmediatamente en socorro de Helícrano [20]. Los ilirios que guarnecían Fénice primero se reunieron con Escerdiledas en la llanura, y acamparon frente a las
4 tropas auxiliares; su intención era combatir. Pero el terreno era escarpado y les creaba dificultades; al propio tiempo recibieron unas cartas de Teuta en las que se les decía que ella creía necesario que regresaran a toda prisa a su país: una parte de la Iliria les había traicionado y se había pasado a los dárdanos [21].
5 Los expedicionarios ilirios habían devastado el Epiro,
6 pero entonces hicieron un pacto con los epirotas: les devolverían la ciudad y los ciudadanos libres mediante un rescate. Embarcaron los esclavos y el resto del botín

[19] Antigonea, en las proximidades de la actual Telepeni; los desfiladeros son los que dan acceso al valle de Drinos.

[20] Se desconoce la localización de este topónimo.

[21] Población iliria situada al O. del actual río Drin, afluente del Vardar.

en sus esquifes y zarparon. Los hombres de Escerdi-
ledas se retiraron de nuevo por los desfiladeros de An-
tigonea. Con todo, los ilirios infundieron un terror y 7
un pánico no pequeños a los habitantes de las costas
griegas, pues vieron cómo la ciudad más fuerte e inac- 8
cesible del Epiro había sido saqueada de manera inex-
plicable. Se acongojaban no ya por su territorio, sino
por sus propias vidas y por sus ciudades.

Los epirotas, que se habían salvado contra toda es- 9
peranza, distaron tanto de intentar vengarse de los que
les habían agredido como de ser agradecidos con sus
valedores. Todo lo contrario: enviaron legados a Teuta 10
y establecieron una alianza con acarnanios e ilirios: les
ayudarían en las ocasiones que se presentaran, y daña-
rían a los aqueos y a los etolios. Con ello demostraron 11
que trataban arbitrariamente a sus protectores, y que
desde el principio habían sido erróneas las decisiones
que habían tomado.

El hecho de que los hombres caigan inexplicable- 7
mente en una desgracia no se puede imputar a los que
la sufren, sino a la Fortuna y a los que les causan el
daño. Pero si alguien se arroja de manera evidente y 2
absurda a las más grandes calamidades, en tal caso
hay que reconocer que el fallo ha sido cometido por
quien lo sufre. Aquéllos a los que un golpe del azar 3
precipita a la ruina merecen compasión, comprensión
y también ayuda; pero a los que fracasan por su propia
negligencia les corresponde reproche y deshonor de
parte de los juiciosos. Es lo que entonces, con toda 4
razón, cosecharon los epirotas de parte de los griegos.
En efecto, en primer lugar, ¿quiénes, conocedores de 5
la mala reputación que acompañaba a aquellos galos,
no hubieran recelado de poner en sus manos una ciu-
dad próspera, que tantos atractivos ofrecía para una
traición? En segundo lugar, ¿quién no habría sospe- 6
chado de la intención de aquella horda? Éstos habían

sido expulsados de su propia ciudad, pues sus mismos conciudadanos habían salido contra ellos, por haber
7 traicionado a sus propios parientes y amigos. En efecto, cuando los cartagineses se veían oprimidos por la guerra, dieron acogida a estos galos. Pero en primer lugar, al surgir una discordia entre los soldados y sus generales a propósito de las soldadas, los galos se lanzaron al punto a saquear la ciudad de los agrigentinos, en la que habían sido establecidos como guarnición;
8 eran entonces más de tres mil. Después, cuando la asediaban los romanos, fueron trasladados a Érice para prestar allí el mismo servicio e intentaron traicionar
9 a la ciudad y a los asediados. En ello fracasaron, y por esto se pasaron al enemigo. Éste confió en ellos, y los galos le saquearon el templo de Afrodita Ericina.
10 Los romanos se dieron cuenta muy claramente de su deslealtad, y así que acabaron la guerra contra los cartagineses hicieron lo más conveniente: desarmar a los galos, meterles en navíos y situarles fuera de los
11 límites de Italia. De modo que los epirotas, si se razona correctamente, ¿podrían no aparecer como causantes de sus propias desgracias, si convirtieron a estos galos en guardianes de la democracia y de las leyes, y pusieron en sus manos la más próspera de sus ciu-
12 dades? Con ocasión de la necedad de los epirotas he creído útil recordar que los juiciosos no deben nunca admitir una guarnición demasiado fuerte, principalmente si se trata de extranjeros.

8 Ya en tiempos anteriores los ilirios molestaban sin
2 causa a los navegantes[22] procedentes de Italia. En aquella época en que asediaban Fénice, muchos se separaban de la flota; a un tiempo saqueaban a unos comerciantes italianos, degollaban a otros y, a no pocos, los
3 cogían vivos y se los llevaban. Hasta entonces los ro-

[22] Que se dedicaban al comercio.

manos habían hecho poco caso de los que acusaban
a los ilirios, pero en vista de que iban llegando más
quejas al senado, enviaron legados a Iliria, en calidad
de inspectores, acerca de aquellas acusaciones, a Cayo
y Lucio Coruncanio. Cuando llegaron a ella los esquifes 4
procedentes del Epiro, Teuta, admirada por la cantidad
y belleza del botín transportado, pues por aquel enton-
ces Fénice aventajaba mucho en prosperidad a las ciu-
dades restantes del Epiro, se reafirmó doblemente en
su propósito de maltratar a los griegos. Sin embargo, 5
primero se contuvo por ciertos conflictos internos.
Pero reducidos pronto los ilirios que se habían suble-
vado, puso asedio a la ciudad de Isa [23], que era la única
que no se le había sometido. Y fue precisamente en 6
aquel momento que se presentaron los legados roma-
nos. Se les concedió una audiencia, y hablaron de las
injusticias que se habían cometido contra ellos. Du- 7
rante toda la entrevista Teuta les escuchó de modo
desdeñoso y altanero. Concluido el parlamento de los 8
romanos, les manifestó que, de nación a nación, procu-
raría que a los romanos no les sucediera nada injusto
de parte de los ilirios, pero que en lo que se refería a
los ciudadanos particulares, no era legal que los reyes
impidieran a los ilirios sacar provecho del mar. El más 9
joven de los legados romanos, indignado por lo que
allí se había dicho, se produjo con una franqueza na-
tural, pero en modo alguno oportuna; exclamó: «Los 10
romanos, oh Teuta, tienen la bellísima costumbre de
castigar públicamente los crímenes privados y de soco-
rrer a las víctimas de la injusticia. De manera que, si
un dios lo quiere, intentaremos rápida e inexorable-
mente obligarte a enderezar las normas reales respecto
a los ilirios.» Ella recibió esta franqueza con un coraje 11
mujeril e irracional. Se enfureció hasta tal punto ante

[23] Sobre la costa dálmata; hoy es la isla de Cisa.

lo que había oído, que menospreciando las normas promulgadas entre los hombres, cuando los romanos ya partían, mandó a unos sicarios que asesinaran al
12 legado que había hablado con tanta libertad. Llegó a Roma noticia de lo sucedido, y los romanos, irritados por el crimen de aquella mujer, se dispusieron al punto; alistaron un ejército y concentraron una flota.

9 Llegada la primavera[24], Teuta equipó esquifes en número superior al de antes y los mandó de nuevo a
2 las regiones de Grecia. Una parte de ellos puso rumbo hacia Corcira[25], y la otra abordó en el puerto de Epidamno. En apariencia pretendía aguar y aprovisionarse, pero en realidad era una estratagema, un golpe de
3 mano contra la ciudad. Los epidamnios les recibieron descuidadamente, porque no maliciaron nada, y los ilirios penetraron con los vestidos solamente, fingiendo ir a buscar agua, pero llevaban puñales ocultos en las vasijas. Degollaron a los centinelas de las poternas y
4 adueñaron rápidamente de los portales. Según lo previsto, desde los navíos se apoyó enérgicamente la acción, y así los ilirios conquistaron fácilmente la ma-
5 yor parte de las murallas. Los ciudadanos epidamnios no estaban preparados, porque no esperaban nada. Sin embargo, se aprestaron con valor a la defensa y lucharon; se opusieron largo tiempo a los ilirios y acabaron
6 echándoles de la ciudad. En esta ocasión, pues, por su negligencia corrieron el peligro de perder la patria, pero por su valor aprendieron impunemente una lección para el futuro.

7 Los comandantes de los ilirios se hicieron precipitadamente a la mar, se unieron a los que les precedían en aquella navegación y fondearon ante Corcira. Des-

---

[24] Del año 229. Para las complicaciones políticas que produjo esta actitud de Teuta, cf. Bengston, *Geschichte*, pág. 396.

[25] La actual isla de Corfú; Epidamno es la actual Durazzo, en la costa dálmata.

embarcaron por sorpresa e iniciaron el asedio de la
ciudad. Estos hechos pusieron en situación difícil a los 8
corcirenses, que ya desesperaron totalmente de salvar-
se. Enviaron legaciones a los aqueos y a los etolios,
y con las de ellos mandaron embajadas también los
apoloniatas[26] y los epidamnios: todos solicitaban ayuda
inmediata para evitar que los ilirios les echaran de sus
territorios. Los demandados atendieron a las legacio- 9
nes, aceptaron sus argumentos y dotaron conjuntamen-
te diez naves de transporte que poseían los aqueos;
en pocos días las dispusieron y navegaron hacia Cor-
cira con la esperanza de levantar el cerco.

Por su alianza, los ilirios habían recibido siete na- 10
ves cubiertas de los acarnanios; se hicieron a la mar
y trabaron combate con las naves de los aqueos junto
a las islas llamadas Paxos[27]. Los acarnanios y las naves 2
de los aqueos, adversarios de los ilirios, libraron contra
ellos un combate indeciso. Durante la liza no sufrieron
pérdidas, a excepción de algunos heridos. Los ilirios 3
agruparon sus esquifes en grupos de cuatro y atacaron
al enemigo. Descuidando su propia defensa, atacaron
de flanco, con lo que favorecían la embestida enemiga.
Cuando sus naves de primera fila hubieron recibido el 4
golpe del espolón y quedaron fijas en el choque, los
aqueos se encontraron en situación difícil, sujetos por
sus propios espolones a los esquifes agrupados. Los
ilirios saltaron a los puentes de las naves aqueas y se
apoderaron de ellas porque eran superiores en nú-
mero. De este modo se adueñaron de cuatro naves cua- 5
trirremes y hundieron una quinquerreme con su tripu-
lación, en la cual navegaba Margos de Carinea, hombre
que se había comportado con toda lealtad para con la

---

26 Apolonia, villa y puerto griego en la costa del Epiro, hoy Vallona, en Albania.

27 Son dos pequeñas islas, Paxos y Antipaxos, al E. de Corcira.

6 Confederación Aquea hasta que murió. Los que luchaban a favor de los acarnanios se apercibieron de la victoria de los ilirios y, fiados en la ligereza de sus naves, se retiraron, con viento en popa, con toda segu-
7 ridad hacia su país. Y el grueso de los ilirios, envalentonados por aquel triunfo, prosiguieron el asedio
8 con facilidad y confianza. Los corcirenses, desesperados ya totalmente ante lo ocurrido, sostuvieron todavía algún tiempo el asedio, pero pactaron con los ilirios y aceptaron una guarnición, y con ella a Demetrio de
9 Faros[28]. Tras esto los comandantes ilirios zarparon inmediatamente, fondearon frente a Epidamno y reemprendieron el asedio de esta ciudad.

11 Era el tiempo[29] en que uno de los cónsules romanos, Cneo Fulvio, zarpó de Roma con doscientas naves, y Aulio Postumio, el otro cónsul, salió con las fuerzas
2 terrestres. La primera intención de Cneo fue navegar hacia Corcira, en la suposición de que encontraría el
3 asedio todavía sin decidir. Se le había pasado la ocasión y, sin embargo, navegó hacia la isla, con el propósito, al mismo tiempo, de conocer exactamente lo ocurrido en la ciudad y de averiguar si era verdad lo
4 que proponía Demetrio. Éste, víctima de calumnias, recelaba de Teuta, y había enviado emisarios a los romanos: les proponía entregarles la plaza y confiar-
5 les todo lo que tenía en su poder. Los corcirenses vieron con agrado la presencia de los romanos, y con el consentimiento de Demetrio les entregaron la guarnición iliria, y se avinieron a situarse bajo protección romana[30]; comprendían que, ante las injurias de los ilirios,

[28] Primera aparición de este personaje, que jugará un papel relevante en la guerra contra Cleómenes; se alió a Antígono. Una sucinta relación de su intervención, en BENGSTON, *Geschichte,* pág. 398.

[29] La primavera del 229.

[30] Era la acción denominada jurídicamente una *deditio,* por la que un pueblo o ciudad se colocaba bajo la tutela de Roma;

ésta era la única seguridad para el futuro. Los romanos 6
aceptaron, pues, la amistad de los corcirenses, y a continuación navegaron hacia Apolonia; para las acciones futuras nombraron jefe a Demetrio. Todo esto era en 7
la misma época en que Postumio hizo pasar sus tropas terrestres desde Bríndisi, unos veinte mil soldados de a pie y unos dos mil jinetes. Y cuando habían concen- 8
trado sus fuerzas terrestres y navales en Apolonia, acogiéndoles sus habitantes y confiándose a su protectorado, los romanos se hicieron de nuevo a la mar, al saber que Epidamno estaba asediada. Ante el ataque de los ro- 9
manos, los ilirios levantaron desordenadamente el cerco y huyeron. Los romanos, tras aceptar en su protecto- 10
rado también a los epidamnios, progresaron hacia el interior de la Iliria y sometieron a los ardieos[31]. Les 11
salieron al encuentro todavía más embajadas que se les confiaban con todo lo suyo; entre ellas acudieron las de los partinos. Los romanos aceptaron la amistad de todos ellos, e igualmente la de unos atintanos que se les presentaron. Luego avanzaron con la intención de dirigirse a Isa, porque esta ciudad también estaba asediada por los ilirios. Llegaron, levantaron el cerco, 12
e incluyeron en su protectorado también a los iseos. En su navegación a lo largo de la costa tomaron algu- 13
nas ciudades ilirias; en las situadas en las proximidades de Nutria[32] no sólo perdieron muchos soldados, sino algunos tribunos y un cuestor. En cambio, se apo- 14
deraron de veinte esquifes que se llevaban la produc-

---

lo mismo vale, más abajo, para Corcira (5), Apolonia (8), Epidamno (10), los partinos y los atintanos (11). Todo este capítulo está festoneado de terminología técnica. Véase su discusión y precisión en WALBANK, *Commentary*, págs. 161-162.

[31] Los ardieos y los atintanos eran pueblos del S. de la Iliria, y los últimos, concretamente, eran griegos emigrados de la región del Epiro.

[32] El emplazamiento de Nutria nos es desconocido.

15 ción del país. De los que asediaban Isa, los apostados
en Faros no sufrieron castigo, por la intercesión de
Demetrio. Los demás huyeron masivamente a la des-
16 bandada hacia Arbón[33]. Teuta se salvó con unos pocos
en Rizon[34], pequeña población bien fortificada, alejada
17 del mar y situada a la orilla misma del río Rizon. Tras
todas estas acciones los romanos pusieron bajo el go-
bierno de Demetrio la mayor parte, con mucho, de la
Iliria: le proporcionaron un gran reino. Luego se reple-
garon a Epidamno con sus tropas navales y terres-
tres.

12 Cneo Fulvio regresó a Roma con la mayor parte de
2 sus fuerzas marítimas y de tierra; Postumio se quedó
allí, con cuarenta bajeles, reclutó una legión de las ciu-
dades circundantes e hibernó; amparaba tanto a los
ardieos como a todos los demás que se habían con-
3 fiado al protectorado romano. Al llegar la primavera
Teuta envió una legación a los romanos y establece un
pacto con ellos, en el que consiente en abonar los
tributos[35] que se le impongan, en retirarse de toda la
Iliria, a excepción de unos pocos lugares, y —lo que
más interesaba a los griegos— en no navegar hacia el
sur del Lisos[36] con más de dos esquifes, y éstos desar-
4 mados. Cumplido esto, Postumio despachó embajadas
a los etolios y a la Confederación aquea. Éstos, al
llegar, justificaron ante ellos en primer lugar los moti-

33 Arbón es de localización también difícil; WALBANK, *Commentary*, ad loc., apunta un emplazamiento no lejos de la actual Tirana.

34 Actualmente Risano, al fondo de la bahía de Cattaro, donde desemboca un río que en la antigüedad llevaba el mismo nombre.

35 La palabra griega aquí no es absolutamente clara. Quizás signifique sólo «indemnización». La diferencia tiene repercusiones jurídicas.

36 Es una plaza, llamada actualmente Alessio, situada en la desembocadura del río Drin.

vos de la guerra y de su travesía del mar, para exponer, seguidamente, todo lo realizado y para explicar los
términos del acuerdo formalizado con los ilirios. Am- 5
bos pueblos patentizaron la debida cortesía a los legados, que regresaron a Corcira; los pactos citados habían librado a los griegos de un temor considerable,
pues los ilirios eran enemigos no de algunos griegos, 6
sino de todos.

Ésta fue la primera travesía de los romanos con un 7
ejército a la Iliria y, en general, a esta parte de Europa; los tratos, por medio de embajadas, con los países
griegos se debieron a las causas aducidas. Después de 8
este comienzo, los romanos enviaron inmediatamente otras legaciones a los corintios y a los atenienses; fue la primera vez que los corintios se avinieron a que los romanos participaran en los juegos del Istmo.

Asdrúbal, en España

En esta misma época Asdrúbal 13
(pues dejamos en este punto los asuntos de España) ejercitaba su mandato con habilidad y realismo, y en conjunto logró un gran progreso cuando erigió la población que unos llaman Villa Nueva y otros Cartago, fundación que contribuyó muchísimo a favorecer la política de los cartagineses,
principalmente por la situación estratégica del lugar, 2
tanto por lo que se refiere a España como por lo que a África. Cuando se presente una ocasión más oportuna[37] trataremos de la situación y de la utilidad de este lugar y del servicio que puede prestar a los países
citados. Los romanos constataron que allí se había 3
establecido un poder mayor y temible, y pasaron a
preocuparse de España. Vieron que en los tiempos an- 4
teriores se habían como dormido y que los cartagineses se les habían anticipado a construir un gran imperio, e

[37] Cf. X 10.

intentaron con todas sus fuerzas recuperar lo perdido.
5 Pero de momento no se atrevían a exigir nada a los cartagineses ni a hacerles la guerra, porque pendía sobre ellos su temor a los galos, en sus mismas fron-
6 teras, y aguardaban su invasión día tras día. De modo que los romanos halagaban y trataban benignamente a Asdrúbal, pues habían decidido arriesgarse contra los galos y atacarles: suponían que no podrían dominar a Italia ni vivir con seguridad en su propia patria mien-
7 tras tuvieran por vecinos a estas gentes. Despacharon legados a Asdrúbal y establecieron un pacto con él, en el que, silenciando el resto de España[38], se dispuso que los cartagineses no atravesarían con fines bélicos el río llamado Ebro[39]. Esto se hizo al tiempo que los romanos declararon la guerra a los galos de Italia.

Descripción de Italia y de la Galia Cisalpina

14 Acerca de este punto creo útil una *exposición resumida, acomodada*, según el plan inicial, a esta *Introducción*, un recorrido cronológico desde los orígenes, cuan-
2 do los galos citados se establecieron en el país. Estoy convencido de que su historia no sólo merece ser conocida y recordada, sino de que, en último término, es necesaria para averiguar los hombres y lugares en que confió Aníbal cuando se dispuso a destruir el po-
3 derío romano. Primero hay que tratar cómo es el país y cómo se encuentra respecto del resto de Italia. En

---

[38] Tito Livio, XXI 1, dice todo lo contrario, que cartagineses y romanos delimitaron sus zonas de influencia en España. Sea como sea, esto, que se ha dado en llamar «tratado del Ebro», debe colocarse entre el otoño del año 226 y la primavera del 225.

[39] Parece que Polibio estuvo en España, pero posteriormente a la redacción de este libro II. Aquí podría ser que la referencia al Ebro sea, realmente, al río Júcar; cuando se trate de la ciudad de Sagunto, la confusión entre ambos ríos por parte de Polibio es indiscutible.

efecto: la descripción de las peculiaridades de los territorios y de la región posibilitará un conocimiento mejor de las acciones bélicas.

La forma del conjunto de Italia es triangular[40]; uno 4
de sus lados, el que se extiende hacia oriente, limita
con el mar Jonio y a continuación con el golfo Adriático;
el lado occidental, orientado a poniente, viene
limitado por el mar de Sicilia y el Tirreno. Estos lados 5
coinciden y forman un vértice del triángulo, el cabo
italiano más meridional, llamado Cócito[41], que separa
el mar Jonio del Siciliano. El resto del país, que se ex- 6
tiende por el norte y por la parte central, viene limitado,
ininterrumpidamente, por la cordillera de los
Alpes, que arranca en Marsella, y a través de las regiones
del mar de Cerdeña sigue, sin solución de continuidad,
hasta el fondo del Adriático. Hay sólo un pequeño
espacio en que deja de tener contacto con él.
Al pie de la cordillera citada, a la que cabe imaginar 7
como base del triángulo, se extienden de sur a norte
las llanuras de Italia. Ahora vamos a tratar de ellas; en
extensión y fertilidad superan a las demás de Europa
que caen en el ámbito de nuestra *Historia*. En cuanto 8
al trazado de la figura: también el perímetro de estas
llanuras es triangular. El vértice de este triángulo lo
forma la conjunción de los Alpes y los montes llamados
Apeninos, contacto que se da no lejos del mar de Cerdeña,
encima de Marsella. El lado septentrional, como 9
dije más arriba, lo forman los Alpes. Tiene una longi-
tud de dos mil doscientos estadios[42]. El lado meridio- 10

---

40 Es evidente que Italia no tiene forma de triángulo, y el mismo ESTRABÓN (V 210) refuta esta afirmación de Polibio.

41 Punta di Stilo, en la extremidad de Bruttium. Polibio ignora la popularmente llamada «punta de la bota» italiana, y el golfo de Tarento. Un buen mapa del mundo mediterráneo en esta época, lo ofrece *Weltatlas*, pág. 29.

42 329 kilómetros. Pero en realidad la longitud es mucho mayor.

nal lo forman los Apeninos: su extensión, tres mil tres-
11 cientos estadios. La línea que forma la base de toda la figura es la costa del golfo Adriático; la dimensión de esta base, desde la ciudad de Sine[43] hasta lo más pro-
12 fundo del golfo, es de dos mil quinientos estadios. De modo que el perímetro íntegro de las llanuras citadas no dista mucho de los diez mil estadios.

15 Describir su fertilidad no es fácil. En ciertos parajes la abundancia de grano es tal que muchas veces, en nuestra época, el medimno[44] siciliano de trigo ha valido cuatro óbolos; el de cebada, dos, y la metreta de vino se ha vendido al precio de un medimno de ce-
2 bada. En estas regiones el mijo y el maíz se dan con especial abundancia. La cantidad de bellotas producida por las encinas esparcidas por las llanuras se puede
3 calcular principalmente a base de lo que sigue: del ganado de cerda sacrificado en Italia para el consumo doméstico y para el avituallamiento de tropas, la mayor
4 parte procede de estas llanuras. En lo que atañe, concretamente, a la baratura y abundancia de comestibles,
5 se puede hacer el siguiente cálculo, muy exacto: los viajeros que recorren este país hacen sus tratos en posadas sin ajustar el precio de cada cosa, sino que preguntan cuánto se paga, globalmente, por persona.
6 Las más de las veces los posaderos se avienen a proveer a los huéspedes de todo lo necesario por medio as, que es la cuarta parte de un óbolo; raramente se
7 excede esta cantidad. Las acciones bélicas explicarán por sí mismas el gran número de hombres, su estatura y prestancia corporales, e incluso su audacia en la
8 guerra. En las dos vertientes de los Alpes, la que da

43 La Sena Gallica de los romanos, actualmente Sinigaglia.

44 Medida de capacidad para sólidos que equivalía a cinco modios romanos, cincuenta y un litros modernos. El óbolo era la sexta parte de un dracma. La metreta equivalía a treinta y nueve litros.

al río Ródano y la que baja a las llanuras menciona-
das, los parajes que tienen tierras cultivables están
habitados, aunque sean montañosos. La vertiente del
Ródano, que mira hacia el norte, la habitan los galos
llamados transalpinos, y la que da a las llanuras, los
tauriscos[45], los agones y otros linajes bárbaros. Se les 9
llama transalpinos no porque esto denote su linaje,
sino por la diferencia de lugar: «trans», en efecto, sig-
nifica, traducido, «al otro lado de», por esto a los que
viven más allá de los Alpes se les llama transalpinos.
Las cimas, por su fragosidad y por la gran cantidad 10
de nieves perpetuas, están totalmente deshabitadas.

Desde su comienzo, al norte de Marsella, donde 16
coinciden con los Alpes, los Apeninos están habitados
por los ligures, tanto en la vertiente que desciende
hacia el mar Tirreno como en la de las llanuras, o sea, 2
en la zona costera hasta la ciudad de Pisa, que es la
primera que se encuentra en la Etruria[46] por el oeste,
tierra adentro, hasta el país de los arretinos[47]. A con- 3
tinuación vienen los tirrenos[48] y, seguidamente, son los
umbros[49] los que habitan ambas laderas de los montes
citados. Después los Apeninos, que distan del mar Adriá- 4
tico unos quinientos estadios, dejan las llanuras, tuer-
cen a la derecha y se alargan por el centro de la mitad
restante de Italia; se extienden hasta el mar de Sici-
lia. La parte llana de este lado se extiende hasta el 5
mar y hasta la ciudad de Sena. El río Po, celebrado 6
por los poetas bajo el nombre de Erídano, tiene sus

---

45 Los tauriscos son llamados taurinos en III 60, 8. Habitaban el actual Piamonte. Los agones no sabemos quiénes eran.

46 La actual Toscana.

47 El territorio cuya capital es la actual Durazzo.

48 Los etruscos.

49 Los umbros, con lengua propia, paralela al osco y al latín, ocuparon en tiempos remotos un área mucho más extensa que la que ocupaban en esta época. Cf. Walbank, *Comentary*, ad loc.

fuentes en los Alpes, hacia el vértice de la figura que
mencionábamos; desciende hacia la llanura y fluye en
7 dirección sur. Cuando llega a los llanos tuerce su curso
y enfila por ellos en dirección este. Desemboca por dos
brazos en el golfo Adriático; el Po divide esta llanura
de una manera tal que su parte mayor es la que limi-
8 tan los Alpes y el interior del golfo Adriático. Es el
río más caudaloso de Italia, debido a que todas las
corrientes que bajan hacia la llanura desde los Alpes
9 y desde los Apeninos afluyen a él por todas partes. El
caudal máximo y más bello lo lleva en la subida de
Sirio [50]; entonces el río baja acrecido por la gran can-
10 tidad de nieve fundida en los montes citados. Es nave-
gable desde el mar por la boca llamada Olana [51], en un
11 recorrido de unos dos mil estadios. Su curso inicial
desde las fuentes es único, pero en el lugar llamado
Trigábolo [52] se escinde en dos; uno de estos brazos se
12 llama Padua y el otro Olana. En este último hay un
puerto que es el que en el Adriático ofrece más segu-
ridad a los barcos que fondean en este mar. Los natu-
13 rales del país llaman a este río Bodenco. En cuanto a
lo que los griegos narran acerca de este río, la historia
de Faetón y de su caída, las lágrimas de los chopos [53],

---

50 A finales de julio.

51 Es la boca N. de la desembocadura del Po, actualmente Po di Volano, más al N.; al S., Po di Primaro. Frente a otras descripciones geográficas confusas, esta descripción polibiana del curso del Po, principalmente en su parte inferior, es de notable exactitud. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

52 Desconocemos la ubicación del lugar, pero indudablemente está cerca de Ferrara.

53 Cuenta la leyenda que un día guió el carro de su padre, pero los caballos se le desbocaron y, fuera de su ruta ordinaria, inflamó la tierra. Entonces, para castigarle, Zeus le lanzó el rayo y le precipitó en el río Erídano; sus hermanas se convirtieron en álamos, y las lágrimas que habían vertido se convirtieron en gotas de ámbar. Véase P. Grimaldi, *Diccionario de*

y que los habitantes de sus márgenes visten de negro porque, según cuentan, llevan aún luto por Faetón,
toda esta materia de tragedia o de especie análoga, de 14
momento no la trataremos, porque una crítica pormenorizada de estas fábulas en una *Introducción* no se
ajusta a las reglas del género. Sin embargo, llegado el 15
momento oportuno, se las tendrá en cuenta cual corresponde, principalmente por la ignorancia de Timeo acerca de este país.

Los galos. Sus invasiones de Italia

Antiguamente ocuparon estas 17
llanuras los etruscos, cuando habitaban también los llamados Campos Flegreos, en los territorios de Capua y de Nola, región muy frecuentada y conocida, que adquirió por ello
gran fama de fértil. Los que investigan el poderío 2
etrusco no deben mencionar sólo los territorios que los etruscos ocupan ahora, sino también las llanuras citadas y los recursos que extraían de estas regiones.
Los etruscos se relacionaban con los galos por razón 3
de vecindad, pero los galos miraban codiciosamente el país por su belleza. Buscaron un pequeño pretexto, invadieron aquellas tierras con un gran ejército, expulsaron a los etruscos de la región del Po y se quedaron
con la llanura. Ocuparon primero las regiones del 4
norte del Po, el país de los laos y el de los lebecios[54], después el de los insubres, el linaje más populoso de

mitología (traducción castellana de F. PAYAROLS), Barcelona, 1966, artículo «Faetonte».

[54] Los laos son los *laevi* de TITO LIVIO (V 35, 2). Los lebecios son los *libui* de TITO LIVIO en el lugar citado. Estas tribus habitaban los valles del curso inferior del río Tesino y del río Sesia. Los insubres eran la tribu más importante de esta llanura, y su capital era Mediolanum (la actual Milán). Los cenomanos vivían ya al pie de los Alpes. El dato de Polibio en esta última indicación es, más bien, inexacto.

entre ellos, y a continuación las tierras de los cenó-
5 manos, ya en las márgenes del río. Las tierras litora-
les del Adriático eran poseídas por un linaje muy
antiguo, el de los llamados vénetos[55], poco diferentes
de los galos en costumbres y en vestido, pero que ha-
6 blan un lenguaje distinto. Sobre ellos los poetas trá-
gicos han escrito mucho y han montado muchas cosas
7 fantásticas. Las regiones de la otra orilla del Po, las
de los Apeninos, las habitaron primero los ananes[56],
y después los boyos[57]; a continuación, en dirección al
Adriático, los lingones, y al final, ya junto al mar, los
senones.

8 Lo que se ha consignado es *lo más notable acerca*
9 de los pueblos de estos territorios. Habitaban aldeas
no amuralladas, y no usaban de más ajuar que el
10 estrictamente necesario. Dormían en lechos de hoja-
rasca, comían carne y sólo practicaban la agricultura
o la guerra, por lo cual su vida era muy simple. Entre
11 ellos, artes y ciencias eran algo desconocido. Sus únicos
bienes eran el ganado y el oro, ya que, dado su gé-
nero de vida, era lo único que podían llevarse fácil-
mente a todas partes y trasladarlo según sus preferen-
12 cias. Ponían su máximo empeño en formar clanes,

---

55 La actual Venecia, y la región de la que es capital.

56 Hay vacilaciones sobre la grafía de este pueblo: las fuentes dan, alternativamente, «anares» o «anamares», además de la aceptada en el texto. Vivían en el curso inferior del Po, entre éste y el río Trebia.

57 Los boyos procedían de la Galia transalpina, habían cruzado los Alpes por el gran San Bernardo, y se establecieron entre el Po y los Alpes; su capital fue Bononia, la actual Bolonia. Los lingones procedían de la región del Marne y del Saona; cruzaron los Alpes y se establecieron entre Ravena y Rímini. Los senones procedían del valle del Sena, y en Italia se establecieron en la región cuya capital es Siena, de la cual expulsaron a los umbros, que se desplazaron, en dirección N., hacia los Alpes.

porque entre ellos se consideraba el más poderoso y el más temible el que diera la impresión de tener el máximo número de clientes y de asociados[58].

Desde el principio se apoderaron no sólo de este 18
país, sino que sometieron a muchos limítrofes intimidados por su audacia. Después de algún tiempo ven- 2
cieron en una batalla a los romanos y a sus aliados. Les persiguieron en su huida, y tres días después de la batalla llegaron a ocupar la ciudad de Roma[59], a excepción del Capitolio. Pero sufrieron un contratiem- 3
po: los vénetos les invadieron el territorio, por lo que los galos pactaron con los romanos, les devolvieron la ciudad y regresaron a sus tierras. Después se enzarza- 4
ron en contiendas internas, y además algunas gentes de las regiones alpinas se unían con frecuencia contra ellos y les atacaban, porque veían la prosperidad a que habían llegado. Por aquel entonces los romanos habían 5
recuperado su potencia y se habían adueñado otra vez del Lacio. Pero cuando los galos se presentaron treinta 6
años después de nuevo en Alba Longa con un gran ejército, los romanos no se atrevieron a hacer salir sus legiones: la incursión había sido súbita, habían sido cogidos de sorpresa y no lograron concentrar rápidamente las tropas de los aliados. Al cabo de doce 7
años sufrieron otra invasión; un gran ejército se dirigía contra ellos, pero lo supieron a tiempo, agruparon a los aliados e hicieron frente a la situación con gran coraje, poseídos del afán de combatir y de jugarse el todo por el todo. Los galos, sorprendidos por la ofen- 8
siva romana, y con discordias internas, al llegar la noche se retiraron a su país. Fue casi una fuga. Debido 9

---

[58] Institución típica romana: los *clientes* eran los convidados pobres en las mesas de los ricos; una burla sarcástica de ellos la ofrece JUVENAL en su sátira V. Sobre la importancia que a ello daban los galos, cf. CÉSAR, *La Guerra de las Galias*, VI 15, 2.

[59] En el año 387/6.

al miedo que pasaron, durante trece años permane-
cieron inactivos, y después, al comprobar que el pode-
río de los romanos había crecido, hicieron con ellos un
tratado de paz.

19 Este pacto fue observado fielmente durante treinta
años. Entonces se produjo un movimiento de los galos
transalpinos, y los cisalpinos temieron una guerra di-
fícil. Con regalos y con alusiones a su afinidad desvia-
ron de ellos los ataques de los invasores, a los que in-
citaron contra los romanos; ellos mismos tomaron
2 parte en la campaña. La marcha se hizo a través de
la Etruria, y los etruscos colaboraron en la acción.
Capturaron un botín abundante y abandonaron sin pe-
3 ligro los dominios romanos. Pero llegados a su país se
pelearon por codicia del botín conseguido: acabaron
destruyéndolo en su mayor parte, y lo mismo hicieron
4 con sus tropas. Cuando se han adueñado de propieda-
des de sus vecinos, entre los galos tal conducta es ha-
bitual, a causa más que nada de comilonas y borra-
cheras irracionales.

5 Después de esto, al cabo de cuatro años samnitas[60]
y galos se coaligaron y presentaron batalla a los ro-
manos en la región de Camerino[61]. Mataron a muchos
6 en la refriega. Pero pese a la derrota sufrida, los ro-
manos resistieron tenazmente, al cabo de pocos días
salieron a campaña y en el país de Sentino[62] entraron
en combate con todas sus tropas contra los coaligados
en cuestión. Mataron a la mayor parte de ellos y for-
zaron a huir a los restantes atropelladamente a su
7 país. Pasaron de nuevo diez años, y los galos se pre-
sentaron con un ejército formidable a asediar la ciudad

---

60 Sobre los samnitas, véase I 6, 4.

61 Ciudad situada al S. de la Umbría, en las laderas de los Apeninos.

62 Villa de la Umbría, en el curso superior del río Esino.

de Arezzo[63]. Los romanos acudieron a socorrerla, tra- 8
baron combate delante de la ciudad y fueron derrotados. En esta batalla murió el cónsul Lucio Cecilio Metelo, y fue reemplazado por Manio Curio Dentato.
que envió mensajeros al país de los galos para tratar 9
de los prisioneros. Los galos, violando el derecho de
gentes, mataron a los legados. Enfurecidos, los roma- 10
nos salieron sin dilaciones en campaña, y se les opusieron los galos llamados senones, que entablaron com-
bate contra ellos. Vencieron los romanos en una batalla 11
en toda regla, mataron a la mayoría de enemigos y expulsaron a los restantes. Así se apoderaron de aquel
país. Enviaron a él la primera colonia romana en tie- 12
rras galas, sita en la ciudad llamada Sena, pues llevó el mismo nombre de los galos que habitaron allí ante-
riormente. Precisamente de Sena hemos aclarado un 13
poco más arriba que está junto al mar Adriático, en un extremo de la llanura del río Po.

Los boyos, al ver el desastre de los senones, temie- 20
ron algo parecido para sí mismos y para su país. Llamaron a los etruscos y salieron a campaña con el
ejército íntegro[64]. Se reunieron junto al lago Vadi- 2
món[65] y presentaron batalla a los romanos. En ella 3
la mayoría de etruscos murió, y muy pocos de los
boyos lograron escapar. Sin embargo, al año siguiente 4
los citados pueblos se coaligaron de nuevo y armaron incluso a los jóvenes que acababan de entrar en la pubertad, y se presentaron en formación de combate
contra los romanos. En la batalla sufrieron un desca- 5
labro total, pero les costó mucho ceder en su coraje: enviaron legados para una tregua y la paz, y pactaron
con los romanos. Esto ocurrió tres años antes del des- 6

---

63 El asedio de Arezzo es en los años 285/4.

64 Esta acción de los boyos debe colocarse en el año 283.

65 El lago Vadimón (actualmente Bassano), a la orilla derecha del Tíber, a 70 kilómetros de Roma.

embarco de Pirro en Italia, y en el quinto del desastre
7 de los galos en Delfos. En esta época la Fortuna in-
fundió a todos los galos como un estado epidémico de
8 guerra. De todas las contiendas citadas los romanos
extrajeron dos grandes provechos: se habituaron a
verse destrozados por los galos, con lo que ya no
pudieron ver ni aguardar nada más terrible de lo que
9 habían sufrido. Así se convirtieron en atletas perfec-
10 tos en las acciones bélicas contra Pirro. Tras destruir
totalmente la audacia de los galos, pudieron luchar
contra él y disputarle Italia sin distraer fuerzas. Des-
pués lucharon contra los cartagineses por el dominio
de Sicilia.

21 Las derrotas aludidas hicieron que los galos se
mantuvieran en paz con los romanos durante cuarenta
2 y cinco años[66]. Pero con el tiempo los testigos ocula-
res de los desastres fueron muriendo, y surgieron ge-
neraciones jóvenes, llenas de un ardor irracional, ca-
rentes totalmente de experiencia y que no habían visto
nada de aquellos desastres ni de aquellas circunstan-
3 cias críticas. Empezaron de nuevo a remover la situa-
ción establecida, cosa natural, a exasperarse contra
los romanos por azares puramente fortuitos y a atraer-
4 se como aliados a los galos de los Alpes. Los primeros
preparativos los llevaron a cabo los jefes personal-
5 mente, sin que el pueblo lo supiera. Por esto cuando
los galos transalpinos se presentaron con su ejército
en Rímini, el pueblo de los boyos desconfió, se sublevó
contra sus propios jefes y luchó contra los recién lle-
gados. Ejecutaron a sus reyes Atis y Gálato, se enfren-
6 taron mutuamente y se causaron grandes pérdidas. Los
romanos, alarmados por aquella invasión, habían sa-
lido con un cuerpo de ejército, pero al saber el desas-
tre que los galos se habían infligido mutuamente, se
retiraron de nuevo a su país.

[66] Bajamos, pues, a los años 238/7.

Cinco años después de esta alarma[67], bajo el consu- 7
lado de Marco Lépido, los romanos dividieron en lotes
el país llamado Piceno[68], que había pertenecido a los
galos; habían vencido a los galos llamados senones y
les habían expulsado de aquel territorio. Cayo Flaminio 8
fue quien introdujo esta política demagógica, de la
cual, sin duda, bien se puede decir que fue el inicio
de la desmoralización del pueblo y la causa de la gue-
rra que luego sobrevino contra los galos citados. Mu- 9
chos de éstos, en efecto, se adhirieron a la acción,
principalmente los boyos, limítrofes del territorio ro-
mano; estaban convencidos de que Roma les hacía la
guerra no para someterles y dominarles, sino simple-
mente para aniquilarles, para eliminarles.

Por eso los linajes principales, el de los insubres 22
y el de los boyos, se coaligaron y enviaron mensajeros
a los galos que habitan en los Alpes y junto al río Ró-
dano, llamados éstos gesatos[69] por militar a soldada,
que es lo que propiamente significa su nombre. Entre- 2
garon inmediatamente una buena cantidad de oro a los
reyes Concolitano y Aneroesto, y les señalaron, en vistas
al futuro, la gran prosperidad de los romanos y la
gran cantidad de bienes que éstos poseían. Si salían
vencedores, se apoderarían de ellos. Así les incitaban
a la guerra contra los romanos. Y les convencieron 3
fácilmente, pues añadieron a lo dicho la seguridad de
que podían contar con su alianza. Les recordaron las
hazañas de sus antepasados: éstos habían salido en 4

---

67 O sea, 233/2.

68 Se trata del *ager Picenus*, entre Rímini y Roma.

69 Una de las pocas veces que Polibio intenta una etimología, pero la falla; el verdadero origen del nombre es la palabra céltica *gesum* (Walbank, *Commentary*, ad loc., apunta que es griega: *gaison*), que significa «jabalina». De modo que el gentilicio indica las armas que usaban estas gentes. Cf. la nota 72 del libro III.

campaña contra los romanos, y no sólo les habían vencido, sino que inmediatamente después de la batalla
5 ocuparon la misma ciudad de Roma. Se hicieron dueños de todo lo que había en ella y la dominaron durante siete meses. Acabaron restituyéndola voluntariamente, cosa que encima les fue agradecida. Ellos se
6 retiraron a sus tierras con sus ganancias íntegras. Los caudillos de los gesatos oyeron esto y se enardecieron mucho para aquella campaña, de suerte que jamás salió de aquellos parajes del país de los galos un número mayor de hombres, ni más entusiasmados ni más
7 agresivos. Por aquel tiempo los romanos cayeron en un pánico y en una confusión incesantes, tanto porque se habían enterado de todo como porque conjeturaban
8 el futuro. Empezaron a reclutar legiones y a hacer preparativos de trigo y avituallamiento. Llevaron sus tropas hasta la frontera, como si tuvieran el enemigo ya dentro del país, cuando los galos no se habían ni tan siquiera movido de su territorio.

9 Todo este ajetreo favoreció no poco a los cartagineses, que pudieron disponer con seguridad de España:
10 los romanos, tal como ya se ha apuntado antes, juzgaron más urgente lo que ocurría en sus inmediaciones, y así descuidaron España forzosamente. Les inte-
11 resaba solucionar primero el problema galo. Por eso se aseguraron de los cartagineses mediante acuerdos con Asdrúbal, que hemos expuesto ya. Luego la emprendieron corajudamente contra sus enemigos, convencidos de que les convenía algo decisivo contra ellos.

La gran invasión gala del año 225

23 Los galos gesatos reunieron una fuerza numerosa y potente, cruzaron los Alpes y llegaron al río Po ocho años después de que se hubiera repartido la tierra.
2 Los linajes de los insubres y de los boyos permanecieron noblemente en la decisión primera, pero los

vénetos y los cenomanos eligieron aliarse con los ro-
manos; éstos les habían enviado embajadas. Los reyes 3
de los galos, pues, se vieron obligados a dejar parte
de sus fuerzas como guarnición de su propio país, por
temor a estos pueblos. Así y todo, marcharon personal- 4
mente, llenos de confianza, con el ejército restante, y
se dirigieron a la Etruria; llevaban consigo unos cin-
cuenta mil soldados de a pie, unos veinte mil jinetes,
y carros de guerra. Así que se enteraron de que los 5
galos habían cruzado los Alpes, los romanos enviaron
tropas a Rímini, mandadas por el cónsul Lucio Emilio;
su misión consistía en vigilar por aquí la incursión de
los enemigos. A Etruria mandaron un pretor, porque 6
el otro cónsul, Cayo Atilio, había salido hacia Cerdeña
con sus legiones. En Roma todo el mundo estaba ate- 7
morizado: suponían que se les echaba encima un riesgo
grande y temible. Y era natural que sufrieran, pues
todavía tenían metido en el espíritu el pánico de aque-
llos galos de antaño. Pensando en él juntaron unas 8
legiones, reclutaron otras y advirtieron a sus aliados
que estuvieran dispuestos. Ordenaron a sus súbditos [70], 9
sin excepción, la confección de listas de los hombres
que estaban en edad militar; les interesaba saber el
total de las fuerzas de que disponían. Se esforzaron 10
para que saliera junto con los cónsules la flor y nata
de sus fuerzas, en el número mayor posible [71]. Hicieron 11
gran acopio de trigo, de proyectiles y de todos los per-
trechos de guerra restantes; nadie recuerda otro igual

70 En el texto griego subyace una distinción técnica: por aliados se entienden los *socii italici*, y por súbditos, el *nomen latinum*, pueblos, estos últimos, estrictamente sometidos a Roma.

71 Algunos editores del texto griego o bien suprimen el parágrafo 10, o lo modifican en su redacción, pero aquí, siguiendo a Büttner-Wobst y a algunos otros, se ha conservado la frase. Quien la elimina es, principalmente, PÉDECH.

12 en tiempos anteriores. Todo el mundo colaboró con
13 ellos de buen grado, y desde todas partes. Los habitan-
tes de Italia, asustados por la incursión gala, no pen-
saban que eran aliados de los romanos, ni que la guerra
se libraba por la hegemonía de éstos; creyeron todos
que el peligro lo corrían ellos mismos, sus ciudades y
14 su país. Por ello atendían gustosos a lo que se les
mandaba.

Catálogo de fuerzas romanas

24 Para que se vea claramente
por los mismos hechos la mag-
nitud de la acción osada más
tarde por Aníbal y la potencia
del imperio al que inesperada-
mente se atrevió a afrontar (cumplió sus planes con
tanta precisión que infligió a los romanos los más
2 grandes desastres) hay que exponer la composición
y el número de tropas de que los romanos disponían.
3 Con los cónsules habían partido cuatro legiones de ciu-
dadanos romanos: cada una comprendía cinco mil dos-
4 cientos soldados de infantería y trescientos jinetes. Los
aliados que iban con cada cónsul eran treinta mil in-
5 fantes y dos mil soldados de caballería. En aquella
ocasión apoyaron a Roma los sabinos[72] y los etrus-
cos: eran cuatro mil jinetes y más de cuarenta mil
6 hombres de infantería. Los romanos, pues, concentra-
ron estos efectivos, y cuando llegaron a Etruria nom-
7 braron como comandante un pretor. Los umbros y los
sarcinatos[73], habitantes de los Apeninos, juntaron unos
veinte mil hombres, y, además, los vénetos y los ce-
8 nomanos otros veinte mil. Los romanos apostaron a

---

72 Un pueblo de la antigua Italia Central. Los etruscos vivían en la actual Toscana.

73 Sobre los umbros, véase II 16, 3. Sarsina está en las fuentes del río Sapir, al N. del *ager Gallicus*, en la Umbría. Pero prácticamente eran independientes de ésta, y vivían sometidos por la fuerza a Roma.

éstos en los límites del país de los galos, para que irrumpieran en el de los boyos y distrajeran así a los invasores. De modo que las legiones que guarnecían
el país eran éstas. Veinte mil soldados romanos de 9
infantería, y con ellos mil quinientos jinetes, treinta mil soldados aliados y veinte mil jinetes permanecían alerta en la misma Roma, como cuerpo de reserva, a
la expectativa del desarrollo de la guerra. Las listas 10
devueltas a Roma arrojaron ochenta mil hombres de infantería latinos y cinco mil jinetes. La infantería samnita: setenta mil soldados y con ellos siete mil
jinetes. Yapigios y mesapios[74] dieron, en conjunto, cin- 11
cuenta mil soldados de infantería y dieciséis mil jine-
tes. Los infantes lucanios[75] eran treinta mil, y tres mil 12
los jinetes; marsos, marrucinos, frentanos y vestinos[76] dieron veinte mil soldados de infantería y cuatro mil
jinetes. Los romanos establecieron, además, en Sicilia 13
y en Tarento, dos legiones de reserva. Cada una se componía de cuatro mil doscientos hombres de infan-
tería y de doscientos jinetes. Se juntaron, en número, 14
de romanos y campanos, doscientos cincuenta mil hombres de infantería y veintitrés mil de a caballo.
El total [de las tropas aprestadas a la defensa de la 15
ciudad de Roma superaba los ciento cincuenta mil
hombres y seis mil jinetes, y, en cifras globales,][77] el 16
número de los hombres aptos para empuñar las armas, entre romanos y aliados, superaba los setecientos mil;

[74] Polibio no siempre distingue claramente entre ambos pueblos; en III 88, 3, llega a identificarlos; aquí Yapigia se refiere, seguramente, a la Apulia, y Mesapia, a la Calabria.

[75] Vivían al S. de los Apeninos.

[76] Se trata de una confederación de tribus en los Apeninos centrales.

[77] El texto encerrado entre corchetes ha sido considerado por muchos editores, entre ellos Büttner-Wobst, como una glosa interpolada en el texto.

17 los jinetes eran unos setenta mil. Y Aníbal, que no
disponía ni de veinte mil hombres, se atrevió a inva-
dir Italia. Acerca de todo ello el lector se hará una idea
más clara en partes posteriores de esta obra.

Combate de Fiésole

25 Los galos bajaron hacia la
Etruria y la devastaron impune-
mente. Nadie les salió al paso,
y al final se dirigieron hacia la
2 propia ciudad de Roma. Ya esta-
ban cerca de la ciudad llamada Clusium[78], que dista
de Roma tres días de marcha, cuando les anunciaron
que las fuerzas romanas apostadas en Etruria les si-
3 guen por detrás y se les están aproximando. Así que
lo supieron, los galos se revolvieron y les hicieron
4 frente, deseosos de trabar combate. Llegaron a la
vista unos de otros a la puesta del sol, y ambos ban-
5 dos acamparon y pernoctaron a poca distancia. Ano-
checido ya, los galos encendieron fogatas y dejaron
allí a su caballería, con la orden de que al clarear el
día, cuando el enemigo pudiera verla, se replegara si-
6 guiéndoles los pasos. Y entonces ellos retrocedieron
ocultamente hacia la ciudad de Fiésole y se apostaron
en el camino[79]. Pretendían recoger allí a sus jinetes y
al mismo tiempo hostigar al enemigo invasor cuando
7 menos lo esperara. Ya de día, los romanos contempla-

---

78 La actual Chiusi, a 160 kilómetros de Roma, en la región de Val di Chiara.

79 El texto griego es aquí algo inseguro. De Chiusi a Fiésole hay 129 kilómetros, de modo que es imposible que en una marcha nocturna los galos cubrieran esta distancia. Entonces hay que rechazar a los traductores que vierten «acamparon» (Paton: «they themselves secretly retreated to a town called Faesulae and posted themselves there»). Pédech y Walbank traducen «acamparon en un lugar en dirección a Fiésole», lo que entraña una variación en el texto griego transmitido. Véase Pédech, *Polybe*, II, pág. 67, texto griego, con su aparato crítico, y nota a la traducción francesa, y Walbank, *Commentary*, ad loc.

ron a los jinetes y se convencieron de que los galos
se habían retirado. Entonces persiguieron con ardor
a la caballería que huía. Cuando el enemigo estaba a 8
un paso, los galos se levantaron y atacaron. La lucha
fue muy violenta desde el principio. Al final se impu- 9
sieron los galos, por su audacia y por su número.
Murieron no menos de seis mil romanos. Los restantes
huyeron y se quedaron, en su mayor parte, en un
lugar escabroso, al que se habían replegado. Primero 10
los galos se aprestaron a asediarles, pero fatigados
por la marcha de la noche anterior, por las penalida-
des y por el esfuerzo, se dedicaron al reposo y a repo-
nerse; habían dejado como guardia a su caballería
alrededor de la colina. Su plan consistía en asediar a 11
los huidos al día siguiente si no se rendían a discreción.

Al mismo tiempo Lucio Emilio, el comandante de 26
la región del Adriático, se enteró de que los galos ha-
bían invadido la Etruria y de que se acercaban a Roma.
Se presentó en su ayuda con todo celo y con acierto,
en el momento oportuno. Estableció su campamento 2
muy cerca del enemigo. Los romanos que habían es-
capado a la colina vieron las hogueras y contemplaron
lo ocurrido, cosa que les hizo cobrar ánimo inmedia-
tamente. Despacharon de noche algunos hombres desar-
mados [80] a través del bosque, para que anunciaran lo
ocurrido al general. Éste, cuando lo supo, entendió 3
que en tales circunstancias no cabía decidir otra cosa,
y ordenó a los oficiales que al apuntar el día hicieran
salir a las tropas de a pie. Él personalmente recogió
a los jinetes, se puso al frente y emprendió la marcha
hacia el montículo en cuestión. Durante la noche los 4
jefes de los galos vieron las hogueras y adivinaron la
presencia del enemigo, por lo que se pusieron al ace-

---

[80] Sin armas, para no despertar sospechas ni ser apresados por el enemigo si les veía.

5 cho. Pero Aneroesto les expuso su opinión: decía que
se habían hecho con un botín enorme (pues, a lo que
parece, el número de prisioneros[81] y de cabezas de
6 ganado era incalculable, además del bagaje) y que era
preciso no arriesgarse más ni jugárselo todo, sino re-
gresar sin riesgo hacia su tierra. Si dejaban en segu-
ridad el botín, ellos mismos irían más ligeros, y po-
drían reemprender de nuevo la acción contra Roma,
7 si así lo decidían. En aquellas circunstancias la opi-
nión de Aneroesto pareció útil. La deliberación había
sido por la noche, y antes del alba los galos levantaron
el campo y se dirigieron al mar por el país de los
8 etruscos. Lucio Emilio recogió de la colina la parte
de la legión que se había salvado y el resto de sus
tropas. No juzgó oportuno en absoluto arriesgarse a
una batalla campal, y prefirió esperar lugares y ocasio-
nes propicias. Intentaría dañar en algún sitio al ene-
migo, e incluso arrebatarle el botín.

Batalla de Telamón

27 Justamente entonces el otro
cónsul, Cayo Atilio, había nave-
gado con sus legiones desde Cer-
deña, y avanzaba con su fuerza
hacia Roma. Su marcha iba a
2 cruzarse con la del enemigo. Cuando los galos estaban
cerca de Telamón[82], en Etruria, sus forrajeadores ca-
3 yeron prisioneros de las avanzadillas de Cayo. Interro-
gados por el general, le explicaron todo lo ocurrido,
y le anunciaron la presencia de los dos ejércitos, que
los galos estaban muy cerca, y detrás de ellos Lucio
4 Emilio. Por un lado, Cayo Atilio se extrañó de lo ocu-

[81] Otros traducen la palabra griega correspondiente por «esclavos», pero la diferencia es poca, porque normalmente los prisioneros de guerra eran reducidos a la esclavitud.

[82] Actualmente Talamone, pequeño puerto en la Toscana, en la desembocadura del río Ombrone, y en las inmediaciones de la Punta di Talamone.

rrido, pero por el otro concibió esperanzas, pues le
parecía claro que en su marcha los galos habían sido
cogidos en medio. Mandó a sus tribunos que pusieran
las legiones en orden de combate y que las hicieran
avanzar a buen paso, frontalmente en cuanto el terreno
lo permitiera[83]. Él había visto una colina situada es- 5
tratégicamente junto al camino por el que ineludible-
mente debían pasar los galos. Recogió a su caballería
y ocupó a toda prisa la cima del montecillo, para ser
él quien iniciara la refriega. Estaba convencido de que
le sería atribuido a él el final de lo que iba a ocurrir.
Los galos, al principio, desconocían la presencia de 6
Atilio, y dedujeron de lo que comprobaban que du-
rante la noche Lucio Emilio había dado un rodeo y
se había anticipado a ocupar aquellos lugares. Envia-
ron al punto a su caballería y a algunas tropas ligeras
para que se enfrentara a la guarnición de la colina.
Pero les trajeron algunos prisioneros, por quienes su- 7
pieron pronto la presencia de Cayo Atilio. Entonces
dispusieron a toda prisa a su infantería: la formaron
en ambos frentes, por la vanguardia y por la retaguar-
dia: de unos, sabían que les seguían, y esperaban que
los que tenían delante les saldrían al encuentro. Con-
jeturaban esto por los avisos que recibían, y lo otro
por lo que ocurría en aquel momento.

Lucio Emilio ya estaba enterado del desembarco de 28
las legiones en Pisa, pero no creía tenerlas cerca. Sin
embargo, por la lucha que se desarrollaba en la colina
advirtió que tropas romanas estaban indefectiblemente

[83] Aquí el texto griego encubre terminología militar romana: Atilio ordena a sus hombres que avancen en formación de *acies* extendida, en vez de avanzar en fila (*agmen*). La nota debe completarse con la observación de Pédech de que la velocidad del avance estaba condicionada por la aspereza del terreno; no debía ser tal que rompiera la formación de combate (Pédech, *Polybe*, II, ad loc.).

2 muy próximas. Emilio mandó al punto a su caballería
a apoyar a los que combatían en la colina; el dispuso
sus soldados en las formaciones acostumbradas y avan-
3 zó contra el enemigo. Los galos formaron a las gesatos
alpinos en el frente de su retaguardia; por allí espera-
ban a los hombres de Lucio Emilio. Detrás de los
4 gesatos situaron a los insubres. En vanguardia colo-
caron a los tauriscos y a los boyos que viven al sur
del río Po; éstos ocupaban la posición contraria a los
referidos, dando vista al avance de las legiones de
5 Cayo Atilio. Situaron a sus carros y carretas más allá
de cada una de sus alas. Depositaron todo su botín en
uno de los montes circundantes, vigilado por una guar-
6 dia. La formación de los galos, dispuesta en dos fren-
7 tes, resultó imponente, y al mismo tiempo eficaz Los
insubres y los boyos se alinearon vestidos con sus pan-
8 talones anchos y con un manto ligero, pero los gesatos
desnudos, vanidosos y llenos de confianza, se situaron
al frente de las tropas con sólo las armas, porque
ciertos lugares tenían matorrales que podían engan-
chárseles a los vestidos y obstaculizarles el uso de las
9 armas. La lucha se inició en el montecillo mismo, y
todos podían verla, porque habían trabado combate
y se habían mezclado jinetes de ambos bandos en
10 gran número. El cónsul Cayo Atilio luchó temeraria-
mente y perdió la vida en la refriega. Los galos pre-
sentaron su cabeza a sus reyes. La caballería romana,
sin embargo, peleaba ardorosamente, y acabó por des-
11 alojar al adversario y ocupar la posición. Luego las
tropas de infantería estuvieron ya próximas unas de
otras, y lo que ocurrió fue algo desacostumbrado y
extraño no sólo para los que estaban allí, sino tam-
bién para los que posteriormente pueden hacerse car-
go, por los relatos, de lo que pasó.

29 Ante todo, eran tres los ejércitos que libraban la
batalla, y es evidente y explicable que el aspecto de

las formaciones en combate fuera extraño e inusual.
En segundo lugar, ¿cómo no sería difícil decir, ahora 2
incluso allí, durante el lance mismo, si los galos tenían
la posición más insegura por el hecho de verse ata-
cados por el enemigo simultáneamente por ambos la-
dos, o, por el contrario, si su posición era más estra- 3
tégica por el hecho de combatir en dos frentes, ya que
cada uno aseguraba la posición del otro? ¿Y lo que es
lo principal, porque si eran derrotados no podían
retirarse y salvarse? Estas ventajas son propias de un 4
combate así, en dos frentes. En cuanto a los romanos, 5
el hecho de que el enemigo estuviera en el centro y ro-
deado por todas partes les confortaba, pero les con-
fundía el alboroto producido por las fuerzas galas,
ya que el número de trompetas y de cuernos era in- 6
calculable. Todo el ejército galo entonó el peán acom-
pañado de tales instrumentos. Parecían emitir sonido
no sólo ellos y los soldados, sino también los parajes
de alrededor. Eran también impresionantes la presen- 7
cia y los movimientos de los hombres desnudos que
estaban en primera fila: sobresalían por su juventud
y gallardía. Todos los galos que ocupaban la primera 8
línea se habían adornado con brazaletes y collares de
oro en abundancia. Al verlo, los romanos se impresio- 9
naron, pero se enardecieron doblemente para el com-
bate, ante la esperanza de hacérselos suyos.

Cuando los soldados armados con jabalinas avan- **30**
zaron, según es su costumbre, por delante de las le-
giones romanas, y empezaron a tirar nutridamente y
con buena puntería, los pantalones anchos y los man-
tos prestaron un gran servicio a los galos de atrás,
pero la acción se desarrollaba contra las previsiones 2
de los hombres desnudos que estaban delante, y esta
contrariedad les puso en grave apuro e incertidumbre,
porque el escudo galo no alcanza a proteger todo el 3
cuerpo, y los tiros de los romanos acertaban tanto

más cuanto más corpulentos y desnudos encontraban
4 a los adversarios. Éstos no podían repeler a los que
tiraban por la distancia y por el número de dardos
que les caían encima, y su situación acabó siendo
muy grave. En tales circunstancias no sabían qué
hacer. Unos se abalanzaron temerariamente, con un
coraje irracional, contra el enemigo, se entregaron a la
lucha y murieron por su propia voluntad; otros retro-
cedieron inmediatamente, claramente acobardados, ha-
cia sus propios compañeros, y desordenaron a los de
5 detrás. El desprecio que los gesatos sentían ante los
6 lanceros se diluyó de este modo. Pero cuando los ro-
manos recogieron a sus lanceros y lanzaron al ataque
a sus formaciones, la masa de insubres, de boyos y de
tauriscos cayó sobre ellos en un choque cuerpo a
7 cuerpo. Se produjo un duro combate. Los galos se
veían destrozados, pero su coraje no disminuyó. Eran
inferiores, tanto en su formación como hombre a hom-
8 bre, esto por la fabricación de sus armas: en la segu-
ridad que proporcionaba el uso de escudos y de es-
padas sufrían gran desventaja. *La espada gala sólo*
9 *hiere de filo*[84]. Y cuando los jinetes romanos atacaron
desde la cumbre de la colina, por el flanco, y entraron
valientemente en la liza, entonces la infantería gala
quedó aniquilada en el mismo sitio en que había for-
mado, y la caballería se dio a la fuga.

31 Murieron unos cuarenta mil galos, y fueron cogi-
dos prisioneros no menos de diez mil; entre ellos es-
2 taba el rey Concolitano. El otro, Aneroesto, logró huir

[84] El texto griego presenta aquí una laguna, y la traducción subrayada responde a una conjetura de Schweighäuser, aceptada sólo parcialmente por los traductores posteriores, pues el texto propuesto por el editor de la dindorfiana prosigue, traducido: «y la espada romana es eficaz en su punta y en el golpe por ambos filos».

a un lugar con unos pocos familiares[85]; luego se sui-
cidaron todos. El general romano reunió el botín y lo 3
envió a Roma; devolvió a sus dueños[86] lo que los galos
les habían cogido. Y él personalmente tomó las legio- 4
nes, atravesó la Liguria e invadió el país de los boyos.
Sació las ansias de botín que tenían sus tropas, y a
los pocos días llegó a Roma con sus legionarios. Ador- 5
nó el Capitolio con los estandartes y los collares; éstos
son los brazaletes de oro que los galos llevan en el
cuello. Usó como ornato de su triunfo, para su entrada 6
en Roma, el resto del botín y de los prisioneros.

Últimas campañas contra boyos e insubres[87]

Ésta fue la expedición más pe- 7
ligrosa de los galos, y fue aplas-
tada de esta manera; había pues-
to en riesgo grave y terrible a
los habitantes de Italia, princi-
palmente a los romanos. Después de este triunfo, los 8
romanos, que habían concebido la esperanza de poder
expulsar totalmente a los galos de la región del río Po,
mandaron contra ellos a los cónsules siguientes: Quin-
to Fulvio y Tito Manlio, al mando de un ejército per-
trechado abundantemente. Con su sola invasión este 9
ejército aterrorizó a los boyos[88] y les obligó a some-
terse[89] a Roma. Pero en el curso posterior de la cam- 10
paña sobrevinieron grandes temporales de lluvia, y una
peste se cebó en el ejército: todo esto hizo que al final
apenas si hubiera resultados tangibles.

---

85 Esta palabra debe entenderse en el sentido de «séquito», incluyendo quizás las esposas, porque los galos practicaban la poligamia.

86 Otros interpretan el texto griego «distribuyó el botín cogido a los galos entre sus propios soldados», pero esta interpretación es poco probable.

87 En los años 224/222.

88 Su territorio era la actual Emilia.

89 Otro acto de *deditio*. Cf. II 5-12.

32 Los cónsules siguientes, Publio Furio y Cayo Flaminio, invadieron de nuevo la Galia Cisalpina por el país de los ananios[90], que habitan no lejos de Marsella.
2 Se hicieron amigos de ellos y pasaron a territorios de
3 los insubres vadeando los ríos Adda y Po. Sin embargo, durante el paso y en la acampada posterior sufrieron pérdidas, por lo que se detuvieron. Establecieron una tregua, hicieron un pacto y se retiraron de aque-
4 llos lugares. Marcharon al azar durante varios días, vadearon el río Clusio[91] y llegaron a la región de los cenomanos. Eran aliados suyos: les recogieron, e invadieron otra vez, desde el pie de los Alpes, las llanuras de los insubres, talaron los cultivos y arrasaron las
5 viviendas. Los jefes de los insubres constataron que los propósitos de los romanos eran invariables, por lo que decidieron tantear la fortuna y jugárselo todo en una
6 batalla campal. Concentraron sus fuerzas en un lugar, retiraron del templo de Atena los estandartes de oro llamados «los inmovibles», y prepararon debidamente el resto. Después, con confianza y de manera sorprendente acamparon en número de unos cincuenta mil,
7 frente al enemigo. Los romanos veían que ellos eran muchos menos, y decidieron utilizar las tropas de los
8 galos aliados. Sin embargo, les preocupaba la posible deslealtad[92] de aquellas gentes que iban a entrar en combate con hombres de linaje afín. Esto les hizo tomar precauciones cuando les admitieron como aliados

90 Cf. nota 56 de este mismo libro segundo.

91 El actual río Chiese.

92 Aquí se ha traducido «deslealtad»; Pédech traduce «instabilité», Walbank, *Commentary*, ad loc., «treachery», y Paton, «fickleness»; la traducción rigurosa del término griego *athesía* (aunque no tiene nada que ver etimológicamente con *theós*, dios) sería «inconstancia», «veleidad», pero probablemente la palabra griega tiene un componente religioso. Sin embargo, traducirlo por «impiedad» sería excesivo.

para esta acción. Se quedaron acá del río e hicieron 9
pasar a los galos que tenían consigo al otro lado. Luego
destruyeron los puentes que salvaban la corriente. Así 10
por un lado se protegían contra ellos y por el otro
depositaron su esperanza de salvación sólo en la vic-
toria, ya que el río citado, que quedaba detrás de
ellos, no se podía vadear. Tras tomar estas precaucio- 11
nes, se dispusieron para la pelea.

Parece que en esta batalla los romanos obraron 33
muy prudentemente. Los tribunos[93] adiestraron indivi-
dualmente a todos los hombres en la técnica del com-
bate. En peleas anteriores habían observado que todos 2
los linajes galos son muy temibles y arrojados en el
inicio del ataque, mientras todavía están intactos. Se 3
ha notado ya que, por su construcción, las espadas
galas sólo tienen eficaz el primer golpe, después del
cual se mellan rápidamente, y se tuercen de largo y de
ancho de tal modo que si no se da tiempo a los que
las usan de apoyarlas en el suelo y así enderezarlas
con el pie, la segunda estocada resulta prácticamente
inofensiva. Los tribunos entregaron a las unidades em- 4
plazadas en primera línea las lanzas de los triarios[94],
situados detrás de ellos, y ordenaron a los soldados
usar las espadas sólo como sustitutivo. Entonces, en
formación, arremetieron de frente contra los galos.
Así éstos emplearon sus primeros golpes contra las 5
lanzas, con lo que sus espadas quedaron inútiles. Los 6
romanos entonces acudieron al combate cuerpo a cuer-
po y los galos perdieron en eficacia, al no poder com-
batir levantando los brazos, que es la costumbre gala,
puesto que sus espadas no tienen punta. Los romanos,
en cambio, que utilizan sus espadas no de filo, sino de

93 Los *tribuni militum*. Cf. la nota 126 del libro primero.

94 Los soldados de más edad o los más jóvenes y bisoños, y, por consiguiente, menos eficaces.

punta, porque no se tuercen, y su golpe resulta muy eficaz, herían, golpe tras golpe, pechos y frentes, y mataron así a la mayoría de enemigos. Esto por la
7 previsión de los tribunos, ya que parece que en esta contienda el general Flaminio no actuó muy acertadamente. En efecto: desplegó sus fuerzas paralelamente a la orilla del río, y así, al no dejar sitio para la retirada inicial de sus unidades, hizo imposible la maniobra más característica de los romanos en el combate.
8 Si los romanos se hubieran visto en apuros se hubieran visto obligados a tirarse al río, y ello por la im-
9 pericia de su general. Pero no fue así, sino que, según ya se ha apuntado, obtuvieron por su habilidad una gran victoria y un enorme botín. Recogieron muchos despojos y regresaron a Roma.

34 Al año siguiente[95] los galos enviaron una embajada a tratar de la paz; prometían aceptar cualquier condición. Pero Marco Claudio y Cneo Cornelio, los nuevos cónsules, pusieron todo su empeño en que esta paz no
2 fuera concedida. Los galos, fracasados, decidieron jugarse sus últimas esperanzas, y se pusieron de nuevo a reclutar galos gesatos en la región del Ródano, unos treinta mil. Dispuestos ya los reclutados, esperaron la
3 acometida del enemigo. Los generales romanos, al llegar la primavera, tomaron sus fuerzas y avanzaron
4 hacia el país de los insubres. Llegaron allí y acamparon junto a la ciudad de Acerra[96], situada entre el río
5 Po y las montañas alpinas, y la cercaron. Los insubres no podían prestar ayuda, porque los romanos se habían anticipado a ocupar los lugares estratégicos, pero querían, con todo, levantar el asedio de Acerra. Hicieron vadear a parte de sus tropas el río Po hacia el país de los ananios y pusieron sitio a la ciudad de Clas-

95 El 222/221.

96 La actual Pizzighetone, a 21 kilómetros de Cremona.

tidio[97]. Los generales romanos se enteraron de lo ocu- 6
rrido. Marco Claudio tomó la caballería y parte de la
infantería y corrió en auxilio de los asediados. Cuando 7
los galos conocieron la presencia del enemigo levantaron el cerco, salieron al encuentro de los romanos y
presentaron batalla. Los romanos se lanzaron al asalto 8
audazmente contra ellos con su caballería. Los galos al principio resistieron, pero después, envueltos, en la batalla, por detrás y por los flancos, se vieron en apuros. Al final volvieron la espalda a la caballería.
Bastantes de ellos cayeron al río y perecieron en la 9
corriente, aunque la mayoría murió a manos del enemigo. Los romanos tomaron también Acerra, ciudad 10
llena de trigo, mientras que los galos se habían retirado a Milán, que es el lugar más importante de la región
de los insubres. Pero los hombres de Cneo Cornelio les 11
siguieron pisándoles los talones. Cuando llegaron cerca
de Milán, primero los galos no se movieron, pero 12
cuando Cneo Cornelio regresó a Acerra, salieron, establecieron contacto con la retaguardia romana, causaron muchos muertos y forzaron a huir a la mayor
parte del enemigo. Cneo Cornelio llamó a los hombres 13
de vanguardia, les mandó detenerse y trabar combate
con el enemigo. Los romanos obedecieron a su gene- 14
ral y combatieron con valor contra los que les atacaban por la espalda. Debido a su éxito, los galos 15
resistieron un tiempo con valor, pero poco después volvieron la espalda y huyeron a los montes cercanos. Cneo Cornelio les persiguió, e iba devastando el país. Tomó a Milán por la fuerza.

Tras estos sucesos, los jefes de los insubres aban- 35
donaron ya cualquier esperanza de salvación, y se en-
tregaron, con todo lo que tenían, a los romanos. Éste 2
fue el final que tuvo la guerra contra los galos: infe-

---

97 La actual Casteggio, cerca de Pavía.

rior a ninguna, entre todas las que han sido historiadas, por la desesperada audacia de sus combatientes, por sus batallas y por el número de hombres que forma-
3 ron en ellas y murieron. En cambio, esta guerra no es digna de ser tenida en cuenta si atendemos a la estrategia y a la incoherencia de cada una de las acciones. Absolutamente todo, y no sólo una parte, de lo que hicieron los galos fue en lucha guiada más por el co-
4 raje que por un cálculo. Cuando consideramos en cuán poco tiempo los galos fueron expulsados de las llanuras del Po, a excepción de algunos lugares al pie mismo de los Alpes, no creímos conveniente dejar en el olvido sus campañas ya desde el comienzo, ni tampoco las acciones subsiguientes, ni su expulsión final.
5 En efecto: creo que es propio de la historia evocar tales episodios de la Fortuna y transmitirlos a las genera-
6 ciones venideras. Así nuestros descendientes no ignorarán tales hechos ni se asustarán ante incursiones súbitas e irracionales de los bárbaros; podrán recordar que su linaje es poca cosa, y deleznable[98] si se aguanta y se ponen a prueba todas las oportunidades
7 antes de ceder a cualquier necesidad. También creo que los que nos han recordado y nos han transmitido la incursión de los persas contra Grecia y la de los galos contra Delfos han apoyado no poco las luchas
8 en pro de la salvación común de Grecia. Nadie desertará, aterrorizado por una gran cantidad de recursos, de armas o de hombres, de la lucha por el país o por la región si ha puesto ante sus ojos lo increíble de los hechos de entonces. Recuérdense las decenas de millares y la enormidad de los preparativos que fueron aniquilados por la actitud y el buen tino de unos com-

[98] Deleznable y fácil de combatir. Pero el texto griego es aquí inseguro; doy la traducción del texto de los códices, que es la adoptada por Büttner-Wobst.

batientes que luchaban con inteligencia y cálculo[99]. El 9
terror a los galos ha sobrecogido con frecuencia a los griegos no sólo antiguamente, sino también hoy. Con más razón, por consiguiente, me he visto impulsado a hacer una narración resumida, pero íntegra, de todas estas acciones.

Muerte de Asdrúbal. Aníbal toma el mando[100]

Asdrúbal, el general cartaginés 36
(pues de aquí partió nuestra digresión) había ejercido ocho años el mando en España cuando murió asesinado arteramente una noche en su propio aposento, por un hombre de raza
gala; fue un ajuste de cuentas particular. Había pro- 2
movido un gran auge en la causa cartaginesa, no tanto mediante empresas guerras como mediante tratos con
los jefes del país. Entonces los cartagineses confirieron 3
la comandancia de España a Aníbal, aunque era joven, debido a la perspicacia y a la audacia que había mos-
trado en las acciones. Aníbal tomó el mando, y pronto 4
evidenció su propósito de hacer la guerra a los romanos, aunque ahora la difiriera algo. Desde aquella época 5
sospechas y fricciones constituían las relaciones mu-
tuas entre romanos y cartagineses. Éstos maquinaban 6
secretamente, pues querían vengar sus derrotas en Sicilia, y los romanos desconfiaban porque se daban
cuenta de las asechanzas. De ahí que los buenos ob- 7
servadores previeran que la guerra entre ellos iba a estallar tras no mucho tiempo.

---

[99] La reflexión polibiana de los parágrafos 7-8 es de extraordinario valor: no se podía condensar en menos palabras, ni más exactas, el sentido de la cultura griega frente a la barbarie; esta cultura determina aún hoy nuestro ser cultural y político.

[100] Año 221.

37 *Historia de Grecia. Advertencia preliminar*[101]

En aquella misma época[102] los
aqueos y el rey Filipo[103] empren-
dieron, con el apoyo de los alia-
dos restantes, la guerra llamada
2 social, contra los etolios. Nos-
otros, tras recorrer la historia de Sicilia y de África
y sus secuelas, hemos llegado, de acuerdo con nuestro
plan inicial, al principio de esta guerra social y de
la segunda que sostuvieron romanos y cartagineses,
llamada por la mayoría guerra anibálica[104]. En el plan-
teamiento del principio anunciamos que situaríamos
3 aquí el inicio de nuestra exposición. Ahora, pues, pa-
rece indicado que, tras la narración de los aconteci-
mientos citados, se pase a la historia de Grecia, para
que, tras situar todas las secciones de la introducción
y preámbulo en el mismo punto cronológico, comen-
4 cemos ya la historia detallada [de Italia]. En efecto,
no hemos emprendido la redacción de historias par-
ticulares, como las de Persia o de Grecia, escritas por
nuestros antecesores, sino la descripción simultánea
de la historia de todas las partes conocidas del uni-
verso. La época actual ha coadyuvado particularmente
a la adopción de esta perspectiva, cosa que aclarare-
5 mos más en otras oportunidades[105]. Quizás convenga
que antes de abordar el tema tratemos sucintamente

---

101 Aquí empieza la parte final de lo que Polibio considera su preparación para su exposición histórica personal, que se inicia en el libro tercero.

102 El año 220. Siempre que puede, Polibio aprovecha estas coincidencias de fechas. Aquí la coincidencia no es rigurosamente exacta, pues la muerte de Asdrúbal se da en el año 221.

103 Filipo V de Macedonia. Una caracterización de la situación general de Grecia en este período, en BENGSTON, *Geschichte*, págs. 389-90.

104 Es la segunda guerra púnica.

105 En la obra que queda de Polibio no hay nada que corresponda a esta promesa.

de los países y de los pueblos más conocidos del mundo.

Por lo que se refiere a Asia y a Egipto, bastará 6
hacer la exposición desde la época que se acaba de precisar, puesto que la historia de sus antepasados ha sido descrita por muchos y es conocida de todos. Y en nuestra época la Fortuna no ha producido en ellos cambios tan inesperados que hagan preciso evocar sus tiempos pretéritos. En cuanto al pueblo aqueo y a la 7
casa real de Macedonia, será necesaria una exposición breve de su pasado, ya que esta última ha sido total- 8
mente destruida; los aqueos, por su parte, como ya se indicó más arriba, han experimentado en nuestra época una expansión y concordia inesperadas. Son 9
muchos los que intentaron, tiempo atrás, reunir a los peloponesios en una comunidad de intereses, pero nadie logró conseguirlo, porque la libertad común no era lo que buscaban todos sino su propia dominación. Pero 10
en nuestro tiempo esta perspectiva ha gozado de gran auge y perfección: los peloponesios no sólo han llegado a una comunidad política fundada en la alianza y la amistad, sino que utilizan las mismas leyes, pesos, medidas y monedas, y además nombran magistrados, consejeros y jueces comunes. En suma: sólo falta una 11
cosa para que todo el Peloponeso no tenga la organización de una sola ciudad: que sus habitantes no se ven circundados por una sola muralla. Por lo demás, todos ellos, en cada ciudad y en el seno de la confederación, gozan de igualdad de derechos.

Historia de los aqueos

En primer lugar, no será inútil 38
ver cómo y en qué circunstancias se impuso el nombre de aqueos a todos los peloponesios. Los por- 2
tadores genuinos de esta denominación no sobresalen ni por la extensión de sus territorios ni por el número de ciudades, ni por su riqueza

3 ni por la bravura de sus hombres. En efecto: el pueblo
arcadio y el laconio les superan en mucho en número
de habitantes y en la extensión del país, y, en valor
personal, los mismos que he citado están en condicio-
nes de no ceder ante ningún griego, por esforzado que
4 sea. ¿Cómo y por qué motivo, entonces, los aqueos
gozan de tan buena fama que todos los demás pelopo-
nesios han adoptado su nombre y su constitución?
5 Resulta claro que no debemos recurrir a la Fortuna;
sería cosa vana. Hay que buscar una causa, ya que sin
ella nada ocurre, por posible o imposible que parezca.
6 La causa, creo, es la siguiente: sería imposible encon-
trar un régimen de igualdad política y de libertad de
palabra más puro que el que prefieren los aqueos.
7 Entre los peloponesios hubo algunos que lo eligieron
libremente, a muchos les atrajo su poder de persua-
sión y su racionalidad. Otros, en fin, se vieron obliga-
dos a adoptarlo, pero sus rasgos hicieron que éstos
que se habían visto forzados lo aprobaran inmedia-
8 tamente. No reserva ningún privilegio a los miem-
bros antiguos, y otorga una igualdad absoluta a los
que se van adhiriendo, con lo que se alcanzó rápida-
mente la finalidad propuesta; coadyuvaron a ello dos
elementos muy poderosos, su equidad y su filantro-
9 pía [106]. Esto es lo que se debe considerar principio y
causa de la concordia de los peloponesios y de la pros-
10 peridad de que gozan. Esta tendencia y estas caracte-
rísticas, que acabo de mencionar, de la constitución,
11 existían ya antes entre los aqueos. Hay muchos ejem-

106 La palabra griega *philanthropía* es de traducción difícil: por un lado significa los honores y la asistencia de un estado a otro, pero no rechaza el componente de *humanitas* que algunos traductores quieren hacer resaltar demasiado. Pédech traduce «liberalidad», Walbank y Paton, «humanity». De modo que he creído preferible transliterar la palabra y aclarar su contenido en una nota.

plos que evidencian esto, pero para hacerlo creíble
bastarán por ahora un par de ejemplos.

En la época en que en la región de Italia, en la 39
entonces llamada Magna Grecia, fueron incendiados los
lugares de reunión de los pitagóricos[107], se produjo un
movimiento revolucionario general, cosa lógica, ya que 2
en todas las ciudades habían sido asesinados de ma-
nera irracional todos los hombres principales. Las ciu- 3
dades griegas de aquellos lugares se llenaron de ma-
tanzas, de revueltas y de confusión de todo tipo. En- 4
tonces la mayor parte de las ciudades griegas envió
legados allí para recomponer la situación, pero ante
sus males presentes se sirvieron de los aqueos y de la
confianza de que éstos gozaban. Y no sólo en aquella 5
ocasión acogieron y aprobaron las instituciones aqueas,
sino que tras algún tiempo se esforzaron en adoptar
su constitución. Las ciudades de Crotona, Síbaris y 6
Caulón se invitaron mutuamente a ponerse de acuerdo:
primero establecieron un lugar y un templo comunes,
dedicados a Zeus Hamario, en el que celebraban sus
reuniones y consejos generales; después adoptaron las
leyes y las costumbres de los aqueos, y se dispusieron
a usarlas y a administrarse según la constitución aquea.
Abdicaron de ella mal de su agrado, por fuerza: se la 7
quitó Dionisio de Siracusa[108], con su tiranía, y también
la opresión de los pueblos no griegos que les rodeaban.
Más tarde, cuando los lacedemonios se hundieron ines- 8
peradamente en la batalla de Leuctra y los tebanos,
contra todo pronóstico, se hicieron con la hegemonía
de Grecia, hubo gran confusión entre todos los grie-
gos, principalmente entre los citados, ya que unos no

---

107 A finales del siglo VI y principios del V. En rigor, el movimiento se dirigía contra la aristocracia que formaba estas escuelas.

108 Dionisio I de Siracusa. Su historia y un juicio sobre su personalidad, en BENGSTON, *Geschichte*, págs. 268 y sigs.

reconocían su derrota y otros no llegaban a creer que
9 habían sido vencidos. Con todo, tebanos y lacedemo-
nios fiaron el arbitraje de sus discusiones tan sólo a
10 los aqueos, de entre todos los griegos, y no considera-
ron entonces la fuerza aquea, casi la menor de toda
Grecia, sino lo que vale mucho más, su fiabilidad y su
probidad íntegra: pues está reconocido que en estas
11 cualidades gozaban entonces de la máxima fama. De
momento estas instituciones sólo las tenían ellos, y no
se dio un éxito o una acción digna de mención que con-
12 dujera al progreso de sus propias empresas, porque
no acababa de surgir un caudillo a la altura de tales
principios; cuando salía uno, se veía oscurecido y pa-
ralizado antes por el imperio lacedemonio, y luego
principalmente por el de los macedonios.

40 Pero cuando, oportunamente, surgieron hombres
capaces, el carácter aqueo evidenció al punto su diná-
mica, y culminó la más bella de las realidades, la con-
2 cordia de los peloponesios[109]. Arato de Sición debe ser
tenido por inspirador y cabeza de toda la empresa:
luchó en tal sentido. Filopemén de Megalópolis[110]
culminó este ideal, asegurado y consolidado durante
3 cierto tiempo por Licortas[111] y los de su partido. Inten-

---

[109] WALBANK, *Commentary*, ad loc., anota que hay un eslogan político no distinto del de los políticos actuales. La *Historia* de Polibio, en efecto, tiene el objetivo básico de explicar la constitución y subsistencia del imperio romano, pero secundariamente quiere ser, no muy en segundo término, una apología de la Liga aquea y de su política.

[110] Arato de Sición y Filopemén de Megalópolis, vistos con enorme simpatía por Polibio, juegan un papel importante en su *Historia*. El primero fundó la Confederación aquea. Cf. nota 13 al libro primero, y una caracterización suya, en IV 8, 1-12. En cuanto a Filopemén, Polibio destaca sus dotes militares repetidamente, pero principalmente en X 21, 5-8, donde además le caracteriza como el político más hábil entre los griegos contemporáneos.

[111] Licortas era el padre de Polibio.

taremos aclarar qué es lo que hizo cada uno, cómo lo hizo y en qué oportunidad; se hará siempre la exposición según convenga a la redacción. Haremos una 4
mención resumida de los fines que persiguió Arato en esta ocasión y en posteriores [112], porque él mismo ha compuesto unas *Memorias* muy verídicas y claras acerca de sus propias acciones. En cambio, en lo que se 5
refiere a los otros, nuestra descripción será más minuciosa y extensa. La exposición resultará más clara, y su asimilación más asequible a los eventuales lectores si iniciamos la historia en la época en que tras disolver los reyes de Macedonia la Confederación aquea de las ciudades independientes [113], comenzó de nuevo una aproximación de las ciudades entre ellas. Desde entonces la federación ha crecido continuamente 6
y llegó al estado de perfección que tiene en nuestra época, como acabamos de decir con cierto detalle.

Historia de la Confederación Aquea en el siglo III

En la Olimpíada ciento veinti- 41
cuatro [114] los de Patras y los de Dime empezaron a federarse, en 2
el tiempo en que murieron Ptolomeo Lago, Lisímaco y también Seleuco y Ptolomeo Cerauno [115]. Todos éstos fallecieron en la Olimpíada mencionada. En los tiempos anteriores 3

---

112 En este mismo libro segundo. Polibio no piensa seguramente en la Guerra Social. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

113 Una primera Confederación aquea se disolvió casi después de la muerte de Alejandro (323), para reconstituirse hacia el año 280. Los reyes de Macedonia que impidieron su subsistencia fueron Demetrio I y Antígono Gonatas.

114 O sea, los años 284/280.

115 Ptolomeo Lago, diádoco de Egipto, muerto hacia el 281; Lisímaco dominó la mayor parte de Asia Menor desde el Helesponto, en la Tracia; murió en el año 280 en la batalla de Corupedio; Seleuco I murió en el año 280 siendo rey de Siria. Ptolomeo Cerauno: de este personaje se sabe poco; el ejército macedonio le proclamó rey de Macedonia. Una excelente visión

la situación política de nuestra nación era aproxima-
4 damente como sigue: gobernada por reyes después de
Tisamenes[116], hijo de Orestes, y que fue expulsado de
Esparta después del retorno de los heraclidas[117], do-
5 minó las regiones de Acaya. Después de él, pues, fue
gobernada por monarcas de este mismo linaje hasta
Ogigo[118]. Posteriormente los lacedemonios, molestos
por los hijos del citado, quienes no gobernaron según
las leyes, sino despóticamente, cambiaron su constitu-
6 ción en una democracia. Desde entonces, en las épo-
cas siguientes, hasta la época de Alejandro y de Filipo,
las cosas les iban bien o mal, según las circunstan-
cias, pero, según ya hemos dicho, intentaron siempre
7 mantener su federación en la democracia. Comprendía
doce ciudades todavía hoy existentes, a excepción de
Olena y de Hélice, esta última engullida por el mar[119]
8 antes de la batalla de Leuctra. Las ciudades son Patras,
Dime, Feras, Tritea, Leontio, Egia, Pelene, Egio, Bura
9 y Carinea. En el lapso de tiempo transcurrido entre el
final del imperio de Alejandro y el comienzo de la
Olimpíada ciento veinticuatro, estas ciudades cayeron
en desunión y en malestar. Ello se debió principalmen-
te a la acción de los reyes de Macedonia. Todas se
separaron unas de otras, y mantuvieron sus diferen-
10 cias en discordia mutua. Esto motivó que en unas se
establecieran guarniciones de Demetrio y de Casandro,

---

de conjunto del mundo griego inmediatamente después de la muerte de Alejandro la ofrece Bengston, *Geschichte*, páginas 360-366.

116 Personaje absolutamente legendario.

117 Se llama así la penetración de los dorios en Grecia, hacia el año 900 a. C.

118 La única mención en toda la literatura griega de este personaje parece ser ésta.

119 Esta última destruida seguramente por un maremoto el año 373 (Diodoro, XV 48); Olena se sumergió lentamente en el mar (Estrabón, VIII 7, 4-5).

y posteriormente de Antígono Gonatas; en otras ciudades se impusieron tiranos. Es sabido que este Antígono implantó muchas tiranías en Grecia.

Pero hacia la Olimpíada ciento veinticuatro, como 11
más arriba indiqué, las ciudades cambiaron de parecer y empezaron de nuevo a federarse. Fue en la época en que Pirro desembarcó en Italia[120]. Las primeras ciu- 12
dades que se asociaron fueron Dime, Patras, Tritea y Feras, y por esta razón no nos queda ninguna estela de su confederación[121]. Tras esto, más o menos al cabo 13
de cinco años, los egieos[122] lograron expulsar la guarnición y entraron en la confederación; a continuación lo hicieron los burios[123], que habían asesinado a su tirano. Y al mismo tiempo se les unieron los carineos, 14
porque Iseas, que entonces era tirano de Carinea[124], se apercibió de cómo había sucumbido la guarnición de Egio, de cómo había muerto el tirano de Bura a manos de Margos[125] y de los aqueos, y comprendió que le iban a declarar la guerra por todas partes. Abdicó, 15
pues, del gobierno, y unió la ciudad a la Liga aquea,

---

120 Año 281/280.

121 Es decir, ninguna inscripción en columnas que la recuerden. Pero el texto griego ofrece una doble interpretación sintáctica: a) porque la unión de las cuatro villas era provisional y, por esto, no constó oficialmente, o bien b) porque las cuatro villas no entraron en la Confederación, sino que la formaron (esto último, WALBANK, *Commentary*, ad loc).

122 Egio, al N. de la Acaya, no lejos de Patras, en la misma costa del Istmo. El año es el de 276/5.

123 Bura estaba en las colinas de la actual Diakophto, al N. del Peloponeso. Su localización exacta se desconoce.

124 Carinea (o Cerinea, pues la grafía es dudosa) estaba en una colina entre los ríos Vuphusia y Kalavryta, al N. de la población moderna de Mamousia.

125 Margos de Carinea, primero, fue un exiliado que trabajó en la Confederación aquea. Cf. el capítulo 10 de este mismo libro segundo.

tras recibir seguridades personales de parte de los aqueos.

42 ¿Por qué me he remontado a estos tiempos? En primer lugar, para que se vea claro cómo, y en qué época, y qué aqueos se coaligaron, inicialmente, por segunda
2 vez, y además para que no ya nuestras afirmaciones, sino los propios hechos hagan creíbles los logros de
3 esta institución. La política de los aqueos vino a ser siempre la misma: mantuvieron entre ellos la igualdad de derechos y la libertad de expresión. Lucharon y pugnaron sin cesar contra los que, por sí mismos o por obra de tiranos, querían esclavizar sus patrias. Con su propósito y sus métodos llegaron a impedirlo ellos
4 mismos o valiéndose de aliados. Porque, en vistas a ello, incluso los éxitos logrados por la ayuda de los aliados en los años que siguieron redundaron en interés
5 de éstos y no de los propios aqueos[126]. Éstos se aso-

[126] Aquí el texto griego es obscuro y se presta a interpretaciones: Schweighäuser traduce: «nam et quae sociis adjuvantibus in hoc genere sunt postea effecta ad Achaeorum instituta referri debent». Paton traduce: «for the Achaean political principle must be credited also with the results furthering their end, to which their allies in subsequent yeads contributed». El P. Antonio Ramon, en su traducción catalana de la Bernat Metge, basándose seguramente en la versión latina de Schweighäuser (que me consta personalmente que manejó preferentemente) interpreta que los resultados obtenidos en la guerra social por los aliados deben atribuirse a la constitución aquea. Pero en el párrafo siguiente, el 5, se menciona a los romanos, de los que no se puede decir que hayan adoptado la constitución aquea. La idea es más general, seguramente: no se refiere a unos hechos concretos, sino a que los principios que inspiraron la política de la Confederación aquea —libertad e igualdad— son los que en política salvan a las ciudades. No hay una referencia a la constitución aquea *stricto sensu*. Es interesante Walbank, *Commentary*, ad loc.: «Polybius is claiming that in so far as Achaean allies haved helped (a) to extend equality and liberty, (b) to crush those who would enslave their own behalf or on behalf of 'the kings', the credit should

ciaron a acciones de otros muchos, y a las más bellas e insignes de los romanos. Pero jamás se interesaron, en modo alguno, por extraer provecho particular de sus éxitos: la libertad individual y la concordia entre 6
los peloponesios era el único pago que exigían por todo su celo, que siempre ponían a la disposición de los aliados. El tema será tratado de una manera más explí- 7
cita a la luz de los mismos hechos históricos.

Las ciudades citadas se gobernaron por sí mismas 43
durante los veinticinco primeros años[127]: elegían en turno de rotación un secretario y dos generales[128]. Des- 2
pués decidieron nombrar sólo un general y confiarle todos los asuntos. El primero que alcanzó este honor fue Margos de Carinea. Cuatro años después de su 3
nombramiento Arato de Sición, con sólo veinte años, liberó a su patria de la tiranía con audacia y valor. Luego se unió a la Confederación aquea, pues ya des-

---

go to Achea.» La versión inglesa de Paton abona esta interpretación. Pero, con todo, la idea es complicada y debiera tenerse en cuenta que el *leit-motiv* de Polibio parece ser aquí el desinterés con que obran los aqueos, tesis, por lo demás, corriente en Polibio, y apuntada a continuación, con motivo de los romanos. Creo que el término griego *proairesis* aquí significa «interés» y los «aqueos» que, en el texto griego siguen a continuación, no son los aqueos en sentido estricto, sino ellos y todos sus aliados, entre los que, en cierto modo, cabrá contar, en el futuro, a los romanos. Así todo el texto griego, difícil ciertamente, parece integrarse en una unidad coherente, sin que, naturalmente, se excluyan, como alternativa posible, las otras interpretaciones, procedentes de verdaderos especialistas en el pensamiento polibiano.

127 O sea, 280-279/256-255.

128 También aquí el texto griego se presta a interpretaciones: «en turno de rotación» (y no «periódicamente», como traduce Paton) quiere decir que los cargos correspondían, según un orden preestablecido, a las ciudades, que nombraban a los titulares; éstos, por consiguiente, no eran elegidos por la asamblea general. Para una discusión más amplia, cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

de el principio se había convertido en partidario fer-
4 viente de sus instituciones. Al cabo de ocho años fue
elegido general por segunda vez. Mediante un golpe de
mano se apoderó del Acrocorinto[129], dominado hasta
entonces por Antígono Gonatas[130]. Así libró de un gran
temor a los habitantes del Peloponeso. Tras salvar a
5 los corintios, les sumó a la Confederación aquea. Du-
rante este mismo generalato entró en tratos con la ciu-
6 dad de Megara y la unió a los aqueos: esto fue en el
año anterior a la derrota de los cartagineses, que les
obligó a evacuar totalmente Sicilia y a abonar, por pri-
7 mera vez, un impuesto a los romanos. Arato logró en
poco tiempo grandes progresos para sus planes, y si-
guió gobernando a la nación aquea. Hacía que sus
acciones e intenciones apuntaran a la sola finalidad
8 de expulsar a los macedonios del Peloponeso, de des-
truir las monarquías y de asegurar a todos la libertad
9 común y la estatal. Mientras Antígono Gonatas vivió,
Arato se opuso continuamente a sus falacias y a la
avaricia de los etolios. Trataba las acciones de una
10 manera realista, aunque aquéllos llegaron a tal grado
de injusticia y audacia como para comprometerse mu-
tuamente a aniquilar la Liga Aquea.

44 Tras la muerte de Antígono, los aqueos establecie-
ron una alianza con los etolios, y les ayudaron noble-
mente en su guerra contra Demetrio[131]. De momento,

---

129 Como se verá después, la posesión militar del Acrocorinto no implica forzosamente la de la ciudad. Es necesario haber contemplado personalmente la formidable mole del Acrocorinto, como aserrada de arriba a abajo, verticalmente, sobre la ciudad, para entender cómo se podía ser dueño de la ciudad, pero no del bastión que se cierne sobre ella.

130 Rey de Macedonia y fundador de la dinastía de los antigónidas. Empezó a reinar en Macedonia hacia el 277 (277-239). Una historia de su reinado, Antonio Tovar-Martín Sánchez Ruipérez, *Historia de Grecia*, págs. 284-286.

131 Demetrio II de Macedonia, que reinó en los años 239-229;

desaparecieron las divergencias y animosidades, y surgió una disposición sociable de amistad. Demetrio reinó 2
sólo diez años, y murió al tiempo que los romanos pasaban a la Iliria, con lo que los proyectos iniciales de los aqueos tomaron buen rumbo. En efecto: la 3
desaparición de Demetrio hizo perder las esperanzas a los tiranos que aún subsistían en el Peloponeso: él era para ellos algo así como un jefe que les pagaba. Además, les acechaba Arato, convencido de que debían abandonar las tiranías. Ofrecía grandes dones y honores a los tiranos que se avenían a ello sin presentar resistencia; a los que se negaban les amenazaba, de parte de los aqueos, con peligros y horrores aún mayores. Los tiranos, pues, cedieron, se dejaron conven- 4
cer de dejar sus tiranías, de liberar a sus patrias y de coaligarlas a la Confederación Aquea. Aún en vida 5
de Demetrio, Lidíades de Megalópolis, previendo el futuro, dejó, de manera prudente y realista, la tiranía por su propia iniciativa y se adhirió a la Confederación. Aristómaco, tirano de Argos, Jenón de Hermíone y 6
Cleónimo de Fliasio depusieron entonces también sus tiranías y se agregaron a la democracia aquea.

Orígenes de la guerra de Cleómenes

Estas adhesiones hicieron ma- 45
yor la pujanza y el progreso del pueblo aqueo. Los etolios se llenaron de envidia: su injusticia y su avaricia eran congénitas. Abrigaron la esperanza de desunir las ciudades, tal como tiempo atrás habían desunido las de Acarnania en favor de Alejandro[132] y habían intentado hacerlo con las aqueas en favor de Antígono Gonatas. Entonces les 2

luchó contra los etolios, que codiciaban la Acarnania, y contra los aqueos en la Argólide y en el Ática.

132 Alejandro II del Epiro, que sucedió a su padre, Pirro, a la muerte de éste en el 272.

exaltaron esperanzas semejantes y tuvieron la osadía
de aliarse con Antígono[133], a la sazón jefe de los mace-
donios y tutor de Filipo, todavía niño. Se aliaron tam-
bién con Cleómenes, rey de Esparta: a ambos les die-
3 ron las manos. Veían que Antígono dominaba la
situación con seguridad en Macedonia y que, por otro
lado, era un enemigo reconocido y claro de los aqueos,
4 por lo del Acrocorinto. Suponían que si infundían a
los lacedemonios odio contra el pueblo aqueo y logra-
ban así hacerles colaboradores de sus planes atacando
a los aqueos en el momento justo, ellos, los etolios,
levantarían guerra contra los aqueos desde todas par-
5 tes y les vencerían fácilmente. Y lo hubieran logrado
con una rapidez lógica si en su planteamiento no se les
hubiera pasado lo más importante: no atinaron que,
en sus intentos, iban a tener a Arato por antagonista,
6 hombre capaz de salirse de cualquier dificultad. Los
etolios se lanzaron a intrigas y a manejos injustos, pero
no sólo no lograron nada de lo que se habían propues-
to, sino que, al contrario, consolidaron el mando[134] de
Arato y fortalecieron a la nación aquea. Arato, en
efecto, mediante una hábil operación de distracción,
7 les echó abajo todos los planes. La exposición siguiente
explica cómo se desarrolló la cosa.

46 Arato veía que los etolios no se atrevían a una gue-
rra abierta contra los aqueos por ser tan recientes los
favores que habían recibido de ellos en la suya contra
2 Demetrio[135], pero que se entendían con los lacedemo-

133 Antígono Dosón, rey de Macedonia; reinó en 229-222. Pero todo el planteamiento polibiano de la guerra social es altamente improbable (Walbank, *Commentary*, ad loc.).

134 La palabra griega correspondiente no significa sólo un mando militar, sino que, sin excluirlo, entraña también un liderazgo político y social.

135 Demetrio I Poliorcetes, segundo rey de Macedonia (306-283).

nios, y que envidiaban grandemente a los aqueos. Cuan-
do Cleómenes[136] atacó a los etolios por sorpresa y se
apoderó de Tegea, de Mantinea y de Orcómeno, ciuda-
des que no sólo favorecían su política, sino que eran
miembros de la Liga etolia, los etolios, lejos de irri-
tarse, le confirmaron en la posesión. Los que antes, por 3
avaricia, juzgaban suficiente cualquier pretexto para
guerrear contra quienes no les habían faltado en nada,
ahora consentían gustosos a la traición de que eran
víctimas y perdían voluntariamente sus ciudades más
importantes, sólo porque con ello veían a Cleómenes
convertirse en un rival de cuidado para los aqueos.
Arato, y asimismo los prohombres de la Liga aquea, 4
se apercibieron de ello y decidieron no iniciar guerra
alguna contra nadie, pero sí oponerse a las asechan-
zas de los lacedemonios. Primero se mantuvieron en 5
esta resolución, pero vieron que Cleómenes inmediata-
mente después fortificaba insolentemente el lugar lla-
mado Ateneo en el territorio de Megalópolis, y que se
les mostraba enemigo acerbo y declarado. Entonces 6
convocaron la asamblea general aquea, que decidió
abrir ya abiertamente las hostilidades contra los lace-
demonios. Éste fue el origen de la guerra de Cleóme- 7
nes, que empezó en esta época[137].

136 Cleómenes III, rey de Esparta, que da nombre a la guerra que Polibio va a historiar. En la batalla de Selasia (222) pierde el trono y se refugió en Egipto, donde murió.

137 Para entender el complicado entramado de los capítulos 45 y 46 es preciso leer el excelente comentario de Walbank, *Commentary*, ad loc.

Negociaciones de Arato con Antígono Dosón[138]

47 De momento los aqueos decidieron afrontar a los lacedemonios sólo con sus fuerzas: pensaban que era más bello procurarse la salvación de sus ciudades y del
2 país por sí solos y no con la ayuda de otros. Además, querían conservar la amistad de Ptolomeo[139], que en el pasado les había hecho favores, y no dar la impre-
3 sión de que pedían a otros. La guerra llevaba ya algún tiempo. Cleómenes había suprimido el régimen político de su país y había convertido el reino constitucional en una tiranía. Conducía, además, la guerra de manera
4 eficaz, con gran audacia. Arato previó el futuro; temeroso de la osadía y de la imaginación de los etolios, decidió tomarles una gran delantera y perturbar sus
5 planes. Se había dado cuenta de que Antígono era persona activa e inteligente, y de que era hombre fiel y leal. Arato sabía, además, muy claramente que los reyes no consideran a nadie amigo o enemigo natural, sino que el criterio que les hace medir la amistad o
6 la enemistad es la conveniencia. Se propuso, pues, hablar con Antígono, y avenirse con él; para ello le indicaría en qué abocaría la situación política de en-
7 tonces. Sin embargo, muchas razones le hacían creer que el hecho no debía ser muy público, pues predispondría a Cleómenes y a los etolios contra él y contra
8 sus propósitos. Además desalentaría a muchos aqueos: parecería que se pasaba al enemigo y que había perdido totalmente la confianza en ellos. Y esto era precisamente lo que menos quería: se resistía incluso a
9 dar esta impresión. Tales eran sus planes; determinó
10 entablar las conversaciones secretamente. Esto le obligó a decir y a hacer en público cosas que repugnaban

138 Se desarrollaron entre los años 227-225.
139 Ptolomeo III Evergetes, que reinó en Egipto (246-221).

a sus opiniones. Así disimulaba su diplomacia: aparentaba y sugería cosas que en realidad rechazaba. Ello 11
explica que algunas no consten ni tan siquiera en sus *Memorias*.

Arato sabía que los de Megalópolis pasaban apuros 48
en la guerra. Estaban situados en la frontera de Esparta, y luchaban a la vanguardia de los demás aqueos, sin obtener de ellos una ayuda proporcionada; también éstos estaban en dificultades y agobiados por su situación. Arato sabía también que los de Megalópolis es- 2
taban muy bien dispuestos hacia la casa real macedonia porque habían recibido favores de Filipo, hijo de Amintas[140]. De todo ello concluyó que si Cleómenes les po- 3
nía en aprieto, buscarían en seguida apoyo en Antígono y pondrían su esperanza en los macedonios. Comunicó, 4
pues, confidencialmente, su plan a Nicófanes y a Cércidas, dos ciudadanos de Megalópolis que habían sido huéspedes[141] de su padre; eran personas adecuadas para lo que él proyectaba. A través suyo indujo fácil- 5
mente a los megalopolitanos a que despacharan una legación a los aqueos en demanda de ayuda a Antígono. Efectivamente, los de Megalópolis nombraron a los 6
mismos Nicófanes y Cércidas embajadores ante los aqueos y seguidamente ante Antígono, siempre que la Liga aquea consintiera en ello. Y los aqueos acepta- 7
ron esta embajada de los megalopolitanos. Nicófanes 8
y su colega acudieron al punto a ver a Antígono y le hablaron de manera breve y concisa de su propio país; trataron, en cambio, muy extensamente la situación en conjunto. Obedecían las consignas e instrucciones de Arato.

140 Padre de Filipo II y abuelo de Alejandro Magno. Pero fue rey de Macedonia.

141 La referencia es a una institución típicamente griega, por la cual, hereditariamente, los miembros de determinadas familias recibían hospedaje en determinadas casas de otras ciudades.

49 Éstas consistían en hacer que Antígono se diera cuenta de la acción confabulada de los etolios y de Cleómenes, de su fuerza y de la dirección que llevaba. Los primeros en precaverse debían ser, ciertamente, los aqueos, pero después Antígono, y ello con más
2 razón. Era evidente para todos que los aqueos no podrían sostener una guerra en dos frentes, pero era más evidente aún, para un buen observador, que Cleómenes y los etolios, una vez vencidos los aqueos, no quedarían satisfechos ni iban a permanecer así como
3 así: la avaricia de los etolios no se contentaría con alcanzar los límites del Peloponeso, ni tan siquiera
4 los de Grecia. Y el celo de Cleómenes, por su parte, su intención, de momento sólo era alcanzar el dominio del Peloponeso, pero una vez logrado pretendería la
5 hegemonía de toda Grecia. Ahora bien: no le era posible alcanzarla si antes no destruía el imperio ma-
6 cedonio. De modo que los embajadores solicitaban de Antígono una previsión de futuro, y que examinara sus propios intereses. Que viera si le convenía hacer la guerra, apoyado por los beocios y los aqueos, contra Cleómenes en el propio Peloponeso, con lo cual se haría con la hegemonía de toda Grecia, o bien si, prescindiendo del pueblo más importante, podía arriesgarse en la Tesalia contra etolios y beocios, y aún contra
7 aqueos y lacedemonios, para dominar Macedonia. Los embajadores afirmaron que si los etolios, en recuerdo del apoyo que habían recibido de los aqueos en su guerra contra Demetrio[142], decidían permanecer neutrales, como ahora, los aqueos harían la guerra a Cleómenes; si la Fortuna colaboraba con ellos, no preci-
8 sarían de la ayuda de nadie. Pero si los etolios intervenían y la Fortuna era contraria a los aqueos, entonces los embajadores le exhortaban a que, en tal caso, aten-

[142] Cf. II 6.

diera a la situación: no debía descuidar la oportuni-
dad y dejar de prestar socorro a los peloponesios mien-
tras todavía se valían por sí mismos. Podía estar 9
tranquilo en cuanto a la lealtad y a las debidas com-
pensaciones: Arato había prometido que, una vez con-
cluida la acción, él personalmente encontraría garan-
tías satisfactorias para ambas partes. Y declararon, al 10
propio tiempo, que Arato mismo indicaría cuándo se
debía prestar la ayuda.

Antígono escuchó todo esto. Se convenció de que 50
Arato se mostraba veraz y realista, y puso gran cuidado
y atención en su actuación inmediata. Escribió a los 2
de Megalópolis comunicándoles su ayuda siempre que
los aqueos estuvieran de acuerdo con ella. Cuando la 3
embajada de Nicófanes y Cércidas hubo regresado a
su ciudad, hubo entregado las cartas del rey y hubo
puesto en claro su interés y su adhesión, los megalo- 4
politanos, entusiasmados, acudieron con gran interés
a la asamblea de los aqueos para demandar que llama-
ran a Antígono y pusieran inmediatamente la empresa
en sus manos. Arato, por su parte, enterado privada- 5
mente por Nicófanes y sus compañeros de los planes
del rey, tanto de los referidos a él mismo como de los
referentes a los aqueos, se alegró mucho de que su
proyecto no hubiera resultado nulo. No se había cum-
plido la esperanza de los etolios de que Antígono no
sintiera el menor interés hacia él. Creyó que era muy 6
acertado el punto de que los de Megalópolis se avi-
nieran a confiarse a Antígono por obra de los aqueos;
su interés principal era, como se señaló más arriba, 7
no precisar de ayuda, pero si se debía recurrir inelu-
diblemente a ella, deseaba hacer la demanda no él sólo,
sino todos los aqueos. Temía que si el rey llegaba, 8
vencía militarmente a Cleómenes, pero luego tomaba
alguna decisión contraria a la constitución común, se
le imputara a él la culpa de lo ocurrido, y que todos

9 le acusaran, en la creencia de que Antígono lo había
hecho por la ofensa del Acrocorinto, inferida por él a
10 la casa real de Macedonia. Por esto, cuando los mega-
lopolitanos llegaron al consejo general[143] de los aqueos
para mostrarles la carta y hacerles patente el favor
del rey y pedir, además, que se llamara a Antígono lo
más pronto posible, la asamblea quería exactamente
11 lo mismo. Arato se adelantó, les manifestó la voluntad
del rey y después alabó la actitud de la mayoría. Les
exhortó con muchas razones más que nada a intentar
salvar por sí mismos a las ciudades y al país, pues no
12 había cosa más bella ni conveniente que ésta. Pero
afirmó que si en ello la Fortuna les era adversa, debían
recurrir a la ayuda de los amigos sólo tras haber puesto
a prueba todas las esperanzas insertas en ellos mismos.

Comienzos de la guerra. Victorias de Cleómenes

51 El pueblo manifestó su aproba-
ción y decidió atenerse a las me-
didas ya tomadas y sostener ellos
2 solos aquella guerra. Pero Pto-
lomeo desconfió de los aqueos y
empezó a aprovisionar a Cleómenes; pretendía inci-
tarle contra Antígono, ya que esperaba más de los la-
cedemonios que de los aqueos para oponerse a la po-
3 lítica de los reyes de Macedonia. Los aqueos fueron
derrotados primero en el monte Liceo; habían trabado
combate con Cleómenes durante una marcha. Luego
perdieron una batalla campal en Ladocea, en el terri-
torio de Megalópolis. Aquí murió Lidíadas[144]. Todavía
sufrieron un tercer desastre total en Dime[145], en el

143 El consejo *general;* el adjetivo señala que se trata de la asamblea general de los aqueos de la primavera del año 226, y no de la asamblea ciudadana de Megalópolis. Sobre esto, sin embargo, hay discusión (véase Walbank, *Commentary,* ad loc.).

144 Tirano de Megalópolis.

145 Lugares de estas derrotas: el monte Liceo es actualmente el Diaforti, al SE. de Andritsaina; Ladocea es de ubi-

paraje denominado Hecatombeo; habían concurrido a
esta batalla con el ejército íntegro[146]. Por todo esto la 4
situación ya no permitía dilaciones; las circunstancias
forzaron a los aqueos a recurrir, de común acuerdo, a
Antígono. Ante esta crisis[147], Arato envió a su propio 5
hijo como mensajero al rey, y se aseguró la ayuda.
Pero los aqueos, agobiados, aún se creían en situación 6
difícil porque pensaban que el rey no iba a ayudarles si
no recuperaba el Acrocorinto y no podía disponer en
aquella guerra de la ciudad de Corinto como base.
Pensaban, además, que los aqueos no se atreverían a
entregar a Corinto a los macedonios si la ciudad se
negaba. Esto hizo que la negociación sufriera un apla- 7
zamiento para examinar las garantías.

Con los éxitos citados Cleómenes iba causando pas- 52
mo, y siguió recorriendo tranquilamente las ciudades;
a unas, las convencía, y a las otras las amenazaba e
infundía terror. Hizo suyas de este modo Caria, Pelene, 2
Feneo, Argos, Fliunte, Cleone, Epidauro, Hermión, Tre-
cén y, al cabo, Corinto. Estableció su campamento en
la ciudad de Sición, pero al mismo tiempo solucionó
la dificultad principal de los aqueos. En efecto: los 3
corintios ordenaron a Arato, el general[148], y a los aqueos

---

cación desconocida; Dime está al N. de la Acaya, a poca distancia de la costa (derrota de los aqueos en el verano del 226).

146 «Con el ejército íntegro», expresión que ha salido bastantes veces y que volverá a salir repetidamente; equivaldría a nuestra movilización general.

147 La palabda griega significa propiamente «ocasión», pero la interpretación «crisis» no parece desacertada, ante la mala situación de los aqueos.

148 En realidad, aquí Arato no era el general; lo era Timóxeno; lo sabemos por una noticia de Plutarco (Arato, 38, 2). ¿Cómo hay que entender, pues, el texto de Polibio? Caben dos explicaciones: a) que Arato fuera general *de facto,* o bien b) que perviviera en Arato la potestad que en Sición le había sido conferida tras la caída de Corinto, lo cual le elevaba, en virtud de tal cargo, por encima del mismo Timóxeno. Cf. la nota 134.

que se retiraran de la ciudad, y enviaron una misión que llamara a Cleómenes. Esto proporcionó a los aqueos
4 un pretexto y una ocasión razonable. Arato la aprovechó para ofrecer el Acrocorinto a Antígono. Los aqueos retuvieron la plaza, se borró el agravio inferido a la casa real macedonia y se aseguró una garantía suficiente respecto a la alianza ulterior. De momento Antígono dispuso de una base para la guerra contra los lacedemonios.

Intervención de Antígono, que ocupa Acrocorinto [149]

5 Cleómenes conoció el pacto de los aqueos con Antígono, levantó el campamento que tenía cerca de Sición, acampó junto al Istmo e interceptó con una estacada y un foso el espacio entre el Acrocorinto y las montañas
6 llamadas Oneas [150]. Creía que estas medidas le darían el dominio indisputado del Peloponeso. Hacía tiempo que Antígono, de acuerdo con las sugerencias de Arato,
7 estaba al acecho y esperaba acontecimientos. Ahora calculó, por lo ocurrido, que Cleómenes no tardaría mucho en penetrar en la Tesalia con sus fuerzas; envió legados a Arato y a los aqueos a recordarles lo convenido; él llegó con sus tropas al Istmo a través
8 de la isla de Eubea. Los etolios, que, entre otras cosas, deseaban impedir que Antígono prestara ayuda, le prohibieron atravesar las Termópilas con un ejército; si lo intentaba, le vedarían el paso por la fuerza. Antígono
9 y Cleómenes, pues, acamparon uno frente al otro. El primero pretendía introducirse en el Peloponeso, Cleómenes frustrar esta penetración.

53 Los intereses de los aqueos se habían visto fuertemente dañados, pero aún así no desistieron de sus planes ni abandonaron las esperanzas que abrigaban.

149 Año 224.

150 Este monte actualmente se llama Onion.

Acudieron en socorro de Aristóteles de Argos cuando 2
se sublevó contra los partidarios de Cleómenes: su general Timóxeno cayó sobre la ciudad y la tomó mediante una estratagema. Ésta es la causa principal de 3
que la situación se les enderezara: se reprimió el empuje de Cleómenes y la moral de sus fuerzas disminuyó, cosa demostrada por los mismos hechos. En 4
efecto: Cleómenes ocupaba con ventaja posiciones estratégicas y disponía de avituallamiento más abundante que el de Antígono; también era más ambicioso y más audaz. Y, sin embargo, al serle comunicado que los 5
aqueos habían tomado Argos, levantó el campo inmediatamente, abandonó las ventajas señaladas e hizo una retirada muy parecida a una fuga. Temía que el enemigo le rodeara por todas partes. Se lanzó sobre Argos, 6
y durante algún tiempo intentó conquistar la ciudad; los aqueos le rechazaron con entereza y los argivos con el ardor característico de los que se han cambiado de partido. Cleómenes abandonó incluso esta empresa y se presentó en Esparta tras una marcha por el territorio de Mantinea.

Antígono penetró sin riesgo en el Peloponeso y 54
tomó el Acrocorinto. Se reafirmó sin dilaciones en sus propósitos y se presentó en Argos. Felicitó a los argi- 2
vos, restableció el orden en la ciudad y reemprendió al punto la marcha en dirección a la Arcadia. Expulsó 3
las guarniciones enemigas de los fortines levantados por Cleómenes en la Egítida y en la Belminátida[151], los confió a los megalopolitanos y acudió a la asamblea de los aqueos en Egio. Allí dio cuenta de sus actividades, 4
deliberó acerca del futuro y fue nombrado general en

151 La Egítida es una pequeña región al NO. de la Laconia. Su capital es Caristo. La Belminátida es ya territorio de la Mesenia, contiguo al anterior, y su principal ciudad es Belmina (o Belbina; la grafía no es segura).

5 jefe de los aliados[152]. Pasó parte del invierno en Si-
ción y en Corinto. Llegada la primavera, tomó sus
6 fuerzas y avanzó. En tres días alcanzó la ciudad de
Tegea, y allí coincidió con los aqueos; estableció su
7 campamento e inició el cerco. Los macedonios se em-
plearon a fondo en las operaciones de asedio, espe-
cialmente en las minas. Los tegeatas desesperaron
8 pronto de su salvación y se rindieron. Antígono se
aseguró la ciudad, prosiguió sus planes y avanzó ve-
9 lozmente hacia la Laconia. Se aproximó a Cleómenes,
que había tomado posiciones en su propio país, le tan-
10 teó y sostuvo algunas escaramuzas. Supo por sus ex-
ploradores que las tropas de Orcómeno habían salido
en ayuda de Cleómenes. Levantó el campo a toda prisa
11 y asaltó la ciudad, que tomó por la fuerza. Luego es-
12 tableció sus reales junto a Mantinea, y la cercó. Los
macedonios la aterrorizaron también rápidamente y
la sometieron. Antígono levantó el campo y avanzó
13 hacia Herea y Telfusa[153]; sus habitantes se le pasaron
voluntariamente y él se hizo con las ciudades. Llegó
el invierno, y se presentó en Egio, a la asamblea de los
14 aqueos. Había despachado a todos sus macedonios a
sus casas para pasar el invierno; él sostuvo conversa-
ciones con los aqueos, con quienes deliberó acerca de
la situación.

---

152 Este nombramiento es el que da, verdaderamente, origen a la alianza de aqueos y macedonios.

153 Herea: a la orilla derecha del Alfeo, en la confluencia de este río con el Ladon; Telfusa, 17 kilómetros al N. de Herea, en la orilla izquierda del Ladon.

Toma de Megalópolis por Cleómenes

Entonces[154] Cleómenes averiguó que Antígono había licenciado a sus fuerzas y que él permanecía en Egio sólo con los mercenarios, a tres días de marcha de Megalópolis. 55
Sabía que esta ciudad, grande y 2
desguarnecida, tenía escasos hombres para su defensa; se pensaba que Antígono estaba cerca. La población había perdido la mayoría de sus hombres en edad militar en la batalla de Liceo y en la que se dio después junto a Ladocea. Cleómenes aceptó la colaboración de 3
algunos desertores mesenios que se encontraban casualmente en Megalópolis, y con su ayuda penetró de noche en el recinto de las murallas. Ya de día, poco 4
le faltó no ya para que los megalopolitanos le echaran, sino aún para perderse totalmente, ello por el coraje de los ciudadanos. Tres meses antes ya le había 5
pasado algo parecido, cuando logró escurrirse dentro del barrio de la ciudad llamado El Coleo. Pero ahora 6
tuvo éxito en su intento, por el número de sus hombres y también porque se había avanzado a tomar los lugares estratégicos. De modo que arrojó a los megalopolitanos y les tomó la ciudad. Dueño de ella, la 7
arrasó con tal encarnizamiento y furor, que nadie hubiera podido esperar verla habitada de nuevo. Hizo 8
esto, creo yo, porque en los azares de aquellos tiempos sólo entre los estinfalios[155] y entre los megalopolitanos no pudo procurarse ni un traidor ni un partidario, ni un cómplice de sus ambiciones. Un solo hombre, Tear- 9
ques, avergonzó la nobleza de los clitorenses y su amor a la libertad, si bien éstos niegan que fuera na-

[154] Otoño del año 223.

[155] Estínfale, ciudad situada en el extremo N. de la Arcadia; Clítor, citada a continuación (actualmente Katsana), unos 30 kilómetros al E.

tural de su ciudad; dicen que era un bastardo de un soldado vecino de Orcómeno.

Crítica del historiador Filarco

56 La historia de la época descrita por Arato la han tratado también otros, entre los que goza de crédito Filarco[156], quien con frecuencia contradice al primero
2 y sostiene opiniones opuestas. Nosotros hemos preferido a Arato en la exposición de la guerra de Cleómenes, de modo que es útil y necesario explicar nuestra elección, y no permitir que la mentira goce de la misma fuerza que la verdad en los escritos históricos.
3 En el conjunto de su obra Filarco ha dicho muchas
4 cosas a la ligera y según le parecía. Ahora quizá no sea necesario tratar con detalle ni reprocharle otros puntos, pero en lo concerniente a la época que aquí nos ocupa, es decir, la guerra cleoménica, es forzoso
5 proceder con criterio. Y ello bastará para ver su mé-
6 todo general y el valor de su historia. En efecto: pretende poner a la vista de todos la crueldad de Antígono y de los macedonios, y al propio tiempo la de Arato y de los aqueos. Y para ello afirma que cuando los de Mantinea fueron sometidos padecieron grandes calamidades[157], y que la ciudad mayor y más antigua de Arcadia se debatió entre desgracias tales que causó
7 conmoción y lágrimas entre todos los griegos. Filarco quiere provocar la compasión de sus lectores y hacerles sintonizar con su relato, de modo que describe teatralmente mujeres que se abrazan[158]; sus cabelleras flotan y sus pechos están al descubierto. Nos habla de llantos

---

156 Historiador griego del siglo III a. C., autor de una historia de Grecia en veintiocho libros, que abarcaba los años 272-223.

157 Cf. II 54, 11-12.

158 O, quizás, que abrazan altares en actitud de súplica; el texto griego es genérico y no precisa.

y alaridos de hombres y mujeres a los que se llevan,
revueltos con sus hijos y sus padres. Éste es el pro- 8
cedimiento habitual de su historia, tendente siempre a
poner horrores a la vista de todos. Pero dejemos lo 9
pedestre y mujeril que resulta esta propensión suya,
y examinemos mejor lo que en la historia es natural
y útil[159]. Conviene que el historiador con su obra no 10
intente fascinar y maravillar al primero que encuentre.
Conviene que no invente discursos[160] en cualquier oportunidad, y que no describa las consecuencias marginales de lo sucedido. Esto corresponde a los autores trágicos; el historiador debe limitarse a recordar lo que
en verdad se dijo y se hizo, por vulgar que sea. Pues 11
la finalidad de la historia y la de la tragedia no coinciden, al contrario, se oponen polarmente: ésta última debe usar las palabras más persuasivas, en cualquier circunstancia mover y hacerse suyos a los espectadores; el historiador, en cambio, debe intentar siempre enseñar y convencer a los estudiosos; su palabra y su obra
deben responder a la verdad. En la tragedia guía lo 12
convincente, aunque sea falso, y ello mintiendo a los espectadores; la guía de la historia es la verdad; la
historia persigue el provecho de sus cultivadores. Ade- 13
más, Filarco nos narra la mayoría de episodios sin indicar su causa ni cómo ocurrieron. Y sin saberlo la piedad no es razonable, y la indignación está fuera
de lugar ante cualquier acontecimiento. Pues, ¿quién 14
no tendrá por terrible el que los hombres libres sean apaleados? Pero si lo sufre el cabecilla de un atentado, pensamos que lo ha sufrido con justicia. Los que golpean a hombres libres merecen premio y agra-
decimiento si lo hacen para escarmentar y corregir. Del 15

159 La referencia es a la historia como ciencia general (Pédech, Walbank) y no a la historia de Filarco (Paton).

160 Esto parece ser un ataque a Tucídides.

mismo modo, dar muerte a los ciudadanos es tenido como sacrilegio máximo, como crimen digno de los más refinados suplicios. Y, sin embargo, es notorio que el que ejecuta a un ladrón o a un adúltero goza de impunidad, y el que mata a un traidor o a un tirano merece un asiento de honor[161] a la vista de
16 todos. Así, la emisión de un juicio definitivo no debe basarse nunca en los hechos en sí, antes bien, en sus causas y en las razones que movieron a sus autores; también en las diferencias que ellas presentan.

57 Los de Mantinea, que antes habían abandonado voluntariamente la Liga aquea, se pasaron, ellos y su ciudad, a los etolios, y posteriormente a Cleómenes.
2 Alineados, pues, en esta política, y unidos al estado lacedemonio, los aqueos ya cuatro años antes de la intervención de Antígono les conquistaron la ciudad,
3 en una maniobra de Arato. Y en aquella ocasión la traición citada no les reportó daño alguno, bien al contrario. Lo que pasó allí se hizo famoso por lo súbito con que ambos bandos mudaron sus tendencias
4 políticas. Así que tomó la ciudad, Arato ordenó a los suyos que nadie tocara nada que no le perteneciera.
5 A continuación reunió a los ciudadanos de Mantinea, les exhortó a que cobraran confianza y a que permanecieran en sus casas, pues bajo el gobierno de los
6 aqueos gozarían de toda clase de seguridades. Cuando vieron una esperanza tan imprevista como paradójica,
7 los de Mantinea se pasaron al partido contrario. Y ahora invitaban a sus propios hogares, que les hacían compartir con sus mismos parientes, sin omitir nada de lo que fomenta el afecto mutuo, a aquellos contra los cuales luchaban muy poco antes, a cuyas manos vieron morir a muchos parientes y caer gravemente

[161] Clara referencia a una proedría o asiento de honor en el teatro.

heridos a bastantes de entre ellos. Esta conducta es 8
explicable: no conozco un caso de hombres que se hayan mostrado tan benignos con sus enemigos ni de alguien que haya evitado las catástrofes evidentemente más graves con menos daño que los de Mantinea, gracias a la humanidad de Arato y de los aqueos para con ellos.

Los de Mantinea previeron convulsiones internas e 58
intrigas por parte de los etolios y de los lacedemonios, por lo que enviaron una embajada a los aqueos
en demanda de una guarnición. Los aqueos les aten- 2
dieron, y sortearon entre ellos a trescientos hombres; los designados por el azar abandonaron patria y bienes y fueron a vivir a Mantinea para velar por la vida y
la libertad de los mantineenses. Además, los aqueos 3
enviaron a doscientos mercenarios, quienes, junto con el resto de los hombres, debían velar por el régimen
establecido. Pero al cabo de poco tiempo en Mantinea 4
estalló una revuelta. Los ciudadanos llamaron a los lacedemonios, pusieron la ciudad en sus manos y degollaron a los aqueos que convivían con ellos. No es fácil hablar de una traición más grave y vergonzosa.
Pues si los de Mantinea habían decidido irrevocable- 5
mente traicionar la amistad y la gratitud que debían a un pueblo, como mínimo hubieran debido perdonar, como fuera, la vida a aquellos hombres, pactar una
tregua y permitirles la retirada; las normas vigentes 6
entre los hombres la conceden incluso a los enemigos.
Pero los de Mantinea transgredieron las leyes comu- 7
nes entre los hombres, y cometieron intencionadamente la peor impiedad; pretendían con ello ganarse la
confianza de cara a sus planes. ¿Qué indignación no 8
merece el convertirse en verdugos y asesinos de aquéllos que antes les habían conquistado por la fuerza, les habían dejado impunes y ahora velaban por sus
vidas y por su libertad? ¿Qué tortura se les podría 9

aplicar que pareciera adecuada? No faltará quien diga
que fueron vendidos con sus mujeres e hijos luego que
10 fueron derrotados militarmente. Pero éste es un su-
plicio ya impuesto por las leyes de guerra a los que
no han cometido ninguna impiedad, de manera que
para éstos otros se debe encontrar un castigo mayor
11 y más total. Si sufrieron lo que Filarco dice, no es
lógico que la compasión de los griegos les hubiera acom-
pañado. En cambio, merecen elogio y aprobación aque-
12 llos cuya acción persigue la impiedad de otros. Ahora
bien: los de Mantinea, en la hora de su calamidad, no
sufrieron otra cosa que ver saqueados sus bienes y
vendidos sus hombres libres. Sin embargo, el historia-
dor Filarco, en aras de un sensacionalismo, introdujo
13 una mentira absoluta e increíble. Fue incapaz, por ex-
ceso de ignorancia, de conocer algo que tenía a su
alcance: los aqueos se apoderaron por la fuerza de
14 Tegea[162], y no hicieron nada parecido. La conclusión
es que si la crueldad fue la razón de su conducta, hu-
biera sido natural que Tegea hubiera sufrido lo mismo
15 que los demás que cayeron en la misma época, pero
si el trato especial se dio sólo para los de Mantinea,
es evidente que también la causa de la ira contra ellos
fue forzosamente especial.

59 Además, Filarco cuenta que Aristómaco de Argos[163],
hombre de familia muy ilustre, había sido tirano de
los argivos, hijo él mismo de tiranos. Cayó en manos
de Antígono y de los aqueos, y fue conducido hasta
Cencreas[164], donde murió ejecutado entre torturas. Fi-
larco explica que padeció las más injustas e inicuas
2 que pueda sufrir un hombre. El autor, fiel también en
este caso a su estilo, describe los ayes que, mientras

162 En el verano del 223.

163 Tirano de Argos que había abandonado voluntariamente la tiranía; cf., más arriba, 54, 6-7.

164 Cencreas, puerto de Corinto en el golfo Sarónico.

Aristómaco era torturado, oían de noche los vecinos.
Dice que unos, sorprendidos ante tamaña impiedad,
corrieron hacia el lugar, mientras que otros no daban
crédito a lo que oían y otros estaban indignados. Pero 3
dejemos esta fantasía, de la que tenemos ejemplos su-
ficientes. Yo creo que Aristómaco, aunque no hubiera 4
causado ningún perjuicio a los aqueos, merecía el
máximo castigo por su conducta perversa y por la trai-
ción de que hizo víctima a su patria. Con la intención 5
de aumentar la gloria de Aristómaco y de incitar a su
público a la indignación por lo que sufrió, el historiador
precisa que no sólo fue tirano, sino hijo de tiranos.
Pero nadie sería capaz de formular una acusación más 6
grave, más amarga: el mismo nombre comporta el sen-
tido más abominable, que rebasa todas las injusticias
y locuras de los hombres. Por más que sufriera los más 7
terribles castigos, tal como asevera Filarco, sin em-
bargo Aristómaco no purgó ni sus crímenes de un solo
día, aquél en que Arato y los aqueos lograron penetrar 8
en la ciudad de Argos [165], y tras arrostrar grandes peli-
gros y combates por la libertad de los argivos, al final
fracasaron, porque no se movió nadie de los que dentro
estaban en connivencia con ellos; la causa fue el terror
que les infundía el tirano. Aristómaco alegó como mo- 9
tivo, en realidad un mero pretexto, la entrada de los
aqueos, y mandó degollar entre torturas a ochenta ciu-
dadanos principales, los más ilustres. Omito las im- 10
piedades de toda su vida y las de sus antepasados; el
recuento sería inacabable.

Aristómaco murió entre torturas, pero no debemos 60
considerarlo terrible: sí lo hubiera sido que hubiera
muerto impune, sin experimentar lo que ellas son. Tam- 2
poco hay que creer que Antígono y Arato sean culpa-
bles: aprisionaron al tirano en una guerra y le tortura-

165 Fue un golpe de mano fracasado en el año 235.

ron hasta la muerte. Incluso si hubiera sido en período
de paz los que le castigaron y mataron hubieran me-
recido el elogio y la honra de los hombres juiciosos,
3 ya que, aparte de lo dicho, ¿qué merecía su traición
4 a los aqueos? Aristómaco depuso la tiranía no muchos
años antes, forzado por las circunstancias, porque De-
metrio había muerto. Y se encontró inesperadamente
con la seguridad y protección que los aqueos, con su
5 benevolencia y nobleza, le brindaron. En efecto: los
aqueos no sólo dejaron sin castigo las impiedades de
su tiranía, sino que le admitieron en la Liga Aquea y
en ella le confirieron la máxima honra, le nombraron
6 general en jefe. Pero él, así que mejoraron un poco las
esperanzas de futuro de Cleómenes, olvidó todos los
beneficios: precisamente en el momento más crítico
separó a su país de los aqueos y tomó decisiones des-
7 viadas; se pasó al enemigo. Cuando cayó en manos de
sus adversarios, no hubiera debido morir entre supli-
cios en una noche, en Cencreas, que es lo que cuenta
Filarco, todo lo contrario, le hubieran debido pasear,
entre tormentos, por todo el Peloponeso, hasta que
expirara. Ahora bien: era un hombre tal como queda
dicho, y no le ocurrió otra cosa sino que los oficiales
con mando en Cencreas le arrojaron al mar.

61 Aparte de esto, Filarco nos narra con énfasis y exa-
geración las desgracias sufridas por los de Mantinea.
Es evidente su suposición de que los historiadores
2 deben exponer las iniquidades de los hombres. Pero
en cambio no menciona ni en lo más mínimo el he-
roísmo del que los megalopolitanos hicieron gala en
3 aquella oportunidad. ¡Como si fuera más propio de
la historia enumerar los crímenes de sus protagonis-
tas que no señalar las acciones bellas y justas! ¡O como
si los lectores de libros de historia se vieran menos
aleccionados por las obras honestas y ejemplares que
por las empresas reprobables y dignas de vituperio!

Filarco, que quiere poner de relieve la magnanimidad 4
de Cleómenes y su moderación en su trato con los ene-
migos, sitúa ante nuestra vista el hecho de que, tras
conquistar Megalópolis, no la destruyó; mandó inme-
diatamente legados a los megalopolitanos, que estaban
en Mesene, y les propuso que recuperaran su patria in-
tacta, y luego se asociaran a sus acciones. Explica to- 5
davía cómo los megalopolitanos, cuando les era leída
la carta, no toleraron que lo fuera íntegramente, y que
por poco apedrean a los mensajeros. Su narración llega
hasta aquí. Lo que sigue, y que es propio de la his- 6
toria, lo suprimió, a saber, el elogio y el recuerdo
ennoblecedor de las conductas memorables. Esto aquí
venía a cuento, porque si creemos que son hombres 7
nobles los que soportan una guerra sólo por su con-
vicción y por la palabra dada a los amigos y aliados,
y otorgamos elogio, gratitud y recompensas a los que,
en aras de lo mismo, sobrellevan el asedio y la des-
trucción de su territorio, ¿qué opinión deberemos tener, 8
ciertamente, de los de Megalópolis? ¿Acaso no la me-
jor, la más noble? En primer lugar, los megalopolita- 9
nos abandonaron su territorio a Cleómenes, después,
por su fidelidad a los aqueos, perdieron totalmente
su país, y finalmente, cuando se les ofreció, de manera 10
inesperada y paradójica, la posibilidad de recuperar su
ciudad intacta, prefirieron verse privados de su país,
de sus sepulturas, de sus templos, de su patria, de sus
bienes, de todo aquello, en suma, que los hombres
aprecian más, a traicionar la lealtad debida a los alia-
dos. ¿Ha habido, o podría haber obra más bella? ¿Es 11
que hay algo sobre lo cual el historiador deba fijar más
la atención de su público? ¿Existe otra acción que
pueda estimular más a sus lectores a ser leales y a
asociarse a las causas nobles? Filarco no hizo la menor
mención de todo esto, ciego, a lo que creo, para las

obras más nobles, que son lo que un historiador debe perseguir por encima de todo.

62 No contento con esto, Filarco afirma a continuación que los lacedemonios de los despojos de Megalópolis ingresaron seis mil talentos, de los cuales, según es habitual, dos mil correspondieron a Cleómenes.
2 Ante todo, ¿quién no se sorprendería, aquí, de la incompetencia y del poco sentido común referente a los recursos y a las riquezas de las ciudades griegas que muestra este historiador? Este tema debe importar
3 mucho a los historiadores. No hablo, evidentemente, de la época en que los reyes macedonios y aún más las guerras continuas habían devastado prácticamente
4 el Peloponeso, sino de nuestra época. Ahora reina gran concordia entre todos los peloponesios, que gozan de gran prosperidad. Pues bien: de todos los ajuares de todo el Peloponeso, excluyendo a las personas, no
5 sería posible reunir tal cantidad. Lo que sigue demuestra que afirmo esto no arbitrariamente, sino con
6 toda razón. En efecto, ¿qué lector de la historia de Atenas ignora que cuando los atenienses se aliaron con los tebanos y emprendieron la guerra contra los lacedemonios[166] (enviaron diez mil soldados y dotaron
7 cien trirremes) decidieron establecer un impuesto de guerra y valoraron todo el país del Ática, las casas y
8 la hacienda restante? La suma total de la valoración arrojó cinco mil setecientos cincuenta talentos, cifra que hace indudable mi afirmación sobre los pelopo-
9 nesios. En aquella época para Megalópolis nadie se atre-
10 vería a calcular más de trescientos talentos. Además, es un hecho reconocido que tanto hombres libres como esclavos huyeron a Mesene. Y he aquí la máxima prue-

166 Se refiere a la segunda liga marítima ateniense, en la que atenienses y tebanos coaligados lucharon contra la hegemonía espartana del año 378. El triunfo de la coalición en Cabrias, ante Naxos, hunde para siempre el poder militar de Esparta.

ba de mis afirmaciones: los de Mantinea no eran in- 11
feriores en nada a los arcadios, ni en potencia ni en hacienda, como afirma el mismo Filarco. Asediados, se vieron obligados a rendirse. Su ciudad fue tomada; casi nadie logró huir, y no fue fácil sustraer algo. Y 12
en aquella ocasión todo el botín, incluidos los despojos, valió trescientos talentos.

¿Y quién no se extrañaría más de lo que sigue? 63
Tras estas afirmaciones Filarco dice que antes de la confrontación, diez días a lo sumo, acudió un legado a Cleómenes de parte de Ptolomeo[167], y le anunció que éste se negaba a avituallarle, y que le aconsejaba que hiciera las paces con Antígono. Asegura que, al ente- 2
rarse, Cleómenes decidió jugárselo todo inmediatamente, antes de que sus tropas supieran lo ocurrido, ya que no tenía la menor esperanza de poder abonarles la soldada con recursos propios. Pues bien, si en tal 3
ocasión hubiera dispuesto de seis mil talentos, él mismo en cuestión de avituallamiento hubiera podido superar a Ptolomeo. Y sólo con poseer trescientos talentos le 4
bastaba, con toda seguridad, para proseguir la guerra contra Antígono. Filarco declara que Cleómenes espe- 5
raba ser aprovisionado por Ptolomeo; ¿decir al propio tiempo que disponía de una cantidad tal de dinero, no va a ser indicio de gran necesidad e irreflexión?

Tanto en su tratamiento de esta época como en toda 6
su obra, en este historiador se pueden documentar detalles como éstos; creo que los que he aducido bastan para satisfacer mi método y plan iniciales.

---

167 Ptolomeo III Evergetes (246/221).

Batalla de Selasia

64 Después de la caída de Megalópolis, Antígono invernaba en Argos. Al inicio de la primavera Cleómenes reunió a sus tropas, las arengó cual convenía en aquella ocasión, se puso en marcha e invadió el país de los
2 argivos [168]. La mayoría creyó que la acción era una temeridad absurda, porque los lugares de acceso estaban fortificados. Sin embargo, si se calcula bien, el
3 plan era prudente y seguro. Cleómenes veía que Antígono había licenciado a sus tropas, y sabía bien que en principio su invasión no correría peligro. Además pensaba que, con el país destruido hasta los mismos muros, lo más natural era que los argivos, al comprobar lo que ocurría, lo tomaran a mal y lo echaran en
4 cara a Antígono. Si éste, vencido por los reproches de la multitud, salía y se arriesgaba con los hombres de que disponía, en tal caso Cleómenes entendía que su
5 triunfo sería fácil. Y si Antígono perseveraba en sus planes y no hacía nada, él desmoralizaría a los contrarios, infundiría coraje a sus propias fuerzas y luego se
6 retiraría, sin correr riesgo alguno, a sus territorios. Y ocurrió esto último. Al ver su país devastado, las turbas se reunían y cubrían de insultos a Antígono. Él, sin embargo, de manera muy digna de un jefe y un rey, concedió más importancia a sus planes, y permaneció
7 inactivo. Según su propósito inicial, Cleómenes devastó el país e intimidó a sus adversarios, levantando al propio tiempo la moral de sus tropas para las batallas inminentes. Luego regresó a su país sin sufrir daños.

65 Al comienzo del verano los macedonios y los aqueos regresaron de allí donde habían pasado el invierno.

---

168 A principios de la primavera del año 222. Pero esta fecha no es absolutamente cierta; bien pudiera ser del año 223. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Antígono tomó el ejército y avanzó con sus aliados
hacia la Lacedemonia. Disponía de diez mil macedo- 2
nios que formaban una falange, de tres mil peltastas[169]
y trescientos jinetes, de más de diez mil soldados agria-
nos[170] y de igual número de galos; además tenía un
cuerpo de mercenarios que comprendía en total tres
mil soldados de a pie y trescientos jinetes. La tropa 3
escogida de los aqueos se componía de tres mil sol-
dados de a pie y de trescientos jinetes. Había mil me-
galopolitanos armados al modo macedonio, mandados
por Cércidas de Megalópolis. El contingente aliado lo 4
formaban dos mil infantes beocios y doscientos jinetes,
mil infantes epirotas y cincuenta jinetes, acarnanios en
número igual y mil seiscientos ilirios; al mando de
éstos iba Demetrio de Faros[171]. En su conjunto, el 5
ejército aqueo contaba veintiocho mil soldados de a
pie y mil doscientos de caballería. Cleómenes esperaba 6
la incursión, y aseguró los accesos al país con guarni-
ciones, vallados y talas de árboles; él mismo acampó 7
con sus tropas en el lugar de Selasia[172]; el ejército de
que disponía constaba, en su totalidad, de veinte mil
hombres. Cleómenes había conjeturado, con toda la
razón, que era por Selasia por donde el enemigo iba
a hacer la penetración. Y fue así. Allí hay dos colinas 8

---

[169] Peltasta: soldado griego de infantería que combatía protegiéndose con un pequeño escudo circular. Su arma principal era una lanza, primero relativamente corta, que luego se alargó. Llevaba también una espada de doble filo por si la ocasión lo requería. La gran época de los peltastas fue la guerra del Peloponeso, hasta las guerras de los diádocos; en tiempos de Polibio, su empleo estaba ya en franca desaparición.

[170] Los agrianos eran un pueblo tracomacedonio que habitaba la región de las fuentes del Estrimón.

[171] Cf. la nota 28 de este segundo libro.

[172] Plaza situada al N. de la Laconia, encima de la ciudad de Esparta. Amplia discusión sobre el lugar exacto de la batalla, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

que dominan la entrada, una se llama Evas y la otra
9 Olimpo. El camino entre ambos montecillos, tendido a lo largo del río Enunte[173], conduce hacia Esparta. Cleómenes había dispuesto delante de las dos colinas mencionadas un vallado y un foso. En la altura de Evas apostó a los periecos[174] y a los aliados, a las órdenes de su hermano Euclides; él personalmente ocupó la altura de Olimpo con los lacedemonios y los merce-
10 narios. Antígono llegó, se percató de la dificultad natural del lugar y de que Cleómenes se había adelantado a ocupar con parte de sus fuerzas, de manera muy
11 hábil, los lugares estratégicos. El dispositivo total de su acampada se asemejaba a la guardia de los buenos
12 luchadores. No faltaba nada de lo necesario para el ataque o la defensa, sino que la línea era sólida y su
13 campamento de acceso difícil. Antígono renunció a intentar el asalto y a arriesgarse a un combate inseguro.

66 Acampó a poca distancia, tomó como defensa el río llamado Górgilo[175], aguardó unos días e iba examinando las particularidades del terreno y las diferencias entre
2 las tropas. Al mismo tiempo fingía algunas operaciones para intentar averiguar las intenciones del enemi-
3 go. Pero no logró descubrir ningún punto débil ni desarmado; Cleómenes se oponía a todo muy hábil-
4 mente, y Antígono desistió de su táctica. Al final se pusieron de acuerdo y resolvieron dirimir la cuestión con una batalla. La Fortuna contrapuso a estos dos hombres, generales muy dotados y de características
5 similares. El rey Antígono opuso a los hombres de la

---

[173] Actualmente este río se llama Kelefina.

[174] Eran los habitantes de las hondonadas del valle del Eurotas; no eran ciudadanos espartanos, pero sí hombres libres que podían ejercer libremente cualquier profesión; su única obligación era la de acompañar, en calidad de infantería pesada, a los espartanos cuando salían de campaña.

[175] El actual río Kourmeki.

colina Evas sus escudados[176] macedonios y a los ilirios, dispuestos entre los primeros; las unidades iban alternándose. Nombró comandantes a Alejandro, hijo de Admeto, y a Demetrio de Faros. Detrás de ellos colocó 6
a los acarnanios y a los cretenses, en cuya retaguardia había dos mil aqueos, que había dispuesto como cuerpo de reserva. Opuso su caballería, junto al río Enunte, 7
a la de los enemigos, a las órdenes de Alejandro, y la apoyó con mil soldados aqueos de infantería, e igual número de megalopolitanos. Antígono, que tenía con- 8
sigo a los mercenarios y a los macedonios, determinó combatir junto al montecillo Olimpo[177], contra los hombres de Cleómenes. Colocó, pues, en vanguardia a los 9
mercenarios, y detrás a los macedonios distribuidos en falanges sucesivas, debido a la angostura del lugar. Los ilirios tenían la consigna de iniciar el ataque a la 10
colina cuando vieran que desde el paraje del Olimpo les alzaban un lienzo; durante la noche se habían arrimado al río Górgilo, al pie mismo de la altura. La 11
consigna dada a los de Megalópolis y a la caballería, igualmente, era atacar cuando en el campamento del rey se levantara un paño rojo[178].

Cuando llegó el momento de la batalla se dio la 67
consigna a los ilirios, y los oficiales a quienes competía exhortaron a cada uno a que cumpliera con su deber. Todos se desplegaron bruscamente e iniciaron el ataque a la colina. La infantería ligera de Cleóme- 2

[176] Traduzco así el término griego *chalkaspis*, soldados que combatían cubriéndose con grandes escudos de bronce. Pero, quizás, el término no deba ser entendido en su sentido estrictamente literal.

[177] La palabra olimpo parece ser un elemento de substrato pregriego que significa simplemente «montaña». En la Grecia antigua había muchos montes que llevaban este nombre.

[178] Sobre la batalla, véase el esquema de los dispositivos iniciales en WALBANK *Commentary*, pág. 276; el desarrollo de la misma viene estudiado en las páginas 272-279.

nes, que desde el principio se había alineado con su caballería, vio que, por su parte posterior, las unidades aqueas no tenían defensas. Las atacaron, pues, por detrás y pusieron en gran peligro a los aqueos que
3 asaltaban la colina: los hombres de Euclides les atacaban de frente en situación ventajosa, y los mercenarios les embestían por detrás y llegaban al cuerpo
4 a cuerpo con vigor. En aquella oportunidad Filopemén de Megalópolis vio lo que sucedía y adivinó lo que podía resultar. Primero intentó advertirlo a los coman-
5 dantes, pero como nadie le hiciera caso porque jamás había ejercido el mando y al mismo tiempo era muy joven, arengó a sus propios conciudadanos y se lanzó
6 audazmente contra el enemigo. Los mercenarios que atacaban por detrás a los que avanzaban, al oír el griterío y al percatarse de la refriega de la caballería abandonaron su propósito y corrieron a sus formacio-
7 nes iniciales, en apoyo de la caballería propia. Esto libró del peligro al contingente de ilirios y de macedonios, y a los que avanzaban con ellos, que así se lan-
8 zaron con coraje y moral contra el enemigo. Posteriormente se vio claro que el autor de la derrota de Euclides había sido Filopemén.

68 Cuentan que Antígono, después, preguntaba a Alejandro, el jefe de su caballería, por qué había iniciado
2 el combate antes de darse la señal. Alejandro negó haberlo hecho, y afirmó que había sido un jovencito de Megalópolis quien, contra su voluntad, se había lanzado al ataque. Antígono repuso que el tal muchacho había cumplido la obra de un buen general, pues había visto la oportunidad; en cambio él, Alejandro, el general, se había comportado como un chiquillo.

3 Y no fue esto sólo. Los hombres de Euclides vieron subir las unidades aqueas, pero descuidaron sus pro-
4 pias ventajas, proporcionadas por su situación, es decir, poder oponerse y atacar al enemigo ya desde

lejos, perturbar y deshacer sus formaciones y retirarse
para colocarse sin riesgo en lugares estratégicos. Con 5
ello se habrían anticipado a castigarle, habrían anulado
la superioridad de su armamento y de su formación
y le habrían derrotado fácilmente, porque ocupaban
un lugar muy estratégico. Y no hicieron nada de esto: 6
como si tuvieran la victoria al alcance de la mano,
hicieron lo contrario, se quedaron en la cima, en su 7
posición inicial, con el deseo de coger lo más arriba
posible al enemigo, el cual así debería huir por mucho
tiempo por un lugar escarpado y difícil. Y, lógica- 8
mente, ocurrió lo contrario: no se dejaron a sí mismos
lugar para una retirada, chocaron con las unidades
enemigas intactas y en formación cerrada, y esto les
puso en un aprieto tal que luchaban contra los ata-
cantes por la posesión de la misma cima de la colina.
A partir de aquel momento se vieron en situación di- 9
fícil por el peso del armamento enemigo y por su for-
mación, que los ilirios recuperaron inmediatamente.
Los hombres de Euclides se veían forzados a bajar,
pues no se habían dejado espacio para una retirada ni
para imprimir un giro a su formación. En un instante 10
los ilirios les hicieron dar la vuelta y emprender una
fuga fatal, ya que los lugares por donde se retiraban
eran muy abruptos y poco accesibles.

Paralelamente a esto se desarrollaba el choque de 69
las caballerías: todos los jinetes aqueos luchaban es-
pléndidamente, pero principalmente Filopemén, ya que
toda la lucha se había trabado por la libertad de
los suyos. En aquella ocasión ocurrió a este general 2
que su caballo cayó muerto, y él mismo, que se puso
a combatir a pie, fue herido gravemente en ambos
muslos. Los reyes apostados en el montecillo Olimpo 3
libraron primero el combate con su infantería ligera
y sus mercenarios, cinco mil en cada bando. A veces 4
combatían aisladamente y otras en bloque, y la pelea

fue excepcional por ambas partes, ya que luchaban a
5 la vista de los reyes y de ambos ejércitos. Rivalizaban
entre ellos en coraje de hombre a hombre y de for-
6 mación en formación. Cleómenes, cuando vio que los
hombres de su hermano huían y que su caballería
que combatía en la explanada estaba a punto de ceder,
se aterrorizó ante la idea de que el enemigo le rodeara
por todas partes. Arrancó, pues no había otra solución,
sus muros protectores y sacó frontalmente a todas
7 sus fuerzas por un flanco del campamento. Un toque
de corneta llamó a las infanterías ligeras de ambas
partes al espacio intermedio, las falanges lanzaron el
grito de guerra, pusieron en ristre sus lanzas y enta-
8 blaron el combate. La lucha se tornó terrible: a veces
los macedonios retrocedían paso a paso por la enorme
presión y el coraje de los laconios, pero otras éstos se
veían rechazados por el peso de la formación macedo-
9 nia. Al final los hombres de Antígono cerraron filas,
atacaron al modo peculiar de la falange, una tras otra,
embistiendo con energía, y echaron a los lacedemonios
10 de sus fortificaciones. La gran masa huyó en desorden,
en medio de una gran matanza, pero Cleómenes se re-
tiró sin peligro, con algunos jinetes que le acompaña-
11 ban, hacia Esparta. A la noche siguiente descendió
hasta Gitio[179], pues desde mucho tiempo había previsto
cualquier eventualidad, y se había dispuesto una nave-
gación. Zarpó, pues, con sus amigos, y se fue a Ale-
jandría.

---

[179] El principal puerto de Laconia, a unos 60 kilómetros al S. de Esparta.

Final de la guerra. Muerte de Antígono

Antígono se adueñó de Esparta, restituyó a los lacedemonios su constitución tradicional y, por lo demás, les trató de modo amistoso y magnánimo. A los pocos días él y sus fuerzas abandonaron la ciudad, ante el aviso de que los ilirios habían invadido la Macedonia y devastaban el país. La Fortuna acostumbra a decidir así, de una manera absurda, las mayores empresas. Porque Cleómenes con sólo diferir la pugna unos pocos días, o bien, si tras retirarse del campo de batalla a la ciudad, hubiera afrontado la situación un cierto tiempo, hubiera podido conservar su imperio. Antígono llegó a Tegea, restauró también el régimen tradicional, y dos días después se presentó en Argos, en la ocasión en que se celebraban los Juegos Nemeos. En ellos recibió de la Liga aquea y de cada ciudad en particular todo lo que fomenta una gloria y un honor inmortales. Después se dirigió a marchas forzadas a Macedonia. Cogió a los ilirios todavía en el país, trabó combate con ellos en formación cerrada y les venció. Pero se esforzó tanto en las voces y las exhortaciones que dio durante la batalla, que tuvo vómitos de sangre o algo parecido. Enfermó y poco después murió. Durante su vida había infundido bellas esperanzas a todos los griegos por su habilidad en las empresas bélicas, y aún más por sus principios de honradez y bondad. Legó el reino de Macedonia a Filipo, el hijo de Demetrio.

70 Antígono se adueñó de Esparta ... (margin refs: 2 "decidir", 3 "pocos", 4 "lle-", 5 "ellos", 6 "com-", 7 "Duran-", 8 "bondad.")

Conclusión

71 ¿Qué es lo que nos ha inducido a evocar con más extensión esta guerra? 2 Porque sus acciones enlazan con lo que expondremos seguidamente, y nos ha parecido útil, es más, necesario, de acuerdo con el programa inicial, hacer clara y cognoscible a todos la situación

3 de entonces en Grecia y Macedonia. Cuando Ptolomeo
murió de enfermedad le sucedió en el reino Ptolomeo
4 llamado Filopátor[180]. Murió también Seleuco[181], hijo de
Seleuco Calínico o Barbudo; Antíoco, que era su her-
5 mano, recibió de él el reino de Siria. A éstos les ocu-
rrió algo semejante a los primeros que habían recibido
estos imperios después de la muerte de Alejandro; me
6 refiero a Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco: todos ellos
murieron en torno a la Olimpíada ciento veinticuatro,
como dije más arriba; éstos segundos murieron hacia
la Olimpíada ciento treinta y nueve[182].
7 Hasta aquí hemos desarrollado el prólogo y la pre-
paración de la historia general. En esta parte ha que-
dado señalado cuándo, cómo y por qué causas los
romanos, tras dominar a Italia, empezaron por primera
vez a acometer acciones exteriores, y se atrevieron a
disputar por primera vez a los cartagineses el dominio
8 del mar. Hemos aclarado también la historia de Grecia
y Macedonia, e igualmente la de Cartago, así como la
9 situación política de todos ellos. Según el programa
inicial, hemos llegado a la época en que los griegos
iban a iniciar la Guerra Social, los romanos la Anibá-
lica y los reyes de Asia la de Celesiria. De modo que
10 resulta indicado concluir este libro, porque el final de
los hechos ocurridos es paralelo a la muerte de los
reyes que hasta entonces habían dirigido las acciones.

180 Se trata de Ptolomeo III Evergetes (246/221) y de Ptolomeo IV Filopátor (221-204?).

181 Se trata de Seleuco II Calínico (246/225). Su hijo Seleuco III aquí aludido directamente, sólo reinó dos años (225/223). Le sucedió Antíoco III el Grande (223-187). Los Seléucidas reinaban en Siria.

182 Comprende los años 224/220.

LIBRO III

Finalidad de la obra

En el primer libro de la obra 1
tomada en su conjunto, es decir, el tercero anterior a éste, dejamos claro que establecíamos como principio de nuestro tratado la Guerra Social, la Anibálica y la de Celesiria: en 2
el mismo libro expusimos, igualmente, las causas que nos hicieron componer los libros precedentes, remontándonos a tiempos anteriores a estos sucesos. Ahora 3
intentaremos exponer científicamente las guerras citadas, las causas por las que surgieron y alcanzaron tan gran extensión; pero antes hablaremos brevemente acerca de mi trabajo[1].

El tema sobre el que intentamos tratar es un único 4
hecho y un único espectáculo, es decir, cómo, cuándo y por qué todas las partes conocidas del mundo cono-

[1] Polibio considera que en este tercer libro empieza su verdadero trabajo personal. La guerra de los aliados ocupa la mayor parte del libro cuarto y buena parte del quinto. La anibálica es la segunda guerra púnica, como ya se ha notado repetidamente, que llena buena parte de este libro tercero. La guerra de Celesiria es la cuarta guerra entre Antíoco III el Grande y Ptolomeo Filopátor. En cuanto a la fecha de iniciación, hay discordancia: mientras Jules de Foucault, en su edición del tercer libro de Polibio, París, 1971 (citado desde ahora Foucault, *Polybe,* III), pág. 30, la pone en el 219, Bengston, *Geschichte,* pág. 368, la sitúa entre los años 221/217.

5 cido han caído bajo la dominación romana. Ésta tiene un principio conocido, una duración delimitada y un resultado notorio, de modo que creemos que va a ser útil recordar y recapitular brevemente las partes principales de este período, ordenadas de principio a fin.
6 Es de suponer que así, más que de otro modo, se proporcionará a los estudiosos una visión adecuada del
7 conjunto de nuestra empresa. En efecto, dado que el espíritu progresa mucho si desde el todo llega al conocimiento de los asuntos en detalle, y mucho también si desde éstos avanza en el conocimiento de la totalidad, creemos que el mejor método y visión es el que se hace desde ambas perspectivas. Por ello trazaremos un esquema preliminar de nuestra historia de acuerdo con lo apuntado.

8 Ya hemos señalado la forma y los límites de esta
9 *investigación*[2]. Por lo que se refiere a los hechos concretos ocurridos en ella, se empezará por las guerras ya citadas, y su final coronamiento lo constituirá la destrucción del reino de Macedonia; el tiempo abar-
10 cado son cincuenta y tres años[3], período que comprende acciones tan numerosas y de tanta envergadura que, en un lapso igual de tiempo, no se han dado jamás en épocas anteriores. Tomando como punto de partida la Olimpíada ciento cuarenta[4], en la exposición se seguirá el orden siguiente:

2 Tras exponer las causas por las que estalló la guerra ya citada entre cartagineses y romanos, llamada
2 Anibálica, se describirá la invasión de Italia por parte de los cartagineses, cómo arruinaron la dominación romana e infundieron a aquéllos un gran temor por

[2] Al principio mismo de la obra, I 1, 5-6.

[3] En los años 210/168.

[4] Comprende los años 220/216. Es de notar que los libros XXII y XXIII de Tito Livio reproducen casi literalmente este tercero de Polibio.

sus vidas y por los fundamentos de su patria, mientras que los mismos cartagineses llegaron a abrigar grandes e imprevistas esperanzas de tomar por asalto la misma ciudad de Roma.

A continuación intentaremos explicar cómo, en esta 3
época, Filipo de Macedonia[5] libró una guerra contra los etolios, tras la cual dispuso los asuntos de Grecia y se lanzó a compartir las esperanzas de los cartagineses. Antíoco y Ptolomeo Filopátor andaban a la 4
greña y, al final, estalló entre ellos una guerra por la posesión de Celesiria[6]. Los rodios y Prusias declararon 5
la guerra a los bizantinos y les forzaron a cesar en el cobro de peaje a los que navegaban hacia Ponto[7].

Aquí detendremos nuestra exposición y trataremos 6
de la constitución romana[8]; demostraremos luego que las características de esta constitución contribuyeron, al máximo, no sólo a que los romanos dominaran Italia y Sicilia, sino también a que extendieran su imperio a los iberos y a los galos[9], y además a que, tras derrotar militarmente a los cartagineses, llegaran a concebir el proyecto de dominar el universo.

Paralelamente a todo ello aclaremos, en una di- 7
gresión, el derrocamiento de la tiranía de Hierón en Siracusa[10]. Enlazaremos con estos temas los distur- 8
bios ocurridos en Egipto, la coalición, efectuada tras la muerte del rey Ptolomeo, de Antíoco y Filipo para repartirse el imperio legado al joven príncipe heredero,

---

[5] Filipo V de Macedonia.

[6] La Celesiria es una pequeña región situada entre las cordilleras del Líbano y del Antilíbano.

[7] Esto se narra en el libro IV 31-37.

[8] Ya se ha dicho más arriba, en una nota, que este estudio se verifica en el libro sexto. El lugar es, exactamente, VI 11-18.

[9] La narración polibiana de la campaña romana en la Galia no nos ha llegado.

[10] Cf. VII 2-8, y VIII 3-7 y 37. De los disturbios de Egipto no nos queda nada en los extractos restantes de Polibio.

y cómo empezaron las insidias y manejos de Filipo contra Egipto, Caria y Samos, y las de Antíoco contra Celesiria y Fenicia.

3 A continuación, tras una recapitulación[11] de las operaciones de romanos y cartagineses en España, en
2 África y en Sicilia, desplazaremos nuestra exposición a tierras de Grecia, con los grandes cambios que allí hubo. Narraremos las batallas navales de Átalo y de los rodios contra Filipo y la guerra de éste contra los romanos[12], cómo se desarrollaron, sus causas y su
3 desenlace. A esto añadiremos, sin interrupción, el recuerdo de la cólera de los etolios, con la que arrastraron a Antíoco y, desde el Asia, encendieron una guerra contra aqueos y romanos[13].

4 Después de aclarar sus causas y el paso de Antíoco a Europa, explicaremos, en primer lugar, cómo consiguió huir de Grecia; en segundo lugar, cómo, derrotado, abandonó los territorios que están a este lado de la
5 cordillera del Tauro. En tercer lugar, cómo los romanos, tras haber humillado la soberbia de los galos, se aprestaron a dominar, sin admitir rivales, los territorios asiáticos y liberaron a los habitantes de la parte hacia acá del Tauro, del terror de los bárbaros y de
6 la injusticia de los galos. Seguidamente, tras poner la vista en los desastres de etolios y cefalenios[14], entraremos en las guerras que Éumenes trabó contra Prusias y los galos[15]; igualmente, en la guerra que hubo

[11] Aquí hay cierta divergencia en el vertido del verbo griego original. Mientras Schweighäuser traduce «*in brevem summam contrahere*», es decir, «resumir», WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce «recapitular». Foucault elude el problema con una traducción muy libre.

[12] Es la segunda guerra de Macedonia, narrada por Polibio en su libro XVIII.

[13] Todo esto nos ha llegado sólo en parte. Cf. XXI 17.

[14] Cf. XXI 35-32 b.

[15] La guerra de Prusias de Bitinia contra Éumenes II de

entre Ariarato y Farnaces[16]. Luego haremos mención 7
de la pacificación y concordia que reinó en el Peloponeso, así como del auge de la república de Rodas[17], y ofreceremos un resumen de toda nuestra exposición y de las acciones que contiene. Finalmente, trataremos 8
la expedición de Antíoco Epifanes contra Egipto, la guerra persa y el derrumbamiento del imperio macedonio. Paralelamente a todo ello se irá viendo cómo 9
manejaron los romanos cada asunto y cómo lograron someter todo el mundo a su imperio.

Reflexiones sobre estos sucesos

Si por sí solos los éxitos o los 4
fracasos permitieran emitir un juicio suficiente sobre los hombres o los gobiernos, despreciables o laudables, según el programa inicial nosotros deberíamos pararnos aquí y concluir simultáneamente nuestra exposición e historia con las acciones citadas en último lugar. En efec- 2
to: el lapso de los cincuenta y tres años termina en ellas, y el progreso y el avance del imperio romano ya había culminado. Además, daba la impresión de que 3
era notoria e ineludible para todos la sumisión a los romanos y la obediencia a sus órdenes. Pero los jui- 4
cios sobre vencedores y vencidos extraídos simplemente de los propios combates son insuficientes. Lo que mu- 5
chos han creído un triunfo insuperable, si no se explotó con acierto ha comportado grandes desastres, mientras que a no pocos que han soportado con entereza las desgracias más escalofriantes, éstas han acabado por convertírseles en ventajas. A las acciones 6
mencionadas habría de añadirse un juicio sobre la

Pérgamo estaba en el libro XXII, pero su narración polibiana se ha perdido.

[16] Cf. XXIII 9, 1-3; XXIV 1, 1-3; 5; 14-15; XXV 2.

[17] Cf. XXI 24, 7; 46, 8.

conducta posterior de los vencedores, sobre cómo go-
bernaron el mundo, la aceptación y opinión que de
su liderazgo tenían los demás pueblos; se deben in-
vestigar, además, las tendencias y ambiciones predo-
minantes en cada uno, que se impusieron en las vidas
privadas y en la administración pública.
7 Es indiscutible que por este estudio nuestros con-
temporáneos verán si se debe rehuir la dominación
romana o, por el contrario, si se debe buscar, y nues-
tros descendientes comprenderán si el poder romano
es digno de elogio y de emulación, o si merece repro-
8 ches. La máxima utilidad de nuestra historia, en el
9 presente y en el futuro, radica en este aspecto[18]. No
hay que suponer que, ni en sus dirigentes ni en sus
expositores, la finalidad de las empresas sea vencer y
10 someter a todos. Nadie que esté en su sano juicio
guerrea contra los vecinos por el sólo hecho de luchar,
ni navega por el mar sólo por el gusto de cruzarlo,
ni aprende artes o técnicas sólo por el conocimiento
11 en sí[19]. Todos obran siempre por el placer que sigue
a las obras, o la belleza, o la conveniencia.
12 Por eso la culminación de esta historia será cono-
cer cuál fue la situación de cada pueblo después de
verse sometido, de haber caído bajo el dominio ro-
mano, hasta las turbulencias y revoluciones que, des-
13 pués de estos hechos, se han reproducido. En vistas a
la importancia de las acciones que entonces se desarro-
llaron y al carácter extraordinario de los aconteci-
mientos, pero también —y esto es lo más importante—
en razón del hecho de que yo he sido no solamente
espectador, sino unas veces colaborador y otras diri-
gente, he emprendido la redacción, por así decir, de

[18] Polibio insiste en conceptos ya expuestos, cf. I 1-3.
[19] Aquí hay ciertos ecos de doctrina estoica.

una historia nueva, tomando un punto de partida nuevo
también.

Los trastornos a que me refería son los siguientes: 5
los romanos hicieron la guerra a los celtíberos y a los
vacceos[20], mientras que los cartagineses guerrearon
contra Masinisa, rey de Libia[21]. En Asia, Átalo y Pru- 2
sias se combatían mutuamente y el rey de Capadocia,
Ariarates, expulsado de su trono por Orofernes con la
ayuda del rey Demetrio[22], recuperó el reino que le
legara su padre apoyado por Átalo[23]. Por otro lado, 3
Demetrio, hijo de Seleuco, tras reinar en Siria durante
doce años, perdió a la vez la vida y el imperio, al
coaligarse contra él los demás reyes. Y también los 4
romanos levantaron la acusación de que habían sido
objeto los griegos inculpados en la guerra de Perseo
y les reintegraron a sus países[24]. Y los mismos romanos 5
atacaron, poco tiempo después, a los cartagineses, con
el propósito, primero, de forzarles a expatriarse, y des-
pués de aniquilarles totalmente, por las causas que se
expondrán a continuación. Paralelamente a estos he- 6
chos, al romper los macedonios la amistad con los
romanos y abandonar los lacedemonios la Liga aquea,
se inició el proceso que conduciría a la ruina total de
Grecia.

De modo que éste es nuestro plan. Pero aún depen- 7
de de la Fortuna que mi vida dure lo suficiente para

---

20 Es la segunda campaña romana en España contra nativos del país. Quedan fragmentos de su narración en Polibio, XXXV 1-5.

21 Polibio narró esta guerra en el libro XXXI, pero nos queda sólo una leve referencia a ella en XXXI 21.

22 Es Demetrio I Soter, que reinó en Siria (162-150).

23 Átalo II de Pérgamo (160-139).

24 La referencia es a los supervivientes de la batalla de Pidna, en la que los romanos, en el año 168, derrotaron a Perseo, el último rey de Macedonia, e iniciaron prácticamente su dominio universal. Cf., con todo, la nota 20 del libro I.

8 llevar nuestro propósito hasta el final. Sin embargo, estoy convencido de que si nos ocurre lo que es propio de los hombres, el proyecto no quedará en el aire ni le faltarán hombres cabales; su belleza atraerá a muchos que lo tomarán bajo su responsabilidad y se esforzarán por llevarlo a cabo.

9 Después que hemos pasado revista, resumidamente, a las acciones más sobresalientes, con la intención de conducir a los lectores al conocimiento del conjunto y las partes de nuestra *Historia general,* ya es hora, pues, de recordar nuestro propósito y de que abordemos el principio de nuestra materia.

6

Guerra de Aníbal. Precisiones terminológicas

Algunos tratadistas de la historia de Aníbal, al querer señalarnos las causas de la guerra en cuestión entre romanos y cartagineses, aducen primero el asedio
2 de Sagunto por parte de los cartagineses y, en segundo lugar, su paso, en contra de los tratados, del río que
3 los naturales del país llaman Ebro[25]. Yo podría afirmar que éstos fueron los comienzos de la guerra, pero negaría rotundamente que fueron sus causas[26] —¡nada
4 de esto!—, a no ser que alguien diga que el paso de Alejandro a Asia fue la causa de su guerra contra los persas y que el desembarco de Antíoco en Demetrias fue la causa de su guerra contra los romanos; ninguna de estas afirmaciones responde a la verdad y a la ló-
5 gica. ¿Quién creería, en efecto, que radica aquí la verdadera causa de los muchos preparativos que pre-

---

25 Aquí la confusión de Polibio es segura: no se trata del río Ebro, sino del Júcar.

26 Un buen comentario a estas precisiones terminológicas lo ofrece Walbank, *Commentary,* ad loc., y Díaz Tejera, *Polibio,* páginas LXXIV-LXXXIV. La impresión general que se extrae es la de que el pensamiento de Polibio no es tan profundo como el de Tucídides.

viamente realizó Alejandro y de los no pocos que Filipo, vivo aún, dispuso para la guerra contra los persas? Lo mismo cabe decir de los etolios, antes de que se les presentara Antíoco, por lo que hace a su guerra contra los romanos. Éstas son cosas propias de hom- 6
bres que no han descubierto en qué se diferencia y cuánto se contrapone el inicio de la causa y el pretexto. Porque la causa y el pretexto son lo primero de todo, y el inicio, en cambio, la última parte de las mencionadas.

Yo sostengo que los inicios de todo son los prime- 7
ros intentos y la ejecución de obras ya decididas; causas son, en cambio, lo que antecede y conduce hacia los juicios y las opiniones; me refiero a nuestras concepciones y disposiciones y a los cálculos relacionados con ellas: gracias a ellas llegamos a juzgar y decidir. Mi aseveración se comprenderá mejor con 8
ejemplos. Cuáles fueron realmente las causas y de 9
dónde surgió la guerra contra los persas, puede verlo cualquiera.

La primera fue la retirada de los griegos bajo el 10
mando de Jenofonte desde las satrapías del interior[27], retirada en la que recorrieron toda el Asia[28], que les era hostil, y, sin embargo, ningún bárbaro osó hacerles frente. La segunda fue el paso de Agesilao, rey de La- 11
cedemonia, en el cual no encontró ningún adversario importante ni de su altura, y, sin realizar sus proyectos, se vio obligado a regresar por los disturbios que

27 No se refiere a las guerras médicas, sino a la campaña de Ciro contra Artajerjes, en la que interviene un cuerpo griego expedicionario de diez mil hombres. Es la obra clásica de Jenofonte, la *Anábasis*, la que narra este hecho. Esta campaña tuvo lugar en el año 401.

28 Se refiere a la expedición, del año 396, del rey espartano Agesilao al Asia con ocho mil espartanos, en la que no logró nada resonante.

12 estallaron en Grecia. De resultas de esto, Filipo com-
prendió y dedujo la cobardía y malicia de los persas
frente a su propia buena disposición, y la de los ma-
cedonios para las acciones bélicas. Puso, además ante
sus ojos, la magnitud y la belleza de los trofeos que
13 se seguirían de la guerra. Así que se hubo captado la
adhesión unánime de los griegos, usando al punto el
pretexto de que corría prisa vengarse de los ultrajes
que les habían inferido los persas, tomó impulso y se
dispuso a la guerra; disponía todos los preparativos
correspondientes.

14 De modo que hay que creer que las causas de la
guerra contra los persas son las aducidas en primer
lugar; el pretexto, lo que se dijo en segundo lugar, y
el inicio, el paso de Alejandro al Asia.

7 Se debe considerar sin la menor duda que la causa
de la guerra que estalló entre Antíoco y los romanos
2 fue la cólera de los etolios. Éstos, a la vista del desen-
lace de la guerra contra Filipo, se creían víctimas de
diversos y grandes perjuicios por parte de los romanos,
como expliqué más arriba, y no se limitaron a atraerse
a Antíoco, sino que pasaron por cualquier acción y
humillación, enfurecidos por las circunstancias aludi-
3 das. Debe considerarse un pretexto la liberación de los
griegos, que los etolios, recorriendo con Antíoco las ciu-
dades, invocaron de manera falaz y absurda; pero el
inicio de la guerra fue el desembarco de Antíoco en
Demetrias.

4 He insistido en la diferenciación de estos concep-
tos no para reprender a los escritores, sino para adoc-
5 trinar a los estudiosos. ¿Pues para qué serviría a los
enfermos un médico que ignorara las causas de las
indisposiciones corporales? ¿Cómo puede ser útil un
hombre de estado incapaz de calcular el cómo, el por-
qué y el de dónde ha tomado su punto de partida
6 cada uno de los sucesos? Porque ni aquel médico po-

drá ejercer como es debido el cuidado de los cuerpos ni el hombre de estado será capaz de manipular acertadamente las cuestiones sin el conocimiento de lo antedicho. De modo que nada hay que observar y buscar 7
más que la causa de los acontecimientos, dado que muchas veces los más trascendentales surgen del azar y, en todo caso, siempre es más fácil remediar las primeras opiniones y veleidades.

Causas de la guerra anibálica según el historiador Fabio

Fabio[29], el historiador romano, 8
afirma que la causa de la guerra contra Aníbal fue, además de la injusticia cometida contra los saguntinos, la avaricia y la ambición de poder de Asdrúbal, ya que éste, tras adquirir 2
un gran dominio en los territorios de España, se presentó en el África, donde intentó derogar las leyes vigentes y convertir en monarquía la constitución de los cartagineses. Los prohombres de la ciudad, al aperci- 3
birse de su intento contra la constitución, se pusieron de acuerdo y se enemistaron con él. Cuando Asdrúbal 4
lo comprendió, se marchó del África y desde entonces manejó a su antojo los asuntos españoles, prescindiendo del senado cartaginés. Aníbal, que desde niño 5
había sido compañero de Asdrúbal y emulador de su manera de gobernar, luego que hubo recibido la dirección de los asuntos de España, dirigió las empresas del mismo modo que él. Esto hizo que ahora la guerra 6
contra los romanos estallara contra la voluntad de los cartagineses, por decisión de Aníbal. Porque ningún no- 7
table cartaginés había estado de acuerdo con el modo

[29] Fabius Pictor, historiador romano que escribió en griego una historia de Roma desde sus orígenes hasta su propia época. A pesar de que Polibio muestra cierta animadversión hacia él, sin embargo lo utiliza como fuente para las secciones de su historia en las que no dispone de otras. Cf. la nota 16 del primer libro.

8 con que Aníbal trató a la ciudad de Sagunto. Fabio afirma esto, y luego asegura que tras la caída de la plaza mencionada los romanos acudieron y exigieron de los cartagineses que les entregasen a Aníbal o arros-
9 traran la guerra. Ante su afirmación de que ya desde el principio los cartagineses estaban disgustados por la conducta de Aníbal, se podría preguntar a este autor si dispusieron de ocasión más propicia que ésta, o de manera más justa y oportuna para avenirse a las pretensiones romanas y entregarles al causante de tales
10 injusticias. Así se libraban discretamente, por medio de terceros, del enemigo común de la ciudad, lograban la seguridad del país, apartaban la guerra que se les venía encima y satisfacían con sólo un decreto a los romanos. A todo esto, ¿qué podría decir Fabio? Nada, evidentemente.

La verdad es que los cartagineses tanto distaron de hacer cualquier cosa de las indicadas, que, según las iniciativas de Aníbal, guerrearon continuamente durante dieciséis años y no cesaron hasta que, tras poner a prueba todas sus esperanzas, al final vieron en peligro su país y sus vidas.

9 ¿Por qué he mencionado a Fabio y lo que escribió?
2 No por temor de que alguien dé crédito a sus afirma-
3 ciones; pues aún prescindiendo de mi comentario, los lectores pueden comprobar su propia incoherencia. Lo que pretendo es advertir a los que toman sus libros
4 que examinen no el título, sino el contenido. Hay quien no se fija en lo que se dice, sino en la persona que lo dice, y al saber que el autor fue contemporáneo de los hechos y que perteneció al senado romano, por todo ello juzgan, sin más, que es creíble lo que afirma.
5 Digo que no se debe desdeñar la autoridad de un escritor, pero tampoco debe juzgársela como suficiente en sí misma. Es más, los lectores deben formular su juicio por los hechos en sí.

Causas de la guerra

En cuanto a la guerra entre ro- 6
manos y cartagineses (pues de
ella partió la digresión) hay que
considerar que la primera causa
fue el resentimiento de Amílcar,
el llamado Barca, que era padre natural de Aníbal.
Amílcar, en efecto, en la guerra de Sicilia, no fue derro- 7
tado en su espíritu, ya que comprobaba que había con-
servado intactas sus tropas en Érice, y con el mismo
empeño que él tenía. A causa de la derrota naval de
los cartagineses, se había visto forzado a ceder a las
circunstancias y a firmar los pactos. Pero la cólera le
duraba, y aguardaba siempre una ocasión. Si no se hu- 8
biera producido la revuelta de los mercenarios contra
los cartagineses, en lo que dependía de Amílcar, al
punto habría comenzado otra campaña y los prepara-
tivos para ella. Pero los disturbios internos le ocupa- 9
ron, y se dedicó a estas acciones.

Pero cuando los cartagineses hubieron solventado 10
los disturbios aludidos, los romanos les declararon la
guerra, y ellos, primero, estaban decididos a todo, en
la suposición de que la justicia de su causa les haría
triunfar. Esto ha sido ya expuesto en los libros ante-
riores, sin los cuales no es posible entender debida- 2
mente ni lo que contamos ahora ni lo que diremos
después. Pero al no ceder los romanos, los cartagineses, 3
cediendo a las circunstancias, y apesadumbrados, nada
pudieron hacer: evacuaron Cerdeña y convirtieron en
deber añadir otros mil doscientos talentos a los tribu-
tos ya impuestos. Lo hicieron para no verse constre- 4
ñidos a una guerra en aquellas circunstancias. Debe
establecerse ésta como la segunda causa, aún más
grave, de la guerra que estalló después.

Amílcar sumó a su ira la cólera de sus conciudada- 5
nos, y tan pronto como reforzó la seguridad de su
patria, después de la derrota de los mercenarios suble-

vados, puso luego todo su interés en los asuntos de España, pues quería aprovechar estos recursos para la
6 guerra contra los romanos. Y hay que tener en cuenta todavía una tercera causa, me refiero al éxito de los cartagineses en los asuntos de España. Porque, por confiar en estas fuerzas entraron llenos de coraje en
7 la guerra citada. Es innegable que Amílcar, aunque murió diez años antes del comienzo de esta segunda guerra, contribuyó decisivamente a su estallido. Ello se puede probar de muchas maneras, pero para merecer crédito bastará con considerar lo que se expone a continuación.

Juramento de Aníbal

11 En la época en que Aníbal, derrotado por los romanos, acabó por exiliarse de su patria[30] y vivía en la corte de Antíoco, los romanos, que intuían ya las intenciones de los etolios, enviaron embajadores a Antíoco para no quedar en la ignorancia acerca de las inten-
2 ciones del rey. Los embajadores, al ver que Antíoco se inclinaba a favor de los etolios y que pensaba declarar la guerra a los romanos, trataron con suma deferencia a Aníbal, con la intención de infundir sospechas
3 a Antíoco, lo que terminó por suceder. A medida que pasaba el tiempo y el rey recelaba cada vez más de Aníbal, surgió la oportunidad de explicarse acerca de
4 la desconfianza surgida entre ellos dos. En el diálogo Aníbal se defendió múltiplemente, y, al final, cuando
5 ya agotaba los argumentos, explicó lo que sigue: cuando su padre iba a pasar a España con sus tropas, Aníbal contaba nueve años y estaba junto a un altar en el
6 que Amílcar ofrecía un sacrificio a Zeus. Una vez que

30 Fue en el año 195, que marca la desaparición definitiva de Aníbal como figura de primera categoría en la historia, aunque aún toma parte en acciones militares de poca categoría en calidad de aliado de Antígono.

obtuvo agüeros favorables, libó en honor de los dioses y cumplió los ritos prescritos, ordenó a los demás que asistían al sacrificio que se apartaran un poco, llamó junto a sí a Aníbal y le preguntó amablemente si quería
acompañarle en la expedición. Aníbal asintió entusias- 7
mado y aun se lo pidió como hacen los niños. Amílcar entonces le cogió por la mano derecha, le llevó hasta el altar y le hizo jurar, tocando las ofrendas, que jamás
sería amigo de los romanos. Aníbal pidió entonces a 8
Antíoco que, pues le había confiado su secreto, siempre que tramara algo nocivo a los romanos confiara en él,
seguro de que tendría un colaborador leal. Pero en el 9
momento en que llegara a una tregua o amistad con los romanos, en tal caso, podía desconfiar de él sin necesidad de acusaciones, y precaverse; porque siempre intentaría todo lo posible contra los romanos.

Cuando Antíoco lo hubo oído se convenció de que 12
le había hablado con sinceridad y con verdad, y así
dejó sus sospechas anteriores. De modo que debemos 2
tener este testimonio por prueba irrefutable del odio de Amílcar, y de sus intenciones, que luego evidencia-
ron los mismos hechos: tan enemigos hizo de los roma- 3
nos a Asdrúbal, que era el marido de su hija, y a su propio hijo Aníbal, que este odio resultó insuperable.
Pero Asdrúbal murió prematuramente, y no pudo hacer 4
notorias a todos sus inclinaciones; Aníbal, en cambio, tuvo la ocasión de demostrar, a carta cabal, el odio que contra los romanos había heredado de su padre.

Por eso, los rectores de la cosa pública deben pre- 5
ocuparse más que nada de que no les pasen desapercibidos los propósitos de quienes hacen desaparecer las enemistades o trabar amistades. Esto a veces se hace cediendo a las circunstancias; otras veces los
pactos se hacen por convicción del espíritu. Así se guar- 6
darán de los primeros, porque estos tales espían las circunstancias, y, en cambio, darán crédito a los se-

gundos, que son, qué duda cabe, o súbditos leales o amigos fieles; no vacilarán en ordenarles cualquier cosa que se presente.

7 Como causas de la guerra emprendida por Aníbal hay que tener las dichas; como inicio, lo que se expone a continuación.

Inicio de la guerra

13 Los cartagineses soportaban a duras penas su descalabro en Sicilia; pero aumentaron su cólera, como dije antes, lo ocurrido en Cerdeña y la gran cantidad de
2 dinero que, al final, les fue impuesta. Por ello, así que hubieron sometido la mayor parte de los territorios de España, estuvieron dispuestos a todo lo que se pre-
3 sentara contra los romanos. Cuando les llegó la noticia de la muerte de Asdrúbal, a quien, tras la muerte de Amílcar, habían confiado los asuntos españoles, pri-
4 mero tantearon las preferencias de las tropas. Cuando desde los campamentos se les hizo saber que los soldados habían elegido unánimemente a Aníbal como general, reunieron al instante la asamblea popular y ratificaron por unanimidad la decisión de sus tropas.
5 Aníbal se hizo cargo del mando, y al instante hizo una salida para someter a la tribu de los ólcades [31]. Llegó a Altea, su ciudad más fuerte, y acampó junto a ella.
6 Luego la atacó de manera enérgica y formidable y la tomó en poco tiempo; ello hizo que las demás ciudades,
7 espantadas, se entregaran a los cartagineses. En ellas Aníbal recaudó dinero; tras hacerse con una fuerte suma se presentó en Cartagena para pasar allí el invierno.

8 Trató con liberalidad a sus súbditos, anticipó parte de sus soldadas a sus compañeros de armas y les pro-

31 Tribu prerromana que vivía en lo que actualmente es la Mancha. Su supuesta capital, Altea, es ilocalizable.

metió aumentarlas, con lo que infundió grandes esperanzas en sus tropas, y al propio tiempo se hizo muy popular.

Al verano siguiente salió de nuevo, esta vez contra 14
los vacceos[32], lanzó un ataque súbito contra Salamanca y la conquistó; tras pasar muchas fatigas en el asedio de Arbucala[33], debido a sus dimensiones, al número de sus habitantes y también a su bravura, la tomó por la fuerza.

Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente 2
a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos[34], que quizás sea el pueblo más poderoso
de los de aquellos lugares; les acompañaban sus veci- 3
nos, que se les unieron excitados principalmente por los ólcades que habían logrado huir; les atacaban también, enardecidos, los salmantinos que se habían salva-
do. Si los cartagineses se hubieran visto en la preci- 4
sión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda
alguna se habrían visto derrotados. Pero Aníbal, que se 5
iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como defensa el río llamado Tajo, y trabó el combate en el momento en que el enemigo lo vadeaba[35], utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponía de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera
imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros 6
intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua,

---

32 Tribu prerromana situada en el curso medio del Duero. Estamos en la primavera del año 220.

33 La villa de Toro, en la provincia de Zamora.

34 Vivían en tierras de la actual Castilla la Nueva, aguas arriba del Tajo. Una de sus principales poblaciones era la actual Toledo.

35 Esta llamada batalla del Tajo se libró seguramente no lejos de la capital toledana; en todo caso, entre Toledo y Aranjuez.

ante los elefantes que recorrían la orilla y siempre se
7 anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos
también sucumbieron dentro del río mismo a manos
de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más ele-
8 vada. Al final cruzó el río el mismo Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de
9 cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá
del Ebro[36] se atrevió fácilmente a afrontarle, a excep-
10 ción de Sagunto. Pero Aníbal, de momento, no atacaba
en absoluto a la ciudad, porque no quería ofrecer ningún pretexto claro de guerra a los romanos hasta haberse asegurado el resto del país; en ello seguía sugerencias y consejos de su padre, Amílcar.

15 Los saguntinos despachaban mensajeros a Roma
continuamente[37], porque preveían el futuro y temían por ellos mismos; querían, al propio tiempo, que los romanos no ignorasen los éxitos cartagineses en Es-
2 paña. Hasta entonces los romanos no les habían hecho
el menor caso, pero en aquella ocasión enviaron una
3 misión que investigara lo ocurrido. Era el tiempo en
que Aníbal ya había sometido a los que quería y se había establecido con sus tropas de nuevo en Carta-

---

[36] La expresión griega es vaga, y todo depende de la perspectiva desde la que mire el lector. Si Polibio lo considera, situado él en la situación primera de los cartagineses, el sentido es «al S. del Ebro»; si lo considera desde el centro de gravedad político cartaginés en la Península, Cartago Nova (Cartagena), entonces significaría «al N. del Ebro», que es lo que indudablemente significa, en realidad, la expresión en el lugar 76, 6 de este libro III. Excepto en una estrecha faja litoral del SE. de la península, los cartagineses no ejercieron jamás en España un dominio territorial estricto, aunque depredaran frecuentemente sus riquezas y sus cultivos, o apresaran a sus hombres con fines militares. Cf. la nota 37 del libro I.

[37] Estamos en el año 220.

gena, para pasar el invierno. Esta ciudad era algo así
como el ornato y la capital de los cartagineses en las
regiones de España. Allí se encontró con la embajada 4
romana, la recibió en audiencia y escuchó lo que decían
acerca de la situación. Los romanos, poniendo por tes- 5
tigos a los dioses, le exigieron que se mantuviera
alejado de los saguntinos (pues estaban bajo su pro-
tección) y no cruzara el río Ebro, según el pacto esta-
blecido con Asdrúbal. Aníbal, como joven que era, em- 6
bargado de ardor guerrero, que había tenido éxito en
sus empresas, y dispuesto desde hacía tiempo a la ene-
mistad con los romanos, les acusaba ante sus emba- 7
jadores, como si fuera él el encargado de velar por los
saguntinos, de que, aprovechando una revuelta que
había estallado en la ciudad hacía muy poco, habían
efectuado un arbitraje para dirimir aquella turbulencia
y habían mandado ejecutar injustamente a algunos
prohombres. Dijo que no vería con indiferencia a los
que habían sido traicionados. Pues era algo innato en
los cartagineses no pasar por alto ninguna injusticia.
Pero al mismo tiempo Aníbal envió correos a Cartago 8
para saber qué debía hacer, puesto que los saguntinos,
fiados en su alianza con los romanos, dañaban a algu-
nos pueblos de los sometidos a los cartagineses. Aní- 9
bal, en resumen, estaba poseído de irreflexión y de
coraje violento. Por eso no se servía de las causas
verdaderas y se escapaba hacia pretextos absurdos.
Es lo que suelen hacer quienes por estar aferrados a
sus pasiones desprecian el deber. ¡Cuánto más le hu- 10
biera valido creer que los romanos debían devolverles
Cerdeña y restituirles el importe de los tributos que,
aprovechándose de las circunstancias, les habían im-
puesto y cobrado anteriormente, y afirmar que si no
accedían, ello significaría la guerra! Pero ahora, al si- 11
lenciar la causa verdadera y fingir una inexistente
sobre los saguntinos, dio la impresión de empezar la

guerra no sólo de un modo irracional, sino aun injusto.
12 Los embajadores romanos, al comprobar que la guerra era inevitable, zarparon hacia Cartago, pues que-
13 rían renovar allí sus advertencias. Evidentemente, estaban seguros de que la guerra no se desarrollaría en Italia, sino en España, y de que utilizarían como base para esta guerra la ciudad de Sagunto.

La Iliria

16 Por esto, el Senado romano, al estar de acuerdo con esta hipótesis, juzgó que debía asegurar su situación en la Iliria, porque se preveía que la guerra sería
2 larga y muy lejos del país. Por aquel entonces[38] Demetrio de Faros olvidó los favores que debía a los romanos, y les desdeñó por el miedo que éstos sintieron primero de los galos y después de los cartagineses.
3 Poniendo todas sus esperanzas en la casa real de Macedonia, porque había guerreado junto con Antígono y había participado en sus luchas contra Cleómenes, comienza a devastar y destruir las ciudades ilirias sometidas a la obediencia romana. Había navegado con cincuenta esquifes rebasando el cabo Lisos —infringiendo con ello los pactos— y había talado muchas
4 islas de las Cícladas. Los romanos, al ver todo esto y percatarse de la prosperidad de la casa real de Macedonia, se apresuraron a asegurarse la región oriental de Italia; estaban convencidos de que tendrían tiempo de corregir la necedad de los ilirios y de castigar y
5 reprimir la ingratitud y temeridad de Demetrio. Pero erraron en sus cálculos, pues Aníbal les aventajó con
6 la toma de Sagunto. Ello hizo que la guerra se desarrollara no en España, sino en las inmediaciones de Roma
7 y por toda Italia. No obstante, según sus cálculos, los romanos poco antes del verano enviaron a Lucio Emi-

[38] Estamos en el año 220 también.

lio con tropas a la Iliria, a afrontar los asuntos de allí.
Era el año primero de la Olimpíada ciento cuarenta[39].

Aníbal toma Sagunto

Aníbal levantó el campo y avan- 17
zó con sus tropas desde Carta-
gena, marchando hacia Sagunto.
Esta ciudad está no lejos del 2
mar, y al pie mismo de una re-
gión montañosa que une los límites de la Iberia y de
la Celtiberia[40]; dista de la costa unos siete estadios.
Sus habitantes se alimentan del país, que es muy 3
feraz, y sobrepasa en fertilidad a todos los de Espa-
ña. Aníbal, pues, acampó allí, y estableció un asedio 4
muy activo, ya que preveía muchas ventajas para el
futuro si conseguía tomar la ciudad por la fuerza.
Creía, en primer lugar, que quitaría a los romanos la 5
esperanza de trabar la guerra en España, y después
que, si intimidaba a todos, volvería más dóciles a los
ya sometidos a los cartagineses, y más cautos a los
iberos que conservaban todavía la independencia. Pero 6
lo principal era que al no dejar atrás a ningún ene-
migo, podría continuar su marcha[41] sin ningún peligro.
Además, suponía que iba a disfrutar de recursos en 7
abundancia para sus empresas, que infundiría coraje
a sus soldados con la ganancia que cada uno lograría,
y que con el botín que enviaría procuraría la prospe-
ridad de los cartagineses residentes en la metrópoli.
Haciendo tales cálculos, proseguía el asedio con fir- 8

---

39 220/219.

40 La referencia es dudosa. Quizá se aluda a la serranía de Cuenca, pero aun las estribaciones más occidentales de ella distan bastante de Sagunto. Quizás se aluda a los montes del Maestrazgo. Ni tan siquiera Walbank, tan minucioso en sus disquisiciones geográficas, se atreve a dar un nombre para este monte (o cadena montañosa).

41 En marcha hacia Roma. Ocupará buena parte del contenido de este libro.

meza: a veces daba ejemplo a sus tropas y participaba de la fatiga de las operaciones, otras las arengaba y
9 arrostraba audazmente los peligros. Tras sostener penalidades y preocupaciones de todas clases, tomó la
10 ciudad al asalto tras ocho meses. Se apoderó de muchas riquezas, de prisioneros y de bagaje. El dinero, según su propósito inicial, lo reservó para sus propios proyectos; los prisioneros, los distribuyó entre sus soldados, según el merecimiento de cada uno, y remitió el bagaje íntegro a Cartago sin pérdida de tiempo.

11 Al obrar así, ni erró en sus cálculos ni falló en su propósito inicial: aumentó en los soldados el ardor combativo y predispuso a los cartagineses para lo que les anunciaba. Y con tales pertrechos y provisiones él mismo logró muchas cosas útiles después.

Prosigue la guerra en Iliria

18 En aquella época Demetrio, que había intuido los planes de los romanos, envió a toda prisa a Dímale[42] una guarnición considerable, con el avituallamiento correspondiente. En las demás ciudades hizo ejecutar a sus adversarios políticos y entregó el gobierno a sus
2 partidarios. Luego escogió, de entre sus hombres, a los
3 seis mil más valerosos y los apostó en Faros[43]. El general romano, cuando llegó a la Iliria con sus fuerzas y vio al enemigo, confiado en sus pertrechos y en la fortaleza de Dímale, que suponían inexpugnable, decidió iniciar el ataque por ella, con la intención de
4 espantar a sus contrarios. Arengó a los jefes de sus unidades, dispuso las obras en muchos puntos e inició
5 el asedio. Tomó la ciudad en siete días y desmoralizó
6 rápidamente a todos sus adversarios. Por este motivo

[42] Lugar de ubicación desconocida, pero con seguridad no lejos de la actual Durazzo.

[43] Cf. 16, 23 de este mismo libro.

se le presentaron al punto las gentes de todas las ciudades, para pasársele y confiarse a la lealtad romana.
El cónsul las admitió a todas en condiciones adecuadas a cada caso y luego navegó hacia Faros, contra el mismo Demetrio. 7

Asedio de Faros

Enterado, sin embargo, de que la ciudad era un fortín y de que en ella se habían concentrado gran cantidad de tropas escogidas, y de que, además, estaba aprovisionada copiosamente y dotada de los pertrechos necesarios, temió que el asedio resultara difícil y prolongado. Tanteó todas sus posibilidades, y al final usó, en esta ocasión, de la estratagema siguiente: navegó de noche hacia la isla con todo su ejército e hizo desembarcar a la mayor parte de sus fuerzas en unos lugares boscosos y abruptos. Al sobrevenir el día navegó ostensiblemente con veinte naves hasta muy cerca del puerto de la ciudad. Los hombres de Demetrio, al ver las naves, despreciaron su número, y se precipitaron de la ciudad hacia el puerto, para impedir el desembarco enemigo.
8
9
10
11
12

Así que se trabó el combate la pelea se iba haciendo más encarnizada, y cada vez iban saliendo más hombres de la ciudad para prestar apoyo; acabaron por salir todos hacia el lugar de la refriega. Los romanos desembarcados durante la noche se unieron en este momento a sus camaradas; habían marchado por lugares encubiertos. Ocuparon un montecillo escarpado que hay entre la ciudad y el puerto y cerraron el paso a los que salían de la ciudad para prestar auxilio. Los hombres de Demetrio, al ver lo sucedido, cesaron de acosar a los desembarcados, y agrupándose y exhortándose atacaron, con la intención de entablar una batalla campal contra los ocupantes del montecillo. Los romanos, como vieron que el ataque de los ilirios era enérgico y
19
2
3
4
5

ordenado, cayeron sobre sus formaciones provocando el
6 espanto. Simultáneamente a lo que se acaba de relatar, los que habían desembarcado de las naves, al ver lo que pasaba, atacaron la retaguardia enemiga. Los romanos, pues, lanzándose por todos lados, promovieron una confusión y tumulto no pequeño entre los ilirios.
7 Desde ese momento, al ser acosados unos de frente y otros por la espalda, finalmente Demetrio y sus fuerzas se dieron a la fuga; algunos huyeron hacia la ciudad, pero la mayoría se esparció por la isla, campo a traviesa.

8 En previsión de cualquier eventualidad Demetrio tenía fondeados unos esquifes en un lugar apartado, y se retiró hacia ellos. Esperó a la noche, embarcó y se hizo a la mar, presentándose inesperadamente al
9 rey Filipo, en cuya corte pasó el resto de su vida. Fue hombre audaz y corajudo, pero irreflexivo y muy poco
10 razonable, lo cual le ocasionó una muerte en conso-
11 nancia con este carácter de toda su vida. Con el consentimiento de Filipo intentó conquistar, por sorpresa y sin plan preconcebido, la ciudad de Mesene[44]. Y murió en el curso de la acción, cosa que expondremos con detalle cuando llegue su momento[45].

12 El cónsul romano Emilio tomó, pues, Faros al primer embate y la destruyó. Cuando se apoderó del resto de la Iliria y organizó todo según su criterio, ya a finales del verano[46] regresó a Roma y efectuó en ella una entrada triunfal, entre los agasajos populares.
13 Se entendía, en efecto, que había dirigido la acción no sólo con destreza, sino, sobre todo, con valor.

---

44 Ciudad situada en el extremo N. del golfo Pérsico.

45 Esta descripción se ha perdido.

46 Del año 219.

Retorno a los temas de España. Crítica de la historiografía contemporánea

Cuando llegó a los romanos la 20
noticia de la toma de Sagunto,
no celebraron ninguna asamblea,
¡no, por Zeus!, para tratar de la
guerra, cosa que afirman algunos
historiadores que llegan a incluir los discursos pro-
nunciados por los rivales políticos, actuando de ma-
nera totalmente absurda. ¿Cómo iba a ser posible 2
que los romanos, que en el año anterior habían adver-
tido a los cartagineses que si invadían el país de los
saguntinos les declararían la guerra, se reunieran, to-
mada ya por la fuerza la ciudad de Sagunto, para de-
liberar si debían pelear o no? ¿Cómo y de qué forma 3
presentan éstos el extraño abatimiento del senado ro-
mano y, al mismo tiempo, afirman que los padres
llevaron a la asamblea a sus hijos de doce años, quie-
nes participaron en las discusiones, y no revelaron a
nadie, ni siquiera a los parientes, ningún secreto?
Nada de esto es lógico ni verídico en absoluto, a no 4
ser que, ¡por Zeus!, la Fortuna hubiera proporcionado
a los romanos, entre otras muchas cosas, ser juiciosos
ya de nacimiento. Contra semejantes libros, como los 5
que escriben Quéreas y Sósilo[47], no hay que decir más;
creo que tienen la disposición y la fuerza no de una
historia, sino de cuentos de barbería o de charlatanes
vulgares.

Los romanos, al saber lo ocurrido con los sagunti- 6
nos, eligieron unos embajadores y los enviaron sin di-
lación a Cartago[48]. Debían proponer alternativamente 7
dos cosas: si aceptaban la primera, los cartagineses

---

[47] Son los historiadores aludidos al principio de este capítulo. De Quereas no sabemos nada; Sósilo fue un espartano que sirvió en el ejército de Aníbal, y a lo que parece, tuvo una especial predilección por él.

[48] El porqué y el cómo de esta embajada no están muy claros. Véase la amplia discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

sufrían a todas luces daño y vergüenza; la segunda les
representaba el inicio de problemas y de grandes pe-
8 ligros. En efecto, los romanos exigían la entrega del
general Aníbal y de sus consejeros; de lo contrario,
9 habría guerra. Los romanos llegaron a Cartago, se pre-
sentaron al senado cartaginés y expusieron sus condi-
ciones. Los cartagineses escucharon con disgusto aque-
10 llas propuestas; sin embargo, eligieron como portavoz
suyo al más hábil de entre ellos, y empezaron a justi-
ficarse.

21 El portavoz silenció los pactos establecidos por As-
drúbal, como si no hubieran existido, o bien, de exis-
tir, como si para ellos fueran nulos, ya que se habían
2 convenido sin haberles sido consultados. En ello los
cartagineses decían seguir el ejemplo dado por los pro-
pios romanos: en efecto, el tratado concluido en la
guerra de Sicilia por Lutacio, decían, fue convenido
por él, y luego invalidado por el pueblo romano porque
3 se había hecho al margen de su parecer. Los cartagi-
neses urgían y apoyaban toda su defensa en los pactos
4 últimos establecidos en la guerra de Sicilia. Y negaban
que en ellos constara algo escrito acerca de España;
lo único que se ordenaba específicamente era que los
5 aliados de ambos bandos gozaran de seguridad. Y de-
mostraron que entonces los saguntinos no eran aliados
de los romanos; a este propósito leyeron muchas veces
los tratados.

6 Los romanos rechazaron de plano estas justificacio-
nes, afirmando que si Sagunto se mantuviera aún in-
tacta, tal justificación sería admisible, y se podrían
7 tratar los puntos discutibles. Pero como la ciudad
había sido violada, o había que entregar a los culpa-
bles (con lo cual quedaría claro para todos que ellos
no habían participado en la injusticia, sino que esta
8 obra se había llevado a cabo contra su parecer) o, si
se negaban a ello, reconocían que habían participado

⟨en la injuria y aceptaban la guerra⟩. Tales fueron, en resumen, los argumentos que ellos utilizaron.

Nos parece necesario el no dejar de lado este punto, 9
para que ni aquellos a quienes incumbe el deber y la necesidad de ser muy estrictos en este aspecto se aparten de la verdad en sus deliberaciones más indispensables, ni tampoco los estudiosos se confundan, 10
inducidos a error por la ignorancia o la parcialidad de los historiadores; por el contrario, debe haber una visión de conjunto de las obligaciones mutuas que pactaron romanos y cartagineses desde el principio hasta la época actual.

El primer pacto[49] entre romanos y cartagineses se 22
concluye en tiempos de Lucio Junio Bruto y Marco Horacio, los primeros cónsules romanos nombrados después del derrocamiento de la monarquía. Bajo su consulado se consagró el templo de Júpiter[50] capitolino. Esto ocurrió veintiocho años antes del paso de 2
Jerjes a Grecia[51]. Lo hemos transcrito traduciéndolo 3
con la máxima exactitud posible, pues también entre los romanos es tan grande la diferencia entre la lengua actual y la antigua, que, algunas cosas, apenas si los más entendidos logran discernirlas claramente. Los 4
pactos son del tenor siguiente: «Que haya paz entre los romanos y sus aliados y los cartagineses y sus aliados bajo las condiciones siguientes: que ni los romanos 5
ni los aliados de los romanos naveguen más allá del

[49] Los capítulos 22-28 versan sobre los tratados habidos entre romanos y cartagineses. Los conocimientos actuales acerca de estos tratados presentan una problemática ardua y complicada, imposible de tratar aquí. Remito, pues, a WALBANK, *Commentary*, ad loc., donde el mismo comentarista dice ceñirse a lo más esencial, y remite a una bibliografía más amplia.

[50] Se traduce «Júpiter» y no «Zeus», por tratarse de una divinidad romana.

[51] En el 480.

cabo Hermoso[52] si no les obliga una tempestad, o bien
6 los enemigos. Si alguien es llevado allá por la fuerza,
que no le sea permitido comprar ni tomar nada, ex-
cepción hecha de aprovisionamientos para el navío o
7 para los sacrificios ⟨y que se vayan a los cinco días⟩.
8 Los que lleguen allí con fines comerciales no podrán
concluir negocios si no es bajo la presencia de un he-
9 raldo o de un escribano. Lo que se venda en presencia
de éstos, sea garantizado al vendedor por fianza pú-
10 blica, tanto si se vende en África como en Cerdeña. Si
algún romano se presenta en Sicilia, en un paraje so-
metido al dominio cartaginés, gozará de los mismos
11 derechos. Que los cartagineses no cometan injusticias
contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de
Antio, ni contra el de Laurento, ni contra el de Circes,
ni contra el de Terracina[53], ni contra ningún otro pue-
12 blo latino sujeto a los romanos. Que los cartagineses
no ataquen a las ciudades que no les están sometidas,
y si las conquistan, que las entreguen intactas a los
13 romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el
Lacio. Si penetran en él hostilmente, que no lleguen a
pernoctar allí.»

23 El cabo Hermoso está junto a la misma Cartago,
2 en la parte norte. Los cartagineses se oponen rotunda-
mente a que los romanos naveguen por allí hacia el
Sur con naves grandes, de guerra, porque, según creo,

52 Se trata, sin duda alguna, de un cabo que ahora no podemos determinar, pero que está en la costa tunecina.

53 Ciudades costeras del Lacio, la más lejana, a 93 kilómetros de Roma, aunque en una fecha tan antigua —estamos en el 508 a. C.— es difícil que Roma tuviera un poder tan amplio. Véase en WALBANK, *Commentary*, ad loc., y en la nota de FOUCAULT, *Polybe*, III, a este lugar, las posibles explicaciones, y alguna posibilidad de corrupción en el texto griego, principalmente en lo que atañe a la ciudad de Laurento.

no quieren que conozcan los parajes de Bisatis[54], ni los de la Sirte Pequeña, la llamada Emporio por la fertilidad de sus tierras. Si alguien permanece allí for- 3
zado por una tempestad o por la presión de los enemigos, y carece de lo preciso para los sacrificios o para el equipamiento de la nave, se avienen a que lo tome, pero nada más; exigen que los que han fondeado allí zarpen al cabo de cinco días. Los romanos tienen 4
permiso de navegar, si es con fines comerciales, hasta Cartago, hasta la región de África limitada por el cabo Hermoso, y también a Cerdeña y a la parte de Sicilia sometida a los cartagineses; éstos les prometen asegurar con una fianza pública un trato justo. Por 5
este pacto se ve que los cartagineses hablan como de cosa propia de Cerdeña y de África; en cambio, al tratar de Sicilia, precisan formalmente lo contrario, dado que hacen los pactos sobre aquella parte de Sicilia que cae bajo el dominio cartaginés. Igualmente los roma- 6
nos pactan acerca de la región del Lacio, y no hacen mención del resto de Italia porque no cae bajo su potestad.

Segundo tratado

Después de éste, los cartagine- 24
ses establecen otro pacto[55], en el cual han incluido a los habitantes de Tiro y Útica. Al cabo Hermo- 2
so añaden Mastia y Tarseyo[56], más allá de cuyos lugares prohiben a los romanos

[54] Era el área que va de los actuales golfos de Hammamet al de Gabes.

[55] Parece que es del año 348. Polibio señala que el pacto lo establecen los cartagineses: quiere dar a entender que todavía están en posición dominante. El área de dominio cartaginés se ha extendido, pero la inclusión de Tiro produce dificultades. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[56] Estos lugares se encuentran indudablemente en la Península Ibérica, pero su localización es insegura. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

3 coger botín y fundar ciudades. El pacto es como sigue:
«Que haya amistad entre los romanos y los aliados
de los romanos por una parte y el pueblo de los carta-
gineses, el de Tiro, el de Útica y sus aliados por la otra,
4 bajo las siguientes condiciones: que los romanos no
recojan botín más allá del cabo Hermoso, de Mastia
ni de Tarseyo, que no comercien en tales regiones ni
5 funden ciudades. Si los cartagineses conquistan en el
Lacio una ciudad no sometida a los romanos, que se
reserven el dinero y los hombres, pero que entreguen
6 la ciudad. Si los cartagineses aprehenden a ciudada-
nos cuya ciudad haya firmado un tratado de paz con
Roma, pero que no sea súbdita romana, que los pri-
sioneros no sean llevados a puertos romanos; pero si
uno desembarca y un romano le da la mano[57], sea
7 puesto en libertad. Que los romanos se comporten
8 igualmente. Si un romano recoge agua o provisiones
de un país dominado por los cartagineses, que este
aprovisionamiento no sirva para perjudicar a nadie de
9 aquellos que están en paz y amistad ⟨con los cartagi-
10 neses. Y que lo mismo⟩ haga el cartaginés. Pero en
caso contrario, que no haya venganza privada; si al-
guien se comporta así, que sea un crimen de derecho
11 común. Que ningún romano comercie ni funde ciudad
alguna, *ni tan siquiera fondee* en África o en Cerdeña[58],
a no ser para recoger provisiones o para reparar una
nave. Si un temporal le lleva hasta allí, que se marche
12 al cabo de cinco días. En la parte de Sicilia dominada

57 Se da esta traducción porque hay una referencia clara a la institución romana de la manumisión: el dueño tocaba la cabeza del esclavo y pronunciaba la fórmula correspondiente, y el esclavo quedaba libre.

58 Aquí las fuentes textuales griegas presentan una laguna, en el texto subrayado, que traduzco según la restitución, aceptada por Büttner-Wobst y por Walbank, de otros filólogos muy anteriores.

por los cartagineses y en Cartago, un romano puede
hacer y vender todo lo que es lícito a un ciudadano
cartaginés. Y que los cartagineses hagan lo mismo en
Roma.»

En este pacto los cartagineses aumentan sus exi- 13
gencias con respecto a África y Cerdeña, y prohíben a
los romanos todo acceso a estos territorios. Y por el 14
contrario, en cuanto a Sicilia, aclaran que se trata de
la parte que les está sometida. Lo mismo hacen los 15
romanos en cuanto al Lacio: exigen a los cartagineses
que no se dañe a los de Ardea, a los de Antio, a los de
Circe ni a los de Terracina. Estas ciudades son cos-
teras, y por ellas los romanos firmaron el pacto.

Tercer tratado

Los romanos establecieron to- 25
davía un último pacto en la épo-
ca de la invasión de Pirro [59], antes
de que los cartagineses iniciaran
la guerra de Sicilia. En este pac- 2
to se conservan todas las cláusulas de los acuerdos ya
existentes, pero además se añaden las siguientes: «Si 3
hacen por escrito un pacto de alianza contra Pirro,
que lo hagan ambos pueblos, para que les sea posible
ayudarse mutuamente en el país de los atacados. Sea 4
cual fuere de los dos el que necesite ayuda, sean los
cartagineses quienes proporcionen los navíos para la
ida y para la vuelta; cada pueblo se proporcionará los
víveres. Los cartagineses ayudarán a los romanos por 5
mar, si éstos lo necesitan. Nadie obligará a las dota-
ciones [60] a desembarcar contra su voluntad.»

Siempre era obligado hacer un juramento. Se hicie- 6
ron así: en los primeros pactos los cartagineses jura-
ron por los dioses paternos y los romanos por unas

---

59 Años 279/8.

60 Se refiere a las dotaciones de las naves cartaginesas. Es una restricción a lo estipulado inmediatamente antes.

piedras[61], según la costumbre antigua, y además por
7 Ares y por Enialio. El juramento por las piedras se
efectúa así: el que lo formula con referencia a un tra-
tado toma en su mano una piedra, y tras jurar por la
8 fe pública, dice lo siguiente: «Si cumplo este jura-
mento, que todo me vaya bien, pero si obro o pienso
de manera distinta, que todos los demás se salven en
sus propias patrias, en sus propias leyes, en sus propios
bienes, templos y sepulturas, y yo solo caiga así, como
9 ahora esta piedra.» Y tras decir esto, arroja la piedra
de su mano.

Últimos tratados

26 Las cosas eran así, y los pac-
tos se conservan todavía hoy en
tablas de bronce en el templo de
Júpiter Capitolino, en el archivo
2 de los ediles[62]. ¿Quién no se ex-
trañará, naturalmente, del historiador Filino[63], no de
que ignore estos pactos (lo cual no es de extrañar,
pues incluso ahora los más ancianos romanos y car-
tagineses, incluso los que parece que más se habían
3 interesado por el tema, los ignoraban), sino de que se
atrevió, no sé con qué seguridades, a escribir lo con-
trario: dice que entre romanos y cartagineses había
un pacto según el cual los romanos no podían entrar

---

61 O quizás, simplemente, «por las piedras», como traduce Foucault, quien varía ligeramente el texto griego. Por lo demás, el texto polibiano parece algo confuso. Ares, en mitología romana, es Marte, pero los romanos desconocían, me refiero al pueblo, su advocación de Enialio, típicamente griega. En la mente de Polibio se ha producido una contaminación.

62 Polibio ha leído personalmente, al menos en parte, algunos de estos tratados. Los ediles y los cuestores eran los encargados de custodiar los archivos oficiales romanos, depositados en el templo de Júpiter Capitolino.

63 Filino de Agrigento, historiador contemporáneo de la primera guerra púnica, que historió, y al que Polibio utilizó como fuente.

en ningún punto de Sicilia, ni los cartagineses en nin-
guno de Italia. Según Filino los romanos pisotearon 4
los pactos y los juramentos, puesto que fueron los
primeros en hacer una travesía a Sicilia. Pero tales
pactos no existen, y no hay constancia escrita acerca
de ellos; Filino los cita explícitamente en su segundo 5
libro. De tal cosa hemos hecho mención en la introduc-
ción a nuestra *Historia*, pero dejamos hasta ahora el
tratarla con algún detalle, porque muchos en este tema
se equivocan por fiarse de la obra de Filino. Entendá- 6
monos: si alguien reprocha a los romanos su paso a
Sicilia relacionándolo con el hecho de que habían ad-
mitido sin reservas a los mamertinos a su amistad, y
cuando éstos se la pidieron, les prestaron ayuda, aun-
que los mamertinos habían traicionado no sólo a Me-
sina, sino también a Regio, desde esta perspectiva su
indignación es explicable. Pero si éste supone que la 7
travesía significó la transgresión de pactos y juramen-
tos, aquí su ignorancia es manifiesta.

Porque, acabada la guerra de Sicilia, los romanos 27
hacen unos pactos distintos[64], en los cuales las cláu-
sulas contenidas eran las siguientes: «Los cartagineses 2
evacuarán ⟨toda Sicilia y⟩ todas las islas que hay entre
Italia y Sicilia. Que ambos bandos respeten la seguri- 3
dad de los aliados respectivos. Que nadie ordene nada 4
que afecte los dominios del otro, que no levanten edi-
ficios públicos en ellos ni recluten mercenarios, y que
no atraigan a su amistad a los aliados del otro bando.
Los cartagineses pagarán en diez años dos mil doscien- 5
tos talentos, y en aquel mismo momento abonarán mil.
Los cartagineses devolverán sin rescate todos sus pri- 6
sioneros a los romanos.» Después de esto, al acabar 7
la guerra de África, los romanos, tras amenazar con
la guerra a los cartagineses hasta casi decretarla, aña-

[64] En el año 241.

8 dieron al pacto lo siguiente: «Los cartagineses evacuarán Cerdeña y pagarán otros mil doscientos talentos»,
9 tal como explicamos más arriba. Y a todo lo dicho
hay que añadir las últimas convenciones aceptadas por
Asdrúbal en España, según las cuales «los cartagineses
10 *no cruzarían el río Ebro en son de guerra». Éstos fue-*
ron los tratados entre romanos y cartagineses desde
el principio hasta los tiempos de Aníbal.

28 Así como comprobamos que el paso de los romanos
a Sicilia no significó una transgresión de los juramentos, del mismo modo, a propósito de la segunda guerra,
a cuyo fin corresponde el tratado referente a Cerdeña,
no podemos encontrar una causa o un pretexto que
2 lo justifique. Está reconocido que los cartagineses evacuaron Cerdeña y debieron añadir la suma indicada
de dinero obligados por las circunstancias y contra
3 toda justicia. Pues la acusación formulada por los romanos, de que sus tripulaciones habían resultado dañadas durante la guerra de África, se desvaneció en el
momento en que los cartagineses les devolvieron los
cautivos y los romanos, en agradecimiento, restituyeron
sin rescate a los prisioneros de guerra que retenían.
4 Hemos expuesto esto con detalle en el libro precedente[65].

5 En esta situación las cosas, nos resta ver y examinar atentamente a cuál de los dos bandos se debe
achacar la causa de la guerra de Aníbal.

29 *Hemos indicado ya las razones aducidas entonces*
por los cartagineses; ahora expondremos las de los
romanos, no las que entonces manifestaron, indignados por la pérdida de Sagunto, aunque se habla de
ellas con mucha frecuencia y por muchos.

---

65 Pequeña confusión de Polibio: esto ha sido tratado en el libro primero.

En primer lugar, no se debían tener por nulos los 2
pactos establecidos con Asdrúbal, como los cartagine-
ses tienen la desfachatez de afirmar. En efecto: en 3
ellos no constaba, como en los establecidos por Luta-
cio, «que serán vigentes si los ratifica el pueblo ro-
mano»; Asdrúbal había pactado con autoridad omní-
moda un tratado en el que se decía «que los
cartagineses no cruzarían el río Ebro en son de guerra».
En los pactos de Sicilia consta, como reconocen tam- 4
bién aquéllos, «que cada parte garantizará la seguridad
de los aliados de la otra», y no sólo a los aliados de
aquel momento, que era la interpretación ofrecida por
los cartagineses. Pues en tal caso se habría añadido 5
«que no se aceptarían otros aliados que los que enton-
ces tenían», o bien «que los aceptados posteriormente
no se incluirían en el pacto». Pero no se hizo constar 6
ninguna cláusula en este sentido, con lo cual quedó
claro que la seguridad afectaba a los aliados de ambas
partes, a los de entonces y a los que se adhirieran
posteriormente. Lo cual es muy lógico, pues, por des- 7
contado que no iban a hacer unos pactos tales que
les privaran de la posibilidad de unirse, según las cir-
cunstancias, a aquellos que les parecieran amigos y
aliados útiles, o bien que les forzaran, tras aceptar su 8
lealtad, a abandonarles cuando alguien cometiera una
injusticia contra ellos. Lo esencial en el pensamiento 9
de ambas partes en los pactos era esto: no molestar
a los aliados que entonces tenía cada parte, y que nin-
guna de ellas debía aceptar a los aliados de la otra.
En cuanto a los adquiridos posteriormente, se estipu- 10
laba «no reclutar mercenarios entre ellos; ninguna
parte ordenaría nada que afectara los dominios de la
otra o los de sus aliados; se garantizaba la seguridad
de los ciudadanos de ambas partes».

Las cosas estaban así, y era notorio que los sa- 30
guntinos ya se habían aliado con los romanos muy

2 anteriormente a la época de Aníbal. He aquí la máxima prueba de ello, reconocida por los mismos cartagineses: cuando los saguntinos se pelearon entre ellos, no se dirigieron a los cartagineses, a pesar de que los tenían muy cerca y disponían ya de los asuntos de España, sino a los romanos, y gracias a ellos endere-
3 zaron su situación política. Si alguien apunta que la destrucción de Sagunto fue la causa de la guerra, debe concedérsele que los cartagineses la provocaron injustamente, contra el pacto establecido por Lutacio, en el que se estipulaba que los aliados respectivos debían gozar de seguridad, y también contra el pacto firmado por Asdrúbal, según el cual los cartagineses no debían
4 cruzar el río Ebro con fines bélicos. Pero si como causa de esta guerra se aduce la pérdida de Cerdeña por parte de los cartagineses, y el dinero unido a tal pérdida, en este caso se debe reconocer que los cartagineses hicieron con toda razón la guerra de Aníbal; aprovecharon una circunstancia que se les presentaba de vengarse de quienes les habían inferido daños, aprovechándose de otra circunstancia.

La causalidad en la historia

31 Quizás algunos de los que miran sin discernimiento estos hechos nos podrían decir que no era necesaria tanta minuciosidad
2 y puntualización en el tema. Sin embargo, si alguien cree que en toda circunstancia se basta a sí mismo, le diré que, en este caso, el conocimiento del pasado es cosa bella, pero no imprescin-
3 dible. Mas si no hay nadie, en nuestra condición humana, que se atreva a afirmar una cosa así ni para su vida privada ni en los asuntos públicos (efectivamente: ningún hombre sensato, aunque de momento sus negocios marchen viento en popa, fundará razonablemen-

te en ello una esperanza de futuro)[66], entonces afirmo 4
que el conocimiento del pasado no sólo es bello, sino
que es necesario. ¿Pues cómo encontraría ayuda y alia- 5
dos ante las injusticias de que uno se ve víctima, o su
patria?, o bien, si uno pretende ampliar sus dominios
e iniciar unas hostilidades, ¿cómo podría decidir a la
gente a que le ayude en su intento?, y el que está sa- 6
tisfecho de su situación, ¿cómo estimulará hábilmente
a los que han de asegurársela y velar por él si no co-
noce el pasado de cada uno? Porque para el presente 7
siempre hay quienes amoldándose y disimulando al
mismo tiempo, hablan y actúan de modo tal que re-
sulta difícil penetrar en sus intenciones; en muchos,
la verdad resulta enormemente oscurecida. La historia 8
del pasado, en cambio, que comporta la prueba de los
hechos reales, pone verdaderamente de relieve los pro-
pósitos y las decisiones de las personas, y evidencia
de quién se puede esperar agradecimiento, servicio y
asistencia, y de quién lo contrario a tales disposiciones. 9
Por estos hechos, pues, muchas veces y en muchas
ocasiones es posible adivinar quién se va a compade-
cer de nosotros, quién compartirá nuestra cólera e in-
cluso quién va a hacernos justicia. Lo cual representa 10
una gran ayuda para la vida humana, tanto en lo pú-
blico como en lo privado. He aquí por qué los que 11
escriben las historias y los que las leen no deben
preocuparse tanto de la narración de los mismos
hechos como de aquellos que les son anteriores, pre-
sentes o futuros. Ya que si se suprime de la historia 12
el porqué, el cómo, el gracias a quién sucedió lo que
sucedió y si el resultado fue lógico, lo que queda es
un ejercicio, pero no una lección. De momento deleita, 13
pero es totalmente inútil para el futuro.

---

[66] A pesar de que el sentido general es claro, el texto griego ofrece aquí numerosas dificultades de transmisión, que se pueden ver en una edición crítica.

32 Por esto, se debe suponer ignorancia en los que
estiman que nuestra obra es difícil de adquirir y de
2 leer por el número y la extensión de sus libros. ¡Cuán
más fáciles resultan de adquirir y de leer cuarenta li-
bros enhebrados como por un hilo y seguir claramente
las acciones desarrolladas en Italia, en Sicilia y en
África, enlazando con los hechos descritos por Timeo,
después ver la época de Pirro[67], hasta la toma de Car-
3 tago, y conectar con lo sucedido en las otras partes
del mundo, desde la fuga de Cleómenes, el rey de
Esparta, hasta la confrontación de aqueos y romanos
frente al Istmo, que no adquirir y leer las obras que
los diversos autores han dedicado a los hechos en par-
4 ticular! Dejando aparte que estas obras son muchas
más que nuestras propias *Memorias*[68], es imposible
que sus lectores recojan algo seguro. En primer lugar,
porque la mayoría de tratadistas no escribe lo mismo
5 acerca de un mismo tema; después, porque omiten las
acciones que han sido simultáneas, acciones que juz-
gadas y contempladas comparativamente, cada una es
susceptible de un juicio distinto al que recibiría de con-
siderársela aisladamente, y, finalmente, porque tales
autores son incapaces de rozar tan siquiera el aspecto
6 más importante. Afirmamos, en efecto, que las partes
más importantes de la historia son lo que se sigue de
los hechos, de inmediato o a cierta distancia, y, prin-
7 cipalmente, sus causas. Vemos que la guerra de Antíoco
se originó en la de Filipo, ésta en la de Aníbal, y la de
Aníbal en la de Sicilia; los hechos que hubo entre ellas
representan muchas y variadas peripecias, pero conver-
gen en un mismo fin.

---

67 El texto griego presenta aquí una laguna que no se señala en la traducción, porque, aun así, hay sentido completo y coherente. Puede verse cualquier edición crítica.

68 Otra manera que tiene Polibio de denominar su propia obra.

Todo esto puede ser visto y entendido por la lectura de historias universales[69], pero es imposible verlo por las guerras mismas, como la de Perseo o la de 8
Filipo, a menos que quien lea las confrontaciones tal como vienen expuestas por ellos crea que se ha hecho con un conocimiento claro de la disposición y el des- 9
arrollo de toda la guerra. Pero esto no es así, sino que creo que la diferencia que hay entre aprender y sólo escuchar es la misma que existe entre nuestra *Historia* y las exposiciones particulares. 10

Inicios de la guerra de Aníbal

33 Los embajadores romanos (de ahí arrancó nuestra digresión) escucharon el alegato cartaginés y no añadieron nada. El de ma- 2
yor edad mostró su manto a los senadores cartagineses, y les dijo que allí les llevaba la guerra y la paz; lo sacudiría y les soltaría lo que eligieran. El sufeta[70] cartaginés les dijo que soltaran 3
lo que a ellos les pareciera bien. Cuando el romano 4
dijo que les soltaba la guerra, la mayoría de los componentes del senado alzó la voz y gritó que la aceptaban. Y con estas palabras los embajadores y el senado cartaginés se separaron.

5 Aníbal pasaba el invierno en Cartagena. Primero licenció a los iberos hacia sus ciudades respectivas, con la intención de tenerlos dispuestos y animosos
6 para el futuro. A continuación dio instrucciones a su hermano Asdrúbal[71] acerca de cómo debía ejercer el

[69] Sobre el concepto estricto de «historia universal» en Polibio, léase DÍAZ TEJERA, *Polibio*, págs. CXI-CXV.

[70] El texto griego dice «rey», pero este título no existía entre los cartagineses; debe de tratarse del sufeta de más edad. Los sufetas eran los dos magistrados supremos de Cartago y de otras repúblicas fenicias.

[71] No se trata del yerno de Amílcar, muerto ya, sino de un hermano de Aníbal. Saldrá todavía otro hermano de éste, Magón; ambos desempeñan cargos militares.

gobierno y la autoridad sobre los iberos, y de cómo debía hacer los preparativos contra los romanos en el caso de que él mismo se encontrara ausente en cual-
7 quier otro sitio. En tercer lugar se preocupó de la
8 seguridad de los asuntos de África. Con cálculo propio de un hombre prudente y experto hizo pasar soldados de África a España y de ésta al África, estrechando con semejante plan la lealtad mutua de ambas pobla-
9 ciones. Los que pasaron al África fueron los tersitas y los mastios, y además los oretanos iberos[72] y los
10 ólcades. Los soldados procedentes de estos pueblos sumaban mil doscientos jinetes y trece mil ochocien-
11 tos cincuenta hombres de a pie. Además de éstos había baleares[73] ⟨en número de ochocientos setenta⟩, cuyo nombre significa propiamente «honderos». Los habitantes de estas islas usan principalmente hondas, y este uso ha dado nombre a las islas y a sus moradores.
12 La mayoría de los citados fue acantonada en Metagonia[74] del África, pero algunos lo fueron en la misma
13 Cartago. A ella mandó también Aníbal cuatro mil infantes, en calidad a la vez de rehenes y refuerzo, pro-

---

[72] De los tersitas no se sabe nada; los mastios parece que habitaban la región actual entre Cartagena y Cádiz; otros autores les llaman bastetanos. Los oretanos vivían en la región entre el Guadiana y el Guadalquivir. Es indudable que Polibio les aplica el gentilicio de iberos, lo que significa una procedencia distinta de estos oretanos con referencia a los otros. Véase Walbank, *Commentary*, ad loc.

[73] Son numerosos los testimonios de la antigüedad clásica según los cuales las Baleares proporcionaban, por aquel entonces, excelentes honderos. Puesto que lanzar se dice en griego *bállein*, lo más probable es que estemos ante una etimología popular por parte de Polibio. De todos modos, el eminente filólogo mallorquín don Francisco de Borja Moll me comunica telefónicamente que ésta es la única etimología conocida del nombre «Baleares», sin que exista otra. Cf. la nota 69 del libro II.

[74] Parece ser la plaza española de soberanía de Ceuta.

cedentes de las ciudades llamadas de los metagonitas. En España dejó a su hermano Asdrúbal cincuenta 14 quiquerremes, dos cuatrirremes y cinco trirremes. De estas naves, treinta y dos quinquerremes y las cinco trirremes tenían sus dotaciones. Le confió también 15 como caballería cuatrocientos cincuenta libiofenicios[75] y africanos, trescientos ilergetes[76] y mil ochocientos hombres reclutados entre los númidas: los masilios, los masasilios, los macneos y los mauritanos que viven en la costa[77]; como infantería, once mil ochocientos 16 cincuenta soldados de a pie africanos, trescientos ligures, quinientos baleares y veintiún elefantes.

Nadie debe extrañarse de la exactitud de esta enu- 17 meración acerca de las disposiciones de Aníbal en España, aunque apenas la usaría uno que hubiera dispuesto personalmente las acciones en todas sus partes.

---

[75] Los libiofenicios eran los habitantes de las ciudades alrededor de las Sirtes y de la costa atlántica de África, que gozaban, respecto a Cartago, del derecho de *conubium,* es decir, sus ciudadanos podían contraer matrimonio con mujeres cartaginesas, y viceversa.

[76] Aquí traduzco «ilergetes»; la transcripción del texto griego es «lergetes», sin duda alguna. Foucault se inclina por creer que se trata de una tribu norteafricana desconocida, cf. FOUCAULT, *Polybe,* III, pág. 71, nota al pie; WALBANK, *Commentary,* ad loc., los identifica con los conocidos ilergetes que habitaban las llanuras de Lérida y de la Violada, al S. de la provincia de Huesca.

[77] La costa es la de Africa. Los «númidas» es un término genérico, que incluye, más o menos, a los siguientes. Los masilios vivían entre el cabo Tretum y la provincia romana de África. Los masasilios (o masesilios: la tradición manuscrita griega es insegura), eran también númidas que vivían al O. de los anteriores. Los macneos vivían en territorio de la nación actual de Túnez. Pero FOUCAULT, *Polybe,* III, pág. 71, en nota al pie, siguiendo a Schweighäuser, señala que en el texto griego hay una corrupción textual, y que debe leerse «vacceos», en cuyo caso se trataría de la conocida tribu prerromana de nuestra península. Cf. la nota 32 de este libro III.

Que nadie nos condene precipitadamente si hemos procedido de modo semejante a algunos historiadores que pretenden dar visos de verdad a sus falsedades.
18 Pues nosotros hemos encontrado en el cabo Lacinio[78] esta enumeración grabada por orden de Aníbal en una tablilla de bronce en la época en que él se paseaba por Italia; hemos creído que, al menos en esta materia, la tablilla es totalmente fiable, y por esto hemos decidido dar crédito a la inscripción.

Últimos preparativos de la marcha

34 Aníbal, después de tomar sus previsiones acerca de la seguridad de las operaciones en África y en España, esperaba con impaciencia la llegada de los
2 mensajeros que le habían enviado los galos. En efecto: había investigado exhaustivamente la fertilidad de la tierra situada al pie de los Alpes y alrededor del Po, el número de sus habitantes, la audacia bélica de estos
3 hombres, y lo que le importaba más, la aversión que abrigaban contra los romanos como consecuencia de la guerra que tratamos en el libro anterior para familiarizar a los lectores con lo que ahora se va a expo-
4 ner. Por esto, Aníbal se aferraba a esta esperanza y hacía toda clase de promesas; enviaba con gran interés legados a los jefes de los galos que habitaban en la parte de acá de los Alpes y a los de los mismos Alpes.
5 Suponía que sólo entablaría en Italia la guerra contra los romanos si podía superar las dificultades del terreno y llegar a los lugares antedichos, y si podía usar a los galos como aliados y colaboradores para el plan
6 que tenía fijado. Al llegar los mensajeros y anunciar la buena disposición y las esperanzas de los galos, diciendo, además, que el paso de los Alpes sería muy duro y difícil, pero no imposible, Aníbal congregó a

---

78 A diez kilómetros de Crotona, al S. de la costa italiana.

sus tropas desde los lugares donde habían invernado[79]
al comienzo de la primavera. Acababa de saber lo ocu- 7
rrido en Cartago, y esto le infundió ánimos. Confiado
en la buena disposición de sus conciudadanos, exhor-
taba abiertamente a sus tropas para la guerra contra
los romanos. Expuso muy claramente de qué modo 8
los romanos habían exigido la entrega de su persona
y la de todos los oficiales de su campamento; les in-
dicó, además, la fertilidad del país al que iban a mar-
char, y también la buena disposición y alianza de los
galos. Al ofrecérsele para el combate las tropas entu- 9
siásticamente, las felicitó, les indicó el día en que se
iniciaría la marcha y disolvió la asamblea.

Aníbal realizó los mencionados preparativos duran- 35
te el invierno. Dispuso una seguridad suficiente para
los asuntos de África y los de España, y cuando llegó
el día señalado, se puso en marcha con noventa mil
soldados de a pie y alrededor de doce mil de caballería.
Cruzó el río Ebro y sometió a las tribus de ilergetes y 2
bargusios, también a los ernesios y a los andosinos[80],
hasta llegar a los llamados Pirineos. Redujo a todos 3
estos pueblos, tomó por la fuerza algunas ciudades más
pronto de lo que hubiera esperado, pero le costaron
numerosas y duras luchas en las que perdió no pocos
hombres. Dejó a Hannón como gobernante de todo el 4
territorio desde el río[81] hasta los Pirineos, y de los
bargusios, pues desconfiaba mucho de ellos porque
eran amigos de los romanos. Del ejército de que dis- 5
ponía separó para Hannón diez mil hombres de in-
fantería y mil jinetes, y también dejó la impedimenta
de los que marchaban con él. Licenció y mandó a sus 6

---

79 Estamos en el año 218.

80 Sobre los ilergetes, cf. la nota 76. Bargusios, ernesios y andosinos son tribus prerromanas que vivían, sin duda, en las costas mediterráneas españolas, pero de localización imposible.

81 Aquí se debe de tratar del Ebro.

hogares a un número de soldados igual al mencionado, con la intención de dejarles bien dispuestos hacia él, y dejar entrever a los restantes la esperanza del retorno a la patria, no sólo a los iberos que marchaban a la campaña con él, sino también a los del país que se quedaban en sus casas. Quería que todos se pusieran en movimiento con buen ánimo por si eventual-
7 mente precisaba de su ayuda. Tomando, pues, el resto de las tropas ligeras, cincuenta mil soldados de a pie y unos nueve mil jinetes, los condujo a través de los montes llamados Pirineos para pasar el río que se
8 llama Ródano. Tenía un ejército no tan numeroso como útil y excepcionalmente entrenado por lo continuo de sus luchas en España.

36 *Excurso geográfico*

Para evitar que el desconocimiento de los lugares convierta mi exposición en ininteligible habrá que explicar de dónde partió Aníbal, los lugares que atravesó, sus dimensiones y a qué partes llegó de Ita-
2 lia. Y deberemos decir no los nombres mismos de parajes, ríos y ciudades, como hacen algunos historiadores que suponen que esta práctica ya es totalmente suficiente para dar un conocimiento claro de las cosas.
3 Estoy convencido de que, si se trata de lugares conocidos, la mención de los nombres ayuda no poco a la memoria. Pero si se trata de lugares desconocidos, su mención desnuda equivale a la pronunciación de pala-
4 bras sin significado, que penetran en el oído, pero no hallan soporte en la mente: no se puede relacionar lo dicho con algo conocido, y la exposición resulta con-
5 fusa e incomprensible. Por lo cual hay que presentar algún método que posibilite a los que hablan de lugares desconocidos llevar a sus oyentes, en la medida de lo posible, a nociones verdaderas y conocidas.

El conocimiento primero y principal, común a todos 6
los hombres, es la distribución y ordenamiento del
espacio que nos rodea. Todos, incluso las personas de
menos luces, conocemos el Norte, el Sur, el Este y el
Oeste. El segundo conocimiento es aquel por el cual 7
repartimos, en relación con los puntos señalados, los
lugares de la tierra: los situamos siempre, por una
referencia mental, en uno de aquellos puntos, y así
llegamos a nociones familiares referidas a lugares des-
conocidos y jamás vistos.

Establecido esto acerca de la tierra en su totalidad, 37
lo lógico será llevar a nuestros lectores al conocimiento
del mundo hoy habitado, distribuyéndolo según estos
principios. Lo dividimos en tres partes y le damos tres 2
nombres. La primera parte del mundo se llama Asia,
la segunda África y la tercera Europa. Estas partes 3
vienen limitadas por el río Tanais [82], por el Nilo y por
la entrada de las columnas de Hércules. El Asia viene 4
situada entre el Nilo y el Tanais, y cae debajo de la
región celeste comprendida entre el Nordeste y el Sur.
El África está entre el Nilo y las columnas de Hércu- 5
les, y cae debajo de la región celeste que va del Sur
al Suroeste y al Oeste, hasta el poniente equinoccial,
que acaba junto a las columnas de Hércules. Estas dos 6
regiones, contempladas en su conjunto, ocupan la
parte meridional del Mar Mediterráneo, de Este a
Oeste. Europa está situada frente a Asia y África, al 7
norte de ambas, y se extiende sin interrupción de
Oriente a Occidente. La parte más importante y más 8
profunda está al Norte, entre el río Tanais y el de
Narbona [83], no muy distante, a poniente, de la ciudad

---

82 El río Don. Las columnas de Hércules, citadas a continuación, ya se notó anteriormente que son el estrecho de Gibraltar.

83 El río Aude.

de Marsella y de las bocas del Ródano, por donde el
río citado desemboca en el mar de Cerdeña[84].
9 Desde el Narbona, el territorio de su entorno lo ha-
bitan los galos, hasta los montes llamados Pirineos,
que se extienden, en una línea continua, desde el Me-
10 diterráneo hasta el Mar Exterior. El resto de Europa,
que discurre desde dichos montes hasta poniente y
hasta las columnas de Hércules, está rodeado por el
Mediterráneo y el Mar Exterior; la parte que se ex-
tiende a lo largo del Mediterráneo hasta las columnas
11 de Hércules se llama España[85]. La parte que se extien-
de a lo largo del Mar Exterior, llamado también el Gran
Mar, no tiene aún una denominación común porque
ha sido explorada sólo recientemente; está habitada en
su totalidad por tribus bárbaras muy numerosas, de
las que daremos razón en una sección posterior.
38 Por lo que se refiere a Asia y a África, que conver-
gen en Etiopía, nadie puede decir exactamente, al me-
nos hasta nuestra época, si en su prolongación hacia
el Sur es tierra firme o bien si está rodeada de mar.
2 Asimismo, la parte que tiende hacia el Norte, entre
el Tanais y el río Narbona, hasta hoy nos es descono-
cida, a no ser que desde ahora nos informemos inves-
3 tigándolas a fondo. De los que escriben o hablan de
estas regiones hay que pensar que son unos ignoran-
tes e inventores de fábulas.
4 He explicado todo esto para que mi narración no
sea totalmente oscura para los que ignoran los lugares,
sino que puedan considerar, al menos, las divisiones
generales y guiarse en mis afirmaciones por algún co-
nocimiento, tomando como punto de partida los espa-
5 cios celestes. Igual que al mirar solemos volver siempre

[84] Es decir, el mar Tirreno.

[85] El traductor es ahora más consciente que nunca del anacronismo. Cf. la nota 37 del libro I.

el rostro hacia lo que nos muestran, es preciso volver nuestro pensamiento y dirigirlo a los parajes que sin interrupción se nos muestran a lo largo de la exposición.

Prosigue la narración

Pero dejemos estas considera- 39
ciones y sigamos el hilo de la narración que nos hemos propuesto.
En esta época los cartagineses 2
dominaban todas las partes de África que miran al Mar Interior, desde los altares de Fileno[86], que están en la Sirte Mayor, hasta las colum-
nas de Hércules. La longitud de esta costa es de más 3
de dieciséis mil estadios. Habían cruzado la entrada 4
de las columnas de Hércules y se habían apoderado de toda España hasta el promontorio que, en el Mar Mediterráneo, es el final de los montes Pirineos[87]; estos montes separan a los españoles de los galos.
Desde este lugar a la entrada de las columnas de Hér- 5
cules hay unos ocho mil estadios. Desde las columnas 6
de Hércules a Cartagena hay unos tres mil; en esta ciudad inició Aníbal su expedición contra Italia. [A
Cartagena algunos la llaman Nueva Cartago[88].] Desde 7
esta ciudad hasta el río Ebro hay dos mil seiscientos estadios, y desde este río hasta Ampurias[89] mil seiscien-

86 Seis kilómetros tierra adentro desde la Sirte Mayor. Fileno: Polibio da el nombre en singular (Fileno), pero la referencia es a dos hermanos cartagineses que consintieron en ser sepultados vivos para salvar a Cartago. Cf. SALUSTIO, *La guerra de Yugurta* 79.

87 El cabo de Creus, en la provincia de Gerona.

88 Desde el punto de vista del texto griego, lo que se ha puesto entre corchetes parece ser una nota marginal de un lector, que un copista posterior incluyó en el texto.

89 La ciudad griega, con un posterior asentamiento romano, establecida sobre un antiguo poblado ibérico; sus ruinas se pueden visitar. La gente del poblado ibérico parece que se desplazó hasta un montículo en la localidad próxima de Ullastret, donde,

los estadios, ⟨desde Emporio hasta Narbona unos seis-
8 cientos⟩. Y desde aquí hasta el paso del Ródano alrededor de mil seiscientos estadios. [Los romanos han medido y señalado cuidadosamente estas distancias emplazando mojones cada ocho estadios] [90].
9 Desde el vado del Ródano, marchando junto al río remontando su curso, hasta el lugar en que las vertientes de los Alpes dan ya a Italia, hay mil cuatrocien-
10 tos estadios. Pero queda el paso mismo de los Alpes, unos mil doscientos estadios, que Aníbal debía reco-
11 rrer para llegar a las llanuras del río Po, en Italia. De modo que, contando desde Cartagena, la cifra total de estadios que debía recorrer era de unos nueve mil.
12 De todos estos lugares, por lo que se refiere a las distancias, había recorrido ya casi la mitad, pero si se considera la dificultad, le restaba la mayor parte del camino.

Hechos en la Galia Cisalpina

40 Aníbal atacó los desfiladeros pirenaicos con un gran temor a los galos, porque aquellos parajes son sumamente escarpados.
2 Los romanos, en ese mismo tiempo, ya habían oído de boca de los embajadores enviados a Cartago lo decidido allí y los discursos que se pronunciaron. Supieron que Aníbal había cruzado el río Ebro con su ejército más pronto de lo que ellos suponían, y resolvieron enviar a España a Publio Cornelio Escipión con sus legiones [91], y a Tiberio Sempronio a África.

---

hacia los años cuarenta, se descubrió el poblado ibérico más importante de Cataluña, que lleva el nombre de la localidad, Ullastret.

[90] También aquí lo incluido entre corchetes parece una anotación marginal de un comentarista primitivo, que un copista posterior introdujo en el texto.

[91] Es el año 218, año conocido en la historia de España,

Mientras éstos reclutaban las tropas y hacían los 3
preparativos restantes, los romanos se apresuraron a
organizar las colonias que ya habían planeado enviar
a la Galia (Cisalpina). Pusieron gran ardor en amura- 4
llar las ciudades, y ordenaron a sus futuros habitantes
que se personaran en ellas en el plazo de treinta días.
Cada ciudad iba a tener unos seis mil. Fundaron la 5
primera colonia en la parte de acá del río Po y la lla-
maron Placentia[92]; la segunda, en la parte de allá del
río, y la llamaron Cremona.

Apenas fundadas estas ciudades, los galos llamados 6
boyos (que desde hacía tiempo buscaban, sin encon-
trarla, una ocasión para deshacerse de la amistad de
los romanos), se envanecieron fiados, por las declara-
ciones de sus mensajeros, en la llegada de los cartagi- 7
neses, y desertaron de los romanos, abandonando los
rehenes entregados al final de la guerra pasada, que
hemos descrito en el libro anterior a éste.

Llamaron a los insubres, que compartían con ellos 8
la cólera por los hechos de antes, y devastaron las tie-
rras que los romanos habían distribuido en lotes. Per-
siguieron a los fugitivos hasta Mutina[93], que era co-
lonia romana, y la asediaron. Entre los que encerra- 9
ron allí había tres hombres notables, que habían sido
enviados para repartir las tierras; uno de ellos era
Cayo Lutacio, que anteriormente había sido cónsul, y
dos antiguos pretores. Los tres creyeron oportuno 10
parlamentar con los boyos, a lo que éstos accedieron.
Pero cuando los romanos hubieron salido, los boyos,
menospreciando cualquier derecho, les cogieron prisio-
neros; esperaban que así recuperarían a sus propios
rehenes.

---

pues en él empieza el período de romanización de la Península Ibérica.

[92] Es la actual Piacenza.

[93] La actual Módena.

11 Lucio Manlio, al que habían nombrado pretor, y estaba en aquellos parajes con sus fuerzas, cuando oyó lo ocurrido, acudió en su socorro a marchas for-
12 zadas. Pero los boyos se enteraron de su llegada y le tendieron una celada en unos encinares, y al tiempo de llegar los romanos en el paraje boscoso se vieron asaltados a la vez desde todas partes; los boyos les
13 infligieron muchas bajas. Los supervivientes primero emprendieron la huida, pero cuando alcanzaron unas alturas, allí se reagruparon como para poder efectuar con dificultad una honrosa retirada. Los boyos persistieron en su persecución y les cercaron en la aldea lla-
14 mada Tannes[94]. Cuando en Roma se enteraron de que los boyos habían atrapado la legión cuarta y la asediaban enérgicamente, enviaron al punto en su ayuda las legiones puestas a disposición de Publio Cornelio Escipión, al mando de un pretor; ordenaron a aquél reclutar y concentrar más legiones de entre los aliados.

Aníbal cruza el Ródano

41 Esto fue lo que pasó en la Galia Cisalpina desde el principio hasta la llegada de Aníbal. La situación evolucionó tal como hemos descrito en los libros precedentes y ahora mismo.

2 Los cónsules romanos, cuando terminaron los preparativos para sus operaciones, zarparon a principios de verano para las acciones que tenían asignadas. Publio puso rumbo a España con sesenta naves, y Tiberio Sempronio al África con ciento sesenta naves quin-
3 querremes. Y se aplicó a la guerra de manera tan imponente y hacía tales preparativos en Lilibeo, juntando todo lo que podía desde cualquier parte, que daba la impresión de que nada más desembarcar ase-
4 diaría Cartago. Publio Cornelio Escipión costeó la Li-

94 La actual Taneto, entre Parma y Módena.

guria, y en cinco días llegó de Pisa a la región de
Marsella. Fondeó junto a la primera boca del Ródano, 5
la llamada Masaliota, e hizo desembarcar a sus fuer-
zas, pues le llegaba la voz de que Aníbal cruzaba ya 6
los montes Pirineos. Sin embargo, estaba convencido
de tenerle todavía a gran distancia, tanto por las di-
ficultades de los lugares como por la multitud de galos
que había de por medio. Pero Aníbal, que había so- 7
bornado a unos galos con dinero y sometido a otros
por la fuerza, se presentó inesperadamente con su
ejército y se dispuso a cruzar el Ródano; el Mar de
Cerdeña le quedaba a la derecha. Cuando Escipión tuvo 8
noticia de la presencia del enemigo, no acababa de
creerlo, por la prontitud de aquella llegada, así que
quiso averiguar la verdad. Concedió un descanso a las
tropas que habían arribado por mar y deliberó con
sus oficiales acerca de qué clase de terreno debían
elegir para presentar batalla al enemigo. Mandó como 9
avanzadilla a sus trescientos jinetes más bravos, dán-
doles como guías y auxiliares a unos galos que casual-
mente estaban a sueldo de los masaliotas.

Aníbal, así que llegó a los parajes próximos al río, 42
intentó cruzarlo allí donde su curso es todavía único,
a una distancia del mar que un ejército haría en unos
cuatro días. Se concilió de todas las formas imagina- 2
bles la amistad de los pueblos ribereños: les compró
las barcas y los esquifes, suficientes en número, puesto
que muchos de los que habitan la región del Ródano
se dedican al tráfico marítimo. Adquirió de ellos tam- 3
bién la madera necesaria para fabricar barcas, por lo
cual al cabo de dos días tenía construidas muchísimas,
pues sus hombres se empeñaban en no depender del
vecino y en depositar en sí mismos la esperanza de
cruzar el río. Pero entonces se concentró en la otra 4
orilla una gran multitud de bárbaros con la intención
de impedir el paso del río a los cartagineses. Aníbal 5

se percató muy bien de que en aquellas circunstan-
cias ni podría forzar por la violencia el paso del río,
porque el número de enemigos apostados era incalcu-
lable, ni podría aguartar allí sin que el adversario le
atacara por todas partes.
6 A la tercera noche envía parte de sus fuerzas, con
unos guías naturales del país, bajo el mando de
7 Hannón[95], el hijo del sufeta Bomílcar. El contingente
marchó unos doscientos estadios curso arriba del río,
hasta llegar a un lugar en que la corriente se divide y
8 forma una pequeña isla, y se quedaron allí. Fijando y
atando troncos de un bosque vecino, en breve tiempo
armaron muchas balsas, suficientes para lo que enton-
ces necesitaban; en ellas cruzaron el río con seguridad
9 y sin que nadie les estorbara. Tomaron un lugar abrup-
to, y aquel día permanecieron allí tanto para descan-
sar de las penalidades anteriores como para prepararse
para la operación siguiente, según las órdenes que
10 tenían. Aníbal hizo algo muy parecido con las tropas
11 que habían quedado con él. Lo que le ofrecía más di-
ficultades era hacer cruzar el río a los elefantes, que
eran treinta y siete.
43 De todos modos, al llegar la quinta noche, los que
habían cruzado el río por la parte superior de su curso,
al amanecer avanzaron por su orilla contra los bárba-
2 ros apostados en ella. Aníbal, que tenía ya dispuestos
sus propios soldados, esperaba el momento de cruzar.
Había llenado los esquifes con caballería ligera y las
3 barcas con infantería más ligera. Los esquifes estaban
situados arriba y contra corriente; a continuación los
transportes ligeros. Así serían los esquifes los que so-
portarían la fuerza mayor de la corriente, y el paso de
las demás embarcaciones sería más seguro durante la
4 travesía. Idearon también arrastrar los caballos a popa

95 Un tercer Hannón; éste, sobrino de Aníbal.

de los esquifes, para que nadaran. Un solo hombre
conducía por las riendas tres o cuatro a la vez, a cada
lado de la popa, de modo que ya inmediatamente, en
el primer paso, trasladaron un buen número de ca-
ballos.

Los bárbaros, al ver el intento de los enemigos, sa- 5
lieron desordenadamente de sus atrincheramientos, con-
vencidos de que frustrarían con facilidad el desembarco
cartaginés. Aníbal vio que en la orilla opuesta sus sol- 6
dados estaban ya cerca, pues, según lo convenido, le
habían señalado su presencia mediante humaredas.
Ordenó a todos sus hombres embarcar a la vez, y a
los que dirigían las embarcaciones navegar contra co-
rriente. La operación se hizo rápidamente, porque los 7
que estaban en las embarcaciones rivalizaban entre
ellos, con gran griterío, en su pugna contra la fuerza
del río. Ambos ejércitos estaban frente a frente, en 8
las dos orillas: unos se asociaban a las dificultades
de sus camaradas, y les seguían con gritos en sus es-
fuerzos, mientras que los bárbaros entonaban cantos
de guerra y llamaban al combate. El espectáculo era
sobrecogedor y producía angustia.

En el momento en que los bárbaros abandonaron 9
sus barracas, los cartagineses que estaban en aquella
orilla les acometieron de manera súbita e inesperada.
Algunos prendieron fuego al campamento, pero la ma-
yoría atacó directamente a los que acechaban la tra-
vesía. Los bárbaros, sorprendidos por aquella inespe- 10
rada maniobra, unos retrocedieron para proteger sus
barracas, otros se defendieron y entablaron combate
con los atacantes. Cuando comprendió que la acción 11
se desarrollaba según sus cálculos, Aníbal rápidamente
organizó a los que habían desembarcado, les arengó y
trabó pelea contra los bárbaros. Los galos, ante aquel 12
desorden y ante un hecho tan inesperado, volvieron
pronto la espalda y se dieron a la fuga.

44 El general cartaginés, pues, dominó a la vez el paso del río[96] y a los enemigos. Luego se dedicó inmediatamente a hacer pasar a los hombres que quedaban en
2 la otra orilla. Tras pasar a todas sus fuerzas en poco tiempo, aquella noche acampó en la misma orilla del
3 río. Al enterarse, al día siguiente, de que una flota romana había fondeado en la desembocadura, envió quinientos jinetes nómadas a inspeccionar dónde es-
4 taban, cuántos eran y qué hacían los enemigos. Al mismo tiempo dispuso que unos hombres adiestrados pasaran los elefantes.

5 Él reunió a sus fuerzas y les presentó a Mágilo y a otros reyezuelos, que habían acudido allí desde las llanuras del Po. A través de un intérprete hizo saber a
6 sus tropas los planes que habían acordado. Lo que infundió más ánimos a aquella masa de hombres fue, primero, el ver con sus propios ojos a aquellos que les incitaban y que les decían que ellos mismos cola-
7 borarían en una guerra contra los romanos. En segundo lugar, la seguridad y la promesa de que les guiarían por unos lugares en los que no les iba a faltar nada necesario para marchar contra Italia con toda seguri-
8 dad y en poco tiempo. Hablaron, además, de la fertilidad del país al que iban a llegar, de su extensión, del coraje de los hombres en compañía de los cuales iban
9 a combatir contra las fuerzas romanas. Los galos, después de hablar así, se retiraron. Tras ellos se des-
10 tacó Aníbal en persona, y en primer lugar recordó a aquella multitud las gestas ya cumplidas, en las que, afirmó, ellos mismos habían afrontado muchos peligros y empresas azarosas, sin fracasar en ninguna por
11 haber seguido su parecer y consejo. De modo que les

[96] No sabemos el lugar exacto por donde Aníbal cruzó el Ródano, pero fue, ciertamente, entre las ciudades de Aviñón y Tarascón.

incitó a estar confiados, al ver que lo más arduo de la empresa estaba superado; pues habían vencido el paso del río y habían visto por sí mismos la adhesión y la predisposición de los aliados. Por eso creía que podían 12
despreocuparse de cada una de las operaciones porque caían bajo su incumbencia personal. En cambio, debían cumplir las órdenes, ser hombres valientes y a la altura de las gestas pasadas. La muchedumbre aplaudió 13
y evidenció gran empuje y ardor. Aníbal les felicitó, y tras rogar a los dioses por todos sus planes les despidió diciéndoles que se cuidaran y que se prepararan con empeño; la marcha iba a iniciarse a la aurora siguiente.

Ya se había disuelto aquella asamblea cuando lle- 45
garon los númidas enviados en misión de reconocimiento. La mayoría de los que habían salido había muerto y los restantes habían huido precipitadamente, porque no lejos de su propio campo se habían trope- 2
zado con la caballería romana, enviada por Publio con la misma finalidad, y ambos destacamentos pusieron tal coraje en la escaramuza que murieron en ella ciento cuarenta jinetes entre galos y romanos, y más de doscientos jinetes númidas. Después de la refriega los ro- 3
manos siguieron la persecución y se acercaron al atrincheramiento cartaginés, que examinaron; dieron la vuelta y regresaron para explicar a su general la presencia del enemigo. Llegaron, pues, a su campamento, y la anunciaron. Escipión transportó inmediatamente 4
sus bagajes a las naves, levantó todo su campamento y avanzó hacia el río, deseando establecer contacto con el enemigo. Al día siguiente de la asamblea Aníbal, al 5
amanecer, hizo avanzar toda la caballería en dirección al mar, en situación de observadora, e iba haciendo salir del atrincheramiento a sus fuerzas de a pie para emprender la marcha. Él personalmente se quedó en 6
espera de los elefantes y de los hombres que había

dejado a su cuidado. El paso de los elefantes se efec-
tuó como sigue:
46 Construyeron un gran número de balsas muy sóli-
das, ataron fuertemente entre sí a dos de ellas y las
adosaron a la tierra firme, a la orilla misma del río;
entre ambas tenían una anchura como de cincuenta
2 pies. Por la parte externa de éstas ataron otras que
encajaran con ellas, y alargaron así la plataforma hacia
3 el curso del río. Consolidaron el lado de la corriente
con cables fijados en tierra, atándolos a los árboles
que crecían en la orilla, para que toda la obra resis-
4 tierra y no cediera, yéndose río abajo. Cuando hubie-
ron construido el conjunto de esta plataforma proyec-
tada hacia adelante, de una anchura de dos pletros[97],
añadieron a las últimas balsas dos más excepcionalmen-
te resistentes, atadas estrechamente, y a éstas otras,
de la misma manera, pero de modo tal que las amarras
5 fueran fáciles de cortar. Además, habían fijado a las
balsas muchas correas: con ellas los esquifes que iban
a remolcar las balsas impedirían que éstas fueran
arrastradas por el río, y al retenerlas con fuerza contra
la corriente permitirían transportar y pasar a los ele-
6 fantes sobre tales artilugios. Recubrieron las balsas
con mucha tierra, que echaron encima hasta nivelarlas;
las allanaron y les dieron el mismo color del camino
7 que conducía al vado a través de la tierra firme. Los
elefantes están acostumbrados a obedecer a los indios
hasta llegar al agua, pero en modo alguno se atreven
a penetrar en ella. Los indios hicieron avanzar por la
tierra apisonada a un par de hembras, que los elefan-
8 tes siguieron. Así que situaron en las últimas balsas a
los elefantes, cortaron las amarras que las unían a las
otras, tiraron con los esquifes de los cables y pronto

[97] El área de un pletro es 0,087 de hectárea, unos treinta metros cuadrados.

separaron de la tierra apisonada los elefantes y las bal-
sas que los transportaban. Tras esta operación los ani- 9
males al principio se pusieron a dar vueltas y embes-
tían hacia todas partes; pero, rodeados por la corriente,
se acobardaron y se vieron forzados a permanecer en
su sitio. De esta manera, atando cada vez dos balsas, 10
hicieron cruzar encima de ellas la mayoría de los ele-
fantes. Algunos, con todo, se lanzaron aterrorizados al 11
río a mitad de la travesía, y ocurrió que sus indios
murieron todos, pero los elefantes se salvaron. Pues,
gracias a la fuerza y longitud de sus trompas, que le-
vantaban por encima del agua, inspirando y exhalando
a la vez, resistieron la corriente, haciendo erguidos la
mayor parte de la travesía.

Cuando los elefantes hubieron sido trasladados, Aní- 47
bal los recogió, y con ellos y los jinetes formó la reta-
guardia. Y avanzó paralelamente al río, desde el mar
en dirección a Oriente; se marchaba como si fuera
hacia el interior del continente europeo.

El Ródano tiene sus fuentes orientadas hacia po- 2
niente, encima del golfo Adriático, en la vertiente norte
de los Alpes; fluye en dirección Sudoeste y desemboca
en el Mar de Cerdeña. Corre casi siempre por un valle 3
en cuya parte norte habitan los galos ardieos[98], pero
por el Sur le bordean en toda su longitud las estriba-
ciones de los Alpes que miran hacia el Norte. Las lla- 4
nuras del Po, de las que hemos hablado largamente,
están separadas del valle del Ródano por la citada
cordillera, que arranca en Marsella y cubre todo el
golfo Adriático; esta cadena montañosa es la que, par- 5
tiendo de la región del Ródano, franqueó Aníbal para
invadir Italia.

Algunos de los autores que han tratado este paso 6
de los Alpes quieren sobrecoger a los lectores mediante

---

98 Es un linaje totalmente desconocido.

narraciones portentosas sobre los lugares citados, y no
caen en la cuenta de que cometen las dos faltas más
directas contra el género histórico, pues narran men-
7 tiras y, además, se contradicen a sí mismos: presen-
tan a Aníbal como general sin parangón por su pre-
visión y audacia, y al mismo tiempo nos lo muestran,
8 sin duda alguna, como el más irracional; entonces, in-
capaces de encontrar solución y salida a sus embustes,
introducen dioses e hijos de dioses en la historia cien-
9 tífica. En efecto, establecen que la fragosidad y las
dificultades de los Alpes son tales que, no ya los ca-
ballos y los ejércitos, junto con los elefantes, sino que
ni tan siquiera la infantería ligera los pasaría con
10 facilidad; y como también nos describen aquellos pa-
rajes como tan desiertos que, a no ser que un dios o
un héroe hubiera guiado a los hombres de Aníbal,
todos se hubieran visto en una situación difícil y hu-
bieran perecido, es evidente que estos autores caen en
ambos errores citados.

48 Porque, ante todo, ¿qué general nos parecería más
2 absurdo que Aníbal, qué jefe más inhábil? ¿Él, coman-
dante de un ejército tan enorme, hombre que abrigaba
las esperanzas de un triunfo total en sus empresas,
no iba a conocer ni las rutas del país ni los parajes
—según afirman estos autores—, ni, en absoluto, las
3 tierras ni los hombres a los que se dirigía, y, lo que
ya es el colmo, incluso si se lanzaba a una empresa
posible?

4 Pero lo que no admiten ni los generales derrota-
dos irremisiblemente y que se ven en dificultades de
todo género, es decir, entrar con sus tropas en parajes
desconocidos, estos autores se lo achacan a Aníbal
cuando en sus planes tenía todavía intactas las más
5 bellas esperanzas. Igualmente es manifiesta la falacia
de estos autores cuando nos dicen que los lugares en
6 cuestión son un desierto abrupto e impracticable. Ig-

noran, en efecto, que los galos transalpinos, que habitan junto al río Ródano, ya muchas veces antes de la presencia de Aníbal, y no en tiempos remotos, sino muy poco antes, habían cruzado los Alpes, cosa que sabe todo el mundo, para oponerse a los romanos y luchar codo a codo con los galos que habitan las llanuras del Po, tal como hemos explicado en los libros anteriores.
Tales autores no saben además que los mismos Alpes 7
son habitados por una población muy numerosa, y al ignorar totalmente lo dicho, afirman que un héroe se
apareció a los cartagineses y les mostró el camino. Por 8
esto es natural que deban recurrir a algo semejante a aquello a que recurren los autores trágicos. Éstos, al final de sus dramas, necesitan de un *deus ex machina,* puesto que sus planteamientos iniciales son irraciona-
les y absurdos. Es inevitable que a estos autores les 9
ocurra algo semejante, y que se inventen apariciones de dioses y de héroes, puesto que propusieron principios poco fiables y falsos. ¿Cómo sería posible poner
un final razonable a unos comienzos absurdos? Pero 10
Aníbal desarrolló sus planes no como éstos escriben,
sino con un alto sentido práctico: había averiguado de 11
modo concluyente la fertilidad del país al que se proponía acudir, la aversión de sus habitantes contra los romanos, y para el paso de los lugares intermedios difíciles se había servido de guías y de unos jefes indígenas que iban a participar de sus mismas esperanzas.

Hacemos estas afirmaciones con una seguridad total, 12
por habernos documentado sobre las operaciones a través de personas que tomaron parte directamente en aquellos sucesos, y por haber visitado personalmente los lugares y haber hecho la ruta de los Alpes para tener una visión y un conocimiento exactos.

Cuando hacía tres días que los cartagineses habían 49
iniciado la marcha, Escipión, el general romano, llegó

al paso del río. Comprobó que el adversario ya había
2 partido, y se maravilló a más no poder, ya que estaba
persuadido de que jamás osaría efectuar la marcha
hacia Italia por aquellos lugares, entre otras razones
porque los bárbaros de aquellos parajes eran muchos
3 y muy traidores. Pero al ver que los cartagineses se
habían arriesgado, regresó rápidamente hacia las naves,
4 llegó donde estaban y embarcó a sus tropas. Envió a
su hermano a las operaciones de España, y él perso-
nalmente viró en redondo y navegó hacia Italia, con el
afán de adelantarse al adversario, y, a través de la Etru-
ria, encontrarle al pie de los Alpes.

5 Aníbal marchó ininterrumpidamente durante cuatro
días desde que cruzara el río, y llegó a un lugar llamado
La Isla [99], país muy poblado y rico en trigo, cuyo nom-
6 bre se debía a su misma forma: por un lado fluye el
río Ródano y por el otro el Isère; cuando conflu-
7 yen dan a este lugar la figura de una punta. Tanto en
dimensiones como en forma es un lugar parecido al
que en Egipto se llama El Delta, sólo que en éste el
mar forma uno de los lados, que ciñe las desemboca-
duras de los ríos; aquí el lado correspondiente lo for-
man montañas difícilmente practicables, de penetra-
ción penosa y casi, por así decir, inaccesibles.

8 Aníbal, pues, llegó a este lugar y se encontró en él
con dos hermanos que se disputaban la realeza, y que
9 se habían enfrentado ya con sus dos ejércitos. El mayor
de estos hermanos se atrajo a Aníbal y le pidió colabo-
ración y ayuda para hacerse con el poder. El cartaginés
accedió, pues era claro el provecho que en aquel mo-
10 mento iba a obtener. De modo que le ayudó militar-
mente, y tras expulsar al otro, obtuvo muy buena co-
11 laboración por parte del vencedor; pues no sólo abas-
teció abundantemente de trigo y de otras provisiones

99 Es, sin duda alguna, un lugar de la cuenca del Isère.

a su ejército, sino que al cambiarle las armas viejas y gastadas renovó así su fuerza de manera muy oportuna. Además, como avitualló a la mayoría con vesti- 12
dos y calzados, les procuró la mayor facilidad para cruzar los montes. Y lo que es más importante: los 13
cartagineses temían su paso por la región de los galos llamados alóbroges, y este rey les cubrió la retaguardia con su propio ejército; así dispuso que los cartagineses avanzaran sin peligro hasta llegar al paso de los Alpes.

Aníbal pasa los Alpes

Tras una marcha de diez días 50
a lo largo del río, unos ochocientos estadios, Aníbal inició la ascensión de los Alpes [100], y cayó en los mayores riesgos. Pues mien- 2
tras los cartagineses se encontraban aún en la llanura, los jefes de las tribus de los alóbroges se mantuvieron distanciados de ellos, tanto por temor a la caballería como a los bárbaros que cerraban la marcha. Pero 3
cuando éstos se hubieron retirado a sus tierras y los hombres de Aníbal empezaban ya el avance por terrenos difíciles, entonces los jefes alóbroges concentraron un número de tropas suficientes y se adelantaron a ocupar lugares estratégicos, por los cuales los hombres de Aníbal debían efectuar inevitablemente la ascensión. Si hubieran logrado mantener oculta su inten- 4
ción hubieran podido destruir totalmente el ejército de los cartagineses; pero como fueron descubiertos, aunque causaron grandes estragos en los hombres de Aníbal, no fueron menores los que se infirieron a sí mismos. El general cartaginés, en efecto, sabedor de 5

---

100 Napoleón Bonaparte, que parece que se interesó por la ciencia militar, sostenía que esta ascensión de los Alpes se había iniciado por el pequeño San Bernardo. Por lo demás, el trazado de la ruta más probable de Aníbal en su paso de los Alpes puede verse en *Weltatlas*, pág. 31.

que los bárbaros se habían anticipado a ocupar posi-
ciones estratégicas, acampó en sus mismas estribacio-
6 nes y permaneció allí. Envió a algunos galos de los
que actuaban como guías para que indagaran las inten-
7 ciones del adversario y toda su disposición. Los envia-
dos cumplieron las órdenes, y Aníbal pudo saber que
el enemigo de día observaba cuidadosamente el orden
y custodiaba los parajes, pero que de noche se retira-
ban a una ciudad no lejana. Se ajustó, pues, a esta tác-
8 tica, y dispuso la acción como sigue: tomó sus fuerzas,
avanzó a la vista de todos, se aproximó a los lugares
9 abruptos y acampó no lejos del enemigo. Cuando so-
brevino la noche ordenó encender hogueras, y dejó
allí la mayor parte de sus tropas. Equipó a los hom-
bres más aptos como soldados de infantería ligera,
durante la noche pasó los desfiladeros y tomó las po-
siciones que habían sido ocupadas antes por el adver-
sario, puesto que los bárbaros se habían retirado, según
su costumbre, a la ciudad.

51 Logrado esto, cuando vino el día, los bárbaros, aper-
cibidos de lo ocurrido, primero desistieron de sus in-
2 tenciones. Pero después, al ver la gran cantidad de
acémilas y a los jinetes que marchaban con dificultad y
lentamente por aquellas fragosidades, se decidieron por
3 esa circunstancia a cortar la marcha. Cuando llegó el
momento, los bárbaros atacaron por todas partes, y el
desastre de los cartagineses fuy muy grande, no tanto
4 por los hombres, sino por aquellos parajes. La vereda,
en efecto, no sólo era estrecha y pedregosa, sino tam-
bién empinada, de manera que cualquier movimiento
o cualquier perturbación hacía que se despeñaran por
5 los precipicios muchas acémilas con sus cargas. Los
que provocaban más este desorden eran los caballos
heridos; cada vez que una herida les desbocaba, unos
caían de bruces sobre las acémilas y otros se precipi-
taban hacia adelante y arrastraban consigo todo lo

que en la aspereza se les presentaba; se producía una
confusión enorme. Al ver esto Aníbal y calcular que 6
si se perdían todos los bagajes ni aun los que consi-
guieran eludir el riesgo se salvarían, recogió a los que
de noche habían tomado las posiciones estratégicas y
se lanzó en ayuda de los suyos que abrían la marcha.
Allí murieron muchos bárbaros, puesto que Aníbal ata- 7
caba desde lugares más altos, pero no menos cartagi-
neses. En efecto: la confusión que ya acompañaba a 8
la marcha se acrecentó por el griterío y el combate
de los citados. Sólo cuando hubo matado a la mayoría 9
de los alóbroges y obligado a los restantes a replegarse
y a huir a sus tierras Aníbal logró que, a duras penas,
atravesaran aquellos lugares difíciles las acémilas y
los acemileros supervivientes. Él mismo, pasado el pe- 10
ligro, reunió a todos los hombres que pudo y atacó la
ciudad desde la que el enemigo le había agredido. La 11
sorprendió casi desierta, pues las posibles ganancias
habían atraído a sus habitantes, y se adueñó de ella.
En este lugar Aníbal obtuvo muchas cosas útiles, tanto
para el presente como para el futuro. De momento 12
se hizo con una gran cantidad de caballos y de acémi-
las, junto con muchos hombres suyos que habían caído
prisioneros. Tuvo, además, abundancia de trigo y de
ganado para dos o tres días, y, sobre todo, infundió 13
temor a las tribus vecinas, de manera que los habitan-
tes de las proximidades ya no se atrevieron sin más
a molestarle durante la ascensión.

Aníbal estableció allí su campamento, aguardó un 52
día y se puso de nuevo en marcha. En las jornadas si- 2
guientes condujo con seguridad su ejército hasta cierto
punto, pero en el día cuarto se volvió a ver expuesto a
grandes riesgos. En efecto, los que habitaban los luga- 3
res por los que pasaba tramaron de común acuerdo
un engaño y le salieron al encuentro con coronas y
ramos de olivo, lo cual entre casi todos los bárbaros

es señal de amistad, al igual que el caduceo entre los
4 griegos. Tales lealtades no acababan de convencer a
Aníbal, e intentaba con sumo cuidado averiguar sus
5 intenciones y su entero propósito. Ellos afirmaron que
conocían bien la toma de la ciudad y la ruina de los
que habían intentado dañarle, y le aclararon que es-
taban allí por esto, porque no querían hacer ni sufrir
nada malo; le prometieron, además, que le entregarían
6 rehenes. Durante mucho tiempo Aníbal anduvo preca-
vido y desconfiaba de lo que le iban diciendo. Con
todo, calculó ⟨que si aceptaba⟩ aquellos ofrecimientos,
quizás convertiría en más cautos y pacíficos a los que
se le habían presentado, pero que si no los aceptaba,
los tendría por enemigos declarados. Se avino, pues, a
lo que le decían, y simuló aceptar aquellas amistades.
7 Los bárbaros entregaron los rehenes, aportaron reba-
ños en abundancia y, en suma, se entregaron sin reser-
vas ellos mismos en sus manos, de modo que Aníbal y
los suyos acabaron por creer tanto en ellos que les
tomaron por guías en los lugares difíciles que iban a
8 seguir. Los bárbaros, pues, les guiaron durante dos
días, y entonces una masa de bárbaros que les iba si-
guiendo les ataca cuando cruzaban un desfiladero di-
fícil y escarpado.

53 En aquella ocasión se hubiera perdido, simplemen-
te, todo el ejército de Aníbal. Pero éste guardaba to-
davía un punto de desconfianza, y, en previsión del
futuro, había situado bagajes y caballería abriendo la
marcha; la infantería marchaba, cerrándola a retaguar-
2 dia. Ésta, pues, estaba al acecho, lo cual aminoró el
desastre, pues los soldados de a pie contuvieron el
3 ataque de los bárbaros. Sin embargo, y a pesar de
que salió del trance, perdió gran cantidad de hombres,
4 de acémilas y de caballos. El enemigo, en efecto, había
ocupado las alturas; los bárbaros, avanzando por las
cumbres, hacían caer peñascos, que rodaban contra

unos, lanzaban a mano piedras contra otros, y así les
causaron tanto riesgo y confusión que Aníbal se vio 5
forzado a pernoctar con la mitad de su ejército en un
lugar yermo, rocoso y pelado, separado de sus caballos
y de sus acémilas; les iba cubriendo, hasta que a duras
penas logró, durante la noche, salvar el desfiladero. Al 6
día siguiente, cuando el enemigo se hubo ya retirado,
estableció contacto con jinetes y acémilas, y progresó
hacia los pasos más avanzados de los Alpes, sin en-
contrarse ya ningún grupo organizado de bárbaros, y
hostigado sólo por pequeñas bandas y en ciertos para-
jes; unos por retaguardia y otros por vanguardia, le 7
privaron de algunas acémilas con asaltos bien calcu-
lados. En todas estas acciones a Aníbal le fueron de 8
gran utilidad los elefantes: el enemigo no osaba atacar
por los lugares por los cuales éstos pasaban, ya que la
extraña figura de estos animales les resultaba impo-
nente.

Al cabo de nueve días llegó a la cumbre, donde 9
acampó y aguardó dos, con la intención de hacer des-
cansar a los que se habían salvado y recobrar a los
rezagados. En esta ocasión muchos de los caballos que 10
habían perdido el tino y muchas de las bestias de
carga que la habían arrojado de sí siguieron sorpren-
dentemente el rastro, lo recorrieron y volvieron a es-
tablecer contacto con el campamento.

La nieve se iba acumulando ya sobre las cumbres, 54
puesto que se aproximaba el ocaso de las Pléyades [101].
Aníbal vio a sus tropas desmoralizadas tanto por las
penalidades precedentes como por las que preveían.
Congregó a sus hombres e intentó estimularles, toman- 2
do para ello como única ocasión la vista de Italia; pues
está tan próxima a los montes en cuestión que si se
mira a la vez a ambos lados, los Alpes parecen estar

101 Estamos a finales de septiembre del año 218.

3 dispuestos como la acrópolis de toda Italia. Por eso
Aníbal iba mostrando a sus hombres las llanuras del
río Po, y les recordaba en resumen la buena disposición de los galos que la habitaban; al propio tiempo
les indicaba la situación de Roma. Y así logró infundir
4 elevada moral a sus soldados. Al día siguiente levantó
el campamento e inició el descenso. En él ya no encontró adversarios, fuera de algunos malhechores emboscados, pero los parajes mismos y la nieve le hicieron
perder casi tantos hombres como los que había perdido
5 en la subida. La bajada se hacía por rutas estrechas
y en pendiente, y la nieve había borrado los caminos;
todo el que caía fuera de la senda y se extraviaba, se
6 despeñaba precipicio abajo. Sin embargo, los hombres
de Aníbal soportaron también estas penalidades, puesto
7 que ya estaban habituados a las cosas así. Pero llegaron a un lugar muy angosto que no podían atravesar
ni los elefantes ni las acémilas; su longitud era de
estadio y medio. La pendiente, antes ya muy pronunciada, lo era todavía más, por un reciente desprendimiento. Allí el ejército volvió a desmoralizarse y a re-
8 troceder. Primero el general cartaginés intentó dar un
rodeo y evitar aquel mal paso, pero la nieve caída hacía
también imposible esta solución, y Aníbal renunció al
intento.

55 Lo que ocurría era raro y desacostumbrado. Porque
sobre la nieve primera y la que quedaba del invierno anterior estaba la nieve recién caída, fácil de
hollar por dos motivos: su precipitación era reciente,
y por esto se trataba de nieve blanda, sin un espesor
2 excesivo. Pero cuando la habían pisado y caminaban
encima de la capa inferior helada no lograban fijar el
pie, sino que patinaban resbalando con ambos pies;
ocurría lo mismo que cuando se camina por lugares
3 fangosos. Lo que seguía era peor: pues los hombres, al
4 no poder romper la capa inferior de nieve, cuando se

caían, pretendían ayudarse con las rodillas o con las
manos para levantarse, y entonces los miembros en
los que se apoyaban resbalaban todavía más, ya que
el terreno presentaba una pendiente muy fuerte. Las 5
acémilas, si caían, cuando intentaban levantarse rom-
pían la capa inferior de nieve congelada, pero queda-
ban aprisionadas en ella por el peso de la carga que
transportaban y por la congelación de la nieve antigua.

Por aquí Aníbal ya no esperó nada, y acampó en la 6
cresta de la cordillera, de la que había mandado retirar
la nieve; después él personalmente dirigió a sus solda-
dos en la excavación de un camino en la roca, con un
trabajo muy penoso. Pero en un solo día consiguió 7
abrir un paso suficiente para las acémilas y los caba-
llos; los hizo pasar inmediatamente y acampó en luga-
res en los que no había nieve; allí mandó las bestias al
pasto. Luego envió a los númidas para que, trabajando 8
en cuadrillas, abrieran camino. Este trabajo también
fue muy arduo, pero en poco menos de tres días hizo
pasar a los elefantes, que estaban ya casi exhaustos
por el hambre: las crestas de los Alpes y los parajes 9
próximos a los pasos carecen totalmente de árboles;
todo es yermo, debido a que siempre hay nieve, en
invierno y en verano; en cambio, desde la mitad de las
laderas hasta el pie de los montes, por las dos ver-
tientes los parajes están llenos de árboles y de vege-
tación y son totalmente habitables.

Aníbal, cuando hubo reunido toda su fuerza, em- 56
prendió el descenso, y al tercer día de su partida de
los precipicios citados llegó a la llanura. Había per- 2
dido muchos combatientes, unos a manos de los ene-
migos, o a causa de los ríos, durante la marcha, y mu-
chos hombres en los barrancos y lugares difíciles de
los Alpes, y no sólo hombres, sino aun acémilas y ca-
ballos en cantidad superior. Al final, toda la marcha 3
desde Cartagena le duró cinco meses, y el paso de los

Alpes quince días. Llegó, pues, audazmente a las lla-
4 nuras del Po, al pueblo de los insubres. Había salvado una parte de los soldados de África, doce mil de a pie y ocho mil iberos; la cifra de caballos de que disponía, en conjunto, no iba mucho más allá de los seis mil, como el mismo Aníbal señala en la estela que, en el cabo Lacinio, contiene un recuento de sus tropas.

5 Por aquel mismo tiempo, como dije más arriba, Escipión había confiado fuerzas a su hermano Cneo, con el encargo de que atendiera los asuntos de España e hiciera enérgicamente la guerra a Asdrúbal. Él zarpó
6 con unos pocos hombres hacia Pisa. Hizo la marcha a través de la Etruria, y tomó de los pretores el mando de los ejércitos que, a sus órdenes, hacían la guerra a los boyos. Acudió a las llanuras del Po y acampó allí, ansioso de trabar batalla.

Digresión sobre la historia

57 Nosotros, una vez que en nuestra exposición hemos llevado los jefes de ambos bandos y la guerra a Italia, antes de empezar a narrar las batallas queremos discurrir brevemente acerca de lo que consideramos adecuado a nuestra obra.

2 Algunos se preguntarán sin duda cómo, tras haber hecho una larga exposición acerca de los parajes del África y de España, no hemos tratado con más detalle la entrada de las columnas de Hércules, el Mar Exte-
3 rior ni las características que este mar tiene, ni las Islas Británicas, ni la producción de estaño. Nada hemos dicho sobre las minas de oro y de plata que hay en España. Todos son temas muy discutidos por los
4 autores, que los tratan en prolijos discursos. Nosotros, sin embargo, los hemos omitido no por creer que estos temas sean ajenos a la historia, sino porque no queremos ni prolongar la exposición en cada punto ni apartar de la descripción sistemática a los lectores es-

tudiosos. Además, consideramos que no había que men- 5
cionar estos puntos de forma marginal o dispersa, sino
tratarlos en su entidad, dando a cada uno su lugar
oportuno, e investigar así, en la medida de lo posible,
lo que hay de verdad en cada uno.

Por eso, que nadie se extrañe si, en lo que sigue, 6
al llegar a las regiones en cuestión, los aspectos de
este tipo también quedan omitidos; las razones se han
dado ya. Si algunos intentan oír, por todos los medios, 7
temas semejantes en conjunto y en detalle, quizás ig-
noren que les ocurre algo parecido a los comilones en
los banquetes. En efecto: los tragones comen todo lo 8
ofrecido, pero no extraen verdadero placer de ninguno
de los manjares, no obtienen ninguna digestión útil
para el futuro, ninguna nutrición provechosa, bien al
contrario. Los que durante su lectura se comportan así 9
no extraen debidamente de ella ninguna instrucción
inmediata ni una utilidad para el porvenir.

No hay parte de la historia que, como ésta, re- 58
quiera más corrección y circunspección; esto es claro
por muchas razones, pero ante todo por las siguientes:

Casi todos o, al menos, la mayoría de tratadistas 2
que han intentado explicar las peculiaridades y dispo-
siciones de los países más extremos del universo que
habitamos han errado en multitud de puntos. Éstos 3
no pueden ser en absoluto descuidados: debemos re-
futarlos no de una manera marginal y al azar, sino con
conocimiento de causa. Debemos hablar no en tono 4
de reproche ni de rechazo, más bien de alabanza, pero
corrigiendo su ignorancia, porque sabemos que estos
autores, si hubieran tenido las oportunidades de ahora,
habrían modificado y rehecho muchas de sus afirma-
ciones. En las épocas anteriores han sido pocos los 5
griegos que se han dedicado a explorar estas regiones
más alejadas; la empresa ofrecía dificultades ímprobas.
En efecto, los peligros del mar eran innumerables, pero 6

7 muchos más eran los riesgos por tierra. Y aun en el
caso de que alguien, por gusto o por necesidad, hu-
biera conseguido llegar a los confines del mundo, ni
8 aun así habría alcanzado su propósito, porque es muy
difícil ser testigo ocular de ciertas cosas, debido a que
algunos lugares son incivilizados, y otros están desier-
tos. Todavía es más difícil conocer y aprender de pa-
9 labra lo que sea, por la diferencia de lenguas. Incluso
si se llegara a conocerlas, es aún más arduo que las
cosas precedentes usar con moderación de este cono-
cimiento, rechazar lo fantástico y monstruoso y honrar
la verdad por el honor que cada cual se debe a sí
mismo, sin narrar nada que no responda a la realidad.

59 En épocas pretéritas resultaba no difícil, sino prác-
ticamente imposible una descripción ajustada a la reali-
dad de las regiones citadas, por lo cual no debemos
reprochar a los historiadores sus errores y omisiones.
2 Lo justo es admirarse y alabarles por lo que conocieron
y progresaron en el conocimiento de estas materias en
sus épocas.

3 Pero en la nuestra, en Asia por el imperio de Ale-
jandro y en las demás regiones por el dominio de los
romanos se puede viajar y navegar casi por todas par-
4 tes. Los hombres emprendedores se han visto libres
por fin de la preocupación que representan las accio-
nes guerreras y políticas, y esto les ha proporcionado
muchas ocasiones de investigar y de instruirse en el
5 estudio de los temas citados. Sería conveniente y ne-
cesario un conocimiento más real de lo que antes se
6 ignoraba. Esto es lo que intentaremos hacer cuando
encontremos en nuestra *Historia* un lugar adecuado.
Querríamos que los que quieren saber por curiosidad
participaran de un conocimiento más completo de lo
7 enunciado. Fue principalmente por esto por lo que
afrontamos los peligros y las penalidades que nos ocu-
rrieron en un viaje por África, por España, por la Galia

y por el Mar Exterior que cierra estos países, para pro- 8
porcionar a los griegos el conocimiento de estas partes
del universo, y corregir la ignorancia de nuestros ante-
pasados sobre estos temas.

Ahora, volviendo al punto de partida de la digre- 9
sión, intentaremos aclarar las luchas ocurridas en Ita-
lia en las confrontaciones entre romanos y cartagineses.

Aníbal y Escipión, frente a frente en Italia

Ya hemos precisado el número 60
de soldados con que Aníbal llegó
a Italia. Tras su entrada, acampó 2
en las mismas estribaciones de
los Alpes, y de momento procuró
que sus tropas se repusieran. Todo su ejército estaba 3
en una situación lamentable no sólo por las ascensio-
nes y descensos y por las penalidades de la travesía;
la escasez de víveres y los nulos cuidados corporales lo
habían deteriorado enormemente. Ante estas privacio- 4
nes y lo continuo de las calamidades muchos se habían
desmoralizado por completo. Las dificultades del te-
rreno habían imposibilitado a los cartagineses trans-
portar provisiones abundantes para tantas decenas de
millares de hombres, e incluso se perdió la mayor parte
de lo que acarreaban cuando perdieron las acémilas.
Cuando cruzó el Ródano, Aníbal tenía unos treinta y 5
ocho mil hombres de infantería y más de ocho mil
jinetes, pero en los pasos perdió casi la mitad de las
fuerzas, como apunté más arriba. Los supervivientes 6
tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comporta-
miento, como consecuencia de la continuidad de las
penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en 7
su cuidado, y recuperó a sus hombres tanto en sus
cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se
repusieran los caballos.

Tras esto, rehechas ya sus tropas, los turineses, 8
que viven al pie de los Alpes, andaban peleando con
los insubres, pero recelaban de los cartagineses; pri- 9

mero Aníbal les había ofrecido su amistad y alianza.
Pero al serle rechazadas, acampó junto a la ciudad,
que era muy fuerte, y en tres días la rindió por asedio.
10 Mandó decapitar a sus oponentes, con lo cual infundió
tal pavor a los bárbaros que habitaban en las cerca-
nías que acudieron todos inmediatamente a ofrecerle
11 su lealtad y sus personas. El resto de los galos que
habitaban las llanuras se apresuró a asociarse a las
empresas de los cartagineses, según el acuerdo ante-
12 rior. Pero debido a que las legiones romanas habían
rebasado a la mayor parte de estos galos y les habían
interceptado, permanecían inactivos; algunos incluso
se vieron forzados a militar con los ejércitos romanos.
13 Al ver esto Aníbal, decidió no perder tiempo, sino se-
guir adelante y hacer algo para infundir confianza a
los que estaban dispuestos a participar en sus espe-
ranzas.

61 Tales eran sus propósitos. Sabía, además, que Es-
cipión había cruzado el Po con sus tropas y que estaba
2 cerca. Al principio no hacía caso a los mensajeros: no
dejaba de pensar que pocos días antes le había dejado
en los pasos del Ródano, y calculaba cuán larga y di-
fícil sería la navegación desde Marsella a Etruria.
3 Sabía, además, por sus informadores, cuán enorme y
dura era para un ejército la marcha desde el Mar Ti-
4 rreno a través de Italia hasta los Alpes. Pero como las
informaciones que le llegaban eran cada vez más fre-
cuentes y claras, se admiró y quedó sobrecogido ante
5 los planes y la gesta del cónsul. Y Escipión experimen-
tó algo semejante. Primero creyó que Aníbal ni tan
siquiera iba a intentar el paso por los Alpes con un
ejército tan heterogéneo. Si llegaba a atreverse, Esci-
pión suponía que, evidentemente, la ruina de Aníbal
6 iba a ser total. Calculando así, cuando se enteró de
que Aníbal había salvado el obstáculo, y se encontraba
ya en Italia, asediando algunas ciudades, quedó pas-

mado de la audacia del hombre y de su coraje. Lo 7
mismo sintieron los habitantes de Roma ante lo que
se les venía encima. Apenas si acababa de cesar el 8
rumor de que los cartagineses habían tomado Sagunto,
y tras haber deliberado sobre ello, habían mandado
uno de los cónsules al África a asediar la propia ciu-
dad de Cartago, y al otro a España, para que allí gue-
rreara contra Aníbal, cuando les llega la noticia de
que Aníbal está allí con un ejército y de que está ya
asediando algunas ciudades en Italia. Lo ocurrido les 9
pareció increíble, y perturbados mandaron inmediata-
mente mensajeros a Tiberio, que se encontraba en Li-
libeo, a señalarle la presencia del enemigo; debía aban-
donar sus planes y correr a toda prisa en socorro de
su país. Tiberio concentró inmediatamente a los hom- 10
bres de su flota y los envió con la orden de que na-
vegaran en dirección a la patria. A través de los tribu-
nos tomó juramento a sus fuerzas de tierra, y les
señaló el día en que debían presentarse en Rímini
para pernoctar allí. Ésta es una ciudad junto al Mar 11
Adriático, situada en el límite meridional de la llanura
del Po. Había movimientos simultáneos en todas par- 12
tes, lo que ocurría eran noticias inesperadas para todos,
y ello producía en cada uno una inquietud acerca del
futuro que no se podía tomar a la ligera.

En este momento, Aníbal y Escipión ya estaban uno 62
cerca del otro, y se propusieron arengar a sus propias
fuerzas, exponiendo cada uno lo adecuado a las cir-
cunstancias presentes.

Aníbal emprendió la exhortación de la manera si- 2
guiente: congregó a su gente e hizo conducir allí a 3
algunos jóvenes de los prisioneros [102] que había cogido

---

102 Aunque la dramática escena que sigue la narra también Tito Livio (la ha recogido de Polibio), los comentaristas coinciden en afirmar que se trata de una invención de Polibio.

cuando hostigaban su marcha a través de las aspere-
4 zas de los Alpes. Estos jóvenes habían sido maltratados siguiendo instrucciones concretas de Aníbal, en vista a sus propios designios: arrastraban pesadas cadenas, estaban rendidos de hambre y tenían el cuerpo molido
5 a palos. Les puso, pues, en medio, y al propio tiempo exhibió unas panoplias galas, las que habitualmente adornan a los reyes cuando éstos se disponen a un duelo; además de esto, hizo traer unos caballos y unos
6 sayos[103] riquísimos. Entonces preguntó a los jóvenes quiénes de ellos estaban dispuestos a luchar entre sí. La condición era que el vencedor se llevaría los premios propuestos, y el vencido se libraría de los males
7 presentes mediante la muerte. Los jóvenes gritaron todos a la vez y dijeron que querían entablar un duelo personal. Aníbal ordenó echarlo a suertes, y mandó que los dos que resultaran elegidos se armaran y lu-
8 charan uno contra el otro. Así que los jóvenes oyeron esto levantaron las manos en súplica a los dioses, pues todos anhelaban ser ellos los elegidos por la fortuna.
9 Cuando se vio el resultado del sorteo, los agraciados
10 exultaban de alegría, al revés de los restantes. Después del duelo, los prisioneros supervivientes felicitaban no menos al vencedor que al muerto, pues éste se veía ya libre de muchos y grandes males, que ellos su-
11 frían aún intensamente. El estado de ánimo era semejante en muchos cartagineses; pues al comparar la calamidad de aquellos a los que se volvían a llevar vivos, les compadecían y todos tenían por feliz al muerto.

63 Cuando con el espectáculo expuesto hubo infundido en el ánimo de sus tropas la disposición que pre-
2 tendía, Aníbal avanzó personalmente y dijo que había ordenado conducir allí a aquellos prisioneros para que

---

103 Es el *sagulum* de los romanos, pieza de vestir con franjas verticales de distintos colores.

el ejército viera claramente en las desgracias ajenas
su propia situación; así reflexionaría mejor sobre la
situación presente. La Fortuna, en efecto, les había 3
encerrado en una coyuntura semejante y les había im-
puesto un combate idéntico; los trofeos propuestos
eran paralelos. Era inevitable, pues, vencer, morir o 4
caer vivos en manos de sus enemigos. El premio del
triunfo no consistía en caballos ni en sayos, sino en
convertirse en los hombres más felices: se apoderarían
de las riquezas de Roma. Si en el combate les pasaba 5
algo [104], habrían luchado hasta el último aliento por
la más bella de las esperanzas, y acabarían su vida en
la pelea, sin haber sufrido otra calamidad. Pero los 6
vencidos o los que huyeran por amor a la vida o eligie-
ran vivir de otra forma participarían de todos los
males y desgracias. Si recordaban la longitud del ca- 7
mino efectuado desde sus patrias respectivas, el nú-
mero de guerras que hubo de por medio, si considera-
ban la anchura de los ríos que habían vadeado, no
habría nadie tan necio ni tan torpe que, huyendo, espe-
rara alcanzar la patria. Por eso creía que ellos debían 8
desechar totalmente esta esperanza, y que tuvieran,
ante su situación, la misma opinión que se habían
formado ante las desgracias ajenas. Pues igual que ante 9
aquellos jóvenes, todos consideraban feliz tanto al ven-
cedor como al muerto, y, en cambio, compadecían a
los vivos, de igual manera Aníbal pensaba que ellos
debían opinar acerca de sí mismos. Todos debían acu-
dir a los combates para vencer, y si esto resultaba
imposible, para morir. Les pedía que no admitieran 10
en modo alguno la esperanza de sobrevivir derrotados.
Si adoptaban este razonamiento y designio, era evidente 11
que les seguirían a la vez la salvación y la victoria,
porque todos los que por preferencia o por necesidad 12

104 Eufemismo: morían.

adoptan un tal propósito, jamás se engañan en cuanto
13 a vencer a sus adversarios. Y siempre que el enemigo tenga la esperanza opuesta, que es lo que ahora acontece a los romanos, pues es evidente que si huyen la gran mayoría logrará salvarse, ya que tienen su patria a un paso, en este caso está claro que la audacia de los desesperados se convertirá en irresistible.

14 La gran mayoría aprobó el ejemplo y el discurso, y cobró el empuje y el ardor que pretendía el que les exhortaba. Entonces Aníbal les felicitó y les despidió al tiempo que les anunciaba que al día siguiente al alborear levantarían el campo.

64 Escipión había cruzado en aquellos mismos días el río Po, y pensaba pasar también el río Tesino. Ordenó a los pontoneros que tendieran puentes, y concentran-
2 do al resto de las fuerzas las arengó. La mayoría de las cosas que les dijo se referían al honor de la patria y de las gestas de los antepasados; en cuanto a la situa-
3 ción presente, les habló de esta manera: afirmó que, aunque de momento ellos no tuvieran ninguna experiencia del enemigo, el mero hecho de saber que iban a luchar contra cartagineses les debía hacer tener una
4 esperanza indiscutible de victoria. Debían pensar, sin la menor duda, que era cosa absurda e indigna que los cartagineses se opusieran a los romanos, cuando habían sido derrotados por ellos tantas veces y les habían pagado muchos tributos, y casi habían sido sus
5 esclavos durante tanto tiempo ya. «Y cuando, además de lo dicho, hemos aprendido a conocer a estos hombres hasta el punto de que no se atreven a mirarnos cara a cara [105], ¿qué debemos pensar acerca del futuro

105 Aquí la tradición manuscrita del texto griego ofrece ciertas dificultades, que se pueden comprobar en las ediciones críticas. El texto griego transmitido, efectivamente, es algo incoherente, y los mismos editores Büttner-Wobst modificaron

si hacemos una previsión correcta? Ni aún su propia 6
caballería, que trabó combate con la nuestra junto al
Ródano [106], se salió con honor, antes bien, tras sufrir
grandes pérdidas, huyó vergonzosamente hasta alcan-
zar su propio campamento; su general, con todo su 7
ejército, cuando supo la presencia de nuestros soldados,
se retiró de una manera muy parecida a una desban-
dada, y fue por su propia decisión, por miedo, por lo
que utilizó la ruta de los Alpes.» Y añadió que ahora 8
Aníbal estaba allí, tras haber perdido la mayor parte de
su ejército, y lo que le quedaba era impotente e inútil
por las malas condiciones en que estaba. Había perdido
también la mayor parte de sus caballos, y el resto no
servía para nada debido a la duración de la marcha
y a sus dificultades [107]. Con todo esto Escipión intentaba 9
demostrarles que les bastaría con mostrarse al ene-
migo. Lo que más les pedía es que cobraran ánimo al 10
ver que él estaba allí; puesto que jamás habría aban-
donado la flota y las acciones de España, a las que
había sido enviado, y no habría acudido tan aprisa
si no se hubiera convencido, de manera absolutamente
lógica, de que esta acción era necesaria para la patria,
y de que, además, era cosa clara en ella la victoria.

La autoridad del orador y la verdad de lo que les 11
decía hizo que todos cobraran ánimo para la lucha.
Escipión les felicitó por su empuje y les despidió con
la recomendación de que estuvieran prestos a las
órdenes.

---

su lectura en su segunda edición (1904). Mi traducción responde a esta segunda lectura.

106 Se refiere a la escaramuza narrada en el cap. 45 de este mismo libro.

107 A pesar de haberlos desaprobado, Polibio introduce aquí un discurso en estilo directo. Cf. la nota 160 del libro II.

65 *Primeras batallas: el Tesino*[108]

Al día siguiente, ambos jefes avanzaron por la orilla del río[109] que da a los Alpes; los romanos tenían la corriente a la izquierda y los cartagineses a la derecha. Al
2 cabo de dos jornadas supieron por los forrajeadores que los dos ejércitos estaban cerca uno del otro; se quedaron en el lugar en que estaban y acamparon.
3 Al amanecer, tomando ambos generales toda su caballería, y Escipión también a sus infantes armados de jabalinas, se adelantaron por la llanura, con el deseo
4 de inspeccionarse mutuamente las fuerzas. Así que se aproximaron y vieron la polvareda levantada, al ins-
5 tanto se alinearon para la batalla. Escipión situó delante a los infantes armados de jabalinas, y con ellos a los jinetes galos; dispuso el resto de frente y avan-
6 zaba lentamente. Aníbal colocó al frente su caballería bridada[110], y el resto de ella, sin freno, y así se enfrentó al enemigo. Había dispuesto a ambas alas la caballería númida, en vistas a una operación envolvente.
7 Los dos jefes y los jinetes de los dos bandos estaban con gran moral para la pelea, y el primer choque fue tal que la infantería ligera romana no consiguió disparar con antelación sus jabalinas, y se replegaron rápidamente a través de los huecos que entre sí dejaban los escuadrones, pasmados ante la arremetida enemiga y temiendo acabar pateados por los jinetes que
8 se echaban encima. Entonces, pues, las caballerías cho-

---

108 En Walbank, *Commentary*, pág. 398, hay un plano de la batalla del Tesino.

109 Polibio no llega a decir su nombre, pero aparte de que nos lo da Tito Livio, el río en cuestión no puede ser otro que el Tesino, que fluye de manera sensiblemente paralela a los Alpes.

110 Por oposición a los númidas, que montaban a caballo sin freno.

caron frontalmente, y su encuentro fue indeciso duran-
te mucho tiempo. Lo que había era a la vez un combate 9
de caballería y de infantería, porque durante la misma
lucha descabalgó una gran cantidad de combatientes. 10
Pero tras la operación envolvente de los númidas, que
atacaban por la espalda, los infantes romanos armados
de jabalinas que antes habían rehuido el choque contra
la caballería cartaginesa se vieron aplastados por el
número y violencia de los númidas. Y la caballería, 11
que primero luchaba de frente contra los cartagineses,
perdió muchos hombres, pero infligió pérdidas aún ma-
yores al enemigo. Mas cuando los númidas cargaron
por la espalda se dio a la fuga; unos se dispersaron y
otros se agruparon en torno a su comandante.

Escipión, pues, levantó el campo y avanzó, a tra- 66
vés de la llanura, hacia el puente tendido sobre el río
Po; quería que sus fuerzas se anticiparan a cruzarlo
primero: veía que los terrenos eran llanos y que el 2
enemigo era superior en caballería. Además, él mismo
estaba gravemente herido; por esto decidió apostar sus
fuerzas en un lugar seguro. Durante algún tiempo Aní- 3
bal supuso que los romanos le presentarían batalla con
sus fuerzas de infantería, pero al ver que habían levan-
tado el campamento, les persiguió hasta la primera
orilla y hasta el puente tendido encima[111]. Encontró 4

[111] Aquí hay un problema de crítica textual importante, porque condiciona, incluso, la ubicación de la batalla. La palabra griega que aquí se traduce por «primer» no consta en todas las fuentes manuscritas; si se admite la supresión, se admite automáticamente que la batalla se libró a orillas del Po y no del Tesino. No obstante, con Büttner-Wobst y la mayoría de editores, admito como genuina en el texto griego la palabra que significa «primer». Esto implica la existencia de dos puentes, cosa que Polibio tampoco dice explícitamente, pero que se deduce incuestionablemente del desarrollo de la batalla. Paton, tan parco en las notas en su edición, anota este lugar, e indica que la batalla se libró cerca de la población actual de Vigerano.

que la mayoría de las tablas habían sido arrancadas,
pero hizo prisioneros a los custodios del puente, que
5 estaban todavía allí; eran unos seiscientos. Sin embar-
go, cuando se enteró de que el resto de los romanos
estaba ya muy lejos, dio la vuelta e hizo la marcha
por las márgenes del río, deseoso de encontrar un lugar
donde se pudiera tender fácilmente un puente sobre
6 el Po. Al cabo de dos días se detuvo, y sirviéndose, a
modo de puente, de embarcaciones fluviales para el
paso, encargó a Asdrúbal el traslado de las tropas; él
mismo, después de cruzar, inmediatamente entabló ne-
gociaciones con unos embajadores de lugares próximos
7 que se habían presentado. Pues así que se produjo su
victoria, todos los galos limítrofes se apresuraron, se-
gún el propósito inicial, a hacerse amigos de los carta-
8 gineses, a ayudarles y a salir a campaña con ellos. Aní-
bal, pues, recibió amablemente a los presentes, y
cuando se le hubieron juntado las tropas de la otra
orilla, avanzó paralelamente al río, en una marcha
opuesta a la anterior, pues ahora la hacía río abajo,
9 ansioso de establecer contacto con el enemigo. Escipión,
que había cruzado el río Po, y había acampado junto a
la ciudad de Placencia, colonia romana, se curaba a sí
mismo y a los demás heridos, y, creyendo haber apos-
tado a su ejército en un lugar seguro, permanecía
10 inactivo. Pero Aníbal, que al cabo de dos días de haber
cruzado el río, llegó cerca del enemigo, al tercer día
11 situó a sus tropas a la vista de los romanos. Mas nadie
le salía al encuentro, y acampó, dejando unos cincuenta
estadios de intervalo entre ambos campamentos.

67 Los galos que combatían entre los romanos, al ver
que las esperanzas de los cartagineses eran más brillan-
tes, tramaron un complot, y aguardaban una ocasión
para atacar a los romanos; entre tanto permanecían
2 en sus tiendas. Cuando los soldados que estaban junto
a la misma empalizada cenaron y se retiraron a des-

cansar, las galos dejaron pasar la mayor parte de la no-
che hasta la tercera guardia [112]; entonces atacaron a los
romanos acampados junto a ellos. Mataron a muchos 3
e hirieron a no pocos; al final decapitaron a los muer-
tos y se pasaron a los cartagineses; eran dos mil, y
poco menos de doscientos jinetes. Aníbal les acogió be- 4
névolamente a su presencia, les estimuló y prometió
a todos recompensas adecuadas; luego les remitió a
sus ciudades de origen, para que explicaran a sus con-
ciudadanos cómo les había tratado y les animaran a
aliarse a él. Sabía que todos, cuando se hubieran ente- 5
rado de la traición que sus propios conciudadanos ha-
bían cometido contra los romanos, se aliarían, sin duda
alguna, a sus empresas. Al tiempo de éstos se presen- 6
taron también los boyos y entregaron a Aníbal aquellos
tres hombres enviados por los romanos para proceder
a la distribución de tierras, de los que se habían apo-
derado por traición al principio de la guerra, como
más arriba dije [113]. Aníbal acogió su lealtad y estableció 7
con ellos también amistad y alianza, pero les devolvió
a los hombres con el encargo de que los custodiaran
para poder recibir a cambio de ellos a sus propios re-
henes, según sus planes iniciales. Escipión, indignado 8
por la traición sufrida, calculó que si ya antes los galos
les habían sido hostiles, ahora ocurriría que todos los
de alrededor se inclinarían por los cartagineses. Creyó,
pues, indispensable precaverse ante el futuro; llegó la 9
noche, y al amanecer levantó el campo y marchó en
dirección al río Trebia [114] y a las colinas que se levan-
tan junto a él, confiando tanto en la aspereza de aquella
región como en los aliados que habitaban en sus inme-
diaciones.

---

112 De tres a seis de la madrugada.

113 En 40, 9 de este mismo libro.

114 Afluente del Po por su margen derecha.

Clastidio. Batalla de Trebia

68 Aníbal, tras conocer su marcha, envió sin dilaciones a los jinetes númidas, y no mucho después a los restantes. El ejército, mandado por él mismo, seguía
2 inmediatamente detrás. Los númidas cayeron sobre el
3 campamento abandonado y lo incendiaron. Ello favoreció enormemente a los romanos, ya que si la caballería cartaginesa, que les perseguía muy de cerca, les hubiera atrapado con los bagajes en el terreno llano,
4 muchos habrían muerto a manos de los jinetes. Pero entonces la mayoría consiguió cruzar el río Trebia; de los que quedaron atrás en la retaguardia, unos murieron y otros cayeron vivos en manos de los cartagineses.
5 Escipión cruzó el río citado y acampó junto a las
6 primeras colinas [115], y tras rodear el campamento de un foso y de una empalizada, recibió a Tiberio Sempronio con las fuerzas que traía; cuidaba su propia herida con gran interés, pues deseaba estar en condi-
7 ciones de participar en el próximo combate. Aníbal estableció su campamento a unos cuarenta estadios de
8 distancia del enemigo. La gran masa de galos que habitaba aquellas llanuras se había sumado a las esperanzas de los cartagineses; aprovisionaba en abundancia su ejército y estaba dispuesta a colaborar con los hombres de Aníbal en cualquier trabajo y empresa.
9 En Roma, cuando se supo lo ocurrido en el combate de caballería, hubo sorpresa, porque el hecho era algo imprevisto, pero no faltaron pretextos para creer
10 que lo sucedido no era una derrota: unos culpaban la precipitación del general, otros la perversa voluntad
11 de los galos, a juzgar por la deserción reciente. En suma, puesto que sus tropas de a pie estaban intactas,

115 Cerca de la población actual de Rivagano, en la margen derecha del río Trebia.

se suponía que, en conjunto, también las esperanzas continuaban íntegras. Así, cuando Tiberio Sempronio 12
llegó y cruzó Roma con sus tropas, creyeron que con su sola presencia decidirían la contienda. A los solda- 13
dos concentrados en Rímini según su juramento, su general les recogió y avanzó, deseoso de juntarse con las fuerzas de Escipión. Unidos ya ambos ejércitos, 14
hizo acampar a los suyos junto a sus compatriotas. Quería que sus hombres se recuperaran, pues durante cuarenta días habían marchado ininterrumpidamente desde Lilibeo hasta Rímini. Al propio tiempo iba haciendo los preparativos para la batalla. Deliberaba con 15
gran interés con Escipión, preguntándole acerca de lo ya sucedido, y discutía con él la situación presente.

En aquellos mismos días Aníbal había tomado por 69
traición la ciudad de Clastidio[116]: se la entregó un hombre de Bríndisi a quien la habían confiado los romanos. Dueño de la fortaleza y de su depósito de trigo, 2
lo utilizó para aquella oportunidad, y se llevó consigo a los hombres hechos prisioneros sin inferirles ningún daño: quería proporcionar una prueba de sus disposi- 3
ciones para que los que se vieran atrapados por las circunstancias no desesperaran, temerosos, de su salvación junto a él. Al traidor, le honró de manera magnifi- 4
cente, confiando en que la esperanza depositada en los cartagineses atrajera a los que ejercían algún gobierno.

Pero después observó que algunos galos que habi- 5
taban entre el río Po y el Trebia y que habían pactado amistad con él, enviaban mensajeros también a los romanos; creían que de esta manera estarían seguros igualmente frente a los dos contrincantes. Aníbal, pues, 6
envió dos mil soldados de infantería y unos mil de caballería, entre galos y númidas, con la orden de hacer un pillaje en las tierras de aquéllos. Estas tropas en- 7

116 Actualmente Casteggio, cerca de Pavía.

viadas cumplieron su misión y recogieron botín en
abundancia; rápidamente los galos se presentaron ante
8 la empalizada romana en demanda de ayuda. Tiberio
Sempronio buscaba desde hacía tiempo una ocasión
para intervenir; tomó esto como pretexto y envió la
mayor parte de su caballería, y con ella un millar de
9 soldados de a pie, armados de jabalinas. Éstos comba-
tieron con gran ardor al otro lado del Trebia y dispu-
taron el botín a los enemigos; lograron que los galos
10 y los númidas se retiraran a su propio vallado. Los
jefes del campamento cartaginés comprendiendo al ins-
tante lo que ocurría, ayudaban con sus reservas desde
sus posiciones a los que estaban en situación difícil;
al ocurrir esto, fueron los romanos los que volvieron
la espalda y se retiraron, a su vez, a su propia empa-
11 lizada. Tiberio Sempronio, al verlo, envió a todos sus
jinetes y a los lanceros. Ante su ataque, los galos ce-
dieron de nuevo y se fueron retirando en vistas a su
12 propia seguridad. El general cartaginés no estaba pre-
parado para jugárselo todo en una batalla. Juzgaba
que una batalla decisiva no debe librarse sin un plan
preconcebido ni por cualquier oportunidad, lo que hay
13 que reconocer que es propio de un buen general. De
momento retuvo a los que estaban junto a él en la em-
palizada, y les obligó a revolverse y a afrontar al ene-
migo, pero les impidió que salieran en su persecución
y le afrontaran; les reclamaba por medio de sus oficia-
14 les y de trompeteros. Los romanos aguardaron un breve
tiempo y se retiraron: habían perdido a algunos de los
suyos, pero habían causado muchas más bajas a los
cartagineses.

70 Tiberio, exaltado y alborozado por aquel triunfo,
ansiaba entablar lo antes posible una acción decisiva.
2 Debido a la enfermedad de Escipión, tenía la ocasión
de tratar aquella situación según sus criterios persona-
3 les. Pero, con todo, quería saber también la opinión

de su colega en el mando, y dialogaba con él acerca de estos temas. En cuanto a la situación de entonces, Escipión creía lo contrario: suponía que las legiones, si 4 durante el invierno se ejercitaban, mejorarían su preparación. Creía, además, que la versatilidad de los galos no les mantendría leales a los cartagineses cuando éstos estuvieran inactivos y se vieran obligados a permanecer ociosos, sino que harían alguna cosa nueva contra ellos. Y por encima de todo esperaba que él, personal- 5 mente, curado ya de la herida, sería de una utilidad positiva para los intereses comunes. Por todas estas 6 previsiones pedía a Sempronio que se atuviera a lo planeado. Éste sabía que todo aquello había sido dicho 7 de modo acertado y oportuno, pero empujado por su amor a la gloria y confiando en la situación, se apresuró, de un modo irracional, a jugarse él mismo el todo por el todo, sin que Escipión pudiera participar en la batalla, ni los cónsules nombrados pudieran tomar el mando, aunque era ya el tiempo de hacerlo. Evidente- 8 mente, Tiberio Sempronio no cumplía con su deber, ya que escogía no lo oportuno en aquella situación, sino su propia oportunidad.

Aníbal tenía una idea muy semejante a la de Esci- 9 pión en cuanto a la situación de entonces, y deseaba todo lo contrario, entablar batalla con el enemigo. Pretendía, antes que nada, aprovechar el ardor de los galos 10 cuando todavía estaba intacto. Además, iba a pelear contra unas tropas romanas bisoñas, todavía no experimentadas. En tercer lugar, quería combatir mientras duraba todavía la invalidez de Escipión. Y lo que pretendía, por encima de todo, era hacer algo y no perder 11 el tiempo inútilmente: quien ha situado sus ejércitos en un país extranjero y se dispone a empresas increíbles, sólo tiene una manera de salir adelante: renovar constantemente las esperanzas de los aliados.

12 Aníbal, pues, sabedor del ataque inmediato de Tiberio Sempronio, estaba en estas condiciones.

71 Desde hacía tiempo se había fijado en que entre los campamentos había un lugar llano y pelado, que era muy propio para una emboscada: corría por él un riachuelo en cuyas orillas había zarzas y espinos que las recubrían totalmente; Aníbal se propuso tender allí una trampa al enemigo y aplastarle.
2 En efecto: iba a pasar fácilmente desapercibido, ya que los romanos desconfiaban de lugares boscosos, puesto que los galos preparaban sus celadas en ellos; en cambio, no sospechaban de lugares llanos y sin ve-
3 getación: no se daban cuenta de que para ocultarse sin sufrir daño los emboscados son más adecuados estos lugares que los boscosos: en ellos se puede divisar desde muy lejos; en la mayoría de estos parajes hay
4 escondrijos suficientes. Un riachuelo cualquiera con una pequeña escarpadura, a veces unas cañas, unos helechos o cualquier planta espinosa es suficiente para ocultar no sólo la infantería sino con frecuencia incluso la caballería, con tal de que se tenga la mínima precaución de colocar las armas debajo, pegadas al suelo,
5 y de esconder los cascos debajo de los escudos. Entonces, el general cartaginés deliberó con su hermano Magón y los demás consejeros acerca de la batalla inmi-
6 nente, y todos aprobaron sus planes. Durante la cena del ejército Aníbal llamó a Magón, su hermano, joven lleno de ardor e instruido desde su infancia en el arte de la guerra, y reunió asimismo a cien hombres de ca-
7 ballería e igual número de infantería. Todavía no había caído la noche cuando eligió a los hombres más vigorosos de todo el campamento y les dijo que en
8 concluyendo la cena se presentaran en su tienda. Les incitó y les infundió el coraje que la ocasión requería, tras lo cual hizo que ellos mismos seleccionaran de sus propias formaciones a los diez soldados más va-

lientes, y que se dirigieran con ellos a un lugar de la
acampada. Ellos cumplieron la orden, y a éstos, que 9
eran mil soldados de caballería y otros tantos de in-
fantería, Aníbal les mandó de noche a la emboscada;
a su cabeza puso unos guías, y dio instrucciones a su
hermano en cuanto al momento del ataque. Él mismo, 10
al rayar el día, concentró a la caballería númida, hom-
bres excepcionalmente sufridos, les exhortó, prometió
recompensas a los más valientes, y les mandó que se
aproximaran al atrincheramiento enemigo, que cruza-
ran rápidamente el río y que, provocando escaramuzas,
hicieran mover a los romanos; intentaba coger al ad-
versario en ayunas y no preparado para lo que se le
echaba encima. Juntó también a los demás comandan- 11
tes, les arengó de modo semejante para la refriega,
dispuso que todos tomaran alimento y que se pusieran
muy a punto armas y caballos.

Cuando vio que la caballería númida se aproximaba, 72
Tiberio envió al punto a la suya propia, con la orden
de establecer contacto con el enemigo y atacarle. A 2
continuación hizo salir a sus lanceros de a pie, unos
seis mil[117], e iba moviendo también desde el vallado
al resto de sus tropas, como si su aparición fuera a
decidir todo; pues estaba excitado por el número de
sus hombres y por lo sucedido la víspera con sus ji-
netes. La estación era ya el solsticio de invierno[118], y 3
el día era muy nevoso y extremadamente frío. Los hom-
bres y caballos romanos habían salido prácticamente
todos en ayunas, por así decirlo. Inicialmente el ardor
y el afán sostuvieron a las tropas romanas. Pero al 4
atravesar el río Trebia, cuyo caudal había crecido de-
bido a las lluvias caídas por la noche en los lugares

117 Son los *velites* de las legiones romanas, infantería armada de lanzas.

118 Hacia el 20 de diciembre del año 218.

situados encima de los campamentos, la infantería
realizó la travesía a duras penas, porque el agua les
5 llegaba al pecho. Esto, y el hambre y el frío, produjo
grandes penalidades al ejército romano, pues el día
6 había avanzado mucho. Los cartagineses habían comido
y bebido dentro de sus tiendas, tenían bien dispuestos
a sus caballos, se untaban con grasa y se armaban al-
rededor de las fogatas.

7 Aníbal acechaba la ocasión, y así que vio que los
romanos se habían puesto a cruzar el río, mandó por
delante, como cobertura, a sus lanceros de a pie y a
los baleares, en conjunto unos ocho mil hombres, y
8 luego hizo salir al grueso de su ejército. Avanzó ocho
estadios frente a su propio campamento, y formó una
sola línea con su infantería, veinte mil hombres en
9 número, iberos, galos y africanos. Distribuyó su caba-
llería por las alas, en número de más de diez mil, con-
tando la de los aliados galos; dividió a sus elefantes y
los situó delante de las dos alas.

10 En aquel momento Tiberio llamaba hacia sí a su
propia caballería, al ver que no tenían nada que hacer
contra aquel enemigo, ya que los númidas se retiraban
con facilidad, dispersándose, pero se revolvían y ataca-
ban de nuevo con audacia y temeridad; los númidas
11 acostumbran a pelear de este modo. Sempronio alineó
su infantería según la táctica habitual romana. Los ro-
manos propiamente dichos eran dieciséis mil, y sus
12 aliados unos veinte mil. Entre los romanos un ejército
completo para operaciones de gran envergadura cuen-
ta con este número de hombres, esto cuando las cir-
cunstancias llevan a pelear conjuntamente a los dos
13 cónsules. A continuación distribuyó su caballería por
las alas, unos cuatro mil hombres, y avanzó contra el
enemigo altaneramente, en orden y haciendo la pro-
gresión paso a paso.

Cuando los dos bandos estaban ya cerca uno de 73
otro, la infantería ligera que precedía ambas formacio-
nes trabó combate. Los romanos se vieron en inferio- 2
ridad en muchos lugares; a los cartagineses, por el
contrario, la acción les era ventajosa, porque los lan- 3
ceros romanos sufrían penalidades ya desde la aurora.
Y habían disparado la mayoría de sus dardos en la re-
friega contra los númidas; las jabalinas que les resta-
ban habían quedado inutilizadas por la persistencia de
la humedad. Y lo mismo ocurría a la caballería y a 4
todo el ejército. Los cartagineses, totalmente al revés: 5
formados, y con un vigor intacto, sin experimentar fa-
tiga, eran siempre efectivos y se afanaban allí donde
fuera necesario. Por eso, cuando en sus espacios va- 6
cíos recogieron a los que habían iniciado el combate y
se enzarzaron las tropas de la infantería pesada, la
caballería de los cartagineses presionó en el acto desde
ambas alas al enemigo; era muy superior en número
de caballos y la fatiga no había hecho mella en ella,
pues acababa de entrar en acción. La caballería ro- 7
mana retrocedió, y al quedar desguarnecidas las alas
de su formación, los lanceros cartagineses y la masa de
los númidas rebasaron las avanzadillas propias, caye-
ron sobre los flancos romanos, en los que causaron
grandes estragos, y no les permitieron combatir a los
que les atacaban de frente. Las infanterías pesadas, 8
que en ambos bandos ocupaban el frente y el centro
de las formaciones respectivas, sostuvieron durante
largo tiempo un cuerpo a cuerpo, con lo cual la pugna
no se decidía.

En aquel momento se levantaron los númidas que 74
estaban en la emboscada y atacaron súbitamente por
la espalda a los romanos que luchaban en el centro;
en las tropas romanas se produjo una gran confusión
y dificultad. Al final las dos alas de las fuerzas de 2
Tiberio, presionadas fuertemente por los elefantes y en

los flancos por la infantería ligera, volvieron la espal-
da, y en su huida se vieron empujados hasta el río
3 que tenían a retaguardia. Al ocurrir esto, de los roma-
nos colocados en el centro del combate, los que for-
maban detrás morían por el ataque de los emboscados
4 y lo pasaron mal; los que estaban en primera línea,
forzados, derrotaron a los galos y a una parte de los
africanos: mataron a muchos de ellos y rompieron las
5 líneas cartaginesas. Pero al ver que sus camaradas de
las alas habían sido derrotados, renunciaron tanto a
prestarles ayuda como a regresar a su campamento:
pensaron que la caballería cartaginesa era demasiado
numerosa. Además, el río era un obstáculo, y la lluvia
6 caía continua y pesadamente sobre sus cabezas. Se
mantuvieron, pues, en formación, y se retiraron agru-
pados en seguridad hacia Placencia, en número no in-
7 ferior a diez mil. La mayoría de los restantes murió
junto al río por la acción de los elefantes y de la
8 caballería cartaginesa. Los soldados de infantería que
consiguieron escapar y la mayoría de la caballería se
retiraron también, como se dijo antes, y llegaron con
los demás a Placencia.

9 El ejército de los cartagineses, que había acosado
hasta el río al enemigo, ya no pudo progresar más de-
10 bido a la lluvia, y se retiró a su campamento. Todos
estaban contentos sobremanera, porque las cosas les
habían salido a derechas. En total habían muerto unos
pocos iberos y africanos: la mayoría de bajas eran de
11 galos. Pero la lluvia y una nevada que cayó posterior-
mente los puso también en tan mala situación que se
les murieron todos los elefantes menos uno, y también
perecieron de frío muchos hombres y caballos.

75 Tiberio Sempronio, aunque sabía lo ocurrido, que-
ría ocultarlo lo más posible a los de Roma, y envió
unos mensajeros que explicaran que se había librado
una batalla, pero que el tiempo invernal les había frus-

trado la victoria. Los romanos, primero, dieron fe a 2
tales anuncios, pero poco después se enteraron de que los cartagineses les habían llegado a acechar el campamento, de que todos los galos se habían decidido por
su amistad, de que los suyos habían abandonado el 3
campamento, que después de la batalla se habían retirado y se habían concentrado todos en las ciudades[119], y de que eran aprovisionados desde el mar remontando el curso del Po; supieron, en suma, con demasiada
claridad lo ocurrido en la batalla. A pesar de que les 4
parecía un hecho paradójico, se dedicaron con gran intensidad a custodiar los puntos peligrosos y a efectuar otros preparativos. Enviaron legiones a Cerdeña y a Sicilia, y, además, guarniciones a Tarento y a otros lugares estratégicos; equiparon, también, sesenta na-
ves quinquerremes. Cneo Emilio y Cayo Flaminio, que 5
acababan de ser nombrados cónsules, concentraron a los aliados, y reclutaron legiones nuevas para ellos.
Establecieron además depósitos de víveres, unos en 6
Rímini y otros en Etruria, porque pensaban hacer la
marcha por estos lugares. Enviaron legados a Hierón 7
en demanda de ayuda, y éste les mandó quinientos cretenses y mil peltastas[120]; los romanos lo iban dispo-
niendo activamente todo, porque siempre que les rodea 8
un peligro real son muy temibles, tanto particular como colectivamente.

Los hechos de España

En la misma época Cneo Cor- 76
nelio, nombrado por su hermano Publio comandante de las fuerzas navales, según dije más arriba[121], zarpó con toda la flota desde las bocas del Ródano y alcanzó España por los parajes cer-

---

[119] Piacenza y Cremona.
[120] Cf. nota 169 del libro II.
[121] Cf. nota 49, 4 de este libro.

2 canos a la ciudad llamada Ampurias[122]. Empezando desde allí hacía desembarcos e iba asediando a los habitantes de la costa hasta el río Ebro que le rechazaban; en cambio, trató benignamente a los que le acogieron,
3 y les protegió de la mejor manera posible. Aseguró, pues, las poblaciones costeras que se le habían pasado, y avanzó con todo su ejército hacia los territorios del
4 interior. Había reunido ya un gran número de aliados de entre los españoles. A medida que avanzaba se atraía
5 a unas ciudades y sometía a otras. Los cartagineses dejados en estos parajes al mando de Hannón acamparon frente a los romanos cerca de una ciudad llamada Cissa[123]. Cneo Cornelio formó a sus tropas y libró un combate del cual salió victorioso, con lo que se adueñó de muchas riquezas, ya que las tropas cartaginesas que habían marchado a Italia habían confiado sus bagajes a
6 los cartagineses de aquí. Cneo Cornelio convirtió en amigos y aliados a todos los naturales del país que habitaban al norte del Ebro; cogió vivo al general de los
7 cartagineses Hannón y al caudillo ibero Índibil[124]; éste detentaba el mando de aquellos lugares de tierra adentro, y había sido siempre muy amigo de los cartagi-
8 neses. Enterado muy pronto de lo sucedido, Asdrúbal cruzó el río Ebro y acudió a prestar ayuda.

9 Se enteró de que las tripulaciones de la flota romana, dejadas allí, al saber los triunfos de sus ejércitos de tierra, se habían dispersado de manera confiada
10 y negligente; concentró, pues, unos ocho mil hombres

---

122 Cf. nota 89 de este libro.

123 El P. Antonio Ramon, *Polibi*, III, pág. 21, nota al pie, sugiere que se trata de la población de Guissona, a las orillas del río Ció, en la provincia de Lérida.

124 Una respetable tradición le hace jefe de los ilergetes que vivían por tierras leridanas. El gran dramaturgo catalán Ángel Guimerà le hizo protagonista de su tragedia *Indibil i Mandoni*.

de infantería de su propio ejército y mil jinetes, sorprendió diseminados por el país a los romanos de las naves, mató a muchos de ellos y obligó a los demás a huir hacia sus propias embarcaciones.

Asdrúbal entonces se retiró, cruzó de nuevo el río 11
Ebro y se preocupó de la guarnición y defensa de los parajes situados detrás del río; pasó el invierno en Cartagena; Cneo alcanzó de nuevo a su flota, castigó 12
según la usanza romana[125] a los culpables de lo sucedido, concentró en un solo punto a sus fuerzas terrestres y navales y estableció su campamento de invierno en Tarragona. En previsión del futuro repartió el botín 13
en partes iguales entre sus soldados, lo cual les infundió gran ardor para el futuro y simpatía hacia él.

En Italia

Tal era la situación en España. Llegada la primavera[126], Cayo 77
Flaminio recogió sus fuerzas, avanzó a través de la Etruria y acampó junto a la ciudad de los arretinos. Cayo Servilio, a su vez, se dirigió a Rímini 2
para vigilar por aquí la invasión de los enemigos.

Aníbal, que pasaba el invierno en territorio galo, 3
retenía en custodia a los romanos que había cogido prisioneros en la batalla, y les suministraba los víveres justos para sobrevivir; a los aliados de los romanos, 4
en cambio, ya de buenas a primeras les trató con humanidad; después los reunió y les dijo, en tono exhortatorio, que no se había presentado a pelear contra ellos, sino a su favor, y contra los romanos, por lo cual 5
era indispensable, afirmó, que si estaban en su sano juicio se hicieran amigos de él, ya que se encontraba 6
allí, ante todo, para lograr la libertad de los italianos,

125 La usanza romana era decapitar a los culpables del desastre.

126 Del año 217.

y al propio tiempo para salvar las ciudades y al país que cada uno de ellos había perdido a manos de los romanos.

7 Tras estas afirmaciones les remitió a todos a sus países sin exigir rescate, con la intención a la vez de atraerse de este modo a los que habitaban Italia, y de que éstos se enajenaran su simpatía hacia los romanos; pretendía además excitar a los que pensaban que la dominación romana había causado algún daño a sus ciudades o a sus puertos[127].

78 Además, durante el período invernal usó de esta
2 estratagema, ciertamente fenicia. Temía la inconstancia de los galos, e incluso algún atentado contra su persona, porque sus relaciones con ellos eran muy recientes, de modo que se preparó unas pelucas, adaptadas a las diversas edades de la vida y a sus distintos
3 aspectos, y las utilizó cambiándolas constantemente; también se mudaba los vestidos, adecuándolos a aqué-
4 llas. Todo esto le hizo difícil de reconocer no sólo a los que le habían visto alguna vez de pasada, sino incluso
5 a los que le trataban habitualmente. Veía también que los galos estaban molestos porque la guerra se desarrollaba en su propio territorio, y que estaban impacientes y deseosos de llevarla a tierras enemigas, aparentemente por su odio a los romanos, pero en realidad más por el provecho a obtener. Aníbal, pues, tomó la decisión de levantar el campo lo más pronto posible y satisfacer los deseos de sus tropas.

6 Por eso, al tiempo de cambiar la estación se informó por los que parecía que conocían mejor el

127 Aquí hay un problema de tradición manuscrita que condiciona la traducción. Aquí se ha adoptado la lectura de los códices, que es la aceptada por Büttner-Wobst; Schweighäuser propone una variante textual que, de aceptarse, da el sentido: «a los que pensaban que es difícil decir los puertos que los romanos quitaron a los galos».

país y supo que las rutas que llevaban a tierra enemiga eran largas y familiares al adversario; en cambio, había un camino que, a través de las marismas, conducía a la Etruria. La marcha iba a ser penosa, pero breve, y, además, inesperada para Flaminio y los suyos. Como 7
por su natural estas empresas le eran habituales, Aníbal determinó avanzar por esta ruta. Por el campamento corrió el rumor de que el general les iba a 8
conducir por terrenos pantanosos, y todo el mundo mostró sus reservas ante tal itinerario, porque se imaginaban las ciénagas y los atolladeros de aquellos parajes.

Cuando se hubo asegurado cuidadosamente de que 79
los lugares de la ruta eran cenagosos, pero firmes, Aníbal levantó el campo. Situó en vanguardia a los africanos y a los iberos, y, además, al contingente más útil de todo su ejército. Y entre éstos colocó el bagaje 2
para que, de momento, disfrutaran de provisiones; para el futuro ya no le importaba en absoluto el aprovisionamiento; pensaba que, al llegar a territorio enemigo, si era vencido, ya no precisaría de nada indispensable, y si triunfaba en una batalla campal, no carecería de provisiones. Detrás de los hombres cita- 3
dos colocó a los galos, y, cerrando la formación, a la caballería. Puso a su hermano Magón como jefe de 4
la retaguardia, más que nada porque los galos eran blandos y aborrecían las penalidades; si, al sufrirlas, intentaban retroceder, Magón podría impedírselo con la caballería, que se les echaría encima.

Los iberos y los africanos hicieron la marcha por 5
las marismas aún no removidas, y la concluyeron con penalidades soportables, puesto que todos eran gente sufrida y habituada a tales dificultades, pero los galos 6
avanzaban difícilmente, ya que el fondo de las marismas había sido revuelto y hollado. Soportaron aquella dificultad penosa y difícilmente, como hombres que

7 no estaban acostumbrados a aquellas molestias. No
lograron retroceder por los jinetes que tenían detrás.
8 Todos lo pasaron muy mal, principalmente porque no
podían dormir, ya que marcharon continuamente cuatro días y tres noches a través del agua; los que lo
sufrieron más, y perecieron en número mayor que los
9 restantes, fueron precisamente los galos. La mayoría
de las acémilas cayó en los lodazales y murió; su caída,
10 con todo, prestaba una utilidad a los hombres, porque
si se sentaban encima de ellas y de los bagajes lograban emerger del agua y descabezar un breve sueño
11 durante la noche. No pocos caballos perdieron las
pezuñas debido a la marcha continua encima del lodo.
12 Y el mismo Aníbal se salvó con dificultad a lomos del
único elefante superviviente, pasando muchas penalidades. Sufría, además, dolores terribles por una fuerte inflamación ocular que padecía y que acabó privándole de la visión en un ojo, ya que en aquella situación no se podía detener ni cuidar.

80 Aníbal atravesó, pues, increíblemente aquellos lugares pantanosos[128], y tras sorprender en la Etruria a Flaminio, que había acampado delante de la ciudad de los arretinos, entonces lo hizo él mismo a la salida de
2 las marismas; quería que sus fuerzas se recuperaran,
e informarse al propio tiempo sobre el enemigo y los
3 territorios que tenía delante. Supo que aquel país rebosaba de recursos de toda clase y que Flaminio era un hombre ávido de popularidad y un demagogo total, desconocedor absoluto de cómo se dirigen las empresas bélicas; además tenía una confianza ciega en sus propias fuerzas.

4 Aníbal, pues, pensó que si lograba rebasar el campamento romano y establecerse él mismo en el país

[128] Estas marismas estaban en los territorios de Bolonia a Pistoya.

que tenía a la vista, Flaminio, recelando la burla de sus tropas, no podría contemplar con indiferencia que el país fuera devastado; herido en su orgullo, Flaminio estaría dispuesto a seguirle a cualquier lugar, afanoso de triunfar él solo, sin esperar la llegada del que compartía el mando con él.

Por todo ello Aníbal supuso que Flaminio le daría 5
muchas oportunidades de atacarle. Todo esto lo calculaba con lógica y sentido práctico.

Reflexiones sobre el carácter de los generales

No sería natural decir otra 81
cosa: si alguien cree que en el arte de la guerra hay algo más importante que conocer las preferencias y el carácter del general enemigo, es un ignorante y está cegado por la
soberbia. Así como en los duelos personales o en las 2
luchas cuerpo a cuerpo el que pretente vencer ha de examinar cómo podrá alcanzar su objetivo y qué parte de sus antagonistas se muestra desnuda y desarma-
da[129], igualmente es indispensable que los responsa- 3
bles máximos de una empresa guerrera examinen no qué parte del cuerpo está al descubierto, sino qué parte del espíritu del general adversario se muestra vulnerable.

Porque muchos por su indolencia y por una inope- 4
rancia total arruinan no sólo las empresas del estado,
sino que, simplemente, pierden sus propias vidas. Por 5

129 Posible reflejo de la muerte de Héctor, *Ilíada* XXI 318-325: «... tal la punta fulgía, de la espada de Aquiles, acerada, que él en su diestra mano blandiendo iba, meditando cómo la muerte dar al divino Héctor, y atisbando por qué parte cedería mejor su bella carne. Mas Héctor lleva el cuerpo totalmente cubierto por las armas que a Patroclo —bellas armas broncíneas— le quitara, y sólo como un claro aparecía, la parte en que del hombro separan las clavículas el cuello y por donde es más rápida la muerte...» (traducción del P. DANIEL RUIZ BUENO).

la pasión que sienten por el vino muchos no logran conciliar el sueño si no se enajenan y emborrachan;
6 otros, en su afán de placeres venéreos, por el transporte que éstos comportan, no sólo arruinaron sus ciudades y haciendas, sino que perdieron incluso su vida con deshonor.
7 La cobardía y la flojedad en la vida privada reportan oprobio a quienes las tienen, pero si se dan en un comandante en jefe, constituyen una calamidad pública
8 y el mayor de los desastres. Pues no sólo convierten en ineficaces a los esclavizados por ellas, sino que muchas veces exponen a los mayores riesgos a los que les
9 están confiados. La temeridad, la audacia y el coraje irracional, e incluso la vanagloria y la soberbia son cosas que van muy bien al enemigo, pero muy peligrosas para los amigos; un hombre así es accesible a cual-
10 quier asechanza, emboscada o engaño. Si alguien pudiera apercibirse de los errores de los demás y atacar al adversario allí por donde el general enemigo es principalmente vulnerable, su triunfo total sería inmediato.
11 Si alguien priva a una nave de su timonel, toda la embarcación y sus hombres caerán en manos del enemigo: de la misma manera, si alguien en la guerra es capaz de manipular por previsión y cálculo al general enemigo, muchas veces logrará vencer totalmente, hom-
12 bre por hombre, a sus oponentes. En aquella ocasión Aníbal, por haber previsto y calculado lo que se refería al general enemigo, no se engañó en su plan.

82 *Avance de Aníbal*

En efecto, tan pronto como Aníbal levantó el campo, partiendo de la región de Fiésole, rebasó mínimamente el campamento romano e invadió la región que te-
2 nía delante, Flaminio se excitó al punto y se llenó de
3 furor: se creía víctima del desdén del enemigo. Después, al quedar devastado el país y señalar las colum-

nas de humo que la ruina era total, el romano se
irritó; creía que lo ocurrido era intolerable. Algunos 4
oficiales romanos eran del parecer de que no se debía
seguir de cerca al enemigo, y mucho menos trabar
combate, sino precaverse y tener en cuenta que la
caballería cartaginesa era muy numerosa; ante todo
era indispensable aguardar al segundo cónsul y dar la
batalla con los dos ejércitos romanos reunidos. Pero 5
Flaminio desestimó estas opiniones, y a duras penas
soportó la presencia de los que las manifestaban. Les 6
incitó a pensar en lo que, naturalmente, dirían los que
habían quedado en Roma si el país llegaba a ser des-
truido casi en las puertas de la ciudad, esto cuando
ellos estaban acampados en la Etruria, en la retaguar-
dia del enemigo.

Cuando habló en estos términos, finalmente, levantó 7
el campo y avanzó con sus tropas sin examinar ni la
oportunidad ni el territorio, con el sólo afán de caer
sobre el enemigo, como si la victoria de los romanos
fuera algo incuestionable. Tal fue la confianza que in- 8
fundió en las multitudes, que mayor que el de los hom-
bres que empuñaban armas era el número de los que,
ajenos a la formación, les seguían, ávidos de ganancia:
llevaban cadenas, grilletes y todo tipo de objetos por
el estilo[130].

Aníbal, por su parte, avanzaba por la Etruria en 9
dirección a Roma; tenía a la izquierda la ciudad lla-
mada de Crotona y los montes que la circundan; a la
derecha, el lago llamado Trasimeno[131]. A medida que 10
progresaba quemaba y talaba el país; quería provocar
el coraje del adversario. Cuando vio que Flaminio es- 11
taba ya en contacto con él se apercibió de unos parajes

130 Cadenas y grilletes para llevarse como esclavos, comprados, a los cartagineses caídos prisioneros en manos de los romanos.

131 En la Umbría, no lejos de Perusa.

aptos para la lucha y se dedicó a preparar la batalla.
83 En el camino había un valle en pendiente, y en toda su longitud, a ambos lados, se levantaban collados altos y contiguos[132]; por la parte delantera opuesta este desfiladero estaba obstaculizado en toda su abertura por un monte escarpado y difícil; por la parte de atrás había un lago que dejaba sólo un paso muy estrecho en dirección al desfiladero, al pie de la cadena montañosa.
2 Aníbal lo atravesó bordeando el lago y ocupó personalmente la altura que se oponía frontalmente al camino; acampó allí con los africanos y los iberos.
3 Destacó a los baleares y a los lanceros de la vanguardia bajo los collados de la derecha del desfiladero, y
4 los situó estirando su línea lo más posible. Y lo mismo hizo con los galos: les mandó que rodearan los collados de la izquierda, y les extendió en una hilera continua, de manera que los últimos ocupaban ya el acceso que, entre el lago y las cadenas montañosas, conduce
5 hacia el lugar mencionado. Aníbal lo había dispuesto todo durante la noche, y había rodeado de emboscadas el valle en pendiente; después quedó a la expectativa.
6 Flaminio le seguía los pasos, deseoso de establecer
7 contacto con los enemigos. En la víspera había acampado junto al lago, ya muy entrado el día. Cuando apuntó el alba del siguiente mandó que su vanguardia avanzara y bordeara el lago hasta la misma entrada del valle, con intención de atacar al adversario.

132 El lugar exacto de la batalla de Trasimeno ha sido muy discutido, pero es obvio que aquí no se puede ni esbozar la discusión. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con un gráfico de la batalla en la pág. 416.

Batalla del lago Trasimeno

El día era muy brumoso. Aníbal, así que la mayoría de romanos que marchaban había penetrado en el valle, y la vanguardia del adversario había establecido contacto con él mismo, dio la consigna, que transmitió a todos los emboscados, y atacó por todas partes al enemigo. Su aparición resultó inesperada a los hom- 2
bres de Flaminio; debido a las condiciones atmosféricas les era difícil comprender la situación. El enemigo arremetía desde muchos lugares dominantes y se les echaba encima. Los comandantes y los oficiales romanos no sólo no podían acudir a prestar ayuda allí donde era necesario, sino que ni tan siquiera se 3
apercibían de lo que pasaba, porque les atacaban por la vanguardia, por la retaguardia y por los flancos. Ocurrió, por consiguiente, que la mayoría murieron en 4
la misma formación en marcha, sin defensa posible; en la práctica se vieron entregados por la impericia de su jefe. Perecían sin esperárselo, cuando todavía 5
discutían lo que se debía hacer. En aquella ocasión el 6
mismo Flaminio, indeciso y abatido por aquella calamidad, murió a manos de unos galos que se le abalanzaron encima. En el desfiladero murieron unos quince 7
mil romanos, que no cedieron a las circunstancias, pero que no pudieron hacer nada: según su costumbre, dieron la máxima importancia a no huir y a no abandonar la formación.

Los que, en la marcha, se vieron copados dentro 8
del valle, entre el lago y la cadena montañosa, perecieron de manera vergonzosa y aún más miserable. En efecto: rechazados hacia el lago, unos se lanzaron, 9
obcecados, y nadaron cargados con las armas hasta ahogarse; la mayoría se adentró en el agua lo más posible y permanecieron allí sacando únicamente la cabeza. Cuando la caballería cartaginesa les alcanzó 10

comprendieron que estaban perdidos sin remisión: le-
vantaban los brazos y suplicaban que les cogieran vi-
vos; emitían voces de todas clases. Al final, unos mu-
rieron a manos del enemigo y otros se incitaron a
11 darse muerte mutuamente. Es verdad que quizá seis
mil romanos del desfiladero derrotaron al adversario
que tenían delante, pero no lograron cercarle ni pres-
tar apoyo a los suyos, porque no veían nada de lo
que sucedía, siendo así que hubieran podido ser de
12 gran utilidad en la batalla. En su anhelo de avanzar,
progresaban convencidos de que caerían encima de al-
gún enemigo; sin apercibirse de ello, llegaron a ocupar
13 las alturas. Ya eran dueños de ellas cuando escampó
la niebla y comprendieron la magnitud del desastre;
incapaces ya de cualquier cosa porque el enemigo lo
dominaba y lo ocupaba todo, dieron la vuelta y se
14 replegaron a una aldea etruria. Después de la batalla
Aníbal mandó allí a Maharbal con los iberos y algunos
lanceros, que asediaron la aldea. Los romanos, rodea-
dos de tantas calamidades, depusieron las armas y se
entregaron a condición de salvar sus vidas.

15 La guerra total librada entre romanos y cartagine-
ses en Etruria acabó de esta manera.

85 Cuando fueron conducidos a su presencia los pri-
sioneros romanos que se habían rendido con condicio-
nes, y al propio tiempo los demás, Aníbal les reunió
2 a todos, en número de más de quince mil. En primer
lugar puso en claro que Maharbal no tenía competen-
cia, si él personalmente no se la otorgaba, de ofrecer
seguridades a los que se habían entregado por un
pacto; después lanzó acusaciones contra los romanos.
3 Cuando acabó, repartió a los romanos cogidos prisio-
neros entre los batallones cartagineses para su custo-
dia, y a los aliados de los romanos les remitió a sus
4 propias patrias sin exigir rescate alguno. Les repitió
las mismas palabras que a los de antes: que estaba allí

no para combatir contra los italianos, sino contra los romanos en pro de la libertad de los italianos.

Hizo descansar a sus tropas e hizo enterrar a los 5
muertos más ilustres de su propio ejército, que, en número, eran unos treinta. Todos los muertos eran unos
mil quinientos, galos en su mayoría. Después de hacer 6
esto, deliberó con su hermano y sus amigos dónde y cómo debería emprender el ataque, seguro ya de la victoria final.

Al llegar a Roma la noticia de la desgracia aconte- 7
cida, los magistrados de la ciudad fueron incapaces de disimular, o al menos de velar la magnitud del desastre, enorme como era: se vieron forzados a declarar el hecho a la multitud, para lo cual habían congre-
gado la asamblea del pueblo. Cuando el pretor subió 8
a la tribuna y declaró a la multitud reunida: «Hemos perdido una gran batalla», se produjo tal consternación que quienes habían vivido ambas circunstancias creyeron que lo sucedido entonces era mucho peor que
lo ocurrido en la propia batalla. Y es lógico que fuera 9
así: hacía muchísimo tiempo que ni de palabra ni de hecho se había reconocido una derrota, y el pueblo no soportó el desastre con moderación ni con dignidad.
Pero no obró igual el senado, sino que se mantuvo en 10
las previsiones oportunas, y deliberó acerca del cómo y qué debía hacer en el futuro cada uno.

Aníbal marcha hacia el Adriático. Situación en Roma

Precisamente durante los días 86
de esta batalla Cneo Servilio, el cónsul que mandaba en la región
de Rímini situada frente a la 2
costa del Adriático, allí donde las llanuras galas limitan con el resto de Italia, no lejos de la desembocadura de las bocas del Po en el
mar, sabedor de que Aníbal había invadido la Etru- 3
ria y de que había acampado frente a Flaminio, se propuso juntársele con todas sus tropas. Pero imposi-

bilitado por la lentitud de su ejército destacó a toda
prisa a Cayo Centenio, a quien confió cuatro mil ji-
netes; por si las necesidades lo exigían, quería que
4 éste se adelantara antes de llegar él mismo. Aníbal se
enteró del socorro enemigo cuando la batalla ya había
concluido, y envía a Maharbal con los lanceros y parte
5 de la caballería. Éstos acometieron a los hombres de
Cayo, y en la primera refriega mataron casi a la mitad
de ellos; persiguieron a los restantes hasta una loma,
y al día siguientes los cogieron prisioneros a todos.

6 En la ciudad de Roma hacía tres días que se había
anunciado la pérdida de la batalla; la consternación
había alcanzado su punto máximo, y cuando sobrevino
este segundo desastre, no sólo el pueblo, sino el mismo
7 senado cayó en un profundo desaliento. Dejaron de
lado la discusión de los asuntos del año y la provisión
de las magistraturas, y deliberaron a fondo sobre la
situación; creían que ella y las circunstancias presen-
tes exigían un dictador[133].

8 Aníbal, aunque confiaba ya en una victoria total,
por el momento renunció a acercarse a Roma; iba
recorriendo el país y lo devastaba impunemente: di-
9 rigía su marcha en dirección al Mar Adriático. Atra-
vesó los territorios de los umbros y el de los picenos,
10 y al cabo de diez días llegó a la región adriática. Se
había apoderado de un botín tan grande, que su ejér-
cito se veía incapaz de llevar y de transportar sus ga-
nancias. Además, durante la marcha causó muchas
11 bajas al enemigo; tal como ocurre en la conquista de
ciudades, también entonces se pasó la orden de matar
a todos los hombres en edad militar que encontraran.
Y esto lo hacía por su odio congénito contra los ro-
manos.

---

[133] El mismo Polibio explica, algo más abajo (87, 7-8), la figura jurídica del dictador romano.

87 En esta ocasión, cuando Aníbal acampó en la costa del Adriático, en una tierra muy fértil, que da frutos de todas clases, puso un interés especial en curar y recuperar a sus hombres, no menos que a los caballos.
2 Había pasado el invierno al aire libre en el territorio de los galos; el frío y la falta de cuidados, las penalidades posteriores y el paso por los lugares pantanosos habían producido en casi todos los caballos y también en los hombres la llamada sarna del hambre y malestares semejantes.
3 Aníbal, convertido en dueño de un país ubérrimo, restableció el cuerpo de sus caballos y el cuerpo y el espíritu de sus hombres. Cambió el equipo de los africanos a la manera romana, con armas escogidas de entre tantos despojos como había capturado.
4 También en este momento mandó por mar legados a Cartago, que describieran lo sucedido. Pues entonces por primera vez tocó la costa desde que había penetrado en Italia.
5 Cuando los oyeron, los cartagineses exultaron de alegría, y pusieron todo su interés y providencia en ayudar, de todos los modos posibles, a las acciones de Italia y de España.

6 Los romanos, por su parte, nombraron dictador a Quinto Fabio[134], hombre de prudencia excepcional y de ilustre nacimiento. Todavía hoy entre nosotros los hombres de su linaje son llamados Máximos, es decir, los más grandes, debido a las acciones y a los éxitos de aquél.
7 He aquí las diferencias que hay entre un dictador y los cónsules. Éstos tienen, cada uno, un cortejo de doce lictores, mientras que el dictador lo tiene de veinticuatro.
8 Los cónsules muchas veces necesitan del senado para ejecutar sus planes; el dictador es un general que goza de plenos poderes. Cuando ha sido nombrado, en Roma se anulan todas las magistratu-

134 Ha pasado a ser proverbial en la historia bajo el nombre de *Fabius Maximus* o bien *Fabius Cunctator* (= el precavido).

9 ras[135], a excepción de los tribunos de la plebe. Pero
de esto se hará una exposición más detallada en otro
lugar[136]. Los romanos, pues, nombraron un dictador,
y junto con él a Marco Minucio como comandante de
la caballería. Éste está sometido al dictador, pero le
sustituye en el mando cuando algo retiene al dictador
en otra parte.

88 Aníbal iba moviendo su campamento en etapas bre-
ves, y no salía de la región adriática. Disponía en
abundancia de vino añejo y con él lavaba a los caballos;
2 era una medicina para su mal estado y su sarna. Lo
mismo hacía con los hombres: curaba a los heridos y
procuraba que los restantes soldados adquirieran vigor
3 y valor para las necesidades que se aproximaban. Atra-
vesó y devastó las tierras de los pretutios con la po-
blación de Adria, después las de los marrucinos y
las de los frentenianos[137]; luego avanzó hacia Yapi-
4 gia[138]. Este país está dividido en tres partes, el terri-
torio de los daunios, el de los peucetios y el de los
5 mesapios; Aníbal invadió el primero, la Daunia. Em-

---

135 Esto no es exacto: las magistraturas no se anulaban, pero sí quedaban bajo el control del dictador, que podía revocar sus decisiones.

136 En los extractos que han quedado de la obra de Polibio no se encuentra la exposición anunciada aquí.

137 Los pretutios ocupaban el S. de la región del Piceno; los marrucinos estaban al S. de éstos, y los frentenianos ya bordeaban el Adriático. Un mapa interesante y detallado de la península italiana en esta época, *Weltatlas*, pág. 38.

138 Es la Apulia central, pero el término en Polibio parece alcanzar, además, la Calabria. La Daunia está al S. del monte Gargano; los peucetios habitaban la región de Bari, y los mesapios, la de Brindisi. En el texto original, después de los daunios, hay una laguna, en la que falta, evidentemente, uno de los nombres en que estaba dividida la *provintia* de Yapigia. Con Büttner-Wobst, se da aquí el nombre de peucetios, que es el que, por otro lado, nos dan otras fuentes de tradición.

pezó por aquí, por Luceria[139], que era colonia romana,
e iba devastando el país. Posteriormente cambió de 6
emplazamiento y acampó junto al lugar llamado Ibonio[140], recorrió el territorio de Argiripa[141] y saqueó impunemente toda la Daunia.

Entretanto, Fabio, tras su investidura, ofreció sa- 7
crificios a los dioses, salió con su colega en el mando y con las cuatro legiones alistadas para esta circuns-
tancia. Cerca de Narnia[142] estableció contacto con las 8
fuerzas romanas que habían salido de Rímini para prestar ayuda. Relevó a su jefe, Cneo Servilio, del mando del ejército de tierra, y le envió a Roma con una escolta, con la orden de que si los cartagineses se movían por mar, acudiera siempre a proteger los
lugares que corrieran peligro. Y él personalmente, 9
junto con su ayudante en el mando, tomó a sus órdenes las tropas y acampó delante de los cartagineses, en el lugar llamado Eca[143], que distaba del enemigo unos cincuenta estadios.

Aníbal supo de la presencia de Fabio y se propuso 89
aterrorizar súbitamente al enemigo. Hizo salir a su ejército, lo aproximó al atrincheramiento romano y lo formó en orden de combate. Esperó algún tiempo sin que saliera nadie, y se retiró nuevamente a su propio
campamento. Pues Fabio había decidido no exponerse 2
ni arriesgar una batalla; procuraba por encima de todo la seguridad de sus tropas, y se atuvo firmemente a

---

139 La actual Lucera.

140 La grafía de este topónimo es insegura, quizás sea Vibinum; sea como sea, es la actual Hippone.

141 Es la actual Arpi.

142 Aquí el texto ofrece el nombre de Daunia, pero los editores, a excepción de Schweighäuser, modifican el texto y apuntan Narnia, en la orilla izquierda del río Avens, en la Italia central.

143 Se desconoce la ubicación de este topónimo, pero debía de estar al N. de la Apulia.

3 esta decisión. Primero los suyos le desdeñaron y no
faltó quien le tildara de cobarde, como si la batalla le
empavoreciera, pero con el tiempo hizo que todos re-
conocieran que en aquellas circunstancias nadie hubie-
ra sido capaz de comportarse de manera más atinada
4 y juiciosa. Los hechos, en efecto, testificaron muy
pronto a favor de sus cálculos, y fue natural que ocu-
5 rriera así: sucedía que las tropas adversarias se habían
ejercitado en la guerra continuamente, desde su más
temprana juventud; contaban con un jefe que había
crecido entre ellos, acostumbrado desde niño a opera-
6 ciones en campo abierto. Habían vencido en muchas
batallas en España, y dos veces seguidas a los romanos
y a sus aliados. Y por encima de todo debía tenerse
en cuenta que habían renunciado a todo, y que la
única esperanza de salvación que tenían estaba en
vencer.

7 La situación del ejército romano era exactamente
8 la contraria. Por lo cual era desaconsejable arriesgar
una batalla decisiva cuando lo más probable era que
iban a ser derrotados. En sus cálculos, Fabio se volvió
hacia lo que les era ventajoso, fue constante en ello,
9 y dirigió la guerra de este modo. Las ventajas de los
romanos consistían en un aprovisionamiento práctica-
mente ilimitado y en una gran abundancia de soldados.

90 Así pues, en el tiempo que siguió siempre marcha-
ba paralelamente al enemigo, y se adelantaba a ocupar
2 los lugares estratégicos según su experiencia. Dispo-
nía en su retaguardia de provisiones abundantes, por
lo que jamás permitió que sus soldados se dispersaran
a forrajear ni que ni una sola vez se apartaran del
atrincheramiento: vigilaba que estuvieran siempre jun-
tos y concentrados, y acechaba lugares y oportunida-
3 des. De este modo cogió prisioneros y mató a muchos
enemigos que, despreciando al adversario, se habían
diseminado para forrajear, desde su propio campa-

mento. Obraba así porque quería reducir el número 4
de enemigos, siempre limitado, y restablecer y hacer
recobrar poco a poco la confianza y el espíritu de sus
propios hombres, derrotados en batallas campales por
medio de éxitos parciales. No era en absoluto capaz 5
de lanzarse deliberadamente a una confrontación deci-
siva. Marco Minucio, su subordinado en el mando, no 6
estaba de acuerdo con semejante proceder: participaba
de las ideas de la masa y denigraba a Fabio delante de
todos, afirmaba que se encaraba con la situación de
manera floja y remisa; él, personalmente, deseaba con
ardor exponerse y arriesgarse a una batalla.

Los cartagineses devastaron, pues, los lugares cita- 7
dos, rebasaron los Apeninos y bajaron al territorio de
los samnitas, muy fértil, y que durante mucho tiempo
se había visto libre de guerra. Allí tuvieron tal sobre-
abundancia de provisiones, que ni consumiéndolas ni
destruyéndolas podían agotar el botín. Recorrieron 8
también el campo de Benevento [144], que era colonia ro-
mana, y conquistaron la ciudad de Venusa [145], que no
estaba amurallada, repleta, además, de toda clase de
ajuares. Los romanos les iban siguiendo constante- 9
mente los pasos, conservando una distancia de uno o
dos días de marcha: rehusaban acercarse más al ene-
migo y trabar combate con él. Aníbal, viendo que 10
Fabio rehuía la batalla, pero que no acababa de reti-
rarse del campo abierto, avanzó audazmente hacia las
llanuras que rodean Capua [146], al lugar llamado Faler-

---

144 Era la capital de los samnitas.

145 Esta Venusa, en el país de los samnitas, nos es desconocida; no hay que confundirla con la Venusa de la Apulia (116, 3). Pero hay que notar que algunos editores, siguiendo a Tito Livio, XII -3, leen aquí Telesia.

146 Capua, a la altura de Benevento, al O. de esta ciudad, a orillas del río Calor. Falerno debía ser un villorrio sin importancia.

11 no. Pensaba que una de dos: o bien forzaría al enemigo a luchar o bien haría patente a todos que su dominio era indisputado, y que los romanos le cedían
12 el campo abierto. Esperaba que con esto las ciudades intimidadas desertarían una tras otra de los romanos.
13 Hasta entonces, a pesar de que éstos habían perdido dos batallas [147], ninguna ciudad italiana se había pasado a los cartagineses, sino que se mantenían leales, aun
14 cuando algunas habían sufrido mucho. Esto puede ser un indicio del respeto y de la estimación de que gozaba la república romana entre los aliados.

Aníbal en el país de los samnios y en la Campania

91 El cálculo de Aníbal era muy lógico: las llanuras de Capua son las más famosas de Italia por su fertilidad y por su belleza; se extienden a lo largo de la costa
2 y poseen mercados a los que concurren navegantes procedentes de casi todo el mundo que se dirigen a
3 Italia. En estas llanuras hay también las ciudades más
4 bellas e ilustres de esta península. En su franja costera se levantan Sinuesa [148], Cumas y Puzzoli, además de Nápoles, y finalmente el pueblo de los nucerios.
5 Tierra adentro, la parte nórdica está habitada por los calenos y los tianitas [149], la parte oriental y la del sur
6 la habitan los daunios y los nolanos [150]. En la parte central de estas llanuras está situada la ciudad de
7 Capua, la más próspera de todas. La descripción que los mitógrafos hacen de estas llanuras es muy justifi-

147 En realidad son tres, pero Polibio omite sistemáticamente la batalla del Tesino.

148 La actual Mondragone.

149 Territorio de las actuales ciudades Calvi y Teano.

150 Nola, al S. de la Campania y al E. del Vesubio. En cuanto a los daunios, algunos editores escriben aquí caudios, pero en la traducción se acepta, con Büttner-Wobst, la lectura de los manuscritos.

cada. Se les llama también Campos Flegreos[151], igual
que a otras llanuras célebres: no es extraño que los
dioses se pelearan por ellas, por su belleza y su ferti-
lidad. Además de lo apuntado, estas llanuras están bien 8
defendidas y son de acceso difícil: están rodeadas por
el mar, y, en su mayor parte, por una gran cadena
montañosa que ofrece sólo tres entradas desde tierra
adentro, angostas y escabrosas, la primera por el país 9
de los samnitas, ⟨la segunda por el Lacio⟩[152] y la otra
por la región de Hirpino[153]. Por todo lo cual los car- 10
tagineses se dispusieron a acampar allí teatralmente
para intimidar a todos ante algo inesperado, represen-
tar a los enemigos fugitivos y hacer patente que eran
ellos los que dominaban el campo.

Con este cálculo, pues, Aníbal partió del territorio 92
de los samnitas y pasó el desfiladero por el collado
llamado Eribiano[154]. Acampó junto al río Volturno, que
divide en dos partes aproximadamente iguales la citada
llanura. Estableció su campamento en la parte que da 2
hacia la ciudad de Roma, y lanzando a sus forrajeado-
res por todas partes, devastaba la llanura impunemen-
te. Fabio quedó impresionado por la operación y la 3
audacia enemiga, pero se atuvo aún más a sus decisio-
nes. Marco Servilio, su subordinado en el mando, y 4
todos los tribunos y centuriones del ejército, creían
que habían cogido al enemigo en buena situación, y

---

151 Cf. ARISTÓFANES, *Aves* 824; HERÓDOTO, VII 123, etc.

152 Aquí el texto ofrece una laguna, en la que ofrezco, traducida, la restitución de Büttner-Wobst; otros editores restituyen Erídano.

153 Puras exageraciones por parte de Polibio: la «gran cadena montañosa» son moderadas colinas, y desde Italia central hay por lo menos ocho accesos a esta región.

154 Es lo que TITO LIVIO llama *mons Callicula* (XXII, 5, 3), una colina al S. de la actual Pietravaivano. Un gráfico de la situación de las fuerzas de Fabio y las de Aníbal, en WALBANK, *Commentary*, pág. 428.

juzgaban que debían apresurarse a establecer contacto
con él en las llanuras, sin tolerar que fueran arrasa-
5 dos los territorios más famosos. Hasta que llegó a aque-
llos lugares Fabio se daba prisa y fingía estar de acuer-
6 do con quienes estaban tan animosos y belicosos. Pero
al acercarse al Falerno se dejaba ver por las cadenas
montañosas y se movía paralelamente al enemigo, de
modo que, aunque daba la impresión a los aliados de
7 no ceder el terreno al adversario, sin embargo no hacía
bajar su ejército a la llanura, y esquivaba cualquier
tipo de batalla campal; le movían a ello las causas ya
dichas y, además, la evidencia de que el enemigo le
superaba enormemente en caballería.

8 Aníbal, después de provocar al enemigo y devastar
toda la llanura, se hizo con un botín enorme; luego
levantó el campo. No quería echar a perder el botín,
sino depositarlo en un lugar donde pudiera pasar el
invierno; así su ejército gozaría de bienestar no sólo
en aquel momento, sino que dispondría siempre de re-
9 cursos en abundancia. Quinto Fabio adivinó este plan
y que Aníbal iba a emprender la retirada por donde
había venido; se percató, además, de que los parajes
10 eran angostos y muy adecuados para un ataque. Apostó,
pues, en la misma salida, a unos cuatro mil hombres,
les arengó para que utilizaran su bravura oportuna-
mente, ya que el lugar era muy estratégico; él perso-
nalmente con la mayor parte de su ejército acampó en
una colina que dominaba la entrada a los desfiladeros.

93 Los cartagineses llegaron y establecieron el campa-
mento en la llanura, al pie mismo de las montañas;
Quinto Fabio creía que lograría arrebatarles el botín
sin lucha, y aún más, que, por ser el lugar muy estra-
tégico, le permitiría culminar favorablemente aquellas
2 operaciones. Estaba entregado de lleno a la reflexión:
pensaba cómo y por dónde aprovecharía la posición
ventajosa, y quiénes y desde dónde arremeterían con-

tra el adversario. Los romanos se preparaban para el 3
día siguiente, pero Aníbal lo previó, porque era lo más
natural, y no dio tiempo ni ocasión a los planes ene-
migos. Llamó a Asdrúbal, el jefe de sus servicios de 4
intendencia, y le encargó que a toda prisa atara el
máximo número posible de haces de leña seca, fuera
la que fuera; debía elegir, además, de entre los bueyes
de labranza cogidos en el botín, unos dos mil de los
más vigorosos, y agruparlos delante del campamento.
Hecho esto, reunió a los soldados de intendencia y les 5
indicó una prominencia que estaba entre su propio
campamento y los desfiladeros por los que se disponía
a hacer la marcha; les ordenó que cuando se diera la
contraseña dirigieran con fuerza y energía a los bueyes
hasta que llegaran a las alturas. Después mandó cenar 6
a todo el mundo y retirarse a descansar hasta que lle-
gara el momento. Al caer la tercera vigilia[155] de la 7
noche hizo salir a los de la intendencia y les indicó
que ataran los haces a los cuernos de los bueyes. Lo 8
hicieron rápidamente, porque eran muchos hombres,
y entonces mandó prender fuego a los haces, azuzar a
los bueyes y dirigirlos hacia las cimas[156]. Detrás de los 9
de intendencia dispuso a los lanceros, con la orden
de ayudar algo a los que dirigían a los bueyes; cuando
los animales hubieran emprendido la primera carrera
ellos debían correr a ambos lados y con gran griterío
ocupar las crestas, para prestar ayuda y trabar com-
bate con el enemigo, si por casualidad les disputaban
aquellas alturas. Simultáneamente él situó sus fuerzas, 10
primero las pesadas, detrás de ellas su caballería, a
continuación el botín y finalmente a los iberos y a los
galos. Así se dirigió a los desfiladeros y las salidas.

155 A las tres de la madrugada.

156 Foucault, *Polybe*, III, pág. 151, señala una estratagema semejante en la primera guerra europea, en el frente ítalo-austríaco.

94 Los romanos que custodiaban los desfiladeros, así que vieron las llamas avanzar hacia las cumbres, creyeron que Aníbal se lanzaba por allí. Abandonaron el paso difícil y se fueron a apoyar a los de las crestas.
2 Al acercarse a los bueyes, las llamas les pusieron en apuros, pues se imaginaron y creyeron que sucedía
3 algo peor de lo que en realidad pasaba. Cuando llegaron los lanceros, se estableció entre ambos bandos una ligera escaramuza: los bueyes se lanzaron en medio, y los dos bandos quedaron en las crestas, pero separados, y se mantuvieron esperando el día, porque no alcanzaban a comprender lo sucedido.
4 Quinto Fabio, perplejo ante los acontecimientos, y, según el poeta, «sospechando que allí había engaño»[157], pero decidido, según su propósito inicial, a no jugarse nada al azar ni a entablar una batalla decisiva, permaneció inactivo en su campamento y aguardó el día.
5 Entonces Aníbal, puesto que las cosas le habían salido según sus cálculos, hizo pasar sin riesgo por los desfiladeros a sus tropas con el botín[158], puesto que los defensores de las angosturas las habían abandonado.
6 Al alborear se apercibió de los romanos que, en las cumbres, hacían frente a sus lanceros; envió allí a algunos iberos que trabaron combate y mataron a un millar de romanos; recuperaron fácilmente a su propia infantería ligera y descendieron del monte.
7 Aníbal, pues, después de haber salido de esta manera de Falerno, desde entonces ya acampaba sin riesgo. Miraba y pensaba dónde y cómo iba a pasar el invierno: había infundido gran miedo y perplejidad a las ciudades y a los hombres de Italia.
8 La reputación de Quinto Fabio fue mala entre el grueso de la población, que le supuso cobarde porque

157 La cita es de Homero, *Odisea* X 232.
158 A principios de septiembre del año 217.

había dejado escapar a los adversarios en un sitio tan
ventajoso; él, con todo, no se apartó de sus propó-
sitos. Mas obligado al cabo de pocos días a dirigirse 9
a Roma por razón de ciertos sacrificios, confió el mando
del ejército a su lugarteniente, con la orden expresa,
que encareció, de que no se pusiera tanto interés en
dañar al enemigo como en no sufrir ellos mismos nada
malo. Pero Marco Servilio no hizo el menor caso; mien- 10
tras Fabio le decía esas cosas, él ya estaba dispuesto,
sin vacilar lo más mínimo, a arriesgar todo y a librar
una batalla.

Hechos de España

La situación en Italia era la 95
descrita. En la misma época en
que se desarrollaban las opera-
ciones citadas, Asdrúbal, el gene-
ral cartaginés en España, que 2
durante el invierno había equipado las treinta naves
que le dejara su hermano, y además había dotado otras
diez, a principios del verano zarpó de Cartagena con
sus cuarenta naves fuertemente revestidas y confió a
Amílcar[159] el mando de la flota. Al propio tiempo, 3
desde sus campamentos de invierno concentró sus fuer-
zas de a pie y levantó el campo. Con las naves hacía
la travesía paralelamente a la costa, y con las tropas
de a pie marchaba por la orilla; al cartaginés le urgía
establecer contacto entre ambos ejércitos en el río
Ebro. Cneo Escipión adivinó los proyectos de los car- 4
tagineses e inicialmente pensó oponérseles ⟨por mar y
por⟩ tierra desde sus campamentos de invierno. Pero 5
cuando conoció el número de soldados adversarios y
la importancia de sus preparativos renunció a enfren-
társeles por tierra; equipó treinta y cinco naves —había

---

159 Es difícil decir de qué Amílcar se trata. La tradición manuscrita griega no es segura; algunos códices tienen aquí Himilcón.

tomado de su ejército de tierra los hombres más aptos
para este servicio naval—, zarpó de Tarragona, y al
6 cabo de dos días llegó a la región del Ebro. Fondeó a
una distancia de ochenta estadios del enemigo y envió
por delante, en función de exploración, dos naves rá-
pidas marsellesas, pues éstas siempre navegaban a la
cabeza de las formaciones y eran las primeras en en-
tablar combate, y se prestaban, sin reservas, a cualquier
7 servicio. Los marselleses han colaborado noblemente,
más que otros pueblos, a las empresas romanas, mu-
chas veces también en tiempos posteriores, pero princi-
8 palmente durante la guerra anibálica. Cuando las naves
exploradoras anunciaron que la flota del enemigo es-
taba fondeada en la desembocadura del río Ebro, Cneo
Escipión levó anclas inmediatamente, con la intención
de caer de improviso sobre el adversario.

96 Asdrúbal y los suyos, al señalarles sus vigías, ya de
lejos, la navegación del enemigo, dispusieron que sus
fuerzas de tierra se ordenaran junto a la costa al tiem-
po que ordenaban a las dotaciones embarcar en sus
2 naves. Los romanos ya no estaban lejos; los cartagine-
ses dieron la señal de combate entonando un grito de
guerra, decididos a librar la batalla naval. Se trabaron,
pues, con el enemigo, y durante breve tiempo le dispu-
taron la victoria; no mucho después comenzaron a
3 replegarse. La reserva de infantería situada junto a
la costa no les aprovechó tanto, por infundirles valor
en la batalla, como les perjudicó, ya que les ofrecía
4 una esperanza cierta de salvación. Tras perder dos
naves con sus tripulaciones, y los remos y la marinería
5 de cuatro, huyeron, replegándose hacia tierra. Los ro-
manos les persiguieron bravamente y ellos lanzaron
las naves hacia la costa; sus tripulantes saltaron de
ellas y se salvaron corriendo hacia sus formaciones.
6 Los romanos se aproximaron audazmente a tierra firme
y remolcaron a las naves enemigas que lograron re-

mover; se hicieron al mar abierto con gran alegría: habían vencido al adversario en la primera embestida, se habían hecho con el dominio del mar y habían arrebatado veinticinco naves al enemigo.

Las operaciones de España adquirieron desde este 7
momento perspectivas más brillantes, debido al éxito reseñado. Y los cartagineses, al enterarse de la derrota 8
sufrida, dotaron al instante setenta naves y las despacharon, ya que estaban convencidos de que, para cualquier intento, les era indispensable el dominio del mar. Esta flota tocó primero Cerdeña, desde aquí se dirigió 9
a los territorios de Italia junto a Pisa[160]; la marinería creía que allí establecería contacto con los hombres de Aníbal. Pero los romanos desde la propia Roma se 10
hicieron a la mar con ciento veinte navíos pentarremes, y los cartagineses, sabedores de esta salida, zarparon de nuevo hacia Cerdeña, y después, de nuevo a Cartagena. Cneo Servilio, con la escuadra referida, 11
persiguió a los cartagineses durante algún tiempo, convencido de que les alcanzaría, pero por ser mucha la distancia renunció. Entonces ancló primero en Lilibeo, 12
en Sicilia, después zarpó de nuevo hacia África, a la 13
isla de Cercina[161], y cobró dinero a sus habitantes para no devastarles el país; de retorno se apoderó de la isla de Cosira[162], dejó una guarnición en la pequeña ciudad y se dirigió de nuevo a Lilibeo. Finalmente, 14
fondeó allí su flota, y al cabo de poco tiempo se reintegró a su ejército de tierra.

---

160 Esta ciudad, que salió ya anteriormente, no debe ser confundida con la ciudad italiana que hoy lleva este nombre; la Pisa de que ahora se trata (cuya grafía latina es *Pisae*) estaba situada en la misma desembocadura del río Arno, en el mar Tirreno.

161 Hoy llamada Kerbenah. El cronista catalán medieval Ramon Muntaner sitúa en ella una acción de los almogávares. Es una isla diminuta al N. de la Pequeña Sirtis.

162 Es la isla llamada actualmente de Pantelaria.

97 Los del senado se enteraron de la victoria de Cneo en la batalla naval, y convencidos de que era útil, y aún más, necesario, no desatender las operaciones de España, sino oponerse a los cartagineses y extender
2 la guerra, equiparon veinte naves, nombraron almirante, según su decisión inicial, a Publio Cornelio Escipión, y con gran celo le mandaron junto a su hermano Cneo, con quien dirigió colegiadamente los asuntos de
3 España. Angustiaba a los romanos la idea de que si los cartagineses dominaban tal país, adquirirían provisiones abundantes y muchos hombres, pugnarían más por dominar el mar y ayudarían a sus ejércitos de
4 Italia, enviando tropas y dinero a Aníbal. Atribuyeron, pues, gran importancia a esta guerra, y despacharon a las naves y a Publio. Éste llegó a España, entró en contacto con su hermano y fue de una gran utilidad
5 para las empresas conjuntas. En efecto: los romanos antes jamás se habían atrevido a cruzar el Ebro, sino que se contentaban con la amistad y confianza de los que habitaban al norte de este río. Pero entonces lo cruzaron, y por primera vez tuvieron el valor de operar en el otro lado. Y aquí les ayudó mucho una casualidad.

6 Cuando hubieron intimidado a los iberos que habitaban en las inmediaciones del vado, se llegaron hasta la ciudad de Sagunto y acamparon a unos cuarenta estadios de distancia, junto al templo de Afro-
7 dita. Ocuparon un lugar muy estratégico porque les ofrecía seguridad contra el enemigo, y además era apto
8 para que les aprovisionaran desde el mar. La flota iba costeando paralelamente a su avance.

9 Y entonces se dio el cambio de situación siguiente:
98 Cuando Aníbal emprendió su marcha hacia Italia, de cuantas ciudades españolas desconfiaba, tomó como rehenes a los hijos de los hombres más ilustres y los concentró, en su totalidad, en la ciudad de Sagunto,

porque ésta era de acceso difícil, y además confiaba mucho en los hombres que dejaba allí. Había un ibero, 2
de nombre Abílix, no inferior ni en fama ni en situación a cualquier otro ibero, y encima daba la impresión de superar mucho a los otros en su buena disposición y lealtád hacia los cartagineses. Este hombre consideró 3
la situación, juzgó que eran más brillantes las esperanzas depositadas en los romanos y reflexionó consigo mismo sobre la devolución de los rehenes, una estratagema digna de un ibero y de un bárbaro. Conven- 4
cido de que entre los romanos podía llegar a ser un hombre de gran prestigio si les aportaba conjuntamente lealtad y utilidad, rompiendo sus pactos con los cartagineses, se aprestó a entregar los rehenes a los romanos: se había percatado de que Bóstar, el general 5
cartaginés enviado por Asdrúbal para impedir que los romanos cruzaran el río, pero que no se había atrevido a oponérseles, después de retirarse, acampaba en Sagunto, al lado del mar; era un hombre ingenuo y benigno por naturaleza, que le tenía una gran confianza. Abílix, entonces, habla de los rehenes con Bóstar, y le 6
dice que los romanos han cruzado el río; los cartagineses ya no podrán retener por el miedo sus dominios en España, pero las circunstancias exigen la benevolencia de los sometidos; ahora que los romanos se han 7
aproximado y se han situado frente a Sagunto, amenazando la ciudad, si él, Bóstar, hace salir a los rehenes y los devuelve a sus padres y a sus ciudades, arruinaría las ambiciones de los romanos. Pues éstos querían hacer precisamente lo mismo si eran ellos los que se apoderaban de los rehenes. Bóstar, pues, debía conci- 8
liarse la benevolencia de todos los iberos para con los cartagineses, prever el futuro y pensar también en la seguridad de los rehenes. Y si era él mismo, añadió, el que tratara personalmente el asunto, acrecentaría, multiplicándolo, el agradecimiento. En efecto, al resti- 9

tuir los muchachos a sus ciudades, no sólo se atraería
la adhesión de los padres, sino también de la masa de
las poblaciones, al poner bajo su vista con esta con-
ducta la estima y la magnitud de los cartagineses para
10 con sus aliados. Además, le insinuó la cantidad de ob-
sequios que él personalmente recibiría de los que
hubieran recuperado a sus hijos; pues los padres, al
verse inesperadamente en posesión de sus allegados
más próximos, rivalizarían en mostrar su liberalidad
11 hacia el autor de tal decisión. Abílix añadió además
muchas más cosas por el estilo y con el mismo tono,
y logró persuadir a Bóstar a seguir sus proposiciones.
99 Abílix señaló el día en que se presentaría con unos
hombres de confianza para llevarse a los jóvenes, y se
2 fue. Por la noche se presentó en el campamento ro-
mano, y juntándose con algunos iberos que luchaban
al lado de los romanos, a través de ellos logró llegar
3 hasta los generales. Les demostró con abundancia de
pruebas la inclinación y conversión de los iberos hacia
ellos si recuperaban a los jóvenes que habían entre-
gado como rehenes, y se ofreció a entregarles los jó-
4 venes. Publio Cornelio y los suyos acogieron esta
propuesta con mucho entusiasmo, y le prometieron
grandes recompensas. Abílix entonces se retiró a su
residencia, tras señalar día, tiempo y lugar en que de-
5 berían aguardarle los receptores. Tras esto, tomó con-
sigo los jóvenes traídos desde Sagunto, y salió de noche,
porque quería pasar desapercibido, pasó el atrinchera-
miento romano, llegó al lugar determinado en el mo-
mento preciso e hizo entrega de todos los rehenes a
6 los generales romanos. Publio y los suyos honraron
excepcionalmente a Abílix y le emplearon para efectuar
la restitución de los rehenes a sus ciudades de origen,
7 haciendo que le acompañaran algunos amigos. Él iba
recorriendo las villas y, mediante la entrega de los mu-
chachos, ponía a la vista de todos la bondad y magnani-

midad de los romanos, y junto a ellas, la desconfianza y la dureza de los cartagineses; poniendo como ejemplo su propia mudanza empujó a muchos iberos a hacerse amigos de los romanos.

Bóstar, que había entregado los rehenes al enemigo 8
de la manera más ingenua que lo que su edad permitía suponer, corrió riesgos muy superiores al normal.
Pero como la estación estaba ya muy entrada, los dos 9
bandos esparcieron sus fuerzas para pasar el invierno. La Fortuna había prestado una ayuda suficiente a los romanos con el caso de estos muchachos para los proyectos futuros.

Y ésta era la situación en España.

Italia. Desarrollo de los hechos en la Apulia

Habíamos dejado a Aníbal[163]. 100
Sus exploradores le informaron de que en la región de Luceria y en el país llamado Gerunio[164] había trigo en abundancia; este último lugar era muy adecuado para silo. El cartaginés, 2
pues, determinó pasar allí el invierno, y avanzó, marchando junto al monte Liburno[165], hacia los lugares
mencionados. Llegado a Gerunio, que dista de Luceria 3
doscientos estadios, primero envió mensajeros y procuró atraerse la amistad de los habitantes de aquellas regiones, ofreciéndoles garantías de lo que les anunciaba. Sin embargo, nadie le hizo el menor caso, por 4
lo que emprendió el asedio de la plaza. Se adueñó del país rápidamente, mató a sus habitantes, pero conservó

163 Cuando salió del territorio de Falerno, 94, 7.

164 Sobre Luceria, cf. 85, 5. Gerunio estaba ciertamente en la Apulia, pero su localización es incierta.

165 La grafía de este nombre en la tradición manuscrita griega es insegura, y, por tanto, lo es su localización. Algunos manuscritos tienen «Taburno», en cuyo caso sería un monte tocante a Caudio; en otros se lee Tifernus, actualmente el monte Matese.

intactas la mayoría de las casas, y también las mura-
llas, pues quería almacenar el trigo allí para el invierno.
5 Hizo acampar su ejército delante de la ciudad, y for-
tificó el campamento con un foso y un atrinchera-
6 miento. Listo ya todo esto, mandó dos partes de su
ejército a aprovisionarse de trigo, con la orden de que
diariamente cada una debía proporcionar a los suyos
una cantidad determinada; la contribución de cada
grupo se debía remitir a los encargados de este servi-
7 cio. Aníbal mismo con la otra parte custodiaba el cam-
pamento y protegía a sus forrajeadores allí donde se en-
8 contraran. La mayor parte del país era llana y se podía
recorrer fácilmente. El número de forrajeadores car-
tagineses era prácticamente incalculable, y como era
la estación más apropiada para la recolección, la canti-
dad de trigo recogida cada día era enorme.

101 Marco Minucio recogió de manos de Fabio el mando
de las tropas. Primero siguió por las crestas, en para-
lelo, a los cartagineses; confiado siempre en caer sobre
2 ellos alguna vez. Pero cuando se enteró de que las
tropas de Aníbal ya habían tomado Gerunio y de que
recogían el trigo del país, de que habían acampado
ante la ciudad protegiéndose con una estacada, aban-
donó las alturas y descendió por una cresta que lle-
3 gaba al llano. Alcanzó una montaña que está encima del
territorio de Larino[166], llamada Calena, y acampó en
torno a ella, resuelto a trabar combate con el enemigo
4 a cualquier precio. Aníbal vio la aproximación del ene-
migo, y permitió salir a forrajear a sólo una tercera
parte de su ejército; retuvo las dos restantes y avanzó
desde la ciudad dieciséis estadios en dirección al ad-
versario. Acampó en la cima de una loma: con ello

166 Larino está a la altura de Roma, pero no lejos de la costa adriática. La localización del monte aquí aludido es insegura.

pretendía intimidar al enemigo y proporcionar al tiem-
po seguridad a sus forrajeadores. Entre ambos cam- 5
pamentos había una altura situada estratégicamente,
desde la cual se dominaba el campamento enemigo;
Aníbal mandó unos dos mil lanceros y consiguió ocu-
parla cuando todavía era de noche. Al alborear, Marco 6
Minucio lo vio, hizo salir a sus tropas ligeras y asaltó
la colina. Se produjo una escaramuza violenta, de la 7
que, al final, salieron victoriosos los romanos, que tras-
ladaron todo su campamento a este lugar. Al tener en- 8
frente el campamento romano, Aníbal retuvo durante
cierto tiempo la mayor parte de su ejército con él.
Pero cuando pasaron muchos días se vio obligado a 9
dividir sus tropas y enviar una parte a apacentar ga-
nado y otros a forrajear, pues se esforzaba, según su 10
plan inicial, en no echar a perder su botín y en reunir
la máxima cantidad de trigo posible; así durante el in-
vierno sus hombres dispondrían de todo en abundancia,
y no menos sus acémilas y sus caballos. En efecto: las 11
máximas esperanzas de su ejército, Aníbal las deposi-
taba en su cuerpo de caballería.

Fue entonces cuando Marco Minucio vio que la ma- 102
yor parte de los enemigos se había diseminado por el
país para las tareas reseñadas; escogió la hora más
oportuna del día e hizo salir a sus fuerzas. Se apro- 2
ximó al campamento de los cartagineses, hizo formar
a sus tropas pesadas, repartió en grupos a su caba-
llería y a sus tropas ligeras y los mandó contra los fo-
rrajeadores con la orden de no coger ningún prisionero
vivo. Ante esto, la situación de Aníbal se convirtió en 3
muy delicada, pues no podía oponerse de manera se-
gura a la formación contraria ni podía prestar socorro
a los suyos, esparcidos por el territorio. Los romanos 4
que habían sido enviados contra los forrajeadores ma-
taron a muchos de éstos por estar esparcidos, y los
que se mantenían en la formación desdeñaron tanto a

los cartagineses que llegaron a arrancarles la estacada:
lo único que no hicieron fue asediarles.
5 Aníbal, pues, estaba en mala situación, pero no se
movió, a pesar de la tormenta que le zarandeaba. Iba
rechazando a los que se aproximaban, y custodiaba a
6 duras penas su campamento, hasta que Asdrúbal rea-
grupó a los que habían huido del territorio hacia el
atrincheramiento de Gerunio, que eran unos cuatro mil,
7 y se presentó para ayudar. Esto fue para Aníbal un
respiro, y se atrevió a efectuar una salida: formó a
sus tropas a poca distancia del campamento y con
gran esfuerzo rechazó el peligro que se cernía sobre
8 él. Marco Minucio había causado muchas bajas al ene-
migo en la refriega junto a la estacada, y había matado
todavía un número mayor de cartagineses en el terri-
torio; entonces se replegó con grandes esperanzas de
9 cara al futuro. Al día siguiente los cartagineses aban-
donaron la estacada y Marco subió y ocupó el campa-
10 mento adversario. Aníbal, que temía que por la noche
los romanos encontraran desguarnecida la empalizada
de Gerunio y se apoderaran de los bagajes y de los
depósitos, determinó retirarse y establecer de nuevo
11 su campamento en aquel lugar. Desde entonces los
cartagineses forrajearon con más cuidado y más pro-
tección, y los romanos lo contrario, con más confianza
y más audacia.

103 En Roma se dio más importancia a lo sucedido de
la que en realidad tenía, y la gente exultaba; poseídos
antes de una desconfianza total, ahora creían que se
2 les ofrecía un cambio hacia algo mejor; además pen-
saban que antes la inactividad y el recelo de las le-
giones no se debía a un acobardamiento de las tropas,
3 sino a la precaución del general. Todo el mundo acu-
saba y reprochaba a Fabio el no haber aprovechado
con audacia las oportunidades; en cambio, alababan
tanto a Marco por lo sucedido, que ocurrió lo que

nunca había pasado: le concedieron también plenitud 4
de poderes[167], convencidos de que iba a poner un rápido fin a sus problemas. Es innegable que entonces hubo dos dictadores para una misma empresa, cosa jamás vista antes entre los romanos. Marco Minucio, 5
cuando tuvo en claro el afecto de la masa y la potestad que el pueblo le había otorgado, sintió doblemente el afán de desafiar y de atreverse contra el enemigo. También Fabio llegó donde estaban las tropas; los he- 6
chos no le habían hecho cambiar nada; permanecía aún más firme en su opción inicial. Vio que Marco se 7
había envanecido, que le llevaba la contraria en todo y que estaba totalmente decidido a arriesgar una batalla, por lo cual le dio a elegir: o ejercer el mando por turno, o partirse las fuerzas y actuar cada uno según sus propias decisiones. Marco Minucio aceptó pre- 8
ferentemente esto último, la partición. Se dividieron, pues, el ejército, y acamparon separadamente el uno del otro, a doce estadios de distancia.

Aníbal sabía unas cosas por prisioneros capturados, **104**
y los hechos que veía le hacían adivinar las otras. Comprendía la rivalidad de los generales romanos y la vanidad y la ambición de Marco. Y creyó que lo que 2
ocurría entre los enemigos no le era adverso, sino favorable. Dirigió su atención a Marco: pretendía rebatir su audacia y superarle en ardor. Entre el campamento 3
cartaginés y el de Marco había un montecillo que podía ser perjudicial a los dos bandos, por lo que determinó ocuparlo. Pero intuía claramente, por el éxito romano anterior, que Marco Minucio acudiría inmediatamente

---

167 Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. O estamos ante un error de Polibio, la existencia de dos dictadores, o bien ante el primer paso de lo que más tarde se constata plenamente en la historia de Roma: la desaparición del *dictator* como figura jurídica en la república romana.

para obstaculizar su intento, de modo que ideó lo que
sigue.

4 Los lugares que rodeaban la eminencia eran áridos,
pero ofrecían muchas cavernas y hendiduras de todas
clases; por la noche envió, en grupos de doscientos o
trescientos a los lugares más aptos para emboscarse,
quinientos jinetes y un total de unos cinco mil infantes
5 armados a la ligera. Para que no fueran vistos al ama-
necer por los forrajeadores romanos, al despuntar el
6 día ocupó la loma con su infantería ligera. Marco Mi-
nucio, al ver lo ocurrido, lo creyó un signo de buena
suerte; mandó al punto a su infantería ligera con la
orden de luchar y de pelear por aquel lugar; después
7 envió a la caballería, y a continuación marchó él mismo
con las tropas pesadas, igual que la vez anterior, ac-
tuando en cada caso más o menos de la misma manera.

105 Acababa de amanecer, y los pensamientos y los ojos
de todos estaban fijos en los que habían trabado com-
bate en la loma; no se sospechaba la carga de los
2 emboscados. Aníbal enviaba ininterrumpidamente re-
fuerzos a sus hombres de la colina, siguiendo él perso-
nalmente paso a paso con su caballería y con sus
tropas; resultó que los de a caballo trabaron pronta-
3 mente combate entre ellos. Al ocurrir esto, la infan-
tería ligera romana se vio presionada por la gran masa
de caballería enemiga, y al huir hacia sus fuerzas pe-
4 sadas produjo una gran confusión. Y fue entonces
cuando se dio la señal a los cartagineses emboscados,
los cuales aparecieron y atacaron por todos lados; y
no sólo sobre la infantería ligera, sino que sobre todo
5 el ejército romano se abatió un grave peligro. Fabio
se dio cuenta de lo que pasaba, y, temiendo sufrir una
derrota decisiva, efectuó una salida con sus fuerzas y
6 socorrió con gran celo a los que corrían peligro. Como
se aproximó a toda prisa, los romanos recobraron su
ánimo, y, a pesar de haber deshecho ya toda su forma-

ción, de nuevo se reagruparon en torno a sus estandartes, se retiraron y se refugiaron entre los hombres de Fabio. La infantería ligera había sufrido muchas bajas, pero aún más las legiones, que perdieron la flor y nata de sus hombres.

Aníbal y los suyos temieron el estado íntegro y el 7
orden de las legiones que acudían a reforzar, de modo
que desistieron de la persecución y de la batalla. Para 8
los que habían asistido personalmente a la refriega quedó claro que todo se perdió por la temeridad de Marco Minucio, y que todo hasta entonces, y también entonces, se había salvado por la prevención de Fabio.

Los habitantes de Roma reconocieron, por fin, clara- 9
mente, la diferencia real entre la vanagloria y la precipitación de un soldado, y la previsión y el cálculo se-
guro y razonable de un general. Enseñados por los 10
acontecimientos, los romanos establecieron de nuevo un campamento único con una sola estacada, y desde entonces atendieron ya a Fabio y a sus consejos.

Los cartagineses abrieron un foso en el espacio in- 11
termedio entre la loma y su propio campamento, rodearon con una estacada la cima del monte, que ahora dominaban, y dejaron allí una guarnición, tras la cual, ya sin peligro, dispusieron su propia invernada[168].

Campaña de Italia. Batalla de Cannas

Al llegar el tiempo de los co- 106
micios consulares[169], los romanos eligieron cónsules a Lucio Emilio y a Cayo Terencio, tras cuya designación los dictadores deja-
ron sus cargos. Los cónsules del año anterior, Cneo 2
Servilio y Marco Régulo (que había sido nombrado tras la muerte de Flaminio) fueron nombrados pro-

---

[168] Se trata del invierno del año 217.

[169] Del año 216.

cónsules[170] por Lucio Emilio; tomaron el mando de los acampados y dispusieron las operaciones militares se-
3 gún su parecer. Tras deliberar conjuntamente con el senado, Emilio llamó inmediatamente a filas la parte de tropas que faltaban para completar la campaña,
4 y las envió. Pusieron en claro a Cneo que no debía en modo alguno entablar una batalla decisiva, pero sí, en cambio, librar escaramuzas continuas y lo más duras posible: así los procónsules entrenarían y harían cobrar ánimo a los soldados bisoños para las batallas
5 decisivas. En efecto: les parecía que había contribuido no poco a los desastres anteriores el hecho de usar soldados recién reclutados y sin ninguna preparación.
6 Ellos personalmente confiaron al pretor[171] Lucio Postumio, nombrado general, una legión, con la que le mandaron al país de los galos: querían producir escisiones entre los galos que militaban a favor de Aní-
7 bal. Previeron también la recuperación de la flota que invernaba en Lilibeo, y enviaron a los generales romanos de España todo lo requerido para sus operaciones.
8 Los cónsules, pues, pusieron gran empeño en esto y
9 en los demás preparativos. Cneo Servilio recibió sus órdenes y lo dispuso todo según ellas, por lo cual omitiremos escribir más sobre el particular. No se hizo nada decisivo, ni, simplemente, digno de mención, tanto por las órdenes recibidas como por el cariz que
10 presentaban las circunstancias. Hubo, en cambio, escaramuzas y choques parciales en gran número, en las

[170] Los que eran cónsules, si les tocaba cesar en el cargo durante una guerra, permanecían en el cargo mediante la llamada *prorrogatio imperii,* hasta que acabara la campaña; durante el período supletorio recibían el título de procónsules.

[171] Aquí se trata de un *praetor militaris,* jefe militar y la figura más antigua de pretor en la república romana, pero más tarde aparecerán el *praetor urbanus,* que vigilaba la administración de justicia, y el *praetor peregrinus,* que atendía los asuntos de los extranjeros.

que los jefes romanos alcanzaron prestigio, pues parecía que lo disponían todo con energía y coraje.

Los dos ejércitos pasaron el invierno y la prima- 107
vera acampados uno frente al otro. Cuando la época del año les permitió aprovisionarse de las cosechas anuales, Aníbal hizo salir a sus tropas de la fortificación de Gerunio: creyó conveniente obligar como fuera 2
al enemigo a combatir, por lo que ocupó la ciudadela de la ciudad llamada Cannas[172]. Los romanos habían 3
depositado en ella su trigo y el resto de sus provisiones procedentes de los parajes de Canusio[173], y desde esta ciudad lo trasladaban al campamento según lo exigieran las necesidades.

La ciudad había sido arrasada ya antes, pero en- 4
tonces la pérdida de la ciudadela y de las provisiones perturbó a las tropas romanas en no pequeño grado, puestas en situación difícil no sólo por la falta de avi- 5
tuallamiento, al ser conquistado aquel lugar, sino también porque la ciudadela estaba colocada estratégicamente en medio de los parajes circundantes. Los jefes 6
romanos enviaban mensajeros a Roma continuamente para recibir instrucciones acerca de lo que debían hacer; si se aproximaban al enemigo ya no podrían rehuir la batalla, puesto que el país estaba arruinado y todos los aliados vacilaban. Los senadores decidieron 7
combatir, presentar batalla al enemigo. Pero ordenaron a Cneo Servilio que se contuviera y ellos enviaron a los cónsules.

---

172 Primera aparición de este nombre, que será fatídico para los romanos. *Cannae* (actualmente Monte di Canne) estaba situada en la orilla derecha del Aufidus (hoy el Ofanto), a poca distancia de la desembocadura del río. La discusión acerca de la topografía véase en WALBANK, *Commentary*, ad loc., y un gráfico de la batalla, en *Weltatlas*, pág. 51.

173 Canusio estaba en las inmediaciones de Cannas.

8 Todos miraban hacia Paulo Emilio, quien infundía grandes esperanzas por la honradez de su vida anterior y porque parecía que poco tiempo antes había conducido con coraje y a la vez con serenidad la guerra con-
9 tra los ilirios. El senado romano se propuso afrontar el peligro con ocho legiones, cosa inaudita entre los romanos. Cada legión tendría unos cinco mil hombres,
10 y además los aliados. Los romanos, en efecto, tal como hemos dicho en alguna parte anterior, se manejan siempre con cuatro legiones. Una legión comprende normalmente unos cuatro mil hombres de infantería
11 y doscientos jinetes. Pero si se presenta alguna empresa de riesgo capital aumentan en cada legión a cinco mil el número de infantes y a trescientos el de jinetes.
12 En cuanto a los aliados, el número de soldados de a pie lo equiparan al de las legiones, pero el de jinetes
13 lo triplican. Confían a cada uno de los cónsules dos legiones y la mitad de los aliados, y los mandan así a
14 las operaciones. La mayoría de los combates los deciden con un cónsul, dos legiones y el número indicado de aliados; raras son las veces en que aprestan todas sus fuerzas para una sola oportunidad y un solo com-
15 bate. Pero entonces estaban aterrorizados: temían tanto al futuro que determinaron afrontar el riesgo no con cuatro, sino con ocho legiones romanas a la vez.

108 Exhortaron a los hombres de Paulo Emilio, pusieron ante sus ojos la trascendencia del resultado de la batalla para ambos bandos y les enviaron con la orden de arriesgarse totalmente, con valor y de manera digna
2 de la patria. Éstos se unieron al resto de las tropas y, reuniendo a todo el contingente, le expusieron la decisión del senado; pronunciaron una arenga a tono con aquellas circunstancias, palabras salidas de la experiencia personal de Paulo Emilio, que era quien aren-
3 gaba a las tropas. La mayor parte de su discurso tocó los desastres sufridos recientemente; pues esto

era lo que había hecho cundir el desánimo, y aquí la
gran mayoría precisaba de aliento. Por esto procuró 4
imbuirles la idea de que encontrarían no una o dos
causas de las derrotas sufridas en las batallas prece-
dentes, sino muchas más, que les habían conducido a
aquel final. Pero entonces ya no les quedaba ningún 5
pretexto, si eran verdaderamente hombres, para no
vencer al enemigo. Jamás los dos cónsules habían com- 6
batido juntos y con todos sus efectivos, ni antes
se habían utilizado tropas entrenadas, sino bisoñas y
que no habían ni tan siquiera visto nada terrible. Y 7
por encima de todo: antes no sabían absolutamente
nada del enemigo, se le habían opuesto en formación
casi sin haberle visto y se habían lanzado así a batallas
decisivas. Pues los derrotados junto al río Trebia ha- 8
bían llegado de Sicilia el día anterior y formaron ya
al alborear del día siguiente. Y los que lucharon en 9
Etruria no pudieron ver al enemigo no ya antes, sino
incluso durante la batalla, ya que el aire se llenó de
niebla. «Pero ahora la situación es absolutamente 10
opuesta a las antedichas:

En primer lugar —dijo—, estamos aquí los dos 109
cónsules, y no vamos a participar con vosotros única-
mente nosotros en los combates, sino que, además,
hemos dispuesto que los del año pasado estén aquí y
tomen parte activa en los mismos. Y vosotros no sola- 2
mente habéis visto el armamento, la táctica y el nú-
mero de enemigos, sino que, además, lleváis comba-
tiendo casi cada día, y en ello habéis cumplido dos
años. Y si en el detalle todo tiene una disposición 3
opuesta a la de las batallas anteriores, es lógico que
el desenlace de la lucha sea también el contrario. En 4
efecto: sería absurdo, es más, imposible, por así de-
cirlo, que si en muchas escaramuzas parciales, com-
batiendo contra un número igual de enemigos, habéis
vencido las más de las veces, ahora, cuando formáis

todos a la vez, y así sois más del doble que el adver-
5 sario, seáis derrotados. Por lo cual, soldados, cuando
todo está dispuesto para vuestra victoria, la empresa
requiere ya únicamente de vuestro coraje y de vuestra
determinación. Sobre ello me imagino que ya no con-
6 viene exhortaros más. Para los que combaten a sueldo
junto a otros, o para los que, por una alianza, van a
arrostrar un peligro en pro de los vecinos, lo más te-
rrible es la batalla misma; el resultado no les afecta
demasiado. Para tales hombres sería precisa una ex-
7 hortación de aquel género. Pero si se trata de hombres
como vosotros ahora, a quienes os peligra no lo ajeno,
sino lo propio, es decir, vuestras mismas personas, la
patria, las mujeres y los hijos, y para quienes el re-
sultado de la batalla se diferencia enormemente de los
peligros presentes, se necesita sólo una mención, no
8 un estímulo. Porque, ¿quién no preferiría vencer en la
lucha, y si no fuera posible, morir en ella combatiendo,
a vivir para ver la ruina y el insulto inferido a los que
9 os dije? Por lo cual, soldados, haced incluso caso omi-
so de lo que os he hablado, pero poneos, vosotros mis-
mos, a la vista la diferencia entre el triunfo y la
derrota, y lo que se sigue en ambos casos. Disponeos
para la batalla no porque corran peligro las legiones
10 de la patria, sino ella misma en su integridad. Vosotros
sois su último recurso, y no tendrá con qué oponerse
al enemigo si la ocasión presente se decide de modo
11 desfavorable. La patria sustenta en vosotros su ardor
y su fuerza, ha depositado en vosotros todas sus es-
12 peranzas de salvación. No debéis ahora defraudarla.
Dad a la patria la gratitud debida, y haréis patente a
todos los hombres que las derrotas anteriores no se
debieron a que los romanos sean menos capaces que
los cartagineses, sino a la inexperiencia de aquellos
combatientes, y también a las dificultades ofrecidas
por las circunstancias.»

Tras arengarles con estas palabras y otras por el 13
estilo, Paulo Emilio despidió al ejército.

Al día siguiente los cónsules levantaron el campo 110
y guiaron las tropas hacia el lugar en el que oían decir
que habían acampado los enemigos. Llegaron al cabo
de dos días y acamparon a unos cincuenta estadios
del enemigo. Paulo Emilio observó que los parajes de 2
alrededor eran llanos y pelados, y sostuvo que allí no
convenía trabar combate, ya que el enemigo les aven-
tajaba en caballería. Lo que debían hacer era avanzar
y atraerle hacia lugares tales en los que el grueso de
la batalla lo soportara la infantería. Pero Cayo Varrón, 3
poco experimentado, era de la opinión contraria, y ello
motivó discusiones y tirantez entre ambos jefes, que
era lo peor que podía ocurrir. Al día siguiente corres- 4
pondía el mando a Varrón, ya que los cónsules, según
era usual, se alternaban cada día en el ejercicio del
mando. Cayo Varrón, pues, levantó el campo y avanzó;
quería aproximarse al enemigo, pese a que Paulo Emi-
lio se oponía y protestaba airadamente.

Aníbal tomó consigo a su infantería ligera y a su 5
caballería, les salió al encuentro, cayó sobre ellos cuan-
do todavía marchaban, trabó combate inesperadamente
y produjo una gran confusión entre los romanos. Éstos 6
sostuvieron la primera carga haciendo avanzar algunas
secciones de su infantería pesada, después enviaron a
sus arqueros y a su caballería, con lo que lograron
ventaja en este combate generalizado, porque los car-
tagineses no disponían de una reserva digna de este
nombre y porque algunos manípulos romanos ya lo-
graban combatir entre su propia infantería ligera. Pero 7
sobrevino la noche y separó a ambos bandos; el ataque
de los cartagineses no había tenido el éxito que éstos
esperaban.

Al día siguiente, Paulo Emilio, que ni se decidía a 8
combatir, ni podía tampoco retirar con seguridad a su

ejército, acampó con las dos terceras partes de él junto al río llamado Aufidio (que es el único que atraviesa
9 los Apeninos, una cordillera continua que separa todas las vertientes de Italia, las que van al Mar Tirreno y las que van al Mar Adriático; el Aufidio fluye a través de esta cordillera, tiene sus fuentes en las vertientes
10 etruscas de Italia, pero desemboca en el Adriático), y para la tercera parte construyó una empalizada al otro lado del río, hacia el este del vado; se mantenía a una distancia de unos diez estadios de su propio campa-
11 mento, y a un poco más del de los enemigos. Con todo ello pretendía proteger a los forrajeadores que salían del campamento y hostigar al propio tiempo a los forrajeadores cartagineses.

111 Entonces Aníbal comprendió que la situación le invitaba a combatir, a librar batalla contra el enemigo, pero temía que el fracaso reciente hubiera abatido el ánimo de los suyos. Creyó que el momento exigía
2 una arenga, y congregó a sus hombres. Reunidos ya, les hizo contemplar los lugares de alrededor, y preguntó qué cosa mejor hubiera podido pedir a los dioses, en las circunstancias presentes, cuando se les concendía librar la batalla decisiva en un paraje en que su caballería les hacía muy superiores al enemigo.

3 Todos aprobaron esta afirmación, porque era evidente. «Por consiguiente —añadió Aníbal—, dad gracias a los dioses, ya que ellos cuando han llevado al
4 enemigo a este terreno nos preparan la victoria. Y en segundo lugar, dádmelas a mí, puesto que he forzado al adversario a la lucha. Ahora ya no puede rehuirla, y
5 luchará en un terreno que nos es ventajoso. No me parece en modo alguno que sea preciso estimularos con muchos argumentos a que tengáis buen ánimo y
6 coraje en la refriega. Tal exhortación era necesaria cuando no teníais experiencia de lo que es combatir contra los romanos, y yo mismo os hice muchos dis-

cursos en los que os aducía ejemplos. Pero cuando 7
habéis vencido a los romanos en tres grandes batallas
consecutivas, ¿qué palabra os podría infundir más con-
fianza que los propios hechos? En las luchas habidas 8
hasta ahora habéis conquistado el país y os habéis
apoderado de sus bienes, según nuestras promesas;
siempre evitamos mentir en todos los discursos que
os dirigimos. El combate de ahora será por las ciuda-
des y las riquezas contenidas en ellas. Cuando las ha- 9
yáis conquistado, seréis de inmediato dueños de toda
Italia; lejos ya de las penalidades, convertidos en amos
de toda la riqueza de los romanos, os convertiréis en
jefes y señores de todo gracias a la batalla de ahora.
De manera que lo que hoy necesitamos no son pa- 10
labras, sino hechos. Estoy persuadido de que, con la
voluntad de los dioses, no tardará mucho en confir-
marse mi promesa.»

Les dijo estas cosas y otras por el estilo, que sus 11
hombres aplaudieron con entusiasmo. Él les felicitó y
aprobó su ánimo; luego despidió a los soldados. Esta-
bleció su campo sin dilación, y construyó una empa-
lizada en la misma orilla del río donde estaba el mayor
de los dos campamentos romanos.

Al día siguiente ordenó a todos sus hombres que **112**
prepararan las armas y que estuvieran prestos. Y al
día siguiente formó a sus tropas junto al río: su inte-
rés en luchar contra el enemigo era evidente. Paulo 2
Emilio no estaba satisfecho con aquel lugar, y veía
que los cartagineses pronto se verían obligados a cam-
biar de sitio el campamento por la necesidad de avi-
tuallarse. Permaneció, pues, inactivo, y se limitó a re-
forzar las guardias de su acampada. Aníbal aguardó 3
mucho tiempo sin que nadie le saliera al encuentro,
por lo que hizo entrar de nuevo a sus tropas en su
atrincheramiento. Envió a sus númidas contra los agua-
dores del campamento romano más pequeño. Los nú- 4

midas llegaron hasta la misma empalizada enemiga y
estorbaban la aguada, y Cayo Varrón se excitó todavía
más contra éstos; también las tropas se sentían impe-
lidas a la batalla; soportaban con disgusto su aplaza-
5 miento, porque a los hombres el tiempo de espera se
les hace difícil, pero cuando algo se ha decidido, hay
que soportarlo todo, incluso lo que parezca más te-
rrible.

6 Cuando en Roma se enteraron de que los dos ejér-
citos estaban acampados frente a frente y que cada
día se producían refriegas de avanzadillas, la ciudad
7 estaba animada y temerosa. El pueblo temía por el
futuro, puesto que se habían sufrido tantas derrotas;
suponían y se imaginaban ya en sus pensamientos lo
que les iba a ocurrir si ahora les sobrevenía un desca-
8 labro total. Todos los oráculos que tenían corrieron
entonces de boca en boca, todo templo y toda casa
rebosaba de signos y de prodigios; de ahí que plega-
rias y sacrificios, súplicas e imploraciones a los dioses
9 agitaran la ciudad. En las circunstancias difíciles los
romanos tienden a propiciarse dioses y hombres, y no
juzgan nada indecoroso o innoble si se hace en tales
tiempos.

113 Al día siguiente, nada más tomar el mando Cayo
Varrón, al alborear movió a la vez las tropas de las
2 dos acampadas. Hizo que las del campamento mayor
cruzaran el río, y las formó al instante; juntó a ellas
las del otro campamento y las ordenó en un línea
3 continua, orientada hacia el Sur. Situó a la caballería
romana junto al mismo río, en el ala derecha, y ex-
tendió a las tropas de a pie a continuación, en la
misma línea; ponía los manípulos mucho más com-
pactos, y lograba así que la profundidad de sus for-
4 maciones fuera muy superior a su frente. Colocó a la
caballería aliada en el ala izquierda. Delante de todo
el ejército, a una cierta distancia, situó a la infantería

ligera. Incluyendo a los aliados, los romanos dispo- 5
nían de unos ochenta mil hombres de a pie y de algo
más de seis mil de a caballo.
En aquel mismo momento Aníbal hizo cruzar el río 6
a sus baleares y a sus lanceros, y los puso al frente de
su ejército. Hizo salir del atrincheramiento al resto de
sus hombres, cruzó la corriente por dos lugares dis-
tintos y formó a sus tropas contra el enemigo. Al lado 7
mismo del río, en el flanco izquierdo, puso a los jine-
tes iberos y a los galos frente a la caballería romana,
a continuación la mitad de su infantería pesada afri-
cana, y seguidamente a los iberos y a los galos; a su
flanco dispuso el resto de los africanos; en el ala
derecha situó a la caballería númida. Los extendió a 8
todos en una sola línea, tomó personalmente las for-
maciones de iberos y de galos y les hizo avanzar sin
que perdieran el contacto con los demás. Todo se des-
arrollaba según un plan preconcebido[174]: se formaba
una figura convexa en forma de media luna; las líneas
de sus flancos perdían en espesor a medida que avan-
zaban. Aníbal quería que sus africanos durante la ba- 9
talla le sirvieran de retaguardia, y que iberos y galos
pelearan en primera fila.
El armamento de los africanos era romano, pues **114**
a todos ellos Aníbal les había dotado con él, escogién-
dolo del botín de las batallas anteriores. Los iberos 2
y los galos tenían el escudo muy parecido, pero en
cambio las espadas eran de factura diferente. Las de 3
los iberos podían herir tanto de punta como por los fi-
los; la espada gala, en cambio, servía sólo para herir de
filo, y ello aun a cierta distancia. Sus secciones esta- 4
ban dispuestas alternadamente. Los galos iban desnu-

---

[174] Ha habido discusión sobre el sentido de la expresión griega subyacente (*katà lógon*), que las más de las veces significa «proporcionalmente» o bien «progresivamente», pero aquí estos sentidos no encajan; es preferible la traducción dada.

dos, los iberos vestían unas túnicas delgadas de lino, con
el borde de púrpura, según el uso de sus regiones; el
conjunto ofrecía una visión extraña y sobrecogedora.
5 El número de jinetes de que disponían los cartagine-
ses era de diez mil; el de soldados de infantería, no
muy superior a los cuarenta mil, incluidos los galos.
6 Paulo Emilio mandaba el ala derecha romana, la iz-
quierda Cayo Varrón y el centro lo mandaban Marco
Atilio y Cneo Servilio, los cónsules del año precedente.
7 El ala izquierda cartaginesa la mandaba Asdrúbal, la
derecha Hannón y en el centro estaba el propio Aníbal,
8 que tenía a su lado a Magón, su hermano. Como dije
más arriba, la formación romana miraba hacia Occi-
dente, y la de los cartagineses hacia Oriente, de modo
que cuando salió el sol no molestó en ningún momento
a los dos bandos.

115 Las avanzadillas iniciaron la refriega[175]. Al princi-
pio el choque entre las infanterías ligeras se mantenía
2 indeciso. Pero a medida que, desde su izquierda, la
caballería ibera y gala se aproximaba a los romanos,
estos jinetes convirtieron aquello en una batalla autén-
3 tica y a la manera bárbara; se combatía no según la
norma de arremetidas y retiradas alternativas, antes
bien, los jinetes atacaban montados, pero luego desca-
4 balgaban y entablaban duelos individuales. En ello sa-
lieron victoriosos los cartagineses, y en la lucha ma-
taron a la mayoría de sus adversarios, a pesar de que
los romanos lucharon noblemente y con coraje. Aco-
rralaron luego junto al río a los supervivientes y los
mataron también; los cartagineses no usaron de piedad
con los que les llegaron a las manos. Entonces en-
traron en combate las fuerzas de infantería, que se-
5 guían a las ligeras. Las formaciones de iberos y de
galos resistieron algún tiempo y lucharon varonilmente

175 La batalla de Cannas se libró el 2 de agosto del año 216.

contra los romanos, pero después, acosados por el ene-
migo que presionaba, cedieron y se replegaron, rom-
piendo la figura de la media luna. Los batallones ro- 6
manos les persiguieron con furia y lograron romper
fácilmente las formaciones enemigas, porque la de los
galos carecía de profundidad, y la de los romanos se
había engrosado precisamente desde las alas al centro
y al lugar en que se combatía. El centro y las alas 7
cartaginesas no entraron en combate al mismo tiempo,
sino en primer lugar el centro, ya que los galos, debido
a la formación en figura de media luna, se habían ade-
lantado mucho más que las alas; lo convexo de la
figura avanzaba de cara al enemigo. En su persecución 8
los romanos corrieron hacia el centro y hacia aquellas
partes del enemigo que cedían; las rebasaron tanto,
que ahora tenían a ambos lados, en los flancos que
ofrecían, a los africanos, que eran los dotados con ar-
mamento pesado. De éstos, los que estaban a la derecha 9
giraron hacia la izquierda, cargaron por el flanco de-
recho y cayeron de costado sobre el flanco enemigo,
y los del ala izquierda giraron a su derecha y se des- 10
plegaron por el flanco izquierdo. La situación mostra-
ba por sí misma lo que se debía hacer. Ocurrió lo que 11
había calculado Aníbal: en su persecución de los galos,
los romanos fueron cogidos en medio por los africa-
nos. Y entonces ya no mantuvieron sus formaciones, 12
sino que se revolvían individualmente y por batallones,
y luchaban contra los que les atacaban de flanco.

Paulo Emilio, a pesar de que desde el principio es- **116**
taba en el ala derecha y participaba en la lucha de la
caballería, quedaba aún entre los supervivientes. Pero 2
según las palabras que pronunciara en la alocución,
quería encontrarse siempre en el corazón de la lucha.
Al ver que la decisión de la batalla radicaba en las
fuerzas de infantería, galopó hacia el centro de la 3
formación romana, y al tiempo que él mismo combatía

y golpeaba con sus manos al adversario, excitaba y
estimulaba a los soldados que tenía alrededor.
4 Y lo mismo hacía Aníbal, pues desde el principio
5 se encontraba en esta sección de sus tropas. Los nú-
midas que, apostados en el ala derecha, habían asal-
tado a la caballería enemiga, no hicieron ni sufrieron
gran cosa por lo peculiar del combate, pero mantu-
vieron inactivo al enemigo atrayéndoselo y luego ata-
6 cándole por todos lados. Cuando Asdrúbal y los suyos,
tras matar, junto al río, a casi todos los jinetes ro-
manos, desde el ala izquierda corrieron a apoyar a los
númidas, entonces la caballería de los aliados previó
el asalto, lo esquivó y se retiró.
7 En aquella ocasión parece que Asdrúbal se compor-
tó de manera práctica y prudente. Sabedor, en efecto,
de que los númidas, que eran muchos en número, eran
muy eficaces y terribles contra los que ya se daban por
vencidos, les dejó los que huían, y él condujo a sus
propios hombres hacia el choque de la infantería, in-
8 teresado en apoyar a los africanos. Cargó por la es-
palda contra las legiones romanas con arremetidas
sucesivas; sus escuadrones atacaban por muchos lu-
gares al mismo tiempo, y así infundió ánimo a los afri-
canos y abatió y llenó de pavor el espíritu de los ro-
manos.
9 Allí sucumbió, herido mortalmente, Paulo Emilio,
con las armas en la mano. Fue un varón que realizó
no menos que cualquier otro durante toda su vida,
hasta el último momento, lo que en justicia se debe
a la patria.
10 Los romanos, mientras combatieron frente a frente,
de cara a los enemigos que les rodeaban, resistieron
11 bravamente. Pero los de las primeras filas iban cayendo,
y al final murieron todos, y entre ellos Marco Atilio y
Cneo Servilio, los cónsules del año anterior, hombres

nobles y que en el peligro se habían mostrado dignos de Roma.

Mientras ocurría este combate y esta masacre, los 12
númidas persiguieron a los jinetes que huían, mataron a gran número de ellos y forzaron al resto a dejar sus monturas. Unos pocos romanos consiguieron huir 13
a Venusa, entre los cuales se encontraba Cayo Terencio Varrón, el general, hombre de espíritu deshonroso, cuyo mando fue totalmente ineficaz para su propia patria.

De este modo acabó la batalla que en Cannas li- 117
braron romanos y cartagineses; en ella actuaron hombres nobilísimos, tanto entre los vencedores como entre los vencidos, cosa evidenciada por los hechos mismos. De los seis mil jinetes romanos, lograron escapar hasta 2
Venusa, con Cayo Varrón, sólo setenta, y unos trescientos de los aliados se salvaron esparcidos por diversos villorrios. Durante la lucha cayeron prisioneros 3
unos diez mil soldados de infantería, los que habían permanecido fuera de la batalla. Desde el campo mismo de la lucha sólo unos tres mil lograron huir a las ciudades circundantes. Todos los demás, unos setenta mil, 4
murieron bravamente. Tanto entonces como en las ocasiones anteriores fue la caballería cartaginesa la que decidió la victoria. Quedó claro para la posteri- 5
dad que en los azares de la guerra vale más poseer la mitad de infantería, pero ser muy superior en caballería, que no trabar combate en igualdad total de condiciones que el enemigo. De los de Aníbal, murie- 6
ron cuatro mil galos, y otros mil quinientos entre iberos y africanos.

Los romanos cogidos prisioneros, lo fueron fuera 7
de la batalla; la causa fue la siguiente: Paulo Emilio 8
había dejado diez mil soldados de infantería en su propio campamento para que si Aníbal, descuidando el suyo, hacía formar a todos sus hombres, los romanos asaltaran el campamento adversario durante la

9 batalla y así se apoderarían del bagaje enemigo. Si
Aníbal, en cambio, preveía cualquier eventualidad y de-
jaba en su campo una guarnición numerosa, en la
batalla decisiva los romanos lucharían contra menos
10 hombres. Estos romanos fueron aprisionados así: Aní-
bal, efectivamente, dejó una guarnición considerable
en su campamento; así que empezó la batalla, los ro-
manos, siguiendo las instrucciones recibidas, la asedia-
ron, atacando a los defensores del campamento carta-
11 ginés. Éstos ofrecieron primero una resistencia tenaz,
pero pronto se vieron en situación difícil. Mas Aníbal
ya había decidido totalmente la batalla, por lo que
corrió en apoyo de los suyos, hizo retroceder a los
romanos y les cercó en su propio campamento. Mató
12 unos dos mil y cogió prisioneros a los restantes. Del
mismo modo, los númidas asediaron a los jinetes ad-
versarios que se habían refugiado en las fortalezas de
la región y se los llevaron prisioneros: eran unos dos
mil, que anteriormente habían sido puestos en fuga.
118 Decidida la batalla del modo descrito, la situación
2 tomó el giro esperado por ambos contendientes. Por
su triunfo, los cartagineses sometieron prácticamente
3 el resto de Italia. Los tarentinos se les pasaron inme-
diatamente, los de Argiripa y algunos de Capua lla-
maron a Aníbal. Los demás miraron con respeto, todos
4 ya, hacia los cartagineses, que confiaban en apoderarse
de Roma al primer asalto. Los romanos, por su parte,
5 debido a esta derrota, abandonaron al punto su idea
de dominar a todos los italianos. Se habían asustado
ante el grave riesgo que corrían sus personas y el suelo
de la patria; esperaban la presencia de Aníbal en cual-
6 quier momento. Y como si la Fortuna quisiera hacer
rebosar la medida y combatir a favor de los hechos
ya consumados, al cabo de pocos días, cuando el terror
poseía todavía a la ciudad de Roma, el general enviado

a la Galia Cisalpina[176], cayó inesperadamente en una emboscada de los galos, y perecieron él y sus tropas, sin que se salvara nadie. El Senado, sin embargo, no 7
omitió nada de lo realizable: incitó al pueblo, aseguró la ciudad y deliberó varonilmente acerca de aquella situación; esto se notó en los hechos posteriores. Enton- 8
ces la derrota de los romanos era innegable y habían perdido su reputación guerrera, pero la peculiaridad 9
de su constitución y la prudencia de sus deliberaciones no sólo les permitieron recobrar el dominio de Italia (tras derrotar a los cartagineses), sino que poco tiempo después se hicieron dueños del universo.

Epílogo

Por eso cerraremos este libro 10
sobre estas acciones. Hemos descrito los hechos de Italia y de España en la Olimpíada ciento cuarenta. Cuando hayamos na- 11
rrado los hechos de Grecia en la misma Olimpíada, y lleguemos a este mismo hecho cronológico, trataremos de la constitución romana. Consideramos que su ex- 12
posición no sólo es apropiada al plan conjunto de la historia, sino que será una gran aportación para los hombres estudiosos y para los de acción que deseen establecer o reformar sus instituciones políticas.

---

176 Cf. 106, 6.

LIBRO IV

Recapitulación

1 En el libro anterior tratamos las causas de la segunda guerra que estalló entre romanos y cartagineses, y expusimos la invasión de Italia por Aníbal.
2 Además describimos las luchas habidas entre ambos bandos hasta la batalla librada junto al río Aufidio y la
3 ciudad de Cannas. Ahora vamos a explicar la historia de Grecia en esta misma época, simultánea a los hechos precedentes, a partir de la Olimpíada ciento cuarenta.
4 Pero primero recordaremos brevemente al lector el prefacio de nuestra obra, tal cual lo expuse en el segundo libro, a propósito de los hechos de Grecia[1] y principalmente de la Confederación aquea, a causa del auge inesperado que este estado ha tomado en épocas
5 anteriores y en esta misma. En efecto, tras empezar por Tisámenes, uno de los hijos de Orestes, y afirmar que desde él su linaje detentó el reino hasta Ogigo[2], y que posteriormente los aqueos tomaron la excelente decisión de servirse de una constitución democrática, hasta que fueron desmembrados por los reyes de Ma-
6 cedonia en pueblos y ciudades, luego nos dedicamos

[1] La referencia es a II 37-70.

[2] Cf. II 41, 4. Pero aquí sale un personaje fabuloso, Ogigo, que allí no sale, y que ningún mitógrafo griego cita.

a contar cómo y cuándo se inició su restablecimiento y quiénes fueron los primeros que se coaligaron con ellos. Siguiendo estos sucesos, aclaramos de qué modo 7
y con qué política los aqueos se atrajeron a las ciudades e intentaron que todos los peloponesios actuaran bajo un mismo nombre y constitución. Tras unas con- 8
sideraciones generales acerca de este intento, trazamos una exposición detallada y continua de los hechos que condujeron a la caída de Cleómenes, rey lacedemonio. Y a continuación del resumen de los hechos contenidos 9
en nuestra *Introducción,* hasta las muertes de Antígono, de Seleuco y de Ptolomeo [3] (que murieron casi simultáneamente), anunciamos que comenzaríamos nuestra propia historia por los hechos que siguieron al período citado.

Creemos, en efecto, que éste es un punto de partida 2
excelente, en primer lugar porque el libro de Arato acaba, concretamente, en estos sucesos con los que decidimos enlazar nuestra exposición prosiguiendo el relato de los asuntos de Grecia; en segundo lugar, 2
porque esta época coincide con la inmediatamente posterior y con los sucesos que caen dentro de nuestra historia, de tal suerte que algunos hechos los hemos vivido nosotros mismos y otros nuestros padres, unos personalmente y otros los hemos oído de testigos oculares. No nos pareció que ofreciera certeza ni en 3
en los juicios ni en las afirmaciones el ir remontando épocas para escribir de oídas lo que ya se sabía de oídas. Comenzamos en esta época, principalmente, 4
porque en ella se puede decir que la Fortuna ha renovado el universo.

En efecto: Filipo [4], hijo legítimo de Demetrio, reci- 5
bió el gobierno de Macedonia cuando casi era todavía

---

[3] Cf. la nota 149 del libro I.

[4] Filipo V de Macedonia. Cf. la nota 5 del libro III.

6 un niño. Aqueo, rey de las regiones de acá del Tauro, tenía no sólo la prestancia de un soberano, sino el poder
7 efectivo. Antíoco, llamado el Grande, recibió el imperio de Siria un poco antes, a la muerte de su hermano Seleuco; era todavía muy joven.

8 En esta época Ariarates[5] obtuvo el imperio de Capadocia, y por el mismo tiempo Ptolomeo Filopátor
9 se hizo señor de Egipto. Al cabo de poco Licurgo fue nombrado rey de los lacedemonios, y algo antes los cartagineses habían nombrado a Aníbal general para
10 las guerras que hemos considerado. Tal renovación en todas las dinastías debía ser el inicio de unos hechos inauditos. Esto es lo que ya ha ocurrido y suele ocurrir, de acuerdo con la naturaleza. Y es lo que entonces
11 sucedió. Romanos y cartagineses se enzarzaron en la guerra ya expuesta, en la misma época Antíoco y Ptolomeo se pelearon por la Celesiria; los aqueos y Filipo hicieron la guerra contra los etolios y los lacedemonios[6], cuyas causas fueron las siguientes:

Orígenes de la guerra de los aliados

3 Hacía ya tiempo que los etolios soportaban con disgusto la paz y el subsistir con sus propios recursos, acostumbrados como estaban a vivir a costa de los vecinos, y además necesitaban de muchas provisiones, debido a su fanfarronería innata. Ésta les ha esclavizado, y llevan siempre una vida avara y brutal, sin respetar la propiedad privada; todo lo consideran botín
2 de guerra. Sin embargo, en el tiempo anterior, mientras Antíoco vivió, permanecieron inactivos porque
3 temían a los macedonios. Pero cuando murió y dejó

---

[5] Ariarates V de Capadocia, que reinó en 220-163 (téngase en cuenta que accedió al trono siendo niño, Diodoro, XXXI 19, 6).

[6] La narración de esta guerra es el contenido básico de este libro IV.

a su hijo Filipo, niño aún, a éste le menospreciaron, y buscaban excusas y pretextos para entrometerse en el Peloponeso, llevados por su vieja costumbre de saquearlo; creían, al propio tiempo, que se bastaban a sí mismos para una guerra contra los aqueos. Éste 4
era su propósito, y aprovecharon una nimiedad que se les ofreció fortuitamente para justificar sus intenciones.

Dorímaco de Triconio era hijo de aquel Nicóstrato 5
que había roto la tregua durante la fiesta solemne de los beocios[7]. Era joven, pero imbuido de la violencia y rapacidad etolia. Fue enviado en misión oficial a la ciudad de Figalea[8], en el Peloponeso, ya en el límite 6
de los montes de Mesenia. Figalea formaba parte de la Confederación etolia. Dorímaco iba oficialmente a 7
proteger la ciudad y el país circundante, pero las instrucciones que en realidad tenía eran las de observar lo que ocurría en el Peloponeso. Unos bandoleros se 8
pusieron de acuerdo con él y se le presentaron en Figalea. En justicia, éste no podía concederles ningún botín, porque estaba todavía en plena vigencia la paz general entre los griegos establecida por Antígono[9]; apurado Dorímaco, al final les concedió saquear los re- 9
baños de los mesenios, a pesar de que se trataba de amigos y aliados. Los bandidos, primero se limitaban 10
a expoliar los rebaños de la frontera, pero después su insolencia fue en aumento y se dedicaron a asaltar

---

[7] Aunque aquí lo cite, Polibio se ocupará de ello más tarde, IX 34, 11.

[8] Ciudad al O. del Peloponeso, al N. de la Mesenia. Su nombre actual es Paulitsa.

[9] Aquí la expresión de Polibio no es exacta; no es que Antígono Dosón estableciera de hecho una paz, sino que, después de la guerra cleoménica, Grecia quedó efectivamente sin guerras.

las alquerías, para lo cual aparecían inopinadamente por la noche.

11 Todo esto indignaba a los mesenios, que enviaban legados a Dorímaco. Éste, al principio, no les hacía caso, porque quería beneficiar a sus subordinados y extraer provecho él personalmente, ya que participaba
12 de las presas. Pero la presencia de los legados se hacía cada vez más insistente, ya que las rapiñas menudeaban. Ante ello, Dorímaco afirmó que acudiría personalmente a Mesenia a justificarse delante de los acusa-
13 dores de los etolios. Pero cuando llegó, al presentársele los perjudicados, ridiculizó a unos, tomó el pelo a otros e insultó e intimidó a los restantes.

4 Se encontraba todavía en la ciudad de Mesenia cuando los bandidos se acercaron de noche, echaron unas escaleras y asaltaron la alquería llamada de Quirón. Degollaron a los que ofrecieron resistencia, ataron al resto de los esclavos y se llevaron consigo el ganado.
2 Los éforos de los mesenios, dolidos ya desde hacía tiempo tanto de lo que ocurría como de la permanencia de Dorímaco en su ciudad, creyeron que entonces la insolencia ya era intolerable, y le llamaron a la
3 reunión de la Magistratura. Allí Esciro, un éforo[10] de los mesenios que durante toda su vida había gozado de gran prestigio entre sus conciudadanos, aconsejó no permitir que Dorímaco saliera de la ciudad si no restituía a los mesenios todo lo que habían perdido; en cuanto a los asesinados, debía obligársele a la entrega de los asesinos para que recibieran su castigo.
4 Todos aprobaron las oportunas palabras de Esciro;

[10] Éforo era un título bastante común de los magistrados del Peloponeso, aunque los más famosos eran los de Esparta. Etimológicamente el término significa «guardián»; el conjunto de los éforos gobernaba, en todos los aspectos, las ciudades del Peloponeso. Su institución se atribuye míticamente a Licurgo, legislador espartano.

Dorímaco, enfurecido, les dijo que eran unos simples
de remate si creían que con ello afrentaban sólo a
Dorímaco y no a la Confederación etolia. Consideraba
que lo que allí pasaba era absolutamente terrible, y
dijo a los mesenios que estaban urdiendo su propia
ruina, y que la sufrirían con justicia. En aquella época 5
había en Mesenia un tipo de baja estofa llamado Ba-
birtas, que procuraba por todos los medios mostrarse
afeminado. Si le hubieran puesto la túnica y el som-
brero de Dorímaco hubiera sido imposible distinguirle
de él, pues tenía su misma voz, y se le parecía tam- 6
bién en el resto del cuerpo; Dorímaco lo sabía. Cuando 7
hablaba, pues, de manera soberbia y arrogante a los
mesenios, Esciro, enfurecido, le soltó: «¿Crees que
vamos a hacer caso de ti y de tus amenazas, Babirtas?»
Ante tales palabras y tal actitud, Dorímaco cedió al 8
punto, y consintió en dar satisfacción a los mesenios
por todas las injurias sufridas. Pero aquel dicho lo 9
soportó con tanta acritud y pesadumbre que, de re-
greso a Etolia, atizó sólo por eso la guerra contra los
mesenios.

Entonces el general de los etolios era Aristón[11]. 5
Pero éste no era muy apto para las empresas guerre-
ras por ciertas debilidades corporales, y además era
pariente de Dorímaco y de Escopas, a quien, en cierto
modo, había cedido todo el mando militar. En público 2
Dorímaco no se atrevía a incitar a los etolios a una
guerra contra los mesenios, porque no disponía de
motivos suficientes; todos sabían que su pretensión
nacía de aquel insulto y de sus propios delitos. Aban- 3
donó, pues, esta táctica, pero privadamente azuzaba a
Escopas para que compartiera sus puntos de vista

[11] La Confederación Etolia elegía anualmente a su general en Termo, en la asamblea ordinaria de los etolios. La elección de Aristón fue para el año 221/220.

contra Mesenia. Le indicaba que los macedonios no eran peligrosos por la edad de su monarca (Filipo con-
4 taba a la sazón no más de diecisiete años), aducía también la hostilidad de los lacedemonios contra los mesenios, y le recordaba cómo los eleos les eran aliados propicios; con esto le demostraba que la invasión
5 de Mesenia sería para ellos segura. Y lo decisivo en un argumento etolio: le ponía a la vista el provecho a extraer del territorio de los mesenios, que estaba indefenso y era el único del Peloponeso que había quedado
6 intacto durante la guerra de Cleómenes. A todo esto añadía la popularidad de que gozaría entre la masa de
7 los etolios. De los aqueos sostenía que si les impedían el paso no podrían acusar a los etolios de que éstos se defendieran; si, en cambio, permanecían inactivos,
8 no les estorbarían la invasión. Y aseguraba que no les faltarían pretextos contra los mesenios, porque éstos desde hacía tiempo se comportaban injustamente, diciendo a macedonios y a aqueos que iban a aliarse con
9 ellos. Con tales palabras y otras por el estilo Dorímaco estimuló tanto a Escopas y a sus amigos, que éstos sin tan siquiera esperar a la asamblea general de la Confederación etolia, sin consultar a los apócletos [12] ni hacer ninguna de las cosas requeridas para tales pla-
10 nes, movidos por sus propios impulsos y juicios, declararon la guerra simultáneamente a mesenios, epirotas, aqueos, acarnanios y macedonios.

Inicio de las hostilidades

6 Enviaron inmediatamente piratas por mar, los cuales se encontraron casualmente, cerca de Citera, con una nave real macedonia; la condujeron con su tripulación a Etolia, donde vendieron el navío con sus

[12] Los apócletos venían a constituir una mesa permanente de la Asamblea de la Confederación Etolia.

oficiales y sus marineros. Devastaron la costa del Epiro, 2 y para tal fechoría usaron naves cefalenias[13]; además intentaron apoderarse de Tirión[14], en la Acarnania. También enviaron ocultamente, por el Peloponeso, a 3 algunos hombres, que consiguieron tomar el fuerte llamado de Clarion[15], en el centro del territorio de Megalópolis. Usaron este fuerte como mercado de venta de despojos; concentraban en él el producto de sus robos. Sin embargo, lo asedió y lo tomó en pocos días 4 Tixómeno, general de los aqueos, ayudado por Taurión, a quien Antígono había encargado velar por los intereses reales del Peloponeso. Pues por la guerra de 5 Cleómenes el rey Antígono retenía Corinto con el consentimiento de los aqueos[16]; luego que se apoderó de Orcómeno por la fuerza, no devolvió esta plaza a los aqueos, sino que la usurpó y se la quedó con la in- 6 tención —al menos a mí me lo parece— de dominar la entrada del Peloponeso y además proteger sus territorios interiores mediante la guarnición y el arsenal situados en Orcómeno. Dorímaco y Escopas aguarda- 7 ban el momento en que a Timóxeno le quedara ya poco tiempo de mando, y Arato, nombrado por los aqueos general para el año siguiente, no ejerciera todavía su autoridad militar. Concentraron todas las tro- 8 pas etolias en Rion[17] y prepararon las naves de trans-

---

[13] Cefalenia es una isla del mar Jonio.

[14] Población situada en el fondo del golfo de Ambracia; actualmente se llama Hagios Vasilios.

[15] Su localización no se ha logrado.

[16] Cf. II 54, 1 y 20, para Orcómeno.

[17] El texto griego dice claramente Rion, y así vierten los distintos traductores de Polibio. Walbank no comenta este lugar. Sin embargo, una ojeada al mapa de la Grecia clásica quizás hiciera dudar. El cabo Rion está en la Acaya, casi en su punto más septentrional, pero frente a él, en el Epiro, está el cabo Antirrion. ¿No será aquí donde se concentraron los etolios? ¿A qué, si no, preparar las naves de transporte? Si en realidad

porte, dispusieron las de los cefalenios, hicieron pasar sus hombres al Peloponeso e iniciaron la marcha contra
9 Mesenia. A su paso por los territorios de los de Patras, de Fares y de Tritea[18] declaraban su intención de no
10 dañar en nada a los aqueos, pero aquella horda no fue capaz de respetar el país, porque los etolios ante la ganancia no tienen freno; y así, causando daño y devastación lo atravesaron hasta que llegaron a Figalea.
11 Desde ella lanzaron un ataque imprevisto y audaz, e invadieron el país de los mesenios, sin tener en cuenta ni la amistad ni la alianza que desde tiempos inmemoriales les unía a ellos, ni cualquier otra cosa; mucho menos atendieron lo que la justicia define entre los
12 hombres. Colocando su propia rapacidad por encima de todo talaron los campos impunemente, porque los mesenios no se atrevieron a salirles al encuentro.

7 Cuando correspondió según la ley[19], los aqueos acu-
2 dieron a Egio[20] y se reunieron en asamblea. Los de Patras y los de Fares refirieron los delitos cometidos contra su territorio durante el paso de los etolios. Los mesenios se hicieron presentes mediante una embajada, y pidieron ayuda, víctimas de una injusticia
3 y de una violación de tratados. Los aqueos atendieron a estas quejas y se asociaron a la indignación de los de Patras y de Fares; también se compadecieron de
4 los mesenios. Con todo, creyeron que lo peor era que los etolios, sin haberles dado nadie permiso, ni tan siquiera haberlo solicitado, se hubieran atrevido, en

---

se concentraron en Rion, éstas ya habrían servido, y su mención sería superflua.

[18] Patras está donde la ciudad actual del mismo nombre; Fares está en el curso medio del río Pierus (actualmente Kamenitsa); Tritea no sabemos dónde estaba, pero de todos modos debía de asentarse aguas arriba del río.

[19] En mayo del año 220.

[20] Población en la costa del golfo de Corinto.

contra de lo pactado[21], a pisar con un ejército la Acaya. Todo ello les enfureció, y así votaron una ayuda 5 a los mesenios, que el general concentrara el ejército aqueo y que los decretos que allí promulgaran los asambleístas tuvieran fuerza de ley en los respectivos territorios.

Timóxeno, que era todavía el general, ya que aún 6 no había cesado su período de mando, desconfiaba de los aqueos, porque por aquel entonces habían descuidado su entrenamiento militar, por lo que aplazaba la marcha e incluso cualquier concentración de hombres. En efecto: después de la caída de Cleómenes, rey 7 de Esparta, todos los peloponesios, cansados de las guerras pasadas y confiando en la duración de aquel estado de cosas, desatendieron su formación militar. 8 Pero Arato, indignado y enfurecido por la desvergüenza de los etolios, se tomó la cosa con más coraje, tanto más cuanto desde tiempos pasados tenía con los etolios ciertas diferencias. Se apresuró, pues, a concentrar a 9 los aqueos bajo las armas, y tenía gran interés en luchar contra los etolios. Al final, cinco días antes de 10 iniciarse el período de mando que le correspondía, recibió de Timóxeno el sello del estado. Escribió a las ciudades y concentró en Megalópolis a los hombres en edad militar.

Debido a la peculiaridad de su carácter, me parece 11 indicado hacer un breve inciso acerca de la personalidad de Arato.

Retrato de Arato

Arato tenía las cualidades que 8 debe tener un hombre de estado: era orador hábil, poseía claridad 2 de ideas y sabía ocultar sus decisiones. No había quien le igualara en moderación cuando dirimía diferencias políticas,

21 Cf. II 44, 1. Es el tratado del año 239.

3 sabía ganarse amigos y adquirir aliados. Era también
muy diestro en organizar golpes de mano, estrata-
gemas y emboscadas contra los enemigos, y en llevar-
4 las a cabo con paciencia y audacia. Testimonios de
esto claros, es más clarísimos, los dan los autores de
historias particulares: las tomas de Sición y de Man-
tinea[22], la expulsión de los etolios de Pelene; la más
preclara de sus gestas la constituye la acción del Acro-
5 corinto. Pero este mismo hombre, cuando debía com-
batir a campo abierto, era lento en sus concepciones,
poco audaz en sus operaciones e incapaz de afrontar
6 un riesgo cara a cara. Por eso, Arato llenó el Pelopo-
neso de trofeos que le concernían, y en él fue siempre
7 presa fácil para los enemigos. Las naturalezas de los
hombres no sólo en los cuerpos presentan variedad de
formas, sino también, y aún más, en los espíritus; un
mismo hombre no sólo en actividades de tipo dife-
rente está bien dotado para unas y no para otras, sino
que incluso si se trata de empresas similares es a la
vez muy entendido, pero muy lento y muy audaz, pero
8 muy negligente. Y esto no es paradójico, sino habitual
9 y conocido para los aficionados a la observación. En
las cacerías algunos son audaces en la lucha contra
las fieras, y éstos mismos son cobardes si se trata de
empuñar las armas contra el enemigo, y, en la guerra
misma, hay quien es experto y eficaz en encuentros
cuerpo a cuerpo, pero inútil en la acción general, ali-
10 neado junto a otros. La caballería tesalia, por ejemplo,
si lucha formada en escuadrones y falanges, es inven-
cible, pero si la ocasión y el lugar la fuerzan a com-
batir aisladamente, hombre contra hombre, es lenta y
poco útil. Con los etolios ocurre exactamente lo con-

[22] Para Sición, cf. II 43, 3 (año 251); para Mantinea, II 57, 2 (año 227); la gesta del Acrocorinto, II 43, 4 (año 243); la de Pelene Polibio no la explica, sólo la menciona aquí.

trario. Los cretenses si se trata de emboscadas, de pillaje y de robar al enemigo, de ataques nocturnos y de cualquier acción que sea con engaño, realizada por una cuadrilla, son invencibles; en cambio, para un ataque frontal en formación son cobardes y de espíritu mezquino. Aqueos y macedonios son todo lo contrario. He expuesto esto para que los lectores no desconfíen de mis afirmaciones si en algún lugar parecen encontradas, acerca de algún personaje, si se trata de hechos del mismo género. 11

Prosigue la narración

Concentrados, pues, los hombres en edad militar, con su armamento en Megalópolis, según el decreto de los aqueos (pues de ahí partió nuestra digresión), los 9
2
mesenios se dirigieron otra vez al pueblo suplicando que se les tuviera en cuenta, ya que de manera tan clara habían visto violados sus pactos: querían entrar en la alianza general, y urgían que se les inscribiera, junto con los demás. Pero los jefes aqueos rehusaron 3
la alianza: alegaban que no era lícito añadir a nadie sin el consentimiento de Filipo y de los demás aliados. En efecto, la Liga establecida por Antígono en la época 4
de Cleómenes obligaba todavía a todos: aqueos, epirotas, focenses, macedonios, beocios, acarnanios y tesalios. Sin embargo, dijeron que saldrían en su ayuda, 5
con la única condición de que los allí presentes depositaran a sus propios hijos en Lacedemonia como fianza de que los mesenios no harían la paz con los etolios sin el consentimiento de los aqueos. Los lace- 6
demonios habían salido en campaña según el pacto de los coaligados; estaban en los montes de Mesenia, pero en realidad más como observadores y reserva que en calidad de combatientes. Arato resolvió de este modo 7
el problema de los mesenios, y envió legados a los etolios que les explicaran lo acordado y que les invi-

taran a retirarse del territorio de los mesenios y a no
tocar la Acaya; de lo contrario trataría a los trans-
8 gresores como enemigos. Escopas y Dorímaco oyeron
estas advertencias; sabedores de que los aqueos se
habían concentrado, creyeron que entonces les conve-
9 nía hacer caso de aquellas demandas. Enviaron, pues,
al punto correos a Cilene[23] para Aristón, jefe supremo
de los etolios: pedían que les mandara a toda prisa
10 naves de carga desde Elea a la isla de Feas[24]. Y al cabo
de dos días ellos mismos levantaron el campo, manda-
ron el botín y avanzaron en dirección a Elea. Los eto-
lios siempre habían conservado la amistad con los
eleos, ya que a través de su territorio podían penetrar
en el Peloponeso para sus pillajes y sus rapiñas.
10 Arato esperó dos días, y creyendo ingenuamente
que los etolios culminarían la marcha en la dirección
en que la habían iniciado, despachó a sus casas a todos
2 los aqueos restantes y a todos los lacedemonios; se
quedó con tres mil hombres, trescientos jinetes y con
los soldados de Taurión. Con tales efectivos avanzó
hacia Patras, con el propósito de situarse en el flanco
3 etolio. Al enterarse los de Dorímaco de que las tropas
de Arato marchaban contra ellos y tomaban posiciones,
se angustiaron por si les atacaban mientras estuvieran
ocupados en el embarque, pero como deseaban encen-
4 der la guerra, enviaron el botín en las naves, tras
disponer para su custodia un número suficiente de
hombres adecuados, y ordenaron a los jefes de la ex-
pedición que fueran a encontrarles a Rion, ya que ellos
5 embarcarían allí. Primero ellos mismos vigilaron el
envío del botín y lo escoltaron, pero después cambia-
6 ron de dirección como hacia Olimpia. Al oír que Tau-

[23] Lugar no identificado; seguramente en la costa de la Élide.

[24] Feas, en realidad, no es una isla, sino el puerto de Olimpia, en el cabo Ictis, en la Acaya, frontero a la isla de Zacintos.

rión con las tropas mencionadas estaba en Clitoria[25], juzgaron que no podrían salir de Rion sin peligro y sin combatir, y decidieron que les convenía, en interés 7
propio, atacar cuanto antes a las tropas de Arato, porque todavía eran pocos y no preveían el futuro. Supo- 8
nían que si lograban poner en fuga a los aqueos podrían emprender la travesía con seguridad desde Rion, donde, por lo demás, Arato proponía concentrar de nuevo la Liga de los aqueos. Y si Arato, intimidado, 9
rehuía el combate y no aceptaba la batalla, los etolios se retirarían sin peligro en el momento que juzgaran conveniente. Con estos razonamientos avanzaron y 10
acamparon cerca de Metridio[26], en el país de Megalópolis.

Batalla de Cafias

Los jefes aqueos conocieron la 11
presencia de los etolios, y dispusieron las cosas tan rematadamente mal que no omitieron necedad por exagerada que fuera. En efecto: regresaron del territorio de Clitoria y 2
acamparon cerca de Cafias[27]. Cuando los etolios hacían 3
la marcha desde Metidrio, a través del territorio de Orcómeno, los jefes aqueos sacaron a sus fuerzas y las formaron en la llanura de Cafias; tomaron como defensa el río que fluye a través de ella. Los etolios, 4
tanto por las dificultades de terreno que presentaba la ruta (pues incluso antes del río había fosos, infranqueables en su mayoría) como por la demostración de presteza para la lucha evidenciada por los aqueos, según sus planes iniciales rehusaron enfrentarse al ene-

25 Población situada en el límite de la Arcadia y la Acaya.

26 Ciudad antigua radicada a poco menos de cinco kilómetros de la población actual de Vitina, en el centro de la Arcadia.

27 Cafias está situada en el extremo NO. de la llanura de Orcómeno, cerca de la ciudad moderna de Cotussa. Los etolios dejaron la villa a su derecha.

5 migo, e hicieron una marcha muy ordenada en di-
rección a lugares elevados, a Oligirto[28], dándose por
satisfechos si nadie les atacaba y les obligaba a pelear.
6 Cuando la marcha de los etolios hacia las alturas había
progresado bastante y la caballería cerraba la marcha,
pero estaba aún en la llanura, cerca ya de la altura
llamada Propo[29], Arato y sus oficiales mandan allí a su
propia caballería y a su infantería ligera, al frente de
cuyas tropas pusieron a Epístrato de Acarnania. Dieron
orden de establecer contacto con la retaguardia etolia
7 y tantear al adversario. Pero en realidad, si se debía
combatir, convenía entablar combate no con la reta-
guardia, cuando el enemigo había ya atravesado la lla-
nura, sino con la vanguardia, en el preciso momento
8 en que entraba en ella. Así la batalla se habría librado
íntegramente en una planicie, en lugar sin accidentes
geográficos, en los que los etolios se manejaban muy
mal tanto por su armamento como por toda su forma-
ción; en terreno llano, por el contrario, los aqueos
eran muy poderosos, por razones naturalmente opues-
9 tas a las aducidas. Y ahora abandonaban los lugares
y las circunstancias que les eran propicios y bajaron
allí donde el enemigo tenía ventaja. De modo que el
desenlace de la operación se correspondió con el plan-
teamiento de la batalla.

12 Las infanterías ligeras de ambos bandos trabaron
combate, y la caballería de los etolios se replegó, sin
abandonar la formación, hacia las alturas, interesada
2 en establecer contacto con su propia infantería. Arato
y sus oficiales no se percataron completamente de lo
que estaba sucediendo ni calcularon debidamente lo
que se iba a seguir; así que vieron que la caballería

---

28 Unas lomas que están al NE. de la llanura de Cafias, modernamente llamadas de Skipiezza.

29 Esta palabra tomada como substantivo común significa «contrafuerte».

etolia retrocedía, creyeron que huía y mandaron a la 3
infantería pesada desde las alas con la orden de apoyar y de establecer contacto con su infantería ligera; ellos personalmente hicieron girar todo el ejército hacia un ala y lo guiaron corriendo con ardor. La caballería 4
etolia cruzó la llanura, y así que alcanzó a su propia infantería se detuvo y aguardó; fue juntando a sus 5
hombres en los espacios de las alas y les arengaron, pues los soldados de la columna en marcha, al oír los gritos de sus compañeros, acudían también rápidamente, a paso ligero, y las reforzaban continuamente. Cuando creyeron que su número era suficiente se re- 6
volvieron y atacaron la avanzadilla aquea de caballería y de infantería ligera. Eran superiores en número y atacaban desde lugares ventajosos. La refriega duró largamente, pero al final los etolios pusieron en fuga al adversario. Mientras que aquellos aqueos cedían y 7
huían, los de la infantería pesada que acudían a apoyarles se presentaban sin orden, dispersamente; unos quedaron perplejos ante lo que ocurría, y otros dieron de frente con los que se retiraban y huían; se vieron forzados a dar la vuelta y a hacer lo mismo. Total, que 8
los derrotados en el enfrentamiento no fueron más de quinientos, pero los fugitivos más de dos mil. La situa- 9
ción enseñaba por sí misma a los etolios lo que debían hacer: acosaron con gritos frenéticos y furiosos hasta no poder más. Los aqueos se retiraron hacia sus tropas 10
pesadas, creyendo que se mantenían en seguridad en su formación inicial, y al principio la retirada se hacía en buen orden y les salvaba. Pero al ver que también 11
sus tropas pesadas habían abandonado los lugares seguros, que en su marcha estaban muy lejos y que se habían desbandado, unos se dispersaron también en desorden y se retiraron a ciudades vecinas; otros, al 12
darse de frente con las falanges que venían a ayudarles no necesitaron del enemigo, sino que ellos mismos,

aterrorizándose, les obligaban a huir en desorden.
13 Como queda dicho, huyeron a las ciudades, pues Orcómeno y Cafias, que estaban cerca, salvaron a muchos. De no ser así, los aqueos hubieran corrido el riesgo
14 de perecer todos absurdamente. La batalla de Cafias acabó de esta manera.

13 Los de Megalópolis habían sabido que los etolios habían acampado no lejos de Metridio, y acudieron al toque de trompeta con todo su ejército[30] para prestar
2 apoyo al día siguiente de la batalla: lo que encontraron fue que debieron enterrar a los que creían vivos y dispuestos a afrontar al enemigo y que habían sucum-
3 bido a manos de éste. Cavaron un foso en la llanura de Cafias, agruparon los cadáveres y rindieron honores de todo tipo a aquellos desgraciados.

4 Los etolios, que habían alcanzado aquel éxito de manera inesperada por su caballería y su infantería ligera, desde aquel momento hicieron correrías por el centro del Peloponeso con la más absoluta impunidad.
5 Fue entonces cuando se dio su tentativa contra la ciudad de Pelene[31] y cuando saquearon el territorio de Sición; después se retiraron a través del Istmo[32].

6 Éstas fueron la causa y el pretexto de la Guerra Social; el principio debe buscarse en el decreto de todos los aliados, promulgado inmediatamente después,
7 ya que los aqueos se reunieron en la ciudad de Corinto y aprobaron la medida; el consejo se reunió bajo la presidencia del rey Filipo[33].

---

30 Cf. la nota 146 del libro II.

31 Pelene, situada en la punta E. de la Acaya, en dirección a Sición.

32 De Corinto.

33 El contenido de este decreto se detalla más abajo, en el capítulo 25.

La asamblea de los aqueos

El pueblo de los aqueos al 14
cabo de pocos días se reunió en su asamblea ordinaria, y tanto en público como en privado mostraba su animadversión contra Arato, pues le creían responsable claro del desastre referido. Sus enemigos políticos le acusaban y aducían 2
pruebas contundentes, lo cual irritó y exasperó más a la masa reunida. La primera falta clara parecía ser 3
que había tomado el mando militar cuando no le correspondía aún, ocupando el tiempo de otro, y que había emprendido unas acciones en las que era consciente de que había fracasado muchas veces. En segun- 4
do lugar, y esto era más grave, había licenciado a los aqueos cuando los etolios se encontraban todavía en el Peloponeso Central, sobre todo sabiendo que Escopas y Dorímaco tenían prisa en remover la situación y en hacer estallar la guerra. Se le reprochaba en ter- 5
cer lugar haber aceptado batalla con pocos efectivos contra el enemigo sin que urgiera ninguna necesidad, cuando podía retirarse sin riesgo alguno a las ciudades vecinas, concentrar allí a los aqueos y atacar entonces al adversario si lo creía de todo punto indispensable. Pero lo último y lo más imperdonable era que, 6
decidido a combatir, se planteó la situación de manera temeraria e irreflexiva; abandonó la llanura y no empleó sus hoplitas[34], arriesgando con su infantería li-

[34] Este término, frecuentísimo en Tucídides, sale relativamente poco en Polibio. Los hoplitas formaban la infantería pesada de los ejércitos de las ciudades griegas. Se pagaban su propio armamento: un yelmo, una coraza y unas grebas de bronce. En el brazo izquierdo embrazaban un escudo, con el que se protegían, y con la mano derecha manejaban una espada de hierro. Si la llevaban colgada al cinto, como arma supletoria, manejaban una lanza de fresno con la punta metálica. En rigor, una armadura así recuerda ya la de los héroes de la *Ilíada*. Los vasos cerámicos griegos muestran, en sus pinturas,

gera una batalla en terreno montañoso contra los
etolios, para los que nada podía ser más familiar y fa-
7 vorable. Pero Arato se adelantó y recordó su actua-
ción política anterior y sus empresas; después se de-
fendió de las acusaciones: probó que no había sido
culpable de lo sucedido, y pidió perdón si había tenido
alguna negligencia en la batalla pasada; sin embargo,
creía que debía mirarse al conjunto, y ello de manera
8 humana, y no acerbamente. Entonces la asamblea cam-
bió de opinión de manera tan rápida y magnánima que
mostró enorme descontento a los enemigos políticos
de Arato que le habían atacado, y desde entonces todo
se decidió según el parecer de Arato [35].

9 [Esto ocurrió en la Olimpíada precedente; lo que
seguirá durante la ciento cuarenta] [36].

15 Los decretos que tomaron los aqueos fueron los si-
guientes: enviar embajadas a los epirotas, a los beocios,
2 a los focenses, a los acarnanios y a Filipo, para poner
en claro cómo los etolios habían penetrado por dos
veces en son de guerra en la Acaya, rompiendo los
pactos, para pedirles ayuda, según los acuerdos, y que
3 los mesenios fueran admitidos en la alianza. Solicita-
ban, además, que el general hiciera una leva de cinco
mil hombres de infantería y de quinientos de caba-
llería, que apoyara a los mesenios si los etolios volvían
4 a invadir su territorio, y que se fijara, para los lacede-
monios y los mesenios, el número de jinetes y de tropas

---

hoplitas en abundancia; cf., por ejemplo, JEAN CHARBONNEAUX, ROLAND MARTIN, FRANÇOIS VILLARD, *Grecia arcaica* (traducción del francés de JOSÉ ANTONIO MÍNGUEZ), Madrid, 1969, pág. 313 (ilustración 359).

35 Esta asamblea tuvo lugar en pleno verano del año 220.

36 Lo encerrado entre corchetes es tenido por WALBANK, *Commentary*, ad loc., como una nota marginal que un copista posterior introdujo en el texto. La Olimpíada 139 abarca los años 224/220, y la 140, los años 220/216.

de infantería que debían aportar a las operaciones
comunes. Todo ello se aprobó; los aqueos soportaron 5
con entereza el desastre sufrido y no abandonaron a
los mesenios ni su propio propósito, mientras que los
embajadores cumplían su misión entre los aliados. El 6
general, según el decreto, reclutó las tropas aqueas;
asignó, además, a los lacedemonios y a los mesenios
que aportaran, cada ciudad, dos mil quinientos solda-
dos de infantería y doscientos cincuenta de caballería,
de manera que, en conjunto, para las operaciones fu- 7
turas, los soldados de infantería eran diez mil, y mil
los de caballería.

Los etolios, cuando les llegó el tiempo de su asam- 8
blea ordinaria, se reunieron y acordaron guardar la paz
con los lacedemonios, los mesenios y todos los demás,
pero esta actuación era malvada, pues su propósito era
humillar y destruir a los aliados de los aqueos; en 9
cuanto a éstos, votaron tener paz si abandonaban su
alianza con los mesenios; en caso contrario debían
declararles la guerra, cosa la más irracional. En efecto: 10
ellos eran aliados a la vez de aqueos y mesenios, y de-
claraban la guerra a los primeros si éstos mantenían
su amistad y alianza con los mesenios, y hacían una
paz por separado con los aqueos si éstos elegían la ene-
mistad con los mesenios. De forma que apenas puede 11
comprenderse la maldad de los etolios por lo retorcido
de sus propias empresas.

Los epirotas y el rey Filipo escucharon a los emba- 16
jadores y admitieron a los mesenios en la alianza; en 2
cuanto a los hechos de los etolios, se indignaron al
punto, pero no se extrañaron demasiado, ya que no
habían hecho nada raro, al contrario, algo habitual en
ellos. Por eso no lo tomaron muy a pecho, sino que 3
votaron mantener la paz con los etolios; una injusticia
permanente acostumbra a ser más dispensada que una

4 maldad irracional e inesperada[37]. Por lo menos los etolios se comportaban de esta manera, saqueaban Grecia continuamente y hacían la guerra a muchos sin declaración previa. Ni tan siquiera se dignaban dar explicaciones cuando les acusaban, sino que se chanceaban si alguien les pedía cuentas de lo ocurrido o,
5 por Zeus, de sus planes futuros. Los lacedemonios que debían, ello era reciente, su libertad a Antígono y a la generosidad de los aqueos, se sentían obligados a no hacer nada contrario a los macedonios y a Filipo, por lo que enviaron secretamente legados a los etolios, y pactaron ocultamente alianza y amistad con ellos.

6 Los aqueos habían reclutado ya a su juventud, y los lacedemonios y los mesenios habían aportado ya su concurso cuando Escerdiledas[38] y Demetrio de Faros navegaron a un tiempo desde Faros con noventa esquifes y rebasaron Lisos[39], rompiendo su pacto con los
7 romanos. Abordaron primero Pilos, contra la que lan-
8 zaron algunos ataques fracasados. Después Demetrio, con cincuenta de aquellos esquifes, se dirigió a las islas, y navegando entre las Cícladas saqueó unas e
9 impuso contribución a otras. En su navegación, Escerdiledas fingió que se dirigía a su país, pero en realidad puso rumbo a Naupacto[40] con cuarenta esquifes, aten-

---

37 ¡Qué atinada observación de Polibio! En el mundo actual se arma la gran tremolina por un quítame allá esas pajas ocurrido en alguna nación libre de Occidente, y se acepta sin rechistar la opresión y la represión sistemáticas de más de medio mundo, porque le ha tocado vivir así.

38 Este personaje ha salido ya en II 5, 6. Sobre Demetrio de Faros, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Sucedió a Teuta en el gobierno de Iliria.

39 Cf. nota 36 del libro II, y, además, para la exacta situación de la plaza, *Weltatlas*, pág. 9.

40 Plaza etolia muy importante, situada en la costa S. de esta región.

diendo la petición del rey Aminas de Atamania[41], pariente suyo. A través de Agelao pactó con los etolios 10
la partición del botín, y les prometía unírseles si invadían la Acaya.

Agelao, Dorímaco y Escopas, pues, tras hacer estos 11
tratos con Escerdiledas, y entregárseles la ciudad de Cineta[42], concentraron el ejército de los etolios y, juntamente con los ilirios, invadieron la Acaya.

Toma de Cineta

Aristón, el general de los eto- 17
lios, afectaba ignorancia acerca de lo que ocurría, y estaba inactivo en su ciudad; afirmaba que no hacía la guerra a los aqueos, sino que mantenía la paz, con lo que se portaba de
manera simple y pueril. Evidentemente, es natural que 2
parezca necio y vano el que supone que con palabras
logrará encubrir la evidencia de los hechos. Las tropas 3
de Dorímaco hicieron la marcha a través de la Acaya
y llegaron inesperadamente a Cineta. Los cinetenses, 4
que eran arcadios, desde hacía mucho tiempo vivían revoluciones continuas y formidables; había entre ellos muchas matanzas y destierros, y además rapiñas y re-
distribuciones de tierras. Al final se impusieron los 5
partidarios de los aqueos, y retuvieron la ciudad, situando una guarnición en las murallas y a un aqueo
como general de la ciudad. Así estaban las cosas, cuan- 6
do poco antes de la llegada de los etolios los exiliados

[41] La Atamania es un pequeño país sin poblaciones excesivamente importantes, separada de la Tesalia y de la Etolia por la cordillera del Pindo; limita el N. con la Macedonia y al O. con el Epiro y la Ambracia; entre la Ambracia y la Etolia tenía una mínima salida al mar por el golfo de Ambracia. En cuanto al rey Aminas, Dindorf apunta que la tradición manuscrita es errónea, y que se debe escribir Aminandro (cf. XVI y XVIII 1). Tomo la referencia del P. Antonio Ramon.

[42] Esta plaza debía de encontrarse en la Mesenia, pero su localización no se ha logrado.

enviaban mensajes a sus conciudadanos y solicitaban
7 la reconciliación y su regreso al país. Los que regían la ciudad se avinieron a ello, pero enviaron legados a los aqueos: querían que tal reconciliación se hiciera con
8 su licencia. Los aqueos asintieron de buen grado, convencidos de que así se captaban la benevolencia de los dos bandos, la de los que gobernaban la ciudad, que ya habían depositado en ellos todas sus esperanzas, y la de los repatriados, que iban a alcanzar su
9 salvación debido a su conformidad. Los cinetenses despidieron de su ciudad la guarnición y al general aqueo, se reconciliaron con los exiliados, a los que invitaron a regresar, en número de casi trescientos, aunque les exigieron las garantías tenidas como las más sólidas
10 entre los humanos. Los expatriados regresaron, y aunque no encontraron causa o pretexto para recomenzar las diferencias, todo lo contrario, así que llegaron empezaron a conspirar contra su país y sus salvadores.
11 Yo creo que en el mismo instante en el que se juraban mutua fidelidad encima de los animales sacrificados, ya entonces maquinaban una impiedad contra lo divi-
12 no [43] y contra los que les otorgaban su confianza. En efecto: así que gozaron de sus derechos políticos, al punto se atrajeron a los etolios y les vendieron la ciudad, deseosos de destruir irremisiblemente al mismo tiempo a los que les habían salvado y a la ciudad que los crió.

18 Tramaron esta empresa con una gran audacia, como sigue: algunos de los repatriados habían sido nombra-
2 dos polemarcos [44]: este cargo conlleva abrir y cerrar

43 Creo que aquí hay un argumento muy fuerte para defender las creencias religiosas de Polibio. Cf. nuestro artículo, Balasch, «La religiosidad...», pág. 385.

44 Esta palabra, etimológicamente, significa «jefe militar», pero jurídicamente no designaba lo mismo en todas las ciudades de Grecia. En Atenas el polemarco era el tercero de los

las puertas de la ciudad, y en el tiempo intermedio ser depositarios de las llaves; además pasarse el día de guardia en los torreones. Los etolios, ya prepara- 3
dos, con las escaleras dispuestas, aguardaban la oportunidad. Los anteriormente exiliados que ejercían el 4
cargo de polemarcos degollaron a sus colegas en el mismo torreón y abrieron el portón. Hecho esto, algu- 5
nos etolios penetraron por allí, mientras otros adosaban las escaleras y con ellas forzaron el paso y se apoderaron de las murallas. Todos los de la ciudad, 6
intimidados ante aquellos hechos, estaban apurados, sin saber qué hacer ante tal situación. No podían acudir ininterrumpidamente contra los que habían penetrado por el portón debido a que otros entraban por el muro, ni podían defender adecuadamente la muralla a causa de los que entraban por la puerta. Los etolios 7
se hicieron rápidamente con la ciudad, y en medio de sus injusticias realizaron una obra justísima: a los primeros que decapitaron fueron a los que les habían introducido en la ciudad y se la habían entregado; así se adueñaron de sus bienes [45]. Pero con todos los demás 8
cinetenses hicieron lo mismo. Al final se instalaron en las casas, agujerearon los muros para descubrir tesoros y torturaron a muchos cinetenses de quienes sospechaban que habían escondido algún ajuar muy valioso o alguna otra cosa de gran precio.

Tras maltratar de esta manera a los de Cineta le- 9
vantaron el campo, dejaron allí una guarnición en la

arcontes o magistrados, en Esparta era el comandante de una mora, cuerpo de cuatrocientos hombres; en Etolia sus funciones eran más bien ciudadanas, algo así como la policía (al igual que los escitas atenienses).

[45] Aquí la traducción es conscientemente algo inexacta; el griego, traducido rigurosamente, significa «medios de vida». Pero hay que pensar que las víctimas de la rapiña no serían precisamente los pobres.

10 muralla y avanzaron en dirección a Lusos[46]. Llegados
al templo de Ártemis, que está entre Clítor y Cineta,
considerado entre los griegos como lugar de asilo, ame-
nazaron con robar el ganado y las otras posesiones de
11 la diosa. Los lusiatas fueron astutos y les dieron al-
gunos adornos de la divinidad, con lo que conjuraron
la impiedad de los etolios y lograron no sufrir nada
12 irreparable[47]. Los etolios lo aceptaron así, levantaron
al instante el campo y lo establecieron junto a la
ciudad de Clítor.

19 En aquel mismo tiempo Arato, el general de los
aqueos, envió legados a Filipo en demanda de ayuda,
concentró a los reclutados y mandó llamar a las tropas
lacedemonias y mesenias consignadas en los pactos.
2 Los etolios primero insinuaron a los de Clítor que aban-
3 donaran a los aqueos y se les aliaran. Los de Clítor
rechazaron de plano estas propuestas, y entonces los
etolios les atacaron; adosaron las escaleras en los mu-
4 ros e intentaron tomar la ciudad. Pero los de dentro
se defendieron con valor y audacia y los etolios ce-
dieron ante tal situación, y alzaron el campo, se diri-
gieron de nuevo hacia Cineta y saquearon de paso los
5 ganados de la diosa, que se llevaron. Cineta, en primer
lugar, la dieron a los eleos, quienes no aceptaron, y
entonces los etolios decidieron reservársela para sí

---

46 Lusos estaba a medio camino entre Cineta y Clítor; ya se ha advertido que la primera de las ciudades no se ha localizado.

47 La tradición manuscrita del texto griego es aquí dudosa, pero lo que, en todo caso, variaría sería el valor sintáctico de la expresión, no su sentido, que, en líneas generales, es el mismo siempre. Otra traducción posible es: «conjuraron la impiedad de los etolios para no sufrir nada irreparable». Aquí me aparto de la lectura de Büttner-Wobst, que abona la segunda traducción, y admito la de Foucault, *Polybe*, III, ad loc., que me parece, sintácticamente, más coherente (me refiero al texto griego, claro está).

mismos, y nombraron a Eurípidas gobernador de la plaza. Pero después temieron ante el anuncio de la 6 expedición de los macedonios, por lo que incendiaron la ciudad y se retiraron, marchando de nuevo en dirección a Rion[48], pues habían decidido hacer por aquí la travesía. Taurión se enteró de la incursión de los 7 etolios y de los hechos de Cineta, y al ver además que Demetrio de Faros había zarpado de las islas en dirección a Cencreas[49], le exhortaba para que apoyara a los aqueos, transportara sus esquifes a través del Istmo y acechara la travesía de los etolios. Demetrio regre- 8 saba de las islas con más provecho que gloria, puesto que los rodios le seguían de cerca, de modo que atendió con agrado la propuesta de Taurión, quien sufragó los gastos originados por el transporte de los esquifes. Demetrio, pues, atravesó el Istmo, pero llegó dos 9 días después del paso de los etolios; saqueó algunos parajes de la costa etolia y zarpó de nuevo hacia Corinto. Los lacedemonios descuidaron culpablemente 10 el envío de ayuda a que les obligaba el pacto; mandaron unos destacamentos mínimos de infantería y de caballería, con lo que querían salvar las apariencias. Arato, que mandaba a los aqueos, en aquella ocasión 11 pensó de manera más política que militar: hasta en- 12 tonces permaneció a la expectativa. No olvidaba el desastre reciente, y aguardó a que Escopas y Dorímaco, tras la ejecución de todos sus planes, regresaran a su país, aunque lo hicieran por lugares estrechos, donde un ataque era fácil: sólo necesitaban de un toque de clarín.

Los cinetenses, a los que los etolios habían causado 13 grandes desgracias e infortunios, lo tenían mucho más

48 Aquí Rion es un nombre aceptable. Cf. la nota 17 de este libro.

49 Pequeña localidad al S. de Argos.

merecido que todos los demás; así pensaba todo el mundo.

20 *Carácter de los arcadios. Digresión sobre la música*

El conjunto de los pueblos de la Arcadia goza de cierta fama de virtud entre todos los griegos no sólo por su humanitarismo y la hospitalidad[50] de sus usos y costumbres, sino ante todo por su respeto ante lo divino.
2 Por esto merece la pena investigar un poco el salvajismo de los cinetenses y cómo, siendo innegable que eran arcadios, en aquella ocasión su ferocidad y su perfidia sobrepasaron en mucho a las de los demás griegos.

3 Yo creo que fue porque los cinetenses fueron los primeros, y los únicos arcadios, que abandonaron algo que los antiguos habían instituido de manera admirable y muy adecuado por su propia naturaleza a todos
4 los que habitan la Arcadia: a todos los hombres les es útil practicar la música, esto es, la verdadera mú-
5 sica, pero a los arcadios les es imprescindible. No debemos dar crédito a la afirmación, indigna de él, que hace Éforo[51] en el proemio de la *Historia General*, donde establece que la música ha sido introducida en-
6 tre los hombres para seducirles y engañarles. Tampoco debemos creer que los antiguos cretenses y lacedemonios adoptaran sin ningún fundamento la flauta y el

---

50 Todavía hoy la Arcadia, llamada la Suiza griega, porque es la única región griega que no sale al mar y es, además, montuosa, es un país eminentemente agrícola. Sus alquerías o casas de campo, que recuerdan las masías catalanas, acostumbran a tener plantados, alrededor de la casa, una hilera de cipreses. El número de tales árboles significa el número de personas que, en caso de necesidad, puede albergar hospitalariamente la alquería.

51 Éforo de Cime, historiador griego procedente del Asia Menor. Fue discípulo de Isócrates. Vivió en el siglo IV a. C., sin que se pueda precisar más. Su obra se ha perdido.

ritmo para la guerra, en sustitución de la trompeta,
ni que los arcadios primitivos incorporaran porque 7
sí en su vida pública la música hasta tal punto que la
hicieran como nodriza no sólo de los niños, sino aun
de los jóvenes hasta los treinta años, a pesar de la
gran austeridad con que vivían en todo lo demás.

Es cosa reconocida y notoria que casi sólo entre 8
los arcadios la ley[52] fuerza a los niños a acostumbrar-
se ya desde su primera infancia a entonar himnos y
peanes[53] con los cuales cada uno, según costumbres
ancestrales, glorifica a los dioses y héroes del país.
Posteriormente aprenden los aires de Filóxeno y de 9
Timoteo[54], y danzan en los teatros cada año, en las
Dionisíacas[55], con gran emulación, acompañados por
flautistas profesionales, los niños en competiciones in-
fantiles y los jóvenes en las llamadas varoniles.

E igualmente durante toda su vida, cuando organi- 10
zan banquetes, llaman poco a cantores extranjeros; se
llaman más entre sí, e imponen a cada uno que cante

---

52 Aquí el texto griego es ambiguo, y se presta a dos sentidos: a) que la ley obliga a los niños a que aprendan música, o bien b) que se habitúa a los niños a cantar según las leyes de la música. Parece más lógica la primera interpretación.

53 El peán era un canto solemne, ordinariamente polifónico, que se cantaba en ocasiones adecuadas, especialmente en honor de Apolo, pero también de otras divinidades. Homero ya lo menciona en sus poemas. Podía ser canto fúnebre, de gozo, de guerra, etc.

54 Filóxeno de Citera (435-380) vivió en la corte de Dionisio el Tirano; era poeta ditirámbico. Timoteo, poeta y músico, fue contemporáneo suyo (450/360). Con él, acaba la gran poesía lírica griega. Los griegos conocían de oídas al autor de una melodía; cf. la primera escena de la comedia de ARISTÓFANES *Los Acarnienses.*

55 Las fiestas en honor de Dionisio (el Baco de los latinos) se celebraban en diversas épocas del año, y su elemento principal eran las representaciones teatrales, aunque había también canto y danza. Sobre las Dionisíacas de Atenas, cf. MANUEL BALASCH, *Aristófanes,* I, Barcelona, 1969, págs. 41-42.

11 cuando le corresponda. No sienten vergüenza de confesar su ignorancia si se trata de otros conocimientos, pero no pueden negarse a entonar una canción, puesto que todos las aprendieron por obligación; no pueden tampoco reconocer que las saben, pero negarse
12 a ejecutarlas: es entre ellos una cosa humillante. Los jóvenes se ejercitan en marchas militares al son de la flauta, en buen orden, y se entrenan en las danzas para ofrecer un espectáculo a sus conciudadanos todos los años en el teatro, a iniciativa del estado, que sufraga los gastos.

21 Creo que los antiguos introdujeron estas costumbres no como un lujo o como algo superfluo, sino porque veían que cada uno trabajaba por su cuenta, y que la vida se les hacía dura y difícil; consideraron además la austeridad de costumbres que les ha tocado como consecuencia de la pobreza del medio y de la tristeza casi general de la región circundante, características a las que todos los hombres hemos acabado
2 por asimilar nuestra naturaleza. Es por ésta, y no por otra causa, por la que nos diferenciamos muchísimo unos de otros según las razas y los usos[56] de todo tipo en costumbres, talla y pigmentación, y aun en la ma-
3 yoría de las actividades. Los antiguos arcadios querían suavizar y templar la dureza y la severidad de la naturaleza, y por ello introdujeron el arte musical, y además establecieron que la mayoría de las asambleas y sacrificios fueran comunes, sin diferencias para hombres y mujeres, e instituyeron también coros de don-
4 cellas y de muchachos. Lo idearon todo, en suma, con

---

56 El sentido griego de la palabra *diástasis* es aquí incierto; siguiendo a Schweighäuser, lo he traducido por «uso», muy afín a «institución». Walbank y Foucault interpretan el término en sentido temporal: las (grandes) distancias que nos separan a unos de otros. Pero es evidente que las instituciones «separan» a unos pueblos de otros.

el interés de amansar y de dulcificar por la institución de unas costumbres la rudeza de su espíritu. Los ci- 5
netenses menospreciaron esto finalmente cuando en verdad necesitaban al máximo de esta ayuda, puesto que tienen el clima y el relieve peores de toda la Arcadia. Además, impulsados por ofensas y por envidias mutuas, acabaron por convertirse en tan salvajes que 6
en ninguna de las ciudades griegas hubo impiedades mayores ni más continuas. He aquí una prueba de la 7
desgracia de los cinetenses en este punto concreto y de la aversión de los arcadios restantes hacia sus prácticas.

En aquella ocasión[57] en que los cinetenses cometie- 8
ron la gran matanza, enviaron mensajeros a los lacedemonios; en las ciudades arcadias en las que entraron durante su marcha, todas las demás les echaron al punto por medio de heraldos, y los de Mantinea, cuan- 9
do los cinetenses ya se hubieron ido, hicieron una purificación ritual y llevaron en círculo a las víctimas por toda su ciudad y todo su territorio.

Debíamos decir esto para evitar que una sola ciudad 10
acarree calumnias a todo el linaje de los arcadios, y también para que no haya en Arcadia habitantes que crean que casi siempre la música se ejercita entre ellos como algo superfluo, y se apresten a desdeñar su cultivo. Y también de cara a los cinetenses, para que, 11
si el dios les da buena suerte, se humanicen volviéndose hacia la educación, y de ella principalmente a la música. Sólo así podrán acabar con el salvajismo que entonces se adueñó de ellos. Nosotros, tras haber ex- 12
puesto los sucesos de los cinetenses, regresamos al punto donde iniciamos esta digresión.

57 De todo lo que aquí cuenta Polibio no conocemos nada que no sea por él. En realidad, la historia de Cineta nos es desconocida.

Filipo, en el Peloponeso

22 Los etolios, pues, tras realizar todo esto en el Peloponeso, regresaron sin peligro a su territorio.
2 Filipo, que acudió con tropas en ayuda de los aqueos, se presentó en Corinto, pero demasiado tarde, por lo que envió correos a todos los aliados; les urgía que enviaran inmediatamente legados a Corinto para deliberar sobre
3 los intereses comunes. Él mismo levantó el campo y se dirigió a Tegea, sabedor de que los lacedemonios se habían enzarzado en revoluciones internas y matanzas.
4 Acostumbrados a ser gobernados por reyes y a obedecer en todo a sus jefes, los lacedemonios, liberados entonces inesperadamente por Antígono, ya no tenían un rey entre ellos, por lo que se peleaban; suponían
5 que todos tenían el mismo derecho a gobernar. Al principio dos de los éforos no manifestaban su opinión, pero los otros tres, convencidos de que por su juventud Filipo no podría jamás poner orden en la situación del Peloponeso, se habían hecho partidarios
6 de los etolios. Pero cuando, contra lo que ellos esperaban, los etolios desaparecieron a marchas forzadas del Peloponeso y Filipo se presentó todavía más aprisa
7 desde Macedonia, los tres éforos desconfiaron de uno de los dos restantes, de Adimanto; éste conocía todos sus planes y no estaba muy de acuerdo con lo que estaba pasando. Los tres éforos temían que, una vez Filipo allí, Adimanto le delatara todo lo que se había
8 tramado. En connivencia con algunos jóvenes, estos éforos pregonaron por heraldos que los que estaban en edad militar se presentaran con sus armas en el templo de Atenea Calcieca[58], como si los macedonios estuvie-

[58] Calcieca significa «la de casa de bronce». Las ruinas de este templo han sido descubiertas en el N. de la Acrópolis de Esparta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

ran a punto de llegar a la ciudad. Ante cosa tan inespe- 9
rada, los convocados se concentraron al punto. Adimanto, disgustado por lo ocurrido, se adelantó e intentó
exhortar y hacer comprender «que era antes cuando 10
debían haberse ordenado estos pregones y estas concentraciones, cuando oíamos que los etolios, nuestros enemigos, se acercaban a las fronteras de nuestro país, y no ahora, cuando nos enteramos de que los macedonios, que son nuestros bienhechores, nuestros salvadores, se nos aproximan con su rey». Insistía todavía en 11
este punto cuando los jóvenes conjurados se abalanzaron sobre él y le mataron, y con él a Estenelao, a Alcámenes, a Tiestes, a Biónidas y a muchos más ciudada-
nos. Polifonte, y otros con él, previeron astutamente 12
lo que iba a ocurrir y se pasaron a Filipo.

Después de esto los éforos que quedaban en fun- 23
ciones enviaron al punto a Filipo unos que acusaran a los asesinados y que le pidieran que retrasara su llegada hasta que la ciudad se hubiera recobrado de la revolución pasada; debían informarle también de que se proponían mantener toda su justicia y humani-
dad para con los macedonios. Los legados encontraron 2
al rey que estaba ya junto al monte Partenio [59], y ha-
blaron según sus instrucciones. El rey les escuchó e 3
indicó a los que habían llegado que regresaran inmediatamente a su país y que comunicaran a los éforos que él no interrumpiría su avance y que acamparía en Tegea; creía que los éforos debían mandarle sin tardanza hombres prestigiosos que trataran con él aquella
situación. Los que habían salido al encuentro de Fi- 4
lipo hicieron lo que se les decía, y los jefes de los lacedemonios, al oír la solicitud del rey, le mandaron
diez hombres. Éstos se dirigieron a Tegea y se presen- 5

59 Situado entre Tegea y Argos. La primera de estas ciudades está en el centro de la Arcadia.

taron en el consejo del rey, presididos por Omias.
Allí acusaron a Adimanto y a los suyos como culpa-
6 bles de la revuelta; prometieron a Filipo cumplir lo
estipulado en la alianza, y en cuanto a su adhesión a
Filipo, no ceder en ella ante nadie, ni aun ante los que
7 parecieran ser sus amigos más verdaderos. Los lacede-
monios manifestaron esto y otras cosas por el estilo
y se retiraron, pero los participantes en el consejo di-
8 ferían en sus opiniones. Algunos, conocedores de la
perfidia de los espartanos y convencidos de que Adi-
manto y los suyos habían perecido por su adhesión
hacia ellos, y de que los lacedemonios proyectaban
hacer causa común con los etolios, aconsejaban a Fi-
lipo hacer un escarmiento con aquéllos tratándoles de
la misma manera que Alejandro había tratado a los
9 tebanos así que recibió el imperio[60]. Otros, en cambio,
entre los más ancianos, afirmaban que una cólera así
era excesiva ante lo ocurrido: lo que se debía hacer
era castigar a los culpables, destituirles y poner el
mando y el gobierno en manos de amigos del rey.

24 Finalmente habló el rey, si es que pueden atri-
buirse al rey los pareceres de entonces, ya que no es
natural que un muchacho de diecisiete años pueda to-
mar decisiones acertadas en cuestiones de tal enver-
2 gadura. Pero a los historiadores nos corresponde atri-
buir a los jefes supremos las opiniones determinantes
de las decisiones. Quienes las oyen, sin embargo, deben
entender que es natural que tales argumentos y deci-
siones correspondan a los que rodean al rey familiar-
3 mente, y sobre todo a sus consejeros, en cuyo caso lo
más normal será atribuir a Arato el parecer manifes-
4 tado por el rey. Filipo dijo que las injusticias que entre

---

[60] Se refiere a Alejandro Magno, que, en el año 335, aplastó un levantamiento de los tebanos contra él y mandó arrasar la ciudad, a excepción de la casa del poeta Píndaro.

sí cometieran los aliados, le correspondía a él corre-
girlas sólo de palabra o por escrito, con amonestacio-
nes, y que sólo, añadió, «lo que dañaba a la alianza 5
común necesitaba de una corrección y castigo por parte
de todos. Públicamente, los lacedemonios no han per- 6
judicado a la alianza común, y han anunciado que se
comportarán con nosotros con toda justicia y así re-
sultaría indecoroso disponer contra ellos algo irrepa-
rable». En efecto, dijo que sería absurdo que si su 7
padre, que les venció cuando eran enemigos, no les
trató mal, él, en cambio, maquinase contra ellos, por
una cosa tan pequeña, algo irremediable. Se impuso, 8
pues, el parecer de que debía pasarse por alto lo ocu-
rrido, y rápidamente el rey mandó a Petrayo, uno de
sus familiares, junto con Omias y sus hombres, a com-
prometer al pueblo espartano a favor de la adhesión
hacia él y hacia los macedonios, y para que, al mismo
tiempo, dieran y recibieran los juramentos de alianza.
Él mismo, con su ejército, levantó el campo y se di- 9
rigió a Corinto. En su decisión tocante a los lacedemo-
nios había dado a los aliados un bello ejemplo de su
espíritu político.

Inicio de la guerra

Filipo acogió, pues, a los que le 25
llegaban a Corinto desde las ciu-
dades aliadas, se reunió con ellos
y les consultó qué debía hacer y
cómo se debía proceder con los
etolios. Los beocios les acusaron de que en tiempo de 2
paz habían saqueado el templo de Atena Itona[61], los
focenses de que habían salido en campaña contra Am-
briso y Daulio[62] con el fin de conquistar estas ciuda-
des, los epirotas de que les habían devastado el país. 3

[61] Este templo estaba en Coronea, y en él se celebraban los juegos beocios, de los que no sabemos casi nada.

[62] Ciudades situadas en las estribaciones orientales del Parnaso; el ataque se produjo entre los años 228/224.

Los acarnanios expusieron de qué modo los etolios habían organizado una acción contra Turio[63], y aún se 4 habían atrevido a atacar, de noche, la ciudad. Además de todo ello los aqueos les reprochaban que habían ocupado Clario, en el territorio de Megalópolis, que en su marcha habían talado el país de los patreos y el de los fareos, que habían expoliado Cineta y, en Lusos, el templo de Ártemis, que habían asediado Clítor; por mar habían acechado la ciudadela de Pilos y por tierra Megalópolis justo cuando empezaba a repoblarse, pues querían destruirla otra vez, ahora con el con- 5 curso de los ilirios. Los diputados de los aliados oyeron todo esto y decretaron por unanimidad declarar 6 la guerra a los etolios. Encabezaron el decreto con las causas citadas, y añadieron la declaración. Acordaron que los aliados se prestarían ayuda mutua en el caso de retención, por parte de los etolios, del territorio o de la ciudad de algunos de ellos contando a partir de la muerte de Demetrio, el padre natural[64] de Filipo. 7 Decretaron igualmente que restablecerían en todas partes las constituciones patrias en las ciudades que contra su voluntad se habían visto forzadas a ingresar en la Confederación etolia: los ciudadanos poseerían sus ciudades y territorios sin guarniciones, sin pagar tributos, como hombres libres, y vivirían según las 8 leyes e instituciones ancestrales. Y redactaron en el decreto que se ayudaría a los anfictiones[65] a restable-

---

[63] La Acarnania es la región más occidental de la Grecia central; la plaza de Turio es ilocalizable. Walbank ni tan siquiera la cita en su comentario.

[64] Cuando se dice de Amílcar Barca que es padre natural de Aníbal (III 9, 6), o aquí que Demetrio II de Macedonia fue padre natural de Filipo V, se indica solamente que no son hijos adoptivos. Los griegos conocieron también la categoría de hijos ilegítimos, pero entre ellos no equivalía a nuestro concepto de hijos naturales.

[65] Los anfictiones eran los diputados de las ciudades grie-

cer sus leyes y el dominio de su templo, del que los etolios les habían privado con la intención de disponer por sí mismos de los asuntos de este santuario.

26 Se aprobó este decreto en el año primero de la Olimpíada ciento cuarenta[66], y con ello la llamada Guerra Social se inició de modo justo para reparar las injusticias cometidas. Los diputados enviaron inmedia- 2
tamente legados a los aliados para que en cada ciudad el pueblo ratificara el decreto, y así todos desde su país hicieran la guerra a los etolios. A éstos, Filipo 3
les mandó una carta aclarándoles que si tenían algo justo para decir contra aquellas acusaciones, todavía ahora podía haber una reunión y saldar las diferencias mediante negociaciones. Pero si habían supuesto que 4
el hecho de que lo expolien y lo saqueen todo sin ningún tipo de declaración previa haría que las víctimas no fueran protegidas, y que, en el caso de serlo, ellas iban a ser consideradas como causantes de la guerra, los etolios serían los más necios de los hombres. Cuando los jefes etolios recibieron esta carta, 5
primero creyeron que Filipo no acudiría, y así fijaron un día determinado en el que se presentarían en Rion. Pero cuando supieron que Filipo se había presentado, 6
enviaron un correo que aclarara que antes de la asamblea de los etolios ellos no podían decidir nada por su cuenta referente a los asuntos generales. Los aqueos 7
se reunieron en la asamblea correspondiente, aprobaron el decreto y autorizaron los saqueos contra los etolios. El rey se presentó en la asamblea de Egio e 8
hizo un largo discurso que los aqueos acogieron con

gas reunidos en confederación política y religiosa; sus asambleas se reunían en Delfos durante la primavera y en Antela (casi en el golfo de Malia, en su parte meridional) en el otoño. Su función consistía en velar por los intereses comunes de Grecia.

66 El 220.

agrado, y renovaron con el propio Filipo los sentimien-
tos de amistad existentes ya con sus antepasados.
27 En aquella época correspondía a los etolios elegir
sus magistrados, y nombraron general a Escopas, pre-
cisamente el culpable de todos los crímenes aducidos.
2 Yo no sé cómo calificar esta elección. Pues hacer la
guerra sin declaración, pero atacar con el ejército ín-
tegro [67], llevarse las propiedades de los vecinos, no cas-
tigar a los culpables, al contrario, honrar y elegir por
generales a los cabecillas de tales acciones, todo esto
3 me parece que rebasa cualquier malignidad. ¿Qué otro
nombre se podría aplicar a tales crímenes? Lo que sigue
4 atestigua mis afirmaciones. Cuando Fébidas tomó a
traición la plaza de Cadmea [68], los lacedemonios cas-
tigaron al culpable, pero no retiraron la guarnición,
como si la injusticia se compensara con el daño de su
causante: se debía hacer lo contrario, que era lo que
5 realmente interesaba a los tebanos. Otra vez, cuando
la paz de Antálcidas [69], proclamaron que devolverían la
libertad y la autonomía a las ciudades, pero no revo-
6 caron a los harmostes [70]. Echaron de su ciudad a los
de Mantinea, aliados y amigos suyos, y afirmaron que
no eran injustos con ellos, ya que les dispersaban de

---

67 Cf. la nota 146 del libro II.

68 Cadmea era la acrópolis o ciudadela de Tebas, que, según la tradición, había sido construida por el héroe legendario Cadmo. Fébidas era un general espartano que la tomó en el año 383.

69 Por la paz de Antálcidas (386), llamada también paz del Rey, porque el emperador persa Artajerjes la impuso a los griegos, se disuelve la liga Beocia, y se determinan las esferas de influencia de Esparta y de Atenas; la ciudad de Mantinea, que es la que aquí interesa, fue demolida y sus habitantes esparcidos por los antiguos poblados que la habían convertido en una plaza fuerte. Cf. nota 20 del libro I.

70 Los harmostes eran los gobernadores militares impuestos por los espartanos en las plazas que ocupaban.

una a muchas poblaciones. Es una maldad tan igno- 7
rante como evidente[71] la del que cree que si él cierra
los ojos los vecinos no ven nada. A ambos estados, 8
Esparta y Etolia, esta mala política les fue causa de
los máximos desastres, y así los que reflexionan rectamente no deberán jamás emularla, ni en privado ni en público.

El rey Filipo ajustó los tratos con los aqueos, le- 9
vantó el campo con su ejército y se dirigió a Macedonia.
Quería efectuar los preparativos bélicos. Con el decre- 10
to citado dio bellas perspectivas de una clemencia y una magnanimidad verdaderamente reales no sólo a los aliados, sino a todos los griegos.

Sincronismo

Todo esto se realizó en el mis- 28
mo tiempo en que Aníbal, dueño ya de todo el país al sur del Ebro, se disponía a atacar la ciudad de
Sagunto. Si las primeras tentati- 2
vas de Aníbal hubieran sido contemporáneas con las acciones de Grecia, es evidente que hubiéramos debido tratar estas últimas yuxtaponiéndolas a las otras del libro anterior, tras establecer un paralelismo con los asuntos de España, siguiendo un orden cronológico.
Pero puesto que las operaciones de Italia, las de Gre- 3
cia y las de Asia han tenido en sus guerras unos principios particulares, aunque el final haya coincidido en el tiempo, decidimos hacer la narración también por separado, hasta llegar a aquel momento en el que las empresas citadas se entrelazan y empiezan a tender a
una única conclusión. Así la exposición de los inicios 4
será siempre más clara y más evidente el enlace que

[71] En realidad, el texto griego presenta aquí una laguna que los editores restituyen cada uno a su manera. La laguna es larga, de toda una línea del manuscrito, lo que hace que sólo se pueda intuir vagamente el sentido de lo omitido. Aquí se traduce según la restitución de Büttner-Wobst.

hemos indicado, pues mostraremos cómo, cuándo y
por qué razones se ha dado. Lo que seguirá será ya
historia general.
5 El enlace de estas empresas se dio hacia el final de
esta guerra, en el año tercero de la Olimpíada ciento
cuarenta[72]. Por eso expondremos los sucesos siguien-
tes de un modo general, según el orden cronológico,
6 y los anteriores por separado, como ya dije, sólo que
en cada ocasión recordaremos lo ya explicado en el
libro anterior. Así a los que atienden la narración les
resultará no sólo fácil de seguir, sino también impo-
nente.

Los preparativos bélicos

29 Mientras pasaba el invierno en
Macedonia Filipo alistó con sumo
cuidado a las tropas para la em-
presa inminente. Al propio tiem-
po aseguró sus fronteras contra
2 los bárbaros que estaban junto a su país. Posterior-
mente se reunió con Escerdiledas, se puso audazmente
en sus manos y trató con él de amistad y de alianza.
3 Le prometió, por un lado, que le apoyaría en sus ope-
raciones contra la Iliria, y por otro acusó a los etolios,
fáciles de acusar; no le costó nada convencerle de que
4 cediera a sus requerimientos. En efecto: las injusticias
cometidas por las naciones se diferencian de las priva-
das sólo por el número y la magnitud de sus conse-
cuencias. En la vida privada, la asociación de sinver-
güenzas y ladrones suele fracasar porque no se tratan
con justicia unos a otros; en suma, por faltar a la
5 palabra dada entre sí. Y es lo que entonces ocurrió a
los etolios, que habían pactado con Escerdiledas que
le darían parte del botín si invadía con ellos la Acaya.
6 Él se dejó convencer, y los ayudó; entre todos saquea-
ron la ciudad de los cinetenses, cogieron prisioneros y

72 El año 218.

ganado en gran cantidad, pero entonces los etolios no hicieron partícipe en nada a Escerdiledas de lo que habían cogido. Esto suscitó en él una cólera oculta. 7
Filipo hizo una breve alusión al hecho, que Escerdiledas recogió al punto, y se dispuso a entrar en la alianza general, a condición de cobrar veinte talentos anuales y de luchar contra los etolios por mar, por lo que zarparía con veinte esquifes.

Actitud de los acarnanios y de los epirotas

Filipo, pues, se dedicaba a es- 30
tas negociaciones. Los embajadores enviados a los aliados llegaron en primer lugar a la Acarnania y se entrevistaron con los jefes. Los acarnanios ratificaron noblemente el de- 2
creto, y desde su país hicieron la guerra a los etolios, a pesar de que más que con cualquier otro se hubiera debido tener indulgencia con ellos si por temor hubieran diferido o, incluso, omitido la guerra contra sus vecinos. En efecto: están situados en la frontera etolia 3
y reducidos a sus solas fuerzas resultan fácilmente superables. Téngase en cuenta ante todo que hacía muy poco que habían sufrido una experiencia terrible por el odio que profesaban a los etolios. Pero tanto en 4
la vida privada como en la pública no hay nada que los hombres nobles valoren tanto como el deber, cosa que los acarnanios han observado casi siempre en grado no menor al de cualquier otro griego, a pesar de la pequeñez de su fuerza. Nadie, pues, debe vacilar, en 5
momentos difíciles, en aliarse, para sus empresas, con los acarnanios no menos que con los otros griegos, pues tanto en la vida privada como en la pública tienen firmeza y amor a la libertad. Los epirotas, por el con- 6
trario, cuando hubieron oído a los embajadores, ratificaron de modo semejante el decreto, pero votaron hacer la guerra a los etolios cuando el rey Filipo la hubiera iniciado. Y a los embajadores de los etolios les 7

declararon que habían decidido mantener la paz con ellos, actuando de manera equívoca e innoble.

8 Los aqueos enviaron también legados al rey Ptolomeo[73] a solicitar de él que no enviara dinero a los etolios y que no les aprovisionara de nada que perjudicara a Filipo y a sus aliados.

Reacción de los mesenios

31 Los mesenios, por cuya causa comenzó la guerra, respondieron a los embajadores aqueos que Figalea está en su frontera, pero que los etolios la retienen; ellos no iniciarían la guerra hasta que la plaza les fuera
2 arrebatada a los etolios. Impusieron esta respuesta, contra el parecer del pueblo, los éforos en funciones, Enis y Nicipo y algunos otros del grupo oligárquico, unos ignorantes, al menos en mi opinión, que se apar-
3 taron grandemente de una decisión correcta. Yo afirmo que la guerra es algo terrible, pero no tanto, en modo alguno, que debamos soportarlo todo antes de
4 entrar en un conflicto bélico. ¿Por qué nos enorgullecemos tanto de la igualdad, de la libertad de expresión, de la misma palabra libertad si luego no hay nada
5 preferible a la paz? Desaprobamos a los tebanos supervivientes de las guerras médicas porque se apartaron de la lucha en pro de Grecia y eligieron, por miedo, la causa persa, y no alabamos a Píndaro, quien estuvo de acuerdo con ellos en que se mantuviera la paz en estos versos:

6 *Quien pretenda situar en la calma*
la comunidad de los ciudadanos, que busque
de la magnánima tranquilidad
la espléndida luz[74].

---

[73] Ptolomeo IV Filopátor (221-204?). Cf. nota 180 del libro II.
[74] Es el fr. 109 de Píndaro en la edición de Bergk.

De momento dio la impresión de hablar persuasi- 7
vamente, pero muy poco después se comprobó que
había hecho la afirmación más perniciosa y vergon-
zosa, pues la paz con justicia y decoro es la más bella 8
y provechosa de las adquisiciones, pero si la acompa-
ñan la maldad o la esclavitud censurables, es lo más
vergonzoso y perjudicial de todo.

Los jefes de los mesenios, de tendencia oligárquica, 32
se guiaban por su provecho particular e inmediato, y
tenían siempre a la paz en una estimación excesiva.
Por ello, aunque se habían encontrado en situaciones 2
críticas, lograron bastantes veces eludir horrores y
peligros, pero esta política les acumuló cada vez más
lo más duro de aquellos horrores, y fueron los causan-
tes de que su patria debiera afrontar las desgracias
más grandes. Creo que la causa es la siguiente: eran 3
vecinos de los dos pueblos más importantes del Pelo-
poneso, por no decir de toda Grecia, de los arcadios y
los laconios. Uno de éstos les fue siempre enemigo 4
irreconciliable desde que ellos ocuparon el país, el otro
les fue amigo y protector. Ahora bien: los mesenios
no dieron un tratamiento noble ni a su enemistad con-
tra los lacedemonios ni a su amistad con los arcadios.
Cuando los lacedemonios estaban en guerra civil o 5
contra un tercero, ello les ocupaba, y ocurría lo que
convenía a los mesenios, quienes siempre estaban en
paz y sin peleas con los vecinos; su territorio no estaba
en el lugar del conflicto. Pero cada vez que los lace- 6
demonios estaban en paz y sin problemas, se dedicaban
a dañar a los mesenios. Entonces éstos eran incapaces 7
de afrontarles, porque los lacedemonios son potentes,
pero los mesenios tampoco se habían ganado amigos
verdaderos, por lo cual o bien se veían forzados a so-
portar el peso de la servidumbre, o bien, si querían
rehuir la esclavitud, debían exiliarse, dejando su país
con sus mujeres y sus hijos. Esto último lo sufrieron 8

9 muchas veces y en tiempos no lejanos. ¡Ojalá que el estado actual del Peloponeso continúe prosperando, para que nadie necesite del consejo que les voy a dar!
10 Pero si vuelven a verse poseídos por perturbaciones y cambios, para los mesenios y los megalopolitanos sólo veo una esperanza de que conserven su país por más tiempo: que, según el parecer de Epaminondas[75], se pongan de acuerdo y se alíen sinceramente, unos y otros, en todo tiempo y ocasión.

33 Este consejo se ve innegablemente confirmado por
2 hechos antiguos. Entre otras muchas cosas, los mesenios dedicaron en tiempos de Aristómenes[76] incluso una estela junto al altar de Zeus Lobuno[77]; en ella grabaron la inscripción siguiente:

3 Halló el tiempo un castigo contra un mal rey, no lo dudes,
y Mesenia el traidor, con el concurso de Zeus,
cómodamente. No es fácil que al dios eluda un perjuro.
¡Salve, rey Zeus, paladín! ¡Sé de la Arcadia tutor!

4 Fue cuando se vieron privados de su patria cuando grabaron esta inscripción en la que suplican a los dioses que salven la Arcadia como si se tratara, creo yo, de
5 una segunda patria. Y obraron así con razón, pues los arcadios no sólo acogieron a los mesenios huidos de su patria tras el desastre de la guerra de Aristómenes, y les hicieron ciudadanos partícipes de sus propios hogares, sino que decretaron dar a sus hijas en matri-
6 monio a los mesenios que estuvieran en edad. Además,

---

75 Esta opinión del famoso general tebano sólo la cita Polibio.

76 Aristómenes es un personaje antiguo, y muy obscuro, del siglo VII, o quizás del VI, pero no posterior.

77 Este altar estaba en el monte Liceo, en la Arcadia, hacia el S. de la montaña.

al descubrir la traición del rey Aristócrates en la batalla llamada de Tafro[78], le ejecutaron y extinguieron todo su linaje. Pero no es preciso remontarnos tan 7
lejos: los últimos hechos después del sinecismo[79] entre Megalópolis y Mesene pueden ofrecer suficiente garantía acerca de nuestras afirmaciones. En aquellos tiem- 8
pos en que tras la batalla de Mantinea no era clara la victoria de ningún griego debido a la muerte de Epaminondas, los lacedemonios se oponían a que los mesenios participaran en los pactos, pues abrigaban la esperanza de apoderarse de la Mesenia. Sin embargo, 9
los megalopolitanos y todos sus aliados de Arcadia pusieron tanto empeño en que los aliados aceptaran a los mesenios y éstos participaran en pactos y juramentos, que lo lograron; los lacedemonios fueron los únicos excluidos del tratado. Quien piense, en el futuro, en 10
todo esto, ¿no juzgará que hemos dicho con razón lo que acabamos de exponer?

Tenía que decir esto por los arcadios y los mese- 11
nios, para que recuerden las calamidades que los lacedemonios han hecho caer sobre sus patrias, y mantengan sinceramente la lealtad y la confianzas mutuas. No 12
deben abandonarse al miedo[80] ni desear excesivamente la paz; no deben dejarse en la estacada, unos a otros, en los momentos críticos.

---

78 Cf. PAUSANIAS, IV 17 y 22. Tomado como substantivo común, Tafro significa «fosa»; algunos traducen «la batalla de la Fosa».

79 Sinecismo o fundación. FOUCAULT, *Polybe,* III, ad loc., traduce erróneamente «reagrupación». Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

80 El miedo de la guerra. Pero se sobreentiende suficientemente, por lo que es excesivo ponerlo entre paréntesis en el cuerpo de la traducción, como hace Foucault.

34 *En la Lacedemonia* Los lacedemonios —pues esto se enlaza con lo anteriormente expuesto— acabaron haciendo[81] lo que es usual en ellos: despacharon sin respuesta a los embajadores de los aliados: su maldad y su necedad les
2 habían puesto en un gran apuro. Creo que lleva razón el dicho de que muchas veces una audacia excesiva
3 se convierte en locura, y suele acabar en nada. Después fueron nombrados otros éforos; se trataba precisamente de los hombres que desde el principio habían suscitado la revuelta y habían promovido la matanza a que aludimos. Estos éforos mandaron un mensaje
4 a los etolios solicitando de ellos un embajador. Los etolios les atendieron satisfechos, y al cabo de poco
5 llegó como embajador a Lacedemonia Macatas, quien se dirigió al instante a los éforos...[82]. ...(ellos) opinaban que Macatas debía poder hablar al pueblo. Exigían, además, que se restableciera la realeza según las leyes patrias, sin dejar por más tiempo inactivo, de manera
6 ilegal, el cetro de los Heraclidas. La situación, en conjunto, no satisfacía a los éforos, pero eran incapaces de afrontar las presiones, y temían además una conjuración de los jóvenes. En cuanto al asunto de los reyes, aseguraron que pensarían sobre ello más tarde, y con-
7 cedieron el acceso a la asamblea a Macatas. Reunido

81 El texto griego es aquí algo equívoco, y se presta a dos traducciones igualmente aceptables: a) la que se da en el texto, y b) «hicieron, sin duda alguna».

82 En el texto griego original hay, sin duda alguna, una laguna que ocupa una línea. El sentido debe ser, más o menos: «y éstos le retuvieron e impidieron que se presentara en la asamblea del pueblo. Entonces los jóvenes, enfurecidos, acudieron allí y promovieron alborotos». Esto, naturalmente, es una paráfrasis del sentido de lo omitido en la laguna, pues en ella no hay espacio para tanto texto. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

el pueblo, Macatas avanzó e hizo una larga exhortación
para que los lacedemonios se decidieran a aliarse con
los etolios, a los que alababa sin razón y con mentiras;
acusaba de manera temeraria y gratuita a los macedo-
nios. Cuando Macatas se hubo retirado se armó una 8
gran discusión: unos abogaban por los etolios e inci-
taban a establecer una alianza con ellos, pero no fal-
taban quienes les contradecían. Algunos ancianos re- 9
cordaron al pueblo los beneficios recibidos de Antígo-
no y de los macedonios, y los daños que les habían
inferido Caríxeno y Timeo cuando los etolios salieron
a campaña con todo su ejército y les destruyeron el
país[83], llevándose como esclavos a los periecos[84]; lle-
garon a acechar a la ciudad de Esparta, introduciendo
en ella, con violencia y engaño, a los exiliados. Los 10
lacedemonios cambiaron de opinión y al final se con-
vencieron de que debían mantener su alianza con Fi-
lipo y los macedonios; Macatas regresó fracasado a 11
su país.

Los que habían instigado la sedición desde el prin- 35
cipio no podían ceder, en modo alguno, a las circuns-
tancias, y de nuevo se propusieron cometer la más
impía de las acciones; para ello corrompieron a algu-
nos jóvenes. En cierto sacrificio tradicional los que 2
estaban en edad militar debían desfilar con sus armas
hacia el templo de Atenea Calcieca, y los éforos debían
llevar los preparativos para el rito sin moverse del

---

83 Esta invasión tuvo lugar hacia el año 240, y los citados eran los jefes etolios.

84 Cuando los dorios invadieron el Peloponeso, en la Laconia dividieron a los nativos en dos grandes grupos, los hilotas y los periecos. Estos últimos eran fundamentalmente los habitantes del valle del Eurotas, y recibieron un *status* tolerable. No eran ciudadanos espartanos, pero sí hombres libres que podían ejercer libremente cualquier profesión. Su única obligación era la de acompañar, en calidad de infantería pesada, a los espartanos cuando salían en campaña.

3 recinto sagrado. En aquella ocasión algunos jóvenes
que desfilaban con sus armas atacaron de golpe a los
éforos mientras éstos realizaban el sacrificio y los de-
gollaron, a pesar de que aquel santuario ofrecía asilo
inviolable a todos los que se refugiaban en él, incluso a
4 los condenados a muerte[85]. Pero entonces la crueldad
de aquellos temerarios llegó a tal punto de desprecio
que asesinaron a todos los éforos junto al altar y a la
5 mesa del sacrificio. Y prosiguieron la ejecución de sus
planes: de entre los ancianos mataron a Gíridas y a
sus partidarios, y desterraron a los que se oponían a
los etolios. Eligieron a los éforos de entre ellos mismos
y establecieron una alianza con la Confederación eto-
6 lia. Cleómenes y la simpatía que sentían por él fue
sobre todo quien les impulsó a cometer estas infamias,
a cargar con el odio de los aqueos, a mostrarse desagra-
decidos ante los macedonios y, en suma, a ser incon-
siderados con todos. No perdían la esperanza, y aguar-
daban a que Cleómenes se presentara y les salvara.
7 Los que saben tratar a los que les rodean no sólo
cuando están presentes, sino incluso cuando están
8 muy lejos, dejan un rayo muy fuerte de adhesión
a su persona. Dejando otros aspectos aparte, desde la
caída de Cleómenes, hacía ya casi tres años que los
lacedemonios se gobernaban según las instituciones
9 patrias, y no habían pensado jamás en restablecer
reyes en Esparta, pero así que les llegó la noticia de
la muerte de Cleómenes, el pueblo y los éforos actua-
10 ban de acuerdo con las ideas de los revolucionarios, y
eran ellos los que habían pactado la alianza con los
etolios reseñada un poco más arriba[86]; nombraron de

---

85 Esta ceremonia ritual nos es desconocida; no nos ha llegado por ninguna otra fuente, pero el desarrollo de esta conjura recuerda fuertemente la muerte de los Pisistrátidas, cosa que no parece haber visto nadie. Cf. TUCÍDIDES, VI 53, 2, y 59, 4.

86 Cf. 34, 5.

modo legal y oportuno a uno de los reyes, a Agesípolis,
que todavía era un muchacho, hijo de Agesípolis, y éste
de Cleómbroto[87]. Este último había subido al trono 11
cuando Leónidas fue expulsado de él, porque por paren-
tesco resultaba el más afín a esta casa. Como tutor del 12
muchacho nombraron a Cleómenes, hijo de Cleómbroto
y hermano de Agesípolis. En cuanto a la otra dinastía, 13
Arquidamo, hijo de Eudámidas, había tenido dos hijos
de la hija de Hipodemonte[88]; éste vivía aún, hijo de Age-
silao y nieto de Eudámidas. Además había muchos
otros que descendían de esta familia, parientes más
alejados que los citados, pero en línea directa. Los
éforos dejaron a un lado a todos éstos y nombraron
rey a Licurgo, cuando ningún antepasado suyo había 14
gozado de este título. Pero Licurgo pagó un talento a
cada éforo, y así se convirtió en descendiente de Hera-
cles y en rey de Esparta. ¡No de otro modo se com- 15
pran, en todas partes, las cosas apetecibles! Sin em-
bargo, no fueron los hijos de los hijos, sino los mismos
que hicieron este nombramiento los que pagaron el
precio de su locura.

Cuando supo lo ocurrido entre los lacedemonios, 36
Macatas acudió de nuevo a Esparta y pidió a los reyes
y a los éforos que hicieran la guerra a los aqueos. Pues 2
sólo así, dijo, cesaría la hostilidad de los lacedemonios
que intentan romper de cualquier modo las alianzas
con los etolios y las de los que, en Etolia, se comportan
como ellos. Los éforos y los reyes atendieron este rue- 3

---

87 Cleómbroto, abuelo de Agesípolis II, era el segundo de este nombre, que reinó en Esparta del 243 al 240. Era yerno de Leónidas II, rey espartano que se vio depuesto y repuesto en el año 240.

88 Arquidamo era el hermano pequeño de Agis, e Hipodemonte el hijo de Agesilao, cuya hermana, Agesístrata, fue madre del rey Agis. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

go, y Macatas se fue tras haber conseguido su propó-
4 sito por la necedad de la otra parte. Licurgo tomó los soldados y a un cierto número de ciudadanos, e invadió la Argólida; los pactos establecidos anteriormente hicieron que los argivos no se hubieran precavido en ab-
5 soluto. Licurgo, pues, atacó imprevistamente, y tomó Policna, Prasia, Léucade y Cifante; atacó también Glim-
6 pas y Záraca[89], pero en ellas fue rechazado. Éstas eran las operaciones del rey espartano. Los lacedemonios promulgaron un decreto de rapiña contra los aqueos; Macatas consiguió persuadir a los eleos diciéndoles lo mismo que había dicho a los lacedemonios; los eleos hicieron la guerra a los aqueos.

7 A los etolios las cosas les habían salido bien contra lo que ellos mismos esperaban, de modo que entraron en la guerra con buen ánimo, lo contrario de los
8 aqueos, pues Filipo, en quien tenían depositadas sus esperanzas, estaba todavía en plenos preparativos, los epirotas diferían la entrada en la guerra y los mesenios
9 no hacían nada. Los etolios se habían aprovechado de la simpleza de eleos y lacedemonios y rodearon por todas partes a los aqueos con un cinturón de guerra.

Sincronismo

37 Precisamente en este tiempo terminaba el período de mando de Arato, y correspondía recogerlo a su hijo, llamado también Arato, nombrado general por los
2 aqueos. El general de los etolios era Escopas, que estaba precisamente en la mitad del período de vigencia de su cargo. En efecto: los etolios elegían las magis-

---

[89] La región que ataca Licurgo está al E. de la cordillera del Parnón. Prasias y Cifante son ciudades costeras. Policna es la actual Vigla; la ubicación exacta de Léucade se desconoce. Záraca es la moderna Ieraca; la ubicación de Slimpas se desconoce también. Esta región se la disputaban continuamente Esparta y Argos.

traturas inmediatamente después del equinoccio de
otoño, los aqueos lo hacían en el orto de las Pléyades [90].
Estaban ya en pleno verano; Arato el Joven había co- 3
gido el mando; todas las guerras encontraron simul-
táneamente su causa y su principio. Pues en la misma 4
época Aníbal se disponía a asediar Sagunto, los roma-
nos enviaban a Lucio Emilio a la Iliria, con un ejército,
contra Demetrio de Faros. Todo esto se ha expuesto
en el libro anterior.

Antíoco, cuando Teodoto le hubo entregado Tiro y 5
Ptolemaida [91], intentaba ocupar la Celesiria; Ptolomeo
se preparaba para la guerra contra Antíoco. Licurgo, 6
que quería iniciar la guerra en las mismas condiciones
que Cleómenes, había acampado delante del Ateneo de
Megalópolis y lo asediaba. Los aqueos habían concen-
trado caballería e infantería mercenarias con vistas a
la guerra inminente. Filipo salió de Macedonia [92] con 7
su ejército, con diez mil hombres de la falange [93] ma-
cedonia, cinco mil peltastas, y con ellos ochocientos
jinetes.

Éstos eran los preparativos que se hacían, y los 8
proyectos. En aquel mismo tiempo los rodios hacían la
guerra a los bizantinos por las razones siguientes:

---

90 O sea, en el mes de mayo.

91 Polibio trata de esto en el libro siguiente: V 40 y 61.

92 Filipo V (222-179).

93 La falange macedonia fue un dispositivo militar que permitió a Filipo, padre de Alejandro, grandes éxitos militares; imitaba la falange tebana, creación de Epaminondas, pero con un armamento más eficaz. Básicamente consistía en dar, a un ala, una gran profundidad en hileras de hombres mediante cuya carga se aniquilaba el enemigo.

38 *Situación de Bizancio*

En cuanto al mar, los bizantinos ocupan el lugar mejor situado de todo el mundo que habitamos, tanto por la seguridad de que goza como por la prosperidad de que disfruta, pero por tierra el más desfavo-
2 rable de todos desde ambos puntos de vista. Por mar, Bizancio está junto a la entrada del Ponto Euxino [94], en posición dominante, y ningún mercader puede entrar o salir por él sin el consentimiento de los bizantinos.
3 El Ponto Euxino posee muchas de las cosas útiles que los hombres necesitan para vivir; de todo ello son due-
4 ños los bizantinos. En efecto: las regiones del Ponto nos proporcionan de manera abundante y lucrativa lo que resulta indispensable para la vida: rebaños y muchos hombres reducidos a la esclavitud; la cosa es bien notoria. Nos aprovisiona también copiosamente de ar-
5 tículos más bien superfluos, miel, cera y salazón. Los bizantinos aceptan como pago nuestros excedentes de aceite y vinos de todo tipo. En cuanto al trigo, se hace un intercambio: a veces, si es oportuno, lo venden;
6 otras lo compran. Si los bizantinos hubieran querido dañar a los griegos y unirse ya a los galos o, más frecuentemente, a los tracios, o bien hubieran querido abandonar sus tierras, los griegos se hubieran visto privados de aquellos géneros, o cuando menos el comer-
7 cio no les hubiera reportado ninguna ganancia: tanto la estrechez de la vía marítima como la gran cantidad de pueblos bárbaros que lo flanquean nos harían impracticable el Ponto Euxino: la cosa no se puede negar.
8 Sin duda, son los bizantinos los que, para su subsistencia, extraen mayor provecho de la excepcionalidad
9 de sus parajes. Todo lo que les sobra, lo exportan; importan fácil y ventajosamente lo que les falta, sin

94 El Mar Negro.

ningún riesgo ni penalidad. Pero ya hemos apuntado que también los griegos restantes tienen muchas ganancias debidas a los bizantinos. Por esto los bizanti- 10
nos se convierten en bienhechores comunes de todos, y es lógico que obtengan agradecimiento y ayuda de los griegos si se les vienen encima peligros por parte de los bárbaros.

Puesto que la mayoría ignora las peculiaridades y 11
la situación ventajosa de este país, algo apartado de lugares más visitados del universo, queremos que todos 12
conozcan y se conviertan sobre todo en testigos oculares de estos sitios que tienen algo distinto y curioso, y si ello no resulta hacedero, que posean cuando menos una idea y una noción lo más próximas posible a la realidad. Así que se debe declarar en qué consiste y 13
qué es lo que logra una tal y tan grande prosperidad de la ciudad en cuestión.

El Ponto Euxino

Lo que llamamos Ponto Euxino 39
tiene un perímetro de cerca de veintidós mil estadios y dos embocaduras, situadas una frente a otra, la de la Propóntide y la del Lago Meótido[95]; esta última tiene un perímetro de ocho mil estadios[96]. Muchos grandes ríos de Asia y otros 2
todavía más caudalosos y en mayor número, europeos, desembocan en estas dos cuencas; la del Lago Meótido, rebosante por estos ríos, vierte en el Ponto Euxino por una de sus bocas, y del Ponto Euxino a la Propóntide. La embocadura del Lago Meótido se llama 3
Bósforo Cimerio[97]; tiene unos treinta estadios de an-

95 Son el Mar de Mármara, entre el Helesponto y el Bósforo de Tracia, y el actual Mar de Azov, respectivamente.

96 Notan los comentaristas que las dimensiones indicadas por Polibio en todo este capítulo son notablemente próximas a la realidad.

97 Hoy es el estrecho de Yenikale. El otro es el Bósforo propiamente dicho, delante de Constantinopla.

4 cho y sesenta de largo; toda ella es poco profunda. La
boca del Ponto se llama, paralelamente, Bósforo Tra-
cio; su longitud es de ciento veinte estadios, su an-
5 chura no es en todas partes la misma. El paso que
hay entre Calcedonia y Bizancio, situadas a catorce
estadios una de otra, empieza en la embocadura de la
6 Propóntide. Por el lado del Ponto Euxino empieza en
el llamado Hierón[98], en cuyo lugar dicen que Jasón
cuando regresaba de la Cólquide ofreció un primer sa-
crificio a los doce dioses. Está situado en la costa de
Asia, a una distancia de doce estadios de Europa, donde
se levanta, precisamente enfrente, el Serapeo de Tracia.
7 Dos son las causas por las cuales el agua fluye con-
tinuamente del Lago Meótido y del Ponto Euxino. Una
de ellas es obvia y evidente a todo el mundo: si mu-
chas corrientes caen dentro de la circunferencia de
unos recipientes limitados, entonces el nivel del agua
8 sube continuamente. Ésta, si no encuentra salida por
ninguna parte, necesariamente se elevará cada vez más
y ocupará un área cada vez mayor de la cuenca. Pero
si hay salidas, el agua sobrante irá creciendo y se ver-
9 terá ininterrumpidamente por estas bocas. La segunda
causa es que los ríos aportan gran cantidad de mate-
rial de aluvión de todo tipo hacia las cuencas en cues-
tión; ello es debido a la intensidad de las lluvias. En-
tonces el agua se ve obligada a desplazarse por la
presión de los bancos que se acumulan, y por eso crece
continuamente, y se vierte de la misma manera por las
10 desembocaduras existentes. Puesto que el depósito y
el vertido de materia de aluvión son incesantes y con-
tinuos, se sigue de ahí que también ha de ser constante
y continuo el vertido por las bocas.

---

98 Templo dedicado a Zeus Ourios (= limítrofe), en la costa asiática.

Éstas son las razones verdaderas por las cuales el 11
agua del Ponto Euxino vierte hacia afuera. Su credibi-
lidad no se funda en narraciones de comerciantes, sino
en una explicación natural; no sería fácil encontrar
otra más exacta.

Puesto que nos hemos detenido en este punto, no 40
hay que dejar nada que no se haya fundamentado, ni
tan siquiera lo que está en la propia naturaleza, que
es lo que suele hacer la mayoría de los historiadores;
debemos usar más de una exposición apodíctica [99], pero
no dejar dificultades a los interesados en nuestra in-
vestigación. Esto es lo indicado para nuestra época, 2
en la que todos los parajes se han convertido en acce-
sibles por tierra o por mar, y no sería adecuado usar
como testigos de regiones desconocidas a poetas y a
mitógrafos. Esto lo han hecho casi siempre nuestros 3
predecesores, quienes, según el dicho de Heráclito,
«aportan como garantías, en puntos discutidos, a unos
que no merecen crédito» [100]. Debemos intentar que nues-
tra historia ofrezca por sí misma confianza a sus lec-
tores.

Afirmamos, pues, que ya antiguamente, y también 4
ahora, en el Ponto Euxino se acumula material de alu-
vión, y que, con el tiempo, él y el Lago Meótido se lle-
narán por completo si continúa la misma disposición
de estos lugares y las causas de este acumulamiento
van actuando ininterrumpidamente. Efectivamente: el 5
tiempo es ilimitado, pero las cuencas son limitadas por

---

[99] Esta terminología de la época significaba exposición acompañada de pruebas. Referente a esto puede leerse con provecho DÍAZ TEJERA, *Polibio*, págs. LXXXV-XCI.

[100] Este fragmento de Heráclito no es conocido únicamente por este texto de Polibio. Cf. H. DIELS, *Fragmente der Vorsokratiker*, I, Berlín, 1951, pág. 149. Si Polibio ha leído directamente a Heráclito o bien ha tomado la cita ya de otro autor, por ejemplo, Eratóstenes, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

todos lados. Luego es evidente que, por mínima que
6 sea la acumulación, con el tiempo se llenarán. Es ley de naturaleza que una cantidad limitada que crece o decrece continuamente durante un tiempo ilimitado, aunque se haga en proporciones mínimas, nótese ello bien, forzosamente llegue al término previsto según su
7 sentido. Y si el aluvión que se acumula no lo hace en cantidades mínimas, sino lo contrario, muy grandes,
8 esto que anunciamos ocurrirá dentro de poco. Y se ve que ya ha ocurrido, pues el Lago Meótido ya ahora se ha rellenado; en su mayor parte tiene de cinco a siete brazas de profundidad, y no es navegable por naves
9 de gran calado si no las guía un práctico. Al principio era un mar que comunicaba con el Ponto Euxino, según el testimonio unánime de los antiguos, pero ahora es un lago de agua dulce, pues la del mar se vio impulsada por aluviones, y ha prevalecido el agua de los
10 ríos. Algo semejante ocurrirá en el Ponto Euxino, es más, ocurre ya, pero todavía hay muchos que no lo comprenden por la enormidad de su cuenca. Pero ya ahora es claro este hecho a los que se detienen algo a observarlo, por poco que sea.

41 En efecto, el río Danubio, procedente de Europa, desemboca en el Ponto por numerosas bocas, y frente a él se ha formado una barra de casi mil estadios, que dista de tierra firme un día de navegación; esta barra se ha formado por el aluvión transportado desde las
2 bocas. Los que navegan por el Ponto Euxino corren, aun en alta mar, por encima de esta barra, y por la noche embarrancan en estos lugares, de los que no se han apercibido. Los navegantes llaman a este paraje
3 *Stēthē*[101]. He aquí la causa que, según parece, hace que el limo no se detenga junto a la tierra firme, sino

101 Término griego, cuyo significado es «los pechos».

que se vea empujado mucho más lejos. Mientras 4
las corrientes de los ríos, por la fuerza de su empu-
je, dominan y desplazan el agua del mar, es inevita-
ble que la tierra y todo lo que transportan las co-
rrientes se vea impulsado y no encuentre reposo ni
estabilidad. Pero cuando las corrientes ya se diluyen 5
por la profundidad y la masa de las aguas marinas, es
lógico que el limo caído hacia abajo por ley natural,
se detenga y adquiera consistencia. Por esta razón las 6
barras de los ríos grandes e impetuosos están lejos, y
las aguas próximas a la tierra son profundas; las barras
de los ríos pequeños y débiles se forman junto a las
mismas desembocaduras. Esto resulta evidente especial- 7
mente en las épocas de las grandes lluvias: entonces
aún las corrientes pequeñas, cuando por su fuerza ven-
cen al oleaje, empujan el limo mar adentro, de modo
que en cada caso la distancia resulta proporcional a
la fuerza de las corrientes que desembocan. Sería necio 8
dudar de las dimensiones del banco citado y de la can-
tidad de piedras y tierra que el Danubio transporta,
cuando tenemos a la vista que un torrente cualquiera 9
se abre paso en poco tiempo por lugares abruptos, y
arrastra toda clase de maderas, tierra y piedras, y
forma unas barras tan enormes que a veces varían el
aspecto de los lugares y en poco tiempo los convierten
en desconocidos.

Por todo ello no es natural extrañarse si unos ríos 42
tan caudalosos y tan rápidos en su fluencia ininterrum-
pida producen el resultado antedicho y acaban por re-
llenar el Ponto Euxino. Si se razona correctamente, se 2
ve claro que esto es no ya natural, sino ineludible.
Una señal de lo que va a ocurrir: en el mismo grado 3
que ahora el Lago Meótido es más dulce que el Mar
Póntico se ve que éste difiere del Mar Mediterráneo.
Esto evidencia que cuando el tiempo en que se ha lle- 4
nado el Lago Meótido alcance una duración proporcio-

nal al tiempo que exige la cuenca en relación a la otra, ocurrirá que el Ponto Euxino se convertirá en un lago limoso y dulce, exactamente comparable al Lago Meótido.

5 Y hay que suponer que éste se llenará más velozmente, por cuanto son más numerosas y mayores las corrientes de los ríos que desembocan en el Ponto Euxino[102].

6 Teníamos que decir esto a quienes son escépticos acerca de si se rellena ahora y si se rellenará el Ponto,
7 y si este mar será como un estanque cenagoso. Y había que decirlo, todavía más, ante los embustes y las fantasías de los navegantes, para que, por nuestra inexperiencia, no nos veamos en la situación de atender puerilmente a cualquier cosa que se nos diga. Si disponemos de algún rastro de verdad, por él podemos juzgar si lo dicho es verdadero o falso.

8 A continuación pasamos a tratar de la ventajosa situación de los bizantinos.

43 El estrecho que une al Ponto y la Propóntide tiene una anchura de ciento veinte estadios, tal como dije un poco más arriba; por el lado del Ponto Euxino lo delimita el Hierón, y por el lado de la Propóntide el
2 espacio situado alrededor de Bizancio. En medio de ambos se encuentra el Hermeo[103], por el lado de Europa, en un promontorio formado por un saliente situado junto a la boca misma. Este saliente dista de Asia unos nueve estadios, y es el lugar más estrecho de todo este paso. Se afirma que fue aquí donde Darío unió las dos orillas cuando realizó su travesía contra
3 los escitas. En todo el trecho restante, desde el Ponto la fuerza de la corriente es más o menos constante,

---

102 El Dnieper, el Dniester.

103 Estaba emplazado donde hoy lo está el castillo de Boghaskessen.

porque la distancia entre las dos orillas opuestas es
igual a las dimensiones de la embocadura. Pero así 4
que llega al Hermeo, del lado de Europa, donde hemos
dicho que hay el lugar más estrecho, entonces esta co-
rriente que viene del Ponto Euxino se encuentra ce-
rrada y ataca violentamente el promontorio, desde
donde rebota como si fuera por un golpe, y se lanza a
los parajes fronteros de Asia, desde los cuales nueva- 5
mente da un giro y retrocede hacia las puntas de Euro-
pa llamadas de Hestia [104]. Desde ellas vuelve a lanzarse 6
y se precipita sobre la llamada Vaca [105], que es un
lugar de Asia en el que cuentan los mitos que se detuvo
por primera vez Io cuando hubo cruzado el estrecho.
Por último, la corriente, que arranca, ya al final, del 7
lugar llamado la Vaca, es llevada hacia Bizancio, y
cerca de la ciudad se escinde, y el brazo menor delimita
un golfo denominado «El Cuerno» [106], mientras que el
mayor retrocede otra vez, pero ya no tiene fuerza su- 8
ficiente para alcanzar la costa que tiene enfrente, la del
país de Calcedonia [107]; tras haber cambiado muchas ve- 9
ces de ruta y al tener el estrecho aquí más anchura, la
corriente en estos parajes ya se va desvaneciendo, y
los rebotes de costa a costa no se hacen bruscamente
y en ángulo agudo, más bien en ángulo obtuso; por 10
este motivo no llega a la ciudad de Calcedonia y fluye
a lo largo del estrecho.

Lo que ahora acabamos de exponer es lo que hace 44
que la ciudad de Bizancio goce de la situación más ven-

104 La palabra griega correspondiente significa «hogar» en sentido religioso; seguramente en la punta del promontorio había un templo.

105 Polibio es el único que relaciona este lugar con el mito de Io. Está en el N. de Scútari. El lugar, exactamente, se llama Arnantkoi.

106 El Cuerno de Oro, entre Estambul y Galata.

107 Ciudad situada en la orilla asiática, en la entrada del Bósforo.

tajosa y la de Calcedonia lo contrario, aunque a simple vista la posición de ambas sea equivalente en cuanto a
2 su ventaja. Sin embargo, no es fácil navegar hacia Calcedonia ni aún si se desea; en cambio, como ahora mismo hemos afirmado, la corriente te lleva de forma
3 ineludible, aunque no quieras, hacia Bizancio. He aquí una prueba de ello: los que desde Calcedonia quieren dirigirse a Bizancio no pueden navegar en línea recta a través de la corriente que hay de por medio, sino que deben remontar hasta la Vaca y el lugar llamado Cri-
4 sópolis [108] (retenido tiempo atrás por los atenienses, por consejo de Alcibíades, cuando intentaron por primera vez cobrar un peaje a los que navegaban hacia el Ponto), y delante de Crisópolis se abandonan a la corriente, con lo que son llevados automáticamente
5 hasta Bizancio. Lo mismo sucede a los que navegan
6 desde el otro lado de la ciudad, porque los que lo hacen con vientos del Sur desde el Helesponto o se dirigen, con los etesios [109], del Ponto al Helesponto, siempre encuentran el trayecto, desde Bizancio, a lo largo de la costa europea hasta el principio del estrecho de la Propóntide, entre Sesto y Abido [110], directo y cómodo, y
7 lo mismo desde aquí, el regreso hacia Bizancio. Pero desde Calcedonia, a lo largo de la costa de Asia, es lo contrario, pues se debe costear un golfo profundo, y
8 el país de Cízico [111], penetra mucho en el mar. Tanto por la corriente como por lo indicado antes, si se procede del Helesponto para dirigirse a Calcedonia, es empresa no fácil navegar normalmente y costear Europa hasta llegar cerca de Bizancio, y aquí virar y poner

---

108 Literalmente «ciudad de oro». Actualmente Scútari.

109 Vientos del N.

110 Ciudades que están frente a frente, en las costas asiáticas y europeas del Helesponto, respectivamente, en uno de los lugares en que éste es más estrecho precisamente.

111 Plaza situada cerca de Abido, al N., en su misma costa.

rumbo a Calcedonia. De la misma manera, cuando se 9
sale de este puerto es absolutamente imposible zarpar
directamente hacia Tracia, porque la corriente central
es excesivamente fuerte, y también por los vientos,
que, tanto si son del Norte como del Sur, siempre son
desfavorables para las dos travesías, porque el del 10
Sur empuja siempre hacia el Ponto y el del Norte
aleja de él, y éstos son los vientos que se deben uti-
lizar para la ruta de Calcedonia al Helesponto, o vi-
ceversa.

Éstos son los factores que otorgan a Bizancio, por 11
mar, una situación ventajosa; los que por tierra se la
dan desventajosa vienen referidos a continuación.

Los tracios y Bizancio

La Tracia rodea a Bizancio por 45
todas partes, de mar a mar, y por
ello los bizantinos libran guerras
continuas y difíciles contra los
tracios; jamás han conseguido 2
una preparación bélica que les dé una victoria defini-
tiva; no son capaces de deshacerse de las guerras,
porque en la Tracia hay gran cantidad de pueblos y
de reyes. Si vencen a uno, surgen tres monarcas más 3
poderosos que éste que les invaden el país. No logran 4
gran cosa más si ceden y se avienen a pactos y tribu-
tos. Si hacen concesiones a uno, esto mismo les quin-
tuplica el número de enemigos. De modo que se ven 5
implicados en guerras duras y continuas. ¿Pues qué
hay más inseguro que un vecino malvado? ¿Qué hay
más terrible que una guerra contra bárbaros? Y, con 6
todo, a pesar de que por tierra pelean con males tan
continuados, aún descontando los otros daños subsi-
guientes a la guerra, sufren una especie de castigo de
Tántalo, según el poeta[112]. Dueños, en efecto, de un 7

[112] El poeta, sin más, es Homero. La referencia debe ser a la *Odisea* XI 582 y sigs.

país fertilísimo, siempre que lo han trabajado y las cosechas llegan a una madurez y sazón excepcionales por su vistosidad, entonces se presentan los bárbaros,
8 devastan unas y se llevan las otras. Los bizantinos, cuando ven aquella ruina, la deploran por sus gastos y por su trabajo, y aún más por la belleza de los frutos que les roban, y soportan con pesar lo sucedido.
9 Acostumbrados a soportar la guerra contra los tracios, con todo siempre han tratado con justicia a los
10 griegos; cuando se vieron atacados por los galos de Comontorio[113] llegaron a una situación verdaderamente deplorable.

Los galos, en Bizancio

46 Estos galos eran aquellos que salieron con Brenno de sus tierras; lograron escapar del desastre de Delfos, y llegados al Helesponto, no lo cruzaron en dirección a Asia, y se quedaron allí, porque los territorios que circundaban Bizancio les habían seducido.
2 Estos galos vencieron a los tracios, establecieron su capital en Tile y pusieron en peligro la subsistencia
3 de Bizancio. Al principio de su invasión, en tiempos de Comontorio, su primer rey, los bizantinos abonaron tributos, ya tres mil, cinco mil e incluso diez mil besantes[114] de oro, a condición de que no les arrasaran
4 el territorio. Y al final se vieron forzados y accedieron a pagar ochenta talentos anuales hasta tiempos de Cávaro, en los cuales se disolvió el reino y el linaje de

[113] Una horda de galos que, en oleadas sucesivas, había invadido Grecia desde el año 279, fue destrozada por Antigono Gonatas en 277. Los supervivientes, sin embargo, se apoderaron de Tile (cf. capítulo siguiente; su localización es dudosa, pero hay que situarla en Tracia) y fundaron allí un reino; su jefe fue Comontorio.

[114] El besante era una moneda que pesaba entre 8 y 8,5 gramos.

estos galos fue aniquilado por los tracios, que lograron invertir la situación. Fue entonces cuando, oprimidos 5
por los tributos, los bizantinos enviaron por primera vez embajadores a los griegos en demanda de ayuda y de subsidios en aquellas circunstancias. Pero la mayo- 6
ría de griegos no les hizo ningún caso, y entonces, forzados a ello, los bizantinos empezaron a cobrar peaje a los que navegaban hacia el Ponto Euxino.

Rodas y Bizancio

El hecho de que los bizantinos 47
cobraran una aduana a las mercancías que salían del Ponto produjo grandes perjuicios y malestar a todos, la cosa se creyó insoportable y todos los mercaderes acudieron a los rodios, ya que la opinión popular creía que éstos detentaban la supremacía del mar. Y aquí se originó la 2
guerra que ahora vamos a historiar.

Los rodios, incitados tanto por los daños que su- 3
frían ellos mismos como por las pérdidas de sus vecinos, primero tomaron consigo a los aliados y enviaron legados a Bizancio a exigir que se les eximiera del tributo. Pero los bizantinos no cedieron en nada; 4
estaban convencidos de que sus representantes Hecatontodoro y Olimpiodoro llevaban la razón en su polémica con los legados rodios. Los dos gobernantes 5
citados presidían entonces la asamblea de Bizancio; los rodios se retiraron sin haber logrado nada. Llegados a su país, éste declaró la guerra a los bizantinos por las causas citadas. Y mandaron al punto enviados 6
a Prusias [114 bis] pidiéndole que también declarara esta guerra, ya que sabían que por diversos motivos Prusias se sentía ofendido por los de Bizancio.

---

114 bis Rey de Bitinia.

48 Los bizantinos hicieron algo parecido: enviaron le-
gados a Átalo[115] y a Aqueo[116] en demanda de ayuda.
2 Átalo estaba interesado en ello, pero él tenía poco peso,
porque Aqueo le había confinado a sus dominios he-
3 reditarios. Aqueo, en cambio, dominaba toda la parte
desde el Tauro hasta Occidente, y hacía poco que se
había constituido rey; también prometió su apoyo a
4 los bizantinos. Esto les infundió no poca esperanza,
y, por el contrario, gran perplejidad a los rodios y a
5 Prusias. Aqueo era pariente de Antígono[117], quien, en
Siria, acababa de alzarse con el poder; había logrado
6 conquistar este imperio como sigue: al morir Seleuco,
que era el padre del Antígono, poco ha, citado, le su-
cedió en la monarquía Seleuco, el mayor de sus hijos,
y con él, por la familiaridad que les unía, Aqueo cruzó
el Tauro, dos años antes, a lo sumo, de la época de la
7 que ahora estamos hablando. Seleuco el Joven, así que
recibió el reino, sabedor de que Átalo se había apo-
derado de todos sus dominios acá del Tauro, se lanzó
8 en seguida a defender sus intereses. Atravesó el Tauro
con un gran ejército, pero fue asesinado traidoramente
por Apaturio el galo y por Nicanor; así fue como
9 murió. Puesto que era su pariente, Aqueo vengó al
punto esta muerte: mató a Nicanor y a Apaturio y di-
rigió las tropas y los asuntos con prudencia y magna-
10 nimidad. A pesar de que las circunstancias le eran
favorables, y el sentimiento de las tropas le impelía a
ceñirse la corona, prefirió no hacerlo, y conservó el
reino para Antíoco, el hijo pequeño de Seleuco. Hizo
una marcha enérgica y recuperó toda la parte perdida

---

115 Átalo I de Pérgamo (241/197). Fue un fiel aliado de Roma. Cf. Bengston, *Geschichte,* págs. 448-451.

116 Polibio trata, con alguna detención, de Aqueo en el libro V 77.

117 Los parentescos no están muy claros. Cf. Walbank, *Commentary,* ad loc.

acá del Tauro. Y cuando las cosas le marchaban in- 11
creíblemente bien, pues logró reducir a Átalo a Pérgamo, y se convirtió en señor de todos los territorios restantes, entonces sus éxitos le envanecieron y esto
fue su perdición. Se impuso a sí mismo la diadema, 12
se constituyó rey y se convirtió en el más duro y el más terrible de los príncipes y monarcas de acá del
Tauro. Cuando se vieron envueltos en la guerra contra 13
los rodios y Prusias, los bizantinos confiaron principalmente en él.

Prusias reprochaba a los bizantinos, en primer lu- 49
gar, que habiendo votado levantarle algunas estatuas, después no lo hicieron, sino que lo retardaron y olvi-
daron. Estaba disgustado también con ellos porque 2
habían puesto todo su interés en poner paz entre Aqueo y Átalo, y en quebrar la enemistad que les separaba; Prusias estaba convencido de que la amistad entre los
dos le perjudicaba de muchas maneras. Y le indig- 3
naba por encima de todo el hecho de que los bizantinos habían enviado legados a participar en los sacrificios de las fiestas que Átalo había organizado en honor de Atenea; en cambio, no habían mandado a nadie a sus propias fiestas soterias.

Por todo lo cual abrigaba secretamente gran cólera 4
y acogió de buen agrado el pretexto de los rodios. Se puso de acuerdo con sus enviados; juzgó conveniente el que los rodios hicieran la guerra por mar, y creía que iba a dañar no menos por tierra a sus adversarios.

La guerra entre rodios y bizantinos tuvo estas 5
causas y principio.

Inicios de la guerra

50 Los bizantinos iniciaron la
guerra con energía, convencidos
de que Aqueo les apoyaría; ellos
lograron por sí mismos que Tibe-
tes[118] acudiera desde Macedonia;
2 así rodearían a Prusias de guerras y peligros. Éste,
empujado a la guerra por la cólera ya mencionada,
había tomado a los bizantinos el lugar llamado Hie-
3 rón[119], en la misma boca del Ponto. Los bizantinos lo
habían comprado poco tiempo antes por una suma enor-
me de dinero, porque el lugar era muy estratégico; no
querían dejar a nadie ninguna base contra los mercade-
res que navegaban por el Ponto Euxino, ni que traficara
4 con esclavos o extrajera provecho del mismo mar. Pru-
sias había privado también a los bizantinos del territorio
asiático de Misia, que ellos poseían desde hacía mucho
5 tiempo. Los rodios tripularon seis naves, y al propio
tiempo tomaron cuatro de los aliados. Nombraron al-
mirante a Jenofanto, y zarparon con las diez embar-
6 caciones hacia el Helesponto. Fondeando las restantes
naves ante Sesto para cortar el paso a los que navega-
ran hacia el Ponto, el almirante navegó adelante con
una sola y tanteó a los bizantinos por si se hubieran
7 arrepentido, intimidados por la guerra. Pero ellos no
le hicieron caso, y el rodio se retiró, recogió las naves
8 restantes y llegó a Rodas con todas ellas. Los bizan-
tinos enviaron legados a Aqueo en demanda de ayuda,
y enviaron unos hombres que se trajeran desde Mace-
9 donia a Tibetes. Parecía, en efecto, que el gobierno
de Bitinia correspondía no menos a Tibetes que a Pru-
sias, pues Tibetes era hermano del padre de Prusias.
10 Los rodios, al ver la firmeza de los bizantinos, proyec-
taron con realismo cómo lograr sus propósitos.

---

118 Rey de Bitinia, hermanastro del padre de Prusias. Es un personaje realmente oscuro.

119 Cf. nota 98 de este mismo libro.

Veían que la decisión de los bizantinos en sopor- 51
tar la guerra se fundamentaba en las esperanzas que
habían depositado en Aqueo; consideraban, además,
que el padre de Aqueo estaba retenido en Alejandría,
y que Aqueo daba el máximo valor a la salvación de
su padre; todo esto hizo que enviaran legados a Pto-
lomeo para solicitar la entrega de Andrómaco. Ya 2
antes lo habían hecho, pero sin poner demasiado inte-
rés; ahora pusieron el máximo empeño en el asunto:
querían poder ofrecer este servicio a Aqueo y propi-
ciárselo para las demandas que eventualmente le di-
rigieran. Cuando se le presentaron los enviados, Pto- 3
lomeo[120] pensó en continuar reteniendo a Andrómaco;
creía que le sería útil en alguna ocasión, puesto que
sus cuestiones con Antíoco[121] estaban aún por dirimir,
y Aqueo, que acababa de constituirse a sí mismo en
rey, podía decidir aún en temas importantes. Andró- 4
maco, padre de Aqueo, era hermano de Laódice, la
esposa de Seleuco. Ptolomeo, sin embargo, que se incli- 5
naba totalmente a favor de los rodios, para los que
sentía una adhesión sin reservas, cedió y les entregó a
Andrómaco para que lo restituyeran a su hijo. Ellos 6
lo hicieron, y además decretaron determinadas honras
para Aqueo, con lo que privaron a los bizantinos de su
esperanza más capital. Y a los bizantinos se les sumó 7
aún otro infortunio, pues Tibetes murió cuando se
dirigía a ellos desde Macedonia, con lo que dio al
traste con los proyectos de Bizancio. Ocurrido todo 8
ello, los bizantinos decayeron en su empuje; Prusias,
fortalecido en sus esperanzas ante la contienda, gue-
rreaba personalmente desde las partes de Asia, y pro-
seguía enérgicamente las operaciones; había tomado a
sueldo a los tracios, quienes desde Europa no permi-

120 Ptolomeo II Filadelfo (285/246).
121 Antíoco I Soter (280/261).

9 tían a los bizantinos salir de sus puertas. Éstos, fracasados en sus esperanzas, cercados y oprimidos por la guerra, buscaron una salida decorosa a aquella situación.

Intervención de los galos

52 Cávaro, rey de los galos, se presentó en Bizancio: tenía interés en que no hubiera guerra, porque estaba en buenas relaciones con ambos bandos, y tanto Prusias
2 como los bizantinos siguieron sus consejos. Sabedores los rodios del interés de Cávaro y del cambio de pensamiento de Prusias, se afanaron en llevar sus proyectos a término: designaron a Arídico como mensajero a los bizantinos, pero al propio tiempo enviaron
3 a Polemocles con tres trirremes; querían, como se dice, enviar simultáneamente a los bizantinos la lanza
4 y el caduceo [122]. Llegaron, pues, los rodios y se hicieron los pactos; Cotón, hijo de Caligitón, era *hieromne-*
5 *mon* [123] en Bizancio. Con los rodios las condiciones fueron muy simples: «Los bizantinos no cobrarán aduana a nadie que navegue hacia el Ponto; cumplida esta condición, los rodios y sus aliados se mantendrán
6 en paz con los bizantinos.» Los pactos con Prusias fueron como sigue: «Prusias y los bizantinos tendrán paz y amistad para siempre. Que en modo alguno los bizantinos hagan la guerra contra Prusias, ni Prusias
7 contra los bizantinos. Que Prusias devuelva a los bizantinos los territorios, las fortalezas, los siervos y los

---

122 Es decir, la guerra o la paz, representada por estos emblemas entre los griegos. El caduceo era la insignia de los heraldos, y de Hermes, el heraldo por excelencia.

123 El hieromnemon era el primer magistrado o el gran sacerdote. Los años se contaban, en Bizancio, por esta magistratura, igual que en Roma por los cónsules o en Atenas por los arcontes.

prisioneros sin rescate[124], y además las naves que les tomó al principio de la guerra, y las armas ofensivas cogidas en las fortalezas, y al mismo tiempo la madera, la piedra y los ladrillos del territorio de Hierón» (porque Prusias, que temía la incursión de Tibetes, 8
había arrasado todo lo que en las fortificaciones parecía útil) «Prusias obligará a devolver a los labrado- 9
res todo lo que algunos bitinios habían cogido en aquella parte de Misia sometida a los bizantinos».

De modo que la guerra que surgió entre los bizan- 10
tinos por un lado y los rodios y Prusias por el otro tuvo tal comienzo y tal fin.

Acontecimientos en Creta

En esta misma época los de 53
Cnoso enviaron legados a los rodios y les convencieron de que les enviaran la escuadra mandada por Polemocles, y además que añadieran tres naves no ponteadas[125]. Los rodios asin- 2
tieron, las naves llegaron a Creta y los habitantes de Eleuterna[126] empezaron a sospechar que los hombres de Polemocles habían asesinado a su conciudadano Timarco para congraciarse con los cnosios. Primero exigieron una reparación a los rodios, y después les declararon la guerra. También poco antes los litios 3
habían caído en una desgracia irreparable. He aquí, a

[124] Aquí el griego presenta una cierta dificultad de léxico: en efecto, no se puede precisar el sentido del término *laoí*. Parece que significa las gentes adscritas a la tierra, algo así como los siervos de la gleba medievales, cosa que no se dio en todas las partes de Grecia.

[125] Un tipo de nave que, al menos con esta denominación, hasta ahora no había salido en Polibio. Eran naves en que los remeros remaban sin protección, sin una cubierta que protegiera sus cabezas.

[126] Población al NO. de la cordillera del Ida, en el centro de la isla.

grandes rasgos, la situación general de Creta en esta
época:
4 Puestos de acuerdo con los gortinios[127], los de
Cnoso[128] sometieron toda la isla, a excepción de la ciu-
dad de los litios[129], que rehusó prestarles obediencia.
Los de Cnoso decidieron hacerle la guerra, con el afán
de arrasarla totalmente: así escarmentarían y aterro-
5 rizarían al resto de los cretenses. Primero contra los
litios guerrearon todos los cretenses, pero después, por
unas naderías surgieron rivalidades entre ellos, cosa
habitual en Creta, cuya población total se dividió en
6 dos bandos. Los polirrenios, los céretes, los lapeos,
además de los de Orio y de los arcadios de Creta[130]
rompieron conjuntamente su amistad con los de Cnoso
7 y decidieron aliarse con los litios. En Gortina los ma-
yores tomaron partido por los cnosios, y los jóvenes
8 por los litios, y hubo una revuelta civil. Los de Cnoso,
a la vista del cambio producido inesperadamente entre
sus aliados, llamaron a mil hombres de Etolia, según
el pacto.
9 Ocurrido esto, rápidamente en Gortina el partido de
los mayores se instaló en la ciudadela, mandó acudir
a los de Cnoso y a los etolios; mataron a unos jóve-

[127] Población hacia el S. de la isla, en su centro longitudinal. Está en la llanura de Mesana, y todavía hoy se pueden visitar sus interesantes ruinas.

[128] Cnoso, a ocho kilómetros de Heraklion, la población más importante de la isla. En Cnoso están las ruinas del formidable palacio de los reyes de aquel reino cretense.

[129] Lito está al E. de Cnoso, a unos veinticinco kilómetros.

[130] Polirrenia estaba al O. de Creta. Cerea debía de estar también por allí, pero su localización es dudosa. Lappa estaba tierra adentro, en la actual población de Argirópolis; de los de Orio se sabe vagamente su localización, pues su centro religioso era el Dictineo de Liso, casi en la punta del cabo Psakos, en un largo brazo de tierra que se adentra en el mar. Los arcadios de Creta eran una confederación de villorrios del centro de la isla.

nes y desterraron a otros, y entregaron la ciudad a los
de Cnoso.

En aquella misma ocasión los litios habían salido 54
con todas sus tropas hacia territorio enemigo. Los de 2
Cnoso lo supieron, y conquistaron la ciudad de Lito,
desguarnecida de defensores. Los de Cnoso enviaron a
su ciudad a niños y mujeres, y tras quemar Lito, arra-
sarla y ultrajarla de todas las maneras posibles, se
retiraron. Los litios acudieron allí de nuevo, al regresar 3
de su marcha, y al comprobar lo ocurrido, quedaron
tan dolidos en sus espíritus que nadie de los presentes
tuvo ánimos para entrar en la ciudad: todos dieron 4
una vuelta a su alrededor, y tras gemir y lamentarse
por el infortunio de su país y del suyo propio, vol-
vieron la espalda y se retiraron a la ciudad de los
lapeos. Éstos les acogieron con mucha humanidad y 5
con gran afecto, y los litios, que en un solo día se
habían convertido de ciudadanos en hombres sin ciu-
dad y extranjeros, continuaron la guerra contra los
cnosios conjuntamente con los demás aliados. Lito, 6
que era colonia de los lacedemonios y ciudad empa-
rentada con ellos, poseía y alimentaba a hombres va-
lientes en extremo, a los más bravos de Creta, según
todos reconocían; con todo, desapareció totalmente y
de manera imprevisible.

Los polirrenios y los lapeos, y todos sus aliados, se 55
percataron de que los de Cnoso se habían aliado con
los etolios; veían igualmente que éstos eran enemigos
del rey y de los aqueos, y así enviaron legados a aquél
y a éstos en demanda de alianza y de ayuda. Tanto 2
los aqueos como Filipo les admitieron en su coalición
y les mandaron refuerzos, cuatrocientos ilirios al man-
do de Plátor, doscientos aqueos y cien focenses. La 3
llegada de éstos representó un gran alivio para los
polirrenios y sus aliados. En efecto: en muy poco 4
tiempo encerraron dentro de sus muros a los de Eleu-

terna, a los cidoniatas[131], e incluso a los de Aptera, les forzaron a abandonar su alianza con los de Cnoso, a unírseles y a participar de sus mismas esperanzas.
5 Concluido esto, los polirrenios y sus aliados enviaron quinientos cretenses a Filipo y a los aqueos. Muy poco tiempo antes los de Cnoso habían enviado mil soldados a los aqueos. De modo que en esta guerra lucha-
6 ron cretenses en ambos bandos. Los desterrados de Gortina tomaron el puerto de Festo[132], al tiempo que retenían el suyo propio de Gortina con una audacia admirable; para sus salidas se servían de estos lugares como bases y hacían la guerra a los de la ciudad.

Los hechos de Sínope

56 Ésta era la situación de Creta. Por aquel mismo tiempo Mitrídates[133] declaró la guerra a los de Sínope[134], y de ello resultó la ocasión y el principio de la ruina
2 total que se abatió sobre los sinopeses. Ante el conflicto, éstos enviaron legados a los rodios en demanda de ayuda; los rodios acordaron elegir a tres hombres y entregarles ciento cuarenta mil dracmas; los delegados, tomándolos, dispusieron lo que los de Sínope
3 precisaban según sus necesidades. Los tres hombres nombrados prepararon diez mil ánforas de vino, trescientos talentos de crines trabajadas[135] y cien de cuer-

---

131 Cidonia estaba situada en la costa N., hacia el O. de Creta, actualmente La Canea, que es capital administrativa de la isla. Aptera estaba un poco más al E.

132 Es algo exagerado hablar del puerto de Festo, que dista unos veinticinco kilómetros del mar; la referencia es seguramente a la pequeña población marinera de Mascla.

133 Mitrídates II, rey del Ponto: debemos hallarnos en el año 220.

134 Sínope está situada a la mitad de la costa asiática, o sea la meridional, del Ponto Euxino.

135 Cabellos humanos o crines de caballo, que servían, junto

das preparadas, mil armaduras, tres mil piezas de oro
amonedado, cuatro catapultas y sus servidores. Los 4
legados de los sinopeses, pues, tomaron consigo todo
esto y regresaron a su ciudad; en Sínope se temía el
intento, por parte de Mitrídates, de asediarles por mar
y por tierra; por esto hacían toda clase de prepara-
tivos contra tal eventualidad. Sínope está situada en la 5
orilla derecha del Ponto si se navega en dirección a
Fasis, levantada sobre un tómbolo que se adentra en
el mar; la ciudad intercepta totalmente el brazo de
tierra (de una anchura de no más de dos estadios) que
une el tómbolo con Asia. Lo que queda de éste se 6
adentra en el mar, es llano y presenta buenos accesos
hacia la ciudad. Su extremidad es un arco circular
acantilado y sin playa; fondear allí es difícil, y presenta
muy pocas calas. Por eso los de Sínope temían que 7
Mitrídates montara sus máquinas de guerra por el lado
de Asia, y que hiciera simultáneamente un desembarco,
desde el mar, por los parajes llanos próximos a la ciu-
dad, y así iniciara su asedio. Emprendieron la fortifi- 8
cación de la parte del tómbolo que se asemeja a una
isla, para lo cual obstruyeron los accesos por mar con
parapetos y estacadas; al propio tiempo situaron en
posiciones estratégicas soldados y ballestas. Las di- 9
mensiones del tómbolo no son considerables, sino re-
ducidas; el espacio es fácilmente defendible.

Retorno a la guerra de los aliados

Tal era la situación de Sínope. 57
El rey Filipo levantó el campo
con un ejército desde Macedonia
(pues es aquí donde hemos deja-
do hace poco la guerra de la coa-
lición) y avanzó por la Tesalia y el Epiro, pues quería
efectuar su penetración en la Etolia a través de estos

---

con tendones de animales, para fabricar los cables de torsión de las catapultas.

2 territorios. Precisamente entonces Alejandro y Dorímaco[136] proyectaban una acción contra la ciudad de Egira, y concentraron para ello en Oyantia, ciudad de Etolia, situada frente a la que he citado, unos mil doscientos etolios, les proveyeron de los buques de transporte necesarios y aguardaron al tiempo propicio
3 para la navegación y el ataque. Había un desertor etolio que llevaba mucho tiempo viviendo en Egira[137]; había observado que los centinelas de la puerta de Egio se embriagaban y hacían sus guardias con negligencia.
4 Muchas veces se había arriesgado y había pasado al campo de Dorímaco y le había incitado a la acción, a él y a sus hombres, pues sabía que tales empresas les
5 eran familiares. La ciudad de Egira está situada en el Peloponeso, en el golfo de Corinto, entre Egio y Sición, levantada en unas lomas escarpadas y poco accesibles. Se orienta hacia el Parnaso y hacia las zonas opuestas
6 de la costa. Dista del mar unos siete estadios. Llegó el viento propicio para la navegación; Dorímaco zarpó con sus hombres y aún de noche fondeó no lejos del
7 río que fluye junto a la ciudad. Alejandro y Dorímaco, y con ellos Arquidamo y el hijo de Pantaleón tenían consigo el contingente mayor de etolios y avanzaron contra la ciudad por la ruta que conduce a ella desde
8 Egio. El desertor antes mencionado conocía bien el terreno; con veinte hombres escogidos se adelantó a los restantes por caminos difíciles e impracticables, se escurrió a través de un acueducto y sorprendió a los
9 centinelas todavía dormidos, les degolló en sus mismos camastros, rompió a hachazos los cerrojos y abrió las
10 puertas a los etolios. Éstos atacaron de modo imprevisto y allí se comportaron brillantemente[138], cosa que

136 Dorímaco ya había salido al principio de este libro, 3, 5.

137 Ciudad situada en la costa N. de la Acaya.

138 Este adverbio aquí sorprende algo, pero la tradición griega manuscrita es unánime. Quizás Polibio se exprese iró-

les ocasionó, a fin de cuentas, la perdición y la salva-
ción a los egiratas. Porque los etolios suponían que 11
para apoderarse de una ciudad ajena bastaba con fran-
quear sus puertas, y fue así como entonces llevaron a
cabo la acción.

Los etolios permanecieron muy breve tiempo reuni- 58
dos en el ágora, y después, ávidos de botín, se espar-
cieron, iban irrumpiendo en las casas y las saqueaban,
quedándose con los objetos de valor; ya se había
hecho de día. Para los egiratas, aquello fue un hecho 2
inesperado y paradójico; los que tenían ya al enemigo
dentro de sus casas, aturdidos y aterrorizados, se entre-
garon a la fuga y huyeron de la ciudad; suponían que
el enemigo ya la había ocupado, que la conquista se
había consumado. Mas los que lo oían, pero tenían 3
las casas todavía intactas, se aprestaron a la defensa;
corrieron todos a su acrópolis. Su número iba cre- 4
ciendo constantemente, y su valor aumentaba; el con-
tingente de los etolios, por el contrario, por lo que ya
hemos descrito, disminuía y se desordenaba cada vez
más. Dorímaco comprendió el peligro que se les echa- 5
ba encima, reunió a los suyos y atacó a los ocupantes
de la acrópolis; creía que ante tal valor y audacia los
que se habían agrupado para defenderse cederían. Pero 6
los egiratas se exhortaron a sí mismos, se defendieron
y presentaron animosamente batalla a los etolios. Aque- 7
lla acrópolis no era amurallada, por lo que el choque
fue cuerpo a cuerpo. Desde el primer momento fue
una batalla en toda regla, y era lógico, porque unos lu-
chaban por su ciudad y por sus hijos, y los otros para
salvarse. Al final, los etolios que habían efectuado la
irrupción huyeron, los egiratas aprovecharon la oca- 8

nicamente, dado el desenlace de la pugna. Algunos editores han propuesto corregir el texto original, y poner en él algún adverbio que signifique «vergonzosamente» o cosa por el estilo.

sión de aquella fuga y acosaron al enemigo con energía, llenándole de pavor. El terror hizo que la mayoría de los etolios al huir se pisotearan unos a otros en las
9 puertas. Alejandro murió en el choque, en la misma batalla; Arquidamo[139] pereció estrujado y asfixiado en las puertas de la ciudad. Una parte de los restantes
10 murió pisoteada, y los demás se desnucaron cuando huían monte a través por aquellos lugares abruptos.
11 Los que lograron salvarse y llegar a las naves arrojando sus armas, hicieron la travesía de regreso tan
12 vergonzosa como imprevistamente. Y los egiratas, que estuvieron a punto de perder su patria debido a su negligencia, la salvaron contra toda esperanza por su bravura y su presencia de ánimo.

Hechos de Acaya

59 En aquella misma época Eurípidas, general enviado por los etolios a los eleos, había hecho una incursión por los territorios de Dime, de Farea y también de Tritea[140]; había acumulado un botín considerable y
2 ahora se retiraba en dirección a Elea. Mico de Dime, a la sazón comandante segundo de los aqueos, acudió en socorro con todas sus fuerzas, dimeos, fareos y triteos; atacó vigorosamente a los etolios que se reti-
3 raban. Pero cayó en una emboscada, fue derrotado y perdió a muchos de sus hombres, pues perecieron cuarenta infantes y alrededor de doscientos le fueron he-
4 chos prisioneros. Eurípidas, tras lograr este éxito, se enorgulleció por lo ocurrido. Al cabo de pocos días

---

139 Los manuscritos escriben, todos, Dorímaco, pero el error de Polibio es evidente, pues Dorímaco más tarde vuelve a salir (67, 1). La corrección «Arquidamo» se impone.

140 Son ciudades de la Acaya: Dime cerca de la Élide, Farea (la grafía es dudosa, quizás sea Farai), en el curso medio del río Piero; Tritea está a unos veinte kilómetros en la misma orilla, aguas arriba.

efectuó una nueva salida y tomó a los dimeos una
fortaleza situada estratégicamente junto al río Araxo,
cuyo nombre era «la Muralla». Los mitos cuentan que 5
en tiempos remotos Heracles luchó contra los eleos
y que construyó aquí este bastión como base de sus
incursiones contra ellos.

Los dimeos, los fareos y los triteos, derrotados 60
cuando prestaban auxilio, al ver, además, tomada su
fortaleza, temieron por su futuro. Como primera me-
dida enviaron mensajeros al general de los aqueos, a
explicarle los hechos y a pedirle ayuda; luego remi-
tieron embajadores que urgieran lo demandado. Pero 2
Arato[141] no logró reunir un cuerpo de mercenarios,
porque en la guerra de Cleómenes los aqueos habían
defraudado parte de sus soldadas a las tropas; él per-
sonalmente, además, en sus proyectos, y en todos sus
planes militares, era remiso e indolente. Por esto Li- 3
curgo había tomado el Ateneo a los de Megalópolis y
Eurípidas Gortina[142], en la Telfusia, además de las
plazas mencionadas. Los dimeos, los fareos y los triteos 4
desesperaron ya de la ayuda del general, y tomaron 5
el acuerdo conjunto de negar a los aqueos el aporte
de las contribuciones comunes. Reclutaron privada-
mente mercenarios, trescientos hombres de a pie y cin-
cuenta de caballería, con los cuales aseguraron el país.
Con esta conducta dieron la impresión de haber tomado 6
unas decisiones excelentes en cuanto a sus problemas
particulares, pero todo lo contrario en cuanto a la
problemática general. En efecto: parecieron ser los
iniciadores y cabecillas de una agresión perversa, y
ofrecieron un pretexto a los que querían disolver la

141 Es Arato el Joven.

142 No hay que confundir esta ciudad con la que lleva el mismo nombre en la isla de Creta; la Telfusia está situada en la Arcadia, al S. de Telfusa. Sin embargo, en la tradición manuscrita griega este nombre no es absolutamente seguro.

7 Liga aquea. La mayor culpabilidad ante tal proceder hay que achacarla con toda justicia al general, hombre negligente, que lo difería todo, y era desconsiderado
8 con los que le pedían algo. Quien corre un peligro, por poco que espere de sus amigos y aliados, acostumbra a aferrarse a estas esperanzas. Pero cuando, en medio de sus dificultades, se desengaña, entonces busca forzosamente ayuda en sí mismo, dentro de sus posibili-
9 dades. Los triteos, los farieos y los dimeos no son dignos de reproche si privadamente reclutaron mercenarios: el general de los aqueos[143] les daba largas. En cambio, sí que debemos echarles en cara el que se negaran a abonar sus cuotas a la Confederación.

10 Naturalmente, estas ciudades no debían posponer sus propios intereses. Pero su situación económica era próspera, y podían cumplir sus obligaciones para con la Confederación, tanto más cuanto su contribución era reintegrable según las leyes federales. Piénsese ante todo que estas ciudades habían sido las fundadoras de la Liga aquea.

Filipo en el Epiro

61 Tal era la situación en el Peloponeso. El rey Filipo atravesó la Tesalia y se presentó en el Epiro.
2 Recogió a todos los epirotas junto con sus macedonios, a trescientos honderos que le habían venido desde la Acaya, a quinientos cretenses que le habían mandado los polirrenios, e inició el avance. Traspasó el Epiro y se plantó
3 en la Ambracia[144]. Si hubiera invadido la Etolia continental de golpe y sin dilaciones, mediante un asalto inesperado con su potente ejército, hubiera podido aca-
4 bar definitivamente la guerra. Pero ahora, los epirotas

143 Es Arato el Joven; cf. II 37, 3.

144 Pequeña región al S. del Epiro, bañada por el golfo de su nombre. La capital tiene el nombre de la región.

le convencieron de que empezara por asediar Ámbra-
co[145], con lo que proporcionó un respiro a los etolios,
que pudieron rehacerse, tomar sus previsiones y pre-
pararse para el futuro. Los epirotas pusieron sus inte- 5
reses por encima de los comunes de la coalición; em-
peñados en apoderarse de Ámbraco, pidieron a Filipo
que ante todo asediara este territorio y lo conquistara.
En efecto, daban la máxima importancia a arrebatar 6
Ambracia a los etolios, y creían que ello sólo sería
posible si se apoderaban del territorio; luego se esta-
blecerían en la ciudad. Ámbraco es una plaza bien pro- 7
tegida por un muro y su falsabraga. Está situada en
unas marismas y desde la tierra firme tiene un único
acceso, angosto y hecho de tierra apisonada; domina
estratégicamente el país y la ciudad de Ambracia.

Los epirotas, pues, convencieron a Filipo, que acam- 8
pó no lejos de Ámbraco y dispuso las obras necesarias
para el asedio.

En aquel mismo tiempo Escopas tomó todas las 62
tropas etolias, marchó a través de la Tesalia y penetró
en Macedonia, recorrió la llanura de Pieria[146] y la de-
vastó; recogió una gran cantidad de botín y continuó
su avance en dirección a Dión. Los habitantes de la 2
ciudad abandonaron el lugar, Escopas penetró en él
y destruyó las murallas, las casas y el gimnasio; incen-
dió los pórticos que rodeaban al santuario y destruyó
el resto de exvotos que había allí tanto para ornato del
templo como para utilidad de los que se reunían en
las panegirias. Incluso hizo añicos todas las estatuas
de los reyes. De modo que este hombre, así que empezó 3
el conflicto en su primera acción, declaró la guerra no

---

145 Ámbraco está en una pequeña isla (hoy Fidocastro) al S. de la Ambracia. Pero por la descripción que hace Polibio, en su época la isla no era tal.

146 Al S. de la Macedonia, entre el Olimpo y el mar. En Dión había un templo de Zeus muy famoso.

sólo a los hombres, sino incluso a los dioses; luego se
4 retiró. Y cuando regresó a Etolia le recibieron no como
a un sacrílego, sino que le honraron y consideraron
como un hombre que había fomentado los intereses
de la Confederación; lo que había hecho había sido
llenar a los etolios de esperanzas infundadas y de un
5 orgullo necio. En efecto: estos hechos les habían con-
vencido de que nadie se atrevería ni tan siquiera a
acercarse a Etolia; ellos, en cambio, devastarían impu-
nemente no sólo el Peloponeso, que es lo que acostum-
braban, sino incluso la Tesalia y Macedonia.

63 Filipo se enteró de lo que ocurría en Macedonia;
cosechó al punto el fruto natural del ignorante orgullo
de los epirotas, y estableció el asedio de Ámbraco.
2 Empleó activamente terraplenes y los demás prepara-
3 tivos. Muy pronto intimidó a los asediados y les tomó
la plaza en un lapso de cuarenta días. Dejó ir a los de-
fensores, unos quinientos etolios, con los que estable-
ció unos pactos, y satisfizo la avaricia de los epirotas
4 entregándoles Ámbraco. Él mismo recogió a sus tropas
y avanzó no lejos de Caradra[147]: quería cruzar el golfo
llamado de Ambracia en su parte más angosta, allí
donde está situado el templo de los acarnanios deno-
5 minado Accio. Este golfo citado se abre en el mar de
Sicilia, entre el Epiro y la Acarnania; su boca es tan
6 estrecha que no llega a los cinco estadios. Se adentra
en dirección a tierra firme y se extiende a lo largo de
cien estadios; desde el mar, recubre una extensión de
trescientos estadios. Separa el Epiro y la Acarnania,
7 el primero situado al Norte y la segunda al Sur. Filipo,
pues, hizo pasar sus tropas por la boca mencionada,
atravesó la Acarnania y se plantó en la Etolia, en la
ciudad llamada Fitea[148]; en su marcha se había agre-

[147] Caradra, en la costa N. del golfo de Ambracia.
[148] Actualmente Palaikastro.

gado dos mil soldados acarnanios de a pie y doscientos de a caballo. Acampó delante de la ciudad en cuestión, 8 durante dos días lanzó ataques vigorosos y formidables y la tomó bajo ciertas condiciones, dejando ir mediante pactos a los etolios que estaban dentro. De éstos, 9 a la noche siguiente llegaron quinientos más, creídos de que la ciudad aún resistía. El rey Filipo conoció su presencia y les tendió una emboscada en un lugar estratégico. Consiguió matar a la mayoría de ellos y cogió prisioneros a los restantes, salvo algunos, muy pocos, que lograron escapar. Después de todo esto repartió 10 a sus tropas para treinta días trigo procedente del saqueo, pues en Fitea lo encontraron depositado en los graneros en gran cantidad, y luego hizo avanzar su ejército en dirección a Estrato[149]. Pero se detuvo a unos 11 diez estadios de la ciudad y acampó a la orilla del río Aqueloo. Tomando su campamento como base iba devastando impunemente el territorio y ningún adversario se atrevía a salirle al encuentro.

En aquella misma época los aqueos se veían ago- 64 biados por la guerra. Supieron que el rey no estaba lejos y le envían legados en demanda de ayuda. Éstos 2 encuentran a Filipo todavía en Estrato; a él le expusieron los hechos según las instrucciones recibidas, pero ante todo ponderaron al ejército el provecho a obtener de la tierra enemiga. Así persuadieron a Filipo que atravesara por Rion[150] y que invadiera la Élide. El rey les escuchó, y de momento retuvo a los envia- 3 dos con la afirmación de que deliberaría acerca de sus consejos. Levantó el campo y avanzó; su marcha fue en dirección a Metrópolis y Conope[151]. Los etolios se 4

149 En la frontera entre la Acarnania y la Etolia, en territorio etolio.

150 Cf. notas 17 y 48 de este mismo libro.

151 Metrópolis debía de estar en la orilla derecha del Aque-

quedaron en la ciudadela de Metrópolis, aunque aban-
donaron la ciudad. Filipo la incendió y avanzó, sin
5 detenerse, hacia Conope. Los etolios concentraron su
caballería y se arriesgaron a afrontar al enemigo en el
vado del río que está antes de llegar a la ciudad, a unos
veinte estadios de distancia. Creían que, de no impedir
totalmente el paso, al menos le causarían un gran es-
6 trago cuando saliera del agua. Pero el rey intuyó estos
planes y ordenó a sus peltastas que fueran los primeros
en entrar en el agua y que lo hicieran en formación
compacta con los escudos de cada compañía en contacto
7 cerrado[152]. Éstos cumplieron sus órdenes, y así que la
primera unidad se lanzó al agua, la caballería etolia
hizo un breve tanteo, pero los macedonios mantuvieron
su formación. La segunda unidad y la tercera se cerra-
ron también bajo sus armas y se pegaron a la primera.
Los jinetes etolios se vieron en dificultad y, además, su
acción era ineficaz, por lo que se retiraron a su ciudad.
8 Y desde entonces, a pesar de su altanería, los etolios
9 huyeron a sus ciudades y permanecieron inactivos. Fi-
lipo hizo que el resto de su ejército vadeara el río, taló
impunemente esta región y llegó a Itoria[153]. Ésta es una
plaza situada estratégicamente sobre el camino que atra-
viesa el paso, destacada tanto por sus fortificaciones
10 naturales como artificiales. Ante la aproximación del rey
los defensores se asustaron y abandonaron el lugar;
11 Filipo lo ocupó y lo arrasó totalmente. Ordenó, igual-
mente, a sus forrajeadores que derrocaran los fortines
restantes del país.

---

loo, pero su situación no se ha localizado. Conope estaba a algo menos de diez kilómetros.

152 Los tácticos antiguos militares llamaban a esto formación de tortuga.

153 Se han descubierto las ruinas de esta ciudad en la colina de San Elías, a la orilla izquierda del Aqueloo.

Una vez superados los desfiladeros, desde entonces 65
Filipo hizo la marcha sin dificultades y a pequeñas jornadas; permitía a sus tropas que se hicieran con el
botín del territorio. Su ejército disponía ya con abun- 2
dancia de las provisiones necesarias, y se presentó delante de Eníade[154] a orillas del Aqueloo. Acampó allí, 3
ante Peanio[155], pues había decidido conquistar ante todo esta colina, lanzó sus ataques ininterrumpidamente y la ocupó por la fuerza, junto con el recinto de su ciudad, no muy grande, pues no llega a los siete estadios; sin embargo no es inferior a otras en el conjunto
de murallas, casas y torres. Filipo demolió las murallas, 4
destruyó todas las casas y fijó con gran cuidado, sobre las balsas, la madera y las tejas que por vía fluvial iba
a trasladar a Eníade[156]. Los etolios inicialmente se dis- 5
pusieron a defender la fortaleza que hay en Eníade, tras fortificarla con muros y con los dispositivos restantes, pero al acercarse Filipo se aterrorizaron y hu-
yeron. El rey tomó también esta ciudad, desde ella 6
avanzó sin dilaciones y acampó en un lugar escarpado de Calidonia, llamado Elao[157], fortificado de manera excepcional con muros y demás defensas, porque los etolios habían encargado a Átalo que lo acondicionara.
Los macedonios se apoderaron de este lugar también 7
por la fuerza, devastaron todo el territorio de Calidonia
y se replegaron de nuevo a Eníade. Filipo vio que el 8

[154] En la misma frontera de Etolia y Acarnania, pero dominio etolio. El texto griego presenta delante del nombre de la ciudad el adjetivo «aquea», pero aquí esto es absurdo, de modo que los editores atetizan el adjetivo.

[155] Peanio debía de estar en las inmediaciones de Eníade, pero su localización exacta se ignora.

[156] Este texto parece absurdo; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Filipo se propone construir naves: ¿para qué las tejas? Quizás haya que entender que Filipo se proponía construir edificios en la ciudad de Eníade.

[157] Este topónimo no se ha localizado.

lugar era estratégico desde muchos puntos de vista, pero principalmente para pasar al Peloponeso, y se dispuso
9 a fortificar la ciudad. En efecto, Eníade está junto al mar, en un extremo de la Acarnania, su flanco limita con
10 la Etolia, en la entrada del golfo de Corinto. Por el lado del Peloponeso, la ciudad está situada frente a la costa de los dimeos, y está muy próxima a la región del cabo
11 Áraxo; dista de él no más de cien estadios. Filipo consideró este conjunto de cosas, fortificó la ciudadela propiamente dicha, y además rodeó de un muro el puerto y los astilleros, que intentó comunicar con la ciudadela; para ello se servía del material recogido en Peanio.

66 El rey se dedicaba todavía a ello cuando desde Macedonia le llegó un mensajero a exponerle que los dardanios, enterados de su expedición contra el Peloponeso, concentraban tropas y hacían grandes prepa-
2 rativos; habían decidido invadir Macedonia. Al enterarse, creyó indispensable correr a defender su país. Remitió a los legados aqueos que tenía allí con la respuesta de que, una vez solventado el problema del que le avisaban, no consideraría nada tan urgente como ayudar a los aqueos en la medida de sus propias po-
3 sibilidades. Levantó el campo a toda prisa y deshizo
4 el camino por el que se había presentado allí. Estaba ya a punto de cruzar el golfo de Ambracia, desde la Acarnania en dirección al Epiro, cuando en un esquife se le presentó Demetrio de Faros, a quien los romanos habían expulsado de Iliria. Esto lo hemos expuesto ya
5 más arriba[158]. Filipo le acogió amistosamente y le ordenó que navegara hacia Corinto, para desde allí llegar a la Macedonia a través de la Tesalia. Él cruzó el Epiro y prosiguió su marcha sin detenerse, según sus pla-

158 III 19, 9.

nes. Llegó a Pella[159], ciudad de Macedonia; los darda- 6
nios lo supieron por algunos desertores tracios, se
asustaron y disolvieron su ejército inmediatamente, a
pesar de que ya estaban próximos a Macedonia. Filipo 7
supo este cambio de planes de los dardanios y licenció
a todos sus macedonios para la cosecha de otoño[160];
él marchó a la Tesalia, donde pasó el resto del verano
en Larisa.

Recapitulación

Era el tiempo en que Paulo 8
Emilio entró en Roma, proceden-
te de la Iliria, con una magnífica
pompa triunfal; en que Aníbal,
tras tomar Sagunto por la fuerza,
licenció sus tropas para que invernaran. Los roma- 9
nos, al enterarse de la toma de Sagunto, enviaron le-
gados a los cartagineses a exigir la entrega de Aníbal,
al tiempo que se preparaban para la guerra, para lo
cual habían nombrado cónsules a Publio Cornelio y
a Tiberio Sempronio. Todo esto ha sido expuesto ya, 10
en detalle, en el libro anterior[161]; ahora lo hemos adu-
cido para refrescar la memoria, según se ha expuesto
al principio de la obra; así resultará notoria la corres-
pondencia de los hechos.

Y así terminó el primer año de esta Olimpíada. 11

Ataque de los etolios al Epiro

Había llegado ya la época de 67
elecciones entre los etolios, que
nombraron general a Dorímaco.
Éste tomó el mando e inmedia-
tamente concentró a los etolios
con sus armas e invadió la parte norte del Epiro; iba

---

159 Era la capital, situada tierra adentro, no lejos de la actual Tesalónica.

160 Del año 219.

161 Cf., para el triunfo de Paulo Emilio, III 19, 12; para la toma de Sagunto, III, 17; para el envío de los diputados, III 20, 6; para la elección de cónsules, III 40, 2.

talando el país, y lo destruía con un furor desmedido.
2 Lo hacía no tanto por su propio lucro, como para
3 perjudicar a los epirotas. Llegó al templo de Dodona [162],
4 quemó los pórticos, arruinó la mayoría de exvotos y arrasó el santuario. Los etolios no tenían límites ni en la paz ni en la guerra: en ambas situaciones se comportaban al margen de las leyes y costumbres de los hom-
5 bres. Dorímaco, pues, cometió tantos y tales desafueros, y luego se replegó a su país.

6 El invierno era ya muy entrado, y debido al tiempo nadie esperaba ya la comparecencia de Filipo, pero el rey recogió tres mil escudados [163], dos mil peltastas, trescientos cretenses y, junto con todos ellos, cuatro-
7 cientos hombres de su corte, y salió de Larisa. Hizo pasar todas sus fuerzas de Tesalia a Eubea, desde allí a Cinos [164], y a través de Beocia y de la Megáride se presentó en Corinto en el solsticio de invierno; lo hizo de manera oculta, pero enérgica, y nadie en el Pelopo-
8 neso sospechó lo ocurrido. Obstruyó los accesos a Corinto, tomó las rutas mediante guarniciones y llamó hacia él inmediatamente a Arato el Joven, que estaba en Sición. Además envió cartas al general de los aqueos y a sus ciudades: en ellos indicaba la fecha y el lugar
9 de una concentración general armada. Tras preocuparse de todo esto, levantó el campo, avanzó y se estableció ante el templo de los Dióscuros, no lejos de Fliunte [165].

68 En aquellos mismos días, Eurípidas con dos batallones de eleos, acompañados de piratas y de mercenarios —en total eran unos dos mil doscientos hombres

162 En Dodona había un templo de Zeus muy antiguo y muy famoso, en el cual, por el ruido que el oreo del viento hacía en las hojas de un roble centenario, los sacerdotes adivinaban el porvenir.

163 Cf. nota 176 del libro II.

164 En la costa de la Lócride, frente a la costa de Eubea.

165 Fliunte, entre Sición y la Argólide.

y junto con ellos cien jinetes—, partió de Psófide[166] y
efectuó una marcha a través del valle del Feneo y de
Estinfalia. Ignoraba totalmente la expedición de Filipo,
y se proponía devastar el territorio de Sición. En la 2
misma noche en que Filipo acampaba frente al templo
de los Dióscuros, Eurípidas rebasó el campamento del
rey y al amanecer ya estaba en situación de atacar el
territorio de Sición. Algunos cretenses de Filipo habían 3
abandonado la formación y vagaban en busca de pas-
tos; cayeron en manos de los hombres de Eurípidas.
Éste les interrogó, y al averiguar la presencia de los 4
macedonios, no comunicó a nadie lo acaecido, recogió
sus fuerzas y retrocedió por el mismo camino que
había recorrido antes. Pretendía, y esperaba lograrlo, 5
que se adelantaría a los macedonios en la invasión de
Estinfalia porque ocuparía antes que ellos los lugares
difíciles que la dominan. El rey desconocía en abso- 6
luto la presencia de los enemigos; según sus propios
planes, levantó el campo al amanecer y avanzó; se
proponía proseguir su ruta por la propia Estinfalia,
en dirección a Cafias[167]; era allí donde había escrito 7
a los aqueos que se concentraran con sus armas.

La vanguardia de los macedonios había alcanzado 69
ya la cumbre de una loma llamada Apelauro[168]; de
esta cumbre a la ciudad de los estinfalios hay unos
diez estadios. Y ocurrió casualmente que también la
vanguardia de los eleos llegó a aquella cima. Ante lo 2
que le decían, Eurípidas intuyó lo sucedido, tomó
consigo algunos de los hombres de a caballo y se esca-
bulló, en aquellas circunstancias, retirándose hacia

---

166 Al N. de la Arcadia, en sus confines con la Acaya. No lejos estaba Estinfalia, célebre por el trabajo de Heracles, que mató en ella los pájaros estinfalios.

167 Lugar ya conocido, especialmente por la batalla que se libró en él; cf. este mismo libro, 11, 2.

168 Al SE. de Estinfalia.

3 Psófide por vericuetos impracticables. El resto de los eleos, abandonado por su general y empavorecido ante aquellos sucesos, se detuvo en su marcha sin saber qué
4 hacer ni hacia dónde dirigirse. Primero sus jefes supusieron que se trataba sólo de unos pocos aqueos que habían acudido a prestar socorro; se engañaron más
5 que nada por la presencia de los escudados. En efecto: creían que se trataba de hombres de Megalópolis, y que éstos en la batalla de Selasia contra Cleómenes[169] habían usado este armamento: el rey Antígono les
6 había armado así para aquella ocasión. Por ello se retiraron guardando la formación hacia unos lugares fortificados, sin desesperar de su salvación. Pero cuando vieron que los macedonios avanzaban y se les iban acercando se percataron de la realidad, arrojaron las
7 armas y se lanzaron todos a la fuga. Unos mil doscientos fueron capturados vivos; la masa restante murió, unos a manos de los macedonios y otros despe-
8 ñados; lograron huir no más de cien. Filipo envió los despojos y los prisioneros a Corinto, y se afirmó en
9 sus propósitos. Lo ocurrido fue inesperado para todos los del Peloponeso: se enteraron a la vez de la presencia y de la victoria del rey.

Toma de Psófide

70 Filipo marchó a través de la Arcadia y en las cimas del monte Oligirto padeció por la nieve y por otras penalidades; al cabo de tres días llegó, de noche, a Ca-
2 fias[170]. Durante dos jornadas hizo descansar a sus tropas. Allí se le juntó Arato el Joven y los aqueos que se le habían unido. En conjunto la fuerza era de unos diez mil hombres, con los que a través de Clitoria avanzó contra Psófide; en las ciudades que iba cruzan-

169 Cf. II 65, 3.

170 Cf. la nota 28 de este libro.

do recogía armas ofensivas y escaleras. Todo el mundo 3
sabe que Psófide es una antigua fundación de los ar-
cadios de Azanis[171]; está situada en el mismo centro
del Peloponeso, en la parte occidental de la Arcadia,
y limita con la parte más occidental de la Acaya. Su 4
emplazamiento es muy estratégico en cuanto al país
de los eleos, con el cual entonces estaba unido polí-
ticamente. Filipo, que había partido de Cafias, llegó 5
al cabo de tres días y acampó en unas lomas que do-
minan las ciudad; desde ellas la podía observar sin
riesgos, y también los lugares que la rodeaban. Al darse 6
cuenta de que Psófide era difícilmente expugnable, el
rey no sabía qué partido tomar. Pues por su lado occi- 7
dental fluye un torrente impetuoso, imposible de vadear
en la mayor parte del invierno; su lecho, excavado poco
a poco por el tiempo desde las vecinas alturas, es muy
ancho, lo cual convierte a la ciudad en inaccesible e
inexpugnable. Y por la parte de Oriente está el Eri- 8
manto, un río a su vez importante y caudaloso, sobre
el cual muchos autores han compuesto muchas fábulas.
El torrente desemboca en el Erimanto por la parte 9
occidental de la ciudad, de donde resulta que ésta,
rodeada en tres de sus lados por corrientes de agua,
está fortificada de la manera dicha. Además, por el 10
Norte hay una colina escarpada y bien defendida, tanto
por su posición como por obras de protección; se trata
de una ciudadela natural y eficaz. La ciudad posee,
además, unas murallas muy importantes, tanto por
sus dimensiones como por sus dispositivos. Añádase a 11
esto que habían llegado allí refuerzos enviados por los
eleos, y que Eurípidas, que en su huida se había sal-
vado, se encontraba en ella.

---

171 Ningún comentarista, ni tan siquiera Walbank, dice nada acerca de este topónimo, que, por lo demás, no encuentro en los atlas de la antigüedad que tengo a mi disposición.

71 Filipo veía todo esto y lo comprendía; a veces re-
nunciaba a sus cálculos de forzar la ciudad por asedio,
y a veces se mostraba muy decidido, seducido por lo
2 estratégico del lugar. En la medida en que entonces
era una amenaza para los aqueos y para los arcadios,
y para los eleos una base excelente para sus operacio-
nes bélicas, igualmente sería, una vez tomada, un ba-
luarte de los arcadios, y para los aliados, un buen dis-
3 positivo contra los eleos. Prevaleció, pues, esta segun-
da opinión, y Filipo ordenó a los macedonios que al
alborear tomaran alimentos y que estuvieran prestos
4 y dispuestos. Después cruzó el puente sobre el Eri-
manto; debido a lo extraño de la empresa lo realizó
sin encontrar resistencia. Llegó a la ciudad de manera
5 enérgica y que daba miedo. Tanto Eurípidas como los
habitantes de la ciudad no sabían qué hacer ante tales
acontecimientos; anteriormente se habían convencido
de que el enemigo no se atrevería a un ataque súbito
para forzar una ciudad tan difícilmente expugnable, ni
osaría establecer un asedio prolongado debido a la
6 época invernal. Y al tiempo que pensaban esto, des-
confiaban unos de otros, temerosos de que Filipo es-
tuviera en connivencia con algunos habitantes de la
7 ciudad. Pero cuando se percataron de que entre ellos
no ocurría nada de esto, la mayoría de ciudadanos se
lanzó a defender las murallas, y los mercenarios eleos
salieron por una puerta superior para lanzarse contra
8 el enemigo. El rey había distribuido previamente en
tres lugares los hombres que debían aplicar las esca-
leras a los muros, y dividió en tres partes igualmente
al resto de los macedonios; después, dando la señal a
cada grupo con las trompetas, comenzó por todas par-
9 tes a un tiempo el asalto a las murallas. Los defenso-
res de la ciudad primero combatieron corajudamente,
10 y arrojaron a muchos de las escaleras. Pero se les
agotaron las provisiones de proyectiles y de lo demás

necesario para aquella acción, porque los preparativos
se habían hecho sobre la marcha y los macedonios no
se habían intimidado ante lo que ocurría; si un hombre
era derribado de una escalera, el siguiente ocupaba
inmediatamente su lugar. Al final los de la ciudad die- 11
ron todos la vuelta y huyeron en masa hacia la ciu-
dadela; los macedonios franquearon las murallas, los
cretenses trabaron combate con los mercenarios que
habían salido por la puerta superior, les obligaron a
arrojar vergonzosamente las armas y a huir. Les aco- 12
saron pisándoles los talones y se precipitaron junto
con ellos en las puertas: la ciudad fue tomada por
todas partes. Los habitantes de Psófide se refugiaron 13
con sus mujeres y sus hijos en la ciudadela, y con ellos
Eurípidas con sus hombres, e igualmente el resto de
los supervivientes.

Los macedonios irrumpieron en la ciudad y pillaron **72**
inmediatamente todo el ajuar de las casas y después
se instalaron en ellas y así retuvieron la plaza. Los que 2
se habían refugiado en la ciudadela, totalmente despro-
vistos de vituallas, previeron el futuro y determinaron
rendirse a Filipo. Enviaron, pues, un heraldo al rey, 3
quien les otorgó licencia para que le enviaran una em-
bajada. Entonces los de Psófide le enviaron a sus jefes,
y con ellos a Eurípidas: concertaron una tregua, y ob-
tuvieron seguridades tanto para los refugiados de otras
ciudades como para sus propios conciudadanos. Unos 4
y otros regresaron a sus puntos de partida, con la orden
de quedarse en el país hasta que el ejército macedonio
levantara el campo; se quería evitar que algunos solda-
dos desobedecieran y se entregaran al pillaje. Hubo una 5
gran nevada, y el rey se vio forzado a permanecer unos
días en aquel lugar. Durante ellos congregó a los aqueos
allí presentes, y primero les mostró cómo la ciudad,
con sus fortificaciones, era muy estratégica para aque-
lla guerra. Afirmó, además, su inclinación y su adhesión 6

a la Confederación aquea, y dijo que, por encima de todo, ahora se alejaría y les entregaría la ciudad, pues tenía el propósito de hacer todo lo posible para complacerles, y no omitir nada que probara su simpatía
7 para con ellos. Arato y los suyos le manifestaron su agradecimiento; Filipo disolvió la asamblea, levantó el campo con su ejército y se puso en marcha hacia La-
8 sión[172]. Los de Psófide descendieron de la ciudadela y recuperaron su ciudad y sus casas y Eurípidas y los suyos se retiraron hacia Corinto, y desde allí a la Etolia.
9 Los comandantes aqueos presentes allí establecieron en la ciudadela a Prolao de Sición, con una guarnición suficiente; como gobernador de la ciudad nombraron a Pitias de Pelene.
10 Y éste fue el final de la operación de Psófide.

Toma de Lasión

73 La guarnición elea de Lasión se enteró de la presencia de los macedonios, y sus hombres, sabedores de lo ocurrido en Psófide, abandonaron al punto la ciudad.
2 El rey, así que llegó, tomó al punto la plaza, y para demostrar más la benevolencia que tenía para con los aqueos, les entregó la ciudad de Lasión. Los eleos habían abandonado también Estrato, y el rey resti-
3 tuyó esta plaza a los telfusios[173]. Llevó a cabo todo esto, y en cinco días se presentó en Olimpia. Ofreció un sacrificio al dios, dio un banquete a los oficiales y concedió un descanso de tres días al resto de su ejér-
4 cito. Después volvió a levantar el campo. Avanzó hacia la Elea, y envió al país a los forrajeadores y él acam-

---

[172] En la Élide, ya en la frontera con la Arcadia, al SE. de Psófide.

[173] Cf. nota 142 de este libro. Aquí es la Telfusia de la Arcadia.

pó en un lugar llamado Artemisio[174]. Recibió allí su 5
botín, y regresó de nuevo a Dioscurio.

Devastó el país y el número de prisioneros fue 6
grande, y aún mayor el de hombres que huyeron a las
aldeas vecinas y a lugares fortificados.

Situación de la Élide

El país de los eleos, en efecto, 7
está muy poblado, y supera en
número de esclavos y de bienes
materiales al resto del Pelopone-
so. Algunos eleos aman tanto la 8
vida en el campo, que entre ellos hay hombres que,
a pesar de ser dueños de una hacienda que les faculta
para ello, en dos o tres generaciones no se han presen-
tado en absoluto a la asamblea elea. Esto sucede por- 9
que los gobernantes ponen gran interés y providencia
en favor de los que viven en la campiña: se les admi-
nistra justicia en sus propios lugares, y no les falta
nada de lo preciso para vivir. Me parece que los eleos 10
idearon y legislaron todo esto ya desde antiguo debido
a las dimensiones del país, y por su existencia llamé-
mosla sagrada. Todos los griegos les concedieron la 11
organización de los Juegos Olímpicos, y así la Élide fue
para ellos morada sagrada e inviolable: jamás experi-
mentaban daño alguno, y eran neutrales ante cualquier
acontecimiento guerrero.

Pero más tarde los arcadios les disputaron Lasión 74
y los territorios de Pisa[175], y los eleos se vieron forza-
dos a defender su país, cambiando así su género de
vida. Y desde entonces ya no se preocuparon en 2
reclamar de los griegos su ancestral inviolabilidad ante-
rior, sin que continuaran en su situación, y no previe-
ron correctamente el futuro, al menos según mi pa-

---

174 Seguramente un santuario de Artemis Alfea.

175 Su situación no es segura: quizás estuviera cerca de Olimpia.

3 recer. Pues si lo que todos pedimos a los dioses y soportamos cualquier cosa para conservarla, me refiero a la paz, el único bien que los hombres juzgan indiscutible, si quienes pueden obtenerla de los griegos con justicia y honor, para siempre y de manera indisputada, la desprecian o juzgan alguna otra cosa preferible a ella, ¿cómo no será notoria su ignorancia?
4 ¡Por Zeus!, quizá una gente así resulte fácilmente vulnerable, por su género de vida, para los inclinados a
5 guerrear y a violar los pactos. Pero hay que decir que esto ocurre poco, y si alguna vez pasa, las víctimas
6 podrían alcanzar el apoyo de los griegos. Y ante daños parciales y temporales, dada la abundancia de recursos que lógicamente tienen, ya que viven en paz ininterrumpidamente, no les faltarán mercenarios ni soldados que les protegerán en todo lugar y circunstancia.
7 Pero ahora los eleos, por un temor extraño y muy poco probable, tienen su territorio y sus bienes en perpetuas guerra y destrucción.

8 Teníamos que decir esto para refrescar la memoria de los eleos: en efecto, nunca como ahora tienen una oportunidad más favorable de recuperar una inviolabilidad que les reconocen todos; habitan su país, como señalé anteriormente, como si guardaran alguna centella de sus costumbres de antaño.

Filipo, en Talamas [176]

75 Por esto la presencia de Filipo produjo un gran número de prisioneros, y aún otro mayor de
2 huidos. La mayor cantidad de material y la mayor concentración de prisioneros y de cabezas de ganado se reunió en el lugar llamado Talamas, porque allí el territorio es an-
3 gosto y el lugar impracticable y de salida difícil. El rey se había enterado de la gran cantidad de huidos

[176] En el N. de la Élide, pero su localización es insegura.

hacia esta región, y creyó que no debía dejar nada o
incompleto o al menos sin ser intentado: se anticipó
a ocupar con sus mercenarios los lugares que dominan
estratégicamente la entrada. Él dejó en su campamento 4
su bagaje y la mayor parte de su ejército; tomó con-
sigo a los peltastas y a la mayor parte de la infantería
ligera y penetró por los desfiladeros; no encontró re-
sistencia y se presentó en el territorio. Los que se 5
habían refugiado allí se asustaron ante la incursión,
porque carecían de experiencia y de preparación para
acciones militares, y además se había juntado allí una
multitud heterogénea; la rendición fue inmediata. Entre 6
ellos había doscientos mercenarios de muy diversos
orígenes; Anfidamo, el general de los eleos, había llega-
do con ellos. Filipo se adueñó de material en abun- 7
dancia, hizo más de cinco mil prisioneros y, además,
se llevó una cantidad innumerable de cabezas de gana-
do, con todo lo cual regresó a su campamento. Pero 8
luego resultó que el botín tan enorme no sólo colmaba
de provechos de todo tipo a su ejército, sino que lle-
gaba a embarazarle y a hacerse pesado, por lo que se
replegó de nuevo a Olimpia.

Intrigas de Apeles

Apeles, uno de los que Antígo- 76
no había nombrado tutor de su
hijo, en aquel tiempo gozaba de
gran influencia ante el rey. Que-
ría llevar a la Confederación
aquea a una situación semejante a la tesalia, para lo
que se propuso una intriga perversa. Los tesalios da- 2
ban la impresión de regirse por unas leyes que diferían
mucho de las macedonias, pero en realidad no se dis-
tinguían en nada, sino que, tratados en todo igual que
los macedonios, hacían todo lo que los oficiales del rey
les mandaban. El hombre citado acomodó su plan a 3
esta situación, e hizo un tanteo entre sus compañeros
de armas. Primero permitió a los macedonios que ex- 4

pulsaran de sus alojamientos a los aqueos que los ocu-
paban en calidad de jefes, y que se quedaran con el
5 botín que les pertenecía. Después hacía que sus servi-
dores les golpearan sin el menor motivo; a los aqueos
que se indignaban y corrían en ayuda de los agredidos,
6 les metía en la cárcel él personalmente. Apeles creía
que con un proceder semejante, en poco tiempo e inad-
vertidamente habituaría a todo el mundo a no creer
7 nada terrible si se sufría de parte del rey. Sin em-
bargo, hacía muy poco que había salido a campaña
con Antígono y había visto que los aqueos eran capaces
de soportar cualquier penalidad con tal de no obedecer
las órdenes de Cleómenes.
8 Algunos soldados aqueos jóvenes se reunieron y fue-
ron a encontrar a Arato[177] y le expusieron las maquina-
ciones de Apeles. Arato, a su vez, se presentó a Filipo,
convencido de que era preciso detener esto en sus
9 comienzos sin dilación alguna. Trataron el tema con
el rey en persona, Filipo oyó lo sucedido, y dijo a los
jóvenes que cobraran ánimo, que a ellos no iba a ocu-
rrirles nada semejante; a Apeles le intimó que no diera
ninguna orden a los aqueos sin consultarla previamen-
te con el general.

Elogio de Filipo

77 Tanto por su afabilidad para
con sus camaradas de campaña
como por su habilidad y su auda-
cia en las operaciones bélicas,
Filipo gozó de gran estima no
sólo entre los soldados, sino también entre las gentes
2 restantes del Peloponeso. No es fácil encontrar un rey
más dotado por la naturaleza de las cualidades reque-
3 ridas para dirigir empresas. En efecto: era de inteli-
gencia pronta, y poseía una memoria y un gracejo
excepcionales, además una majestad y una autoridad

---

177 Arato el Viejo, sin duda.

propias de un rey y, por encima de todo, una gran
experiencia y audacia guerreras. Pero no es fácil ex- 4
poner en pocas palabras lo que se opuso a esto y le
convirtió de monarca benigno en tirano cruel. Poste-
riormente se presentará una ocasión más adecuada que
ésta para considerar la cuestión y discutirla [178].

Campaña de Trifilia

Filipo partió de Olimpia en di- 5
rección a Farea [179]: se presentó en
Telfusa, y desde aquí en Herea,
donde vendió el botín y reparó el
puente sobre el río Alfeo: preten-
día penetrar por él en Trifilia [180]. Era el tiempo en que 6
Dorímaco, el general etolio, ayudó a los eleos a petición
de éstos, pues se veían devastados; les envió seiscien-
tos etolios al mando del general Fílidas. Éste se pre- 7
sentó en Elea, recogió a los mercenarios de que dispo-
nían los eleos, unos quinientos, mil soldados de la
ciudad y además los de Tarento, y se fue a la Trifilia
a prestar ayuda. Esta región ha tomado el nombre de 8
Trifilo, uno de los hijos de Arcas; está situada en el
Peloponeso, junto al mar, entre Elea y Mesenia: orien-
tada hacia el mar de África, se encuentra en la extre-
midad occidental de la Arcadia. En ella hay las ciuda- 9
des siguientes: Sámico, Lepreo, Hipana, Tipanea, Pirgo,
Epión, Bólax, Estilangio y Frixa [181]. Poco tiempo antes 10

---

[178] Lo aquí prometido, lo encontramos en VII 11 y 13 y siguientes.

[179] Ciudad en el curso del Alfeo, al S. de Olimpia.

[180] Pequeña región costera entre la Élide y la Arcadia, como dice el mismo Polibio más abajo.

[181] Sámico está sobre el monte Kaiafa; Lepreo está a cien estadios de Sámico y a cuarenta del mar. Hipana y Tipanea no sabemos dónde estaban, verosímilmente al N. de éstas. Pirgo estaba en la misma costa, en el cabo hoy llamado de San Elías. Epión, Bólax y Estilangio están al N. de la cadena de Kaiaphas, pero su localización es incierta. Frixo está en una altura, en un recodo del Alfeo, al E. de Olimpia.

los eleos las habían sometido, junto con la plaza de Alífera[182], que primero dependió de la Arcadia y de Megalópolis. Pero Lidíadas de Megalópolis la cedió a los eleos durante su tiranía, a cambio de ciertas ventajas personales.

78 Fílidas mandó a los eleos a Lepreo, a los mercenarios a Alífera, y él afrontó el futuro, con sus etolios,
2 en Tipanea. El rey dejó su bagaje, cruzó por el puente el río Alfeo, que fluye junto a la misma ciudad de
3 Herea, y se presentó en Alífera. Esta ciudad está situada sobre una cima escarpada en todas las laderas, y el camino para llegar a ella supera los diez estadios. En la cumbre, encima de la loma, tiene una ciudadela y una estatua de bronce, hermosa y de grandes dimen-
4 siones, de la diosa Atenea. Incluso los habitantes del país discuten por qué se colocó la estatua y quién sufragó el monumento: no se ve claramente quién mandó
5 erigirla ni quién la dedicó. Pero, en cambio, todos están de acuerdo en que es una obra de arte excepcional, trabajo de unos artífices muy hábiles y de gran prestigio: la fundieron Hecatodoro y Sóstrato[183].

6 En la jornada siguiente amaneció un día claro y espléndido; el rey, al alborear, dispuso en muchos lugares a los portadores de escaleras, protegidos por
7 unos mercenarios. A continuación iban los macedonios situados detrás de cada sección. Cuando el sol subió en el cielo mandó un avance general contra la loma.
8 Los macedonios avanzaron de manera valerosa y escalofriante, pero los de Alífera se les oponían siempre y corrían hacia los lugares a los que veían aproximarse
9 más a los macedonios. En aquel momento el rey en persona, con los soldados más aguerridos, logró tre-

---

182 Alífera está a diez kilómetros de Herea. WALBANK, *Commentary*, da su plano en la pág. 530.

183 Dos escultores del siglo IV a. C.

par sin ser visto a través de lugares escabrosos, hasta
las proximidades[184] de la ciudadela. Dada la señal, to- 10
dos a la vez aplicaron las escaleras e intentaron pene-
trar en la ciudad. Y el rey fue el primero en ocupar 11
las inmediaciones de la ciudadela, que encontró des-
guarnecidas. Pegó fuego a este lugar, y los defensores
de la muralla previeron el futuro: temieron que, al
perder la ciudadela, se desvanecieran sus esperanzas,
y abandonando los muros corrieron a su acrópolis.
Los macedonios se apoderaron al punto de las mu- 12
rallas y de la ciudad. Y, tras esto, los de la ciudadela
enviaron legados a Filipo, quien les ofreció seguri-
dades, y, bajo pacto, se apoderó también de aquel re-
ducto.

Ante estos acontecimientos, todos los habitantes 79
de la Trifilia se atemorizaron y deliberaron acerca
de sí mismos y de sus patrias. Fílidas abandonó Ti- 2
panea, saqueó algunas casas y se retiró a Lepreo. Éste 3
fue el pago que entonces recibieron los aliados de los
etolios: no sólo se vieron abandonados a las claras
precisamente cuando necesitaban de más ayuda, sino
que después del pillaje y de la traición, sus aliados les
trataron tal como el enemigo suele tratar a sus adver-
sarios derrotados. Los de Tipanea entregaron la ciudad 4
a Filipo, y lo mismo hicieron los habitantes de Hipana.
Los de Fíale se enteraron de lo ocurrido en Trifilia y 5
descontentos, por otro lado, de sus alianzas con los
etolios, ocuparon con las armas la residencia del Po-
lemarco[185]. Unos piratas etolios que aguardaban en esta 6

---

184 La palabra griega correspondiente (*proasteion*) crea algunas dificultades. Su traducción rigurosa sería «suburbio o arrabal». Pero una fortificación difícilmente tiene arrabales. Quizás se trate, simplemente, de un barrio o distrito de la ciudad que sea a la vez extremo y que contenga en él la fortaleza. Una traducción posible sería «barbacana».

185 Cf. la nota 44 de este libro.

ciudad una ocasión propicia para saquear la Mesenia,
primero se creyeron capaces de ponerse manos a la
7 obra y atacar a los de Fíale, pero al comprobar que
éstos se reunían como un solo hombre para defen-
derse, renunciaron a su proyecto: pactaron con ellos,
8 recogieron su propio bagaje y se alejaron de Fíale; los
fialenses enviaron legados a Filipo y le confiaron sus
personas y la ciudad.

80 Simultáneamente, los lepreatas se concentraron en
cierta parte de su propia ciudad y exigieron a los eleos
y a los etolios que abandonaran la ciudad y la forta-
leza, y lo mismo a algunos que estaban allí de parte
de los lacedemonios, pues también los lacedemonios
2 habían enviado alguna ayuda. Primero, los hombres de
Fílidas hicieron caso omiso y se quedaron, convenci-
3 dos de que así intimidarían a los de Lepreo. Pero el
rey envió a Fíale a su general Taurión con un contin-
gente, y él en persona avanzó hacia la ciudad, y cuando
ya se aproximaba a ella los de Fílidas lo supieron y se
desanimaron; los lepreatas, por el contrario, cobraron
4 ánimo con los ataques. Entonces los lepreatas realiza-
ron una hermosa gesta: tenían dentro de la ciudad un
millar de eleos, otro millar entre los etolios y los pi-
ratas que les acompañaban, quinientos mercenarios y
doscientos lacedemonios y, encima, ocupada la ciuda-
dela. Y, sin embargo, reivindicaron su patria y no per-
5 dieron las esperanzas. Fílidas vio que los lepreatas se
habían levantado varonilmente y que los macedonios se
aproximaban, por lo que dejó la ciudad, abandonó a
los eleos y a los que estaban allí por los lacedemonios.
6 Los cretenses llegados desde Esparta volvieron a su
país a través de la Mesenia, los de Fílidas se retiraron
7 hacia Sámico. Los habitantes de Lepreo, dueños ya de
su patria, enviaron legados a Filipo y le confiaron su
8 ciudad. Sabedor de lo ocurrido, el rey envió parte de
su ejército a Lepreo, pero se reservó los peltastas y la

infantería ligera, y avanzó, interesado en establecer con-
tacto con Fílidas. Le alcanzó, en efecto, y se apoderó de 9
su bagaje íntegro, pero Fílidas se le anticipó y ocupó
Sámico.

Filipo acampó en aquel lugar, mandó acudir al con- 10
tingente que tenía en Lepreo y dio la impresión a los
de dentro de que quería asediar la plaza. Los etolios 11
y los eleos que estaban con ellos no disponían de nada
para soportar el cerco, a excepción de sus manos. Ame-
drentados ante su situación, trataron con Filipo acerca
de su seguridad. Obtuvieron licencia para retirarse con 12
sus armas y se dirigieron a Elea; el rey se apoderó in-
mediatamente de Sámico. Posteriormente se le presen- 13
taron todos los demás a suplicarle, y él acogió en su
alianza las ciudades de Frixa, Estilangio, Epión, Bó-
lax, Pirgo y Epitalio. Lo dispuso todo y regresó a Le- 14
preo: en seis días había sometido la Trifilia entera.
Dirigió a los lepreatas una exhortación adecuada a 15
aquella oportunidad, y se retiró con sus fuerzas a He-
rea; dejó como gobernador de la Trifilia a Ládico de
Acarnania, llegó a la ciudad mencionada antes y distri- 16
buyó todo el botín entre sus soldados, recogió los ba-
gajes dejados en Herea, y a mitad del invierno se pre-
sentó en Megalópolis.

Quilón[186]*, en Esparta*

En el mismo tiempo en que Fi- 81
lipo realizó la campaña de Tri-
filia, el lacedemonio Quilón, con-
vencido de que la realeza le
correspondía, por su linaje, y mo-
lesto porque los éforos habían prescindido de él cuando
eligieron como rey a Licurgo, determinó promover una
revolución. Juzgó que si seguía el mismo camino de 2
Cleómenes, es decir, si insinuaba al pueblo la espe-
ranza de una repartición y redistribución de tierras,

[186] De este personaje no sabemos nada.

la masa le seguiría al punto, de modo que se puso a
3 realizarlo. Comunicó sus planes a sus partidarios,
tomó unos doscientos como colaboradores de su auda-
4 cia y se dedicó a poner en práctica su idea. Compren-
día que el mayor obstáculo que se oponía a su proyecto
lo constituían Licurgo y los éforos que le habían nom-
brado rey, por lo que primero procedió contra éstos.
5 Sorprendió a los éforos mientras comían y los degolló
allí mismo: la Fortuna les infligió un justo castigo.
En efecto: si se considera quién les linchó, y por qué,
6 debe decirse que fue en venganza justa. Quilón, una
vez ejecutados los éforos, se presentó en casa de Li-
curgo, que se encontraba en ella; sin embargo, no pudo
7 echarle mano: se escapó por unos huertos[187] próximos
y logró huir sin que Quilón se diera cuenta. Por sen-
deros de montaña se fue a Pelene[188], en la región de
8 Trípoli. Quilón, cuando vio que lo esencial de su pro-
yecto le había fallado, se desalentó, pero se veía for-
9 zado a proseguir: invadió el ágora, encarceló a sus
enemigos, exhortó a sus amigos y familiares e insinuó
a los demás las esperanzas que he mencionado hace
10 poco. Pero nadie se declaró partidario de él, bien al
contrario, los hombres se concertaban en su contra,
ante lo que Quilón, previendo el futuro, se retiró ocul-
tamente, atravesó el país y se presentó, fracasado y so-
11 litario, en la Acaya. Los lacedemonios temían la llegada
de Filipo, recogieron las cosechas de sus campos, de-
molieron el ateneo de Megalópolis y abandonaron la
ciudad.

---

187 La lectura del texto griego no es segura, y la idea de los manuscritos parece excesivamente ingenua, pero de todas formas en el texto griego es difícil dar con una solución que satisfaga.

188 Pelene, en el valle del Eurotas. Con Calibia y otra ciudad de nombre desconocido formaba la Trípolis laconia.

Desde la legislación de Licurgo los lacedemonios 12
habían gozado de una constitución excelente y fueron
muy poderosos hasta la batalla de Leuctra[189], pero en-
tonces la Fortuna les volvió las espaldas, y su gobierno
cayó cada vez más de mal en peor. Al fin experimenta- 13
ron las máximas penalidades y contiendas civiles, de-
bieron afrontar muchos repartos de tierras y proscrip-
ciones y probaron la esclavitud más amarga, hasta la
tiranía de Nabis[190], ellos, que anteriormente ni tan
siquiera podían tolerar tal nombre.

Muchos han expuesto ya con pormenor la historia 14
antigua de Esparta, su ascenso y declive. Su época más
brillante[191] empieza cuando Cleómenes abolió totalmen-
te la constitución nacional, cosa que expondremos
cuando se presente la ocasión oportuna.

Filipo abandonó Megalópolis, marchó a través de la 82
región de Tegea, se presentó en Argos y pasó allí lo
que quedaba del invierno[192]. Aquella campaña le había
ganado la admiración de todos por la moderación de
su comportamiento y además por la brillantez de los
mencionados éxitos que su juventud no podía hacer
esperar.

Maniobras de Apeles

Pero Apeles no cejaba en su in- 2
tento, sino que se disponía a so-
meter, poco a poco, los aqueos
a su yugo. Entendía que Arato y 3
su hijo obstaculizaban su propó-
sito, y que Filipo era muy amigo de ellos, principal-

189 En el año 371 los tebanos, con Epaminondas, destruyen definitivamente el poder de Esparta. Ya se ha visto anteriormente. Se trata de la batalla de Leuctra.

190 Polibio expone esto en XIII 6.

191 Aquí el texto griego no es seguro; véase alguna edición crítica. La traducción dada sigue el texto de Büttner-Wobst. Con todo, las posibles diferencias en el texto griego son simplemente de matiz.

192 Del año 219/218.

mente del padre. Éste, en efecto, había colaborado con
Antígono, gozaba de gran prestigio entre los aqueos y,
sobre todo, era hombre de gran habilidad y prudencia.
Apeles, pues, quiso empezar contra ellos, y se propuso
desacreditarles como sigue:

4 Procuró enterarse de quiénes eran los enemigos po-
líticos de Arato, les hizo acudir desde sus ciudades, se
relacionaba con ellos, cautivó su espíritu y les instaba
5 a que fueran amigos suyos. Los presentaba también a
Filipo, pero respecto a cada uno puntualizaba que si
continuaba siendo amigo de Arato, debería tratar a los
aqueos según la alianza puesta por escrito; en cambio,
si le hacía caso a él y aceptaba la amistad de éstos,
podría tratar a todos los peloponesios según quisiera.
6 Y Apeles se preocupó al punto de las elecciones a ma-
gistratura: quería que alguno de aquellos hombres
pretendiera el generalato, y expulsar así a Arato y a
7 sus partidarios de su posición. Logra convencer a Fi-
lipo de que acuda personalmente a las elecciones que
los aqueos iban a celebrar en Egio, aprovechando su
8 marcha hacia Elea. El rey le hizo caso y se presentó
en la oportunidad señalada: con exhortaciones a unos
y amenazas a otros, Apeles consiguió a duras penas,
pero lo logró, que el general nombrado fuera Epérato
de Farea; Timóxeno, el candidato de Arato, salió de-
rrotado.

83 Después, el rey levantó el campo, marchó a través
de los territorios de Patras y de Dime, y llegó a la for-
taleza llamada Tico, que domina la entrada en los
territorios de los dimeos; ya dije anteriormente [193] que
hacía muy poco que lo habían conquistado las tropas
2 de Eurípidas. Filipo quería de cualquier modo restituir
el fortín a los dimeos, de modo que acampó allí con
3 todo su ejército; los eleos que estaban allí de guarni-

193 Cf. 54, 9.

ción se alarmaron y entregaron el baluarte a Filipo; sus dimensiones no eran muy grandes, pero estaba ex-
celentemente fortificado. Su perímetro no medía más 4
de un estadio y medio, pero la altura del muro supe-
raba siempre los treinta codos. El rey, pues, entregó la 5
plaza a los dimeos y se fue a talar Elea: lo hizo, juntó un gran botín y regresó con su ejército a Dime.

Apeles, convencido de que había progresado algo 84
en su propósito al haber logrado imponer a su candidato como general de los aqueos, renovó su ataque contra Arato, con la intención de arrancar definitivamente a Filipo de su amistad. Se propuso calumniarle mediante la argucia siguiente:

Anfidamo, el general de los eleos, cayó prisionero 2
en Talamas, junto con los demás que huían, como ya expusimos más arriba[194] al tratar de este tema. Así que llegó a Olimpia, pues le condujeron allí junto con los demás cautivos, se esforzó, a través de terceros,
por tener una entrevista con el rey. Logrado su obje- 3
tivo, dijo a Filipo que él era capaz de llevar a todos los eleos a su amistad y alianza. El rey le creyó y
envió a Anfidamo sin rescate, con el encargo de que 4
declarara a los eleos que, si se decidían por su amistad, les restituiría todos sus prisioneros sin rescate, y garantizaría la seguridad al país contra todos sus ene-
migos exteriores. Encima, les aseguraba la libertad sin 5
tropas de ocupación, y el poder usar sus constitucio-
nes respectivas. Los eleos escucharon estas proposicio- 6
nes, pero no las atendieron en absoluto, a pesar de
que parecían amplias y tentadoras. Apeles aprovechó 7
esta circunstancia para urdir su calumnia: fue al encuentro de Filipo y le manifestó que Arato no era un amigo fiel a los macedonios, y que en modo alguno tenía sentimientos benévolos hacia él. Ahora Arato y

194 Cf. 75, 6.

los suyos habían sido los causantes de la animadver-
8 sión de los eleos. Porque —le aseguró—, cuando remi-
tió a Anfidamo de Olimpia a Élide, estos le habían to-
mado privadamente y le habían excitado, diciéndole
que no favorecería en nada a los peloponesios que
9 Filipo fuera dueño de la Élide. Y ésta fue la causa de
que los eleos desdeñaran sus proposiciones, conserva-
ran su amistad con los etolios y siguieran en guerra
contra los macedonios.

85 Cuando Filipo oyó estas palabras, mandó llamar a
los dos Aratos, y que Apeles repitiera delante de ellos
2 sus afirmaciones. Ambos se presentaron, y Apeles se
reiteró en lo dicho de manera audaz e intimidatoria.
El rey, sin embargo, guardaba silencio, por lo que él
3 añadió: «Arato, puesto que os ha encontrado tan in-
gratos, el rey decide congregar a los aqueos, defen-
derse de posibles alegaciones y regresar a Macedonia.»
4 Arato el viejo le interrumpió y pidió al rey que a
nada de lo dicho diera crédito a la ligera y sin investi-
5 gación previa. Siempre que él o uno de sus amigos y
aliados fueran acusados, antes de admitir la inculpa-
ción debían hacer una investigación minuciosa. Esto era
lo propio de un rey y lo que convenía desde cualquier
6 punto de vista. Por esto también exigía ahora que se
convocara a los que habían informado a Apeles, que
se colocara allí, en medio, el que había hablado con
él, y que no se omitiera nada de lo posible para averi-
guar la verdad, antes de revelar cualquier cosa de
éstas a los aqueos.

86 El rey se mostró de acuerdo con todo lo dicho,
afirmó que no descuidaría nada en su investigación y
2 ordenó que de momento se retiraran. En los días si-
guientes, Apeles no pudo aportar ninguna prueba de
lo que había manifestado, y, en cambio, ocurrió algo
3 que favoreció a los de Arato. Cuando Filipo iba devas-
tando el país de los eleos, éstos no se fiaban de Anfi-

damo, y decidieron cogerle y mandarlo encadenado a
la Etolia. Anfidamo se enteró de su intención, y pri- 4
mero se alejó de Olimpia; después, sabedor de que
Filipo se encontraba en Dime ocupado en la reparti-
ción del botín, se apresuró a ir a su encuentro. Los 5
partidarios de Arato, informados de que Anfidamo es-
taba allí desterrado de la Élide, exultaron de gozo,
porque no tenían nada de qué reprocharse: acudieron al
rey, porque creían que éste debía convocar a Anfidamo 6
y también que Anfidamo iba a declarar la verdad, pues
era el mejor conocedor de las acusaciones formuladas
contra ellos: en efecto, había huido de su patria a
causa de Filipo, quien entonces era su única esperanza
de salvación. El rey se dejó convencer por estas pa- 7
labras, mandó llamar a Anfidamo y comprobó que la
acusación era calumniosa. Desde aquel día demostró 8
más amistad y confianza a Arato, y en cuanto a Apeles,
sospechó algo de él. Pero, a pesar de todo, también
estaba muy predispuesto a favor suyo: se veía obliga-
do a no advertir muchas de las cosas que Apeles co-
metió.

Y ni aun así Apeles desistió de sus propósitos: al 87
propio tiempo calumniaba también a Taurión, encar-
gado de los asuntos del Peloponeso. No le reprochaba 2
nada, antes bien, le alababa, y afirmaba que era un
hombre merecedor de acompañar al rey en sus expe-
diciones; lo que pretendía era colocar a otro al frente
de los asuntos del Peloponeso. Ciertamente, perjudicar 3
al prójimo no hablando mal de él, sino alabándole, es
un género nuevo de calumnia. Esta maldad, esta envi- 4
dia y este engaño se encuentran principalmente entre
los cortesanos, por la envidia y ambiciones de unos
contra otros. Apeles, así que encontró ocasión, ofendió 5
igualmente a Alejandro, un servidor personal del rey:
quería disponer a su antojo de la guardia real y des-

hacer completamente la ordenación establecida por Antígono.

6 Éste, durante su vida, dirigió acertadamente el reino y educó convenientemente a su hijo; al morir, lo dis-
7 puso con una previsión admirable: rindió cuentas al pueblo de su administración, dio prescripciones a los macedonios en cuanto al futuro: señaló quién debía administrar cada cosa y cómo debía hacerlo. No quería dejar ningún pretexto a los cortesanos que excusara
8 envidias y rivalidades entre ellos. Entonces formaban la corte regia el mismo Apeles, nombrado tutor; Leoncio al frente de los peltastas, Megaleas que era el secretario real, Taurión el encargado de los asuntos del Peloponeso, y Alejandro que era el administrador de
9 la casa real. Apeles manejaba, a su antojo, a Leoncio y a Megaleas; a Alejandro y a Taurión les había hecho remover de sus cargos, y ahora le urgía disponer de esto y de todo lo demás, o personalmente o por medio
10 de sus títeres. Y lo habría logrado fácilmente si no se hubiera conjurado la enemistad de Arato: ahora iba a comprobar rápidamente la necedad de sus ambiciones:
11 lo que se disponía a hacer a los otros lo iba a sufrir él mismo[195], y sin tardar demasiado.

12 Pero cómo y cuándo ocurrió, de momento lo omitimos, y aquí damos por terminado este libro; en los siguientes intentaremos exponer todos estos temas con claridad.

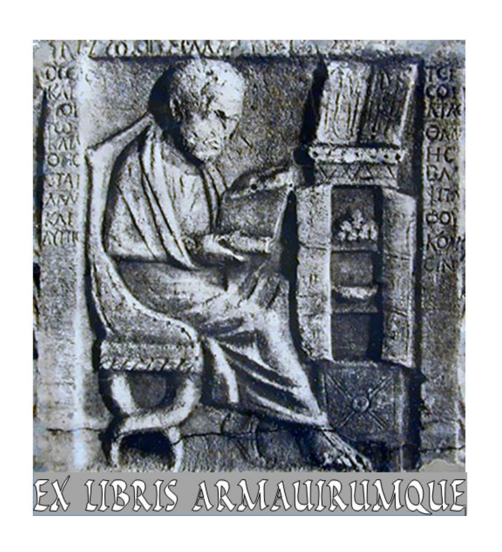
13 Filipo realizó todo lo apuntado y regresó a Argos; allí envió a sus tropas a Macedonia y él pasó el invierno con sus amigos.

---

195 Fue acusado de traición, y murió entre torturas. Cf. V 15, 9 y 28, 8.

ÍNDICE ONOMÁSTICO *

* Las cifras romanas indican el libro. Las cifras arábigas que siguen inmediatamente a las romanas o a un punto y coma indican el capítulo del libro en cuestión. Y las cifras siguientes, separadas por comas, indican los parágrafos correspondientes dentro del capítulo.


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE GENERAL